

Hace años, el monarca de Idris firmó un tratado con el reino de Hallandren según el cual el rey Dedelin enviaría a su hija mayor, Vivenna, para casarse con Susebron, el rey-dios de Hallandren. Vivenna ha sido adiestrada durante toda su vida para ser una novia adecuada para Susebron y así cumplir con su deber y ayudar a forjar una paz estable entre los dos reinos. Ese era el plan, pero el monarca de Idris envía a su hija Siri, desobediente e independiente, en lugar de Vivenna.

Mientras intenta encontrar su lugar en la corte de Susebron, Siri descubre la verdad oculta sobre el rey-dios. En Idris, Vivenna se siente intranquila y teme que su hermana no esté preparada para esa nueva vida, por lo que decide viajar a Hallandren. Allí se reúne con la gente de Idris que trabaja en la capital, T'Telir, y comienza una nueva vida de espionaje y sabotaje. El plan de Vivenna es rescatar a Siri, aunque tal vez esta ni necesite ni desee ser salvada.



Brandon Sanderson

**El aliento de los dioses**

ePub r3.3

Titivillus 21.05.2019

Título original: Warbreaker

Brandon Sanderson, 2009

Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: Titivillus

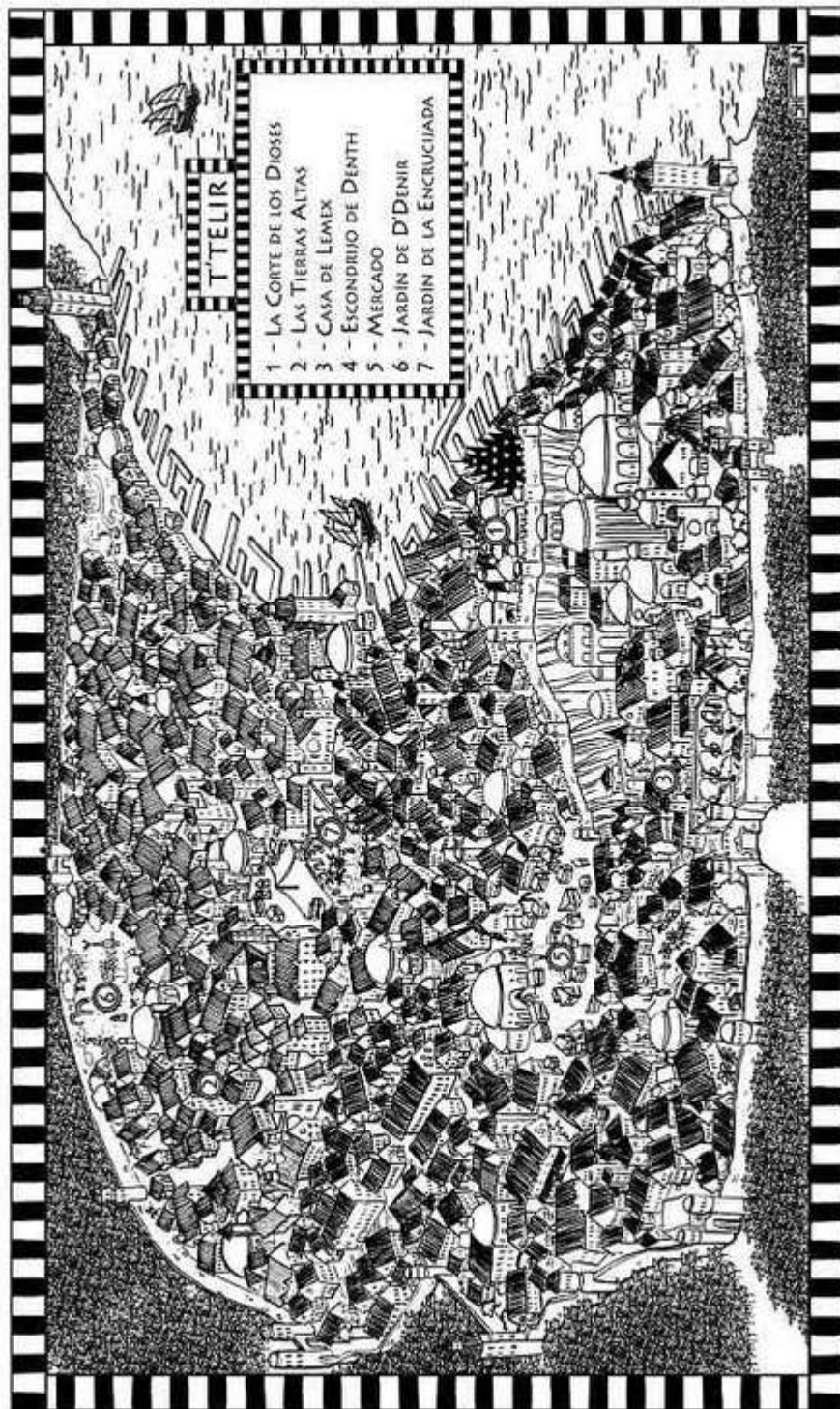
Primer editor: libra (r1.0 a 2.1)

ePub base r2.1

Aa



Para Emily, que dijo que sí



*Mapa de T'Telir, capital de un reino del futuro del que sabemos muy poco. Le representamos así como es, pero es una referencia a la de la ilustración original.*

## Presentación

Debo reconocer que una de las más genuinas satisfacciones de un editor es, sencillamente, «encontrar» a un autor nuevo y prometedor. En los largos años dirigiendo esta colección he «encontrado» autores nuevos de todo tipo y condición que han sido conocidos en España gracias a NOVA.

Uno de mis más recientes descubrimientos fue este sorprendente Brandon Sanderson, un autor joven que, con sus primeras obras, ha renovado ya la fantasía tanto tiempo encerrada en el clásico cliché «à la Tolkien», ya un tanto agotado. Hoy puedo constatar que la sorpresa que me proporcionó Brandon con su primera novela, ELANTRIS (2005), se ha confirmado, y esa es solo una de las muchas satisfacciones que nos va a deparar a todos.

Sanderson se alza ya hoy, apenas unos diez años después de su primera publicación, como uno de los más importantes baluartes de la mejor fantasía. Y no solamente eso, sino que se trata de una fantasía renovada y con un bagaje teórico de fondo sumamente importante. Sanderson no es solo un gran y prolífico autor, es también alguien que piensa muy seriamente en el sentido de su trabajo y, lo más destacable, alguien que, amando la fantasía, sabe que debe ser renovada y repensada para encarar con éxito el siglo XXI. No es poca cosa.

No he sido el único maravillado por la habilidad narrativa y el universo fabulador de Brandon Sanderson. Cuando Robert Jordan falleció, en septiembre de 2007, no resultó extraño que se decidiera que fuese precisamente Brandon Sanderson quien se encargara de terminar la novela entonces en curso de redacción (A MEMORY OF LIGHT), el que habría de ser el volumen final de la famosa serie La rueda del tiempo que Robert Jordan no pudo terminar. Cabe destacar que del proyecto original para un libro de 200 000 palabras, se pasó finalmente a un nuevo texto, de una extensión global de unas 800 000 palabras, que ha representado un colofón extraordinario a una de las mayores series de la fantasía mundial. Ha pasado de uno a tres títulos, obra de Brandon Sanderson a partir tan solo de unos breves apuntes de Jordan y, sobre todo, de la lectura y reflexión profundas sobre la serie de LA RUEDA DEL TIEMPO. Se trata de LA TORMENTA (2009), TORRES DE MEDIANOCHE (2010) y UN RECUERDO DE LUZ (2013). Y no desmerecen en nada lo escrito anteriormente por Jordan. Incluso, a mi entender, lo mejoran, tal vez por el empuje de la savia joven y nueva de un autor brillante y sumamente prolífico que afronta esos títulos no como uno más de una serie ya un tanto dilatada, sino como una oportunidad personal y un digno colofón a una obra que admira.

Para destacar el enfoque «distinto» que Brandon Sanderson da a la fantasía, me voy a permitir incluir de nuevo un texto del estudiante

Sanderson en un trabajo académico sobre la fantasía que ya les extracté en la presentación de ELANTRIS. Un texto en el que el entonces joven autor desarrolla su tesis en favor del cambio en la narrativa fantástica:

Muchos escritores contemporáneos, algunos de ellos muy buenos, se han restringido a sí mismos al estándar asumido de la fantasía. Escriben relatos sobre jóvenes héroes que son llamados a una búsqueda misteriosa, ambicionan el poder, y llegan a la madurez al superar sus tribulaciones. Siguen el Síndrome de Campbell paso a paso, e intentan estar seguros de que no dejan nada al margen.

El movimiento ha ganado tal impulso (en parte por Tolkien, cuya obra exhibe el Mito del Héroe pero no lo sigue) que se ha convertido en sinónimo de fantasía. Y, a causa de ello, el género está amenazado de estancamiento.

Esto, por supuesto, plantea un interrogante. La fantasía es todavía un género en su adolescencia —el movimiento contemporáneo no empezó hasta los años setenta. Las historias que utilizan el mito del héroe siguen vendiéndose bien—, en realidad, se venden mejor ahora que antes. Y por lo tanto, ¿por qué cambiar?

Respondo que debemos cambiar porque la adolescencia pasa y los lectores de fantasía se hacen mayores. Los lectores de fantasía empiezan a estar cansados. Muchos de mis amigos, antes lectores ávidos de fantasía, han dejado de leer novelas del género a causa de su redundancia. Lo que antes sugería maravillas, ahora se ve como obsoleto y excesivamente trillado. Preveo serios problemas en el futuro si no reconocemos el Síndrome de Campbell y lo afrontamos.

Coincido al ciento por ciento con esa idea de Sanderson, y debo decir que bastantes novelas de fantasía actuales (esos epígonos de Tolkien tan numerosos) también me aburren. Hay pocos títulos (demasiado pocos) en mi lista de novelas imprescindibles de fantasía y, con toda seguridad, es por agotamiento de un cliché que, como a Sanderson y sus amigos, hace tiempo que me cansa.

Es posible que la apuesta de Sanderson sea arriesgada. Existe un lector acomodaticio que se conforma con «más de lo mismo» (ese lector al que el gran Julio Cortázar tuvo el desacierto de llamar «lector hembra» en un desliz machista imperdonable). Pero, y esa ha sido siempre mi apuesta como editor, hay lectores inteligentes y amantes de la novedad. Y son (somos) muchos. Muchos más de lo que suele pensar una gran mayoría de los editores.

En mi presentación a ELANTRIS, la primera novela de Brandon Sanderson, ya les contaba la sorpresa que la irrupción de este joven autor provocó en todo el mundo. Ahora puedo también dar testimonio de cómo el éxito obtenido por ELANTRIS en todo el mundo se ha repetido en España. Afortunadamente, hoy podemos disfrutar de la

segunda edición de esa maravillosa novela, la edición de ELANTRIS, X ANIVERSARIO, con ligeros retoques y mejoras.

Brandon Sanderson es un autor joven que acaba de cumplir los cuarenta años. Creció en Lincoln (Nebraska, EE. UU.) y ahora vive en American Fork (Utah, EE. UU.) con su esposa Emily y sus tres hijos. Obtuvo la licenciatura en Lengua en la Brigham Young University, de la que es profesor. Sumamente prolífico, ha escrito diversas novelas, pero la primera publicada fue la sexta, ELANTRIS, escrita en 2000 y publicada en mayo de 2005, recibida por público y crítica como una interesantísima renovación del tan trillado género de la fantasía. Una sorprendente y amena novela que ofrece de todo para todos: misterio, magia, romance, enfrentamientos políticos, conflictos religiosos, luchas por la igualdad y una escritura penetrante con personajes consistentes y maravillosos.

*ELANTRIS no es solo una novela de fantasía épica como puede parecer. Faren Miller, de LOCUS, lo detectó claramente destacando en ella un tono inconformista no excesivamente habitual en el género. No en vano Sanderson dice haber empezado a leer fantasía, a los catorce años, cuando cayó en sus manos una novela sumamente inteligente e irónica como es VENCER AL DRAGÓN, de Barbara Hambly (1985, NOVA fantasía número 7). Miller destaca claramente en ELANTRIS esa posible orientación al recalcar el tono del Prólogo, tan clásico en la descripción de una fantástica capital de seres inmortales como había sido la ciudad de Elantris, para finalizar introduciendo, ya en el mismo Prólogo, un dato sorprendente y casi subversivo: «La eternidad terminó hace diez años» .*

Tuve la oportunidad de hablar con Brandon (y con su entonces reciente esposa, Emily) cuando en noviembre de 2006 vino a Barcelona como conferenciante invitado en la ceremonia de entrega del Premio UPC de Ciencia Ficción. Puedo asegurar que ideas no le faltan a Brandon Sanderson y que su capacidad de reflexión sobre la narrativa fantástica, unida a su habilidad extraordinaria como narrador y su interés por temas «adultos» (política, estrategia, religión y un interesante etcétera), nos ha de deparar muchas más sorpresas en su futura carrera como autor. Sinceramente, debo reconocer que poder reunirme de nuevo con Brandon en la Eurocon de 2016, que se celebrará en Barcelona entre el 4 y el 6 de noviembre, es, para mí, uno de los mayores alicientes de este encuentro. Brandon va a ser el invitado de honor y yo espero, sencillamente, continuar con él las interesantes conversaciones que mantuvimos en 2006.

Tras el éxito de ELANTRIS, Brandon Sanderson ha acabado ya de publicar una trilogía genéricamente titulada NACIDOS DE LA BRUMA (MISTBORN) e integrada por EL IMPERIO FINAL (The Final Empire, 2006), EL POZO DE LA ASCENSIÓN (The Well of Ascension, 2007) y EL HÉROE DE LAS ERAS (The Hero of Ages, 2008). La obra ha tenido tal éxito que ya está en marcha una segunda serie (ahora tetralogía) iniciada con ALEACIÓN DE LEY (The Alloy of Law, 2011) a la que



siguen SHADOWS OF SELF (2015), THE BANDS OF MOURNING (2016) y THE LOST METAL. También está previsto que aparezca una novela corta que complementa la primera trilogía: SECRET HISTORY.

Y, para trascender el mundo de las letras, debo recordar que recientemente, con solo pocos años como novelista y cuatro grandes libros publicados, Dreamworks adquirió los derechos para el cine de una serie de novelas de fantasía para adolescentes que Brandon escribió, casi como un divertimento, entre los volúmenes segundo y tercero de NACIDOS DE LA BRUMA (MISTBORN). Se trata de la serie protagonizada por un muchacho llamado Alcatraz, que se iniciaba con ALCATRAZ VERSUS THE EVIL LIBRARIANS (2007) y que Ediciones B publicará próximamente con el título ALCATRAZ VERSUS LOS BIBLIOTECARIOS MALVADOS.

Y todo esto sin olvidar otras de sus obras: la serie de los Reckoners, integrada por STEELHEARTH (NOVA, 2016), FIREFIGHT (NOVA, 2016) y CALAMITY (prevista en NOVA para 2017) una amena y entrañable serie sobre unos curiosos superhéroes malvados o la serie conformada por EL RITHMATISTA (NOVA, 2015) y THE AZTLANIAN (2014).

Aunque, tal vez tras su participación en LA RUEDA DEL TIEMPO de Robert Jordan, al mismísimo Brandon Sanderson le ha entrado el gusanillo de escribir él mismo su magna serie, y esta va a ser EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS (The Stormlight Archive). Posiblemente la ambición, y la riqueza temática y de personajes de esa serie no tengan parangón hasta hoy. Se trata de un largo proyecto de hasta diez libros de gran envergadura (unas mil páginas cada uno) llamados a convertirse en un hito incuestionable en la moderna fantasía, sin nada que envidiar a autores famosísimos como Martin, Abercrombie, Rothfuss, el citado Jordan y otros. La calidad y la habilidad de Sanderson son una garantía, y su seriedad y la riqueza de su prolífica actividad como escritor y pensador sobre el futuro de la fantasía se muestran con poderío en esa magna obra de la que ya conocemos dos títulos: EL CAMINO DE LOS REYES (NOVA, 2012) y PALABRAS RADIANTES (NOVA, 2015), y está previsto un tercero para 2017: Oathbringer. La recomiendo enfáticamente.

La trama de EL ALIENTO DE LOS DIOSES (Warbreaker) recuerda en cierta forma la de ELANTRIS, al principio, aunque solo al principio.

Años atrás el rey de Idris firmó un tratado con el reino de Hallandren. El rey Dedelin enviaría a su hija mayor, Vivenna, para casarse con Susebron, el Rey Dios de Hallandren. Vivenna ha sido educada durante toda su vida para ser una esposa adecuada para Susebron y así cumplir con su deber y ayudar a forjar una paz estable entre Hallandren e Idris. Ese era el plan hasta que el rey de Idris envía a su hija Siri, desobediente e independiente, en lugar de Vivenna.

Así comienzan dos de los tres ejes argumentales principales de EL ALIENTO DE LOS DIOSES. Siri intenta encontrar su lugar en la corte

de Susebron y descubrirá la verdad oculta sobre el Rey Dios. Temiendo que Siri no esté preparada para esa nueva vida, Vivenna viaja también a Hallandren y se reúne con la gente de Idris que trabaja en la capital, T'Telir, y comienza una nueva vida de espionaje y sabotaje. El plan de Vivenna es rescatar a Siri, aunque para el lector resulte claro que esta ni necesita ni desea ser salvada.

El viaje a Hallandren supone un verdadero shock para las dos princesas. Cada una de ellas tiene que tratar con esa cultura diferente a su manera y, en cierta forma, vivir en una sociedad donde la gente no cree o piensa como ellas.

El tercer gran eje de la historia lo constituye un personaje más bien divertido como es Sondeluz. Se trata de un Retornado, uno de los personajes divinos que son vistos como dioses porque han muerto haciendo algún acto heroico y, tras un período, reaparecen como seres más poderosos. Sin embargo, Sondeluz no se considera un dios. Ni cree que lo sean los otros Retornados, y esa incredulidad, atípica en Hallandren, le lleva a otras aventuras y problemas.

La historia es larga y compleja, responde a la línea temática general ya presente en ELANTRIS y también en EL ALIENTO DE LOS DIOSES con esos hombres-dios, a veces caídos en desgracia y con poderes mágicos excepcionales. Pero se trata de historias distintas que no tienen nada que ver entre sí y de lectura completamente independiente.

Sanderson se distingue también por la magia que introduce en sus novelas, una magia vista en cierta forma de manera «racional» y con una especie de lógica interna (los «alománticos» de la trilogía MISTBORN tienen poderes mágicos pero siguen sometidos a la ley de acción y reacción de Newton...).

En EL ALIENTO DE LOS DIOSES, el sistema de magia se basa en el «aliento», que los de Idrian también llaman el «alma». Cada ser humano nace con un «aliento». Uno se puede desprender de su «aliento» y aun así seguir viviendo, aunque parecerá a los demás como un poco más gris (menos vivo y menos capaz de percibir las cosas que suceden a su alrededor). En este caso, se les llama «grises». En Idrian se tiene lástima de ellos y se juzga monstruoso aceptar el aliento de otros. En Hallandren el «aliento» se considera incluso una mercancía con la que comerciar ya que disponen de ella incluso los humanos más pobres.

Una persona que tiene cincuenta o más «alientos» puede hacer magia con ese poder, incluyendo el «despertar», que consiste en dar vida con forma humana a materia orgánica, con lo que el nuevo ser «despertado» hace lo que el «despertador» quiere que haga. Para ello, se deben conocer las palabras correctas y pronunciarlas con claridad. El «despertador» puede recuperar el «aliento» de la cosa creada, pero solo cuando esta ha cumplido su misión.

Los «retornados» necesitan al menos un «aliento» a la semana para seguir existiendo. En Hallandren se considera un honor dar «aliento» a sus dioses y se paga muy bien por hacerlo. En Idris no se cree que los «retornados» sean dioses; en cambio, adoran a Austre, que no puede ser visto ni escuchado.

En resumen, nos encontramos ante una rara avis de la fantasía moderna: una narración completa en un único volumen, con toda la imaginación, la aventura, la magia y los entrañables personajes a los que Brandon Sanderson ya nos tiene acostumbrados.

Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

## Agradecimientos

Trabajar en *El aliento de los dioses* ha sido un proceso inusitado en algunos sentidos: pueden leer más en mi página web. Baste decir que he tenido una gama más variada de lo normal de lectores alfa, muchos de los cuales conozco principalmente a través de mis foros. He intentado incluir los nombres de todos, pero sin duda se me escapará alguno. Si eres uno de ellos, contacta conmigo y trataremos de incluirte en futuras ediciones.

El primer agradecimiento va dirigido a mi encantadora esposa Emily Sanderson, con quien me casé mientras escribía este libro. Esta es mi primera novela donde ha participado ampliamente con sus opiniones y sugerencias, todas muy estimables. También, como siempre, a mi agente Joshua Bilmes y mi editor Moshe Feder, que hicieron un trabajo intenso y extraordinario con el manuscrito, llevándolo de la Segunda o la Tercera Elevación al menos hasta la Octava.

En Tor, varias personas han superado con creces la llamada del deber. El primero es Dot Lin, mi publicista, con quien ha sido particularmente estimulante trabajar. ¡Gracias, Dot! Y, desde luego, los incansables esfuerzos de Larry Yoder merecen una nota, así como el excelente trabajo de la genial directora artística de Tor, Irene Gallo. Dan Dos Santos realizó la cubierta original, y les sugiero de todo corazón que echen un vistazo a su página web y sus otros trabajos, porque creo que es uno de los mejores artistas del momento. También Paul Stevens se merece mi gratitud por ser el contacto en casa de mis libros.

En el apartado de los agradecimientos especiales, tenemos a JoeVans3 y Dreamking47, Louse Simard, Jeff Creer, Megan Kauffman, thelsdj, Megan Hutchins, Izzy Whiting, Janci Olds, Drew Olds, Karla Bennion, Eric James Stone, Dan Wells, Isaac Stewart, Ben Olsen, Greyhound, Demented Yam, D. Demille, Loryn, Kuntry Bumpken, Vadia, U-boat, Tjaeden, Dragon Fly, pterath, BarbaraJ, Shir Hasirim, Digitalbias, Spink Longfellow, amyface, Richard *Captain Goradel* Gordon, Swiggly, Dawn Cawley, Drerio, David B, Mi'chelle Trammel, Matthew R Carlin, Ollie Tabooger, John Palmer, Henrik Nyh, y el incombustible Peter Ahlstrom.

## Prólogo

«Es curioso cuántas cosas empiezan conmigo siendo arrojado a la cárcel», pensó Vasher.

Los guardias rieron y cerraron la puerta de golpe. Vasher se levantó y se sacudió, meneó el hombro y dio un respingo. Aunque la mitad inferior de la puerta era de gruesa madera, la superior tenía barrotes, y pudo ver a los tres guardias abrir su morral y rebuscar entre sus pertenencias.

Uno de ellos advirtió que los estaba mirando. Era un hombretón bestial de cabeza afeitada y uniforme sucio; apenas conservaba los brillantes colores amarillos y azules de la guardia de la ciudad de T'Telir.

«Colores brillantes —pensó Vasher—. Tendré que acostumbrarme de nuevo a ellos». En cualquier otra nación, aquellos azules y amarillos tan chillones habrían quedado ridículos en los soldados. Se encontraba en Hallandren, no obstante, la tierra de los dioses Retornados, los servidores sinvida, la investigación biocromática y, por supuesto, el color.

El corpulento guardia se acercó a la puerta de la celda, dejando a sus amigos divertirse con las pertenencias de Vasher.

—Dicen que eres bastante duro —dijo, evaluando a Vasher con la mirada.

No obtuvo respuesta.

—El tabernero dice que derrotaste a unos veinte hombres en una pelea. —El guardia se frotó la mandíbula—. No me pareces tan duro. En cualquier caso, deberías haber sabido que golpear a un sacerdote es contraproducente. Los demás pasarán una noche entre rejas. A ti, sin embargo, te colgarán. Necio incoloro.

Vasher se dio media vuelta. Su celda, aun carente de originalidad como era, cumplía los requisitos mínimos. Una fina rendija en lo alto de una pared dejaba entrar la luz, las paredes de piedra rezumaban agua y moho, y en un rincón se descomponía una pila de paja seca.

—¿Me consideras indigno de tu atención? —preguntó el guardia, acercándose a la puerta.

Los colores de su uniforme refulgieron, como si hubiera entrado en una zona más iluminada. No obstante, fue un cambio leve. Vasher no tenía mucho aliento ya, y por eso su aura no influyó demasiado en los colores

que lo rodeaban. El guardia no advirtió el cambio en el color, igual que no lo había advertido en el bar, cuando sus colegas y él recogieron a Vasher del suelo y lo arrojaron al carro. Se trataba de un cambio tan sutil que a los profanos les resultaba casi imposible de detectar.

—Vaya, vaya —dijo uno de los que rebuscaban en el talego—. ¿Qué es esto?

A Vasher siempre le había parecido interesante que quienes vigilaban las mazmorras fueran tan malos, o peores, que aquellos a quienes vigilaban. Tal vez era deliberado. A la sociedad no parecía importarle si esos hombres estaban dentro o fuera de las celdas, mientras estuvieran apartados de los hombres honrados.

Si es que tal cosa existía.

El guardia sacó un objeto largo envuelto en lino blanco. Silbó mientras desenvolvía la tela, revelando una espada larga de hoja fina en una vaina de plata. La empuñadura era negro puro.

—¿A quién creéis que le habrá robado esto?

El líder de la guardia miró a Vasher, quizá preguntándose si no se trataría de alguna clase de noble. Aunque en Hallandren no existiera la aristocracia, muchos reinos vecinos tenían sus lores y damas. Sin embargo, ¿qué noble llevaría una sucia capa marrón remendada en varios sitios? ¿Qué noble tendría cardenales de una pelea de bar, barba de varios días y botas gastadas tras años de caminar? El guardia se volvió, poco convencido de que Vasher no fuera ningún lord.

Llevaba razón. Y se equivocaba.

—Déjame ver eso —dijo, y cogió la espada. Gruñó, sorprendido por su peso. La giró en su mano, advirtiendo el cierre que sujetaba la vaina a la empuñadura e impedía desenvainarla. Lo abrió.

Los colores de la habitación se volvieron más intensos, no más brillantes como había sucedido con el jubón del guardia cuando se acercó a Vasher. Se hicieron *más fuertes*. Más oscuros. Los rojos se volvieron marrones. Los amarillos se endurecieron a dorado. Los azules se hicieron casi negros.

—Ten cuidado, amigo —dijo Vasher en voz baja—, esa espada puede ser peligrosa.

El guardia alzó la mirada. Todo estaba en silencio. El guardia bufó y se alejó de la celda, llevándose la espada. Los otros dos lo siguieron, con el morral de Vasher, y entraron en la sala de guardia situada al fondo del pasillo.

La puerta se cerró de golpe. Al punto, Vasher se arrodilló junto al montón de paja y seleccionó un puñado de recias briznas. Sacó hilos de su capa, que empezaba a ajarse por abajo, y ató la paja hasta darle forma de una persona pequeña, de unos tres centímetros de altura, con brazos y piernas hirsutos. Se arrancó un pelo de una ceja, lo colocó en la cabeza de la figura, rebuscó en su bota y sacó un brillante pañuelo rojo.

Vasher contuvo el aliento.

Brotó de él hinchándose en el aire, translúcido pero radiante, como el color del aceite sobre agua al sol. Lo dejó fluir: aliento biocromático, lo llamaban los sabios. La mayor parte de la gente lo llamaba solo aliento. Cada persona tenía uno. O, al menos, así solía ser. Una persona, un aliento.

Vasher tenía unos cincuenta alientos, suficientes para llegar a la Primera Elevación. Tener tan pocos le hacía sentirse pobre comparado con lo que una vez había tenido, pero muchos considerarían cincuenta alientos un gran tesoro. Por desgracia, incluso despertar una figura pequeña hecha de materia orgánica (usando algo de su propio cuerpo como foco) consumía casi la mitad de sus alientos.

La figurita de paja se sacudió, absorbiendo el aliento. En la mano de Vasher, la mitad del brillante pañuelo rojo se convirtió en gris. Se agachó, imaginando lo que quería que hiciera la figura, y completó el proceso con una orden:

—Coge las llaves.

La figura de paja se levantó y alzó su única ceja hacia Vasher.

Este señaló la sala de los guardias, donde se oían gritos de sorpresa.

«No hay mucho tiempo», pensó.

La personita de paja corrió por el suelo, saltó y se escurrió entre los barrotes. Vasher se quitó la capa y la colocó en el suelo. Tenía la forma perfecta de una persona, marcada con desgarrones que recreaban las cicatrices del cuerpo de Vasher, la capucha cortada con agujeros que hacían las veces de sus ojos. Cuanto más se parecía un objeto a la hechura y la forma humana, menos alientos necesitaba para despertar.

Se agachó, tratando de no pensar en los días en que tenía suficientes alientos para despertar sin que le importara la forma ni el enfoque. Esa había sido una época diferente. Con un respingo, se arrancó unos pelos de la cabeza y los esparció por la capucha de la capa.

Una vez más exhaló aliento.

Necesitó del resto de su aliento. Sin él, la capa temblando, el pañuelo perdiendo el resto de su color, se sintió más tenue. Sin embargo, perder el aliento no provocaba un desenlace fatal. De hecho, los alientos extra que usaba habían pertenecido una vez a otra gente. Vasher no sabía a quiénes; no había recolectado esos alientos él mismo. Se los habían dado, como se suponía que funcionaban esas cosas. No podías tomar alientos por la fuerza.

Estar vacío de aliento lo cambió, en efecto. Los colores ya no le parecían tan brillantes. No podía sentir el bullir de la gente deambulando arriba en la ciudad, una conexión que por lo general daba por sentada. Era la conciencia que todos los hombres tenían de otros, esa cosa que susurraba una advertencia, en la modorra del sueño, cuando alguien entraba en la habitación. En Vasher, ese sentido se había amplificado cincuenta veces.

Y ahora había desaparecido, absorbido por la capa y la personita de paja, para darles poder.

La capa se agitó. Vasher se agachó.

—Protégeme —ordenó, y la capa se quedó quieta. Se levantó y volvió a ponérsela.

La figura de paja regresó a la ventana. Llevaba un gran aro con llaves. Sus piecitos estaban manchados de rojo. La sangre escarlata le parecía ahora a Vasher más oscura.

Cogió las llaves.

—Gracias —dijo. Siempre daba las gracias. No sabía por qué, sobre todo considerando lo que hacía a continuación—. Tu aliento, a mí —ordenó, tocando el pecho de la personita.

En el acto, la figura cayó al suelo, despojada de vida, y Vasher recuperó su aliento. El familiar sentido de conciencia regresó, el conocimiento de conexión, de encaje. Solo podía recuperar el aliento porque él mismo había despertado a esa criatura; de hecho, los despertares de esa clase rara vez eran permanentes. Usaba su aliento como una reserva, esparciéndolo para recuperarlo de nuevo a continuación.

Comparado con lo que tuvo una vez, veinticinco alientos era un número pequeño y risible. Sin embargo, comparado con nada, parecía infinito. Se estremeció de satisfacción.

Los gritos de los guardias se apagaron. Las mazmorras quedaron en silencio. Tenía que empezar a moverse.

Vasher metió la mano entre los barrotes y usó las llaves para abrir la celda. Empujó la gruesa puerta y corrió por el pasillo, dejando la figura



de paja olvidada en el suelo. No se acercó a la sala de los guardias para alcanzar la salida más allá, sino que se dio media vuelta y se internó en las mazmorras.

Esta era la parte más incierta de su plan. Encontrar una taberna que fuera frecuentada por los sacerdotes de los Tonos Iridiscentes había sido bastante fácil. Meterse en una pelea de bar y agredir a uno de aquellos sacerdotes resultó igual de sencillo. Hallandren se tomaba muy en serio a sus figuras religiosas, y Vasher se había ganado no el habitual encierro en la cárcel local, sino un viaje a los calabozos del rey-dios.

Conociendo la clase de hombres que solían proteger esos calabozos, sabía que intentarían desenvainar a *Sangre Nocturna*. Eso le había dado la distracción que necesitaba para conseguir las llaves.

Pero ahora venía la parte impredecible.

Se detuvo, la ondulación de la capa despierta. Fue fácil localizar la celda que quería, pues a su alrededor un gran parche de piedra había perdido el color, dejando ambas paredes y puertas de un gris opaco. Era un lugar ideal para aprisionar a un despertador, pues la ausencia de color significaba ausencia de despertar. Vasher se acercó a la puerta y se asomó a los barrotes. Un hombre colgaba del techo por los brazos, desnudo y encadenado. Su color era vibrante a los ojos de Vasher, su piel de un pardo puro; sus magulladuras, brillantes manchas azul y violeta.

El hombre estaba amordazado. Otra precaución. Para despertar, necesitaría tres cosas: aliento, color y orden. Las armonías y los tonos, lo llamaban algunos. Los Tonos Iridiscentes, la relación entre color y sonido. Había que dar una orden clara y firme en la lengua materna del despertador: cualquier tropiezo, cualquier mala pronunciación, invalidaría el despertar. El aliento brotaría, pero el objeto no podría actuar.

Vasher empleó las llaves de la prisión para abrir la puerta de la celda, y entró. El aura de ese hombre hacía que los colores se volvieran más brillantes cuando estaban cerca. Cualquiera podría advertir un aura tan fuerte, aunque era más fácil para alguien que hubiera alcanzado la Primera Elevación.

No era el aura biocromática más fuerte que veía Vasher; esas pertenecían a los Retornados, conocidos como dioses aquí en Hallandren. Con todo, la biocroma del prisionero era muy impresionante y mucho mucho más fuerte que la del propio Vasher. El prisionero contenía un montón de alientos. Cientos y cientos.

El hombre se balanceaba en sus ataduras, estudiando a Vasher, los labios amordazados y sangrantes. Tras una breve vacilación, Vasher extendió la mano y retiró la mordaza.

—¿Tú? —susurró el prisionero, tosiendo a duras penas—. ¿Vienes a liberarme?

—No, Vahr —dijo Vasher en voz baja—. Vengo a matarte.

Vahr bufó. El cautiverio no había sido fácil para él. La última vez que Vasher lo había visto, Vahr estaba rechoncho. A juzgar por su cuerpo demacrado, llevaba algún tiempo sin comer. Los cortes, magulladuras y marcas de quemaduras en su carne eran recientes.

Pero la tortura y la expresión acosada en sus ojos rodeados de bolsas revelaban una solemne verdad. El aliento solo podía ser transferido de forma voluntaria, con una orden expresa. Esa orden, sin embargo, podía ser animada.

—Así que me juzgas —graznó Vahr—, como hace todo el mundo.

—Tu fracasada rebelión no es asunto mío. Solo quiero tu aliento.

—Tú y toda la corte de Hallandren.

—Sí, pero no vas a dárselo a uno de los Retornados. Vas a dármelo a mí. A cambio de que te mate.

—No me parece un buen trato. —Había dureza, un vacío emocional en Vahr que Vasher no había visto la última vez que se separaran, años antes.

«Qué extraño —pensó— que al final, después de todo este tiempo, encuentre algo en él con lo que pueda identificarme».

Mantuvo las distancias con Vahr. Ahora que su voz estaba libre, podía ordenar. Sin embargo, solo tocaba las cadenas de metal, y el metal era difícil de despertar. Nunca había estado vivo y no tenía forma humana. Incluso durante el momento culminante de su poder, Vasher solo había podido despertar metal en unas pocas ocasiones. Ciertamente era que los despertadores más poderosos eran capaces de animar algunos objetos sin necesidad de tocarlos, solo con que estuviesen al alcance de su voz. Para ello, sin embargo, se requería la Novena Elevación. Ni siquiera Vahr poseía tanto aliento. De hecho, Vasher solo conocía a una persona viva que lo tuviera: el rey-dios en persona.

Lo cual significaba que, casi con toda seguridad, estaba a salvo. En Vahr había aliento en abundancia, pero nada que despertar. Vasher rodeó al hombre encadenado, sintiendo dificultad para no mostrar compasión alguna. Vahr se había ganado su destino. Sin embargo, los sacerdotes no lo dejarían morir mientras contuviera tanto aliento; si moría, se desperdiciaría. Se perdería. Sería irrecuperable.

Ni siquiera el gobierno de Hallandren, con sus estrictas leyes sobre la compra y el traspaso de alientos, podía dejar que semejante tesoro se perdiera. Lo deseaban tanto que retrasaban la ejecución incluso de un criminal tan notorio como Vahr. Dentro de poco se maldecirían a sí mismos por no haberlo vigilado mejor.

Pero claro, Vasher llevaba dos años esperando una oportunidad como esa.

—¿Y bien? —preguntó Vahr.

—Dame el aliento —respondió Vasher, dando un paso adelante.

Vahr bufó.

—Dudo que tengas la habilidad de los torturadores del rey-dios... y llevo dos semanas resistiéndolos.

—Te sorprendería. Pero eso no importa. Vas a darme tu aliento. Sabes que solo tienes dos opciones. Dármelo a mí o dárselo a ellos.

Vahr colgaba de las muñecas, girando lentamente. En silencio.

—No tienes mucho tiempo para pensártelo —dijo Vasher—. De un momento a otro, alguien descubrirá a los guardias muertos ahí fuera. Sonará la alarma. Te dejaré, volverán a torturarte y acabarás por romperte. Entonces todo el poder que has acumulado irá a la misma gente que juraste destruir.

Vahr miró al suelo. Vasher lo dejó reflexionar unos instantes, y pudo ver que la realidad de la situación le quedaba clara. Al cabo, Vahr levantó la cabeza.

—Esa... cosa que llevas. ¿Está aquí, en la ciudad?

Vasher asintió.

—¿Los gritos que oí antes? ¿Los causó ella?

Vasher volvió a asentir.

—¿Cuánto tiempo estarás en T'Telir?

—Una temporada. Un año, tal vez.

—¿La usarás contra ellos?

—Mis objetivos son cosa mía, Vahr. ¿Aceptarás mi trato o no? Una muerte rápida a cambio de esos alientos. Una cosa te prometo: tus enemigos no los tendrán.

Vahr guardó silencio.

—Es tuyo —susurró, transcurridos unos instantes.

Vasher se acercó, posó la mano sobre la frente de Vahr, cuidando de que ninguna parte de sus ropas tocara la piel del hombre, no fuera a ser que absorbiera el color para despertar.

Vahr no se movió. Parecía aturdido. Entonces, justo cuando Vasher empezaba a pensar que había cambiado de opinión, Vahr exhaló aliento. El color se borró de él. La hermosa Iridiscencia, el aura que le hacía parecer majestuoso a pesar de sus ligaduras y cadenas, fluyó de su boca, flotando en el aire, titilando como bruma. Vasher la absorbió, cerrando los ojos.

—Mi vida a la tuya —ordenó Vahr, un atisbo de desesperación en la voz—. Mi aliento es tuyo.

El aliento fluyó hacia Vasher y todo se volvió vibrante. Su capa marrón pareció de pronto intensa y rica en color. La sangre del suelo era de un rojo brillante, como una llamarada. Incluso la piel de Vahr parecía una obra maestra de color, la superficie marcada por profundos pelos negros, magulladuras azules, y nítidos cortes rojos. Habían pasado años desde la última vez que Vasher sintiera tanta... *vida*.

Jadeó, cayó de rodillas, abrumado, y tuvo que apoyar una mano en el suelo para impedir desplomarse de bruces. «¿Cómo he vivido sin esto?».

Sabía que sus sentidos no habían mejorado y, sin embargo, se sentía mucho más alerta. Más consciente de la belleza de la sensación. Cuando tocó el suelo de piedra, se maravilló de su aspereza. Y el sonido del viento pasando a través de la estrecha ventana del calabozo. ¿Siempre había sido tan melódico? ¿Cómo podía no haberse dado cuenta antes?

—Cumple tu parte del trato —dijo Vahr.

Vasher advirtió los tonos de su voz, la belleza de cada uno de ellos, cómo se acercaban a lo armónico. Vasher había ganado un puesto. Un regalo para todo el que llegaba a la Segunda Iluminación. Sería bueno volver a tenerlo.

Cierto era que podría llegar a la Quinta Iluminación en cualquier momento, si lo deseaba, pero eso requeriría ciertos sacrificios que no estaba dispuesto a hacer. Y por eso se obligaba a hacerlo a la antigua usanza, recogiendo alientos de gente como Vahr.

Se incorporó y sacó el pañuelo incoloro que había utilizado antes. Lo arrojó sobre el hombro de Vahr y, acto seguido, exhaló.

No se molestó en dar forma humana al pañuelo, ni necesitó tampoco emplear una brizna de cabello o de piel para concentrarse, aunque sí que hubo de absorber el color de su camisa.

Vasher miró a los resignados ojos de Vahr.

—Estrangula —ordenó, rozando con los dedos el tembloroso pañuelo.

Se retorció de inmediato, acumulando una gran cantidad de aliento, aunque sin consecuencia. El pañuelo se enroscó veloz en torno al cuello de Vahr, tensándose, ahogándolo. Vahr no se debatió ni jadeó, sino que se limitó a mirar a Vasher con odio hasta que, con los ojos hinchados, murió.

Odio. Vasher había conocido odio más que de sobra a lo largo de su vida. Extendió la mano con rapidez, recuperó su aliento del pañuelo y dejó a Vahr colgando en la celda. Recorrió la prisión en silencio, admirando los matices de las maderas y las piedras. Cuando ya llevaba caminando unos instantes, advirtió un nuevo color en el pasillo. Rojo.

Sorteó el charco de sangre que se expandía por el suelo inclinado de la mazmorra y entró en la sala de los guardias. Los tres hombres yacían sin vida. Uno de ellos estaba sentado en una silla. *Sangre Nocturna*, todavía casi envainada, le atravesaba el pecho de lado a lado. Bajo la funda de plata se entreveía una pulgada de lustrosa hoja negra.

Vasher envainó el arma de nuevo, con delicadeza, y aseguró el cierre.

«Hoy me he portado muy bien, ¿a que sí?», resonó en el interior de su cabeza una voz.

Vasher no le respondió a la espada.

«Los he matado a todos —continuó *Sangre Nocturna*—. ¿No estás orgulloso de mí?».

Él cogió el arma, acostumbrado a su inusitado peso, y la cargó con una mano. Recuperó su morral y se lo echó al hombro.

«Sabía que te sentirías impresionado», dijo *Sangre Nocturna*, muy ufana.

No ser nadie importante tenía sus ventajas.

Según el baremo de muchas personas, sin embargo, no era esa la categoría en la que encajaba Siri. Al fin y al cabo, su padre era el rey. Este, por suerte, tenía cuatro descendientes con vida, y Siri, a sus catorce años, era la más joven de todos. Fafen, la hermana que la seguía en edad, había cumplido con los deberes familiares y se había metido a monja. Detrás de ella venía Ridger, el varón. El heredero al trono.

Y no convenía olvidar a Vivenna. Siri exhaló un suspiro mientras recorría el camino de regreso a la ciudad. Vivenna, la primogénita, era... en fin, era Vivenna. Hermosa, serena, perfecta en todos los aspectos. Lo cual estaba muy bien, claro, habida cuenta de que se había prometido con un dios. En cualquier caso, Siri, como cuarta hija que era, seguramente sobraba. Vivenna y Ridger debían concentrarse en los estudios; Fafen tenía que hacer su trabajo en los pastizales y en los hogares. Pero a Siri, por su parte, no ser importante le venía de maravilla. Su irrelevancia le permitía disfrutar de la naturaleza y perderse de vista durante horas seguidas.

A veces la gente se percataba, cierto, y eso le había deparado no pocos problemas. Sin embargo, incluso a su padre no le quedaba más remedio que admitir que sus desapariciones no causaban graves inconvenientes. La ciudad se las apañaba sin Siri; de hecho, quizá incluso le fuese un poquito mejor de lo habitual cuando ella no andaba cerca.

No ser importante. Cualquier otro podría tomárselo como una ofensa. Para Siri era una bendición.

Entró en la ciudad con una sonrisa en los labios.

Atrajo las inevitables miradas. Aunque Bevalis ostentaba, en teoría, el título de capital de Idris, no era demasiado grande y todo el mundo se conocía de vista. A juzgar por las historias que Siri había oído a comerciantes de paso, su hogar era prácticamente una aldea, comparada con las enormes metrópolis de otras naciones.

Le gustaba como era, incluso con sus calles fangosas, las casas de techo de paja, y las aburridas, aunque recias, murallas de piedra. Las mujeres perseguían a los gansos que huían, los hombres tiraban de los carros cargados con semillas de primavera, y los niños sacaban a las ovejas a los pastizales. Una ciudad grande en Xaka, Hudres o incluso la terrible Hallandren podría tener vistas exóticas, pero estaría repleta de multitudes sin rostro que gritarían y se apretujarían, y de nobles altivos.

No era algo que entusiasmara a Siri: por lo general incluso consideraba a Bevalis demasiado bulliciosa para su gusto.

«Con todo —pensó, contemplando su sencillo vestido gris—, apuesto a que esas ciudades tendrán más colores. Eso es algo que me gustaría ver».

Su cabello no pudo soportarlo más. Como de costumbre, los largos mechones se habían vuelto rubios de alegría mientras estaba en el campo. Se concentró, tratando de controlarlos, pero solo pudo reducir el color a un marrón opaco. En cuanto dejó de concentrarse, su pelo recuperó el color de siempre. No era muy buena controlándolo. No era como Vivenna.

Mientras atravesaba la ciudad, un grupo de figuras pequeñas empezó a seguirla. Ella sonrió, fingiendo ignorar a los niños hasta que uno de ellos echó a correr y le tiró del vestido. Entonces se dio media vuelta, sonriente. Ellos la miraron con rostros solemnes. Incluso a esa edad, los niños de Idris estaban educados para evitar vergonzosos estallidos de emoción. Las enseñanzas de Austre decían que no había nada malo en los sentimientos, pero llamar con ellos la atención sobre ti mismo no era bueno.

Siri nunca había sido muy devota. No era culpa suya, razonaba, que Austre le hubiera otorgado una clara incapacidad para obedecer. Los niños esperaron sin impacientarse hasta que Siri introdujo la mano en el delantal y sacó unas flores de vivos colores. Los ojos de los niños se abrieron de par en par, admirando aquellos tonos chillones. Tres de las flores eran azules; una, amarilla.

Las flores destacaban contra la aguda monotonía de la ciudad. Aparte de lo que podía encontrarse en la piel y los ojos de la gente, no había a la vista ni una gota de color. Se habían encalado las piedras, teñido de gris o pardo las prendas de vestir. Todo para mantener al color a raya.

Pues sin color no había despertadores.

La niña que había tirado de la falda de Siri al final cogió las flores con una mano y echó a correr con ellas, seguida por los otros niños. Siri vio reproche en los ojos de varios transeúntes. Sin embargo, ninguno de ellos la encaró. Ser una princesa, aunque no fuera importante, tenía sus ventajas.

Continuó su camino hacia el palacio. Era un edificio bajo de un solo piso con un gran patio de tierra prensada. Evitó las multitudes de buhoneros en la puerta y, dando la vuelta, entró por las cocinas. Mab, la cocinera, dejó de cantar cuando se abrió la puerta y miró a Siri.

—Tu padre te ha estado buscando, niña —dijo, y se volvió canturreando para atacar una pila de cebollas.

—Eso me temo.

Siri se acercó y olfateó una olla, de la que emanaba un reconfortante aroma a patatas cocidas.

—Otra vez te has ido a las montañas, ¿no? Apuesto a que te saltaste tus clases.

Siri sonrió y sacó otra de las brillantes flores amarillas, haciéndola girar entre dos dedos.

Mab puso los ojos en blanco.

—Y sospecho que has estado corrompiendo de nuevo a los jóvenes de la ciudad. De verdad, niña, a tu edad ya tendrías que haber superado estas cosas. Tu padre tendría que decirte un par de palabras sobre tus responsabilidades.

—Me gustan las palabras. Y siempre aprendo algunas nuevas cuando padre se enfada. No debería descuidar mi educación, ¿no?

Mab hizo una mueca y mezcló unos pepinillos cortados con las cebollas.

—De verdad, Mab —dijo Siri, haciendo girar la flor, sintiendo que el tono de su pelo se volvía un poco rojo—. No veo cuál es el problema. Austre creó las flores, ¿no? Puso los colores en ellas, así que no pueden ser malignas. Quiero decir, lo llamamos el Dios de los Colores, ¿verdad?

—Las flores no son malignas —respondió Mab, añadiendo unas hierbas a su cocido—, suponiendo que se queden donde las puso Austre. No deberíamos usar la belleza de Austre para darnos importancia.

—Una flor no me hace parecer más importante.

—¿No? —repuso Mab, añadiendo la hierba, el pepinillo y las cebollas a una de sus ollas. Golpeó el lado de la olla con el plano de su cuchillo, escuchó, asintió para sí y empezó a rebuscar más verduras bajo la encimera—. Dime —continuó refunfuñando—, ¿de verdad crees que caminar por la ciudad con una flor así no atrajo la atención sobre ti misma?

—Eso es solo porque la ciudad es muy gris. Si hubiera un poco de color, nadie se fijaría en una flor.

Mab se incorporó cargando con una caja con tubérculos.

—¿Nos harías decorarlo todo como si fuera Hallandren? ¿Quizá deberíamos empezar a invitar a despertadores a la ciudad? ¿Qué te parecería eso? ¿Diablos que sorbieran las almas de los niños, que estrangularan a la gente con sus propias ropas? ¿Levantar a los



muertos de las tumbas para usarlos como mano de obra? ¿Sacrificar mujeres en sus altares impíos?

Siri notó que su pelo se volvía blanco de ansiedad. «¡Basta!», pensó. El pelo parecía tener mente propia y respondía a sus instintos.

—Eso de que sacrifiquen doncellas es solo un cuento —dijo—. En realidad no lo hacen.

—Los cuentos vienen de alguna parte.

—Sí, de viejas reuniones al calor del fuego en invierno. No creo que tengamos que estar tan asustados. Los de Hallandren harán lo que quieran, lo cual me parece bien, siempre que nos dejen en paz.

Mab empezó a cortar verdura, sin levantar la cabeza.

—Tenemos el tratado, Mab —añadió Siri—. Mi padre y Vivenna se asegurarán de que estemos a salvo, y eso hará que los hallandrenses nos dejen en paz.

—¿Y si no lo hacen?

—Lo harán. No te preocupes.

—Tienen mejores ejércitos —repuso Mab mientras seguía cortando, sin mirarla—, mejor acero, más comida y... y cosas de esas. Todo eso preocupa a la gente. A lo mejor a ti no, pero sí a las personas sensatas.

Costaba desoír sin más ni más las palabras de la cocinera. Mab poseía sentido común, una sabiduría que trascendía la maña que se daba con las especias y los guisos. Sin embargo, también era asustadiza.

—Te preocupas por nada, Mab. Ya lo verás.

—Solo digo que es mal momento para que una princesa real vaya por ahí con flores, haciéndose ver y coqueteando con la antipatía de Austre.

Siri exhaló un suspiro.

—Vale, de acuerdo. —Arrojó la última de sus flores al puchero—. Ahora todos podremos destacar juntos.

Mab se detuvo y puso los ojos en blanco mientras troceaba un tubérculo.

—Supongo que eso sería una flor de vanavel.

—Pues claro. —Siri aspiró la fragancia que se desprendía de la olla humeante—. Jamás se me ocurriría estropear un buen guiso. Y sigo diciendo que exageras.

Mab arrugó la nariz.

—Toma —dijo, sacando otro cuchillo—. Haz algo útil. Hay raíces que picar.

—¿No debería presentarme ante mi padre? —Siri agarró una retorcida raíz de vanavel para empezar a cortar.

—Te enviaré de vuelta aquí y te pondrá a trabajar en las cocinas como castigo —respondió Mab, utilizando el cuchillo para darle otro golpecito al puchero. Según ella, se podía juzgar cuándo estaba lista la comida por el sonido que emitía la olla.

—Que Austre me ayude como mi padre descubra lo bien que me lo paso aquí abajo.

—Te gusta estar cerca de la comida —dijo Mab, sacando la flor del guiso y arrojándola a un lado—. Sea como sea, no puedes presentarte ante él. Está reunido con Yarda.

Siri no mostró ninguna reacción; continuó cortando. Su pelo, sin embargo, se volvió rubio de emoción. «Las reuniones de mi padre con Yarda suelen durar horas —pensó—. No tiene mucho sentido estar allí esperando a que termine...».

Mab se volvió para coger algo de la mesa, y cuando miró hacia atrás, Siri ya había salido corriendo por la puerta en dirección a los establos reales. Minutos más tarde, galopaba lejos del palacio, llevando su capa marrón favorita, sintiendo un estremecimiento de emoción que volvía su pelo de un rubio profundo. Una bonita cabalgada sería una buena manera de redondear el día.

Después de todo, su castigo sería el mismo.

Dedelin, rey de Idris, depositó la carta sobre la mesa. La había contemplado largo rato. Era hora de decidir si enviar o no a su hija mayor a la muerte.

A pesar de la llegada de la primavera, sus aposentos estaban fríos. El calor era cosa rara en las tierras altas de Idris: se anhelaba y disfrutaba, pues los veranos eran breves. Los aposentos estaban también desnudos. Había belleza en la sencillez. Ni siquiera un rey tenía derecho a mostrar arrogancia haciendo ostentación.

Dedelin se levantó, se asomó a la ventana y contempló el patio. El palacio era pequeño según los baremos del mundo, apenas un piso de altura, con un tejado de madera en pico y cuadrados muros de piedra. Pero era grande según los baremos de Idris, y bordeaba lo ampuloso. Esto podía ser perdonado, pues el palacio era también una sala de reuniones y el centro de operaciones de todo su reino.

El rey veía al general Yorda con el rabillo del ojo. El hombretón esperaba, las manos a la espalda, la hirsuta barba recogida en tres trenzas. Era la otra única persona presente en la sala.

Dedelin volvió a mirar la carta. El papel era rosa brillante, y el color chillón destacaba en su mesa como una gota de sangre sobre la nieve. El rosa era un color que nunca se veía en Idris. En Hallandren, sin embargo, centro de la industria de tintes del mundo, esos tonos de mal gusto eran comunes.

—¿Y bien, viejo amigo? —preguntó Dedelin—. ¿Tienes algún consejo que darme?

El general Yorda negó con la cabeza.

—La guerra se avecina, majestad. La siento en los vientos y la leo en los informes de nuestros espías. Hallandren sigue considerándonos rebeldes, y nuestros pasos hacia el norte son demasiado tentadores. Atacarán.

—Entonces no debería enviarla —dijo Dedelin, mirando de nuevo por la ventana. El patio estaba lleno de gente ataviada con pieles y abrigos que venía al mercado.

—No podemos detener la guerra, majestad —dijo Yorda—. Pero... podemos retrasarla.

Dedelin se volvió.

Yorda dio un paso adelante, y habló en voz baja.

—No es un buen momento. Nuestras tropas aún no se han recuperado de esas incursiones vendis del otoño pasado, y con los incendios de los graneros de este invierno... —Sacudió la cabeza—. No podemos permitirnos librar una guerra defensiva en verano. Nuestro mejor aliado contra los hallandrenses son las nieves. No podemos dejar que este conflicto se desarrolle según sus términos. Si lo hacemos, estamos acabados.

Sus palabras tenían sentido.

—Majestad, están esperando a que rompamos el tratado y tener una excusa para atacar. Si nos movemos primero, golpearán.

—Si cumplimos el tratado, lo harán también —replicó Dedelin.

—Pero más tarde. Quizá meses más tarde. Sabes lo lenta que es la política hallandrense. Si cumplimos el tratado, habrá debates y discusiones. Si duran hasta las nieves, habremos ganado el tiempo que tanto necesitamos.

Todo tenía sentido. Un sentido sincero y brutal. Todos estos años, Dedelin había ganado tiempo y visto cómo la corte de Hallandren se volvía cada vez más agresiva, más agitada. Cada año, había voces pidiendo que se atacara a los «idrianos rebeldes» que vivían en las tierras altas. Cada año, la política conciliadora de Dedelin mantenía a los ejércitos a raya. Había esperado, tal vez, que el líder rebelde Vahr y sus disidentes de Pahn Kahl mantuvieran la atención apartada de Idris, pero Vahr había sido capturado, y su supuesto ejército desmantelado. Sus acciones solo habían servido para que Hallandren se concentrara más en sus enemigos.

La paz no duraría. No con Idris madura, no con las valiosas rutas comerciales en juego. No con la actual cosecha de dioses de Hallandren, que parecían mucho más erráticos que sus predecesores. Sabía todo eso. Pero también sabía que romper el tratado sería una locura. Cuando te arrojan al cubil de una bestia, no provocas su furia.

Yarda se unió a él junto a la ventana y se asomó, apoyando un codo contra el marco. Era un hombre duro nacido en inviernos duros. Pero también era un hombre bueno, el mejor que Dedelin había conocido; una parte del rey anhelaba casar a Vivenna con el hijo del general.

Era absurdo. Dedelin había sabido siempre que llegaría este día. Él mismo había redactado el tratado, y el tratado exigía enviar a su hija a casarse con el rey-dios. Los hallandrenses necesitaban una hija de sangre azul para volver a introducir el linaje real en su monarquía. Era algo que los depravados y engreídos habitantes de las tierras bajas codiciaban desde hacía tiempo, y solo esa cláusula específica del tratado había salvado a Idris durante veinte años.

El tratado había sido el primer acto oficial del reinado de Dedelin, alcanzado tras arduas negociaciones tras el asesinato de su padre. Dedelin apretó los dientes. Qué poco había tardado en inclinarse ante los caprichos de sus enemigos. Sin embargo, volvería a hacerlo: un monarca de Idris haría cualquier cosa por su pueblo. Era la gran diferencia entre Idris y Hallandren.

—Si la enviamos, Yarda, la mandaremos a la muerte —dijo Dedelin.

—Tal vez no le hagan daño...

—Sabes que no. Lo primero que harán cuando llegue la guerra es usarla contra mí. Se trata de Hallandren. ¡Invitan a los despertadores a sus palacios, por el amor de Austre!

Yarda guardó silencio. Por fin, sacudió la cabeza.

—Los últimos informes dicen que su ejército alcanza ya cuarenta mil sinvidas.

«Santo Dios de los Colores», pensó Dedelin, mirando de nuevo la carta. Su lenguaje era sencillo. Vivenna había cumplido veintidós años, y los términos del tratado estipulaban que Dedelin no podía esperar más.

—Enviar a Vivenna es un plan pobre, pero es nuestro único plan —dijo Yarda—. Con más tiempo, podríamos atraer a Tedradel a nuestra causa: odian a Hallandren desde la Multiguerra. Y tal vez pueda encontrar un modo de alzar la facción rota de los rebeldes de Vahr en la propia Hallandren. Como mínimo, podríamos hacer acopio de suministros y vivir otro año. —Se volvió hacia el rey—. Si no enviamos su princesa a los hallandrenses, considerarán que la guerra es culpa nuestra. ¿Quién nos apoyará? ¡Exigirán saber por qué nos negamos a cumplir el tratado que redactó nuestro propio rey!

—¡Y si les enviamos a Vivenna, introduciremos la sangre real en su monarquía, y tendrán una reclamación aún más legítima de las tierras altas!

—Tal vez —admitió Yarda—. Pero si los dos sabemos que van a atacar de todas formas, ¿qué nos preocupa entonces su reclamación? Al menos de esta forma tal vez puedan esperar a que nazca un heredero antes de que se produzca el ataque.

Más tiempo. El general siempre pedía más tiempo. ¿Pero qué sucedería cuando ese tiempo se pagaba con la propia hija de Dedelin?

«Yarda no vacilaría en enviar a un soldado a la muerte si eso significaba ganar más tiempo para situar al resto de sus tropas en mejor posición de ataque —pensó Dedelin—. Somos Idris. ¿Cómo puedo pedirle a mi hija menos de lo que le exigiría a uno de mis soldados?».

Solo pensar en Vivenna entre los brazos del rey-dios, obligada a engendrar el hijo de aquella criatura, bastaba para encanecerle el cabello de preocupación. Ese vástago se convertiría en un monstruo mortinato que, a su vez, se convertiría en el próximo dios Retornado de los hallandrenses.

«Existe otra vía —susurró una parte de su mente—. No tienes por qué enviar a Vivenna...».

Alguien llamó a la puerta con los nudillos. Yarda y él se giraron, y Dedelin dio permiso para pasar a quien fuese que acababa de llegar. Tendría que haber adivinado de quién se trataba.

Vivenna entró en la estancia ataviada con un sencillo vestido gris. Todavía le parecía muy joven. Sin embargo, era la imagen perfecta de una mujer de Idris: el pelo recogido en un modesto rodete, ningún maquillaje para atraer la atención sobre su rostro. No era tímida ni blanda, como algunas nobles de los reinos del norte. Era solo serena. Serena, sencilla, dura y capaz. Idriana.

—Llevas aquí varias horas, padre —dijo ella, inclinando la cabeza ante Yarda en señal de respeto—. Los criados hablan de un sobre de color que el general trajo al entrar. Creo que sé lo que contiene.

Dedelin la miró a los ojos y le indicó que se sentase. Cerró la puerta sin hacer ruido y ocupó una de las sillas de madera situadas a un lado de la habitación. Yarda permaneció de pie, al modo masculino. Vivenna miró la carta sobre la mesa. Estaba tranquila, el pelo controlado y mantenido de un respetuoso negro. Era el doble de devota que Dedelin, al contrario que su hermana menor: nunca atraía la atención sobre sí con arrebatos de emoción.

—Entiendo pues que debo prepararme para partir —dijo Vivenna, las manos sobre el regazo.

Dedelin abrió la boca, pero no pudo encontrar ninguna objeción. Miró a Yarda, quien solo sacudió la cabeza, resignado.

—Me he preparado toda mi vida para esto, padre —prosiguió—. Estoy preparada. Siri, sin embargo, no se lo tomará bien. Salió a cabalgar hace una hora. Debería marcharme de la ciudad antes de su regreso. Eso evitará la escena que puede montar.

—Demasiado tarde —dijo Yarda, con una mueca, señalando con la cabeza hacia la ventana.

En el exterior, la gente se dispersó en el patio mientras una figura entraba al galope por las puertas. Llevaba una túnica marrón oscuro casi demasiado colorida, y, ni que decir tiene, sus cabellos ondeaban libres de ataduras.

Y amarillos.

Dedelin sintió que su rabia y frustración crecían. Solo Siri podía hacerle perder el control. Como en un irónico contrapunto a la fuente de su ira, sintió que su pelo cambiaba. Para los que miraran, unos cuantos hilos de pelo en su cabeza pasaron de negro a rojo. Era la marca distintiva de la familia real, que había huido a las tierras altas de Idris en el momento álgido de la Multiguerra. Otros podían ocultar sus emociones. La casa real manifestaba lo que sentía a través del pelo de sus cabezas.

Vivenna lo observó, prístina como siempre, y su serenidad le dio fuerzas para convertir de nuevo su pelo en negro. Hizo falta más fuerza de voluntad de lo que cualquier hombre corriente habría podido comprender para controlar los traicioneros Mechones Reales. Dedelin no comprendía cómo su hija lo controlaba tan bien.

«La pobre niña nunca ha tenido infancia», pensó. Desde su nacimiento, la vida de Vivenna había apuntado hacia este único acontecimiento. Su primogénita, la niña que siempre le había parecido una parte de sí

mismo, la niña que siempre lo había hecho sentirse orgulloso; la mujer que ya se había ganado el cariño y el respeto de su pueblo. En su imaginación vio a la reina en la que podría convertirse, más fuerte incluso que él. Alguien que podría guiarlos a través de los oscuros días venideros.

Pero solo si sobrevivía tanto tiempo.

—Me prepararé para el viaje —dijo ella, poniéndose en pie.

—No —saltó Dedelin, en un arrebató.

Yarda y Vivenna se volvieron para mirarlo.

—Padre —dijo la muchacha—, si rompemos este tratado, significará la guerra. Estoy preparada para sacrificarme por nuestro pueblo. Me enseñaste eso.

—No irás —decidió Dedelin con firmeza, volviéndose hacia la ventana. Fuera, Siri reía con uno de los mozos del establo. Podía oírla incluso desde la distancia: el pelo se le había vuelto de un rojo llameante.

«Santo Dios de los Colores, perdóname —pensó—. Qué terrible decisión para un padre. El tratado es claro: debo enviar a los hallandrenses a mi hija cuando cumpla veintidós años. Pero no dice a qué hija he de enviar».

Si no enviaba una de sus hijas a Hallandren, los atacarían de inmediato. Si enviaba la que no era, podrían enfurecerse, pero no atacarían. Esperarían hasta que tuviera un heredero. Eso le concedería a Idris al menos nueve meses.

«Además —pensó—, si intentaran utilizar a Vivenna contra mí, sé que cedería». Era vergonzoso admitirlo, pero en el fondo, eso fue lo que le hizo tomar la decisión.

Dedelin se volvió para mirarlos.

—Vivenna, no te casarás con el dios tirano de nuestros enemigos. Voy a enviar a Siri en tu lugar.

Siri iba sentada, aturdida, en un traqueteante carruaje, mientras su tierra natal iba quedando más y más lejos con cada bache y cada sacudida.

Habían pasado dos días, y seguía sin comprender. Esto se suponía que era cosa de Vivenna. Todo el mundo lo entendía. Idris había festejado el día del nacimiento de Vivenna. El rey había iniciado su formación desde el momento en que supo andar, instruyéndola en las costumbres y los modales de la corte. Fafen, la segunda hija, también había recibido lecciones por si Vivenna moría antes del día de la boda. Pero Siri no. Ella era redundante. Sin importancia.

Ahora no.

Miró por la ventanilla. Su padre había enviado el más hermoso carruaje del reino, junto con una guardia de honor de veinte hombres, para que la escoltara hasta el sur. Eso, junto con un mayordomo y varios sirvientes, formaba la procesión más grande que Siri había visto jamás. Bordeaba la ostentación, cosa que podría haberla entusiasmado si no la estuviera alejando de Idris.

«Así no tenían que ser las cosas —pensó—. ¡Así no!».

Y, sin embargo, así eran.

Nada tenía sentido. El carruaje se estremeció, pero ella solo permaneció sentada, aturdida. «Al menos podrían haberme dejado ir a caballo, en vez de obligarme a ocupar este carruaje», pensó. Pero eso, por desgracia, no habría sido una forma adecuada de entrar en Hallandren.

Hallandren.

Notó que su cabello se volvía blanco de miedo. La enviaban a un reino de gente maldita con el segundo aliento. No volvería a ver a su padre en mucho tiempo, si es que llegaba a verlo alguna vez. No hablaría con Vivenna, ni escucharía a los tutores, ni sería regañada por Mab, ni montaría los caballos reales, ni iría a buscar flores en el bosque, ni trabajaría en las cocinas. Tendría que... casarse con el rey-dios. El terror de Hallandren, el monstruo que nunca había respirado. En Hallandren, su poder era absoluto. Podía decretar una ejecución por mero capricho.

«Pero yo estaré a salvo, ¿no? —pensó—. Seré su esposa... Voy a casarme... Oh, Austre, Dios de los Colores», suplicó, sintiéndose enferma. Se encogió, apretujándose contra sus piernas, el pelo tan



blanco que parecía brillar, y se tumbó en el asiento, sin saber si el temblor que sentía era propio o era por el coche, que continuaba su inexorable camino hacia el sur.

—Creo que tendrías que volver a considerar tu decisión, padre —observó Vivenna, tranquila y sentada de manera decorosa, tal y como se lo habían enseñado, con las manos en el regazo.

—La he considerado y vuelto a considerar —dijo el rey, agitando la mano—. La decisión está tomada.

—Siri no es adecuada para esta tarea.

—Lo hará bien —dijo su padre, examinando algunos papeles que había sobre la mesa—. Todo lo que necesita hacer es tener un bebé. Estoy seguro de que es adecuada para esa tarea.

«¿Y qué hay entonces de mi formación? —pensó Vivenna—. ¿Veintidós años de preparación? ¿Para qué, si lo único que se buscaba con enviarme allí era proporcionar un vientre conveniente?».

Mantenía el pelo negro, la voz solemne, el rostro en calma.

—Siri debe de estar inquieta —dijo—. No creo que sea capaz de gestionar esto, emocionalmente hablando.

Su padre alzó la cabeza, el pelo algo rojo: el negro retrocedía como pintura que chorreara por un lienzo. Mostraba su malestar.

«Está más inquieto por su partida de lo que está dispuesto a admitir».

—Es lo mejor para nuestro pueblo, Vivenna —dijo él, esforzándose para convertir de nuevo su pelo en negro—. Si estalla la guerra, Idris te necesitará aquí.

—Si estalla la guerra, ¿qué será de Siri?

Su padre guardó silencio.

—Tal vez no haya guerra —dijo por fin.

«Austre... —pensó Vivenna con sorpresa—. No se lo cree. Piensa que la ha enviado a la muerte».

—Sé en qué estás pensando —dijo su padre, atrayendo su atención hacia sus ojos. Tan solemnes—. ¿Cómo podría elegir a una y no a otra? ¿Cómo podría enviar a Siri a la muerte y dejarte aquí para que vivieras? No lo hice por preferencias personales, no importa lo que pueda pensar la gente. Hice lo que será mejor para Idris cuando se declare esta guerra.

«Cuando se declare esta guerra». Vivenna alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Yo iba a detener la guerra, padre. ¡Iba a ser la esposa del rey-dios! Iba a hablar con él, persuadirlo. Me han formado con conocimientos políticos, con la comprensión de las costumbres, la...

—¿Detener la guerra? —interrumpió su padre.

Solo entonces advirtió Vivenna el descaro de sus palabras. Apartó la mirada.

—Vivenna, hija —prosiguió el rey—. No se puede detener esta guerra. Solo la promesa de una hija de linaje real la ha alejado todo este tiempo, y enviar a Siri puede conseguirnos más tiempo. Y... tal vez la haya enviado a lugar seguro, incluso cuando llegue la guerra. Tal vez valoren su linaje hasta el punto de dejarla viva... un seguro por si el heredero que engendre llegara a fallecer. —Asumió un tono neutro—. Sí, tal vez no es de Siri de quien tengamos que preocuparnos, sino...

«Sino de nosotros», terminó Vivenna para sus adentros. No conocía al detalle los planes bélicos de su padre, pero sí lo suficiente. La guerra no favorecería a Idris. En un conflicto con Hallandren, había pocas posibilidades de que pudieran vencer. Sería devastador para su pueblo y su modo de vida.

—Padre, me...

—Por favor, Vivenna —musitó el rey—. No puedo seguir hablando de esto. Vete ya. Reanudaremos la conversación en otro momento.

En otro momento. Cuando Siri se hubiera alejado más todavía, cuando traerla de vuelta fuera aún más difícil. Vivenna, no obstante, se incorporó. Era obediente: así la habían educado. Era una de esas cosas que siempre la habían distinguido de su hermana.

Salió del estudio de su padre, cerró la puerta a su espalda y recorrió los pasillos de madera del palacio, fingiendo no ver las miradas ni oír los susurros. Llegó a su habitación, pequeña y sin adornos, y se sentó en la cama con las manos recogidas en el regazo.

No estaba en absoluto de acuerdo con las palabras de su padre. Ella podría haber hecho algo. Estaba destinada a ser la esposa del rey-dios. Eso le habría dado influencia en la corte. Todo el mundo sabía que el rey-dios se mostraba distante cuando de la política de su nación se trataba, pero, sin duda, su esposa podría haberlo alentado a defender los intereses del pueblo.

¿Y su padre había descartado esa opción?

«Debe de creer de veras que no hay nada que se pueda hacer para detener la invasión». Eso convertía el haber enviado a Siri en una nueva maniobra política para ganar tiempo, lo que Idris llevaba haciendo desde hacía décadas. Fuera como fuese, si el sacrificio de una hija de la realeza a los hallandrenses era tan importante, entonces tendría que haber sido cosa de Vivenna. Siempre había sido su deber prepararse para el matrimonio con el rey-dios. No el de Siri ni el de Fafen. El suyo, el de Vivenna.

No se sentía agradecida por haberse salvado. Tampoco sentía que serviría mejor a Idris quedándose en Bevalis. Si su padre moría, Yarda sería más adecuado para gobernar durante la guerra que Vivenna. Además, Ridger, el hermano menor de Vivenna, había sido educado como heredero durante años.

Ella había sido preservada por ningún motivo. Parecía, en cierto modo, un castigo. Había escuchado, se había preparado, aprendido y ejercitado. Todo el mundo decía que era perfecta. ¿Por qué, entonces, no era lo bastante buena para cumplir el servicio que tendría que haber hecho?

No tenía ninguna buena respuesta. Solo podía sentarse y vacilar, las manos en el regazo, y enfrentarse a la horrible verdad. Le habían robado su propósito en la vida para dárselo a otra. Ahora era una persona redundante. Inútil.

Sin importancia.

—¿En qué estaba pensando mi padre? —exclamó Siri, colgando casi fuera de la ventanilla del carruaje mientras seguía dando brincos por el camino de tierra. Un soldado joven marchaba junto al vehículo, con aspecto incómodo bajo el sol de la tarde—. Lo digo en serio —insistió—. ¡Enviarme a mí a casarme con el rey de Hallandren! Menuda tontería, ¿no? Sin duda, habrás oído la clase de cosas que hago. Me escapo cuando no me ve. Ignoro mis lecciones. ¡Me dan arrebatos de genio, por todos los colores!

Por toda reacción, el guardia se limitó a observarla con el rabillo del ojo. En realidad, a Siri la traía sin cuidado. Tampoco quería ensañarse con él, tan solo gritaba por gritar. Colgaba de la ventanilla en precario equilibrio, disfrutando de la brisa que jugaba con su lacia melena rojiza y avivaba su ira. La furia le impedía llorar.

Las colinas de las tierras altas de Idris, tapizadas de verde por la primavera, habían quedado atrás de forma gradual conforme se desgranaban los días. De hecho, cabía la posibilidad de que ya hubieran entrado en Hallandren: la frontera entre los dos reinos era imprecisa, lo cual no tenía nada de extraño, habida cuenta de que hasta que estalló la Multiguerra habían constituido una sola nación.

Miró al pobre guardia, cuya única forma de tratar con una princesa airada consistía en hacer como si no existiera, y subió al carruaje. No tendría que haberlo tratado así, pero bueno, acababan de venderla como si fuera una mercancía, condenada por un documento redactado años antes de que hubiera nacido siquiera. Si alguien tenía derecho a un arrebató de genio, era Siri.

«Tal vez ese sea el motivo de todo esto —pensó, cruzando los brazos sobre el borde de la ventanilla—. Tal vez mi padre se ha cansado de mis berrinches, y solo quería librarse de mí».

Eso parecía un poco traído por los pelos. Había formas más fáciles de tratar con Siri, formas que no incluían enviarla a representar a Idris en una corte extranjera. ¿Por qué, entonces? ¿De veras pensaba él que ella haría un buen trabajo? Eso la hizo reflexionar. Llegó a la conclusión de que era ridículo. Su padre no habría podido suponer que fuera a hacer un trabajo mejor que Vivenna. Nadie hacía nada mejor que Vivenna.

Suspiró, sintiendo que su pelo se volvía de un pensativo castaño. Al menos el paisaje era interesante y, para impedir sentir más frustración, se dejó distraer con las vistas. Hallandren se encontraba en las tierras bajas, un lugar de bosques tropicales y extraños y pintorescos animales. Siri había oído las descripciones de los buhoneros, e incluso había confirmado sus relatos en algún libro ocasional que se había visto obligada a leer. Creía saber qué esperar. Sin embargo, cuando las montañas dieron paso a los llanos y los caminos comenzaron a jalonarse de árboles, empezó a darse cuenta de que había algo sobre lo que ningún libro ni relato contenía una descripción fidedigna.

Los colores.

En las tierras altas, los lechos de flores eran raros e inconexos, como si comprendieran lo mal que encajaban con la filosofía de Idris. Aquí, parecían estar en todas partes. Flores diminutas crecían cubriendo grandes extensiones de terreno. De los árboles colgaban grandes capullos rosados, como racimos de uvas, flores que crecían poco menos que encima unas de otras, en un gran amasijo. Incluso las hierbas tenían flores. Siri habría cogido algunas, si no hubiera sido por la forma hostil en que las miraban los soldados.

«Si yo me siento así de ansiosa —comprendió—, los guardias deben sentirse todavía peor». Ella no era la única que habían enviado lejos de su familia y amigos. ¿Cuándo se les permitiría a esos hombres regresar? De repente, se sintió aún más culpable por someter al joven soldado a su estallido.

«Los enviaré de regreso apenas lleguemos», pensó. Entonces sintió su pelo volverse blanco. Enviarlos de vuelta la dejaría sola en una ciudad llena de sinvidas, despertadores y paganos.

Sin embargo, ¿de qué servirían veinte soldados? Era mejor que alguien, al menos, pudiera regresar a casa.

—Cabría suponer que te sientes feliz —dijo Fafen—. Después de todo, ya no tienes que casarte con un tirano.

Vivenna dejó caer una baya de color oscuro en la cesta y pasó a otro arbusto. Fafen trabajaba cerca. Llevaba las túnicas blancas de los monjes y la cabeza afeitada. Fafen era la hermana mediana en casi todos los sentidos: a medio camino entre Siri y Vivenna en estatura, menos digna que Vivenna, pero no tan descuidada como Siri. Un poco más rellena que las otras dos, cosa que había atraído las miradas de varios jóvenes de la aldea. Sin embargo, el hecho de que tuvieran que convertirse también en monjes si querían casarse con ella los mantenía a raya. Si Fafen se daba cuenta de lo popular que era, nunca lo había demostrado. Tomó la decisión de hacerse monja antes de cumplir los diez años, y su padre lo había aprobado de todo corazón. Todas las familias nobles o ricas, por tradición, estaban obligadas a proporcionar un miembro a los monasterios. Iba contra las Cinco Visiones ser egoísta, incluso con tu propia sangre.

Las dos hermanas recogían bayas que Fafen distribuiría más tarde entre los necesitados. Los dedos de la monja presentaban un tenue tono morado, teñidos de púrpura por el trabajo. Vivenna llevaba guantes. Tanto color en sus manos no sería apropiado.

—Sí —dijo Fafen—. Creo que te estás tomando todo esto a mal. Actúas como si quisieras casarte con ese monstruo sin vida.

—No es un sinvida —replicó Vivenna—. Susebron es un Retornado, y hay una gran diferencia.

—Sí, pero es un dios falso. Además, todo el mundo sabe la terrible criatura que es.

—Pero era mi misión casarme con él. Eso es lo que soy, Fafen. Sin eso, no soy nada.

—Tonterías. Ahora heredarás el trono, en vez de Ridger.

«Para desequilibrar aún más el orden de las cosas —pensó Vivenna—. ¿Qué derecho tengo a quitarle su puesto?».

Sin embargo, dejó pasar este aspecto de la conversación. Llevaban varios minutos discutiendo sobre el tema, y no sería correcto continuar. Correcto. Rara vez se había sentido Vivenna tan frustrada por tener que ser correcta. Sus emociones se estaban volviendo bastante... inconvenientes.

—¿Y Siri? —dijo—. ¿Te agrada que le haya pasado esto?

Fafen alzó la cabeza y frunció un poco el ceño. Tendía a evitar pensar en las cosas a menos que debiera enfrentarse a ellas de forma directa. Vivenna se sintió un poco avergonzada por haber hecho un comentario tan brusco, pero con Fafen no solía haber otro modo.

—Tienes razón —dijo Fafen—. No veo por qué tenían que enviar a nadie.

—El tratado protege a nuestro pueblo.

—Austre protege a nuestro pueblo —dijo Fafen, pasando a otro arbusto.

«¿Protegerá a Siri?», pensó Vivenna. La pobre, la inocente, la caprichosa Siri. Nunca había aprendido a controlarse; se la comerían viva en la Corte de los Dioses de Hallandren. Ella no comprendería la política, las puñaladas por la espalda, las caras falsas y las mentiras. También se vería obligada a engendrar al próximo rey-dios de Hallandren. Cumplir ese deber no era algo que hubiera entusiasmado a Vivenna. Habría sido un sacrificio, pero suyo, ofrecido sin coacción por la seguridad de su pueblo.

Esos pensamientos continuaron acosándola mientras Fafen y ella terminaban de recoger bayas. Bajaron por la colina en dirección a la aldea. Fafen, como todos los monjes, dedicaba todo su trabajo al bien del pueblo. Cuidaba los rebaños, cosechaba alimento y limpiaba las casas de quienes no podían valerse por sí mismos.

Sin un deber propio, la vida de Vivenna tenía poco sentido. Sin embargo, ahora que lo consideraba, había alguien que todavía la necesitaba. Alguien que había partido una semana antes, los ojos llorosos y asustada, mirando a su hermana mayor llena de desesperación.

Vivenna no era necesaria en Idris, dijera lo que dijese su padre. Allí era inútil. Pero conocía a las gentes, la cultura y la sociedad de Hallandren. Y así, mientras seguía a Fafen hacia el camino que conducía a la aldea, una idea empezó a germinar en su cabeza.

Una idea que no era, en modo alguno, correcta.

Sondeluz no recordaba su muerte.

Sus sacerdotes, sin embargo, le aseguraron que su muerte había constituido una auténtica inspiración. Noble. Grandiosa. Épica. No se retornaba a menos que se muriera de un modo que ejemplificara las grandes virtudes de la existencia. Por eso los Tonos Iridiscentes enviaban de vuelta a los Retornados; actuaban como ejemplos, y dioses, para la gente que aún vivía.

Cada dios representaba algo. Un ideal relacionado con el modo heroico en que habían muerto. El propio Sondeluz había muerto dando muestras de una enorme valentía. O, al menos, eso le decían sus sacerdotes. Sondeluz no podía recordar el hecho, igual que no podía recordar nada de su vida antes de convertirse en dios.

Profirió un suave gruñido, incapaz de seguir durmiendo. Se dio la vuelta, sintiéndose débil mientras se incorporaba en su majestuosa cama. Visiones y recuerdos asolaban su mente, y sacudió la cabeza, tratando de despejar la bruma del sueño.

Entraron los criados, respondiendo sin hablar a las necesidades de su dios. Era una de las divinidades más jóvenes, pues había retornado hacía solo cinco años. Había unas dos docenas de deidades en la Corte de los Dioses, y muchos eran bastante más importantes (y más sabios desde un punto de vista político) que Sondeluz. Y por encima de todos gobernaba Susebron, el rey-dios de Hallandren.

Aunque era joven, moraba en un enorme palacio. Dormía en una habitación adornada con sedas, teñida de brillantes rojos y amarillos. Su palacio contenía docenas de aposentos, todos decorados y amueblados según sus caprichos. Cientos de criados y sacerdotes atendían sus necesidades, lo quisiera o no.

«Todo esto —pensó mientras se levantaba—, porque no pude averiguar cómo morir». Ponerse en pie lo hizo sentirse un poco mareado. Era su día de ayuno. Carecería de fuerzas hasta que comiera.

Los criados se acercaron con brillantes túnicas rojas y doradas. Mientras entraban en su aura, cada criado (piel, pelo, ropas y adornos), rebotaban exagerados colores. Los tonos saturados eran más resplandecientes de lo que podía producir ningún tinte o pintura. Era un efecto de la biocroma innata de Sondeluz: tenía suficiente aliento para llenar a miles de personas. Veía poco valor en ello. No podía utilizarlo para animar objetos o cadáveres; era un dios, no un despertador. No podía dar, ni siquiera prestar, su aliento divino.

Bueno, excepto una vez. Sin embargo, eso lo mataría.

Los criados continuaron sus atenciones, envolviéndolo con preciosos ropajes. Sondeluz era cabeza y media más alto que ninguno de los presentes en la sala. También era ancho de hombros, con un físico musculoso que no se merecía, considerando la cantidad de tiempo que permanecía cruzado de brazos.

—¿Habéis dormido bien, divina gracia? —preguntó una voz.

Sondeluz se dio media vuelta. Llarimar, su sumo sacerdote, era un hombre grueso con lentes y modales tranquilos. Sus manos quedaban casi ocultas por las gruesas mangas de su túnica roja y dorada, y llevaba un grueso libro. La túnica y el libro irradiaron color cuando entraron en el aura de Sondeluz.

—He dormido de maravilla, Veloz —dijo Sondeluz, bostezando—. Una noche llena de pesadillas y sueños oscuros, como siempre. De lo más descansado.

El sacerdote alzó una ceja.

—¿Veloz?

—Sí —dijo Sondeluz—. He decidido darte un nuevo apodo. Veloz. Te viene bien, ya que siempre estás haciendo cosas, corriendo de un lado para otro como un torbellino.

—Me siento honrado, divina gracia —dijo Llarimar, sentándose en una silla.

Colores, pensó Sondeluz. ¿No se molesta nunca?

Llarimar abrió su libro.

—¿Empezamos?

—Si es preciso —dijo Sondeluz.

Los criados terminaron de atar lazos, cerrar presillas y alisar sedas. Todos hicieron una reverencia y se retiraron a un lado de la habitación.

Llarimar cogió su pluma.

—¿Qué recordáis de vuestros sueños?

—Oh, ya sabes. —Sondeluz se dejó caer en uno de los sofás, desperezándose—. Nada importante, en realidad.



Llarimar frunció los labios, insatisfecho. Otros criados empezaron a entrar, portando platos de comida. Comida mundana, humana. Como retornado, Sondeluz no necesitaba comer esas cosas: no le darían fuerzas ni desterrarían su fatiga. Eran solo un capricho. Dentro de poco comería algo mucho más... divino. Eso le daría fuerzas para vivir otra semana.

—Por favor, intentad recordar los sueños, divina gracia —pidió Llarimar con su estilo amable, aunque firme—. No importa lo poco interesantes que parezcan.

Sondeluz suspiró, mirando al techo. Tenía pintado un mural, por supuesto. Mostraba tres campos rodeados de muros de piedra. Era una visión que había experimentado uno de sus predecesores. Cerró los ojos, tratando de concentrarse.

—Yo... paseaba por una playa —dijo—. Y un barco zarpaba sin mí. No sé adónde iba.

La pluma de Llarimar empezó a garabatear como un relámpago sobre el papel. Debía de encontrar numerosos simbolismos en ese sueño.

—¿Había algún color? —preguntó el sacerdote.

—El navío tenía una vela roja. La arena era beige, por supuesto, y los árboles verdes. Por algún motivo, creo que el agua del océano era roja, como el barco.

Llarimar continuó escribiendo, entusiasmado: siempre se animaba cuando Sondeluz recordaba colores. Este abrió los ojos y miró al techo y sus brillantes campos de colores. Extendió la mano con languidez y cogió cerezas del plato de un sirviente.

¿Por qué tenía que hacer a nadie partícipe de sus sueños? No obstante, y aunque la adivinación le parecía una necedad, no tenía ningún derecho a quejarse. Era muy afortunado. Tenía un aura biocromática divina, un físico que envidiaría cualquier hombre, y lujo de sobra para surtir a diez reyes. De toda la gente del mundo, tenía menos derecho que nadie a poner objeciones.

Pero solo era que... bueno, debía de ser el único dios del mundo que no creía en su propia religión.

—¿Había algo más en el sueño, divina gracia? —insistió Llarimar, levantando la cabeza del libro.

—Tú, Veloz.

Una suave palidez se extendió por las mejillas de Llarimar, que preguntó, titubeante:

—¿Yo...?

Sondeluz asintió con la cabeza.

—Me pedías disculpas por molestarme sin cesar e impedirme comer. Entonces me traías una gran botella de vino y bailabas. Fue muy curioso.

Las facciones de Llarimar no denotaban ninguna reacción.

Sondeluz suspiró.

—No, no había nada más. Solo el navío. Incluso eso se me está olvidando.

Llarimar asintió, se puso en pie y ordenó retirarse a los criados, aunque, claro está, estos permanecieron en la habitación, con sus platos de nueces, vino, y fruta, por si alguna era requerida.

—¿Nos ponemos en marcha, pues, divina gracia?

Sondeluz suspiró y se puso en pie, exhausto. Un criado corrió a cerrar uno de los broches de su túnica, que se había soltado.

Sondeluz caminó detrás de Llarimar, alzándose al menos un palmo por encima del sacerdote. Los muebles y puertas, sin embargo, estaban adaptados al tamaño aumentado de Sondeluz, así que eran los criados y sacerdotes los que parecían fuera de lugar. Sondeluz caminaba sobre mullidas alfombras traídas de las naciones del norte, pasando ante la más fina porcelana del mar Interior. Cada sala estaba decorada con cuadros y poemas de hermosa caligrafía, creados por los mejores artistas de Hallandren.

En el centro del palacio había una sala pequeña y cuadrada que se apartaba de los rojos y dorados estándar del motivo de Sondeluz. Esta era brillante con lazos de colores más oscuros: profundos azules, verdes, y rojos sangre. Cada una era de un color, de su tono exacto, como solo una persona que había conseguido la Tercera Elevación podía distinguir.

Cuando Sondeluz entró en la habitación, los colores ardieron cobrando vida. Se volvieron más brillantes e intensos, pero de algún modo permanecieron oscuros. El marrón se convirtió en un marrón más real, el azul marino en un azul marino más poderoso. Oscuros y, sin embargo, brillantes, un contraste que solo el aliento podía inspirar.

En el centro de la habitación había una niña.

«¿Por qué tienen siempre que ser niños?», pensó Sondeluz.

Llarimar y los criados esperaron. Sondeluz dio un paso adelante y la niñita miró a un lado, donde había un par de sacerdotes con túnicas rojas y doradas. Estos asintieron, animándola. La niña miró de nuevo hacia Sondeluz, nerviosa.

—Vamos, vamos —dijo este, tratando de parecer animoso—. No hay nada que temer.

Y, sin embargo, la niña temblaba.

Por la cabeza de Sondeluz corrieron un consejo tras otro (formulados por Llarimar, que decía que no eran consejos, pues nadie aconseja a los dioses). No había nada que temer de los dioses Retornados de los hallandrenses. Los dioses eran una bendición. Proporcionaban visiones del futuro, además de liderazgo y sabiduría. Todo lo que necesitaban para subsistir era una cosa.

Aliento.

Sondeluz vaciló, pero su debilidad empezaba a afectarlo. Se sentía mareado. Maldiciéndose en voz baja, se postró sobre una rodilla, tomando la cara de la niña entre sus manos enormes.

Ella empezó a lloriquear, pero dijo las palabras con claridad, como le habían enseñado.

—Mi vida a la tuya. Mi aliento es tuyo.

El aliento fluyó de ella, hinchándose en el aire. Viajó por el brazo de Sondeluz (el contacto era necesario) y él lo inhaló. Su debilidad desapareció, el mareo se evaporó. Ambos fueron sustituidos por una nítida claridad. Se sintió reforzado, revitalizado, *vivo*.

La niña se volvió opaca. El color de sus labios y ojos se deslució levemente. Su pelo castaño perdió algo de brillo; sus mejillas se volvieron más blandas.

«No es nada —pensó él—. La mayoría de la gente dice que ni siquiera notan cuándo se ha ido su aliento. Vivirá una vida plena. Feliz. Su familia cobrará bien por su sacrificio».

Y Sondeluz viviría otra semana. Su aura no se hizo más fuerte con el aliento del que se había alimentado; esa era otra diferencia entre un Retornado y un despertador. Los despertadores eran a menudo considerados aproximaciones inferiores y hechas por el hombre de los Retornados.

Sin un aliento nuevo cada semana, Sondeluz moriría. Muchos Retornados fuera de Hallandren vivían solo ocho días. Sin embargo, con un aliento donado cada semana, un Retornado podía continuar viviendo

sin envejecer nunca, viendo visiones nocturnas que, en teoría, proporcionarían adivinaciones del futuro. De ahí la Corte de los Dioses, llena de palacios, donde los dioses podían ser nutridos, protegidos y, lo más importante, alimentados.

Los sacerdotes se apresuraron a sacar a la niña de la habitación. «Para ella no es nada —se repitió Sondeluz—. Nada en absoluto...».

Sus ojos se encontraron mientras ella salía, y él pudo ver que el brillo había desaparecido en ellos. Se había convertido en una apagada. Una sombría, o una ajada. Una persona sin aliento. Nunca volvería a crecer. Los sacerdotes se la llevaron.

Sondeluz se volvió hacia Llarimar, sintiéndose culpable por aquella súbita energía.

—De acuerdo —dijo—. Veamos las ofrendas.

Llarimar alzó una ceja por encima de sus lentes.

—Estáis dispuesto de repente.

«Necesito devolver algo —pensó Sondeluz—. Aunque sea algo inútil».

Pasaron a través de varias salas más rojas y doradas, la mayoría perfectamente cuadradas y con puertas en los cuatro lados. Cerca del ala oriental del palacio, entraron en una habitación larga y estrecha. Era blanca por completo, algo muy poco habitual en Hallandren. Las paredes estaban adornadas con cuadros y poemas. Los criados se quedaron fuera: solo Llarimar se unió a Sondeluz mientras se dirigía al primer cuadro.

—¿Y bien? —preguntó Llarimar.

Era un cuadro pastoral de la jungla, con palmeras combadas y coloridas flores. En los jardines alrededor de la Corte de los Dioses había varias de esas plantas, y por eso Sondeluz las reconoció. Nunca había estado en la jungla... al menos no durante esta encarnación de su vida.

—El cuadro está bien —dijo—. No es mi favorito. Me hace pensar en el exterior. Ojalá pudiera visitarlo.

Llarimar lo miró, intrigado.

—¿Qué pasa? —dijo Sondeluz—. La corte envejece a veces.

—No hay mucho vino en el bosque, divina gracia.

—Podría hacer un poco. Fermentar... algo.

—Estoy seguro —dijo Llarimar, haciendo un gesto con la cabeza a uno de sus ayudantes en el exterior de la sala.

El sacerdote subalterno anotó lo que Sondeluz acababa de decir sobre el cuadro. En alguna parte, había un patrón de la ciudad que buscaba una bendición de Sondeluz. Quizá tuviese algo que ver con la valentía: quizá el patrón planeaba proponer matrimonio, o tal vez era un mercader a punto de firmar un acuerdo comercial arriesgado. El sacerdote interpretaría la opinión de Sondeluz sobre el cuadro, y entonces daría un augurio a esa persona, fuera para bien o para mal, junto con las palabras exactas que había dicho Sondeluz. Fuera como fuese, el acto de enviar un cuadro al dios ganaría al patrón cierto grado de buena fortuna.

En teoría.

Sondeluz se apartó del cuadro. Un sacerdote menor corrió a retirarlo. Lo más probable era que el patrón no lo hubiera pintado él mismo, sino que lo hubiera encargado. Cuando mejor era una pintura, mejor reacción tendía a obtener de los dioses. Parecía que la fortuna podía ser influida por cuánto se le pagara al artista.

«No debería ser tan cínico —pensó Sondeluz—. Sin este sistema, habría muerto hace cinco años».

Había muerto hacía cinco años, aunque no supiera qué lo había matado. ¿En verdad había sido una muerte heroica? Tal vez no se permitía a nadie hablar sobre su vida anterior porque no querían que nadie supiera que Sondeluz el Audaz había muerto de calambres estomacales.

El sacerdote menor desapareció con el cuadro de la jungla. Sería quemado. Esas ofrendas se hacían específicamente para el dios pretendido, y solo él, además de unos pocos de sus sacerdotes, podía verlas. Pasó a la siguiente obra de arte de la pared. Era un poema, escrito con letra de artesano. Los puntos de color brillaron cuando Sondeluz se acercó. La letra artesana hallandrense era un sistema especializado de escritura que no se basaba en la forma, sino en el color. Cada punto de color representaba un sonido distinto en el lenguaje hallandrense. Combinado con algunos puntos dobles, uno de cada color, creaba un alfabeto que era una pesadilla para quienes no distinguían los colores.

Poca gente en Hallandren admitiría tener ese problema concreto. Al menos, eso era lo que Sondeluz había oído. Se preguntó si los sacerdotes sabían cuándo chismorreaban sus dioses sobre el mundo exterior.

El poema no era muy bueno, compuesto, claro está, por un campesino que habría pagado a alguien para que lo pasara a la escritura artesana. Los puntos simples eran un indicativo. Los verdaderos poetas usaban símbolos más elaborados, líneas continuas que cambiaban de color o

pintorescos glifos que formaban imágenes. Se podían hacer muchas cosas con símbolos capaces de cambiar de forma sin perder su significado.

Hacer bien los colores era un arte delicado que requería la Tercera Elevación o más para ser perfeccionado. Ese era el nivel de aliento donde la persona ganaba la habilidad para sentir tonos perfectos de color, igual que la Segunda Elevación concedía el tono perfecto. Los Retornados pertenecían a la Quinta Elevación. Sondeluz no sabía cómo era vivir sin la habilidad para reconocer instantáneamente tonos exactos de color y sonido. Podía distinguir el rojo ideal de una mezcla, aunque fuera con solo una gota de pintura blanca.

Le dirigió al poema del campesino el mejor comentario que pudo, aunque generalmente sentía el impulso de ser sincero cuando miraba las ofrendas. Parecía que era su deber, y por algún motivo era una de las pocas cosas que se tomaba en serio.

Continuaron por la fila, y Sondeluz fue comentando las diversas pinturas y poemas. La pared estaba notablemente llena hoy. ¿Había una fiesta o una celebración que no conociera? Cuando llegaron al final, Sondeluz estaba cansado de mirar arte, aunque su cuerpo, impulsado por el aliento de la niña, continuaba sintiéndose fuerte y jubiloso.

Se detuvo antes de la última pintura. Era una obra abstracta, un estilo que se había popularizado últimamente, sobre todo en los cuadros que le enviaban a él, ya que había hecho comentarios favorables a otros en el pasado. Casi le dio a este una mala nota simplemente por eso. Era bueno mantener a los sacerdotes en la duda de lo que le gustaría, o eso decían algunos dioses. Sondeluz tenía la impresión de que muchos de ellos eran bastante más calculadores en cómo hacían sus comentarios, añadiendo intencionadamente significados crípticos.

Sondeluz no tenía paciencia para esos truquitos. Le dedicó a ese último cuadro el tiempo que necesitaba. El lienzo estaba grueso por la pintura, cada pulgada coloreada con grandes y gruesas pinceladas. El tono predominante era un rojo oscuro, casi escarlata, que Sondeluz inmediatamente supo que era una mezcla de rojo y azul con una pizca de negro.

Las líneas de color se solapaban unas sobre otras, casi en progresión. Eran una especie de... olas. Sondeluz frunció el ceño. Si lo miraba con atención, parecía el mar. ¿Y eso del centro podía ser un navío?

Vagas impresiones de su sueño regresaron. Un mar rojo. El barco, marchándose.

«Estoy imaginando cosas», se dijo.

—Buen color —comentó—. Bonitas pautas. Me hace sentirme en paz, y, sin embargo, también tiene tensión. Lo apruebo.

A Llarimar pareció gustarle esta respuesta. Asintió mientras los sacerdotes menores permanecían apartados, registrando las palabras de Sondeluz.

—Bien —dijo—. Eso es todo, supongo.

—Sí, divina gracia.

«Queda un solo deber», pensó. Ahora que habían terminado las ofrendas, era hora de pasar a la última, y menos atractiva, de sus tareas diarias. Las peticiones. Tenía que acabar con ellas antes de poder pasar a actividades más importantes, como echar una cabezada.

Sin embargo, Llarimar no le abrió camino para dirigirse a la sala de peticiones. Simplemente llamó a un monje menor, y se puso a repasar unas páginas de una carpeta.

—¿Y bien? —preguntó Sondeluz.

—¿Y bien qué, divina gracia?

—Las peticiones.

Llarimar negó con la cabeza.

—No vais a atender ninguna petición hoy, divina gracia. ¿Recordáis?

—No. Te tengo a ti para que recuerdes esas cosas.

—Entonces —dijo Llarimar, pasando una página—, considerad recordado oficialmente que hoy no tenéis ninguna petición. Vuestros sacerdotes se emplearán en otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—Se arrodillarán con reverencia en el patio, divina gracia. Nuestra nueva reina llega hoy.

Sondeluz se detuvo. «Tengo que prestar más atención a la política».

—¿Hoy?

—Así es, divina gracia. Nuestro señor el rey-dios va a casarse.

—¿Tan pronto?

—En cuanto ella llegue, divina gracia.

«Interesante. Susebron se busca una esposa». El rey-dios era el único de los Retornados que podía casarse. Los Retornados no podían engendrar

hijos, menos el rey, que nunca había absorbido un aliento como hombre vivo. A Sondeluz la distinción siempre le había parecido extraña.

—Divina gracia —dijo Llarimar—. Necesitaremos una orden sinvida para disponer nuestras tropas delante de la ciudad para dar la bienvenida a la reina.

Sondeluz alzó una ceja.

—¿Planeamos atacarla?

Llarimar le dirigió una severa mirada.

Sondeluz se echó a reír.

—Fruta fugaz —dijo, dando una de las órdenes que permitiría a los otros controlar a los sinvidas de la ciudad. No era la orden central, naturalmente. La frase que le había dado a Llarimar permitiría a una persona controlar a los sinvidas solo en situaciones que no fueran de combate, y expiraría un día después de su primer uso. Sondeluz a menudo pensaba que el retorcido sistema de órdenes empleado para controlar a los sinvidas era innecesariamente complejo. Sin embargo, ser uno de los cuatro dioses capaz de dar las órdenes sinvida le hacía ser bastante importante en ocasiones.

Los sacerdotes empezaron a hablar en voz baja sobre los preparativos. Sondeluz esperó, todavía pensando en Susebron y su inminente boda. Cruzó los brazos y se apoyó contra el quicio de la puerta.

—¿Veloz? —llamó.

—¿Sí, divina gracia?

—¿Tenía yo una esposa? Antes de morir, quiero decir.

Llarimar vaciló.

—Sabéis que no puedo hablar de vuestra vida antes de vuestro retorno. El conocimiento de vuestro pasado no hará ningún bien a nadie.

Sondeluz echó atrás la cabeza, apoyándola contra la pared, y miró al techo blanco.

—En ocasiones... recuerdo un rostro —dijo en voz baja—. Un rostro hermoso y joven. Creo que puede ser ella.

Los sacerdotes guardaron silencio.



—Cabello castaño tentador —prosiguió Sondeluz—. Labios rojos, a tres grados de la séptima armonía, de una profunda belleza. Piel moreno oscuro.

Un sacerdote se adelantó con el libro rojo, y Llarimar empezó a escribir furiosamente. No instó a Sondeluz a dar más información, sino que fue anotando las palabras del dios tal como surgían.

Sondeluz se calló, y les dio la espalda a los hombres y sus plumas. «¿Qué importa? —pensó—. Esa vida ya no existe. En cambio, ahora soy un dios. Dejando aparte lo que pienso de la religión, las ventajas están bien».

Echó a andar, seguido por un séquito de sirvientes y sacerdotes menores que atenderían sus necesidades. Terminadas las ofrendas, registrados los sueños y canceladas las peticiones, Sondeluz era libre para dedicarse a sus propias actividades.

No regresó a sus aposentos principales. En cambio, se encaminó hacia el patio y esperó a que emplazaran un pabellón para él.

Si hoy iba a llegar una nueva reina, quería echarle un buen vistazo.

El carruaje se detuvo ante T'Telir, la capital de Hallandren. Siri se asomó a la ventanilla y advirtió algo muy muy intimidatorio: su pueblo no tenía ni idea de lo que significaba ser ostentoso. Las flores no eran ostentosas. Diez soldados protegiendo un carruaje no eran ostentosos. Tener un arrebató de genio en público no era ostentoso.

El campo cubierto por cuarenta mil soldados, vestidos de brillante azul y oro, formados en filas perfectas, las lanzas alzadas con estandartes azules ondeando al viento... eso sí era ostentoso. La fila doble de jinetes montados en enormes caballos de gruesos cascos, tanto hombres como bestias envueltos en telas doradas que titilaban al sol. Eso sí era ostentoso. La enorme ciudad, tan grande que su mente se aturdió al considerarla, sus cúpulas y torres y paredes pintadas compitiendo para atraer la atención. Eso era ostentoso.

Siri creía estar preparada. El carruaje había atravesado ciudades mientras se dirigían a T'Telir. Había visto las casas pintadas, los colores y pautas brillantes. Se había alojado en posadas con camas mullidas. Había comido alimentos mezclados con especias que la hicieron estornudar.

No estaba preparada para aquella recepción en T'Telir. En absoluto.

«Bendito Señor de los Colores...», pensó.

Sus soldados rodeaban el carruaje, como deseando poder subirse y ocultarse de aquel espectáculo abrumador. T'Telir se alzaba contra la orilla del mar Brillante, un cuerpo de agua grande pero contenido por tierra. Siri podía verlo en la distancia, reflejando la luz del sol, sorprendentemente fiel a su nombre.

Una figura de azul y plata cabalgó hasta el carruaje. Sus ropajes oscuros no eran sencillos, como los que llevaban los monjes allá en Idris. Tenían enormes hombreras terminadas en pico que casi hacían parecer que la ropa pareciera una armadura. Llevaba un tocado similar. Eso, combinado con los brillantes colores y las complejas capas de tejidos, hizo que el pelo de Siri palidiera hasta un intimidado blanco.

La figura hizo una reverencia.

—Lady Sisirinah Real —dijo el hombre con voz grave—. Soy Treledees, sumo sacerdote de Su Majestad Inmortal, Susebron el Grande, Dios Retornado y Rey de Hallandren. Aceptaréis que esta muestra de la guardia de honor os guíe hasta la Corte de los Dioses.

«¿Muestra?», pensó Siri.

El sacerdote no esperó respuesta. Hizo volverse a su caballo y emprendió el camino de regreso a la ciudad. El carruaje rodó tras él, los soldados marchando incómodos alrededor del vehículo. La jungla dio paso a esporádicos grupos de palmeras, y Siri se sorprendió al ver cuánta arena se mezclaba con la tierra. Su visión del paisaje pronto quedó oscurecida por el enorme campo de soldados que permanecían firmes a cada lado del camino.

—¡Austre, Dios de los Colores! —susurró uno de los guardias de Siri—. ¡Son sinvidas!

El pelo de la muchacha, que había empezado a volverse castaño, se convirtió de nuevo en blanco temeroso. El guardia tenía razón. Bajo sus coloridos uniformes, los soldados de Hallandren eran gris oscuro. Sus ojos, su piel, incluso su cabello: todo estaba completamente vacío de color, dejando atrás solo un monocromo.

«¡No pueden ser sinvidas! —pensó ella—. ¡Parecen hombres!».

Los había imaginado como criaturas esqueléticas, la sangre podrida y desgajada de los huesos. Después de todo eran hombres que, tras morir, habían sido devueltos a la vida como soldados sin mente. Pero aquellos parecían humanos. No había nada que los distinguiera excepto la falta de color y sus expresiones embotadas. Eso, y el hecho de que permanecían quietos. No rezongaban, no respiraban, no había ningún temblor de músculos o miembros. Incluso sus ojos estaban inmóviles. Parecían estatuas, sobre todo debido a su piel gris.

«Y... y ¿yo voy a casarme con una de estas cosas?», pensó Siri. Pero no, los Retornados eran diferentes a los sinvidas, y ambos eran distintos a los apagados, que eran la gente que había perdido su aliento. Apenas podía recordar vagamente una época en que alguien de su aldea hubiera retornado. Fue hacía casi diez años, y su padre no la dejó visitar al hombre. Recordaba que pudo hablar e interactuar con su familia, aunque no fue capaz de acordarse de ellos.

Volvió a morir una semana más tarde.

El carruaje dejó, por fin, atrás las filas de sinvidas. Las murallas de la ciudad estaban ya próximas: eran inmensas y sobrecogedoras, aunque parecían más artísticas que funcionales. La parte superior de la muralla se curvaba en enormes semicírculos, como colinas, y el borde estaba recubierto de metal dorado. Las puertas mismas tenían la forma de dos retorcidas y esbeltas criaturas marinas que se alzaban en un enorme arco. Siri las atravesó, y la guardia de jinetes de Hallandren, que parecían hombres vivos, la acompañó.

Siempre había pensado que Hallandren era un lugar de muerte. Sus impresiones se basaban en las historias que contaban los buhoneros de

paso o las viejas al calor del fuego en invierno. Hablaban de murallas construidas con cráneos y pintadas con zafias y feas vetas de color. Se había imaginado que los edificios del interior estarían salpicados con diferentes tonos enfrentados. Obscenos.

Se equivocaba. Ciertamente, había arrogancia en T'Telir. Cada nueva maravilla parecía querer llamar su atención y atenazarla por los ojos. Había gente flanqueando la calle, más gente de la que Siri había visto en toda su vida, agrupándose para ver el carruaje. Si había pobres entre ellos, Siri no pudo notarlo, pues todos vestían de brillantes colores. Algunos tenían atuendos más exagerados (probablemente comerciantes, ya que se decía que Hallandren no tenía nobles aparte de sus dioses), pero incluso la más simple de las vestimentas refulgía.

Muchos de los edificios pintados contrastaban, en efecto, pero ninguno era zafio. Había una sensación de arte y armonía en las fachadas, en la gente, en las estatuas de soldados poderosos que adornaban muchas esquinas. Era abrumador. Chillón. Una algarabía chillona y entusiasta. Siri sonrió sin darse cuenta, y su pelo se volvió de un rubio vacilante, aunque sintió que se acercaba un dolor de cabeza.

«Tal vez... tal vez por eso me envió mi padre —pensó—. Con formación o sin ella, Vivenna nunca habría encajado aquí. Pero a mí siempre me ha interesado mucho el color».

Su padre era un buen rey con buenos instintos. ¿Y si, después de veinte años de criar y educar a Vivenna, había llegado a la conclusión de que no era la adecuada para ayudar a Idris? ¿Y si, por primera vez en sus vidas, su padre había elegido a Siri antes que a Vivenna?

«Pero, si fuera así, ¿qué se supone que tengo que hacer?». Sabía que su pueblo temía que Hallandren invadiera Idris, pero no creía que su padre hubiese enviado a una de sus hijas si creía que la guerra era inminente. ¿Esperaba tal vez que ella pudiera aliviar las tensiones entre los reinos?

Esa posibilidad aumentaba su ansiedad. El deber era algo que le resultaba desconocido, y un poco inquietante. Su padre le confiaba el destino y las vidas de su pueblo. No podía correr, ni escapar, ni esconderse.

Y menos de su propia boda.

Mientras su pelo se teñía de blanco por el temor ante lo que le esperaba, desvió de nuevo su atención hacia la ciudad. No era difícil que la atrajera. Era enorme, y se extendía como una bestia cansada enroscada sobre las colinas. Cuando el carruaje subió al sector sur de la ciudad, Siri pudo ver, entre los edificios, que el mar Brillante se detenía en una bahía. T'Telir se curvaba alrededor de la misma, acercándose al agua, formando una media luna. La muralla, por tanto, solo era un semicírculo que desembocaba en el mar, manteniendo a la ciudad encajonada.

No parecía abarrotada. Había mucho espacio al descubierto en la ciudad: paseos y jardines, extensos terrenos no utilizados. Había palmeras flanqueando muchas de las calles y otro tipo de follaje era común. Además, con la fría brisa que llegaba del mar, el aire era mucho más templado de lo que había esperado. La carretera llevaba hasta un mirador dentro de la ciudad, una pequeña planicie que ofrecía un excelente panorama. Excepto que toda la planicie estaba rodeada por una gran muralla. Siri vio con aprensión como las puertas de esta pequeña ciudad dentro de la ciudad se abrían para permitir el paso al carruaje, los soldados y sacerdotes.

La gente corriente se quedó fuera.

Había otra muralla dentro, una barrera para impedir que nadie viera a través de la puerta. La procesión giró a la izquierda y rodeó el muro, hasta entrar en la Corte de los Dioses de Hallandren: un patio cerrado, cubierto de hierba. Docenas de enormes mansiones rodeaban el lugar, cada una pintada de un color distintivo. Al fondo del patio había una gigantesca estructura negra, mucho más alta que los otros edificios.

El patio amurallado estaba tranquilo y silencioso. Siri pudo ver figuras sentadas en los balcones, contemplando su carruaje. Delante de cada palacio había un grupo de hombres y mujeres postrados sobre la hierba. El color de sus ropas era igual que el de su edificio, pero Siri tuvo poco tiempo para observarlos. En cambio, miró nerviosa la enorme estructura negra. Era piramidal, formada por gigantescos bloques en forma de peldaños.

«Negro —pensó—. En una ciudad de color». Su cabello palideció aún más. De repente deseó ser más devota. Dudaba que Austre estuviera muy contento con sus estallidos, y la mayoría de los días incluso tenía problemas para nombrar las Cinco Visiones. Pero él cuidaría por el bien de su pueblo, ¿no?

La procesión se detuvo ante la base del enorme edificio triangular. Siri se asomó a la ventanilla y vio los recodos y salientes de la cima, que hacía que la arquitectura pareciera cargada en lo más alto. Le pareció que los bloques oscuros iban a caer en avalancha para enterrarla. El sacerdote se acercó a caballo. Los jinetes esperaron en silencio: el piafar de sus bestias era el único sonido en el enorme patio abierto.

—Hemos llegado, Receptáculo —dijo el hombre—. En cuanto entremos en el edificio, serás preparada y llevada ante tu esposo.

—¿Esposo? —preguntó Siri, incómoda—. ¿No habrá una ceremonia nupcial?

El sacerdote sonrió.

—El rey-dios no necesita justificaciones ceremoniales. Te convertiste en su esposa en el momento en que lo deseó.

Siri se estremeció.

—Esperaba verle antes de, ya sabes...

El sacerdote le dirigió una dura mirada.

—El rey-dios no actúa para tu capricho, mujer. Estás bendita por encima de todas las demás, pues se te permitirá tocarlo... aunque solo a su discreción. No pretendas que eres otra cosa que lo que eres. De lo contrario, serás apartada y se elegirá a otra en tu lugar. Cosa que, creo, podría resultar desfavorable para tus amigos rebeldes de las tierras altas.

El sacerdote hizo volverse a su caballo y subió por una gran rampa de piedra que conducía al edificio. El carruaje se puso en marcha, y Siri avanzó hacia su destino.

«Esto complicará las cosas», pensó Vasher, de pie en las sombras desde lo alto del muro que rodeaba la Corte de los Dioses.

«¿Qué tiene de malo? —preguntó *Sangre Nocturna*—. Los rebeldes enviaron una princesa. Eso no cambia tus planes».

Vasher esperó, observando, mientras el carruaje de la nueva reina subía lentamente por la pendiente y desaparecía en el foso del palacio.

«¿Qué pasa?», preguntó *Sangre Nocturna*. Incluso después de todos esos años, la espada reaccionaba como un niño pequeño en muchas formas.

«La utilizarán —pensó Vasher—. Dudo que podamos salirnos con la nuestra sin tratar con ella». No había creído que los idrianos fueran a enviar a un miembro de la familia real a T'Telir. Habían entregado un peón de muchísimo valor.

Vasher se dio la vuelta y envolvió el pie en uno de los estandartes que colgaban del exterior de la muralla. Entonces liberó su aliento.

—Bájame —ordenó.

El gran tapiz, tejido con hilos de lana, absorbió cientos de alientos suyos. No tenía forma humana y su tamaño era enorme, pero Vasher tenía ahora suficiente aliento para poder gastarlo en despertares así de extravagantes.

El tapiz se retorció, un ser vivo, y formó una mano que recogió a Vasher. Como siempre, lo despertado trataba de imitar la forma de un humano: al mirar con atención los pliegues y ondulaciones del tejido, Vasher podía ver contornos de músculos e incluso venas. No había ninguna necesidad de ellos: el aliento animaba el tejido, y no era necesario ningún músculo para que se moviera.

El tapiz bajó a Vasher con delicadeza, cogiéndolo por un hombro y colocando sus pies calzados con sandalias en el suelo.

—Tu aliento al mío —ordenó Vasher. El gran tapiz-estandarte perdió de inmediato su forma animada, la vida desapareció, y volvió a aletear pegado a la pared.

Algunas personas se detuvieron en la calle, pero se mostraron interesadas, no asombradas. Esto era T'Telir, hogar de los mismísimos dioses. Hombres con más de mil alientos eran extraños, pero no

inauditos. La gente se quedó mirando, como los campesinos de otros reinos podían quedarse mirando pasar un carruaje de un señor, pero no tardaron en reanudar sus actividades cotidianas.

La atención era inevitable. Aunque Vasher iba todavía vestido como de costumbre (pantalones raídos, capa muy gastada a pesar del calor, una cuerda envuelta varias veces a la cintura a modo de cinturón), ahora hacía que los colores brillaran dramáticamente cuando estaba cerca. El cambio sería advertido por la gente normal y descaradamente obvio para quienes habían alcanzado la Primera Elevación.

Sus días de poder esconderse y pasar inadvertido habían quedado atrás. Tendría que acostumbrarse a llamar la atención de nuevo. Era uno de los motivos por los que se alegraba de estar en T'Telir. La ciudad era lo suficientemente grande y estaba llena de suficientes rarezas (desde soldados sinvida a objetos despertados que cumplían funciones cotidianas) para no destacar demasiado.

Naturalmente, eso no tenía en cuenta a *Sangre Nocturna*. Vasher se movió entre las multitudes, llevando la pesada espada en una mano, la punta envainada casi arrastrándose por el suelo tras él. Algunas personas se apartaron temerosas de la espada. Otros la miraron con ojos codiciosos. Tal vez era hora de volver a guardarla en el morral.

«Oh, no, ni hablar —protestó la espada—. Llevo demasiado tiempo encerrada».

«¿Qué más te da?».

«Necesito aire fresco. Y luz».

«Eres una espada —pensó Vasher—, no una palmera».

*Sangre Nocturna* guardó silencio. Comprendió que no era una persona, pero no le gustaba aceptar ese hecho. Solía ponerla de mal humor. A Vasher no le importó.

Se dirigió a un restaurante unas calles más abajo de la Corte de los Dioses. Era una de las cosas que sí había echado de menos de T'Telir: los restaurantes. En la mayoría de las ciudades había pocas opciones para cenar. Si pretendías quedarte algún tiempo, contratabas a una mujer de la localidad para que te diera de comer en su mesa. Si te quedabas poco tiempo, comías lo que tu posadera te pusiera.

En T'Telir, sin embargo, la población era lo bastante grande, y lo bastante rica, para proporcionar comida específica. Los restaurantes aún no se habían propagado por el resto del mundo, pero en T'Telir eran comunes. Vasher ya había reservado una mesa, y el camarero le saludó nada más verlo. Se sentó y dejó a *Sangre Nocturna* apoyada contra la pared.



La espada fue robada al minuto de soltarla.

Vasher ignoró el robo, pensativo mientras el camarero le traía una taza de té al limón. Vasher bebió la infusión endulzada, preguntándose mientras sorbía el trozo de cáscara por qué demonios un pueblo que vivía en el trópico prefería el té caliente. Después de unos minutos, su sentido vital le advirtió que estaba siendo observado. Al cabo de un rato, el mismo sentido le alertó que alguien se acercaba. Desenvainó la daga de su cinturón con la mano libre mientras bebía.

El sacerdote se sentó frente a él. Llevaba ropas de calle, en vez de túnica religiosa. Sin embargo, quizá inconscientemente, había elegido vestir los colores blanco y verde de su deidad. Vasher volvió a envainar su daga, haciendo que el sonido quedara enmascarado al sorber con fuerza.

El sacerdote, Bebid, miró alrededor, nervioso. Tenía suficiente aura de aliento para indicar que había alcanzado la Primera Elevación. Era donde la mayoría de la gente (la que podía permitirse comprar aliento) se detenía. Ese aliento ampliaría el lapso de vida una buena década y también proporcionaba un sentido vital acrecentado. Asimismo, les permitía ver auras de aliento y distinguir a otros despertadores, y, en situaciones de apuro, hacer un poco de despertar ellos mismos. Un intercambio decente para alimentar a una familia campesina durante cincuenta años.

—¿Bien? —preguntó Vasher.

Bebid dio un respingo ante el sonido. Vasher suspiró, cerrando los ojos. El sacerdote no estaba acostumbrado a este tipo de encuentros clandestinos. No habría venido en absoluto si Vasher no hubiera ejercido ciertas... presiones sobre él.

Vasher abrió los ojos y miró al sacerdote mientras el camarero llegaba con dos platos de arroz especiado. La comida tektrees era la especialidad del restaurante: a los hallandrenses les gustaban las especias extranjeras casi tanto como los colores raros. Vasher había hecho el pedido antes, junto con el pago que aseguraba que los reservados de alrededor estuvieran vacíos.

—¿Y bien? —repitió Vasher.

—Yo... No sé. No he podido averiguar gran cosa.

Vasher le dirigió una severa mirada.

—Tienes que darme más tiempo.

—Recuerda tus indiscreciones, amigo —dijo Vasher, bebiendo el resto de su té y sintiendo un retortijón de malestar—. No querrás que se sepan, ¿verdad?

«¿Tenemos que volver a pasar por todo esto?».

Bebid guardó silencio durante un momento.

—No sabes lo que me estás pidiendo, Vasher —dijo, inclinándose hacia delante—. Soy sacerdote de Brillavisión la Verdadera. ¡No puedo traicionar mis juramentos!

—Menos mal que no te lo he pedido.

—No podemos dar información sobre la política de la corte.

—Bah —replicó Vasher—. Esos Retornados no pueden ni mirarse los unos a los otros sin que la mitad de la ciudad se entere en menos de una hora.

—No estarás dando a entender...

Vasher apretó los dientes, y dobló la cuchara con el dedo, molesto.

—¡Basta, Bebid! Los dos sabemos que tus juramentos son solo parte del juego. —También se inclinó hacia delante—. Y yo odio los juegos.

Bebid palideció y no probó su comida. Vasher miró su cubierto con enfado y, tras serenarse, volvió a enderezarla. Cogió una cucharada de arroz, y la boca le ardió por las especias. No le gustaba dejar la comida sin tocar: nunca se sabía cuándo tendrías que marcharte a toda prisa.

—Ha habido... rumores —dijo, por fin, Bebid—. Esto va más allá de la simple política de la corte, Vasher... más allá de los juegos entre los dioses. Es algo muy real, y muy secreto. Tanto que incluso los sacerdotes vigilantes apenas oyen atisbos.

Vasher continuó comiendo.

—Hay una fracción de la corte que presiona para atacar Idris —añadió Bebid—. Aunque no puedo imaginar por qué.

—No seas idiota —dijo Vasher, deseando tener más té para tragar el arroz—. Los dos sabemos que Hallandren tiene motivos de sobra para matar a todos los habitantes de las tierras altas.

—La realeza —apuntó Bebid.

Vasher asintió. Se les llamaba rebeldes, pero esos «rebeldes» eran la auténtica familia real de Hallandren. Aunque fueran mortales, su linaje

era un desafío para la Corte de los Dioses. Todo buen monarca sabía que lo primero que hacías para estabilizar tu trono era ejecutar a todo aquel que tuviera más derecho a él que tú. Después de eso, solía ser buena idea ejecutar a todos los que *creyeran* tener ese derecho.

—¿Y? —dijo Vasher—. Lucháis, Hallandren gana. ¿Cuál es el problema?

—Es una mala idea, ese es el problema. Una idea terrible. ¡Por los fantasmas de Kalad, hombre! Idris no caerá fácilmente, no importa lo que digan en la corte. Esto no será como aplastar a ese necio de Vahr. Los idrianos tienen aliados de más allá de las montañas y las simpatías de docenas de reinos. Lo que algunos llaman «un simple aplastamiento de las facciones rebeldes» podría convertirse fácilmente en otra Multiguerra. ¿Quieres eso? ¿Miles y miles de muertos? ¿Que caigan reinos para no volver a alzarse? Todo lo que podremos hacer es conseguir un poco de tierra helada que no quiere nadie.

—Los pasos comerciales son valiosos —advirtió Vasher.

Bebid hizo una mueca.

—Los idrianos no son tan tontos para elevar demasiado sus tarifas. Esto no es cuestión de dinero, sino de miedo. La gente de la corte habla de lo que podría suceder si los idrianos cortan los pasos o si dejan que los enemigos se internen y asedien T'Telir. Si esto fuera por dinero, nunca iríamos a la guerra. Hallandren vive de sus tintes y su comercio textil. ¿Crees que ese negocio florecería en la guerra? Tendremos suerte si no sufrimos un colapso económico.

—¿De verdad crees que me preocupa el bienestar económico de Hallandren? —preguntó Vasher.

—Ya —dijo Bebid secamente—. Olvidaba con quién estoy hablando. ¿Qué quieres, entonces? Dímelo para que podamos acabar de una vez.

—Háblame de los rebeldes —pidió Vasher, masticando arroz.

—¿Los idrianos? Acabo de...

—De ellos no —dijo Vasher—. De los de la ciudad.

—No tienen ninguna importancia ahora que Vahr ha muerto —dijo el sacerdote, agitando la mano—. Nadie sabe quién lo mató, por cierto. Probablemente los propios rebeldes. Supongo que no les hizo gracia que se dejara capturar, ¿no?

Vasher no dijo nada.

—¿Eso es todo lo que quieres? —preguntó Bebid, impaciente.

—Necesito contactar con las facciones que mencionaste. Los que presionan para que haya guerra contra Idris.

—No te ayudaré a animar la...

—Ni se te ocurra decirme lo que tengo que hacer, Bebid. Solo dame la información que prometiste, y podrás quedar libre de todo esto.

—Vasher —repuso inclinándose aún más—. No puedo ayudarte. Mi señora no está interesada en este tipo de política, y me muevo en los círculos equivocados.

Vasher comió un poco más, mientras juzgaba la sinceridad del hombre.

—Muy bien. ¿Quién, entonces?

Bebid se relajó. Se secó la frente con la servilleta.

—No lo sé —dijo—. ¿Tal vez uno de los sacerdotes de Mercestrella? También podrías probar con Dedos Azules, supongo.

—¿Dedos Azules? Un nombre extraño para un dios.

—Dedos Azules no es un dios. —Rio Bebid—. Es solo un apodo. Es el mayordomo del Alto Lugar, jefe de los escribas. Es quien mantiene la corte en funcionamiento: si alguien sabe algo sobre esta facción, será él. Naturalmente, es tan envarado y recto que te costará trabajo doblegar su voluntad.

—Te sorprenderías —dijo Vasher, llevándose a la boca la última cucharada de arroz—. Lo hice contigo, ¿no?

—Supongo.

Vasher se puso en pie.

—Paga al camarero cuando salgas —dijo, cogiendo la capa de la percha para dirigirse hacia la puerta.

Sintió una oscuridad a la derecha. Caminó por la calle y se adentró en un callejón, donde encontró a *Sangre Nocturna*, todavía envainada, sobresaliendo del pecho del ladrón que la había robado. Otro ratero yacía muerto en el suelo.

Vasher arrancó la espada, la terminó de meter en la vaina (solo estaba abierta una fracción de pulgada) y echó el cierre.

«Perdiste los nervios ahí dentro un momento —refunfuñó *Sangre Nocturna*—. Creí que estabas trabajando para mejorar eso».

«Supongo que es una recaída», pensó Vasher.

La espada vaciló. «No creo que desrecayeras».

«Esa palabra no existe», repuso Vasher, saliendo del callejón.

«¿Y? Te preocupan demasiado las palabras. Ese sacerdote... después de todas las palabras que malgastaste con él, lo dejaste ir. Yo no habría manejado así la situación».

«Sí, ya lo sé. Hacerlo a tu modo habría implicado unos cuantos cadáveres más».

«Bueno, soy una espada —refunfuñó el arma—. Más vale dedicarse a aquello en lo que eres bueno...».

Sondeluz estaba sentado en su patio, viendo cómo el carruaje de la nueva reina se detenía ante el palacio.

—Bueno, ha sido un día agradable —le comentó a su sumo sacerdote. Unas cuantas copas de vino, más un poco de tiempo para dejar de pensar en niños privados de su aliento, y ya se sentía más cómodo consigo mismo.

—¿Sois feliz por tener una reina? —preguntó Llarimar.

—Soy feliz por haber evitado las peticiones de hoy gracias a su llegada. ¿Qué sabemos de ella?

—No mucho, divina gracia —dijo Llarimar, mirando el palacio del rey-dios—. Los idrianos nos sorprendieron no enviando a la hija mayor, como esperábamos. En su lugar mandaron a la más joven.

—Interesante —dijo Sondeluz, aceptando otra copa de vino de un criado.

—Solo tiene diecisiete años. No puedo imaginar tener que casarme con el rey-dios a esa edad.

—Y yo no puedo imaginarte casado con el rey-dios a ninguna edad, Veloz. —Y se estremeció a propósito—. La verdad es que sí, puedo imaginarlo, y el vestido te sienta fatal. Asegúrate de que azoten a mi imaginación por su insolencia al mostrarme esa visión concreta.

—La pondré en fila tras vuestro sentido del decoro, divina gracia —dijo Llarimar secamente.

—No seas tonto. —Bebió un sorbo de vino—. Hace años que no tengo decoro alguno.

Se echó hacia atrás, tratando de decidir qué pretendían los idrianos al enviar a la princesa equivocada. Dos palmeras en sus macetas se agitaban al viento, y Sondeluz se distrajo por el olor de la sal que traía la brisa del mar. «Me pregunto si llegué a navegar por ese mar —pensó—. ¿Un hombre del océano? ¿Es así como morí? ¿Por eso soñé con un barco?».

Ahora solo podía recordar ese sueño de forma vaga. Un mar rojo...

Fuego. Muerte, matanza y una batalla. Se sorprendió al recordar súbitamente el sueño con detalles más nítidos y vivos. El mar estaba rojo y reflejaba la magnífica ciudad de T'Telir, envuelta en llamas. Casi pudo oír a la gente gritando de dolor, casi pudo oír... ¿Qué? ¿Soldados marchando y combatiendo en las calles?

Sondeluz sacudió la cabeza, tratando de descartar los fantasmales recuerdos. Ahora recordó que el barco que había visto en su sueño estaba también ardiendo. Eso no tenía por qué significar nada: todo el mundo tenía pesadillas. Pero le incomodaba saber que sus pesadillas eran consideradas presagios proféticos.

Llarimar seguía de pie junto a la silla de Sondeluz, contemplando el palacio del dios rey.

—Oh, siéntate y deja de mirarme por encima de mi hombro —dijo Sondeluz—. Estás poniendo celosos a los buitres.

Llarimar alzó una ceja.

—¿Y qué buitres podrían ser, divina gracia?

—Los que siguen insistiendo que vayamos a la guerra —dijo Sondeluz, agitando una mano.

El sacerdote se sentó en uno de los reclinatorios de madera del patio, se relajó y se quitó la pesada mitra de la cabeza. Debajo del tocado, su pelo oscuro estaba sudoroso, pegado a la frente. Se pasó la mano. Durante los primeros años, Llarimar se había mostrado envarado y formal. Sin embargo, al cabo del tiempo, Sondeluz se lo había ganado. Después de todo, era un dios. En su opinión, si él podía relajarse en el trabajo, también podían hacerlo sus sacerdotes.

—No sé, divina gracia —dijo Llarimar lentamente, frotándose la mejilla—. No me gusta esto.

—¿La llegada de la reina?

Llarimar asintió.

—Hace unos treinta años que no tenemos reina en la corte. No sé cómo tratarán con ella las facciones.

Sondeluz se frotó la frente.

—¿Política, Llarimar? Sabes que la desprecio.

El sacerdote lo miró.

—Divina gracia: sois, por definición, político.

—No me lo recuerdes, por favor. Debería apartarme de esta situación. ¿Crees que podría sobornar a algún otro dios para que tomara el control de mis órdenes sinvida?

—Dudo que eso fuera aconsejable.

—Todo forma parte de mi plan maestro para asegurar que me vuelva redundantemente inútil para esta ciudad cuando muera. Otra vez.

Llarimar ladeó la cabeza.

—¿Redundantemente inútil?

—Por supuesto. La inutilidad regular no sería suficiente: después de todo, soy un dios.

Cogió un puñado de uvas de la bandeja de un criado, todavía intentando olvidar las perturbadoras imágenes de su sueño. No significaban nada. Solo eran sueños.

Incluso así, decidió que se lo contaría a Llarimar a la mañana siguiente. Quizá el sacerdote podría utilizar los sueños para ayudar a presionar por la paz con Idris. Si el viejo Dedelin no había enviado a su hija primogénita, eso causaría más debates en la corte. Más conversaciones de guerra. La llegada de esta princesa debería haberlo zanjado, pero sabía que los belicosos halcones que había entre los dioses no dejarían morir el tema.

—Con todo —dijo Llarimar, como si hablara consigo mismo—, enviaron a alguien. Eso es buena señal. Una negativa absoluta habría significado la guerra con seguridad.

—Y sea quien sea Seguridad, dudo que debamos luchar con él —dijo Sondeluz mientras examinaba una uva—. La guerra es, en mi divina opinión, aún peor que la política.

—Algunos dicen que las dos cosas son lo mismo, divina gracia.

—Tonterías. La guerra es mucho peor. Al menos donde se desarrolla la política suele haber entremeses agradables.

Como de costumbre, Llarimar ignoró las ingeniosas observaciones de Sondeluz. El dios lo habría reprendido si no supiera que había otros tres sacerdotes menores al fondo del patio, registrando sus palabras, buscando en ellas sabiduría y significado.

—¿Qué creéis que harán ahora los rebeldes de Idris? —preguntó Llarimar.

—Esa es la cuestión, Veloz —dijo Sondeluz, echándose hacia atrás y cerrando los ojos para sentir el sol en la cara—. Los idrianos no se consideran rebeldes. No están sentados en sus montañas esperando que llegue el día en que puedan regresar triunfales a Hallandren. Esto ya no es su hogar.

—Esos picos tampoco son un reino.

—Es un reino suficiente para controlar los mejores depósitos de mineral de la zona, cuatro pasos vitales al norte, y el linaje real original de la dinastía original de Hallandren. No nos necesitan, amigo mío.

—¿Y eso que se dice de que hay disidentes idrianos en la ciudad, levantando al pueblo contra la Corte de los Dioses?

—Solo son rumores —dijo Sondeluz—. Aunque, cuando demuestren que estoy equivocado y las masas sin privilegios asalten mi palacio y me quemen en la hoguera, me aseguraré de informarles de que tú tuviste razón siempre. Reirás el último o... en fin, o gritarás el último, ya que lo más probable es que te aten junto a mí.

Llarimar suspiró, y Sondeluz abrió los ojos para ver cómo el sacerdote lo miraba con expresión contemplativa. Llarimar no le reprendió por su desenfado. Tan solo extendió la mano y volvió a ponerse la mitra. Él era el sacerdote, Sondeluz era el dios. No habría ninguna pregunta sobre sus motivos, ningún reproche. Si Sondeluz daba una orden, harían exactamente lo que dijera.

A veces, eso lo aterrorizaba.

Pero no hoy. En cambio, se sintió molesto. La llegada de la reina, de algún modo, le había hecho hablar de política... y el día iba muy bien hasta entonces.

—Más vino —pidió Sondeluz, alzando su copa.

—No os podréis emborrachar, divina gracia. Vuestro cuerpo es inmune a todas las toxinas.



—Lo sé —contestó Sondeluz mientras uno de los criados rellenaba su copa—. Pero créeme: soy bastante bueno fingiéndolo.

Siri bajó del carruaje. Inmediatamente, docenas de criados vestidos de azul y plata la rodearon, llevándosela. Siri se volvió, alarmada, buscando a sus soldados. Los hombres dieron un paso al frente, pero Treledees alzó la mano.

—El Receptáculo irá sola —declaró el sacerdote.

Siri sintió una punzada de temor. Había llegado el momento.

—Regresad a Idris —les dijo a sus hombres.

—Pero, mi señora... —objetó el jefe de los soldados.

—No. Aquí no podéis hacer nada más por mí. Por favor, regresad y decidle a mi padre que he llegado bien.

El jefe de los soldados miró a sus hombres, indeciso. Siri no llegó a ver si obedecían o no, pues los criados la llevaron a un rincón tras un largo y negro pasillo. Trató de no mostrar su miedo. Había venido al palacio para casarse, y estaba decidida a causar una impresión favorable en el rey-dios. Pero, en realidad, estaba aterrada. ¿Por qué no había huido? ¿Por qué no se había librado de algún modo de todo aquello? ¿Por qué no podían dejarla en paz?

Ahora no había escapatoria. Mientras las criadas la llevaban por un pasillo hacia las profundidades del palacio, los últimos restos de su antigua vida desaparecieron tras ella.

Ahora estaba sola.

Lámparas de cristal de colores flanqueaban las paredes. Condujeron a Siri a través de oscuros pasadizos, dando vueltas y más vueltas. Trató de recordar el camino, pero pronto se sintió absolutamente perdida. Las sirvientas la rodeaban como una guardia de honor; aunque todas eran mujeres, pertenecían a edades diferentes. Todas llevaban una toca azul, el pelo suelto por atrás, y mantenían la mirada gacha. Sus titilantes túnicas azules eran amplias, incluso en el busto. Siri se ruborizó al ver los escotes. En Idris, las mujeres mantenían cubierto el cuello.

El negro pasillo acabó por desembocar en una habitación mucho más grande. Siri vaciló en la puerta. Aunque las paredes de piedra de esa habitación eran negras, estaban cubiertas con sedas de rico color marrón. De hecho, todo en la habitación era marrón, desde la alfombra hasta los muebles, pasando por las bañeras rodeadas de losetas ubicadas en el centro de la sala.

Las criadas empezaron a tirarle de la ropa para desnudarla. Siri dio un salto, apartó varias manos e hizo que se detuvieran, sorprendidas. Entonces atacaron con renovado vigor, y Siri comprendió que no tendría más remedio que apretar los dientes y soportar aquel tratamiento. Alzó los brazos, dejando que le quitaran el vestido y la ropa interior, y sintió que su cabello se volvía rojo mientras se ruborizaba. Al menos la habitación estaba cálida.

No obstante, se estremeció. Se vio obligada a permanecer allí de pie, desnuda, mientras otras criadas se acercaban con cintas de medición. Hurgaron y sondearon, tomando diversas medidas, incluyendo las de la cintura, el busto, los hombros y las caderas. Cuando terminaron, las mujeres retrocedieron, y la habitación quedó en silencio. La bañera seguía humeando en el centro de la cámara. Varias mujeres se la señalaron.

«Supongo que se me permite lavarme yo sola», pensó Siri con alivio, acercándose a los escalones de losa. Se introdujo con cuidado en la enorme tina, y le satisfizo la temperatura del agua. Se sumergió y se permitió relajarse un poco.

Oyó sonidos de salpicaduras a su espalda y se volvió. Varias criadas, vestidas de marrón, se metían en la bañera con manoplas y jabón. Siri suspiró, rindiéndose a sus cuidados mientras empezaban a frotarle vigorosamente el cuerpo y el pelo. Cerró los ojos, soportando el tratamiento con tanta dignidad como fue capaz.

Eso le dejó tiempo para pensar, lo que no era bueno. Solo se permitió considerar lo que le estaba sucediendo. Su ansiedad regresó de inmediato.

«Los sinvidas no son tan malos como en las historias —pensó, tratando de tranquilizarse—. Y los colores de la ciudad son mucho más agradables de lo que yo esperaba. Tal vez... tal vez el rey-dios no sea tan terrible como dice todo el mundo».

—Ah, bien —dijo una voz—. Vamos bien de tiempo. Perfecto.

Era una voz de hombre. Siri abrió los ojos y se encontró con un anciano con túnica marrón de pie junto a la bañera, escribiendo algo en un libro de cuentas. Era calvo y tenía un rostro redondo y agradable. A su lado había un muchacho, con más papel y un frasquito de tinta para que el hombre humedeciera su pluma.

Siri gritó, sobresaltando a algunas de las criadas al provocar un súbito movimiento de agua al cubrirse con los brazos.

El hombre vaciló, agachando la cabeza.

—¿Algo va mal, Receptáculo?

—Me estoy bañando —replicó ella.

—En efecto. Ya lo veo.

—Bien, ¿pues por qué estás mirando?

Él ladeó la cabeza.

—Pero si soy un sirviente real, muy por debajo de tu estatus... —dijo, y entonces pareció recordar algo—. Ah, sí. Las sensibilidades de Idris. Me había olvidado. Señoras, por favor, salpiquen, hagan más burbujas en la bañera.

Las criadas obedecieron, creando abundante espuma en el agua jabonosa.

—Eso es —dijo el hombre, volviendo a su libro de cuentas—. Ya no puedo ver nada. Adelante, continuemos. ¡No estaría bien hacer esperar al rey-dios el día de su boda!

Reacia, Siri dejó que el baño continuara, aunque tuvo cuidado de mantener bajo el agua ciertas partes de su anatomía. Las mujeres trabajaron abnegadamente, frotando tan fuerte que Siri casi temió que fueran a despellejarla.

—Como bien puedes suponer —dijo el hombre—, vamos con un calendario muy justo. Hay mucho que hacer, y me gustaría que todo saliera como una seda.

Siri frunció el ceño.

—¿Y quién eres tú, exactamente?

Él la miró, haciendo que se agachara entre las pompas de jabón un poco más. Su pelo estaba más rojo brillante que nunca.

—Me llamo Havarseth, pero todo el mundo me llama Dedos Azules. —Alzó una mano y agitó los dedos, manchados de tinta azul de tanto escribir—. Soy el jefe de los escribas y mayordomo de Su Excelente Gracia Susebron, rey-dios de Hallandren. En términos más simples, dirijo a los sirvientes del palacio y superviso a todos los criados de la Corte de los Dioses. —Se detuvo y la miró—. También me aseguro de que todo el mundo cumpla los horarios y haga lo que tiene que hacer.

Algunas de las muchachas más jóvenes (vestidas de marrón, como las que bañaban a Siri) empezaron a traer cubos de agua a la bañera, y las mujeres las emplearon para aclararle el pelo. Siri se volvió para facilitarles la tarea, aunque trató de mantenerse ojo avizor con Dedos Azules y su criado.

—Bien —dijo Dedos Azules—. Los sastres de palacio trabajan a destajo en tus vestiduras. Teníamos un buen cálculo de tu talla, pero necesitábamos las medidas finales para completar el proceso. Tus atuendos deberán estar listos dentro de poco.

Las mujeres enjuagaron de nuevo la cabeza de Siri.

—Hay algunas cosas que tenemos que discutir —continuó Dedos Azules, su voz distorsionada por el agua en los oídos de Siri—. Supongo que te habrán enseñado el método adecuado de tratar a Su Majestad Inmortal.

Siri se quedó observándolo un momento, antes de apartar la mirada. Debían de haberlo hecho, pero no se acordaba. Y, fuera como fuese, en ese momento no estaba para concentrarse.

—Ah —dijo Dedos Azules, leyendo aparentemente su expresión—. Bien, entonces esto podría ser... interesante. Permíteme hacerte algunas sugerencias.

La muchacha asintió.

—Primero, debes saber que la voluntad del rey-dios es ley. No necesita ningún motivo ni justificación para lo que hace. Tu vida, como la de todos, está en sus manos. Segundo, debes saber que el rey-dios no habla con gente como tú y como yo. No hablarás con él cuando acudas a verlo. ¿Entiendes?

Siri escupió un poco de agua jabonosa.

—¿Quieres decir que ni siquiera puedo hablar con mi esposo?

—Me temo que no —confirmó Dedos Azules—. Ninguno de nosotros puede.

—¿Entonces cómo juzga y gobierna? —preguntó ella, frotándose los ojos.

—El Consejo de Dioses maneja las necesidades más mundanas del reino —explicó Dedos Azules—. El rey-dios está por encima del gobierno diario. Cuando le es necesario comunicarse, transmite sus juicios a sus sacerdotes, quienes entonces los revelan al mundo.

«Magnífico», pensó Siri.

—Es poco convencional que se te permita tocarlo —continuó Dedos Azules—. Engendrar a un hijo es una molestia necesaria para él. Nuestro trabajo es presentarte de la manera más agradable posible, y evitar, a toda costa, irritarlo.

«Austre, Dios de los Colores —pensó ella—. ¿Qué clase de criatura es esta?».

Dedos Azules la miró.

—Sé algo de tu temperamento, Receptáculo —dijo—. Naturalmente, hemos investigado a los hijos de la monarquía idriana. Permíteme ser un poco más directo de lo que preferiría. Si le hablas directamente al rey-dios, te mandará ejecutar. Al contrario que tu padre, no es un hombre paciente.

»No puedo recalcar lo suficiente este punto. Me doy cuenta de que estás acostumbrada a ser una persona muy importante. De hecho, lo sigues siendo... o quizá más que antes. Estás muy por encima de mí y de los demás. Sin embargo, por muy superior que seas a nosotros, el rey-dios está muy por encima de ti.

»Su Majestad Inmortal es... especial. Las doctrinas enseñan que la Tierra misma es poca cosa para él. Ya había conseguido trascender antes incluso de nacer, pero al final regresó para traer a su pueblo bendiciones y visiones. Se te concede una confianza especial. Por favor, no la traiciones... y, por favor, por favor, no provoques su ira. ¿Entendido?

Siri asintió despacio con la cabeza, sintiendo que su pelo le blanqueaba de nuevo. Trató de controlarse, pero el valor que pudo acumular le pareció vergonzante. No, no iba a poder digerir a esa criatura tan fácilmente como a los sinvidas o los colores de la ciudad. Su reputación en Idris no era exagerada. Dentro de poco, él iba a tomar su cuerpo y hacer con él lo que deseara. Una parte de Siri sintió furia por eso, pero era la furia de la frustración. La furia que procedía de saber que algo horrible iba a suceder, y de ser incapaz de evitarlo.

Las criadas se apartaron, dejándola medio flotando en el agua jabonosa. Una de ellas miró a Dedos Azules e inclinó la cabeza con respeto.

—Ah, ¿hemos terminado? —preguntó él—. Excelente. Tus damas y tú sois muy eficientes, Jlan. Continuemos, pues.

—¿No pueden hablar? —preguntó Siri en voz baja.

—Pues claro que pueden. Pero son dedicadas siervas de Su Majestad Inmortal. Durante sus horas de servicio, su deber es ser tan útiles como sea posible sin resultar una distracción. Ahora, si proseguimos...

Siri continuó dentro del agua, incluso cuando las silenciosas mujeres trataron de sacarla. Dedos Azules se dio la vuelta con un suspiro, dándole la espalda. Extendió una mano e hizo volverse también al muchacho.

Siri permitió por fin que la sacaran de la bañera. Las mujeres mojadas la dejaron, dirigiéndose a una habitación lateral (probablemente para cambiarse), y otras la condujeron a una bañera más pequeña para enjuagarla. Se metió en el agua, mucho más fría que la anterior, y boqueó. Las mujeres le indicaron que se sumergiera. Ella dio un respingo, pero obedeció y se quitó casi todo el jabón. Después de eso, había una tercera y última bañera. Mientras Siri se acercaba, tiritando, olió un fuerte aroma a flores que surgía de ella.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un baño perfumado... —explicó Dedos Azules, todavía de espaldas—. Si lo prefieres, puedo hacer que una de las masajistas del palacio te frote perfume por el cuerpo. Te aconsejo en contra de ello, sin embargo, dada la escasez de tiempo...

Siri se ruborizó al imaginar que alguien, varón o hembra, frotara su cuerpo con perfume.

—Esto estará bien —dijo, metiéndose en el agua. Estaba tibia, y las fragancias florales eran tan intensas que tuvo que respirar por la nariz.

Las mujeres indicaron hacia abajo, y, con un suspiro, Siri se sumergió bajo el agua perfumada. Después de eso, salió, y varias criadas se acercaron por fin con mullidas toallas. Empezaron a secarla, con un contacto tan delicado y suave como duro había sido el frote anterior. Esto se llevó parte del fuerte aroma, cosa que Siri agradeció. Otras mujeres se acercaron con una bata azul oscuro, y ella extendió los brazos para que se la pusieran y luego la cerraran.

—Puedes darte la vuelta —le dijo al mayordomo.

—Excelente —dijo Dedos Azules al girarse. Se dirigió hacia una puerta lateral y le hizo un gesto con la mano—. Ahora, deprisa. Todavía tenemos mucho que hacer.

Siri y las criadas lo siguieron, pasando de la habitación marrón a una que estaba decorada de amarillo brillante. Tenía más muebles, ninguna bañera, y un gran diván en el centro.

—Su Majestad no está asociado con un color único —dijo Dedos Azules, señalando los brillantes colores de la sala mientras las mujeres dirigían a Siri al sillón—. Representa todos los colores y cada uno de los Tonos Iridiscentes. Por tanto, cada habitación está decorada con un tono diferente.

Siri se sentó, y las mujeres empezaron a ocuparse de sus uñas. Otra trató de alisar las greñas de pelo producidas por el lavado a fondo. Siri frunció el ceño.

—Cortadlo —dijo.

Ellas vacilaron.

—¿Receptáculo? —preguntó una.

—Cortad el pelo.

Dedos Azules les dio permiso, y tras unos cuantos cortes gran parte de su pelo estaba amontonado en el suelo. Entonces Siri cerró los ojos y se concentró.

No estaba segura de cómo lo hacía. Los Mechones Reales habían sido siempre parte de su vida: alterarlos era para ella como mover cualquier músculo, aunque más difícil. En unos instantes, pudo hacer que el pelo creciera de nuevo.

Varias mujeres se quedaron boquiabiertas mientras el pelo brotaba de la cabeza de Siri y caía hasta sus hombros. Hacerlo crecer la hacía sentir hambre y cansancio, pero era mejor que dejar que las mujeres lucharan contra las greñas. Cuando terminó, abrió los ojos.

Dedos Azules la miraba con expresión inquisitiva, sosteniendo el libro.

—Esto es... fascinante —dijo—. Los Mechones Reales. Hemos esperado mucho tiempo a que vuelvan a agraciarse este palacio, Receptáculo. ¿Puedes cambiar de color a voluntad?

—Sí —dijo Siri. «Algunas veces, al menos»—. ¿Es demasiado largo?

—El cabello largo es considerado un signo de belleza en Hallandren, mi señora. Sé que lo lleváis recogido en Idris, pero aquí el pelo suelto es del gusto de muchas mujeres, sobre todo las diosas.

Una parte de ella quiso mantener el pelo corto solo por llevar la contraria, pero estaba empezando a darse cuenta de que semejante actitud podría hacer que la mataran. En cambio, cerró los ojos y volvió a concentrarse. El pelo le llegaba hasta los hombros, pero lo extendió durante varios minutos, haciéndolo crecer hasta la espalda, como antes.

Siri abrió los ojos.

—Precioso —susurró una de las criadas jóvenes, y al punto se ruborizó y continuó trabajando en las uñas de la muchacha.

—Muy bonito —reconoció Dedos Azules—. Te dejo aquí. Tengo que ocuparme de ciertos asuntos, pero regresaré en breve.

Siri asintió mientras se marchaba, y varias mujeres se acercaron y empezaron a aplicarle maquillaje. Lo sufrió con paciencia, mientras



otras criadas seguían con sus uñas y su pelo. No era así como había imaginado el día de su boda. El matrimonio siempre le había parecido algo lejano, algo que solo sucedería después de que se hubiera elegido cónyuges para sus hermanos. De hecho, cuando era muy joven, siempre había dicho que pretendía criar caballos en vez de casarse.

Había superado aquello, pero una parte de sí misma ansiaba esos tiempos más sencillos. No quería casarse. Aún no. Seguía sintiéndose una niña, aunque su cuerpo se hubiera convertido en uno de mujer. Quería jugar en las montañas y recoger flores y picar a su padre. Quería tiempo para saborear más la vida antes de verse obligada a las responsabilidades de engendrar hijos.

El destino le había arrebatado esa oportunidad. Ahora se enfrentaba a la perspectiva inminente de ir a la cama de un hombre. Un hombre que no le hablaría, y a quien no le importaría quién era ella ni qué quería. Siri conocía los requerimientos físicos de lo que iba a suceder (agradecía a Mab la cocinera algunas charlas sinceras sobre ese tema), pero emocionalmente se sentía petrificada. Quería correr, esconderse, huir lo más lejos posible.

¿Se sentían así todas las mujeres, o solo aquellas que eran lavadas, acicaladas y enviadas a satisfacer a una deidad con el poder de destruir naciones?

Dedos Azules regresó poco después, seguido por un hombre mayor con las ropas azules y plateadas que Siri empezaba a asociar con aquellos que servían al rey-dios.

«Pero... Dedos Azules viste de marrón —pensó frunciendo el ceño—. ¿Por qué?».

—Ah, veo que mi cálculo del tiempo es perfecto —dijo Dedos Azules mientras las mujeres terminaban. Se retiraron a los lados de la habitación, las cabezas inclinadas.

Dedos Azules le hizo un gesto con la cabeza al hombre mayor.

—Receptáculo, este es uno de los sanadores del palacio. Antes de que te lleven al rey-dios, tendrás que ser inspeccionada para determinar que eres doncella y asegurar que no padeces ciertas enfermedades. No es más que una formalidad, pero me temo que he de insistir en ello. En consideración a tu recato, no he traído al joven sanador a quien había asignado originalmente el trabajo. Supongo que un sanador más viejo te hará sentirte más cómoda.

Siri suspiró, pero asintió. Dedos Azules señaló una mesa acolchada en un lado de la habitación; entonces él y su joven criado se dieron media vuelta. Siri se abrió la bata y se dirigió a la mesa. Se tumbó para continuar lo que estaba resultando el día más embarazoso de su vida.

«Y solo empeorará», pensó mientras el médico la examinaba.

Susebron, el rey-dios. Asombroso, terrible, santo, majestuoso. Había nacido muerto, pero retornó. ¿Qué le provocaba eso a un hombre? ¿Sería humano al menos, o un monstruo horrible de contemplar? Se decía que era eterno, pero obviamente su reinado terminaría tarde o temprano, o de otro modo no necesitaría un heredero.

Se estremeció, deseando acabar de una vez, pero también agradecida por todo aquello que retrasara un poco más las cosas, incluso una experiencia tan humillante como aquel reconocimiento médico. Sin embargo, terminó pronto, y Siri volvió a cerrarse la bata y levantarse.

—Está bastante sana —le dijo el sanador a Dedos Azules—. Y lo más probable es que sea todavía doncella. También tiene un aliento muy poderoso.

Siri vaciló. ¿Cómo podía saber...?

Y entonces lo vio. Tuvo que mirar con mucha atención, pero el suelo amarillo alrededor del cirujano parecía demasiado brillante. Ella misma parecía pálida, aunque el nerviosismo ya había vuelto blanco su pelo.

«El doctor es un despertador —pensó—. Hay un despertador aquí, en esta habitación. Y me ha tocado».

Se estremeció, la piel marchitándose. No estaba bien quitarle el aliento a otra persona. Era la arrogancia definitiva, el completo opuesto a la filosofía de Idris. Otra gente en Hallandren simplemente llevaba colores brillantes para atraer la atención sobre sí mismos, pero los despertadores robaban la vida de los seres humanos, y la usaban para destacar.

El uso pervertido del aliento era uno de los principales motivos de que el linaje real se hubiera exiliado a las montañas en primer lugar. Hallandren existía hoy en día porque extorsionaba el aliento de su pueblo. Siri se sintió más desnuda ahora que cuando estaba sin ropa. ¿Qué podía decir ese despertador sobre ella gracias a su innatural fuerza vital? ¿Se sentía tentado de robarle a Siri su biocroma? Trató de respirar lo más suavemente posible, por si acaso.

Al cabo de un rato, Dedos Azules y aquel terrible doctor salieron de la habitación. Las mujeres se acercaron para quitarle de nuevo la bata y trajeron ropa interior.

«El rey será peor —comprendió Siri—. No es solo un despertador, es un Retornado. Necesita absorber el aliento de la gente para sobrevivir».

¿Le quitaría su aliento?

«No, eso no sucederá —se dijo con firmeza—. Me necesita para que le proporcione un heredero de linaje real. No arriesgaré la seguridad del niño. Me dejaré mi aliento, aunque solo sea hasta entonces».

Pero ¿qué le sucedería cuando ya no fuera necesaria?

Su atención se apartó de esos pensamientos cuando varias criadas se acercaron con un gran bulto de ropa. Una saya. No, un vestido... un precioso vestido plateado y azul. Concentrarse en él parecía mejor que pensar en lo que el rey-dios le haría en cuanto le diera un hijo.

Siri esperó en silencio mientras las mujeres le ponían el vestido. El tejido era sorprendentemente suave sobre su piel, el terciopelo parecía sutil como los pétalos de una flor de las montañas. Mientras las mujeres se lo ajustaban, Siri advirtió que, extrañamente, se cerraba por el lado en vez de por la espalda. Tenía una cola extremadamente larga y mangas que colgaban un palmo por debajo de sus manos si ponía los brazos a los costados. Las criadas tardaron varios minutos en atar los lazos bien, en situar correctamente los pliegues y adornar la cola. «Todo esto para que pueda ser quitado de nuevo dentro de pocos minutos», pensó con fría ironía mientras una mujer se acercaba con un espejo.

Siri se quedó asombrada.

¿De dónde había salido todo aquel color? ¿Las delicadas mejillas rojas, los misteriosos ojos oscuros, el azul sobre sus párpados? ¿Los profundos labios rojos, la piel casi resplandeciente? El vestido brillaba plata sobre azul, vaporoso pero bello, con ondas de terciopelo.

No se parecía a nada que hubiera visto en Idris. Era aún más sorprendente que los colores que había visto en las gentes de la ciudad. Al contemplarse en el espejo, casi pudo olvidar sus preocupaciones.

—Gracias —susurró.

Esa debió ser la respuesta adecuada, pues las sirvientas sonrieron, mirándose unas a otras. Dos la cogieron de las manos, moviéndose más respetuosamente que cuando la habían sacado del carruaje. Siri caminó con ellas, arrastrando la cola, y las demás mujeres se quedaron atrás. La muchacha se volvió, y las mujeres hicieron una reverencia, inclinando la cabeza.

Las dos últimas, las que la guiaban, abrieron una puerta y luego la empujaron suavemente hacia el pasillo. Cerraron la puerta, dejándola sola.

Allí reinaba un negro absoluto. Casi se había olvidado de lo oscuras que eran las paredes de piedra del palacio. El pasillo estaba vacío, a excepción de Dedos Azules, que la esperaba libro en mano. Sonrió, inclinando la cabeza con respeto.

—El rey-dios se sentirá satisfecho, Receptáculo. Vamos exactamente según lo previsto: el sol acaba de ponerse.

Siri se volvió. Frente a ella había una puerta grande e imponente, recubierta por completo de oro. Cuatro lámparas en la pared brillaban sin cristal de colores, reflejando la luz del portal dorado. No tuvo ninguna duda de quién había más allá de tan impresionante entrada.

—El dormitorio del rey-dios —dijo Dedos Azules—. O, más bien, uno de sus dormitorios. Ahora, mi señora, debes volver a prestarme atención. No hagas nada que ofenda al rey. Estás aquí por su voluntad y para atender sus necesidades. No las mías ni las tuyas, ni siquiera las de nuestro reino.

—Comprendo —dijo ella en voz baja, el corazón latiéndole cada vez más rápido.

—Gracias. Es hora de presentarte. Entra en la habitación, quítate el vestido y la ropa interior. Inclínate en el suelo ante la cama del rey, tocando el suelo con la cabeza. Cuando él desee que te acerques, golpeará el poste de la cama, y podrás alzar la cabeza. Entonces te indicará que avances.

Ella asintió.

—Intenta no tocarlo demasiado.

Siri frunció el ceño, abriendo y cerrando los puños, nerviosa.

—¿Cómo voy a conseguir eso exactamente? Vamos a tener sexo, ¿no?

Dedos Azules se ruborizó.

—Sí, supongo que sí. Esto también es nuevo para mí, mi señora. El rey-dios... bueno, solo un grupo de sirvientes especialmente dedicados puede tocarlo. Mi sugerencia sería evitar besarlo, acariciarlo, o hacer cualquier otra cosa que pudiera ofenderlo. Simplemente permítele hacer contigo lo que desee, y deberías estar a salvo.

Siri inspiró profundamente, y asintió.

—Cuando terminéis, el rey se retirará. Entonces recoge la ropa de cama y quémala en la chimenea. Como Receptáculo, eres la única a la que se permite hacer esas cosas. ¿Comprendes?

—Sí —dijo Siri, cada vez más ansiosa.

—Muy bien, pues —contestó Dedos Azules, casi tan nervioso como ella—. Buena suerte.

Tras estas palabras, extendió la mano y abrió la puerta.

«Oh, Austre, Dios de los Colores», pensó ella, el corazón redoblando, las manos sudorosas, aturdida.

Dedos Azules la empujó suavemente por la espalda y Siri entró en la habitación.

La puerta se cerró a su espalda.

Un gran fuego ardía en una chimenea a la izquierda, bañando la amplia habitación con una titilante luz anaranjada. Las paredes negras parecían atraer y absorber la iluminación, creando profundas sombras en todos los ángulos.

Siri esperó, con su hermoso vestido de terciopelo, el corazón desbocado y la frente sudorosa. A su derecha distinguió una cama enorme, con sábanas y colchas negras, a juego con el resto de la habitación. La cama parecía vacía. Siri scrutó la penumbra, ajustando los ojos.

El fuego chisporroteó, lanzando una chispa de luz hacia un gran sillón en forma de trono situado junto a la cama. Estaba ocupado por una figura vestida de negro, envuelta en la oscuridad. La miraba, los ojos destellantes, sin parpadear al resplandor de la chimenea.

Siri contuvo la respiración por un instante y bajó los ojos, angustiada al recordar las advertencias de Dedos Azules. «Vivenna era quien debía estar aquí, no yo —pensó desesperada—. ¡No puedo enfrentarme a esto! ¡Mi padre se equivocó al enviarme!».

Cerró los ojos con fuerza, la respiración cada vez más rápida. Movié los dedos temblorosos y tiró nerviosa de los lazos del costado de su vestido. Sentía las manos resbaladizas por el sudor. ¿Estaba tardando demasiado en desnudarse? ¿Se enfadaría él? ¿La mataría incluso antes de que terminara la primera noche?

¿Preferiría ella eso, tal vez?

«No —se dijo con determinación—. No. Tengo que hacer esto. Por Idris. Por los campos y los niños que cogían mis flores. Por mi padre y Mab y todos los demás del palacio».

Finalmente, soltó los lazos y el vestido cayó con sorprendente facilidad; en ese momento comprendió que había sido confeccionado con ese objetivo. Dejó caer el vestido al suelo y se quedó mirando su ropa interior. El tejido blanco desprendía un espectro de colores, como la luz a través de un prisma. Lo miró con sorpresa, preguntándose por la causa de ese extraño efecto.

No importaba. Estaba demasiado nerviosa para pensar en eso. Apretando los dientes, se obligó a desnudarse del todo. Se arrodilló en el frío suelo de piedra, el corazón latiéndole en las sienes, para tocarlo con la frente.

La habitación quedó en silencio a excepción del chisporroteo de la chimenea. El fuego no era necesario en el calor de Hallandren, pero ella lo agradeció, desnuda como estaba.

Esperó, el pelo blanco puro, la arrogancia y la testarudez olvidadas, desnuda en más de un sentido. Ese era el final del camino, donde toda su sensación de «independencia» y libertad tocaba a su fin. No importaba lo que dijera o cómo se sintiese: al final, tenía que inclinarse ante la autoridad. Como todo el mundo.

Apretó los dientes, imaginando al rey-dios allí sentado, viéndola sometida y desnuda ante él. Apenas lo había visto, excepto para advertir su tamaño: era un palmo más alto que la mayoría de los hombres, más ancho de hombros y más fornido también. Más significativo que otros hombres inferiores.

Era un Retornado.

En sí mismo, ser retornado no era un pecado. Después de todo, los Retornados también volvían en Idris. La gente de Hallandren, sin embargo, mantenía al retornado vivo, alimentándolo con almas de campesinos, despojando de sus alientos a cientos de personas cada año...

«No pienses en eso», se ordenó. Sin embargo, pensó en los ojos del rey-dios, aquellos ojos negros que parecían brillar a la luz del fuego. Los sentía encima, observándola, tan fríos como la losa sobre la que estaba arrodillada.

El fuego chisporroteó. Dedos Azules había dicho que el rey la llamaría. ¿Y si no se daba cuenta? No se atrevió a alzar la cabeza. Ya había encontrado su mirada una vez, aunque por accidente. No podía arriesgarse a irritarlo más. Continuó allí arrodillada, los codos sobre el suelo, notando que empezaba a dolerle la espalda.

«¿Por qué no hace nada?».

¿Estaba insatisfecho con ella? ¿No era tan bonita como había deseado, o le había molestado que le hubiera mirado a los ojos y hubiese tardado tanto en desvestirse? Sería particularmente irónico si lo ofendía cuando se estaba esforzando tanto por no mostrar su frivolidad habitual. ¿O algo iba mal? Le habían prometido la hija mayor del rey idriano, pero en cambio había recibido a Siri. ¿Notaría la diferencia? ¿Le importaría siquiera?

Pasaron los minutos, la habitación se fue oscureciendo a medida que la leña se consumía.

«Está jugando conmigo —pensó—. Me fuerza a esperar a su capricho». Obligarla a estar arrodillada en una postura tan incómoda

probablemente significaba algo: una demostración de quién detentaba el poder. La tomaría cuando lo deseara, no antes.

Apretó los dientes mientras pasaba el tiempo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí arrodillada? Una hora, tal vez más. Y, sin embargo, el silencio era absoluto: ninguna llamada, ninguna tos, ni siquiera un roce por parte del rey-dios. Tal vez era una prueba para ver cuánto aguantaría ella. Tal vez estaba interpretando demasiadas cosas. Fuera como fuese, se obligó a continuar en aquella postura, moviéndose apenas solo cuando era absolutamente necesario.

Vivenna tenía la formación, el saber y el refinamiento. Pero Siri tenía la testarudez. Solo había que repasar su historia de lecciones y deberes repetidamente ignorados para apreciarlo. Con tiempo, incluso habría podido con su padre. Ya había empezado a dejarla hacer lo que se le antojara, aunque solo fuera por conservar la cordura.

Y por eso continuó esperando, desnuda al fulgor de las brasas, mientras la noche se alargaba.

Los fuegos artificiales esparcieron chispas en una fuente de luz. Algunos cayeron cerca de donde estaba sentado Sondeluz, y se cargaron de una iridiscencia extra y frenética hasta apagarse.

Estaba reclinado en un diván al aire libre, viendo la exhibición. Los criados esperaban a su alrededor, pertrechados con sombrillas, un carrito con bebidas, toallas humeantes y heladas para frotarle la cara y las manos según sintiera la necesidad, y un puñado de otros lujos que, para Sondeluz, eran simplemente cosas comunes y corrientes.

Contempló los fuegos artificiales con leve interés. Los maestros artificieros se agrupaban nerviosos cerca de allí. Junto a ellos había una tropa de trovadores que Sondeluz había llamado, aunque ninguno había actuado todavía. Pese a que siempre había gente del espectáculo en la Corte de los Dioses para que los Retornados disfrutaran, esa noche (la noche de bodas de su rey-dios) era aún más extravagante.

Susebron no asistía, naturalmente. Esas festividades estaban muy por debajo de él. Sondeluz miró a un lado, donde el palacio del rey se alzaba sobriamente por encima de todos los demás. Al cabo de un rato, Sondeluz sacudió la cabeza y devolvió su atención al patio. Los palacios de los reyes formaban un círculo, y cada edificio tenía un patio debajo y un balcón encima, ambos asomados a la zona central. Sondeluz estaba sentado a poca distancia de su patio, disfrutando del mullido césped.

Otra fuente de fuego se desplegó en el aire, arrojando sombras. Sondeluz suspiró, aceptó otra bebida de frutas de un criado. La noche era fresca y agradable, adecuada para un dios. O dioses. Sondeluz podía ver a los demás delante de sus palacios. Diferentes grupos de músicos y faranduleros ocupaban los lados del patio, esperando su oportunidad para satisfacer a uno u otro de los Retornados.



El fuego se consumió, y los maestros artificieros lo miraron, sonriendo esperanzados a la luz de las antorchas. Sondeluz asintió con su mejor expresión benévola.

—Más fuegos artificiales —dijo—. Me habéis complacido.

Esto hizo que los tres hombres susurraran nerviosos y llamaran a sus ayudantes.

Mientras se preparaban, una figura familiar entró en el anillo de antorchas de Sondeluz. Llarimar llevaba, como siempre, sus hábitos de sacerdote. Incluso cuando salía a la ciudad, que era donde debería haber estado esa noche, representaba a Sondeluz y su culto.

—Veloz —lo llamó Sondeluz, sentándose.

—Divina gracia —dijo Llarimar, inclinando la cabeza—. ¿Os gustan las festividades?

—Desde luego. Podríamos decir que estoy positivamente agobiado. ¿Pero qué haces aquí en la corte? Deberías estar con tu familia.

—Solo quería asegurarme de que todo fuera de vuestro gusto.

Sondeluz se frotó la frente.

—Me estás dando dolor de cabeza, Veloz.

—No os puede doler la cabeza, divina gracia.

—Eso te gusta decirme. Supongo que la fiesta ante la Sagrada Prisión es casi tan sorprendente como la que tenemos aquí dentro.

Llarimar frunció el ceño ante la despectiva referencia de Sondeluz al complejo divino.

—La fiesta en la ciudad es fantástica, divina gracia. T'Telir no ha visto un festival tan grandioso desde hace décadas.

—Entonces insisto en que deberías estar allí disfrutándolo.

—Yo solo...

—Veloz —lo cortó Sondeluz, mirándolo con determinación—, si hay algo que puedes confiar que haga completamente por mi cuenta, es disfrutar. Te prometo con toda solemnidad que me lo pasaré escandalosamente bien bebiendo en exceso y viendo a estos simpáticos hombres encender cosas. Ahora vete con tu familia.

Llarimar vaciló, luego se puso en pie, hizo una reverencia y se retiró.

«Este hombre se toma su trabajo demasiado en serio», pensó Sondeluz, y dio un sorbo a su bebida de frutas.

El concepto le pareció divertido, y se echó hacia atrás, disfrutando de los fuegos artificiales. Sin embargo, pronto lo distrajo alguien más al acercarse. O, más bien, alguien más importante que conducía a un grupo de gente menos importante. Sondeluz dio otro trago a su bebida.

La recién llegada era hermosa. Claro, se trataba de una diosa. Brillante pelo negro, piel pálida, cuerpo lujuriosamente curvilíneo. Llevaba bastante menos ropa que Sondeluz, pero eso era típico de las diosas. Su fina túnica de seda verde y plata estaba abierta por ambas partes, mostrando muslos y caderas, y el escote era tan amplio que poco quedaba a la imaginación.

Encendedora la Hermosa, diosa de la sinceridad.

«Esto se pone interesante», pensó Sondeluz, sonriendo para sí.

La seguían un séquito de unas treinta personas, además de su alta sacerdotisa y seis sacerdotes menores. Los maestros artificieros se inquietaron al advertir que ahora tenían no uno, sino dos observadores divinos. Sus aprendices se movieron veloces, emplazando otra serie de fuentes de fuego. Un grupo de criadas de Encendedora se adelantaron, cargando con un ornado diván que colocaron en la hierba junto a Sondeluz.

Encendedora se tumbó con su esbelta elegancia de costumbre, cruzando sus piernas perfectas y apoyándose sobre el costado con pose seductora a la par que señorial. La orientación le permitía ver los fuegos artificiales si lo deseaba, pero su atención estaba claramente concentrada en Sondeluz.

—Mi querido Sondeluz —dijo, mientras un criado se acercaba con un puñado de uvas—. ¿No vas a saludarme siquiera?

Allá vamos, pensó él.

—Mi querida Encendedora —dijo, haciendo a un lado la copa y cruzando los dedos—. ¿Por qué hacer algo grosero?

—¿Grosero? —repitió ella, divertida.

—Pues sí. Obviamente haces un decidido esfuerzo por llamar la atención... los detalles son magníficos, por cierto. ¿Eso que llevas en los muslos es maquillaje?

Ella sonrió y mordió una uva.

—Es un tipo de pintura. Los diseños son obra de algunos de los artistas de más talento de mi culto.

—Mis felicitaciones. De todas formas, preguntas por qué no te saludo. Bueno, supongamos que hubiera actuado como sugieres. Después de eso, ¿habrías querido que te alabara?

—Naturalmente.

—¿Me habrías hecho mencionar lo hermosa que estás con esa túnica?

—No me quejaría.

—¿Subrayar cómo brillan tus deslumbrantes ojos como ascuas ardientes con los fuegos artificiales?

—Estaría bien.

—¿Declarar como tus labios son tan perfectamente rojos que podrían quitarle el aliento a cualquier hombre y, sin embargo, forzarlo a crear la poesía más brillante cuando recordara ese momento?

—Me sentiría halagada, en efecto.

—¿Y pretendes conseguir de mí esas reacciones?

—Así es.

—Pues entonces, maldición, mujer, si estoy aturdido, deslumbrado y sin aliento, ¿cómo demonios voy a saludarte? Teóricamente, tendría que estar anonadado.

Ella se echó a reír.

—Bueno, al menos has encontrado la lengua.

—Sorprendentemente, la tenía en la boca. Siempre se me olvida buscarla ahí.

—¿Pero no es ahí donde tendría que estar?

—Querida, ¿no me conoces lo suficiente para saber que mi lengua, de todas las cosas, rara vez hace lo que se espera que haga?

Encendedora sonrió mientras los fuegos artificiales volvían a apagarse. Dentro de las auras de los dos dioses, los colores de las chispas se potenciaban. Al otro lado, algunas chispas cayeron al suelo lejos de las auras del aliento, y estas parecieron débiles y opacas en comparación,

como si su fuego fuera tan frío e insignificante que pudiera cogerse con la mano y descartarse.

Encendedora dejó de mirar la exhibición.

—¿Así que me encuentras hermosa?

—Por supuesto. Querida, decididamente exudas belleza. Eres literalmente parte de la definición de la palabra. Está en alguna parte en tu título, si no estoy equivocado.

—Mi querido Sondeluz, creo que te estás burlando de mí.

—Nunca me burlo de una dama, Encendedora —dijo él, cogiendo de nuevo su bebida—. Burlarse de una mujer es como beber demasiado vino. Puede que sea divertido al principio, pero la resaca es infernal.

La diosa vaciló.

—Pero nosotros no tenemos resaca, ya que no podemos emborracharnos.

—¿No podemos? ¿Entonces por qué demonios estoy bebiendo este vino?

Ella alzó una ceja.

—A veces, Sondeluz, no estoy segura de cuándo te comportas como un tonto y cuándo hablas en serio.

—Bueno, si alguna vez llegas a la conclusión de que hablo en serio, dímelo para que me entere.

—Ajá —dijo ella, girándose en el diván para quedar boca abajo. Se apoyó en los codos, con los pechos apretujados entre ambos, los fuegos artificiales reflejándose en su espalda desnuda y proyectando sombras de colores entre sus omóplatos arqueados—. Así que admites que soy hermosa y asombrosa. ¿Te importaría entonces retirarte de las festividades esta noche? ¿Encontrar... otros entretenimientos?

Sondeluz vaciló. Ser incapaz de procrear no impedía que los dioses buscaran intimidad, sobre todo con otros Retornados. De hecho, por lo que podía deducir, la imposibilidad de tener hijos tan solo aumentaba la laxitud de la corte en esos menesteres. Muchos dioses tomaban amantes mortales: se sabía que Encendedora tenía unos cuantos entre sus sacerdotes. Las relaciones con los mortales nunca eran consideradas infidelidades entre los dioses.

Encendedora se repantigó en el diván, flexible, tentadora. Sondeluz abrió la boca, pero en su mente... la vio a ella. La mujer de su visión, la

de sus sueños, el rostro que le había mencionado a Llarimar. ¿Quién era?

Probablemente, nada. Un destello de su vida anterior, o tal vez simplemente una imagen creada por su subconsciente. Tal vez incluso, como decían los sacerdotes, algún tipo de símbolo profético. Ese rostro no debería hacerlo vacilar. No cuando tenía delante la perfección.

—Yo... me veo obligado a rehusar —acabó diciendo—. He de ver los fuegos artificiales.

—¿Son más fascinantes que yo?

—En absoluto. Simplemente, parece más difícil que ellos me quemen.

Ella se echó a reír.

—Bueno, ¿entonces por qué no esperamos a que terminen y luego nos retiramos?

—Oh —dijo Sondeluz—. Creo que soy demasiado perezoso para eso.

—¿Demasiado perezoso para el sexo? —preguntó Encendedora, tendiéndose de costado y mirándolo.

—Soy un genuino indolente. Un pobre ejemplo de dios, como no paro de decirle a mi sumo sacerdote. Nadie parece escucharme, así que me temo que he de seguir esforzándome para demostrar que tengo razón. Enredarme contigo, por desgracia, socavaría toda la base de mi argumento.

Ella sacudió la cabeza.

—A veces me confundes, Sondeluz. Si no fuera por tu reputación, simplemente pensaría que eres tímido. ¿Cómo puedes haberte acostado con Calmavidente, e ignorarme continuamente?

«Calmavidente fue la última Retornada honorable que ha conocido esta ciudad —pensó Sondeluz, sorbiendo su bebida—. Ninguno de los que quedan tiene una brizna de su decencia. Yo incluido».

Encendedora guardó silencio, contemplando la última exhibición de los maestros artificieros. El espectáculo se había vuelto progresivamente más retorcido, y Sondeluz estaba pensando en detenerlo, para que no agotaran todos los fuegos con él y no les quedara ninguno en caso de que otro dios los llamara.

Encendedora no hizo ningún atisbo de regresar a su palacio, y Sondeluz no añadió nada más. Sospechaba que ella no había venido solamente a practicar esgrima verbal, ni siquiera a intentar acostarse con él. Aquella diosa siempre tenía planes preconcebidos. Según la experiencia de

Sondeluz, en aquella mujer había más profundidad de lo que su brillante superficie sugería.

Su corazonada acabó por resultar acertada. Ella dejó de prestar atención a los fuegos artificiales y miró el oscuro palacio del rey-dios.

—Tenemos una reina nueva.

—Ya me he dado cuenta —dijo Sondeluz—. Aunque, lo admito, solo porque me lo han recordado varias veces.

Guardaron silencio.

—¿No has pensado en el tema? —preguntó finalmente Encendedora.

—Trato de evitar tener pensamientos. Conducen a otros pensamientos y, si no tienes cuidado, esos otros pensamientos conducen a acciones. Las acciones cansan. Lo sé de buena fuente, gracias a alguien que una vez lo leyó en un libro.

La diosa suspiró.

—Evitas pensar, me evitas a mí, evitas esforzarte... ¿Hay algo que no evites?

—El desayuno.

Encendedora no reaccionó, cosa que Sondeluz encontró decepcionante. Estaba concentrada en el palacio del rey. Sondeluz solía tratar de ignorar el gran edificio negro: no le gustaba cómo parecía acechar sobre él.

—Tal vez deberías hacer una excepción —dijo Encendedora—, y pensar un poco en esta situación concreta. La reina significa algo.

Él jugueteó con su copa entre los dedos. Sabía que los sacerdotes de Encendedora se contaban entre aquellos que se mostraban más a favor de la guerra en la Asamblea de la Corte. No había imaginado su fantasmal pesadilla de antes, la visión de T'Telir ardiendo. Esa imagen se negaba a borrarse de su mente. Él nunca decía nada a favor o en contra de la guerra. Simplemente, no quería implicarse.

—Hemos tenido reinas antes —dijo por fin.

—Ninguna de linaje real —replicó Encendedora—. Al menos, no ha habido ninguna desde los días de Kalad el Usurpador.

Kalad. El hombre que había provocado la Multiguerra, el que había usado su conocimiento del Aliento Biocromático para crear un enorme ejército de sinvidas y hacerse con el poder en Hallandren. Había

protegido el reino con sus ejércitos y, sin embargo, también lo había destrozado al expulsar la casa real a las tierras altas.

Ahora habían vuelto. O, al menos, lo había hecho una de ellos.

—Es un día peligroso, Sondeluz —dijo Encendedora en voz baja—. ¿Qué sucederá si esa mujer engendra un hijo que no sea un Retornado?

—Imposible.

—¿Sí? ¿Tanto confías en ello?

Él asintió.

—De los Retornados, solo el rey-dios puede engendrar hijos, y siempre nacen muertos.

Ella negó con la cabeza.

—La única constancia que tenemos sobre eso proviene de los sacerdotes de palacio. Sin embargo, he oído decir que hay... discrepancias en los archivos. Aunque no nos preocupemos por ellas, hay bastantes consideraciones más. ¿Por qué necesitamos a uno de los reales para «legitimar» nuestro trono? ¿No son suficientes cientos de años de gobierno por parte de la Corte de los Dioses para legitimar el reino?

Sondeluz no respondió.

—Este matrimonio implica que todavía aceptamos la autoridad real —añadió ella—. ¿Qué sucederá si ese rey de las tierras altas decide recuperar sus territorios? ¿Qué sucederá si esa reina nuestra tiene un hijo de otro hombre? ¿Quién será el heredero? ¿Quién gobernará?

—El rey-dios gobierna. Todo el mundo lo sabe.

—No gobernaba hace trescientos años. Lo hacían los reales. Luego lo hizo Kalad, y después Dalapaz. Los cambios pueden sucederse con mucha rapidez. Al invitar a esa mujer a nuestra ciudad, puede que hayamos dado comienzo al final del gobierno retornado en Hallandren.

Guardó silencio, pensativa. Sondeluz estudió a la hermosa diosa. Habían pasado quince años desde su retorno, cosa que la hacía vieja, para ser una Retornada. Vieja, sabia, e increíblemente diestra.

Ella lo miró.

—No pretendo dejarme caer, sorprendida, como les pasó a los reales cuando Kalad se apoderó de su trono. Algunos estamos haciendo planes, Sondeluz. Puedes unirme a nosotros, si lo deseas.

—Política, querida —repuso con un suspiro—. Ya sabes cuánto me repugna.

—Eres el dios de la valentía. Podríamos usar tu confianza.

—En este punto, solo confío en que no os seré de ninguna utilidad.

El rostro de ella se envaró y trató de no mostrar su frustración. Por fin, suspiró y se puso en pie, alardeando de su perfecta figura una vez más.

—Tendrás que servir para algo tarde o temprano, Sondeluz —dijo—. Eres un dios para esta gente.

—No por decisión propia, querida.

Ella sonrió, y luego se inclinó y lo besó suavemente.

—Considera lo que he dicho. Eres mejor de lo que tú mismo crees. ¿Piensas que me ofrecería a cualquiera?

Él vaciló, luego frunció el ceño.

—La verdad es que... sí, lo pienso.

Ella se echó a reír, y se dio la vuelta mientras sus sirvientes recogían su diván.

—¡Oh, vamos! Debe de haber al menos tres dioses a quienes no se me ocurriría dejar que me tocaran. Disfruta de la fiesta, y trata de imaginar lo que está haciendo nuestro rey con nuestro legado en sus aposentos ahora mismo. —Se volvió a mirarlo—. Sobre todo si al imaginarlo te recuerda lo que acabas de perderte.

Le hizo un guiño y se marchó.

Sondeluz se acomodó en su diván y luego despidió a los maestros artificieros con palabras de alabanza. Mientras los trovadores empezaban a cantar, trató de vaciar su mente de las ominosas palabras de Encendedora y de las visiones de guerra que habían asolado sus sueños.

No consiguió ninguna de las dos cosas.



Siri gimió y se dio la vuelta. Le dolía la espalda, le dolían los brazos, le dolía la cabeza. De hecho, estaba tan incómoda que no podía dormir, a pesar del cansancio. Se sentó, llevándose las manos a la cabeza.

Se había pasado la noche en el suelo del dormitorio del rey-dios, dormitando intermitentemente. El sol entraba en la habitación, reflejándose en el mármol del suelo donde no estaba cubierto por alfombras.

«Alfombras negras —pensó, sentada sobre el arrugado vestido azul, que había utilizado como sábana y almohada—. Alfombras negras en un suelo negro con muebles negros. Estos hallandrenses desde luego saben cómo aprovechar un color».

El rey-dios no estaba en la habitación. Siri observó el enorme sillón de cuero, ahora vacío. No se había dado cuenta de su marcha.

Bostezó y se puso en pie, recogió la ropa interior y se la puso. Se soltó el pelo, sacudiéndolo. Tendría que acostumbrarse a llevarlo tan largo. Le cayó por la espalda, rubio pálido.

Así pues, había sobrevivido intacta a la noche.

Se acercó descalza al sillón y pasó los dedos por el liso cuero. No había sido muy respetuosa. Se había dormido, acurrucada sobre el vestido. Incluso había mirado hacia el sillón varias veces, no por desafío o por desobediencia: simplemente tenía demasiado sueño para recordar que no podía mirar al rey-dios. Y él no la había mandado ejecutar. Dedos Azules la había asustado al decirle que el rey-dios era volátil y de temperamento irritable, pero si ese era el caso, con ella se había contenido. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Los hallandrenses habían esperado décadas para conseguir que una princesa real casara con su linaje de reyes-dioses. Siri sonrió. «Al menos tengo cierto poder». Él no podía matarla... no hasta que obtuviera lo que quería.

No era mucho, pero eso le dio un poco de confianza. Rodeó el asiento, advirtiéndole su tamaño. Todo en la habitación era un poco demasiado grande, distorsionando la perspectiva, haciéndola sentir más baja de lo que era. Apoyó la mano en el reposabrazos y se preguntó por qué él no había decidido tomarla. ¿Qué tenía ella de malo? ¿No era deseable?

«Niña tonta —se reprendió, sacudiendo la cabeza y acercándose a la cama todavía intacta—. Pasaste la mayor parte del viaje preocupándote de lo que iba a suceder en tu noche de bodas, y cuando no pasa nada, ¿te quejas?».

Pero no era libre. Él la tomaría tarde o temprano: ese era el meollo de todo el acuerdo. Mas de momento no había sucedido. Siri sonrió, bostezando, y entonces se metió en la cama, se acurrucó bajo las mantas y se quedó dormida.

La siguiente vez que despertó fue mucho más agradable que la anterior. Se desperezó, y entonces advirtió algo.

Su vestido, que había dejado amontonado en el suelo, había desaparecido. También el fuego de la chimenea había sido reavivado, aunque no entendió por qué. El día era cálido, y mientras dormía había apartado las mantas.

«Se supone que he de quemar las sábanas —recordó—. Sí, por eso han avivado el fuego».

Permaneció allí sentada, en ropa interior, sola en la habitación negra. Las sirvientas y sacerdotes no sabrían que había pasado toda la noche en el suelo a menos que el rey-dios lo comentara. Pero ¿cómo un hombre de su poder iba a hablar con sus vasallos sobre detalles íntimos?

Lentamente, Siri se levantó y retiró la sábana. Hizo una pelota con todo y la arrojó a la gran chimenea. Contempló las llamas. Aunque ignoraba por qué el rey-dios la había dejado sola, sin duda, sería mejor dejar que todo el mundo creyera que el matrimonio había sido consumado.

Después de que la ropa de cama hubiera terminado de arder, Siri escrutó la habitación, buscando algo que ponerse. No encontró nada. Con un suspiro, se acercó hasta la puerta, vestida solo con ropa interior. La abrió y dio un leve respingo. Fuera había más de veinte criadas de diversa edad, todas arrodilladas.

«¡Dios de los Colores! ¿Cuánto tiempo llevan aquí postradas de hinojos?». De repente, no le pareció tan indignante verse obligada a esperar al antojo del rey-dios.

Las mujeres se levantaron, las cabezas gachas, y entraron en la habitación. Siri retrocedió, y ladeó la cabeza al advertir que algunas traían enormes cofres. Iban vestidas de distinto color que el día anterior, aunque el corte era el mismo: faldas abiertas, como pantalones ondulantes, rematadas con blusas sin mangas y tocas, el pelo asomando por la espalda. En vez del azul y plata, los atuendos eran ahora amarillo y cobre.

Las mujeres abrieron los cofres y sacaron las prendas que contenían. Todas eran de colores brillantes, y cada una de un corte distinto. Las extendieron en el suelo ante ella y luego volvieron a ponerse de rodillas, a la espera.

Siri vaciló. Era hija de un rey, así que nunca había tenido privaciones. Sin embargo, la vida en Idris era austera. Poseía cinco vestidos, un número casi extravagante. Uno era blanco, y los otros cuatro del mismo azul pálido.

Tener delante tantos colores y opciones era abrumador. Siri trató de imaginar cómo le quedaría cada uno. Muchos eran peligrosamente escotados, aún más que las blusas que llevaban las criadas... y eso era ya escandaloso para los criterios de Idris.

Finalmente, vacilante, Siri señaló un atuendo. Era un vestido de dos piezas, falda roja y blusa a juego. Las mujeres se levantaron, algunas para retirar los vestidos descartados, otras para quitarle con cuidado la ropa interior.

Siri quedó vestida en cuestión de pocos minutos. Se sintió avergonzada al descubrir que, aunque las prendas le quedaban perfectas, la blusa estaba diseñada para mostrar el ombligo. Con todo, no era tan escotada como las otras, y la falda le llegaba hasta las pantorrillas. El tejido de seda roja era más liviano que las lanas y el lino que estaba acostumbrada a usar. La falda aleteaba y crujía cuando se daba la vuelta, y Siri temió que se transparentara. Al ponerse en pie, casi se sintió tan desnuda como durante la noche.

«Parece que aquí me quieren así a todas horas», pensó con ironía. Las criadas le acercaron un taburete y ella se sentó. Procedieron a limpiarle la cara y los brazos con un paño agradablemente cálido. Cuando terminaron, volvieron a aplicarle maquillaje, la peinaron y la rociaron de perfume.

Cuando Siri abrió los ojos, el perfume formando una neblina a su alrededor, Dedos Azules estaba allí.

—Ah, excelente —dijo; el criado lo acompañaba obediente, con tinta, pluma y papel—. Ya estás levantada.

«¿Ya? —pensó Siri—. ¡Debe de ser más de mediodía!».

Dedos Azules la examinó detenidamente, asintiendo, y luego miró la cama, comprobando que las sábanas hubieran sido destruidas.

—Bien —dijo—. Confío en que tus sirvientas hayan atendido tus necesidades, Receptáculo.

Y empezó a retirarse, con el paso del hombre que tiene demasiado que hacer.

—¡Espera! —dijo Siri, poniéndose en pie y apartando a varias criadas.

Él vaciló.

—¿Receptáculo?

Siri titubeó, insegura de cómo expresar lo que sentía.

—¿Sabes... qué se supone que debo hacer?

—¿Hacer, Receptáculo? Quieres decir, en relación a... —Miró en dirección a la cama.

Ella se ruborizó.

—No, eso no. Me refiero a mi tiempo. ¿Cuáles son mis deberes? ¿Qué se espera de mí?

—Que proporciones un heredero.

—Aparte de eso.

Dedos Azules frunció el ceño.

—Bueno, para ser sincero, en realidad no lo sé. He de decir que tu llegada ha causado cierto revuelo en la Corte de los Dioses.

«Y en mi vida también», pensó ella, ruborizándose levemente, el pelo volviéndose rojo.

—No es que sea culpa tuya, por supuesto —añadió rápidamente Dedos Azules—. Pero claro... bueno, habría preferido tener más tiempo para prepararme.

—¿Más tiempo? ¡El matrimonio se acordó en tratado hace más de veinte años!

—Sí, bueno, pero nadie pensó... —Se interrumpió—. Ejem. Bueno, sea como sea, haremos todo lo que podamos para acomodarte en el palacio del rey.

«¿Qué pasa aquí? —pensó Siri—. ¿Nadie pensó que el matrimonio fuera a tener lugar? ¿Por qué no? ¿Daban por hecho que Idris no cumpliría su parte del trato?». ».

De todas formas, él no había contestado a su pregunta.

—Sí, pero ¿qué debería hacer? —dijo, sentándose de nuevo en el taburete—. ¿Tengo que quedarme mano sobre mano contemplando la chimenea todo el día?

Dedos Azules se echó a reír.

—¡Ay, Colores, no! ¡Mi señora, esta es la Corte de los Dioses! Encontrarás muchas cosas en que ocuparte. Cada día se permite entrar a artistas para que desplieguen sus talentos para las deidades. Puedes ordenar que te traigan a cualquiera de ellos para una actuación privada.

—Ah. ¿Y puedo, tal vez, montar a caballo?

El hombre se frotó la barbilla.

—Supongo que podríamos traerte algunos caballos. Naturalmente, tendremos que esperar a que termine la Celebración de la Boda.

—¿La Celebración de la Boda?

—Tú... ¿no lo sabes, entonces? ¿No te prepararon para nada de esto?

Siri se ruborizó.

—No pretendía ofenderte, Receptáculo. La Celebración de la Boda es un período de una semana en que festejamos el matrimonio del rey-dios. Durante ese tiempo no puedes salir de palacio. Al final, serás presentada oficialmente a la Corte de los Dioses.

—Oh. ¿Y después de eso podré salir de la ciudad?

—¡Salir de la ciudad! ¡Pero bueno, Receptáculo, no puedes abandonar la Corte de los Dioses!

—¿Por qué no?

—Puede que no seas ninguna diosa, pero eres la esposa del rey-dios. Sería demasiado peligroso dejarte salir. Pero no te preocupes... puedes pedir todo lo que quieras, cualquier cosa, y se te proporcionará.

«Excepto la libertad», pensó ella.

—Te aseguro que cuando la Celebración de la Boda acabe, tendrás pocas cosas de las que quejarte. Todo lo que pudieras querer está aquí: todo tipo de capricho, todo lujo, toda diversión.

Siri asintió, aturdida, sintiéndose atrapada.

—Además —dijo Dedos Azules, alzando un dedo manchado de tinta—, si lo deseas, la Asamblea de la Corte se reúne para decidir cuestiones atinentes a la gente. Ocurre una vez por semana, aunque diariamente se celebran juicios menores. Tú no formarás parte de la asamblea, naturalmente, pero se te permitirá asistir, cuando terminen las festividades. Si nada de esto te place, puedes pedir que un artista del sacerdocio del rey-dios te asista. Sus sacerdotes incluyen artistas

devotos y habilidosos en todos los géneros: música, pintura, danza, poesía, escultura, títeres, teatro, pintura de arena, o cualquiera de los géneros menores.

Siri parpadeó. «¡Dios de los Colores! ¡Incluso estar cruzada de brazos es desalentador aquí!».

—Pero ¿estoy obligada a participar en algo?

—No, no lo creo. Receptáculo, no pareces contenta.

—Yo...

¿Cómo podía explicarlo? Toda su vida había esperado ser algo, y durante la mayor parte de ella había evitado intencionadamente serlo. Ahora eso quedaba atrás. No podía desobedecer so pena de hacerse matar y meter a Idris en una guerra. Por una vez, estaba dispuesta a servir, a intentar ser obediente. Pero, irónicamente, no tendría nada que hacer. Excepto, naturalmente, engendrar un hijo.

—Muy bien. —Suspiró—. ¿Dónde están mis aposentos? Iré a instalarme.

—¿Tus aposentos?

—Sí. Supongo que no residiré en esta cámara.

—No —dijo Dedos Azules, riendo—. ¿La sala de concepción? Pues claro que no.

—¿Entonces dónde?

—Receptáculo, en cierto modo, todo este palacio es tuyo. No veo por qué necesitas habitaciones específicas. Pide de comer, y tus sirvientas te traerán una mesa. Si deseas descansar, te traerán un diván o una silla. Si quieres entretenimiento, te traerán actores.

De repente, las extrañas acciones de sus criadas (simplemente traerle un montón de prendas para elegir, luego maquillarla y arreglarle el pelo allí mismo) cobraban sentido.

—Comprendo —dijo casi para sí—. ¿Y los soldados que vinieron conmigo? ¿Hicieron lo que les ordené?

—Por supuesto. Partieron esta mañana. Fue una decisión sabia: no son dedicados sirvientes de los Tonos, y no habrían podido quedarse aquí en la corte. No podrían haberte servido para nada.

La muchacha asintió.

—Receptáculo, si me disculpas...

Siri asintió, distraída, y el escriba se marchó, dejándola pensando en lo terriblemente sola que estaba. «Pero aun así no puedo desanimarme ahora», decidió. Se volvió hacia una de sus sirvientas, una joven más o menos de su misma edad.

—Bueno, dime en qué puedo ocupar el tiempo.

La criada se ruborizó en silencio, inclinando la cabeza.

—Quiero decir, parece que hay un montón de cosas que hacer —dijo Siri—. Tal vez demasiado.

La muchacha volvió a inclinar la cabeza.

«Esto pinta muy mal», pensó Siri, apretando los dientes. Una parte de ella quería hacer algo chocante para arrancar una reacción a la sirvienta, pero sabía que era una tontería. De hecho, parecía que muchos de sus impulsos y reacciones naturales no funcionarían en Hallandren. Así que, para evitar cometer una estupidez, se levantó, decidida a examinar su nuevo hogar. Salió de la habitación negra al pasillo. Se volvió hacia sus sirvientas, quienes formaban fila tras ella, obedientes.

—¿Hay algún lugar al que tenga prohibido ir? —preguntó.

Una criada negó con la cabeza.

«Muy bien, pues —pensó—. Será mejor que no acabe tropezando con el rey-dios en el cuarto de baño». Cruzó el pasillo, abrió la puerta, y entró en la habitación amarilla en que había estado el día anterior. La silla y el banco que había utilizado habían sido sustituidos por unos divanes amarillos. Siri alzó una ceja y se encaminó hacia la habitación de las bañeras.

La bañera había desaparecido. Se quedó parada. La habitación era tal como recordaba, con los mismos rojos. Sin embargo, las plataformas de losas con sus bañeras ya no estaban. Todo era portátil, traído para su baño, y retirado luego.

«Jo, pueden transformar cualquier habitación —pensó sorprendida—. Deben de tener almacenes llenos de muebles, bañeras y tapices, de todos los colores, esperando los caprichos de su dios».

Llena de curiosidad, dejó atrás la habitación ya sin bañeras y fue explorando. Cada habitación parecía tener cuatro puertas, una en cada pared. Algunas habitaciones eran más grandes que otras. Algunas tenían ventanas al exterior, mientras que otras estaban en medio del palacio. Cada una era de un color, aunque seguía siendo difícil distinguirlas. Habitaciones interminables, prístinas con adornos

siguiendo un único tema de color. Pronto estuvo completamente perdida, pero eso no parecía importar. Cada habitación era, en cierto modo, igual que cualquier otra.

Se volvió hacia las criadas.

—Me gustaría desayunar.

Sucedió mucho más rápido de lo que Siri habría creído posible. Varias de las mujeres se marcharon y regresaron con un sillón tapizado de verde a juego con la habitación en que ahora estaba. Siri se sentó a esperar mientras una mesa, sillas y finalmente comida aparecían como por ensalmo. En menos de quince minutos, tenía servida una comida caliente.

Vacilante, cogió un tenedor y probó un bocado. Solo entonces fue consciente de lo hambrienta que estaba. El desayuno se componía de embutido mezclado con verdura. Los sabores eran muy fuertes, pero cuando más engullía aquella picante comida, más le gustaba.

Hambrienta o no, era extraño comer en silencio. Siri estaba acostumbrada a hacerlo en las cocinas con las criadas o en la mesa con su padre, sus generales, y la gente o los monjes que hubiera invitado ese día. Nunca era una actividad silenciosa, mientras que en Hallandren, tierra de colores, sonidos y ostentación, se encontraba comiendo sola, en silencio, en una habitación que parecía sosa a pesar de sus brillantes adornos.

Las criadas la observaban. Ninguna le habló. Su silencio era supuestamente respetuoso, lo sabía, pero en cierto modo también intimidatorio. Intentó varias veces entablar conversación, pero solo obtuvo breves respuestas.

Masticó una alcaparra picante. «¿Es así como va a ser mi vida a partir de ahora? —pensó—. ¿Pasar la noche sintiéndome medio utilizada, medio ignorada por mi esposo, y luego el día rodeada de gente y, sin embargo, de algún modo, sola?».

Se estremeció, perdido el apetito. Soltó el tenedor, y la comida se enfrió lentamente en la mesa. La miró, y una parte de ella deseó haberse quedado en aquella cómoda y enorme cama negra.



Vivenna, hija primogénita de Dedelin, rey de Idris, contempló la grandiosa ciudad de T'Telir. Era el lugar más feo que había visto en su vida.

La gente se abría paso entre las calles, envuelta en fragantes olores, chillando, hablando, apestando, tosiendo, chocando unos contra otros. El pelo de Vivenna pasó a hacerse gris y ella se arrebujo en su chal mientras mantenía su imitación, pues de eso se trataba, de una mujer mayor. Había temido destacar. No tendría que haberse preocupado. ¿Quién podría destacar en semejante confusión?

Sin embargo, era mejor cubrirse las espaldas. Había llegado a T'Telir hacía apenas unas horas, con la intención de rescatar a su hermana, no de dejarse secuestrar.

Era un plan osado. Apenas podía creer que lo hubiera logrado. Con todo, de las muchas cosas que sus tutores le habían enseñado, una destacaba en su mente: un líder era alguien que actuaba. Nadie más iba a ayudar a Siri, y por eso era cosa de Vivenna.

Sabía que carecía de experiencia. Esperaba que su conciencia de ello la ayudara a no ser demasiado temeraria, pero tenía la mejor educación y el mejor conocimiento político que su reino podía proporcionar, y gran parte de su formación se había centrado en la vida en Hallandren. Como devota seguidora de Austre, había practicado toda la vida para evitar destacar. Así pues, lograría conservar el anonimato en una ciudad tan vasta y desorganizada como T'Telir.

Y desde luego que era vasta. Vivenna había memorizado mapas, pero no la habían preparado para las vistas, los sonidos, los olores y *colores* de la ciudad un día de mercado. Incluso el ganado llevaba lazos brillantes. Vivenna se encontraba a un lado de la calle, encorvada junto a un edificio envuelto en ondeantes estandartes. Delante de ella, un pastor conducía a un pequeño rebaño de ovejas hacia la plaza del mercado. Todas habían sido teñidas de un color distinto. «Pero ¿no estropeará eso la lana?», pensó Vivenna agriamente. Los diferentes colores en los animales le chirriaban tanto que tuvo que apartar la mirada.

«Pobre Siri. Atrapada en mitad de todo esto, encerrada en la Corte de los Dioses, probablemente tan obnubilada que apenas podrá pensar». Vivenna había sido entrenada para tratar con los terrores de Hallandren. ¿Cómo se las apañaría la pequeña Siri?

Dio una patadita contra el suelo mientras esperaba a la sombra de una gran estatua de piedra. «¿Dónde está ese hombre?», se preguntó. Parlin todavía no había regresado de su exploración.

No había nada que hacer sino esperar. Contempló la estatua: estaba dedicada al famoso D'Denir Celabrin. La mayoría de las estatuas representaban a guerreros. Se alzaban en todas las poses imaginables por toda la ciudad, armados y a menudo ataviados con ropajes de colores. Según sus lecciones, al pueblo de T'Telir le parecía un pasatiempo divertido vestir a las estatuas. Se decía que las primeras habían sido encargadas por Dalapaz el Bendito, el retornado que se había hecho con el control de Hallandren al final de la Multiguerra. El número de estatuas había ido en aumento cada año a medida que los Retornados las iban pagando con un dinero, naturalmente, que procedía del mismo pueblo.

«Exceso y despilfarro», pensó Vivenna, sacudiendo la cabeza. Finalmente, advirtió que Parlin regresaba. Frunció el ceño al ver que llevaba un ridículo tocado en la cabeza: parecía un calcetín, aunque mucho más grande. El brillante sombrero verde caía a un lado de su rostro cuadrado, y parecía fuera de lugar en contraste con sus ropas de viaje marrón oscuro. Alto, aunque no por ello desgarrado, Parlin era solo unos años mayor que Vivenna. Lo conocía de toda la vida: el hijo del general Yarda había vivido prácticamente en palacio. Recientemente había estado en los bosques, vigilando la frontera con Hallandren o protegiendo uno de los pasos del norte.

—¿Parlin? —dijo ella mientras se acercaba, cuidando de mantener su malestar apartado de su voz y su cabello—. ¿Qué diablos llevas en la cabeza?

—Un sombrero —dijo él, conciso como siempre. No es que fuera rudo: solo parecía que apenas tenía algo que decir.

—Ya veo que es un sombrero, Parlin. ¿De dónde lo has sacado?

—El hombre del mercado dijo que eran muy populares.

Vivenna exhaló un suspiro. Había dudado en traer a Parlin a la ciudad. Era un buen hombre, más fiable que nadie, pero la existencia que conocía era la de vivir en los bosques y proteger puestos aislados. Aquella ciudad probablemente le resultaba abrumadora.

—Pues es ridículo, Parlin —dijo Vivenna, el pelo controlado para mantener a raya el rojo—. Y te hace destacar.

Parlin se quitó el sombrero y se lo guardó en el bolsillo. No dijo nada más, pero se dio la vuelta y contempló las multitudes pasar. Parecían ponerlo tan nervioso como a Vivenna. Tal vez aún más. Sin embargo, ella se alegraba de tenerlo. Era una de las pocas personas que no se chivarían a su padre: sabía que le gustaba a Parlin. Durante su juventud,

a menudo le traía regalos del bosque. Normalmente, algún animal que había matado.

Para Parlin, nada mostraba mejor el afecto que un trozo de algo muerto y sangrante en la mesa.

—Este lugar es extraño —dijo—. Aquí la gente se mueve como rebaños.

Sus ojos siguieron a una bonita chica hallandrense. Como la mayoría de las mujeres de T'Telir, la muy pelandusca prácticamente no llevaba nada encima. Blusas abiertas por debajo del cuello, faldas por encima de la rodilla... algunas mujeres incluso llevaban pantalones, como los hombres.

—¿Qué has descubierto en el mercado? —preguntó Vivenna, recuperando su atención.

—Hay un montón de idrianos aquí.

—¿Qué? —dijo Vivenna, olvidando su recato y mostrando sorpresa.

—Idrianos —repitió Parlin—. En el mercado. Algunos intercambiaban mercancías; muchos parecían trabajadores corrientes. Los observé.

Ella frunció el ceño y cruzó los brazos.

—¿Y el restaurante? ¿Has explorado como te pedí?

Él asintió.

—Parece limpio. Me parece extraño que la gente coma alimentos preparados por desconocidos.

—¿Has visto a alguien sospechoso allí?

—¿Qué sería «sospechoso» en esta ciudad?

—No lo sé. Eres tú quien insistió en adelantarse a explorar.

—Siempre es buena idea cuando se va de caza. Así es menos probable que se espante a los animales.

—Por desgracia, Parlin, las personas no son animales.

—Soy consciente de ello. Los animales tienen sentido.

Vivenna suspiró. Sin embargo, advirtió que Parlin tenía razón al menos en una cosa. Divisó a un grupo de idrianos que caminaban por la calle, uno tirando de un carro que probablemente contenía productos. Eran fáciles de distinguir por sus vestidos apagados y el leve acento de sus

voces. Le sorprendió que vinieran tan lejos a comerciar. Pero, claro, el comercio no estaba muy boyante en Idris últimamente.

Reacia, cerró los ojos y, usando el chal para ocultar la transformación, cambió su pelo de gris a marrón. Si había otros idrianos en la ciudad, era improbable que ella destacara. Tratar de actuar como una anciana sería más sospechoso.

Le seguía pareciendo peligroso estar así de expuesta. En Bevalis, la habrían reconocido al instante. Naturalmente, Bevalis solo tenía unos pocos miles de habitantes. La escala enormemente superior de T'Telir requeriría un ajuste consciente.

Le hizo un gesto a Parlin y, apretando los dientes, se unió a la multitud y en dirección a la plaza del mercado.

El mar Interior era la causa de todo aquello. T'Telir era un puerto de importancia, y los tintes que vendía (hechos con las lágrimas de Edgli, una flor autóctona) lo convertían en un centro de comercio. Podía ver las pruebas a su alrededor. Sedas y ropas exóticas. Mercaderes de piel bronceada de Tedradel con sus largas barbas negras sujetas en forma de cilindro con cordeles de cuero. Alimentos frescos de las ciudades costeras. En Idris, la población se repartía por las granjas y montañas. En Hallandren, un país que controlaba un buen tercio de la costa del mar Interior, las cosas eran distintas. Podían florecer. Crecer.

Volverse extravagantes.

En la distancia, pudo ver la llanura donde estaba la Corte de los Dioses, el lugar más profano a ojos de Austre. Dentro de sus muros, dentro del terrible palacio del rey-dios, Siri estaba cautiva, prisionera del propio Susebron. Lógicamente, Vivenna comprendía la decisión de su padre. En crudos términos políticos, Vivenna era más valiosa para Idris. Si la guerra era segura, tenía sentido enviar a la hija menos útil como táctica dilatoria.

Pero a Vivenna le resultaba difícil pensar en Siri como «menos útil». Era gregaria, pero también la que sonreía cuando los demás estaban deprimidos, la que traía regalos cuando nadie los esperaba. Era enloquecedora pero también inocente. Y era la hermana pequeña de Vivenna, y alguien tenía que cuidar de ella.

El rey-dios exigía un heredero. Ese tendría que haber sido el deber de Vivenna: su sacrificio por su pueblo. Estaba preparada y dispuesta. Le parecía mal que Siri tuviera que pasar por algo tan terrible.

Su padre había tomado la mejor decisión para Idris. Vivenna había tomado la suya. Si iba a haber guerras, entonces ella quería estar preparada para sacar a su hermana de la ciudad cuando se volviera peligrosa. De hecho, pensaba que tenía que haber un modo de rescatar a Siri antes de que estallara la guerra, una manera de engañar a los de

Hallandren, haciéndoles creer que Siri había muerto. Algo que salvara a su hermana sin provocar más hostilidades.

No era algo que su padre pudiera aceptar. Así que no se lo había dicho. Era mejor que negara estar implicado si las cosas salían mal.

Avanzó calle abajo, cuidando de no llamar la atención. Salir de Idris había sido sorprendentemente fácil. ¿Quién sospecharía un movimiento tan osado por parte de Vivenna, que siempre había sido perfecta? Nadie le preguntó nada cuando pidió comida y suministros, explicando que quería disponer de raciones de emergencia. Nadie cuestionó que propusiera una expedición a los picos más altos para recoger unas valiosas raíces, una excusa para disfrazar las primeras semanas de su desaparición.

Había sido muy fácil persuadir a Parlin. Confiaba en ella, quizá demasiado, y conocía a la perfección los caminos y senderos que conducían a Hallandren. Había llegado hasta las murallas de la ciudad en una expedición exploratoria hacía un año. Con su ayuda, ella había podido reclutar a unos cuantos amigos suyos, también hombres del bosque, para que la protegieran y fueran parte de su «expedición». Había enviado al resto de vuelta esa misma mañana. Serían de poca utilidad en la ciudad, donde ya había localizado a otros aliados para que fueran su protección. Los amigos de Parlin llevarían la noticia a su padre, quien ya se habría enterado. Antes de marcharse, había encargado a su criada que le entregara una carta. Al descontar los días, se dio cuenta de que la carta sería entregada esa misma noche.

No sabía cómo reaccionaría su padre. Tal vez enviaría en secreto una partida de soldados para recuperarla. Tal vez le dejaría hacer lo que quería. En la carta le había advertido que, si veía a soldados de Idris buscándola, simplemente iría a la Corte de los Dioses y explicaría que se había producido un error, y se cambiaría por su hermana.

Esperaba no tener que hacer eso. El rey-dios no era de fiar: podía hacer cautiva a Vivenna y quedarse con Siri, ganando así dos princesas para proporcionarle placer en vez de una.

«No pienses en eso», se dijo, arrebujiándose más en su chal a pesar del calor.

Era mejor encontrar otro modo. El primer paso era hallar a Lemex, el jefe de los espías de su padre en Hallandren. Vivenna se había carteadado con él en varias ocasiones. Su padre quería que estuviera familiarizada con su mejor agente de inteligencia en T'Telir, y ahora su previsión actuaría en su contra. Lemex conocía a Vivenna, y le habían dicho que obedeciera sus órdenes. El día que partió de Idris le había enviado una misiva al espía, entregada a través de mensajero con recambio de caballos para que llegara rápido. Suponiendo que el mensaje hubiera llegado a salvo, el espía se reuniría con ella en el restaurante acordado.

Su plan parecía bueno. Estaba preparada. ¿Por qué, entonces, se sentía tan aterrada cuando entró en el mercado?

Se detuvo en medio del trasiego humano que inundaba la calle. Era una expansión enorme, cubierta de tenderetes, corrales, edificios, y gente. El suelo no estaba empedrado: solo había arena y tierra con islas de hierba, y no parecía haber mucho fundamento en la disposición de los edificios. Se habían trazado calles de manera arbitraria donde iba la gente. Los mercaderes vendían a voz en grito, los estandartes ondeaban al viento, y los titiriteros llamaban la atención. Era una orgía de color y movimiento.

—Caray —dijo Parlin en voz baja.

Vivenna se volvió, sacudiéndose su estupor.

—¿No estuviste aquí?

—Sí —dijo Parlin, los ojos un poco nublosos—. Caray otra vez.

Ella sacudió la cabeza.

—Vayamos al restaurante.

Él asintió.

—Por aquí.

Vivenna lo siguió, irritada. Esto era Hallandren: no debería sentirse admirada, sino molesta. Sin embargo, estaba tan abrumada que le resultaba difícil sentir algo más allá de una leve sensación de fastidio. Nunca se había dado cuenta de cómo daba por normal la hermosa simpleza de Idris.

Agradeció la presencia familiar de Parlin a medida que la potente oleada de olores, sonidos e imágenes trató de ahogarla. En algunos lugares había tanta gente que tuvieron que abrirse paso a empujones. En ocasiones, Vivenna se encontró al borde del pánico, apretujada por cuerpos sucios y repulsivamente coloridos. Por fortuna, el restaurante no estaba demasiado lejos, y llegaron justo cuando pensaba que el puro exceso del lugar la iba a hacer gritar. El cartel de la entrada tenía la imagen de un barco navegando alegremente. Si los olores que procedían del interior eran algún indicativo, entonces el barco representaba la cocina del restaurante: pescado. Vivenna apenas fue capaz de controlar el asco. Había comido pescado varias veces, mientras se preparaba para su vida en Hallandren. Nunca había llegado a gustarle.

Parlin entró, se hizo a un lado y se agazapó, casi como un lobo, mientras dejaba que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz. Vivenna le dio al encargado el nombre falso por el que Lemex debía llamarla. El hombre

miró a Parlin, luego se encogió de hombros y los condujo a una de las mesas situadas al otro lado de la habitación. Vivenna se sentó; a pesar de su formación, no estaba muy segura de qué se hacía en un restaurante. Parecía significativo que esa clase de lugares pudieran existir en Hallandren, lugares donde se daba de comer no a los viajeros, sino a los locales que no se molestaban en preparar su propia comida y cenar en sus propias casas.

Parlin no se sentó, sino que permaneció de pie junto a su silla, vigilando la sala. Parecía tan tenso como ella.

—Vivenna —dijo en voz baja, inclinándose—. Tu pelo.

Ella se sobresaltó al advertir que se le había aclarado tras la conmoción de abrirse paso entre la multitud. No se había vuelto completamente blanco (estaba demasiado bien entrenada para eso), pero se había hecho más claro, como si hubiera sido despojado de poder.

Sintiendo un escalofrío de paranoia, volvió a colocarse el pañuelo sobre la cabeza, y apartó el rostro cuando el mesonero se acercó para tomarles el pedido. En la mesa había garabateada una corta lista de comidas, y Parlin finalmente se sentó.

«Eres mejor que esto —se dijo ella severamente—. Has estudiado Hallandren la mayor parte de tu vida». Su pelo se oscureció, volviendo al castaño. El cambio fue tan sutil que se habría dicho que se trataba de un efecto de la luz. Se dejó el pañuelo puesto, sintiéndose avergonzada. Un paseo por el mercado, y ¿perdía el control?

«Piensa en Siri», se ordenó. Eso le dio fuerzas. Su intrépida misión era fruto de un impulso, pero era importante. Calmada una vez más, volvió a quitarse el pañuelo y esperó mientras Parlin escogía un plato (un guiso de marisco) y el mesonero se alejaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó Parlin.

—Esperaremos. En mi carta, le dije a Lemex que comprobara el restaurante día y noche. Nos quedaremos aquí hasta que llegue.

Parlin asintió, algo nervioso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vivenna con calma.

Él miró hacia la puerta.

—No me fío de este sitio. Solo huelo cuerpos y especias, solo oigo el parloteo de la gente. No hay viento, ni árboles, ni ríos, solo... gente.

—Lo sé.

—Quiero volver a salir.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Si no estás familiarizado con un sitio —explicó él torpemente—, conviene hacerlo lo antes posible.

Vivenna sintió un aguijonazo de miedo ante la idea de quedarse sola. Sin embargo, no era adecuado obligar a Parlin a quedarse y asistirle.

—¿Prometes que estarás cerca?

Él asintió.

—Entonces ve.

Parlin se marchó de la sala. No se movía como uno de los hallandrenses: sus movimientos eran demasiado fluidos, parecidos a los de una bestia al acecho. «Tal vez debería haberlo enviado de vuelta con los demás». Pero la idea de quedarse completamente sola fue demasiado fuerte. Necesitaba a alguien que la ayudara a encontrar a Lemex. Tal como estaban las cosas, ya le parecía que corría un riesgo demasiado grande al entrar en la ciudad con un solo guardia, aunque fuera tan dotado como Parlin.

Pero estaba hecho. No tenía sentido preocuparse ahora. Se quedó allí sentada, los brazos cruzados sobre la mesa, pensando.

Allá en Idris, su plan para salvar a Siri había parecido más sencillo. De algún modo, tenía que entrar en la Corte de los Dioses y sacar de allí a su hermana. ¿Cómo podía conseguirse una cosa tan audaz? Sin duda, la Corte de los Dioses estaría bien guardada.

«Lemex tendrá ideas —supuso—. No tenemos que hacer nada todavía. Me...».

Un hombre se sentó a su mesa. Vestido de manera menos colorida que la mayoría de los hallandrenses, llevaba un atuendo de cuero marrón en su mayor parte, con un chaleco de seda roja encima. No era Lemex. El espía era un hombre mayor, de unos cincuenta años. Este desconocido tenía un rostro alargado y el pelo bien cuidado, y no más de treinta y cinco años.

—Odio ser mercenario —dijo el hombre—. ¿Sabes por qué?

Aturdida, Vivenna se quedó con la boca entreabierta.

—Los prejuicios —continuó el hombre—. Todos los demás trabajan, buscan recompensas y son respetados por ello. Los mercenarios no. Tenemos mala fama solo por hacer nuestro trabajo. ¿A cuántos



trovadores les escupen por aceptar dinero del mayor postor? ¿Cuántos panaderos se sienten culpables por vender más pasteles a un tipo que a otro? —La miró—. No. Solo el mercenario. Injusto, ¿no?

—¿Quién... quién eres? —consiguió preguntar Vivenna por fin. Dio un respingo cuando otro hombre se sentó al otro lado. Rechoncho, este llevaba una porra a la espalda. Un pintoresco pájaro estaba encaramado en ella.

—Me llamo Denth —dijo el primer hombre, cogiendo la mano de ella para estrecharla—. Y este es Tonk Fah.

—Encantado —dijo Tonk, cogiendo su mano cuando Denth la soltó.

—Lamentablemente, princesa —añadió Denth—, estamos aquí para matarte.

El pelo de Vivenna cobró en el acto un blanco immaculado.

«¡Piensa! —se dijo—. ¡Te han formado en política! Estudiaste negociación de rehenes. Pero... ¿qué se hace cuando eres tú misma el rehén?».

De repente, los dos hombres estallaron en carcajadas. El hombretón dio varios golpes en la mesa con la mano, haciendo que su pájaro graznara.

—Lo siento, princesa —dijo Denth, el más delgado, sacudiendo la cabeza—. Es un poco de humor mercenario.

—A veces matamos, pero no asesinamos —explicó Tonk Fah—. Eso es trabajo para asesinos.

—Asesinos —repitió Denth, alzando un dedo—. Esos sí que son respetados. ¿Por qué será? En realidad no son más que mercenarios con un nombre más bonito.

Vivenna parpadeó, luchando por dominar sus nervios.

—No habéis venido a matarme —dijo con voz tensa—. ¿Entonces solo vais a secuestrarme?

—Dioses, no —respondió Denth—. Eso es mal negocio. ¿Cómo se gana dinero así? Cada vez que secuestras a alguien que merece la pena por el rescate, molestas a gente mucho más poderosa que tú.

—Nunca enfades a la gente importante —sentenció Tonk Fah, bostezando—. A menos que te pague gente que sea aún más importante.

Denth asintió.

—Y eso sin tener en cuenta que hay que alimentar y cuidar a los cautivos, intercambiar notas de rescate, y concertar los puntos de cita. Todo un quebradero de cabeza, ya te digo. Una forma ciertamente incómoda de ganar dinero.

Guardaron silencio. Vivenna apretó la palma contra la mesa, para impedir que la mano temblara. «Saben quién soy —se dijo, obligándose a pensar de manera lógica—. O bien me reconocen, o...».

—Trabajáis para Lemex —dijo.

Denth sonrió de oreja a oreja.

—¿Ves, Tonk? Nos dijo que era lista.

—Supongo que por eso es princesa y nosotros solo mercenarios —respondió Tonk Fah.

Vivenna frunció el ceño. «¿Se están burlando de mí o qué?».

—¿Dónde está Lemex? ¿Por qué no ha venido él?

Denth volvió a sonreír, y miró cómo el mesonero les servía una gran olla de humeante guiso. Olía a especias picantes, y tenía flotando dentro lo que parecían bocas de cangrejo. El hombre dejó un puñado de cucharas de madera sobre la mesa, y luego se retiró.

Denth y Tonk Fah no esperaron a recibir permiso para empezar a comer.

—Tu amigo Lemex —dijo Denth, cogiendo una cuchara—, nuestro patrón, no anda muy bien de salud.

—Fiebres —dijo Tonk Fah entre bocado y bocado.

—Nos pidió que te lleváramos con él —continuó Denth. Le tendió un papel doblado con una mano, mientras rompía un cangrejo con los dedos de la otra. Vivenna dio un respingo cuando sorbió el contenido.

«Princesa —rezaba el mensaje—. Por favor, confía en estos hombres. Denth me ha servido bien en ciertas situaciones, y es leal, si es que puede llamarse leal a un mercenario. Sus hombres y él han cobrado, y confío en que nos sea fiel mientras dure este contrato. Ofrezco prueba de autenticidad con esta contraseña: máscara azul».

Estaba escrito con la letra de Lemex. Aún más, daba la contraseña adecuada. No «máscara azul»: eso era para despistar. La verdadera contraseña era usar la palabra «situaciones» en vez de «ocasiones». Vivenna miró a Denth, quien sorbía el contenido de otra boca.

—Ah, bien —dijo él, arrojando la cáscara—. Esta es la parte difícil. La princesa tiene que tomar una decisión. ¿Estamos diciéndole la verdad o la estamos engañando? ¿Hemos falsificado esa carta? ¿O tal vez hemos apresado al viejo espía y lo hemos torturado, obligándolo a escribirla?

—Podríamos traerte sus dedos como prueba de buena fe —dijo Tonk Fah—. ¿Ayudaría eso?

Vivenna alzó una ceja.

—¿Humor de mercenarios?

—No damos para más —admitió Denth con un suspiro—. Normalmente no somos muy listos. Si no, habríamos elegido una profesión sin una tasa de mortalidad tan alta.

—Como tu profesión, princesa —dijo Tonk—. Normalmente se vive mucho y bien. A menudo me he preguntado si debería dedicarme a aprenderla.

Ella frunció el ceño mientras los dos hombres se echaban a reír. «Lemex no se habría dejado intimidar por la tortura —pensó—. Está demasiado bien entrenado. Aunque lo hubiera hecho, no habría incluido la contraseña real y la falsa».

—Vamos —dijo, poniéndose en pie.

—Espera —replicó Tonk Fah, la cuchara en la boca—, ¿vamos a perdernos el resto de la comida?

Vivenna miró la sopa roja y sus flotantes miembros de crustáceos.

—Por supuesto.

Lemex tosió débilmente. Su anciano rostro estaba cubierto de sudor, la piel pegajosa y pálida, y de vez en cuando murmuraba entre delirios.

Vivenna estaba sentada a su lado junto a la cama, las manos en el regazo. Los dos mercenarios esperaban con Parlin al fondo de la habitación. La otra única persona presente era una enfermera de aire solemne, la misma mujer que había informado a la princesa en voz baja que nada podía hacerse.

Lemex estaba muriendo. Era improbable que sobreviviera a ese mismo día.

Era la primera vez que Vivenna veía el rostro del leal espía, aunque había mantenido con él una correspondencia abundante. Su rostro parecía... extraño. Sabía que Lemex se hacía viejo: eso le convertía en mejor espía, pues nadie buscaba espías entre la gente mayor. Sin embargo, no esperaba que fuera esa persona flaca y débil que temblaba y tosía. Lo suponía como un viejo caballero dinámico y de lengua ágil. Eso era lo que ella había imaginado.

Sentía que estaba perdiendo a uno de sus más íntimos amigos, aunque nunca lo había conocido en realidad. Con él perdía su refugio en Hallandren, su ventaja secreta. Era quien tendría que haber hecho funcionar su temerario plan. El mentor habilidoso y tenaz con que contaba.

Lemex volvió a toser. La enfermera miró a Vivenna.

—Pierde y gana lucidez, mi señora. Esta misma mañana nos habló de ti, pero ahora empeora cada vez más...

—Gracias —musitó la princesa—. Puedes retirarte.

La mujer hizo una reverencia y se marchó.

«Es el momento de actuar como una princesa», pensó Vivenna, poniéndose en pie para inclinarse sobre la cama.

—Lemex —dijo—, necesito que me transmitas tu conocimiento. ¿Cómo debo contactar con tus redes de espías? ¿Dónde están los otros agentes de Idris que hay en la ciudad? ¿Cuáles son las contraseñas que les harán escucharme?

Él tosió, la miró sin verla y susurró algo. Ella se acercó más.

—... nunca lo diré —dijo—. Podéis torturarme todo lo que queráis. No cederé.

Vivenna volvió a sentarse. La red de espías idrianos en Hallandren estaba organizada de manera muy libre. Su padre conocía a todos sus agentes, pero Vivenna solo se había comunicado con Lemex, el líder y coordinador de la red. Apretó los dientes y se inclinó de nuevo hacia delante. Se sintió como una ladrona de tumbas cuando agitó ligeramente la cabeza del hombre.

—Lemex, mírame. No he venido a torturarte. Soy la princesa. Recibiste una carta mía antes.

—No podréis engañarme —susurró el anciano—. Vuestra tortura no es nada. No cederé. No a vosotros.

Vivenna suspiró y apartó la mirada.

De repente, Lemex se estremeció y una oleada de color barrió la cama y el suelo antes de desvanecerse. A su pesar, la princesa dio un paso atrás, sorprendida.

Se produjo otra onda. No era color, sino una oleada de color *aumentado*, que hacía que los azules de la habitación destacaran más a su paso. El suelo, las sábanas, su propio vestido... todo cobró una vibrante viveza durante un segundo, antes de volver a los tonos originales.

—En nombre de Austre, ¿qué ha sido eso? —preguntó Vivenna.

—Aliento biocromático, princesa —dijo Denth mientras se incorporaba para apoyarse contra el marco de la puerta—. El viejo Lemex tiene un montón. Un par de cientos de alientos, calculo.

—Eso es imposible —replicó la muchacha—. Es idriano. Nunca aceptaría aliento.

Denth dirigió una mirada a Tonk Fah, que estaba rascándole el cuello a su loro. El grueso soldado tan solo se encogió de hombros.

Otra oleada de color surgió de Lemex.

—Se está muriendo, princesa —dijo Denth—. Su aliento se vuelve irregular.

Ella miró a Denth.

—No tiene...

Algo le agarró el brazo. Ella dio un respingo y miró a Lemex, que había conseguido extender la mano y cogerla. La estaba mirando a la cara.

—Princesa Vivenna —dijo, mostrando por fin algo de lucidez en la mirada.

—Lemex. Tus contactos. ¡Tienes que dármelos!

—He hecho algo malo, princesa.

Ella vaciló.

—Aliento, princesa —dijo él—. Lo heredé de mi predecesor, y he comprado más. Mucho más...

«Dios de los Colores», pensó Vivenna, sintiendo la repulsión en el estómago.

—Sé que estuvo mal —susurró Lemex—. Pero me sentía tan poderoso... Podía hacer que el mismo polvo de la tierra obedeciera mis órdenes. ¡Fue por el bien de Idris! Los hombres con aliento son respetados aquí en Hallandren. Podía ir a fiestas donde normalmente me habrían excluido. Podía ir a la Corte de los Dioses cuando deseaba y oír la Asamblea de la Corte. El aliento extendió mi vida, me hizo ágil a pesar de mi edad...

Parpadeó, concentrando la mirada.

—Oh, Austre —susurró—. Me he condenado yo mismo. He ganado notoriedad abusando del alma de otros. Y ahora me estoy muriendo.

—¡Lemex! —exclamó Vivenna—. No pienses en eso ahora. ¡Nombres! Necesito nombres y contraseñas. ¡No me dejes sola!

—Condenado —susurró él—. Que alguien lo tome. ¡Por favor, que alguien se lo quede!

Vivenna trató de retirarse, pero él seguía agarrándola del brazo. Se estremeció, pensando en su aliento.

—¿Sabes, princesa? —dijo Denth desde atrás—. Nadie les dice nada a los mercenarios. Es una pega desgraciada, pero real, de nuestra profesión. No se fían de nosotros nunca. No nos piden consejo.

Ella se volvió a mirarlo. Se apoyaba contra la puerta, con Tonk Fah no muy lejos. Parlin estaba allí también, sujetando aquel ridículo sombrero verde entre los dedos.

—Ahora, si alguien me pidiera opinión —continuó diciendo Denth—, yo le señalaría cuánto valen esos alientos. Los vendería y tendría suficiente dinero para comprar mi propia red de espías... o todo lo que quisiera.

Vivenna miró al moribundo. Murmuraba para sí.

—Si se muere —añadió el mercenario—, el aliento morirá con él. Todo.

—Una lástima —dijo Tonk Fah.

La princesa palideció.

—¡No traficaré con las almas de nadie! No me importa cuánto valgan.

—Como quieras —dijo Denth—. Pero espero que nadie sufra cuando tu misión fracase.

«Siri...».

—No —dijo Vivenna casi para sí misma—. No podría tomarlas.

Era cierto. Incluso la idea de dejar que el aliento de otra persona se mezclara con el suyo, la idea de absorber el alma de otra persona en su propio cuerpo, la asqueaba.

Se volvió hacia el espía moribundo. Su biocroma ardía ahora brillantemente y sus sábanas prácticamente resplandecían. Era mejor dejar que el aliento muriera con él.

Pero sin Lemex no tendría ninguna ayuda en la ciudad, nadie para guiarla y proporcionarle refugio. Apenas había traído dinero suficiente para alojamiento y comida, no para sobornos ni suministros. Se dijo que tomar el aliento sería como usar artículos encontrados en una cueva de

bandidos. Los desprecias simplemente porque han sido adquiridos por medios delictivos. Su formación y sus lecciones le susurraban que necesitaba recursos desesperadamente, y que el daño ya estaba hecho...

«¡No! —pensó de nuevo—. ¡No está bien! No puedo contenerlo. No podría hacerlo».

Quizá sería aconsejable dejar que otra persona contuviera los alientos durante un tiempo. Entonces podría pensar qué hacer con ellos. Tal vez... tal vez incluso encontrar la gente a quien se lo habían quitado y devolverlos. Se dio la vuelta y miró a los mercenarios.

—No me mires así, princesa —dijo Denth, riendo—. Veo el brillo en tus ojos. No voy a tomar ese aliento por ti. Tener tanta biocroma hace que un hombre sea demasiado importante.

Tonk Fah asintió.

—Sería como pasear por la ciudad con una bolsa de oro a la espalda.

—Me gusta mi aliento tal como es —dijo Denth—. Solo necesito uno, y funciona bien. Me mantiene con vida, no atrae ninguna atención sobre mí y está ahí esperando a ser vendido en caso de necesidad.

Vivenna miró a Parlin. Pero... no, no podría obligarlo a aceptar el aliento. Se volvió hacia Denth.

—¿A qué tipo de cosas te obliga tu acuerdo con Lemex?

Denth miró a Tonk Fah, y luego volvió a mirarla a ella. La expresión de sus ojos fue suficiente. Aceptaría el aliento si se lo ordenaba.

—Ven aquí —dijo Vivenna, señalando un taburete que había a su lado.

Él se acercó, reacio.

—¿Sabes, princesa? —dijo, sentándose—. Si me das ese aliento, entonces podría escaparme con él. Sería un hombre rico. No querrás poner ese tipo de tentación en manos de un mercenario sin escrúpulos, ¿no?

Ella vaciló.

«Si se escapa con él, ¿entonces qué tengo que perder?». Eso resolvería el problema.

—Tómalo —ordenó.

Él negó con la cabeza.



—No es así como funciona. Nuestro amigo, aquí presente, debe entregármelo.

Ella miró al anciano.

—Yo... —empezó a ordenarle a Lemex que lo hiciera, pero entonces se lo pensó mejor. Austre no querría que ella tomara el aliento, bajo ninguna circunstancia: quien arrebatara el aliento a un semejante era peor que cualquier traficante de esclavos—. No —dijo—. No; he cambiado de opinión. No tomaremos el aliento.

En ese momento, Lemex dejó de murmurar. Alzó la cabeza y miró a Vivenna a los ojos.

Su mano sujetaba todavía su brazo.

—Mi vida a la tuya —dijo con voz extrañamente clara, sujetándola con fuerza mientras ella intentaba retroceder—. ¡Mi aliento es tuyo!

Una vibrante nube de aire tembloroso e iridiscente brotó por su boca, volando hacia ella. Vivenna cerró la boca con gesto de terror, el pelo del todo blanco. Logró zafar el brazo de la tenaza de Lemex, mientras la cara del anciano se oscurecía, sus ojos perdían el brillo, los colores a su alrededor se desvanecían.

El aliento corrió hacia ella. Su boca cerrada no tuvo ningún efecto: el aliento la golpeó, como una fuerza física, cubriendo todo su cuerpo. Vivenna jadeó, cayó de rodillas, el cuerpo temblando con perverso placer. De pronto pudo *sentir* a la otra gente en la habitación. Pudo sentirlos mirándola. Y, como si hubieran encendido una luz, todo a su alrededor se volvió más vibrante, más real y más vivo.

Jadeó, temblando asombrada. Vagamente oyó a Parlin correr a su lado, pronunciando su nombre. Pero, extrañamente, lo único que pudo pensar fue en la melódica cualidad de su voz. Podía detectar cada tono en cada palabra que pronunciaba. Los reconoció instintivamente.

«¡Austre, Dios de los Colores! —pensó, sujetándose al suelo de madera con una mano mientras los temblores remitían—. ¿Qué he hecho?».

—Pero, sin duda, las normas no son tan inflexibles —dijo Siri, caminando rápidamente detrás de Treledees.

Treledees la miró. El sacerdote (el sumo sacerdote del rey-dios) ya era alto sin tener que llevar en la cabeza aquella elaborada mitra que lo hacía destacar sobre ella como si fuera un Retornado.

Bueno, un Retornado retorcido, molesto y despectivo.

—¿Eximirte de su cumplimiento? —preguntó con suave acento hallandrense—. No, no creo que eso sea posible, Receptáculo.

—No veo por qué no —dijo Siri mientras un criado les abría una puerta para que pasaran de una habitación verde a otra azul. Respetuosamente, Treledees la dejó pasar primero, aunque ella percibió que no le agradaba hacerlo.

Siri rechinó los dientes, tratando de pensar en otra forma de ataque. «Vivenna se habría mostrado tranquila y lógica —pensó—. Explicaría por qué deberían permitirle salir de palacio de un modo que resultara razonable para el sacerdote». Inspiró profundamente, intentando reducir el rojo de su cabello y la frustración de su actitud.

—Mira. ¿No podría, tal vez, hacer un viaje al exterior? ¿Al patio?

—Imposible —dijo Treledees—. Si quieres diversión, ordena a tus sirvientes que traigan juglares o trovadores. Estoy seguro de que te mantendrían entretenida. —«Y sin darme la lata», pareció dar a entender su tono.

¿Acaso no comprendía nada? No era la falta de algo la causa de su frustración. Era no poder ver el cielo. Sentirse atrapada entre paredes, cerrojos y reglas. Aparte de eso, se habría contentado con tener alguien con quien hablar.

—Al menos déjame reunirme con algún dios. Quiero decir, ¿qué se consigue teniéndome encerrada de esta forma?

—No estás «encerrada» —repuso Treledees—. Mantienes un período de aislamiento donde puedes dedicarte a reflexionar sobre tu nuevo lugar en la vida. Es una práctica antigua y digna que muestra respeto hacia el rey-dios y su divina monarquía.

—Sí, pero esto es Hallandren. ¡La tierra de la laxitud y la frivolidad! Sin duda, podrá hacerse una excepción.

Treledees se detuvo en seco.

—No hacemos excepciones en materia religiosa, Receptáculo. He de asumir que me estás poniendo a prueba de algún modo, pues me cuesta creer que alguien digno de tocar a nuestro rey-dios pueda albergar pensamientos tan vulgares.

Siri se irritó. «Menos de una semana en la ciudad —pensó—, y ya empiezo a permitir que mi lengua me meta en líos». A Siri no le desagradaba la gente: le gustaba hablar con ella, pasar el tiempo y reír con ella. Sin embargo, no podía lograr que hicieran lo que quería, no como se suponía que podía hacer un político. Era algo que tendría que haber aprendido de Vivenna.

Treledees y ella continuaron caminando. Siri llevaba una larga falda marrón que le cubría los pies y arrastraba una cola. El sacerdote vestía de dorados y marrones, colores que se repetían en los sirvientes. A Siri todavía le sorprendía que todo el mundo en palacio tuviera tantos vestidos, aunque fueran idénticos a excepción del color.

Sabía que no debería molestarse con los sacerdotes. Parecía que ya no les caía bien, y sentirse molesta no la ayudaría. Pero es que los últimos días habían sido tan aburridos... Confinada en palacio, incapaz de salir, incapaz de encontrar a nadie con quien hablar, a punto de volverse loca.

Pero no habría ninguna excepción. Aparentemente.

—¿Es todo, Receptáculo? —preguntó Treledees, deteniéndose junto a una puerta. Casi parecía haber decidido que una de sus tareas era comportarse con ella de manera civilizada.

Siri suspiró y asintió. El sacerdote hizo una reverencia, abrió la puerta y se fue rápidamente. Ella lo vio alejarse, dando golpecitos en el suelo con el pie, los brazos cruzados. Sus criadas la rodeaban, silenciosas como siempre. Pensó en buscar a Dedos Azules, pero mejor no. Siempre tenía muchas cosas que hacer, y no quería distraerlo.

Con un nuevo suspiro, indicó a sus sirvientas que prepararan la cena. Dos trajeron una silla de un lado de la habitación. Siri se sentó a descansar mientras traían la comida. La silla era cómoda, pero resultaba difícil sentarse de un modo que no agravara sus dolores o calambres. Las últimas seis noches, se había visto obligada a arrodillarse, desnuda, hasta que finalmente le entraba tanta modorra que se quedaba dormida. Y dormir en el duro suelo de piedra había dejado un dolor sordo y persistente en su espalda y su cuello.

Cada mañana, cuando el rey-dios se marchaba, ella se pasaba a la cama. Cuando despertaba por segunda vez, quemaba las sábanas. Después de eso, elegía sus ropas. Había siempre un conjunto nuevo, sin vestidos repetidos. No sabía de dónde sacaban las criadas semejante suministro de ropas de su talla, pero le costaba decidir su vestimenta

diaria. Sabía que era probable que nunca volviera a ver ninguna de las opciones desechadas.

Después de vestirse, era libre para hacer lo que quisiera, menos salir del palacio. Cuando llegaba la noche, la bañaban y luego le daban a elegir los lujosos vestidos que llevaría al dormitorio. Por pura comodidad, había empezado a usar vestidos cada vez más ornamentados, con más tela para cubrirse mientras dormía. A menudo se preguntaba qué pensarían los sastres si supieran que sus vestimentas se usaban solo unos momentos antes de ser arrojadas al suelo para, finalmente, ser empleadas como mantas.

No poseía nada, pero podía tener lo que quisiera. Comidas exóticas, muebles, trovadores y comediantes, libros, arte... solo tenía que pedirlo. Sin embargo, cuando terminaba, lo retiraban todo. Tenía todo y nada al mismo tiempo.

Bostezó. El sueño interrumpido la dejaba cansada y con los ojos hinchados. Los días completamente vacíos tampoco la ayudaban. «Si tan solo tuviera alguien con quien hablar...». Pero los criados, sacerdotes y escribas estaban todos ocupados en sus funciones formales. Eso se aplicaba a toda la gente con que se relacionaba.

Bueno, excepto él .

¿Podría llamar a eso relacionarse? El rey-dios parecía disfrutar contemplando su cuerpo, pero nunca había dado ningún indicio de que quisiera más. Simplemente la dejaba allí arrodillada, mirándola con aquellos ojos, diseccionándola. Así era su matrimonio.

Las criadas terminaron de servir la cena y se situaron junto a la pared. Se estaba haciendo tarde: era casi la hora de su baño nocturno. «Tendré que comer rápido —pensó, sentándose a la mesa—. Después de todo, no quiero llegar tarde para la sesión de miradas de esta noche».

Unas horas más tarde, Siri esperaba bañada, perfumada y vestida ante la enorme puerta dorada del dormitorio del rey-dios. Inspiró hondo para calmarse, el pelo vuelto castaño claro por la ansiedad. Todavía no se había acostumbrado a esta parte.

Era una tontería. Sabía lo que iba a suceder, y aun así la expectación y el miedo seguían presentes. El comportamiento del rey-dios demostraba el poder que tenía sobre ella. Un día la poseería, y eso podría ser en cualquier momento. Una parte de ella deseaba acabar de una vez. El temor extendido era aun peor que aquella primera noche de terror.

Se estremeció. Dedos Azules la miró. Tal vez acabara por confiar en que llegara a tiempo al dormitorio. Hasta ahora, la había escoltado cada noche.

«Al menos no ha vuelto a aparecer mientras me estoy bañando». El agua caliente y los aromas placenteros deberían haberla relajado; por desgracia, se pasaba cada baño preocupándose por su inminente visita al rey-dios o por que entrara algún sirviente masculino.

Miró a Dedos Azules.

—Cinco minutos, Receptáculo —dijo él.

«¿Cómo lo sabe?», pensó ella. El hombre parecía tener un sentido del tiempo casi sobrenatural. No había visto ningún reloj en el palacio: ni de arena, ni de agua, ni vela medidora. En Hallandren, al parecer, los dioses y las reinas no se preocupaban por esas cosas. Tenían criados para recordarles sus citas.

Dedos Azules miró la puerta y luego a ella. Cuando vio que la joven lo estaba mirando, inmediatamente se volvió. Mientras esperaba de pie, empezó a pasar el peso del cuerpo de un pie al otro.

«¿Por qué está nervioso? —pensó ella con malestar, volviéndose a mirar los intrincados diseños dorados—. No es quien tiene que pasar por esto cada noche».

—¿Van... bien las cosas con el rey-dios? —preguntó de pronto Dedos Azules.

Siri frunció el ceño.

—Veo que estás casi siempre cansada —añadió él—. Yo... supongo que sois... muy activos de noche.

—Eso es bueno, ¿no? Todo el mundo quiere un heredero lo antes posible.

—Sí, por supuesto —asintió Dedos Azules, retorciéndose las manos—. Es que... —Se interrumpió y la miró a los ojos—. Puede que debas tener cuidado, Receptáculo. Mantén la calma. Trata de permanecer alerta.

El pelo de Siri acabó de ponerse blanco.

—Hablas como si corriera algún peligro —dijo en voz baja.

—¿Peligro? —repitió Dedos Azules, mirando a un lado—. Tonterías. ¿Qué tendrías que temer? Simplemente sugería que permanecieras alerta, por si el rey-dios tiene necesidades que debas cumplir. Ah, mira, ya es la hora. Disfruta de tu noche, Receptáculo.

Abrió la puerta, le puso una mano en la espalda, y la guio hacia la habitación. En el último momento, le susurró al oído:

—Ten cuidado, niña. No todo en este palacio es lo que parece.

Siri frunció el ceño e hizo ademán de volverse, pero él esbozó una sonrisa de circunstancia mientras cerraba la puerta.

«En nombre de Austre, ¿qué ha sido eso?», pensó la joven, deteniéndose demasiado tiempo mientras miraba la puerta.

Por fin, exhalando un suspiro, se volvió. El fuego de costumbre chisporroteaba en la chimenea, pero más débil que otras veces.

Él estaba allí. Siri no necesitaba mirar para verlo. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, advirtió que los colores del fuego (azul, anaranjado, incluso negro) eran demasiado intensos, demasiado *vibrantes*. Su vestido, de un brillante satén dorado, parecía arder con su propio color interior. Todo lo que era blanco (algún encaje del vestido, por ejemplo) desprendía un arco iris de colores, como vistos a través de un prisma. Una parte de ella deseó una habitación bien iluminada, donde pudiera experimentar la belleza total de la biocroma.

Pero, naturalmente, eso no estaba bien. El aliento del rey-dios era una perversión. Se alimentaba de las almas de su pueblo, y los colores que evocaba eran a sus expensas.

Temblando, Siri desató los costados de su vestido y dejó que el atuendo cayera en piezas a su alrededor: las largas mangas quedaron libres, el corpiño cayó hacia delante, la falda y el vestido crujieron al caer al suelo. Completó el ritual soltando las cintas de su ropa interior, y dejándola caer junto al vestido. Se libró de ambos y se inclinó para adoptar su postura de costumbre.

Su espalda se quejó, y Siri esperó con pesar otra noche de incomodidad. «Lo menos que podían hacer es asegurarse de que el fuego sea lo bastante potente», pensó. En aquel gran palacio de piedra hacía frío de noche, a pesar del clima tropical de Hallandren. Sobre todo si una estaba desnuda.

«Concéntrate en Dedos Azules —pensó, tratando de distraerse—. ¿Qué quería decir con aquello de que las cosas en palacio no son lo que parecen?».

¿Se refería al rey-dios y su capacidad para disponer de su vida y su muerte? Pero ella tenía plena conciencia del poder del rey-dios. ¿Cómo podía olvidarlo, con él sentado a cuatro metros de distancia, observándola desde las sombras? No, no era eso. Dedos Azules había considerado que tenía que hacerle aquella advertencia en silencio, sin que nadie lo oyera. «Ten cuidado...».

Apestaba a política. Apretó los dientes. Si hubiera prestado más atención a sus tutores, tal vez podría haber detectado significados más sutiles en la advertencia de Dedos Azules.

«Como si, encima, necesitara algo para confundirme», pensó. Si Dedos Azules tenía algo que decirle, ¿por qué no lo había hecho? A medida que pasaban los minutos, sus palabras se repetían una y otra vez en su mente, pero se sentía demasiado incómoda y helada para llegar a ninguna conclusión. Eso solo la hacía sentir aún más molesta.

Vivenna habría sabido qué hacer. Probablemente habría sabido por instinto por qué el rey-dios no había decidido dormir con ella. Lo habría deducido la primera noche.

Pero Siri era incapaz. Se esforzaba en hacer lo que habría hecho Vivenna: ser la mejor esposa posible, servir a Idris. Ser la mujer que todos esperaban que fuera.

Pero no lo era. Apenas podía seguir con aquello. Se sentía atrapada en el palacio. Y los sacerdotes no hacían más que ignorarla. Ni siquiera podía tentar al rey-dios para que se acostara con ella. Y ahora, además, podía correr peligro, y ni siquiera comprendía por qué ni cómo.

En pocas palabras, se sentía absolutamente frustrada.

Gimiendo por el dolor de sus miembros, se sentó en el suelo a oscuras y miró a la sombra del rincón.

—¿Quieres por favor acabar de una vez? —estalló.

Silencio.

Siri sintió que su cabello se volvía de un terrible blanco hueso cuando fue consciente de lo que acababa de hacer. Se envaró y bajó los ojos, mientras el cansancio huía ante la llegada de una súbita ansiedad.

¿Se había vuelto loca? El rey-dios podría llamar a sus criados para que la ejecutaran de inmediato. De hecho, ni siquiera necesitaba eso; podría hacer que su propio vestido cobrara vida, despertándolo para que la estrangulara, o que la alfombra se levantara y la asfixiara. Probablemente podía hacerle caer el techo encima, sin moverse del asiento.

Siri esperó, respirando ansiosa, preparada para la furia y el castigo... pero no sucedió nada. Pasaron los minutos.

Finalmente, alzó la cabeza. El rey-dios se había movido y ahora estaba sentado más erguido, mirándola desde su sillón junto a la cama. Ella vio la luz reflejada en sus ojos. No podía distinguir su cara, pero no parecía enfadado. Solo frío y distante.

Casi volvió a agachar la mirada, pero vaciló. Si hablarle con aquel tono no provocaba una reacción, entonces mirarlo tampoco lo haría. Así que alzó la barbilla y lo miró a los ojos, sabiendo perfectamente que estaba

cometiendo una locura. Vivenna nunca lo habría provocado. Habría permanecido silenciosa y tranquila, bien resolviendo el problema o, si no había ninguna solución, arrodillándose cada noche hasta que su paciencia impresionara incluso al rey-dios de Hallandren.

Pero Siri no era Vivenna. Iba a tener que aceptar aquel hecho.

El monarca supremo continuó mirándola, y ella notó que se ruborizaba. Se había arrodillado desnuda ante él seis noches seguidas, pero mirarlo sin ropa era más embarazoso. Con todo, no se arredró. Continuó arrodillada, obligándose a sostenerle la mirada.

Era difícil. Estaba cansada, y la posición era menos cómoda que estar postrada. Siguió mirando de todas formas, esperando, mientras pasaban las horas.

Al cabo de un rato, más o menos a la misma hora en que él dejaba la habitación cada noche, el rey-dios se levantó. Siri se envaró, alerta. Sin embargo, él simplemente se dirigió a la puerta. Llamó suavemente, y la puerta se abrió para él, pues había criados esperando al otro lado. Salió y la puerta se cerró.

Siri esperó, tensa. No llegó ningún soldado para arrestarla, ningún sacerdote para castigarla. Por fin, se acercó a la cama y se metió entre las mantas, agradeciendo su calor.

«La ira del rey-dios —pensó adormilada— es desde luego menos terrible de lo que decían».

Y se quedó dormida.



Al final, Sondeluz tuvo que escuchar las peticiones.

Era fastidioso, ya que la Celebración de la Boda no terminaría hasta dentro de varios días. El pueblo, sin embargo, necesitaba a sus dioses. Sabía que no debería sentirse molesto. Había pasado casi toda una semana libre por la fiesta, a la que no habían asistido ni el novio ni la novia, y eso era más que suficiente. Todo lo que tenía que hacer era pasarse unas pocas horas al día mirando obras de arte y escuchando las preocupaciones de la gente. No era mucho, aunque agotara su cordura.

Suspiró, sentándose de nuevo en su trono. Llevaba un tocado bordado en la cabeza, a juego con una túnica suelta rojo y oro. El atuendo se extendía sobre sus hombros y se retorció por su cuerpo, adornado con borlas doradas. Como toda su ropa, ponérsela era más complicado de lo que parecía.

«Si mis criadas me abandonaran de repente —pensó con diversión—, sería totalmente incapaz de vestirme».

Apoyó la cabeza en un puño, el codo en el reposabrazos del trono. Esta sala de su palacio daba directamente al jardín: el mal tiempo era raro en Hallandren, y una fresca brisa soplaba del mar, trayendo olor a salitre. Cerró los ojos, inspirándola.

Había soñado de nuevo con la guerra anoche. Llarimar había encontrado el detalle particularmente significativo. Sondeluz solo estaba preocupado. Todo el mundo decía que si estallaba la guerra, Hallandren vencería con facilidad. Pero si ese era el caso, ¿entonces por qué siempre soñaba con T'Telir ardiendo? No alguna lejana ciudad de Idris, sino su propia ciudad.

«No significa nada —se dijo—. Es solo una manifestación de mis propias preocupaciones».

—Siguiente petición, divina gracia —susurró Llarimar, a su lado.

Sondeluz suspiró, abriendo los ojos. Ambos lados de la sala estaban llenos de sacerdotes con sus cofias y túnicas. ¿Dónde había conseguido tantos? ¿Necesitaba un dios tanta atención?

La fila de gente se extendía hasta el jardín. Era un grupo apesadumbrado y triste, donde varios tosían por alguna que otra enfermedad. «¿Tantos? —pensó mientras conducían a una mujer a la sala—. Supongo que tendría que haberlo esperado. Ha pasado casi una semana».

—Veloz —dijo, volviéndose hacia su sacerdote—. Ve a decirle a esa gente que espera que se siente en la hierba. No hay motivo para que estén de pie. Esto podría tardar algún tiempo.

Llarimar vaciló. Estar de pie era, naturalmente, un signo de respeto. Sin embargo, asintió, y envió a un sacerdote menor a transmitir el mensaje.

«¿Y toda esta gente espera para verme, como si yo pudiera solucionar algo? —pensó Sondeluz—. ¿Qué hará falta para convencerlos de que soy un inútil? ¿Qué haría falta para que dejaran de acudir a él? Después de cinco años de peticiones, sinceramente no estaba seguro de poder soportar otros cinco».

La mujer que iba a hacer la nueva petición se acercó al trono. Llevaba un niño pequeño en sus brazos.

«Un niño no...», se horrorizó Sondeluz, dando un respingo mental.

—Grandísimo —dijo la mujer, cayendo de rodillas sobre la alfombra—. Señor de la Valentía.

Sondeluz guardó silencio.

—Este es mi hijo, Halan —continuó la mujer, mostrando al bebé.

Al acercarse al aura de Sondeluz, la mantita adquirió un brusco tono azul, casi puro. Sondeluz vio claramente que el niño sufría una terrible enfermedad. Había perdido tanto peso que su piel estaba marchita. El aliento del bebé era tan débil que fluctuaba como una vela que se queda sin pabilo. Moriría antes de que terminara el día. Tal vez antes de que pasara una hora.

—Los curadores dicen que tiene fiebres letales —dijo la mujer—. Sé que va a morir.

El bebé emitió un sonido, una especie de tos, quizá lo más cercano que podía a un sollozo.

—Por favor, Grandísimo —dijo la mujer. Lloriqueó e inclinó la cabeza—. Oh, por favor. Era valiente, como tú. Mi aliento será tuyo. Los alientos de toda mi familia. Servicio durante cien años, lo que sea. Por favor, cúralo.

Sondeluz cerró los ojos.

—Por favor —gimió la mujer.

—No puedo —dijo Sondeluz por fin.

Silencio.

—No puedo.

—Gracias, mi señor —musitó la mujer.

Sondeluz abrió los ojos para ver cómo se llevaban a la mujer, llorando en silencio, el niño apretujado contra su pecho. La fila de gente la vio marchar, entristecida y al mismo tiempo esperanzada. Una petición más había caído en saco roto. Eso significaba que tendrían una oportunidad.

Una oportunidad para suplicarle a Sondeluz que se suicidase.

Se levantó de pronto, se quitó el tocado y lo arrojó al suelo. Echó a andar y abrió una puerta al fondo de la sala. La puerta golpeó contra la pared mientras cruzaba el umbral.

Los sirvientes y sacerdotes lo siguieron de inmediato. Se volvió hacia ellos.

—¡Marchaos! —dijo, agitando una mano. Muchos mostraron expresiones de sorpresa, desacostumbrados a ningún tipo de presión por parte de su amo—. ¡Dejadme en paz! —gritó Sondeluz, alzándose sobre ellos.

Los colores de la habitación se volvieron más brillantes en respuesta a su emoción, y los sirvientes retrocedieron, confundidos, y salieron a trompicones hacia la sala de peticiones y cerraron la puerta.

Sondeluz se quedó solo. Apoyó una mano en la pared mientras tomaba aire, la otra mano en la frente. ¿Por qué sudaba así? Había visto miles de peticiones, y muchas habían sido peores que la que acababa de presenciar. Había enviado a la muerte a mujeres embarazadas, condenado a padres e hijos, consignado a los inocentes y fieles a la miseria.

No había ningún motivo para reaccionar de esa forma. Podía soportarlo. En realidad era una nadería. Igual que absorber el aliento de una persona nueva cada semana. Un pequeño precio que pagar...

La puerta se abrió y alguien entró.

Sondeluz no se volvió.

—¿Qué quieren de mí, Llarimar? —preguntó—. ¿De verdad creen que lo haré? ¿Sondeluz, el egoísta? ¿De verdad creen que daré mi vida por uno de ellos?

Llarimar guardó silencio unos instantes.

—Ofrecéis esperanza, divina gracia —dijo por fin—. Una última e improbable esperanza. La esperanza es parte de la fe... parte del

conocimiento de que algún día, *uno* de vuestros seguidores recibirá un milagro.

—¿Y si están equivocados? No tengo ningún deseo de morir. Soy un holgazán aficionado al lujo. La gente como yo no renuncia a la vida, aunque sean dioses.

El otro no respondió.

—Los buenos están ya todos muertos, Veloz. Calmavidente, Tonoazul: esos eran dioses que se entregaban. Los demás somos egoístas. No se ha concedido ninguna petición en cuánto, ¿tres años?

—Aproximadamente, divina gracia —dijo Llarimar en voz baja.

—¿Y por qué debería ser de otro modo? —repuso Sondeluz, con una risita—. Quiero decir, tenemos que *morir* para curar a uno de ellos. ¿No te parece ridículo? ¿Qué clase de religión anima a sus miembros a venir a pedir la vida de su dios? —Sacudió la cabeza—. Es irónico. Somos dioses para ellos solo hasta que nos matan. Y creo que hasta sé por qué los dioses ceden. Son esas peticiones, estar ahí obligado a sentarte día tras día, sabiendo que podrías salvar a uno de ellos... y que probablemente deberías hacerlo, ya que tu vida no vale nada. Eso es suficiente para volver loco a un hombre. ¡Suficiente para impulsarlo al suicidio! —Sonrió, mirando a su sumo sacerdote—. Suicidio por manifestación divina. Muy dramático.

—¿Cancelo el resto de las peticiones, divina gracia? —Llarimar no dio ninguna muestra de estar molesto por el estallido.

—Claro, ¿por qué no? —respondió, agitando una mano—. Necesitan una lección de teología. Ya deberían saber qué inutilidad de dios soy. Que se marchen, díles que vuelvan mañana... suponiendo que sean tan necios como para hacerlo.

—Sí, divina gracia —dijo el sacerdote, inclinándose.

«¿Es que este hombre no se enfadará nunca conmigo? —pensó Sondeluz—. ¡Él, más que nadie, debería saber que no soy una persona de fiar!».

Se dio media vuelta y se marchó mientras Llarimar regresaba a la sala de las peticiones. Ningún sirviente trató de seguirlo. Pasó de una sala roja a otra, hasta una escalera por la que subió al primer piso. Esta planta estaba abierta por los cuatro lados, y en realidad no era más que un gran patio cubierto. Se dirigió al fondo, al lado opuesto a la fila de gente.

La brisa era fuerte allí. La sintió tirando de su túnica, trayendo consigo aromas que habían viajado cientos de kilómetros, cruzado el océano, acariciado las palmeras antes de entrar por fin en la Corte de los

Dioses. Permaneció allí largo rato, contemplando la ciudad y más allá el mar. No tenía ningún deseo, a pesar de lo que decía a veces, de dejar su cómodo hogar en la corte. No era un hombre de junglas: era un hombre de fiestas.

Pero a veces deseaba poder al menos *querer* ser algo más. Las palabras de Encendedora todavía le pesaban. «Tendrás que servir para algo tarde o temprano, Sondeluz. Eres un dios para esa gente...».

Lo era, lo quisiera o no. Eso era lo más frustrante. Había intentado con todas sus fuerzas ser inútil y vanidoso. Y, sin embargo, seguían acudiendo.

«Podríamos usar tu confianza... eres mejor de lo que tú mismo crees».

¿Por qué le parecía que cuanto más demostraba ser un idiota, más se convencía la gente de que tenía algún tipo de profundidad oculta? Por implicación, lo llamaban mentiroso del mismo modo que halagaban su supuesta virtud interior. ¿No comprendía nadie que un hombre podía ser al mismo tiempo agradable e inútil? No todos los idiotas de lengua aguda eran héroes disfrazados.

Su sentido vital lo alertó del regreso de Llarimar mucho antes de que lo hiciera el sonido de sus pasos. El sacerdote llegó junto a él y apoyó los brazos en la barandilla, la cual, al haber sido construida para un dios, era un palmo demasiado alta para los mortales como él.

—Se han ido —dijo.

—Ah, muy bien —contestó Sondeluz—. Creo que hemos conseguido algo hoy. He huido de mis responsabilidades, le he gritado a mis sirvientes y me he quedado sentado rezongando. Sin duda, esto convencerá a todo el mudo de que soy aún más noble y honorable de lo que creían. Mañana habrá el doble de peticiones, y yo continuaré mi inexorable marcha hacia la locura total.

—No podéis volveros loco —dijo Llarimar en voz baja—. Es imposible.

—Claro que puedo. Solo tengo que concentrarme lo suficiente. Verás, lo grandioso que tiene la locura es que está toda dentro de tu cabeza.

El sacerdote hizo un gesto de impotencia.

—Veo que habéis vuelto a vuestro humor normal.

—Veloz, me ofendes. Mi humor es cualquier cosa menos normal.

Permanecieron en silencio unos minutos. Llarimar no hizo ningún comentario ni reprendió las acciones de su dios. Como el buen sacerdote que era.

Eso hizo que Sondeluz pensara en algo.

—Veloz, eres mi sumo sacerdote.

—Sí, divina gracia.

El dios suspiró.

—Tendrías que prestar atención a las cosas que te digo, Veloz. Tendrías que haber dicho algo jugoso.

—Pido disculpas, divina gracia.

—Inténtalo con más ganas la próxima vez. Da igual, sabes de teología y esas cosas, ¿correcto?

—He estudiado lo mío, divina gracia.

—Bien, pues entonces ¿qué sentido tiene, religiosamente, que haya dioses que solo pueden sanar a una persona y luego morirse? Me parece contraproducente. Es una forma fácil de despoblar el panteón.

Llarimar se inclinó y contempló la ciudad.

—Es complicado, divina gracia. Los Retornados no son solo dioses... son hombres que murieron, pero que decidieron regresar y ofrecer bendiciones y conocimiento. Después de todo, solo alguien que ha muerto puede tener algo útil que decir sobre el más allá.

—Cierto, supongo.

—La cosa es, divina gracia, que los Retornados no están aquí para quedarse. Extendemos sus vidas, les damos tiempo extra para que nos bendigan. Pero, en realidad, se supone que solo deben permanecer vivos el tiempo que tardan en hacer lo que les corresponde.

—¿Qué es? Eso parece bastante vago.

Llarimar se encogió de hombros.

—Los Retornados tienen... objetivos. Objetivos que son suyos propios. Conocisteis los vuestros antes de decidir volver, pero el proceso de saltar a través de las Olas Iridiscentes fragmenta la memoria. Con tiempo suficiente, recordaréis lo que habéis venido a hacer. Las peticiones... son una forma de ayudaros a recordar.

—¿Así que he vuelto para salvar la vida de una persona? —dijo Sondeluz, frunciendo el ceño pero sintiéndose avergonzado. En cinco

años, había pasado poco tiempo estudiando su propia teología. Pero bueno, para eso estaban los sumos sacerdotes.

—No necesariamente, divina gracia. Puede que hayáis vuelto para salvar a una sola persona. Pero lo más probable es que haya información sobre el futuro o la otra vida que consideréis necesario compartir. O tal vez algún gran evento en el que tengáis que participar. Recordad, fue el modo heroico de vuestra muerte lo que os dio el poder de retornar. Lo que hayáis de hacer tal vez esté relacionado de algún modo con eso.

Llarimar bajó el tono de voz, la mirada perdida.

—Visteis algo, Sondeluz. Al otro lado, el futuro es visible, como un pergamino que se extiende hacia la eterna armonía del cosmos. Algo que visteis, algo del futuro, os preocupó. En vez de permanecer en paz, aprovechasteis la oportunidad que os concedió vuestra valiente muerte, y retornasteis al mundo, decidido a solucionar un problema, compartir información, o ayudar a aquellos que continúan con vida.

»Algún día, cuando sintáis que habéis cumplido vuestra tarea, podréis usar las peticiones para encontrar a alguien que merezca vuestro aliento. Entonces podréis continuar vuestro viaje por la Ola Iridiscente. Nuestro trabajo, como seguidores vuestros, es proporcionaros aliento y manteneros con vida hasta que podáis cumplir ese objetivo, sea cual sea. Mientras tanto, buscamos augurios y bendiciones, que solo pueden ser impartidos por alguien que, como vos, ha tocado el futuro.

Sondeluz no respondió de inmediato.

—¿Y si no creo?

—¿En qué, divina gracia?

—En nada de todo esto. Que los Retornados sean dioses, que estas visiones sean algo más que invenciones aleatorias de mi cerebro. ¿Y si no creo que haya ningún propósito ni plan en mi retorno?

—Entonces tal vez eso sea lo que habéis venido a descubrir.

—Entonces... espera. ¿Estás diciendo que en el otro lado, en el que obviamente yo *creía* cuando estaba allí, comprendí que si retornaba no creería en el otro lado, así que volví con el propósito de descubrir la fe en el otro lado, que perdí al retornar?

Llarimar vaciló. Luego sonrió.

—Eso fuerza un poquito la lógica, ¿no?

—Sí, un poco —admitió el dios, devolviéndole la sonrisa. Se dio la vuelta y sus ojos se encontraron con el palacio del rey-dios, que se alzaba

como un monumento sobre las otras estructuras de la corte—. ¿Qué piensas de ella?

—¿De la nueva reina? No la he visto, divina gracia. No será presentada hasta dentro de unos días.

—No me refiero a la persona, sino a las implicaciones.

Llarimar lo miró.

—¡Divina gracia, eso huele a interés en la política!

—Bla, bla, sí. Lo sé. Soy un hipócrita. Haré penitencia por ello más tarde. Ahora responde a la maldita pregunta.

Llarimar sonrió.

—No sé qué pensar de ella, divina gracia. La corte de hace veinte años pensó que traer una hija real era buena idea.

«Ya —pensó el dios—. Pero esa corte ya no existe». Los dioses pensaron que volver a unir el linaje real con Hallandren sería una buena idea. Pero esos dioses, los que creían saber cómo manejar la llegada de la muchacha de Idris, estaban ahora muertos. Habían dejado sustitutos inferiores.

Si lo que Llarimar decía era verdad, entonces había algo importante en las cosas que él veía. Aquellas visiones de guerra, y la terrible sensación de amenaza. Por motivos que no podía explicar, le parecía que su pueblo se precipitaba de cabeza por una pendiente, ignorante del abismo oculto en la hendidura de las tierras que tenían delante.

—La asamblea de la corte se reúne al completo en juicio mañana, ¿no?  
—preguntó, todavía mirando el palacio negro.

—Sí, divina gracia.

—Contacta con Encendedora. Mira a ver si puedo compartir un palco con ella durante los juicios. Tal vez me entretenga. Ya sabes el dolor de cabeza que me produce la política.

—No os puede doler la cabeza, divina gracia.

En la distancia, Sondeluz pudo ver a los peticionarios rechazados saliendo por las puertas, de regreso a la ciudad, dejando a sus dioses atrás.

—Podría haberme engañado —dijo en voz baja.

Siri estaba de pie en el oscuro dormitorio negro, vestida con ropa interior, asomada a la ventana. El palacio del rey-dios era más alto que



la muralla, y el dormitorio daba al este. Al mar. Contempló las olas lejanas, sintiendo el calor del sol de la tarde. Aunque llevaba solo la fina ropa interior, el calor era agradable, templado por una fresca brisa que soplaba desde el océano. El viento agitaba su largo cabello, sacudiendo su ropa.

Debería estar muerta. Había hablado directamente con el rey-dios, se había incorporado y le había hecho una exigencia. Había esperado el castigo toda la mañana. No había habido ninguno.

Se apoyó contra el alféizar, los brazos cruzados sobre la piedra, cerró los ojos y sintió la brisa del mar. Una parte de ella estaba todavía sorprendida por lo que había hecho, pero ya no tanto. «He estado interpretando mal las cosas aquí —pensó—. Me he dejado paralizar por mis miedos y mis preocupaciones».

Normalmente, no perdía el tiempo con miedos y preocupaciones. Solo hacía lo que le parecía bien. Empezaba a sentir que debería haberse enfrentado al rey-dios hacía días. Tal vez no estaba siendo lo bastante cautelosa y el castigo vendría de todas formas. Sin embargo, por el momento, sentía que había conseguido algo.

Sonrió, abrió los ojos y dejó que su pelo cambiara a un decidido amarillo dorado.

Era hora de dejar de tener miedo.

—Lo daré —dijo Vivenna con firmeza.

Se hallaba acompañada por los mercenarios, en casa de Lemex. Era el día después de haberse visto obligada a aceptar los alientos, y había pasado la noche inquieta, dejando que los mercenarios y la enfermera se encargaran de deshacerse del cuerpo de Lemex. No recordaba haberse quedado dormida por el cansancio y la tensión del día, pero sí de haberse acostado a descansar un rato en el dormitorio de la planta superior. Cuando despertó, se sorprendió al ver que los mercenarios seguían allí. Al parecer, Parlin y ellos habían dormido abajo.

La perspectiva de una noche no la había ayudado mucho con sus problemas. Todavía tenía todo aquel sucio aliento, y seguía sin saber qué hacer en Hallandren sin Lemex. Al menos, con el aliento tenía una leve idea de qué hacer. Podía darlo.

Estaban en el salón de Lemex. Como la mayoría de los lugares de Hallandren, la habitación estaba repleta de colores: las paredes eran de finas tiras de madera parecida al junco, manchada de brillantes verdes y amarillos. Vivenna advirtió que ahora veía los colores de manera más vibrante. Tenía un sentido del color extrañamente preciso: podía dividir sus sombras y tonos, comprender por intuición cómo se acercaba cada color al ideal. Era como un tono perfecto para los ojos.

Era muy muy difícil no ver belleza en los colores.

Denth estaba apoyado contra la pared del fondo. Tonk Fah estaba tumbado en un diván, bostezando de vez en cuando, su pintoresco pájaro encaramado en su pie. Parlin había ido a montar guardia fuera.

—¿Darlo, princesa? —preguntó Denth.

—El aliento. —Estaba sentada en un taburete de la cocina en vez de en uno de los cómodos sillones o sofás—. Saldremos a buscar a la gente desgraciada que ha sido violada por vuestra cultura y les han robado el aliento, y les daré a cada uno de ellos un aliento.

Denth dirigió una mirada a Tonk Fah, quien simplemente bostezó.

—Princesa —dijo Denth—, no se puede dar aliento uno a uno. Hay que darlo todo de una vez.

—Incluyendo tu propio aliento —apuntó Tonk Fah.

Denth asintió.

—Eso te convertiría en una apagada.

El estómago de Vivenna dio un vuelco. La idea de perder no solo la nueva belleza y el color, sino su propio aliento, su alma... bueno, fue casi suficiente para volverle el pelo blanco.

—No. Entonces olvidémoslo —dijo.

Guardaron silencio.

—Ella podría despertar algo —advirtió Tonk Fah, agitando el pie y haciendo parlotear a su pájaro—. Meter el aliento en un par de pantalones o algo así.

—Es buena idea —dijo Denth.

—¿Qué... qué implica eso? —preguntó Vivenna.

—Le das vida a algo, princesa —explicó Denth—. Un objeto inanimado. Eso absorbe parte de tu aliento y deja al objeto más o menos vivo. La mayoría de los despertadores lo hacen de manera temporal, pero no veo por qué no se puede dejar el aliento allí.

Despertar. Tomar las almas de los hombres y usarlas para crear monstruosidades sin vida. De algún modo, Vivenna sentía que Austre consideraría eso un pecado aún mayor que tener el aliento. Suspiró, sacudiendo la cabeza. El problema con el aliento era, en cierto modo, una distracción, algo que temía estar usando para no reflexionar sobre la falta de Lemex. ¿Qué iba a hacer?

Denth se sentó en un sillón a su lado, apoyando los pies en la mesita. Cuidaba mejor su aspecto que Tonk Fah, y llevaba el pelo negro recogido en una cola, la cara afeitada.

—Odio ser mercenario —dijo—. ¿Sabes por qué?

Ella alzó una ceja.

—No hay seguridad en el trabajo —continuó Denth, echándose atrás en su asiento—. Las cosas que hacemos suelen ser peligrosas e impredecibles. Nuestros jefes tienen por costumbre morir.

—Aunque no de fiebres —observó Tonk Fah—. Las espadas suelen ser el método elegido.

—Mira nuestra situación actual —dijo Denth—. Ya no tenemos jefe. Eso nos deja sin ninguna dirección real.

Vivenna vaciló. «¿Significa eso que su contrato ha terminado? Saben que soy una princesa de Idris. ¿Qué harán con esa información? ¿Por

eso se quedaron aquí anoche, en vez de marcharse? ¿Planean chantajearme?».

Denth la miró.

—¿Ves eso? —preguntó, volviéndose hacia Tonk Fah.

—Sí. Lo está pensando.

Denth se acomodó más en su sillón.

—De eso exactamente estoy hablando. ¿Por qué asume todo el mundo que cuando el contrato de un mercenario se termina, los traicionarán? ¿Crees que vamos por ahí apuñalando a la gente solo por diversión? ¿Crees que un cirujano tendrá este problema? ¿Le preocupa a la gente que en el momento en que dejan de pagar, el mercenario se ría como un maníaco y les corte los dedos de los pies?

—A mí me gusta cortar los dedos de los pies —apuntó Tonk Fah.

—Eso es diferente. No lo harías simplemente porque se te ha acabado el contrato, ¿verdad?

—No —admitió Tonk Fah—. Los dedos son los dedos.

Vivenna puso los ojos en blanco.

—¿Esto tiene algún sentido?

—El sentido es, princesa —respondió Denth—, que estabas pensando que íbamos a traicionarte. Tal vez desplumarte o venderte como esclava o algo así.

—Tonterías —dijo Vivenna—. No estoy pensando en nada de eso.

—Estoy seguro —replicó Denth—. El trabajo de mercenario es muy respetable... es legal en casi todos los reinos que conozco. Somos tan parte de la comunidad como el panadero o el pescadero.

—Pero no es que paguemos a los recaudadores de impuestos —precisó Tonk Fah—. Solemos apuñalarlos por diversión.

La princesa tan solo sacudió la cabeza.

Denth se inclinó hacia delante y habló en tono más serio.

—Lo que estoy intentando decir, majestad, es que no somos criminales. Somos trabajadores. Tu amigo Lemex era nuestro jefe. Ahora está muerto. Supongo que nuestro contrato pasa a ti, si lo quieres.

Vivenna sintió un leve atisbo de esperanza. ¿Pero podía confiar en ellos? A pesar de las palabras de Denth, le costaba tener fe en los motivos y el altruismo de un par de hombres que luchaban por dinero. Sin embargo, no se habían aprovechado de la enfermedad de Lemex, y se habían quedado incluso cuando podían haber desvalijado aquel lugar, marchándose mientras ella dormía.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuánto os queda de contrato?

—Ni idea —contestó Denth—. Joyas se encarga de esas cosas.

—¿Joyas?

—El tercer miembro del grupo —dijo Tonk Fah—. Está haciendo sus cosas.

Vivenna frunció el ceño.

—¿Cuántos sois?

—Solo tres —respondió Denth.

—A menos que cuentes las mascotas —puntualizó Tonk Fah, haciendo equilibrar al pájaro en su pie.

—Volverá dentro de poco —dijo Denth—. Se pasó anoche por aquí, pero estabas dormida. De todas formas, sé que nos quedan al menos pocos meses de contrato, y nos pagaron la mitad por adelantado. Aunque decidas no pagar el resto, probablemente te debemos unas semanas más.

Tonk Fah asintió.

—Así que si hay alguien a quien quieras matar, ahora es el momento.

Vivenna vaciló, y Tonk Fah se echó a reír.

—Vas a tener que acostumbrarte a nuestro terrible sentido del humor, princesa —dijo Denth—. Suponiendo, claro, que vayas a conservarnos.

—Ya he dado a entender que os conservaré —dijo ella.

—Muy bien. Pero ¿qué vas a hacer con nosotros? ¿Por qué has venido a la ciudad?

Vivenna no respondió inmediatamente. «No tiene sentido callarme —pensó—. Ya saben el secreto más peligroso: mi identidad».

—He venido a rescatar a mi hermana —dijo—. A sacarla del palacio del rey-dios y encargarme de que regrese a Idris sana y salva.

Los mercenarios guardaron silencio. Finalmente, Tonk Fah silbó.

—Ambiciosa —comentó, mientras su loro remedaba el silbido.

—Es una princesa —le recordó Denth—. Tienden a serlo.

—Siri no está preparada para tratar con Hallandren —dijo Vivenna, inclinándose hacia delante—. Mi padre la envió en mi lugar, pero no soporto que tenga que servir como esposa del rey-dios. Por desgracia, si la cogemos y nos marchamos sin más, Hallandren probablemente atacará a mi patria. Tenemos que hacerla desaparecer de un modo que no se atribuya a mi pueblo. Si es necesario, podemos cambiarme por mi hermana.

Denth se rascó la barba.

—¿Bien? —preguntó Vivenna.

—Queda un poquito fuera de nuestra experiencia —dijo Denth.

—Lo nuestro normalmente es propinar tundas —dijo Tonk Fah.

Denth asintió.

—O, al menos, impedir que las personas reciban tundas. Lemex nos contrató en parte solo como guardaespaldas.

—¿Por qué no pidió un par de soldados de Idris para que lo protegieran?

Denth y Tonk Fah intercambiaron una mirada.

—¿Cómo podría expresarlo con delicadeza? —argumentó Denth—. Princesa, tu Lemex estaba sisando dinero al rey para gastárselo en aliento.

—¡Lemex era un patriota! —replicó Vivenna.

—Puede que ese sí —respondió Denth—. Pero incluso un buen sacerdote no está a salvo de guardarse unas monedas del cepillo, como si dijéramos. Creo que tu Lemex pensó que sería mejor tener músculos de fuera, en vez de realistas de dentro, para su protección.

Vivenna se calló. Le seguía resultando difícil imaginar que el hombre reflexivo, astuto y apasionado que aparecía en las cartas de Lemex fuera un ladrón. Sin embargo, también era difícil imaginar a Lemex conteniendo tanto aliento como obviamente tenía.

Pero ¿sisar? ¿Robar a la mismísima Idris?

—Siendo mercenario se aprende mucho —dijo Denth, acomodándose con las manos detrás de la cabeza—. Luchas contra un montón de gente, y te das cuenta de que empiezas a comprenderlos. Conservas la vida al adelantarte a ellos. La cosa es que la gente no es simple. Ni siquiera los idrianos.

—Aburridos, sí —observó Tonk Fah—, pero no simples.

—Tu Lemex estaba implicado en grandes proyectos —dijo Denth—. Creo sinceramente que era un patriota. Hay muchas intrigas en marcha en esta ciudad, princesa: algunos de los proyectos en que Lemex trabajaba tenían gran magnitud, y por lo que sé eran por el bien de Idris. Supongo que pensó que debería ser recompensado un poco por su patriotismo.

—Era un hombre amigable, por cierto —dijo Tonk Fah—. No quería molestar a tu padre. Así que hizo unos cuantos cálculos por su cuenta, se dio un ascenso, e indicó en sus informes que sus gastos eran más elevados de lo que en realidad eran.

Vivenna guardó silencio mientras asimilaba aquellas palabras. ¿Cómo podía alguien que robaba dinero a Idris ser también un patriota? ¿Cómo podía una persona fiel a Austre acabar con varios cientos de alientos biocromáticos?

Sacudió tristemente la cabeza. «He visto hombres que se situaban por encima de otros, y los he visto caer», citó para sí. Era una de las Cinco Visiones. No debería juzgar a Lemex, sobre todo ahora que estaba muerto.

—Esperad —dijo, mirando a los mercenarios—. Habéis dicho que solo erais guardaespaldas. Entonces ¿qué hacíais ayudando a Lemex con sus «proyectos»?

Ambos hombres compartieron una mirada.

—Te dije que era lista —repuso Tonk Fah—. Es por no ser mercenaria.

—Somos guardaespaldas, princesa —dijo Denth—. Sin embargo, no carecemos de ciertas... habilidades. Podemos hacer que ocurran cosas.

—¿Cosas?

Denth se encogió de hombros.

—Conocemos gente. Es parte de lo que nos hace útiles. Déjame pensar en este asunto de tu hermana. Tal vez se me ocurra alguna idea. Es un poco como secuestrar...

—Cosa a la que no somos demasiado aficionados —dijo Tonk Fah—. ¿Lo hemos mencionado ya?

—Sí —contestó Vivenna—. Mal negocio. No hay dinero. ¿En qué «proyectos» estaba trabajando Lemex?

—No estoy exactamente seguro de conocerlos todos —admitió Denth—. Solo vimos piezas: hacer encargos, preparar encuentros, intimidar a gente... Tenía algo que ver con trabajar para tu padre. Podemos averiguarlo, si quieres.

Ella asintió.

—Hacedlo.

Denth se puso en pie.

—Muy bien —dijo. Pasó junto al diván de Tonk Fah y dio un golpe en la pierna del hombretón, haciendo que el pájaro graznara—. Vamos, Tonk. Es hora de saquear la casa.

Tonk Fah bostezó y se sentó.

—¡Espera! —dijo Vivenna—. ¿Saquear la casa?

—Claro —respondió Denth, mientras empezaba a subir las escaleras—. Romper cualquier caja de seguridad oculta. Rebuscar en papeles y archivos. Descubrir en qué andaba el viejo Lemex.

—No le importará mucho —dijo el grandullón, poniéndose en pie—. Está muerto y todo eso, ya sabes.

Vivenna se estremeció. Seguía deseando haber podido dar a Lemex un funeral idriano adecuado, en vez de enviarlo al osario común de Hallandren. Hacer que un par de matones rebuscaran entre sus pertenencias parecía indecoroso.

Denth debió de advertir su incomodidad.

—No tenemos que hacerlo, si no quieres.

—Claro —dijo Tonk Fah—. Pero nunca sabremos qué preparaba Lemex.

—Continuad —ordenó Vivenna—. Aunque voy a supervisaros.

—De hecho, dudo que lo hagas —dijo Denth.

—¿Y por qué?



—Porque no conozco a nadie que pida a un mercenario su opinión. Verás...

—Oh, seguid —dijo Vivenna, molesta, aunque inmediatamente se reprendió por su mal humor. ¿Qué le estaba pasando? Los últimos días debían de estar afectándola.

Denth tan solo sonrió, como si encontrara divertido su estallido.

—Hoy es el día en que los Retornados celebran la Asamblea de la Corte, princesa.

—¿Y? —preguntó Vivenna con forzada calma.

—Pues que es también el día en que tu hermana será presentada a los dioses. Sospecho que querrás echarle un buen vistazo, para ver cómo le va. Si vas a hacerlo, tendrás que darte prisa. La Asamblea empezará dentro de poco.

La princesa se cruzó de brazos, sin moverse.

—Me han instruido sobre todas esas cosas, Denth. La gente corriente no puede entrar en la Asamblea. Si quieres ver los juicios, tienes que contar con el beneplácito de uno de los dioses, ser enormemente influyente, o tener suerte y ganar la lotería.

—Cierto —dijo él, apoyándose contra el pasamanos—. Si conociéramos a alguien con suficientes alientos biocromáticos para ser considerado inmediatamente importante, y por tanto ganara la entrada a la corte sin encontrarse con ninguna pega...

—Ah, Denth —dijo Tonk Fah—. ¡Hace falta tener al menos cincuenta alientos para ser considerado digno! Es un número altísimo.

Vivenna vaciló.

—Y... ¿cuántos alientos tengo yo?

—Oh, unos quinientos o así —dijo Denth—. Al menos, eso decía Lemex. Y lo creo. Después de todo, haces que brille la alfombra.

Ella bajó la mirada y vio por primera vez que estaba creando una zona de color aumentado a su alrededor. No era muy fuerte, pero se notaba.

—Será mejor que te pongas en marcha, princesa —dijo Denth, mientras continuaba subiendo las escaleras—. O llegarás tarde.

Siri estaba sentada, nerviosa, rubia de emoción, tratando de contenerse mientras las criadas la peinaban. La Celebración de la Boda, designación que le parecía inadecuada en este caso, había terminado

por fin. Ahora tocaba su presentación formal ante los dioses de Hallandren.

Probablemente estaba demasiado nerviosa. No había pasado tanto tiempo. Sin embargo, la perspectiva de salir por fin, aunque solo fuera para asistir a la corte, casi la mareaba. Por fin podría relacionarse con alguien aparte de sacerdotes, escribas y criados. Por fin conocería a algunos de los dioses de los que tanto había oído hablar.

Además, el rey-dios estaría en la presentación. Las únicas veces que habría podido verlo, durante sus sesiones de miradas nocturnas, él estaba envuelto en sombras. Ahora, al menos lo vería a la luz.

Sonrió, examinándose en el gran espejo. Las criadas le habían arreglado el pelo de una manera sorprendentemente intrincada, parte trenzada, el resto suelto. Habían atado varios lazos a las trenzas y también los habían prendido al pelo suelto. Los lazos titilaron cuando volvió la cabeza. Su familia se habría sentido mortificada ante aquellos ostentosos colores. Siri sonrió con malicia, haciendo que su pelo se volviera un poco más dorado brillante para que contrastara mejor con los lazos.

Las mujeres sonrieron, satisfechas, y un par de ellas dejaron escapar contenidos «ooohs» ante la transformación. Siri se reclinó en su asiento, las manos en el regazo, para elegir los vestidos para su aparición ante la corte. Eran prendas elegantes, no tan complejas como las que llevaba al dormitorio, pero más formales que las que usaba cada día.

Los sacerdotes y criadas vestían de rojo. Eso hizo que Siri quisiera elegir otro color. Al final, se decidió por el dorado, y señaló dos vestidos de dicho tono, haciendo que las mujeres los acercaran para estudiarlos de cerca. Por desgracia, mientras lo hacía, las mujeres cogieron otros tres vestidos dorados de un armario rodante en el pasillo.

Siri suspiró. Era como si quisieran impedirle una elección razonablemente simple. Odiaba ver tantos modelos desaparecer cada día. Si tan solo...

Hizo una pausa.

—¿Podría probármelos todos?

Las criadas se miraron unas a otras, un poco confundidas. Asintieron, transmitiendo con sus expresiones un sencillo mensaje: «Claro que puedes». Siri se sintió como una tonta, pero en Idris nunca había tenido la oportunidad de elegir antes. Sonrió, se puso en pie y dejó que le quitaran la bata y luego la vistieran con el primero de los atuendos, cuidando de no despeinarla. Se miró en el espejo y advirtió que el escote era bastante pronunciado. Estaba dispuesta a soportar el color, pero la cantidad de carne que las hallandrenses mostraban le seguía pareciendo escandalosa.

Asintió, dejando que le quitaran el vestido. Luego le pusieron el siguiente, uno de dos piezas con el corsé por separado. Cuando terminaron, Siri se miró en el espejo. Le gustaba, pero quería probarse también los otros. Así que, después de darse la vuelta e inspeccionar la espalda, asintió y pasó al siguiente.

Era una frivolidad. Pero ¿por qué le preocupaba tanto ser frívola? Su padre no estaba presente para mirarla con aquella cara severa y ceñuda. Vivenna estaba a un reino entero de distancia. Siri era la reina del pueblo de Hallandren. ¿No debería intentar aprender sus costumbres? Sonrió ante la ridícula justificación, pero se probó el siguiente vestido de todas formas.

—Está lloviendo —observó Sondeluz.

—Muy astuto, divina gracia —dijo Llarimar, que caminaba junto a su dios.

—No me gusta la lluvia.

—Lo decís con frecuencia.

—Soy un dios. ¿No debería tener poder sobre el clima? ¿Cómo puede llover si yo no quiero?

—Ahora mismo hay veinticinco dioses en la corte, divina gracia. Tal vez sean más los que desean que haya lluvia que los que no.

La túnica rojo y oro de Sondeluz se agitaba a su paso. La hierba estaba fresca y húmeda bajo sus pies, pero un grupo de criados llevaba un amplio dosel. La lluvia caía suavemente sobre la tela. En T'Telir, los chaparrones eran comunes, pero nunca muy fuertes.

A Sondeluz le habría gustado ver una tormenta de verdad, como las que, según decía la gente, se desataban en las junglas.

—Entonces haré una votación —dijo—. Con los otros dioses. A ver cuántos de ellos querían que lloviera hoy.

—Si así lo queréis, divina gracia. No demostraré gran cosa.

—Demostraré de quién es la culpa. Y... si resulta que la mayoría de nosotros quiere que deje de llover, tal vez se inicie una crisis teológica.

Llarimar no parecía molesto por la idea de un dios que trataba de socavar su propia religión.

—Divina gracia —dijo—, os aseguro que nuestra doctrina es bastante sana.

—¿Y si los dioses no quieren que llueva, pero sigue haciéndolo?

—¿Os gustaría que hiciera sol todo el tiempo, divina gracia?

Sondeluz se encogió de hombros.

—Claro.

—¿Y los granjeros? Sin la lluvia, sus cosechas se estropearían.

—Puede llover sobre las cosechas —dijo Sondeluz—, no en la ciudad. Unas cuantas pautas climatológicas selectivas no deberían ser algo difícil para un dios.

—La gente necesita agua para beber, divina gracia. Es necesario limpiar las calles. ¿Y las plantas de la ciudad? Los hermosos árboles... incluso esta hierba sobre la que os gusta caminar, morirían si no lloviera.

—Bueno. Yo podría *desear* que siguieran viviendo.

—Y eso es lo que hacéis, divina gracia. Vuestra alma sabe que la lluvia es lo mejor para la ciudad, y por eso llueve. A pesar de lo que piense vuestra conciencia.

Sondeluz frunció el ceño.

—Con ese argumento, podrías decir que cualquiera es un dios, Llarimar.

—Cualquiera no regresa de la muerte. Ni tiene el poder de curar a los enfermos, y desde luego tampoco vuestra habilidad de ver el futuro.

«Buenos argumentos», pensó Sondeluz mientras se acercaban al anfiteatro. La gran estructura circular se encontraba al fondo de la Corte de los Dioses, fuera del anillo de palacios que rodeaba el patio. La comitiva entró, sujetando todavía el dosel rojo por encima del dios, y se internaron en el patio cubierto de arena. Luego subieron por una rampa hasta la zona de asientos.

El anfiteatro tenía cuatro filas de asientos para la gente corriente, bancos de piedra que alojaban a los ciudadanos de T'Telir que eran favorecidos, afortunados o lo bastante ricos para entrar en la sesión de la asamblea. Las zonas superiores estaban reservadas para los Retornados. Aquí, lo bastante cerca para oír lo que se decía en el ruedo de arena, pero lo bastante lejos para permanecer apartados, se hallaban los palcos. Tallados en piedra, con adornos, eran bastante grandes para dar cabida al séquito entero de un dios.

Sondeluz vio que varios de sus pares habían llegado ya, identificados por los doseles de colores que asomaban por encima de los palcos. Bendicevidas estaba allí, igual que Mercestrella. Pasaron junto al palco vacío reservado habitualmente para Sondeluz y rodearon el anillo y se acercaron a un palco rematado por un pabellón verde. Encendedora estaba allí. Su vestido verde y plata era espléndido y revelador, como siempre. A pesar de su rico corte y su bordado, era poco más que una larga tela con algunos lazos y un agujero en el centro para su cabeza. Eso lo dejaba completamente abierto por ambos lados desde los hombros hasta las pantorrillas, y los muslos de la diosa asomaban lujuriosamente a cada lado. Se incorporó en su asiento, sonriendo.

Sondeluz inspiró profundamente. Encendedora siempre lo trataba con amabilidad y desde luego tenía una alta opinión de él, pero estando con ella le parecía que tenía que estar en guardia en todo momento. Una mujer como aquella podía hacer lo que quisiera con un hombre.

Podía atraparlo y no soltarlo nunca.

—Sondeluz, querido —dijo, sonriendo más ampliamente mientras los criados del dios avanzaban y emplazaban su sillón, el reposapiés, y una mesita.

—Mis respetos, bella Encendedora. Mi sumo sacerdote me dice que tienes la culpa de este tiempo asqueroso.

Ella alzó una ceja, y a un lado, de pie junto con los otros sacerdotes, Llarimar se ruborizó.

—A mí me gusta la lluvia —dijo por fin, volviendo a repantigarse en su diván—. Es... diferente. Me gusta que las cosas sean diferentes.

—Entonces debo aburrirte terriblemente, querida —dijo Sondeluz, sentándose y cogiendo un puñado de uvas, ya peladas, del cuenco que había en la mesita.

—¿Aburrirme?

—No vivo para otra cosa sino la mediocridad, y la mediocridad rara vez es diferente. De hecho, debería decir que está muy de moda en la corte hoy en día.

—No deberías decir esas cosas. La gente podría empezar a creerte.

—Me malinterpretas. Por eso las digo. Pienso que si no puedo hacer milagros divinos como controlar el clima, entonces bien podría contentarme con el milagro menor de ser quien dice la verdad.

—Hmm —replicó ella, desperezándose, agitando la punta de sus dedos mientras suspiraba feliz—. Nuestros sacerdotes dicen que el propósito de los dioses no es jugar con el tiempo ni prevenir desastres, sino proporcionar visiones y servir al pueblo. Tal vez esta actitud tuya no sea el mejor modo de velar por sus intereses.

—Tienes razón, por supuesto. Acabo de tener una revelación. La mediocridad no es el mejor modo de servir a nuestro pueblo.

—¿Cuál es, entonces?

—Medio hechos sobre un fondo de medallones de patatas dulces —dijo él, llevándose una uva a la boca—. Con una leve capa de ajo y una ligera salsa de vino blanco.

—Eres incorregible. —Sonrió ella, terminando de desperezarse.

—Soy lo que el universo me hizo ser, querida.

—¿Te inclinas entonces ante los caprichos del universo?

—¿Qué más podría hacer?

—Combatirlo —dijo Encendedora. Entornó los ojos, y como ausente extendió una mano para coger una uva de la mano de Sondeluz—. Combatirlo con todo, obligar al universo a inclinarse ante ti.

—Es un enfoque muy estimulante. Pero creo que el universo y yo pertenecemos a categorías de peso ligeramente distintas.

—Creo que te equivocas.

—¿Estás diciendo que estoy gordo?

Ella lo miró con frialdad.

—Lo que digo es que no hace falta que seas tan modesto, Sondeluz. Eres un dios.

—Un dios que ni siquiera puede hacer que deje de llover.

—Yo quiero que haya tormentas y tempestades. Tal vez esta llovizna sea el término medio entre tú y yo.

Sondeluz se metió otra uva en la boca, la aplastó entre los dientes sintiendo el dulce jugo inundar su paladar. Pensó mientras masticaba.

—Encendedora, querida —dijo al fin—. ¿Hay algún tipo de subtexto en nuestra conversación? Porque, como deberías saber, soy muy malo con los subtextos. Me dan dolor de cabeza.

—No te puede doler la cabeza.

—Pues tampoco me lances subtextos. Son demasiado sutiles para mí. Hace falta un esfuerzo de comprensión, y el esfuerzo, por desgracia, va contra mi religión.

Encendedora alzó una ceja.

—¿Un nuevo principio para quienes te adoran?

—Oh, esa religión no. Soy un adorador secreto de Austre. Es una teología tan deliciosamente burda... negro, blanco, nada de molestarse con complicaciones. Fe sin ningún pensamiento molesto.

La diosa cogió otra uva.

—No conoces lo bastante bien el austrismo. Es complejo. Si buscas algo realmente sencillo, deberías probar la fe de Pahn Kahl.

Sondeluz arrugó el ceño.

—¿No adoran a los Retornados, como el resto de nosotros?

—No. Tienen su propia religión.

—Pero todo el mundo sabe que los pahn kahl son prácticamente hallandrenses.

Encendedora se encogió de hombros, contemplando el estadio debajo.

—¿Y cómo nos hemos salido exactamente por esta tangente, por cierto?  
—dijo Sondeluz—. Desde luego, querida, a veces nuestras conversaciones me recuerdan a una espada rota.

Ella alzó una ceja.

—Afilada como el infierno, pero sin punta —añadió él.

Encendedora bufó.

—Tú eres quien pidió verse conmigo, Sondeluz.

—Sí, pero los dos sabemos que tú lo querías. ¿Qué estás planeando?

La diosa hizo girar la uva entre sus dedos.

—Espera —dijo.

Sondeluz suspiró y llamó a un criado para que le trajera nueces. Uno colocó un cuenco sobre la mesa, luego otro se acercó y empezó a cascarlas.

—Primero das a entender que debería unirme a vosotros, y ¿ahora no quieres decirme lo que queréis que haga? Pero bueno, mujer, algún día tu ridículo sentido del drama va a causar serios problemas... como, por ejemplo, aburrimiento en tus interlocutores.

—No es drama —dijo ella—. Es respeto.

Señaló con la cabeza al otro lado del anfiteatro, donde el palco del rey-dios todavía estaba vacío, el trono dorado colocado en un pedestal sobre el palco en sí.



—Ah. Nos sentimos patrióticas hoy, ¿no?

—Más bien es curiosidad.

—¿Por?

—Ella.

—¿La reina?

Encendedora le dirigió una mirada despectiva.

—Pues claro. ¿De quién más podría estar hablando?

Sondeluz descontó los días. Había pasado una semana.

—Ah. ¿Su período de aislamiento ha terminado, entonces?

—Deberías prestar más atención, Sondeluz.

Él se encogió de hombros.

—El tiempo parece pasar más rápido cuando no te das cuenta, querida. En eso, es notablemente similar a la mayoría de las mujeres que conozco.

Y aceptó un puñado de nueces y se acomodó, dispuesto a esperar.

Al parecer, a la gente de T'Telir no le gustaban los carruajes, ni siquiera para transportar a los dioses. Siri, divertida, permanecía sentada mientras un grupo de criados llevaba su silla hacia una gran estructura circular situada al fondo de la Corte de los Dioses. Llovía. No le importaba. Había estado encerrada demasiado tiempo.

Se giró en su silla y miró al grupo de criadas que llevaba la cola de su largo vestido dorado, impidiendo que rozara la hierba mojada. A su alrededor caminaban más mujeres, que sostenían un gran dosel para protegerla de la lluvia.

—¿Podríais apartarlo un poco? —pidió Siri—. ¿Para dejar que la lluvia me caiga encima?

Las criadas se miraron perplejas.

—Solo un poquito —dijo Siri—. Lo prometo.

Las mujeres intercambiaron miradas ceñudas, pero redujeron el paso, permitiendo a los portadores de Siri adelantarse y exponerla a la lluvia. La muchacha alzó la cabeza, sonriendo mientras la llovizna le caía sobre el rostro. «Siete días encerrada es demasiado tiempo», se

dijo. Se regodeó un momento, disfrutando de la fría humedad en su piel y ropas. La hierba parecía llamarla. Miró de nuevo hacia atrás.

—Podría ir andando, ¿sabéis? —«Sentir mis pies en ese fresco verdor...».

Las criadas parecieron muy incómodas ante esa idea.

—O no —dijo Siri, dándose la vuelta mientras las mujeres apretaban el paso, cubriendo de nuevo el cielo con su dosel. Caminar era probablemente mala idea, considerando la larga cola de su vestido. Había acabado por elegir un modelo mucho más atrevido que ningún otro que hubiera llevado jamás. Tenía un curioso diseño que cubría la parte delantera de sus piernas con una breve falda, pero llegaba hasta el suelo por detrás. Lo había escogido en parte por la novedad, aunque se ruborizaba cada vez que pensaba en cuánta pierna mostraba.

Pronto llegaron al anfiteatro y los porteros la llevaron hasta arriba. Siri se interesó al ver que no tenía techo y el suelo estaba cubierto de arena. Justo por encima del suelo, un pintoresco grupo de personas se congregaba en los bancos situados en filas. Aunque algunos llevaban paraguas, muchos ignoraban la ligera lluvia y charlaban amigablemente. Siri le sonrió a la multitud; había representados un centenar de colores distintos y numerosos estilos diferentes de vestir. Era bueno ver de nuevo algo de variedad, aunque esa variedad resultara algo chillona.

Sus porteadores la llevaron hasta un gran saliente de piedra construido en un lado del edificio. Allí, las mujeres clavaron los palos del dosel en unos agujeros abiertos en la piedra, permitiendo que se sostuviera solo y cubriera el palco entero. Los criados corrieron preparando las cosas, y los porteadores bajaron la silla. Siri se levantó, frunciendo el ceño. Por fin estaba libre del palacio. Y, sin embargo, parecía que iba a tener que sentarse por encima de todos los demás. Incluso los otros dioses, que suponía en los otros palcos con dosel, estaban lejos y separados de ella por paredes.

«¿Cómo es que pueden hacer que me sienta sola incluso rodeada por cientos de personas?». Se volvió hacia una de sus criadas.

—¿Dónde está el rey-dios?

La mujer indicó los palcos.

—¿Está en uno de ellos? —preguntó Siri.

—No, señora —dijo la mujer, la mirada gacha—. No llegará hasta que todos los dioses estén aquí.

«Ah. Tiene sentido, supongo».

Volvió a sentarse mientras varios criados preparaban la comida. A un lado, un juglar empezó a tocar una flauta, como para ahogar los sonidos de la gente más abajo. Siri hubiera preferido oír a la gente. Con todo, decidió no ponerse de mal humor. Al menos había salido, y podía ver a otra gente, aunque no pudiera relacionarse con ella. Sonrió para sí, se inclinó hacia delante, los codos sobre las rodillas, y estudió los exóticos colores de abajo.

¿Qué pensar de la gente de T'Telir? Eran sumamente diversos. Algunos tenían la piel oscura, lo que significaba que procedían de las fronteras del reino de Hallandren. Otros tenían el pelo rubio, o incluso extraños colores de cabello, azules y grises, producto de tintes, según supuso.

Todos vestían ropas brillantes, como si no hubiera otra opción. Los sombreros con adornos eran populares, tanto en hombres como en mujeres. Las ropas oscilaban desde chalecos y pantalones cortos a túnicas largas y vestidos. «¡Cuánto tiempo deben de pasar comprando!». A ella le costaba decidir qué ponerse, y solo tenía una docena de opciones cada día... sin sombreros. Después de negarse a los primeros, las criadas habían dejado de ofrecerlos.

Los séquitos fueron llegando uno tras otro, cada uno con un color distinto, normalmente con cierto matiz metálico. Siri contó los palcos. Había espacio para unos cincuenta dioses, pero en la corte solo había un par de docenas. Veinticinco, ¿no? En cada procesión había una figura que sobresalía por encima de las demás. Algunas, sobre todo las mujeres, eran transportadas en sillas o divanes. Los hombres generalmente andaban, algunos vestían intrincadas túnicas, otros solo llevaban sandalias y una falda. Siri se inclinó hacia delante, estudiando a un dios que pasaba junto a su palco. Su pecho desnudo la hizo ruborizarse, pero le permitió ver su cuerpo musculoso y su piel bronceada.

Él la miró y ella asintió levemente con la cabeza como signo de respeto. Sus sirvientes y sacerdotes se inclinaron hasta casi tocar el suelo. El dios continuó su camino, sin decir nada.

Siri permaneció sentada. Negó con la cabeza cuando una de las criadas le ofreció comida. Todavía quedaban cuatro o cinco dioses por llegar. Al parecer, las deidades de Hallandren no eran tan puntuales como la había hecho creer el puntilloso Dedos Azules.

Vivenna atravesó las puertas y entró en el patio de la Corte de los Dioses, dominado por un grupo de grandes palacios. Vaciló, y pequeños grupos de personas la adelantaron, aunque no había una gran muchedumbre.

Denth tenía razón: le había resultado fácil entrar en la corte. Los sacerdotes de la puerta la habían dejado pasar sin preguntarle siquiera su identidad. Incluso habían permitido la entrada a Parlin, dando por sentado que era su ayudante. Se volvió a mirar a los sacerdotes de

túnicas azules. Pudo ver burbujas de color a su alrededor, indicativas de su fuerte biocroma.

La habían informado al respecto. Los sacerdotes que protegían las puertas tenían suficiente aliento para llegar a la Primera Elevación, el estado en que alguien conseguía la habilidad para distinguir niveles de aliento en los demás. Vivenna lo tenía también. No eran las auras o los colores lo que le parecía diferente. De hecho, la habilidad de distinguir alientos era parecida al tono perfecto que había conseguido. Otros oían los mismos sonidos que ella, pero Vivenna tenía la capacidad de distinguirlos y separarlos.

Vio lo cerca que estaba una persona de uno de los sacerdotes antes de que los colores aumentaran, y vio exactamente como esos tonos se volvían más intensos. La información le hizo saber instintivamente que todos los sacerdotes pertenecían a la Primera Elevación. Parlin tenía un aliento. Los ciudadanos corrientes, que tenían que presentar papeles para acceder a la corte, también tenían un solo aliento. Vivenna podía notar lo fuerte que era ese aliento, y si la persona estaba enferma o no.

Los sacerdotes tenían cada uno cincuenta alientos, como la mayoría de los individuos adinerados que entraban por las puertas. Un buen número tenía al menos doscientos alientos, suficientes para la Segunda Elevación y el tono perfecto que esta garantizaba. Solo un par tenían más alientos que Vivenna, que había llegado hasta la Tercera Elevación y la perfecta percepción del color que concedía.

Dejó de estudiar a la multitud. Le habían informado de las Elevaciones, pero nunca había esperado experimentarlas de primera mano. Se sentía sucia. Sobre todo porque los colores eran preciosos.

Sus tutores le habían enseñado que la corte se componía de un amplio círculo de palacios, pero no mencionaron que cada palacio estaba armónicamente equilibrado en su color. Cada uno era una obra de arte, utilizando sutiles gradaciones de color que la gente normal no podría apreciar. Se alzaban en un césped perfecto, de un verde uniforme, recortado cuidadosamente, sin ningún camino ni sendero. Vivenna lo pisó, con Parlin a su lado, y sintió la urgencia de quitarse los zapatos y caminar descalza por la hierba húmeda. Eso no sería nada adecuado, así que reprimió el impulso.

La llovizna estaba empezando a remitir por fin, y Parlin bajó el paraguas que había comprado para mantenerlos a ambos secos.

—Bueno, esto es —dijo, sacudiendo el paraguas—. La Corte de los Dioses.

Vivenna asintió.

—Buen lugar para que las ovejas pasten.

—Lo dudo —dijo ella en voz baja.

Parlin frunció el ceño.

—¿Cabras, entonces? —propuso por fin.

La princesa suspiró, y se unieron a una pequeña procesión que cruzaba la hierba hacia una gran estructura ante el círculo de palacios. Le había preocupado destacar: después de todo, seguía llevando su sencillo vestido idriano, de escote cerrado, tejido práctico y colores apagados. Estaba empezando a darse cuenta de que no había forma de destacar en T'Telir.

La gente a su alrededor llevaba una sorprendente variedad de vestidos que le hicieron preguntarse quién tenía imaginación para diseñarlos. Algunos eran tan modestos como los de Vivenna y otros incluso tenían colores apagados, aunque estos habitualmente tenían por contraste brillantes pañuelos o sombreros. La modestia en el diseño y el color no estaba de moda, pero no era inexistente.

«Todo es cuestión de llamar la atención —pensó—. Los colores blancos y desvaídos son una reacción contra los colores brillantes. Pero como todo el mundo intenta con tanto énfasis parecer distinto, ¡nadie lo es!».

Sintiéndose más segura, miró a Parlin, que parecía más tranquilo ahora que estaban lejos de las grandes multitudes de la ciudad.

—Interesantes edificios —dijo—. La gente lleva demasiado color, pero ese palacio tiene solo un color. Me pregunto por qué será.

—No es un solo color. Son muchos tonos diferentes del mismo color.

Parlin se encogió de hombros.

—El rojo es rojo.

¿Cómo podía explicárselo ella? Cada rojo era diferente, como notas de una escala musical. Las paredes eran de rojo puro. Las tejas, las columnas y otros adornos eran de tonos ligeramente distintos, cada uno diferente e intencionado. Las columnas, por ejemplo, formaban cinco grados de rojo, armonizando con el tono básico de las paredes.

Era como una sinfonía de tonos. El edificio obviamente había sido construido para una persona que había conseguido la Tercera Elevación, ya que solo una persona así podría ver la resonancia ideal. Para los demás... bueno, era solo una mancha de rojo.

Dejaron atrás el palacio rojo y se dirigieron al anfiteatro. La diversión era un elemento central en las vidas de los dioses de Hallandren. Después de todo, no podía esperarse que los dioses hicieran nada útil

con su tiempo. A menudo se divertían en sus palacios o en los jardines, pero para eventos particularmente grandes estaba el anfiteatro, que también servía como emplazamiento para los debates legislativos. Hoy, los sacerdotes discutirían para diversión de sus deidades.

Vivenna y Parlin esperaron su turno mientras la gente se congregaba en la entrada del anfiteatro. Ella se volvió a mirar otra puerta, preguntándose por qué no la utilizaba nadie. La respuesta quedó clara cuando se acercó una figura. Iba rodeado de sirvientes, algunos cargando un dosel. Todos iban vestidos de azul y plata, igual que su líder, quien se alzaba una buena cabeza por encima de los demás. Desprendía un aura biocromática como Vivenna no había visto jamás; aunque, cierto, solo hacía pocas horas que podía verlas. Su burbuja de color aumentado era enorme; se extendía casi diez metros. Para sus sentidos ampliados de la Primera Elevación, el aliento del dios era infinito. Por primera vez, pudo ver que había algo diferente en los Retornados. No eran solo despertadores con más poder; era como si tuvieran un solo aliento, pero tan inmensamente poderoso que los impulsaba a las Elevaciones superiores.

El dios entró en el anfiteatro a través de la puerta abierta. Mientras lo miraba, la sensación de asombro de Vivenna se disipó. Había arrogancia en la pose de aquel hombre, un desdén hacia el modo en que entraba libremente mientras otros esperaban su turno en una entrada repleta.

«Para mantenerse vivo —pensó— necesita absorber el aliento de otra persona cada semana».

Se había permitido relajarse demasiado, y sintió que su repulsión regresaba. El color y la belleza no podían cubrir una vanidad tan grande, ni ocultar el pecado de ser un parásito que vivía a costa de la gente corriente.

El dios desapareció en el anfiteatro. Vivenna esperó, pensando un momento en su propia biocroma y lo que significaba. Se quedó anonadada cuando un hombre junto a ella se alzó súbitamente del suelo.

El hombre se elevó por los aires, levantado por su capa, inusualmente larga. El tejido se había endurecido y parecía una mano mientras alzaba al hombre para que pudiera ver por encima de la multitud. «¿Cómo lo hace?». Le habían dicho que el aliento podía dar vida a los objetos, pero ¿qué significaba «vida»? Parecía como si las fibras de la capa estuvieran tensas, como músculos, pero ¿cómo elevaban algo mucho más pesado?

El hombre descendió al suelo. Murmuró algo que Vivenna no pudo oír, y su aura biocromática se volvió más fuerte cuando recuperó su aliento de la capa.

—Pronto volveremos a avanzar —les dijo el hombre a sus acompañantes—. Ya hay menos gente por delante.

En efecto, la multitud pronto empezó a moverse. No pasó mucho tiempo antes de que Vivenna y Parlin entraran en el anfiteatro. Recorrieron los bancos de piedra, buscando un sitio que no estuviera demasiado abarrotado, y Vivenna miró con urgencia hacia los palcos de arriba. El edificio era recargado, pero no muy grande, así que no tardó en localizar a Siri.

Cuando lo hizo, se le cayó el alma a los pies. «Mi hermana —pensó con un escalofrío—. Mi pobre hermana».

Siri iba vestida con un escandaloso atuendo dorado que no le llegaba ni a las rodillas. También lucía un escote muy pronunciado. Su cabello, que incluso ella debería haber sido capaz de mantener de un tono castaño oscuro, mostraba un amarillo dorado de diversión, y tenía entrelazados lazos rojo oscuro. La atendían docenas de sirvientes.

—Mira lo que le han hecho —susurró Vivenna—. Debe de estar aterrorizada, la pobre, al verse obligada a vestir una cosa así y mantener el pelo de un color a juego con su ropa... —«Obligada a ser la esclava del rey-dios».

Parlin apretó los dientes. No se enfadaba a menudo, pero Vivenna percibió que ahora sí lo estaba. Ella sentía lo mismo. Siri estaba siendo explotada: la mostraban y la exhibían como si fuera una especie de trofeo. Parecía una declaración. Estaban diciendo que podían coger a una casta e inocente mujer de Idris y hacer con ella lo que se les antojara.

«Lo que estoy haciendo está bien —pensó Vivenna con creciente determinación—. Venir a Hallandren fue lo mejor. Puede que Lemex esté muerto, pero yo tengo que continuar. Tengo que encontrar un modo de salvar a mi hermana».

—¿Vivenna? —dijo Parlin.

—¿Hmm?

—¿Por qué empieza a postrarse todo el mundo?

Siri jugueteaba con una borla de su vestido. El último dios estaba sentándose en su palco. «Con este hacen veinticinco —pensó—. Ya deben de estar todos».

De repente, el público empezó a ponerse en pie, y luego a arrodillarse. Siri se levantó para mirar, ansiosa. ¿Qué se estaba perdiendo? ¿Había llegado el rey-dios, o era otra cosa? Incluso los dioses se habían

arrodillado, aunque no se postraron como los mortales. Todos parecían hacer una reverencia hacia Siri. «¿Es algún tipo de saludo ritual hacia su nueva reina?».

Entonces lo vio. Su vestido explotó de color, la piedra a sus pies ganó lustre y su misma piel se hizo más vibrante. Delante de ella, un cuenco blanco empezó a brillar y pareció estirarse hasta que el color blanco se dispersó en los colores del arco iris.

Una criada arrodillada le tiró a Siri de la manga.

—Señora —susurró la mujer—. ¡Detrás de ti!



Conteniendo la respiración, Siri se dio la vuelta. Y se lo encontró detrás, aunque no tenía ni idea de cómo había llegado. No había ninguna entrada trasera por ahí, solo la pared de piedra.

Iba vestido de blanco. Ella no esperaba eso. Algo en su biocroma hacía que el blanco puro se dispersara como había visto antes, rompiéndose como la luz a través de un prisma. Ahora, a la luz del día, pudo verlo por fin adecuadamente. Sus ropas parecían irradiar un arco iris a su alrededor.

Y era joven, mucho más de lo que habían sugerido sus encuentros a oscuras. Supuestamente llevaba décadas reinando en Hallandren, pero aquel hombre parecía no tener más de veinte años. Lo miró asombrada, la boca ligeramente abierta, y cualquier palabra que hubiera intentado decir se esfumó. Aquel hombre era un dios. El mismo aire se distorsionaba a su alrededor. ¿Cómo podía no haberlo visto? ¿Cómo podía haberlo tratado como lo había hecho? Se sentía como una idiota.

Él la miró con expresión neutra e ilegible, el rostro tan controlado que le recordó a Vivenna. Ella no habría sido tan beligerante. Habría merecido casarse con una figura tan majestuosa.

La criada susurró algo, tirando de nuevo del vestido de Siri. Con retraso, ella se arrodilló sobre la piedra, la larga cola de su vestido aleteando suavemente al viento tras ella.

Encendedora se arrodilló obediente sobre su cojín. Sondeluz, sin embargo, permaneció de pie, contemplando al otro lado del estadio a un hombre a quien apenas distinguía. El rey-dios iba vestido de blanco, como hacía a menudo, para causar un efecto dramático. Al ser el único ser que había alcanzado la Décima Elevación, tenía un aura tan fuerte que podía absorber color incluso de algo incoloro.

Encendedora miró a Sondeluz.

—¿Por qué nos arrodillamos? —preguntó él.

—¡Es nuestro rey! —susurró la diosa—. Arrodíllate, idiota.

—¿Qué sucederá si no lo hago? No pueden ejecutarme. Soy un dios.

—¡Podrías perjudicar nuestra causa!

«¿Nuestra causa? —pensó Sondeluz—. ¿Una reunión y ya formo parte de sus planes?».

Sin embargo, no era tan necio para ganarse innecesariamente la ira del rey-dios. ¿Por qué arriesgar aquella vida perfecta, con sirvientes que cargaban su silla a través de la lluvia y le cascaban las nueces? Se arrodilló sobre su cojín. La superioridad del rey-dios era arbitraria, tanto como la divinidad de Sondeluz; ambas formaban parte de un grandioso juego de pretensiones.

Pero había descubierto que las cosas imaginarias eran a menudo lo único que tenía verdadera sustancia en la vida.

Siri respiraba entrecortadamente, arrodillada en el suelo de piedra ante su esposo. Todo el anfiteatro estaba inmóvil y en silencio. Con la mirada gacha, todavía podía ver los pies calzados de blanco de Susebron delante de ella. Incluso los pies emanaban un aura de color, y las tiras blancas de sus sandalias desprendían lazos pintorescos.

Dos cuerdas de colores cayeron al suelo a cada lado del rey-dios. Siri vio cómo las cuerdas se retorcían con vida propia, se envolvían cuidadosamente en torno a Susebron y lo elevaban por el aire. Sus ropajes blancos aletearon mientras era transportado por el espacio entre el dosel y la pared trasera. Siri se inclinó hacia delante para ver las cuerdas depositar a su marido en un saliente de piedra más arriba y sentarlo en un trono dorado. A su lado, un par de sacerdotes despertadores ordenaron a sus cuerdas vivientes enroscarse en sus brazos y hombros.

El rey-dios extendió una mano. La gente se levantó, su conversación comenzó de nuevo y volvieron a sentarse. «Así que no va a sentarse conmigo», pensó Siri mientras se incorporaba. Se sintió aliviada en parte, aunque también frustrada. Estaba superando su asombro por estar en Hallandren, desposada con un dios, pero él había vuelto a impresionarla. Preocupada, se sentó y miró por encima de la multitud, para ver apenas cómo un grupo de sacerdotes entraba en el anfiteatro.

¿Cómo interpretar a Susebron? No podía ser un dios. No lo era en realidad, ¿no?

Austre era el único Dios de los hombres, el que enviaba a los Retornados. Los hallandrenses lo habían adorado también, antes de la Multiguerra y el exilio de la familia real. Solo después de eso habían caído, convirtiéndose en paganos, adoradores de los Tonos Iridiscentes: el aliento biocromático, los Retornados y el arte en general.

Sin embargo, Siri nunca había visto a Austre. Le habían enseñado al respecto, pero ¿qué se podía interpretar de una criatura como el rey-dios? Ese halo divino de color no era algo que pudiera ignorar. Empezaba a comprender cómo el pueblo de Hallandren, después de casi ser destruido por sus enemigos, y luego ser salvado por las habilidades diplomáticas de Dalapaz el Bendito, podía recurrir a los Retornados en busca de guía divina.

Suspiró y miró hacia un lado mientras una figura subía los peldaños hasta su palco. Era Dedos Azules, las manos manchadas de tinta, escribiendo en un libro como de costumbre. Miró al rey-dios, asintió para sí y luego hizo otra anotación en su libro.

—Veo que Su Majestad Inmortal está situado y que estás adecuadamente expuesta, Receptáculo.

—¿Expuesta?

—Por supuesto. Ese es el motivo principal de tu visita. Los Retornados no tuvieron muchas oportunidades de verte cuando llegaste.

Siri se estremeció, tratando de mantener una postura decorosa.

—¿No deberían estar prestando atención a los sacerdotes de ahí abajo? En vez de estudiarme a mí, quiero decir.

—Probablemente —contestó Dedos Azules, sin apartar los ojos de su libro—. En mi experiencia, rara vez hacen lo que se supone que deben hacer.

No parecía especialmente reverente hacia ellos.

Siri dejó correr la conversación. Dedos Azules aún no había explicado su extraña advertencia: «Las cosas no son lo que parecen».

—Dedos Azules —dijo—. Respecto a lo que me dijiste la otra noche. La...

Él le dirigió una mirada, los ojos muy abiertos e insistentes, cortándola en seco. El mensaje era obvio: ahora no.

Siri suspiró, resistiendo la urgencia por desplomarse en el asiento. Abajo, sacerdotes de diversos colores se alzaban en pequeñas plataformas, debatiendo a pesar de la llovizna. Podía oírlos bastante bien, aunque poco de lo que decían tenía sentido para ella: el debate en curso parecía tener algo que ver con la manera en que la basura y las aguas residuales eran tratados en la ciudad.

—Dedos Azules —preguntó—, ¿son de verdad dioses?

El escriba vaciló y finalmente alzó la cabeza de su libro.

—¿Receptáculo?

—Los Retornados. ¿Crees que de verdad son divinos? ¿Que pueden ver el futuro?

—Yo no creo ser el más indicado para responder, Receptáculo. Déjame que traiga a uno de los sacerdotes. Él podrá contestar a tus preguntas. Dame un...

—No —dijo Siri, deteniéndolo—. No quiero la opinión de un sacerdote: quiero la opinión de una persona corriente, como tú. Un seguidor típico.

Él frunció el ceño.

—Mis disculpas, Receptáculo, pero no soy seguidor de los Retornados.

—Pero trabajas en el palacio.

—Y tú vives allí. Sin embargo, ninguno de nosotros dos adora a los Tonos Iridiscentes. Tú eres de Idris. Yo soy de Pahn Kahl.

—Pahn Kahl es igual que Hallandren.

Dedos Azules alzó una ceja y apretó los labios.

—Lo cierto, Receptáculo, es que son bastante distintos.

—Pero os gobierna el rey-dios.

—Podemos aceptarlo como rey sin adorarlo como nuestro dios. Es uno de los motivos por los que soy mayordomo en palacio en vez de sacerdote.

«Sus túnicas —pensó Siri—. Tal vez por eso siempre va de marrón». Se volvió a mirar a los sacerdotes en sus pedestales en la arena. Cada uno vestía un grupo distinto de colores, cada uno representando, supuso, un Retornado diferente.

—Entonces ¿qué piensas de ellos?

—Buena gente, pero equivocados. Un poco lo que pienso de ti, Receptáculo.

Ella lo miró. Dedos Azules, sin embargo, había vuelto a su libro. No era el hombre más fácil con quien mantener una conversación.

—Pero ¿cómo explicas el resplandor del rey-dios?

—Biocroma —dijo el hombre, todavía escribiendo, como si no le molestaran sus preguntas. Obviamente era un hombre acostumbrado a ser interrumpido.

—Los demás Retornados no convierten el blanco en colores como hace él, ¿no?

—No, no lo hacen. Pero claro, tampoco tienen el aliento que tiene él.

—Así que es distinto —concluyó Siri—. ¿Por qué nació con más?

—No nació, Receptáculo. El poder del rey-dios no deriva de la biocroma heredada de ser un Retornado: en eso, es idéntico a los demás. Sin embargo, tiene algo más. La Luz de la Paz, lo llaman. Un concepto curioso para un tesoro de aliento que se cuenta por decenas de miles.

«¿Decenas de miles?», pensó Siri.

—¿Tantos?

Dedos Azules asintió, distraído.

—Se dice que los reyes-dioses son los únicos que consiguen la Décima Elevación. Eso es lo que hace que la luz se descomponga a su alrededor, además de darles otras habilidades. La habilidad para dar órdenes sinvida, por ejemplo, o la habilidad de despertar objetos sin tocarlos, usando solo su voz. Estos poderes no son tanto una función de la divinidad, como de contener tanto aliento.

—Pero ¿dónde lo consiguió?

—La mayoría fue originalmente reunido por Dalapaz el Bendito —dijo Dedos Azules—. Reunió miles de alientos durante los días de la Multiguerra. Los pasó al primer rey-dios de Hallandren. Esa herencia ha sido transferida de padre a hijo durante siglos... y ha sido aumentada, ya que cada rey-dios recibe dos alientos por semana, en vez del aliento semanal que reciben los otros Retornados.

—Oh —dijo Siri, sentándose y sintiéndose extrañamente decepcionada por la reciente noticia. Susebron no era un dios, era simplemente un hombre con mucha más biocroma de lo normal.

Pero... ¿y los propios Retornados? Volvió a cruzarse de brazos, todavía preocupada. Nunca se había visto obligada a analizar objetivamente en lo que creía. Austre era simplemente... bueno, Dios. No cuestionas a la gente cuando hablan de Dios. Los Retornados eran usurpadores que habían expulsado de Hallandren a los seguidores de Austre, no auténticas deidades.

Sin embargo, eran tan majestuosos... ¿Por qué había sido expulsada la familia real de Hallandren? Ella conocía la historia oficial que se enseñaba en Idris, que la realeza no había apoyado los conflictos que condujeron a la Multiguerra. Por eso, el pueblo se rebeló contra ellos. Esa revuelta fue liderada por Kalad el Usurpador.

Kalad. Aunque Siri había evitado la mayoría de sus lecciones, incluso ella conocía las historias de ese hombre. Era el que había dirigido al

pueblo de Hallandren a la herejía de crear sinvidas. Había creado un poderoso ejército de criaturas, como nunca se habían visto en la tierra. Las historias decían que los sinvidas de Kalad eran más peligrosos, nuevos y distintos. Terribles y destructivos. Fue derrotado en última instancia por Dalapaz, que había acabado con la Multiguerra a través de la diplomacia.

Las historias decían que los ejércitos de Kalad estaban todavía ahí fuera, en alguna parte. Esperando el momento para atacar y destruir de nuevo. Siri sabía que esa historia era solo una leyenda contada a la luz de las hogueras, pero seguía dándole escalofríos pensar en ella.

De cualquier forma, Dalapaz se había hecho con el control y detenido la Multiguerra. Sin embargo, no había devuelto Hallandren a sus legítimos gobernantes. Las historias de Idris hablaban de traición. Los monjes hablaban de herejías que estaban demasiado arraigadas en Hallandren.

Sin duda, el pueblo de Hallandren tenía su propia versión de la historia. Ver a los Retornados en sus palcos hizo dudar a Siri. Un hecho estaba claro: las cosas en Hallandren eran mucho menos terribles de lo que le habían enseñado.

Vivenna se estremeció horrorizada mientras la gente con sus coloridos ropajes la rodeaba.

«Aquí las cosas son peores que lo que decían mis tutores», decidió, rebulléndose en su asiento. Parlin parecía haber perdido gran parte de su nerviosismo por verse en medio de semejante multitud. Estaba concentrado en los sacerdotes que debatían en el anfiteatro.

Ella seguía sin poder decidir si el aliento que contenía era horrible o maravilloso. Gradualmente, estaba empezando a comprender que era horrible por lo maravilloso que parecía. Cuanta más gente la rodeaba, más abrumada se sentía por la percepción que de ella le amplificaba el aliento. Sin duda, si Parlin pudiera ver la magnitud total de todos esos colores, no se miraría tan boquiabierto las vestimentas. Sin duda, si pudiera *sentir* a la gente, se sentiría acorralado como se sentía ella, incapaz de respirar.

«Ya es suficiente —decidió—. He visto a Siri, y sé qué han hecho con ella. Es hora de irnos». Se dio la vuelta para marcharse. Y se detuvo.

Había un hombre de pie dos filas más atrás, mirándola. Normalmente, ella no le habría prestado atención. Vestía unos ajados ropajes marrones, desgarrados en algunas partes, y unos pantalones anchos atados a la cintura por una sencilla cuerda. Su vello facial estaba a medio camino entre la barba y el descuido. Iba despeinado y el pelo le llegaba hasta los hombros.

Y creaba una burbuja de color a su alrededor, tan brillante que tenía que ser de la Quinta Elevación. La estaba observando, la miraba a los

ojos, y la princesa tuvo de pronto la súbita y horrorosa sensación de que él sabía exactamente quién era ella.

Retrocedió. El extraño no le quitaba los ojos de encima. Se agitó, echó atrás su capa y reveló una gran espada de negra empuñadura al cinto. Poca gente en Hallandren portaba armas. A ese hombre no parecía importarle. ¿Cómo había conseguido introducirla en la corte? La gente que tenía a los lados le dejó espacio, y Vivenna habría jurado que podía percibir algo en aquella espada. Como si oscureciera los colores. O los hiciera más fuertes. Convertía los pardos en marrones, los rojos en marrones, los azules en casi negros. Como si tuviera su propia biocroma...

—Parlin —dijo, con más brusquedad de lo que pretendía—. Nos marchamos.

—Pero...

—Ahora —dijo Vivenna, volviéndose y echando a andar. Sus recién hallados sentidos biocromáticos le informaron que el hombre la seguía mirando. Ahora que se daba cuenta, comprendía que sus ojos eran lo que la había hecho sentirse tan incómoda.

«Los tutores me hablaron de esto —pensó mientras se dirigían a una de las salidas—. El sentido vital, la habilidad para saber cuándo hay otra gente cerca, y cuándo te están observando. Todo el mundo lo posee en cierto grado. La biocroma lo amplía».

En cuanto entraron en el pasadizo, la sensación de ser observada desapareció, y Vivenna dejó escapar un suspiro de alivio.

—No comprendo por qué quieres marcharte —dijo Parlin.

—Hemos visto lo que nos hacía falta.

—Supongo. Pero pensaba que querrías escuchar lo que estaban diciendo los sacerdotes sobre Idris.

Vivenna se detuvo.

—¿Qué?

Parlin frunció el ceño, levemente inquieto.

—Creo que van a declarar la guerra. ¿No tenemos un tratado?

«¡Santo Dios de los Colores!», pensó Vivenna, dándose media vuelta y corriendo de vuelta hacia el anfiteatro.

—¡No podemos justificar una acción militar contra Idris! —gritó un sacerdote vestido de azul y dorado. Era el sumo sacerdote de Marcaquieta. Sondeluz no se acordaba bien de su nombre. ¿Nanrovah?

La discusión no era nueva. Sondeluz se inclinó hacia delante. Nanrovah y su amo, Marcaquieta, eran dos rancios tradicionalistas. Solían argumentar en contra de todas las propuestas, pero gozaban del respeto general. Marcaquieta era casi tan viejo como Encendedora, y se le consideraba sabio. Sondeluz se frotó la barbilla.

Frente a Nanrovah se encontraba la suma sacerdotisa de Encendedora, Inhanna.

—Oh, por favor —dijo la mujer en la arena—. ¿De verdad tenemos que volver a discutir sobre lo mismo? ¡Idris es un enclave rebelde en las fronteras de nuestro reino!

—Se mantienen apartados —dijo Nanrovah—. Tienen tierras que no queremos.

—¿Tierras que no queremos? —exclamó la sacerdotisa, irritada—. ¡Dominan todos los pasos hacia los reinos del norte! ¡Todas las minas de cobre abiertas! ¡Tienen guarniciones militares capaces de atacar T'Telir! ¡Y siguen diciendo que los gobiernan los reyes legítimos de Hallandren!

Nanrovah guardó silencio y, sorprendentemente, hubo un gran murmullo de asentimiento por parte de los sacerdotes que observaban. Sondeluz los miró con recelo.

—¿Has engrosado el grupo con gente favorable a tu causa? —preguntó.

—Naturalmente —respondió Encendedora—. Igual que han hecho los otros. Solo que yo lo he hecho mejor.

El debate continuó, otros sacerdotes intervinieron para discutir a favor y en contra de un ataque a Idris. Los sacerdotes expresaron la preocupación del pueblo de la nación: parte de su deber era escuchar a la gente y estudiar casos de importancia nacional, y luego discutirlos allí para que los dioses (que no tenían la oportunidad de mezclarse con la gente) pudieran estar informados. Si un tema llegaba a su fin, los dioses juzgaban. Estaban divididos en subgrupos, cada uno responsable de un área determinada. Algunos dioses estaban a cargo de temas civiles; otros, de acuerdos y tratados.



Idris no era un tema nuevo para la Asamblea. Sin embargo, Sondeluz nunca había visto que la discusión se volviera tan explícita y extrema. Se habían discutido sanciones, bloqueos, incluso presión militar. Pero ¿la guerra? Nadie había pronunciado todavía la palabra, pero todos sabían qué era lo que estaban discutiendo los sacerdotes.

Sondeluz no podía espantar las imágenes de sus sueños: visiones de muerte y dolor. No las aceptaba como proféticas, pero reconocía que debían tener algo que ver con las preocupaciones de su subconsciente. Temía las consecuencias de la guerra. Tal vez era solo un cobarde. Parecía que suprimir a Idris resolvería el tema.

—Estás detrás de este debate, ¿verdad? —dijo, volviéndose hacia Encendedora.

—¿Detrás? —dijo ella dulcemente—. Querido Sondeluz, los sacerdotes deciden qué temas se discuten. Los dioses no se molestan con cosas tan mundanas.

—Estoy seguro —contestó él, reclinándose—. Quieres mis órdenes sinvida.

—Yo no diría eso. Solo quiero que estés informado por si...

Guardó silencio cuando Sondeluz le dirigió una dura mirada.

—Ah, Colores —maldijo—. Claro que necesito tus órdenes, Sondeluz. ¿Por qué si no me tomaría la molestia de traerte aquí? Eres una persona muy difícil de manipular, ¿sabes?

—Tonterías. Solo tienes que prometerme que no tendré que hacer nada, y luego haré todo lo que quieras.

—¿Todo?

—Todo lo que no requiera hacer nada.

—Eso no es nada, entonces.

—¿Ah, no?

—No.

—¡Bueno, algo es algo!

Encendedora puso los ojos en blanco.

Sondeluz estaba más preocupado de lo que dejaba entrever. Los argumentos a favor de atacar nunca habían sido tan fuertes. Había pruebas de una concentración de tropas en Idris y los montañeses se

habían comportado de un modo particularmente picajoso con los pasos norteños en los últimos tiempos. Aparte de eso, existía la creciente convicción de que los Retornados eran más débiles que en anteriores generaciones. No menos poderosos en biocroma, sino menos... divinos. Menos benevolentes, menos sabios. Sondeluz estaba de acuerdo.

Habían pasado tres años desde que un Retornado renunciara a su vida por salvar a alguien. La gente se impacientaba con sus dioses.

—Hay algo más, ¿no? —dijo, mirando a Encendedora, que seguía repantigada, comiendo delicadamente cerezas—. ¿Qué es lo que no dicen?

—Sondeluz, querido. Tenías razón. Te metes en asuntos de gobierno, y te corrompen absolutamente.

—Es que no me gustan los secretos. Me desquician, me mantienen despierto por las noches. Meterse en política es como quitarse una venda... es mejor acabar con el dolor rápidamente.

Encendedora hizo una mueca.

—Sonrisa forzada, querido.

—Es lo mejor que puedo hacer en este momento, me temo. Nada me aburre más que la política. Ahora bien, estabas diciendo...

Ella bufó.

—Ya te lo he dicho. El tema de todo esto es esa mujer.

—La reina —dijo él, mirando hacia el palco del rey-dios.

—Enviaron a la que no era. La más joven, en vez de la mayor.

—Lo sé. Muy listos por su parte.

—¿Listos? —dijo Encendedora—. Es absolutamente brillante. ¿Sabes qué fortuna pagamos estos últimos veinte años para espiar, estudiar y saber cosas de la hija mayor? Los que fuimos cuidadosos incluso estudiamos a la segunda hija, la que han hecho monja. Pero ¿la más joven? No se le ocurrió a nadie.

«Y por eso los idrianos han enviado un elemento aleatorio a la corte —pensó Sondeluz—. Un elemento que altera los planes y conspiraciones que nuestros políticos llevan elaborando desde hace décadas».

Sí que era brillante.

—Nadie sabe nada de ella —dijo Encendedora, frunciendo el ceño. Obviamente no le gustaba que la pillaran por sorpresa—. Mis espías en

Idris insisten en que la chica tiene poca importancia... lo cual me hace temer que sea aún más peligrosa de lo que esperaba.

Sondeluz alzó una ceja.

—¿Y no piensas, tal vez, que estás exagerando un poco?

—¿Sí? Y dime, ¿qué harías tú si quisieras introducir un agente en la corte? ¿Enviarías, tal vez, un señuelo que pudieras mostrar, para apartar la atención del agente verdadero, a quien podrías entrenar en secreto con un plan clandestino?

Sondeluz se frotó la barbilla. «Tiene lógica». Vivir entre tanta gente que urdía planes acababa por hacerte ver conspiraciones por todas partes. Sin embargo, el plan que Encendedora sugería tenía muchas probabilidades de ser peligroso. ¿Qué mejor modo de acercarse a un asesino al rey-dios que enviar a alguien para casarse con él?

No, no sería eso. Matar al rey-dios solo causaría que Hallandren se volviera loco. Pero si enviaban una mujer hábil en el arte de la manipulación... una mujer que pudiera envenenar en secreto la mente del rey-dios...

—Tenemos que estar preparados para actuar —dijo Encendedora—. No me quedará cruzada de brazos permitiendo que me arrebaten mi reino: no me echarán sin resistencia, como les pasó a los realistas. Tú controlas a una cuarta parte de nuestros sinvidas. Son diez mil soldados que no necesitan comer, que pueden marchar incansablemente. Si convencemos a los otros tres que tienen la orden de unirse a nosotros...

Sondeluz pensó un instante, luego asintió y se puso en pie.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Encendedora, incorporándose en su asiento.

—Creo que voy a dar un paseo.

—¿Adónde?

Él miró a la reina.

—Oh, benditos Colores —dijo la diosa con un suspiro—. Sondeluz, no lo estropees. Caminamos por una línea muy delicada.

—Lo haré lo mejor posible.

—Supongo que no podré convencerte de que no te relaciones con ella.

—Querida —dijo Sondeluz, mirando hacia atrás—, tengo al menos que hablar con ella. Nada sería más intolerable que ser derrocado por una persona con quien ni siquiera he tenido una agradable conversación.

Dedos Azules se marchó en algún momento del debate. Siri no se dio cuenta: estaba absorta viendo discutir a los sacerdotes.

Tenía que estar entendiéndolo mal. Sin duda, no podían pensar en atacar Idris. ¿Qué sentido tendría? ¿Qué ganaría Hallandren? Cuando los sacerdotes terminaban su discusión sobre ese tema, Siri se volvió hacia una de sus sirvientas.

—¿De qué iba eso?

La mujer bajó la cabeza, sin contestar.

—Parece que hablaban de guerra —dijo Siri—. No serían capaces de invadir, ¿no?

La mujer se agitó, incómoda, y entonces miró a una de sus compañeras, que se marchó. Unos momentos más tarde, la criada regresó con Treledees. Siri frunció levemente el ceño. No le gustaba hablar con aquel hombre.

—¿Sí, Receptáculo? —preguntó el alto sacerdote, mirándola con su habitual aire de desdén.

Siri tragó saliva, negándose a dejarse intimidar.

—Los sacerdotes —dijo—. ¿De qué discutían?

—De tu patria de Idris, Receptáculo.

—Eso ya lo sé. ¿Qué quieren de Idris?

—Me pareció, Receptáculo, que discutían si atacar o no la provincia rebelde y devolverla al control real adecuado.

—¿Provincia rebelde?

—Sí, Receptáculo. Tu gente se halla en un estado de rebelión contra el resto del reino.

—¡Pero si vosotros os rebelasteis contra nosotros!

Treledees alzó una ceja.

«Diferentes puntos de vista sobre la historia, en efecto», pensó Siri.

—Comprendo que alguien pueda pensar como vosotros —dijo—. Pero... no nos atacaríais de verdad, ¿no? Os enviamos a una reina, como exististeis. A causa de eso, el próximo rey-dios será de sangre real. «Suponiendo que el rey-dios actual decida consumir nuestro matrimonio...».

Treledees se encogió de hombros.

—Probablemente no sea nada, Receptáculo. Los dioses simplemente necesitan conocer el clima político actual de T'Telir.

Sus palabras no ofrecían mucho consuelo. Se estremeció. ¿Debería estar haciendo algo? ¿Intentar argumentar en defensa de Idris?

—Receptáculo —dijo Treledees.

Ella lo miró. Su mitra era tan alta que rozaba el dosel. En una ciudad llena de colores y belleza, por algún motivo el rostro alargado de Treledees parecía más sombrío.

—¿Sí?

—Hay una cuestión algo delicada que me temo he de discutir contigo.

—¿Cuál es?

—Estás familiarizada con las monarquías. De hecho, eres la hija de un rey. Doy por sentado que sabes lo importante que es para un gobierno que haya un plan de sucesión seguro y estable.

—Supongo.

—Por tanto, te das cuenta de que tiene gran importancia que se proporcione un heredero lo más pronto posible.

Siri se ruborizó.

—Estamos trabajando en eso.

—Con el debido respeto, Receptáculo, hay cierto grado de discrepancia en ese punto.

Ella se ruborizó todavía más, el pelo se le volvió rojo mientras apartaba la mirada de aquellos ojos crueles.

—Esas discusiones, naturalmente, se ciñen al recinto del palacio —la tranquilizó Treledees—. Puedes confiar en la discreción de nuestro personal y nuestros sacerdotes.

—¿Cómo lo sabéis? —dijo Siri, alzando la cabeza—. Quiero decir, sobre nosotros. Tal vez estamos... Tal vez tendréis vuestro heredero antes de daros cuenta.

Treledees parpadeó una vez, mirándola como si fuera un libro de cuentas al que añadir una cifra.

—Receptáculo, ¿crees sinceramente que traeríamos a una mujer desconocida y extranjera y la pondríamos tan cerca del más sagrado de nuestros dioses sin vigilarla?

Siri sintió que se quedaba sin respiración, y experimentó un momento de horror. «¡Pues claro! —pensó—. Pues claro que están vigilando. Para asegurarse de que no le haga daño al rey-dios, para asegurarse de que las cosas siguen según lo planeado».

Estar desnuda delante de su esposo ya era lo bastante malo. Estar expuesta ante hombres como Treledees, hombres que la veían no como una mujer, sino como una molestia, parecía aún peor. Sin querer, se encogió, cubriéndose con los brazos el pecho y su revelador escote.

—Bien —dijo él, inclinándose hacia delante—. Comprendemos que el rey-dios tal vez no sea lo que esperabas. Puede que incluso sea... difícil trabajar con él. Sin embargo, eres una mujer, y deberías saber cómo utilizar tus encantos para motivarlo.

—¿Cómo puedo «motivarlo» si no puedo mirarlo ni hablar con él?

—Estoy seguro de que encontrarás un modo. Solo tienes una función en este palacio. ¿Quieres asegurarte de que Idris esté protegida? Bueno, danos a los sacerdotes del rey-dios lo que deseamos, y tus rebeldes ganarán nuestro aprecio. Mis colegas y yo tenemos bastante influencia en la corte, y podemos hacer mucho para proteger tu tierra. Todo lo que pedimos es que realices una sola tarea. Danos un heredero. Dale estabilidad al reino. No todo en Hallandren es tan... unitario como puede parecer al principio.

Siri permaneció encogida, sin mirarlo.

—Veo que comprendes —dijo él—. Creo que...

Guardó silencio y se volvió hacia un lado. Una procesión se acercaba al palco de Siri. Sus miembros vestían de rojo y dorado, y una alta figura al frente hacía que brillaran con vibrantes colores.

Treledees frunció el ceño, luego la miró.

—Hablaremos después, si es necesario. Cumple con tu deber, Receptáculo. O habrá consecuencias.

Y tras esas palabras, el sacerdote se retiró.

No parecía peligrosa. Eso, más que otra cosa, hizo a Sondeluz inclinarse a creer en las preocupaciones de Encendedora. «Llevo demasiado tiempo en la corte —pensó mientras sonreía con galantería a la reina—. Toda mi vida, de hecho».

Era pequeña, y mucho más joven de lo que esperaba. Apenas una mujer. Parecía intimidada cuando la saludó, esperando a que sus sirvientes le colocaran el asiento. Se sentó y aceptó algunas uvas de las criadas de la reina, aunque no tenía hambre.

—Majestad, es un placer conocerte, desde luego.

La muchacha vaciló.

—¿Estás seguro?

—Es una forma de hablar, querida —explicó Sondeluz—. Y bastante redundante... cosa que es adecuada, ya que yo soy una persona bastante redundante.

La muchacha ladeó la cabeza. «Colores —pensó él, recordando que ella acababa de terminar su período de aislamiento—. Probablemente soy el único retornado que ha conocido aparte del rey-dios. Qué mala primera impresión». Con todo, no había nada que hacer al respecto. Sondeluz era quien era. Quien fuera que fuese.

—Me alegra conocerte, divina gracia —dijo la reina lentamente. Se volvió mientras una criada le susurraba su nombre—. Sondeluz el Audaz, Señor de los Héroes —dijo, sonriéndole.

Había en ella un aire vacilante. O bien no había sido educada para situaciones formales (cosa que Sondeluz encontraba difícil de creer, ya que se había criado en un palacio), o era una actriz bastante buena. Frunció el ceño para sus adentros.

La llegada de aquella joven debería haber puesto fin a las discusiones sobre la guerra, pero en cambio las había exacerbado. Mantuvo los ojos abiertos, pues temía las imágenes de destrucción que vería en su mente si llegaba a parpadear siquiera. Esperaban como fantasmas de Kalad, flotando más allá de su visión.

No podía aceptar que esos sueños fueran premonitorios. Si lo hacía, significaría que era en efecto un dios. Y si ese fuera el caso, entonces temía enormemente por todos ellos.

En el exterior, simplemente dirigió a la reina su tercera sonrisa encantadora y se metió una uva en la boca.

—No hay necesidad de ser tan formales, majestad. Pronto te darás cuenta de que, entre los Retornados, yo soy con diferencia el menor. Si las vacas pudieran retornar, indudablemente estarían por encima de mí en el escalafón.

Ella vaciló de nuevo, insegura de cómo tratar con él. Era una reacción común.

—¿Puedo preguntar por la naturaleza de tu visita? —preguntó.

Demasiado formal. Inquieta. Incómoda con la gente de alto rango. ¿Era posible que fuera auténtica? No. Probablemente era una actuación para tranquilizarlo, para hacer que la subestimara. ¿O estaba pensando demasiado?

«¡Los Colores te lleven, Encendedora! —pensó—. No quiero ser parte de todo esto».

Casi se retiró. Pero eso no sería muy agradable por su parte, y contrariamente a algunas de las cosas que decía, a Sondeluz le gustaba ser agradable. «Es mejor ser simpático —se dijo, sonriendo para sí—. De esa forma, si alguna vez se apodera del reino, quizá me decapite el último».

—¿Me preguntas por la naturaleza de mi visita? Creo que no tiene naturaleza, majestad, aparte de parecer natural... cosa en la que ya he fallado al mirarte demasiado tiempo mientras pensaba en cuál es tu lugar en todo este lío.

La reina volvió a fruncir el ceño.

Sondeluz se metió otra uva en la boca.

—Maravillosas —dijo, cogiendo otra—. Deliciosamente dulces, envueltas en su propio paquetito. Engaños, en realidad. Tan duras y secas por fuera, pero tan sabrosas por dentro. ¿No crees?

—Nosotros... no tenemos muchas uvas en Idris, divina gracia.

—Yo soy todo lo contrario, ¿sabes? Suave y bello por fuera, aunque sin mucha chicha por dentro. Pero supongo que eso no viene al caso. Tú, querida, eres una visión agradecida. Mucho más que una uva.

—Yo... ¿Cómo es eso, divina gracia?

—No tenemos reina desde hace mucho tiempo, desde antes de mi retorno, en realidad. Y el viejo Susebron ha estado arrastrándose por el palacio como alma en pena últimamente. Se le veía abatido. Es bueno que tenga una mujer en su vida.



—Gracias por el cumplido, divina gracia.

—No hay de qué. Formularé unos cuantos más, si quieres.

Ella no dijo nada.

«Bueno, ya está —pensó él, suspirando—. Encendedora tenía razón. Probablemente no tendría que haber venido».

—Muy bien —dijo la reina, el pelo convertido de pronto en rojo mientras alzaba las manos—. ¿Qué está pasando aquí?

Él vaciló.

—¿Majestad?

—¿Te estás burlando de mí?

—Probablemente.

—¡Pero se supone que eres un dios! —dijo ella, echándose hacia atrás y mirando el dosel—. ¡Justo cuando pensaba que las cosas en esta ciudad empezaban a tener sentido, los sacerdotes empiezan a gritarme, y luego apareces tú! ¿Qué se supone que voy a hacer contigo? ¡Pareces más un niño de escuela que un dios!

Sondeluz vaciló, luego se acomodó en su asiento, sonriendo.

—Me has pillado —dijo, abriendo las manos—. Maté al verdadero dios y ocupé su puesto. He venido a tomarte de rehén por tus dulces.

—¿Ves? —Señaló la reina—. ¿No se supone que tienes que ser... no sé, distinguido o algo?

Él se señaló.

—Querida, esto es lo que hace las veces de ser distinguido en Hallandren.

Ella no pareció convencida.

—Naturalmente, miento más que respiro —dijo él, comiendo otra uva—. No deberías basar tu opinión de los demás en lo que pienses de mí. Todos ellos son mucho más divinos que yo.

La reina se echó hacia atrás.

—Creí que eras el dios de la valentía.

—Técnicamente.

—Pareces más bien el dios de los bufones.

—Solicité el puesto, pero me rechazaron. Deberías ver a la persona que se lo quedó. Aburrido como una roca y el doble de feo.

Siri vaciló.

—No exagero esta vez —aclaró Sondeluz—. Da alegrías, dios de la risa. Si ha habido alguna vez un dios menos adecuado para el puesto, es él.

—No te comprendo. Parece que hay un montón de cosas que no comprendo de esta ciudad.

«Esta mujer no es ninguna farsante —pensó Sondeluz, mirando sus jóvenes y confundidos ojos—. O si lo es, entonces es la mejor actriz que he visto jamás».

Eso significaba algo. Algo importante. Era posible que hubiera razones mundanas para que hubieran enviado a esta muchacha en vez de a su hermana. Enfermedad por parte de la hermana mayor, tal vez. Pero Sondeluz no lo creía. Era parte de algo. Un plan, o tal vez varios. Y fueran cuales fueran aquellos planes, ella no los conocía.

«¡Fantasmas de Kalad! —maldijo mentalmente—. ¡Van a hacer pedazos a esta chiquilla y se la van a dar de comer a los lobos!».

Pero ¿qué podía hacer al respecto? Suspiró y se puso en pie, haciendo que sus sacerdotes empezaran a recoger sus cosas. La muchacha vio confundida como le hacía un gesto con la cabeza y le ofrecía una débil sonrisa de despedida. Se incorporó e hizo una leve reverencia, aunque probablemente no tenía que hacerlo. Era su reina, aunque no fuera una Retornada.

Sondeluz se dio media vuelta para marcharse, pero entonces se detuvo, recordando sus primeros meses en la corte, y la confusión que había experimentado. Extendió una mano y la posó suavemente sobre su hombro.

—No dejes que puedan contigo, niña —susurró.

Y tras esas palabras, se retiró.

Vivenna volvía a la casa de Lemex, analizando la discusión que había oído en la Corte de los Dioses. Sus tutores le habían enseñado que los debates en la Asamblea no siempre acababan en acción: que hablaran de guerra no significaba que fuera a suceder.

Esta discusión, sin embargo, parecía significar más. Era demasiado apasionada, con demasiadas voces a favor de una postura. Eso indicaba que su padre tenía razón, y que la guerra era inevitable.

Caminó con la cabeza gacha por una calle casi desierta. Había descubierto que podía evitar las masas de gente internándose en las zonas más residenciales de la ciudad. Parecía que a la gente de T'Telir le gustaba estar donde estaba todo el mundo.

La calle se hallaba en un barrio pudiente, tenía una acera de pizarra a un lado. Gracias a ella, era agradable caminar. Parlin lo hacía junto a ella, y ocasionalmente se detenía a estudiar helechos o palmeras. A los habitantes de Hallandren les gustaban las plantas; la mayoría de las casas estaban a la sombra de árboles, enredaderas y exóticos matorrales en flor. En Idris, cada una de las grandes casas de aquella calle habría sido considerada una mansión, pero aquí solo eran de tamaño medio: probablemente eran viviendas de mercaderes.

«Necesito concentrarme —se dijo Vivenna—. ¿Van a atacar pronto? ¿O esto es solo el preludio de algo que todavía está a meses, quizá a años de distancia?».

La acción real no tendría lugar hasta que los dioses votaran, y Vivenna no estaba segura de qué hacía falta para llegar a ese punto. Sacudió la cabeza. Solo llevaba un día en T'Telir, y ya sabía que su formación y sus clases no la habían preparado ni la mitad de bien de lo que había creído.

Le parecía que no sabía nada. Y eso la hacía sentirse muy perdida. No era la mujer confiada y competente que había asumido que era. La aterradora verdad era que, si la hubieran enviado a ella para convertirse en la esposa del rey-dios, se habría sentido tan perdida como, sin duda, debía de sentirse ahora la pobre Siri.

Doblaron una esquina. Vivenna confiaba en el sorprendente sentido de la dirección de Parlin para que los llevara de vuelta a la casa de Lemex, y pasaron bajo la mirada de una de las silenciosas estatuas de D'Denir. El orgulloso guerrero se erguía con la espada alzada sobre la cabeza de piedra, la armadura (tallada en la estatua) rematada por un pañuelo rojo que ondeaba alrededor del cuello. Su aspecto era dramático, como si marchara gloriosamente a la guerra.

Poco después se acercaron a los escalones de la casa de Lemex. Vivenna, sin embargo, se detuvo cuando vio que la puerta colgaba de una bisagra. La parte inferior estaba rota, como si le hubieran dado una violenta patada.

Parlin se detuvo junto a ella, luego hizo una mueca y alzó una mano para que Vivenna guardara silencio. Dirigió la mano al largo cuchillo de caza que llevaba al cinto y miró alrededor. Vivenna dio un paso atrás, nerviosa y deseando huir. Sin embargo, ¿adónde podía ir? Los mercenarios eran su única conexión en la ciudad. Denth y Tonk Fah podrían haber repelido un ataque, ¿no?

Alguien se acercó desde el otro lado de la puerta. Los sentidos biocromáticos de Vivenna la advirtieron de la proximidad. Puso una mano sobre el brazo de Parlin, preparada para echar a correr.

Denth abrió la puerta rota y asomó la cabeza.

—Oh —dijo—. Sois vosotros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella—. ¿Os han atacado?

Denth miró la puerta y se echó a reír.

—No —dijo, abriéndola e indicándole que pasara.

Vivenna pudo ver que los muebles habían sido destrozados, que había agujeros en las paredes y los cuadros estaban acuchillados y rotos. Denth entró, apartó a patadas algunas cosas y se dirigió hacia las escaleras. Varios peldaños estaban rotos.

Se volvió a mirar atrás y advirtió su confusión.

—Bueno, dijimos que íbamos a registrar la casa, princesa. Ya puestos, era mejor hacerlo a conciencia.

Vivenna se sentó con cuidado, casi esperando que la silla cediera bajo su peso. Tonk Fah y Denth habían sido concienzudos en su búsqueda: habían roto toda la madera de la casa, incluyendo las patas de las sillas. Por fortuna, la silla en que estaba ahora sentada había sido recompuesta razonablemente bien, y sostenía su peso.

El escritorio de Lemex estaba roto. Habían sacado los cajones, y al descubrir un falso fondo habían vaciado el compartimento. Sobre la mesa había un puñado de papeles y varias bolsas.

—Eso es todo —dijo Denth, apoyándose contra el marco de la puerta. Tonk Fah estaba tumbado en un diván roto cuyo relleno asomaba por todas partes.

—¿Era necesario destrozar tantas cosas? —preguntó Vivenna.

—Había que asegurarse —respondió Denth, encogiéndose de hombros—. Te sorprendería saber dónde esconde cosas la gente.

—¿También dentro de la puerta principal? —preguntó ella sin ninguna entonación.

—¿Se te habría ocurrido mirar allí?

—Por supuesto que no.

—A mí me parece un escondite bastante bueno. Dimos golpecitos y nos pareció que sonaba a hueco. Resultó ser una sección de madera distinta, pero era importante comprobarlo.

—La gente se vuelve muy astuta cuando se trata de esconder cosas importantes —dijo Tonk Fah con un bostezo.

—¿Sabes qué es lo que más odio de ser mercenario? —dijo Denth, levantando una mano.

Vivenna alzó una ceja.

—Las astillas —se respondió, agitando varios dedos rojos.

—No hay paga de peligrosidad —añadió Tonk Fah.

—Oh, estáis de guasa otra vez —dijo Vivenna, examinando la mesa. Una de las bolsas tintineó de manera sugerente. Soltó el nudo y la abrió.

Dentro brillaba oro. Mucho oro.

—Hay algo más de cinco mil marcos —dijo Denth perezosamente—. Lemex lo tenía repartido por toda la casa. Encontramos una barra en la pata de tu silla.

—Fue más fácil cuando descubrimos el papel que usaba para acordarse de dónde lo había escondido todo —observó Tonk Fah.

—¿Cinco mil marcos? —dijo Vivenna, sintiendo que su cabello se aclaraba levemente por la sorpresa.

—Parece que el viejo Lemex estaba guardando bastantes huevos en el nido. —Rio Denth—. Eso, mezclado con la cantidad de aliento que tenía... debe de haberle sacado más a Idris de lo que yo pensaba.

Vivenna miró la bolsa. Luego a Denth.

—Me... lo habéis dado —dijo—. ¡Podríais habéroslo quedado y gastarlo!

—La verdad es que lo hicimos —respondió Denth—. Cogimos unos diez para almorzar. Debe de llegar de un momento a otro.

Vivenna lo miró a los ojos.

—¿Ves lo que te estaba diciendo, Tonks? —Denth miró al hombretón—. Si yo hubiera sido, digamos, un mayordomo, ¿me estaría mirando ella de esa forma? ¿Solo porque no he cogido el dinero y he salido corriendo? ¿Por qué espera todo el mundo que un mercenario le robe?

Tonk Fah gruñó y volvió a desperezarse.

—Examina esos papeles, princesa —continuó Denth, dando una patada al diván de Tonk Fah, y luego señaló hacia la puerta—. Te esperamos abajo.

Vivenna los vio retirarse, Tonk Fah mascullando por tener que ponerse en pie, mientras trozos del relleno se le quedaban pegados a la espalda. Bajaron las escaleras y pronto oyó ruido de platos. Debían de haber enviado en busca de alimento a alguno de los chicos de la calle que pasaban de vez en cuando, ofreciéndose a voz en cuello para traer comida de los restaurantes de la zona.

Vivenna no se movió. Cada vez estaba menos segura de cuál era su función en aquella ciudad. Sin embargo, aún tenía a Denth y Tonk Fah, y sorprendentemente cada vez se sentía más cómoda con ellos. ¿Cuántos hombres del ejército de su padre (buenos hombres, todos ellos) habrían podido resistirse a echar a correr con cinco mil marcos? Por lo visto, aquellos dos mercenarios tenían más fondo de lo que dejaban traslucir.

Volvió su atención a los libros, cartas y papeles que había sobre la mesa.

Varias horas después, Vivenna seguía allí sentada, con una vela solitaria ardiendo y goteando cera sobre la astillada esquina de la mesa. Hacía tiempo que había dejado de leer. Había un plato de comida sin tocar junto a la puerta. Parlin lo había traído un rato antes.

Las cartas estaban repartidas por toda la mesa ante ella. Había tardado su tiempo en ordenarlas. La mayoría mostraban la familiar letra de su padre. No la letra de su escriba, sino la de su propio padre. Esa fue su primera pista. Dedelin solo escribía en persona sus comunicados más personales, o los más secretos.

Mantuvo el pelo bajo control y respiró con calma. No contemplaba por la ventana oscura las luces de una ciudad que debería estar dormida. Simplemente, estaba allí sentada.

Aturdida.

La última carta (la última antes de la muerte de Lemex) estaba en lo alto del montón. Tenía solo unas semanas.

Estimado amigo: Nuestras conversaciones me han preocupado más de lo que querría admitir. He hablado largamente con Yorda y no logramos dar con una solución.

Se avecina la guerra. Todos lo sabemos ya. Las continuas discusiones, cada vez más encendidas, en la Corte de los Dioses muestran una tendencia preocupante. El dinero que te enviamos para comprarte suficiente aliento a fin de que pudieras asistir a esas reuniones es una de las mejores inversiones que he hecho jamás.

Todo apunta a que es inevitable que los sinvidas de Hallandren marchen hacia nuestras montañas. Por tanto, te doy permiso para hacer lo que hemos discutido. Cualquier disrupción que puedas causar en la ciudad, cualquier retraso que puedas conseguirnos, será enormemente valioso. Los fondos adicionales que solicitaste deberían haber llegado ya.

Amigo mío, debo admitir una debilidad propia. Nunca podré enviar a Vivenna para que sea rehén en esa ciudad nido de dragones. Enviarla sería matarla, y no puedo hacer eso. Aunque sé que sería lo mejor para Idris.

Todavía no estoy seguro de lo que voy a hacer. No la enviaré, pues la quiero demasiado. Sin embargo, romper el tratado desatará la ira de Hallandren contra mi pueblo aún más rápidamente. Temo que he de tomar una decisión muy difícil en los próximos días.

Pero esa es la esencia del deber de un rey. Hasta que volvamos a escribirnos, Dedelin, tu señor y amigo.

Vivenna apartó la mirada de la carta. La habitación estaba demasiado silenciosa. Quiso gritarle a la carta y a su padre, tan lejano. Sin embargo, no pudo hacerlo. Había sido educada para lo contrario. Los berrinches eran inútiles muestras de arrogancia. «No llares la atención. No te pongas por encima de los demás. Quien se pone en las alturas acaba por los suelos. Pero ¿qué hay del hombre que asesina a una hija para salvar a la otra? ¿Qué hay del hombre que te dice, a la cara, que el cambio fue por otros motivos? ¿Que era por el bien de Idris? ¿Que no era por una cuestión de favoritismo? Y ¿qué hay del rey que traicionó los más altos preceptos de su religión al comprar aliento para uno de sus espías?».

Vivenna parpadeó para ahuyentar una lágrima, luego apretó los dientes, furiosa consigo misma y con el mundo. Se suponía que su padre era un buen hombre. El rey perfecto. Sabio y culto, siempre seguro de sí mismo y siempre acertado.

El hombre que veía en aquellas cartas era mucho más humano. ¿Por qué la sorprendía tanto descubrirlo?

«No importa —se dijo—. Nada de esto importa». Las facciones del gobierno de Hallandren preparaban a la nación para la guerra. Al leer las sinceras palabras de su padre, finalmente lo creyó por completo. Las tropas de Hallandren marcharían contra su patria mucho antes de que terminara el año. Y entonces los hallandrenses, tan coloridos y tan engañosos, tomarían a Siri como rehén y amenazarían con matarla a menos que Dedelin se rindiera.

Su padre no entregaría su reino. Siri sería ejecutada.

«Pero eso es lo que he venido a impedir». Sus manos apretaron el borde de la mesa, la mandíbula firme. Apartó la lágrima traicionera. Había sido entrenada para ser fuerte cuando estuviera en una ciudad desconocida. Tenía una misión que cumplir.

Se levantó, dejando las cartas sobre la mesa con la bolsa de monedas y el diario de Lemex. Bajó las escaleras, evitando los peldaños rotos, y se acercó a los mercenarios, que enseñaban a Parlin a jugar una partida con cartas de madera. Los tres hombres levantaron la cabeza al verla. Vivenna se sentó en el suelo, en una postura relajada.

Los miró a los ojos mientras hablaba.

—Sé de dónde procedía parte del dinero de Lemex —dijo—. Idris y Hallandren pronto irán a la guerra. A causa de esta amenaza, mi padre le dio a Lemex recursos mucho mayores de lo que yo creía. Envié dinero suficiente para que comprara cincuenta alientos que le permitieran entrar en la corte e informar de lo que allí sucede. Obviamente, mi padre no sabía que Lemex tenía ya una cantidad apreciable de aliento.

Los tres hombres guardaron silencio. Tonk Fah miró a Denth, quien se arrellanó en su silla rota.

—Creo que Lemex seguía siendo leal a Idris —continuó Vivenna—. Sus escritos personales lo dejan relativamente claro. No era un traidor: era simplemente avaricioso. Quería tanto aliento como fuera posible porque había oído que ampliaba la vida. Lemex y mi padre habían planeado retrasar los preparativos de guerra desde dentro de Hallandren. Lemex prometió que encontraría un modo de sabotear los ejércitos sinvida, dañar los suministros de la ciudad, y socavar en general su capacidad para la guerra. Para que lo consiguiera, mi padre le envió una gran suma de dinero.

—¿Unos cinco mil marcos? —preguntó Denth, frotándose la barbilla.

—Menos. Pero igualmente una gran cantidad. Creo que tienes razón respecto a Lemex, Denth: llevaba algún tiempo robándole a la Corona.



Parlin parecía confuso. Eso no era extraño. Los mercenarios, sin embargo, no parecían sorprendidos.

—No sé si Lemex pretendía hacer lo que pidió mi padre —dijo Vivenna, la voz firme—. Por la forma en que escondió el dinero y ciertas cosas que escribió... bueno, tal vez estaba planeando traicionarlo y huir. Ahora no podemos saberlo, pero sí tenemos una vaga lista de las cosas que pretendía hacer. Esos planes fueron lo bastante convincentes para persuadir a mi padre, y la urgencia de sus cartas me ha convencido. Vamos a continuar la labor de Lemex y minar la capacidad bélica de Hallandren.

Hubo un silencio.

—¿Y... tu hermana? —preguntó Parlin, al cabo.

—La sacaremos de aquí —respondió con firmeza—. Su rescate y seguridad es nuestra primera prioridad.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, princesa —observó Denth.

—Lo sé.

Los mercenarios cruzaron una mirada.

—Bien —dijo Denth finalmente, incorporándose—. Será mejor volver al trabajo.

Le hizo un gesto con la cabeza a Tonk Fah, quien suspiró y se puso en pie.

—Esperad —dijo Vivenna, frunciendo el ceño—. ¿Qué haréis?

—Supuse que cuando vieras esos papeles querrías continuar —dijo Denth, desparezándose—. Ahora que he visto lo que planeaba Lemex, comprendo por qué nos hizo hacer ciertas cosas. Una era contactar y apoyar a algunas facciones rebeldes de la ciudad, incluyendo una que fue eliminada hace unas semanas. El culto del desafecto centrado en un tipo llamado Vahr.

—Siempre me pregunté por qué Lemex lo apoyaba —dijo Tonk Fah.

—Esa facción está muerta, junto con el propio Vahr. Pero todavía tiene muchos seguidores esperando que haya problemas. Podemos contactar con ellos. Hay otras pistas que podemos examinar, cosas que Lemex no explicó del todo, pero que podríamos descubrir.

—Y... ¿podrás encargarte de algo así? —preguntó Vivenna—. Acabas de decir que no sería fácil.

Denth se encogió de hombros.

—No lo será. Por si no te has dado cuenta todavía, Lemex nos contrató para este tipo de cosas. Un equipo de tres caros mercenarios especializados no es exactamente el tipo de empresa que contratas para que te sirva el té.

—A menos que quieras que te metan el té por algún sitio incómodo —observó Tonk Fah.

«¿Tres mercenarios? —pensó Vivenna—. Es verdad. Hay otro. Una mujer».

—¿Dónde está el otro miembro de vuestro equipo?

—¿Joyas? —preguntó Denth—. Pronto la conocerás.

—Por desgracia —masculló Tonk Fah entre dientes.

Denth le dio un codazo.

—Por ahora, vayamos a ver cómo van las cosas en nuestros proyectos. Recoge lo que quieras de esta casa. Nos mudaremos mañana.

—¿Mudarnos? —dijo Vivenna.

—A menos que quieras dormir en un colchón que Tonk Fah hizo pedazos —repuso Denth—. Tiene algo contra los colchones.

—Y las sillas —dijo el grandullón alegremente—, y las mesas, y las puertas, y las paredes. Oh, y la gente.

—Sea como sea, princesa, la gente que trabajaba con Lemex conocía bien este edificio. Como has descubierto, no era exactamente el tipo más honrado del mundo. Dudo que quieras cargar con su incómoda herencia.

—Será mejor mudarnos a otra casa —coincidió Tonk Fah.

—Intentaremos no destrozar tanto la próxima.

—Pero no podemos prometerlo —dijo Tonk Fah con un guiño.

Y los dos se marcharon.

Siri esperaba nerviosa ante la puerta del dormitorio de su esposo. Como de costumbre, Dedos Azules la acompañaba; no había nadie más en el pasillo. Escribía en su libreta, sin dar ninguna muestra de cómo sabía siempre cuándo era el momento de que ella entrara.

Por una vez, a Siri no le importó el retraso, nerviosa como estaba. Eso le daba más tiempo para pensar en lo que iba a hacer. Los acontecimientos del día todavía zumbaban en su cabeza: Treledees, diciéndole que tenía que proporcionar un heredero; Sondeluz el Audaz, hablando en circunloquios y luego dejándola con lo que parecía una tibia despedida; su rey y marido, sentado en lo alto de su torre, dispersando la luz a su alrededor; los sacerdotes abajo, discutiendo si invadir o no su patria.

Diversas personas querían empujarla en direcciones distintas, pero ninguna de ellas estaba realmente dispuesta a decirle cómo hacer lo que querían... y algunas ni siquiera se molestaban en decirle qué querían. Lo único que estaban consiguiendo era molestarla. Ella no era ninguna seductora. No tenía ni idea de cómo hacer que el rey-dios la deseara, sobre todo porque le aterrorizaba que lo hiciera.

El sumo sacerdote Treledees le había dado una orden. Por tanto, pretendía mostrarle cómo respondía a las órdenes, en especial cuando iban acompañadas de amenazas. Esta noche entraría en el dormitorio del rey, se sentaría en el suelo y se negaría a desnudarse. Se enfrentaría al rey-dios. Él no la deseaba. Bien, ya estaba cansada de que la mirara todas las noches.

Pretendía explicarle todo eso en términos muy claros. Si quería volver a verla desnuda, tendría que ordenar que las criadas la desnudaran. Dudaba que lo hiciera. Nunca había intentado ningún acercamiento, y cuando había presidido los debates del anfiteatro, se había limitado a sentarse y mirar. Siri empezaba a tener otra impresión de este rey-dios. Era un hombre con tanto poder que se había vuelto perezoso; un hombre que lo tenía todo, y por eso no se molestaba con nada; un hombre que esperaba que los demás lo hicieran todo por él. La gente como él la molestaba. Recordó a un capitán de la guardia de Idris que ordenaba que sus hombres trabajaran duro, mientras se pasaba las tardes jugando a las cartas.

Era hora de que el rey-dios fuera desafiado. Más que eso, era hora de que sus sacerdotes aprendieran que no podían acosarla. Estaba cansada de ser manipulada. Esta noche reaccionaría. Esa era su decisión. Y la ponía más nerviosa que todos los Colores.

Miró a Dedos Azules. Al cabo de un momento, él se dio cuenta.

—¿Me vigilan de verdad cada noche? —susurró ella, inclinándose.

Él vaciló y miró a ambos lados, luego sacudió la cabeza.

Ella frunció el ceño. «Pero Treledees sabía que no me he acostado con el rey-dios».

Dedos Azules alzó un dedo, se señaló los ojos, y luego negó con la cabeza. Entonces señaló sus orejas y asintió. Señaló luego a una puerta al fondo del pasillo.

«Escuchan», comprendió Siri.

Él se acercó más a ella.

—No se atreverían a espiar, Receptáculo —susurró—. Recuerda, el rey-dios es la más sagrada de sus divinidades. Verlo desnudo, verlo con su esposa... no, no se atreverían. Sin embargo, escuchan.

Ella asintió.

—Les preocupa mucho tener un heredero.

Dedos Azules miró nervioso alrededor.

—¿Corro peligro con ellos? —preguntó Siri.

Él la miró a los ojos y luego asintió bruscamente.

—Más peligro de lo que crees, Receptáculo.

Entonces se retiró, señalando la puerta.

«¡Tienes que ayudarme!», silabeó ella.

Dedos Azules negó con la cabeza, las manos juntas: «No puedo. Ahora no». Y abrió la puerta, hizo una reverencia y se marchó, mirando nerviosamente por encima del hombro.

Siri lo miró. Se acercaba el momento en que tendría que acorralarlo y averiguar qué sabía realmente. Hasta entonces, tenía otra gente a quien molestar. Se dio la vuelta y observó la habitación oscura. Su nerviosismo regresó.

«¿Es inteligente esta actitud?». Ser beligerante no la había molestado nunca antes. Sin embargo... su vida no era como había sido antes. El miedo de Dedos Azules la había puesto aún más nerviosa.

Desafío. Siempre había sido su forma de llamar la atención. No había sido obstinada por rencor. Simplemente, nunca había podido medirse con Vivenna, así que hacía lo contrario de lo que se esperaba de ella. Su desafío había funcionado bien en el pasado. ¿O no? Su padre estaba perpetuamente enfadado con ella, y Vivenna siempre la había tratado como a una niña. Los habitantes de la ciudad la amaban, pero también la soportaban.

«No —pensó de repente—. No, no puedo volver a eso. La gente de este palacio, esta corte, no son de la clase que puedes desafiar solo porque estás molesta». Si molestaba a los sacerdotes de palacio, no la reñirían como hacía su padre. Le mostrarían lo que significaba realmente estar en su poder.

Pero ¿qué hacer entonces? No podía seguir quitándose la ropa y arrojándose al suelo desnuda, ¿no?

Sintiéndose confusa, y un poco enfadada consigo misma, entró en la habitación oscura y cerró la puerta. El rey-dios esperaba en su rincón, como siempre en las sombras. Siri lo miró, contemplando aquel rostro demasiado calmado. Sabía que debería desnudarse y arrodillarse, pero no lo hizo.

No porque se sintiera desafiante, ni siquiera enfadada o petulante. Porque estaba cansada de dudar. ¿Quién era ese hombre que podía gobernar a dioses y dispersar la luz con la fuerza de su biocroma? ¿Era solo un malcriado e indolente?

Él la miró. Como antes, no se irritó por su insolencia. Al verlo, Siri tiró de las cintas de su vestido, dejándolo caer al suelo. Fue a quitarse la ropa interior, pero vaciló.

«No —pensó—. Esto tampoco está bien».

Miró la ropa interior: los bordes del atuendo se difuminaron, el blanco se mezclaba con el color. Miró el rostro impassible del rey-dios.

Entonces, tragándose su nerviosismo, Siri dio un paso adelante.

Él se tensó. Ella lo notó en las comisuras de sus ojos y labios. Dio otro paso adelante, el blanco de su atuendo diluyéndose aún más en un prisma de colores. El rey-dios no hizo nada. Solo miró mientras ella seguía acercándose cada vez más.

Se detuvo delante de él. A continuación se giró y se metió en la cama, sintiendo la profunda suavidad bajo ella mientras se colocaba en el centro del colchón. Se sentó sobre los talones, mirando la negra pared de mármol con su brillo de obsidiana. Los sacerdotes del rey-dios esperaban más allá, aguzando el oído para escuchar cosas que en realidad no eran asunto suyo.

«Esto va a ser sumamente embarazoso», pensó, inspirando hondo. Pero se había visto obligada a yacer postrada, desnuda, delante del rey-dios durante más de una semana. Ya no era momento para sentir pudor.

Empezó a dar saltitos en la cama, provocando que los muelles chirriaran. Luego, con cierto resquemor, gimió con sensualidad.

Ojalá sonara convincente. En realidad, no sabía cómo tenía que sonar. ¿Y cuánto tiempo debía continuar? Trató de gemir cada vez más fuerte, de moverse con más brío, durante lo que consideró suficiente tiempo. Entonces se detuvo bruscamente, dejó escapar un último gemido y se desplomó en la cama.

Todo quedó en silencio. Ella alzó los ojos y miró al rey-dios. Parte de su máscara emocional se había suavizado, y mostraba una expresión muy humana de confusión. Ella casi se echó a reír al verlo tan perplejo. Lo miró a los ojos y sacudió la cabeza. Entonces, el corazón latiendo, la piel un poco sudorosa, se tumbó en la cama para descansar.

Cansada por los acontecimientos y las intrigas del día, no tardó en adormilarse. El rey-dios la dejó sola. De hecho, se había tensado cuando ella se acercó, casi como si estuviera preocupado. Incluso asustado de ella.

Eso no podía ser. Era dios y rey de Hallandren, y ella no era más que una niña tonta que se había aventurado en aguas demasiado profundas. No, no estaba asustado; menuda ridiculez. Se contuvo, manteniendo la ilusión para los sacerdotes que escuchaban, y descansó en la lujosa comodidad del lecho.

A la mañana siguiente, Sondeluz no se levantó de la cama.

Sus criados merodeaban en torno a sus aposentos como una bandada de pájaros revoloteando alrededor de un granero. Hacia mediodía, empezaron a agitarse incómodos y mirarse unos a otros.

Sondeluz permaneció en la cama, contemplando el intrincado dosel rojo. Algunos criados se acercaron tímidamente y colocaron una bandeja de comida en una mesita. Él no hizo gesto de tocarla.

Había vuelto a soñar con la guerra.

Finalmente, una figura se acercó a la cama. Grande y vestido con ropas sacerdotales, Llarimar contempló a su dios, sabiendo que se sentía molesto.

—Dejadnos, por favor —les dijo a los criados.

Estos vacilaron, inseguros. ¿Dónde se había visto un dios sin sus sirvientes?

—Por favor —repitió Llarimar, aunque su tono indicó que no era una petición.

Lentamente, los criados salieron de la habitación. Llarimar retiró la bandeja de comida, y se sentó en el filo de la mesita. Estudió al dios con expresión *pensativa*.

«¿Qué he hecho para ganarme un sacerdote como él?», pensó Sondeluz.

Conocía a muchos sumos sacerdotes de otros Retornados, y la mayoría de ellos podían llegar a ser insufribles de mil maneras distintas. Algunos se enfadaban rápidamente, otros se apresuraban a señalar defectos, y había quienes se mostraban tan empalagosamente efusivos hacia sus dioses que resultaban enloquecedores. Treledees, el sumo sacerdote del mismísimo rey-dios, era tan envarado que incluso hacía que los dioses se sintieran inferiores.

En cambio, Llarimar era paciente y comprensivo. Se merecía un dios mejor.

—Muy bien, divina gracia —dijo—. ¿Qué es esta vez?

—Estoy enfermo.

—Os recuerdo que no podéis poneros enfermo, divina gracia.

Sondeluz tosió débilmente varias veces. Llarimar puso los ojos en blanco.

—Oh, venga ya, Veloz. ¿No puedes seguirme un poco la corriente?

—¿Seguir el juego de que estáis enfermo? —repuso el otro, mostrando un atisbo de diversión—. Divina gracia, hacer eso sería pretender que no sois un dios. No creo que sea un buen precedente para que lo establezca vuestro sumo sacerdote.

—Es la verdad —susurró Sondeluz—. No soy ningún dios.

Llarimar no perdió la calma ni la compostura. Tan solo se inclinó hacia delante.

—Por favor, no digáis esas cosas, divina gracia. Aunque no lo creáis, no debéis decirlo.

—¿Por qué no?

—Por el bien de los muchos que sí lo creen.

—¿Y debo continuar engañándolos?

Llarimar sacudió la cabeza.

—No es ningún engaño. No es extraño que haya otros que tengan más fe en uno que uno mismo.

—¿Y no te parece un poco raro en mi caso?

El sacerdote sonrió.

—No, conociendo vuestro temperamento. Bien, ¿por qué ha sido esta vez?

Sondeluz se volvió y miró de nuevo al techo.

—Encendedora quiere mis órdenes para los sinvidas.

—Entiendo.

—Destruirá a esa nueva reina nuestra. A Encendedora le preocupa que la casa real de Idris pretenda hacerse con el trono de Hallandren.

—¿No estáis de acuerdo?

El dios sacudió la cabeza.

—No. Quizá sea como aseguras. Pero no creo que esa muchacha, la reina, sepa que forma parte de nada. Me preocupa que Encendedora aplaste a esa chica por miedo. Me preocupa que sea demasiado agresiva y nos meta en una guerra, cuando no sé todavía si es lo adecuado.

—Parece que ya tenéis una idea clara al respecto, divina gracia —dijo Llarimar.

—No quiero formar parte, Veloz. Siento que me están absorbiendo.

—Es vuestro deber implicaros para poder liderar el reino. No se puede evitar la política.

—Puedo, si no me levanto de la cama.

Llarimar alzó una ceja.

—No lo creeréis sinceramente, ¿verdad, divina gracia?

Sondeluz suspiró.

—No irás a darme un sermón sobre cómo incluso mi inacción tiene efectos políticos, ¿verdad?



El sacerdote vaciló.

—Tal vez. Os guste o no, formáis parte del funcionamiento de este reino, y todos vuestros actos, incluso la decisión de quedaros en la cama, tienen consecuencias. Si no hacéis nada, entonces los problemas serán tan culpa vuestra como si los hubierais instigado.

—No. Creo que te equivocas. Si no hago nada, entonces al menos no puedo estropear las cosas. Ciertamente, puedo dejar que vayan mal, pero no es lo mismo. No lo es, no importa lo que diga la gente.

—¿Y si, al actuar, pudierais hacer que las cosas fueran mejor?

Sondeluz sacudió la cabeza.

—No va a suceder. Me conoces muy bien.

—Así es, divina gracia. Os conozco mejor, tal vez, de lo que pensáis. Siempre habéis sido uno de los mejores hombres que he conocido.

El dios puso los ojos en blanco, pero se detuvo al advertir la expresión de Llarimar. «Uno de los mejores hombres que he conocido...». Sondeluz se incorporó.

—¡Me conociste! —acusó—. Por eso decidiste ser mi sacerdote. ¡Me conociste antes! ¡Antes de que muriera!

Llarimar no respondió.

—¿Quién era yo? —preguntó Sondeluz—. Un buen hombre, sostienes. ¿Qué había en mí que me hacía un buen hombre?

—No puedo decir nada, divina gracia.

—Ya has dicho algo —replicó Sondeluz, alzando un dedo—. Ahora puedes continuar. No hay vuelta atrás.

—Ya he dicho demasiado.

—Vamos. Solo un poquito. ¿Era de T'Telir, entonces? ¿Cómo morí? —«Y ¿quién es ella, la mujer que veo en mis sueños?».

Llarimar no dijo nada más.

—Podría ordenarte que hablaras...

—No, no podríais —dijo el sacerdote, sonriendo mientras se levantaba—. Es como la lluvia, divina gracia. Podéis pretender ordenarle al clima que cambie, pero en el fondo no lo creéis. No obedece, ni obedecería yo.

«Conveniente artículo teológico —pensó Sondeluz—. Sobre todo cuando quieres ocultar cosas a tus dioses».

Llarimar se volvió para marcharse.

—Tenéis pinturas que juzgar, divina gracia. Sugiero que dejéis que vuestros sirvientes os bañen y vistan para que podáis realizar el trabajo del día.

Sondeluz suspiró, desperezándose. «¿Cómo logra ponerme en marcha?», pensó. Llarimar ni siquiera había revelado nada, pero Sondeluz había superado su arrebató de melancolía. Miró al sacerdote cuando este llegaba a la puerta e indicaba a los criados que entraran. Tal vez tratar con deidades hoscas era parte de su trabajo. «Pero... me conocía de antes. Y ahora es mi sacerdote. ¿Cómo sucedió eso?».

—Veloz —llamó Sondeluz. Llarimar se dio media vuelta, precavido, esperando que el dios siguiera indagando en su pasado.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Sondeluz—. ¿Respecto a Encendedora y la reina?

—No puedo decíroslo, divina gracia. Veréis, es por vos de quien aprendemos. Si os guío, entonces no ganamos nada.

—Excepto tal vez la vida de una joven que está siendo utilizada como peón.

Llarimar vaciló.

—Haced lo mejor que sepáis. Es todo lo que puedo sugerir.

«Estupendo», pensó Sondeluz mientras se levantaba. Ignoraba qué era lo mejor que sabía. La verdad era que nunca se había molestado en averiguarlo.

—Esta es bonita —dijo Denth, examinando la casa—. Paneles de madera sólida. Se romperán muy bien.

—Sí —añadió Tonk Fah, asomándose a un armario—. Y tiene espacio de sobra. Apuesto a que podríamos guardar media docena de cadáveres aquí dentro.

Vivenna les dirigió una mirada, haciendo que ambos se echaran a reír. La casa no era tan bonita como la de Lemex, porque ella no quería ser ostentosa. Era una de las muchas construidas a lo largo de una calle bien cuidada. Más profundo que ancho, el edificio estaba flanqueado a cada lado por grandes palmeras que dificultaban las miradas indiscretas.

Estaba encantada. Aquella casa, aunque modesta para los estándares de Hallandren, era casi tan grande como el palacio del rey en Idris. Parlin y ella habían mirado y rechazado casas en barrios más baratos de la ciudad. No quería vivir en un sitio donde le diera miedo salir de noche, sobre todo porque su aliento podía convertirla en objetivo de alguien.

Bajó las escaleras, seguida por los mercenarios. Arriba estaban los dormitorios, y abajo una cocina y un salón, además de un sótano como despensa y trastero. El mobiliario era escaso, y Parlin había ido al mercado a comprar más. Ella no quería gastar dinero, pero Denth señaló que al menos debían intentar guardar las apariencias, so pena de acabar llamando más la atención.

—Pronto se ocuparán de la casa del viejo Lemex —dijo—. Hemos hecho correr el rumor de que ha muerto. Esta noche una banda de ladrones desvalijará la casa y se llevará todo lo que nosotros dejamos. Mañana acudirá la guardia de la ciudad y supondrán que han robado el lugar. Ya hemos pagado a la enfermera, que nunca supo quién era Lemex. Cuando nadie asista a pagar los servicios funerarios, las autoridades confiscarán la casa y harán quemar el cuerpo junto con el de otros deudores.

Vivenna se detuvo al pie de las escaleras, pálida.

—Eso no parece muy respetuoso.

Denth se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? ¿Ir a reclamarlo al osario? ¿Organizar una ceremonia idriana?

—Buen modo de lograr que la gente se haga preguntas —dijo Tonk Fah.

—Es mejor dejar que otros se encarguen de él.

—Supongo —dijo Vivenna, apartándose de las escaleras para dirigirse al salón—. Me molesta dejar su cuerpo en manos de...

—¿De qué? —preguntó Denth, divertido—. ¿De paganos?

Vivenna no lo miró.

—Al viejo no parecían importarle mucho las costumbres paganas —recordó Tonk Fah—. No con el número de alientos que tenía. Pero claro, ¿no le dio tu padre el dinero para comprarlos?

Vivenna cerró los ojos.

«Y ahora tú tienes los mismos alientos —se dijo—. No eres inocente en todo esto».

No le habían dado ninguna oportunidad. Solo podía esperar que su padre se hubiera hallado en la misma situación: ninguna opción más que hacer lo que parecía mal.

Como aún no había asientos, Vivenna se recogió el vestido y se arrodilló en el suelo de madera, las manos en el regazo. Denth y Tonk Fah se sentaron contra la pared, tan cómodos como si estuvieran repantigados en mullidos sillones.

—Muy bien, princesa —dijo Denth, sacando un papel del bolsillo—. Tengo planes para ti.

—Explicate.

—Primero, podemos conseguirte un encuentro con uno de los aliados de Vahr.

—¿Quién era exactamente ese hombre? —dijo Vivenna, frunciendo el ceño. No le gustaba la idea de trabajar con revolucionarios.

—Vahr era un tintorero artesano —dijo Denth—. Las cosas eran feas en esas fábricas: horas interminables, poco más que comida como paga. Hace unos cinco años, Vahr tuvo la brillante idea de convencer a suficientes obreros para que le dieran su aliento e iniciar una revuelta contra sus supervisores. Se convirtió en un héroe de la gente de las plantaciones de flores y acabó por llamar la atención de la Corte de los Dioses.

—En realidad nunca tuvo una oportunidad de iniciar una auténtica rebelión —dijo Tonk Fah.

—Entonces ¿de qué nos sirven sus hombres? —preguntó Vivenna—. Si es que nunca tuvieron una posibilidad de éxito.

—Bueno —respondió Denth—, no dijiste nada de rebeliones y tal. Solo hablaste de ponerles difícil las cosas a los hallandrenses cuando vayan a la guerra.

—Las revueltas en los campos serán un verdadero incordio durante la guerra —observó Tonk Fah.

Vivenna asintió.

—Muy bien. Reunámonos con ellos.

—Quiero recordarte, princesa —dijo Denth—, que no son personas particularmente... sofisticadas.

—No me ofende la pobreza ni la gente de pocos medios. Austre considera a todo el mundo por igual.

—No me refería a eso —repuso Denth, frotándose la barbilla—. No es que sean campesinos, es que... bueno, cuando la insurrección de Vahr salió mal, esta gente fue lo bastante lista para quitarse rápidamente de en medio. Eso significa que no estaban demasiado comprometidos con la empresa.

—En otras palabras —dijo Tonk Fah—, eran solo un puñado de hampones y criminales que pensaban que Vahr podría proporcionarles dinero fácil o influencias.

«Magnífico», pensó Vivenna.

—¿Nos conviene asociarnos con gente así?

Denth se encogió de hombros.

—Tenemos que empezar por alguna parte.

—Las otras cosas de la lista son un poco más divertidas —dijo Tonk Fah.

—¿Por ejemplo?

—Saquear el almacén de sinvidas, por ejemplo —dijo Denth, sonriendo—. No podremos matar a esas criaturas... no sin atraer al resto hacia nosotros, pero podríamos afectar el modo en que actúan.

—Eso parece peligroso.

Denth miró a Tonk Fah, que abrió los ojos. Compartieron una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Vivenna.

—Paga de riesgos —dijo Tonk Fah—. ¡Puede que no robemos tu dinero, pero no tenemos nada en contra de cobrarte un plus de peligrosidad!

Vivenna puso los ojos en blanco.

—Aparte de eso —añadió Denth—, por lo que sé, Lemex quería sabotear el suministro de alimentos a la ciudad. Es una buena idea, supongo. Los sinvidas no necesitan comer, pero sí los humanos que forman la estructura de apoyo del ejército. Interrumpe el suministro, y quizá la gente empiece a preocuparse si pueden permitirse una guerra larga.

—Eso suena más razonable —dijo Vivenna—. ¿Qué se os ha ocurrido?

—Saquear caravanas de mercaderes —dijo Denth—. Quemar cosas, incrementar sus costes. Haremos que parezca obra de bandidos o incluso trasnochados partidarios de Vahr. Eso confundirá a la gente de T'Telir y tal vez dificulte que los sacerdotes decidan ir a la guerra.

—Los sacerdotes dirigen gran parte del comercio en la ciudad —apuntó Tonk Fah—. Tienen todo el dinero, así que poseen los suministros. Quema todo lo que pretendan usar para la guerra, y vacilarán a la hora de atacar. Eso proporcionará más tiempo a tu gente.

Vivenna tragó saliva.

—Vuestros planes son un poco más... violentos de lo que esperaba.

Ambos compartieron una mirada.

—Verás —dijo Denth—. De ahí precisamente surge nuestra mala reputación. La gente nos contrata para que hagamos cosas difíciles, como minar la capacidad para la guerra de un país, y luego se queja si somos demasiado violentos.

—Muy injusto —opinó Tonk Fah.

—Tal vez ella prefiera que compremos cachorritos para sus enemigos, y luego les enviemos bonitas notas de disculpa, pidiéndoles que dejen de ser tan malos.

—¡Y entonces, si siguen adelante, podríamos matar a los cachorritos! —ironizó Tonk Fah.

—Muy bien —dijo Vivenna—. Comprendo que tendremos que usar mano dura, pero... no quiero que los hallandrenses pasen hambre por culpa nuestra.

—Princesa —repuso Denth, más serio—. Esta gente quiere atacar a tu patria. Consideran que tu familia es la mayor amenaza existente para su poder... y van a asegurarse de que nadie de linaje real viva para desafiarlos.

—Tu hermana les proporcionará un hijo que será el próximo rey-dios —dijo Tonk Fah—, y entonces matarán a todas las demás personas de sangre real. Nunca tendrán que volver a preocuparse por vosotros.

Denth asintió.

—Tu padre y Lemex tenían razón. Los hallandrenses tienen todo que perder si no os atacan. Y, por lo que puedo ver, tu pueblo va a necesitar toda la ayuda que podamos ofrecerle. Eso significa esforzarnos al máximo: asustar a los sacerdotes, socavar sus reservas de suministros, debilitar sus tropas.

—No podemos detener la guerra —añadió Tonk Fah—. Solo podemos hacer que la lucha sea un poco más justa.

Vivenna tomó aire, y luego asintió.

—Muy bien, entonces vamos a...

En ese momento la puerta se abrió de par en par, chocando contra la pared. Vivenna alzó la cabeza. En el umbral se alzaba una figura, un hombre alto y fornido de rasgos imprecisos. Ella tardó un momento en captar la otra rareza que presentaba: su piel y sus ojos eran grises. No había color en él, y sus sentidos exacerbados le dijeron a Vivenna que tampoco tenía un solo aliento. Un soldado sinvida.

Vivenna se puso en pie de un salto, reprimiendo apenas un grito. Retrocedió. El gran soldado se quedó allí plantado, inmóvil, sin respirar siquiera. Sus ojos la siguieron: no miraban solo al frente como los de un muerto.

Por algún motivo, a Vivenna eso le pareció espantoso.

—¡Denth! —dijo—. ¿A qué esperáis? ¡Atacad!

Los mercenarios se quedaron donde estaban, tumbados en el suelo. Tonk Fah apenas abrió un ojo.

—Ah, bueno —dijo Denth—. Parece que la guardia nos ha descubierto.

—Lástima —comentó el otro—. Parecía que esto iba a ser un trabajo divertido.

—Ahora solo nos espera la ejecución —dijo Denth.

—¡Atacad! —gritó Vivenna—. Sois mis guardaespaldas, sois... —Se calló cuando los dos hombres empezaron a reírse. «Oh, Colores, otra vez no»—. ¿Qué pasa? —dijo—. ¿Es algún tipo de broma? ¿Habéis pintado de gris a este hombre? ¿Qué es lo que pasa?

—Muévete, roca con piernas —dijo una voz detrás del sinvida.

La criatura entró en la habitación, cargando con un par de sacos de lona sobre los hombros. Lo seguía una mujer más baja. Ancha de caderas y de busto, el pelo castaño claro le caía hasta los hombros. Se quedó allí plantada con las manos en las caderas, con aspecto irritado.

—Denth —dijo—, él está aquí. En la ciudad.

—Bien —respondió Denth, acomodándose de nuevo—. Le debo a ese hombre una espada en la barriga.

La mujer bufó.

—Mató a Arsteel. ¿Qué te hace pensar que podrás vencerlo?

—Siempre he sido mejor espadachín —repuso Denth tranquilamente.

—Arsteel también era bueno. Ahora está muerto. ¿Quién es esa mujer?

—La nueva jefa.

—Espero que viva más que el último —gruñó ella—. Clod, suelta eso y trae el otro saco.

El sinvida depositó los sacos en el suelo y salió. Vivenna se quedó observando, pues ya había comprendido que la mujer bajita era Joyas, el tercer miembro del equipo. ¿Qué estaba haciendo con un sinvida? ¿Y cómo había encontrado la nueva casa? Denth debía de haberle enviado un mensaje.

—¿Qué pasa contigo? —dijo Joyas, mirando a Vivenna—. ¿Vino un despertador y te robó tus colores?

Vivenna vaciló.

—¿Qué?

—Quiere decir que por qué pareces tan sorprendida —tradujo Denth.

—Eso, y que su pelo es blanco —precisó Joyas, acercándose a los sacos.



Vivenna se ruborizó, advirtiendo que la sorpresa la había traicionado. Devolvió su pelo a su adecuado color oscuro. El sinvida regresó cargando con otro saco.

—¿De dónde ha salido esa criatura? —preguntó Vivenna.

—¿Quién? —replicó Joyas—. ¿Clod? Lo creé a partir de un cuerpo muerto, obviamente. No lo hice en persona: le pagué a alguien para que lo hiciera.

—Demasiado dinero —añadió Tonk Fah.

La criatura volvió a entrar en la casa. No era extraordinariamente alto, como los Retornados. Podría haber sido un hombre normal, aunque musculoso. Solo el color de la piel, mezclado con el rostro inexpresivo, era diferente.

—¿Lo ha comprado? —preguntó Vivenna—. ¿Cuándo? ¿Ahora mismo?

—No —contestó Tonk Fah—, hace meses que tenemos a Clod.

—Es útil tener un sinvida cerca —dijo Denth.

—No me habíais hablado de esto —repuso Vivenna, tratando de no parecer histérica. Primero había tenido que tratar con la ciudad y todos sus colores y su gente. Luego había recibido una dosis no deseada de aliento. Ahora se enfrentaba con la más abyecta de las abominaciones.

—No salió el tema —contestó Denth, encogiéndose de hombros—. Son bastante corrientes en T'Telir.

—¡Estábamos hablando de derrotar a estos seres, no de ampararlos!

—Hablamos de derrotar a algunos de ellos —dijo Denth—. Princesa, los sinvidas son como las espadas. Son herramientas. No podríamos destruirlos a todos aunque nos lo propusiéramos. Solo a los que son utilizados por tus enemigos.

Vivenna se deslizó por la pared y se sentó en el suelo de madera. El sinvida soltó su último saco, y luego Joyas señaló el rincón. La criatura se alejó y se quedó allí de pie, esperando nuevas órdenes.

—Tomad —dijo Joyas a los otros dos, desatando el último saco, más grande—. Queríais esto.

Lo volcó de lado, revelando el brillante metal que tintineaba en su interior.

Denth sonrió y se puso en pie. Despertó de una patada a Tonk Fah (el hombretón tenía una sorprendente habilidad para quedarse dormido en

un momento) y se acercó al saco. Sacó varias espadas, brillantes y de aspecto flamante, con hojas largas y finas. Denth dio unos cuantos mandobles mientras Tonk Fah se acercaba y sacaba dagas de mortífero aspecto, algunas espadas más cortas, y luego unos chalecos de cuero.

Vivenna se quedó sentada, la espalda apoyada en la pared, controlando la respiración para calmarse. Trató de no sentirse amenazada por el sinvida del rincón. ¿Cómo podían comportarse de esa forma, ignorándolo así? Era tan innatural que le daban ganas de chillar. Al cabo de un rato, Denth reparó en ella. Le dijo a Tonk Fah que engrasara las espadas, y luego se sentó delante de Vivenna, apoyando las manos en el suelo tras él.

—¿Ese sinvida va a ser un problema, princesa?

—Sí —respondió ella, cortante.

—Entonces tendremos que resolverlo —dijo él, mirándola a los ojos—. Mi equipo no puede funcionar si le atas las manos. Joyas ha dedicado mucho esfuerzo a aprender cómo se utilizan los sinvidas, por no mencionar aprender a mantenerlo.

—No lo necesitamos.

—Sí, sí que lo necesitamos. Princesa, has traído un montón de prejuicios a esta ciudad. No es cosa mía decirte qué hacer con ellos. Solo soy tu empleado. Pero te diré que no sabes la mitad de las cosas que crees saber.

—No es lo que «creo saber», Denth. Es lo que *creo*. No se debe abusar del cuerpo de una persona haciéndolo que vuelva a la vida para servirte.

—¿Por qué no? Vuestra propia teología dice que el alma se marcha cuando muere el cuerpo. El cadáver es solo tierra reciclada. ¿Por qué no utilizarlo?

—Está mal.

—La familia del cadáver recibió un buen dinero por el cuerpo.

—No importa.

Denth se inclinó hacia delante.

—Muy bien, pues. Pero si le ordenas a Joyas que se marche, nos lo ordenas a todos. Te devolveré tu dinero, y luego te conseguiremos otro equipo de guardaespaldas. Podrás usarlos a ellos.

—Creí que eras mi empleado —replicó Vivenna.

—Lo soy. Pero puedo renunciar cuando quiera.

Ella continuó sentada, inquieta.

—Tu padre estaba dispuesto a usar medios que no le gustaban —añadió Denth—. Júzgalo si debes, pero dime una cosa: si utilizar un sinvida pudiera salvar tu reino, ¿quién eres tú para decir que no?

—¿Por qué te importa?

—No me gusta dejar las cosas a medias.

Vivenna apartó la mirada.

—Interprétalo de esta forma, princesa —dijo él—. Puedes trabajar con nosotros, cosa que te dará oportunidades para explicar tus puntos de vista y tal vez cambiar nuestra forma de pensar sobre temas como los sinvidas o la biocroma. O puedes despedirnos. Pero si nos rechazas por nuestros pecados, ¿no será una actitud arrogante? ¿No dicen algo al respecto las Cinco Visiones?

Vivenna frunció el ceño. «¿Cómo sabe tanto sobre el austrismo?».

—Me lo pensaré —dijo—. ¿Para qué ha traído Joyas todas esas espadas?

—Necesitaremos armas —dijo Denth—. Ya sabes, tiene que ver con toda esa violencia que mencionamos antes.

—¿No las tenéis ya?

Él se encogió de hombros.

—Tonk suele llevar una porra o un cuchillo; las espadas llaman la atención en T'Telir. Es mejor no destacar, a veces. Tu pueblo tiene una visión interesante sobre este tema.

—Pero ahora...

—Ahora no tenemos más remedio. Si continuamos adelante con los planes de Lemex, las cosas se van a poner peligrosas. —La miró—. Lo cual me recuerda que tengo otra cosa en la que quiero que pienses.

—¿Qué cosa?

—Esos alientos que tienes. Son una herramienta. Igual que los sinvidas. Sé que no estás de acuerdo en cómo se obtuvieron. Pero el hecho es que los tienes. Si una docena de esclavos muere por forjar una espada, ¿sirve de algo fundir la espada y negarse a utilizarla? ¿O es mejor usar

esa espada y tratar de detener a los hombres que causaron el mal en primer lugar?

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó Vivenna, aunque seguramente ya lo sabía.

—Deberías aprender a utilizar los alientos. A Tonk y a mí nos vendría bien una despertadora que nos respaldase.

La princesa cerró los ojos. ¿Tenía que agobiarla con eso ahora, justo después de darle la vuelta a sus preocupaciones sobre los sinvidas? Esperaba encontrar incertidumbres y obstáculos en T'Telir, pero no tantas decisiones difíciles. Y no había previsto que pusieran en peligro su alma.

—No voy a convertirme en despertadora, Denth —dijo con voz tranquila—. Puede que haga la vista gorda respecto a ese sinvida, por ahora. Pero espero llevarme estos alientos al lecho de muerte para que nadie más pueda beneficiarse de ellos. No importa lo que digas, si compras esa espada forjada por esclavos explotados, tan solo animarás a los mercaderes malvados.

Denth guardó silencio. Entonces asintió y se puso en pie.

—Tú eres la jefa, y es tu reino. Si fracasamos, lo único que yo pierdo será un patrón.

—Denth

—dijo Joyas, acercándose. Apenas dirigió una mirada a Vivenna—. No me gusta esto. No me gusta el hecho de que él llegara aquí primero. Tiene aliento... los informes dicen que parecía haber llegado al menos a la Cuarta Elevación. Tal vez la Quinta. Apuesto a que lo consiguió de ese rebelde, Vahr.

—¿Cómo sabes siquiera que se trata de él? —preguntó Denth.

Joyas hizo una mueca.

—La noticia está en la calle. Gente hallada muerta en los callejones, las heridas corrompidas y negras. Avistamientos de un nuevo y poderoso despertador que recorre la ciudad con una espada de empuñadura negra en una vaina de plata. Es Tax, desde luego. Aunque ahora usa un nombre distinto.

Denth asintió.

—Vasher. Lo usó antes ya. Es un chiste por su parte.

Vivenna frunció el ceño. «Espada de empuñadura negra. Vaina de plata. ¿El hombre del anfiteatro?».

—¿De quién estamos hablando?

Joyas le dirigió una mirada molesta, pero Denth solo se encogió de hombros.

—De un... viejo amigo nuestro.

—Es problemático —dijo Tonk Fah, acercándose—. Tax tiende a dejar un montón de cadáveres a su paso. Tiene extrañas motivaciones... no le gusta pensar como los demás.

—Está interesado en la guerra por algún motivo, Denth —dijo Joyas.

—Pues que siga así. Eso acabará por cruzarlo antes en mi camino.

Se dio media vuelta, agitando una mano con indiferencia. Vivenna lo vio marcharse, notando la frustración en su paso, lo cortante de sus movimientos.

—¿Qué tiene de peculiar? —le preguntó a Tonk Fah.

—Tax... o Vasher, supongo, mató a un buen amigo nuestro en Yarn Dred hace un par de meses. Denth tenía a cuatro miembros en este equipo.

—No debería haber sucedido —terció Joyas—. Arsteel era un duelista brillante, casi tan bueno como Denth. Vasher nunca ha podido derrotar a ninguno de ellos.

—Utilizó esa... espada suya —murmuró Tonk Fah.

—No había ninguna negrura en torno a la herida —dijo Joyas.

—Entonces se ocupó de quitar la negrura —replicó Tonk Fah, viendo como Denth se ataba una espada al cinto—. Es imposible que Vasher derrotara a Arsteel en un duelo justo. Imposible.

—Ese Vasher... —dijo Vivenna, casi sin querer—. Lo vi.

Joyas y Tonk Fah se volvieron bruscamente.

—Estaba en la corte ayer. Un hombre alto, con espada, cuando nadie más lo hacía. Empuñadura negra y vaina plateada. Solo una cuerda por cinturón. Me miraba desde atrás. Parecía... peligroso.

Tonk Fah maldijo en voz baja.

—Es él —dijo Joyas—. ¡Denth!

—¿Qué?

Joyas señaló a Vivenna.

—Va un paso por delante de nosotros. Ha estado siguiendo a tu princesa.

—¡Colores! —maldijo Denth, guardando una espada de duelo en la vaina de su cintura—. ¡Colores, Colores y Colores!

—¿Qué pasa? —preguntó Vivenna, palideciendo—. Tal vez fuera solo una coincidencia. Puede que fuera solo a ver los debates.

Denth negó con la cabeza.

—No existen las casualidades cuando de ese hombre se trata, princesa. Si te estaba observando, entonces puedes apostar por los Colores a que sabe exactamente quién eres y de dónde vienes. —La miró a los ojos—. Y probablemente planea matarte.

Vivenna guardó silencio.

Tonk Fah le puso una mano en el hombro.

—No te preocupes, niña. También quiere matarnos a nosotros. Al menos estás en buena compañía.

Por primera vez en las varias semanas que llevaba en palacio, Siri esperaba ante la puerta del rey-dios sin sentirse preocupada ni cansada.

Dedos Azules, extrañamente, no escribía en su libreta. La observaba en silencio, con expresión indescifrable.

Siri casi sonrió para sí. Atrás habían quedado los días en que yacía en el suelo, intentando incómodamente permanecer arrodillada mientras su espalda se quejaba. Atrás habían quedado los días en que dormitaba sobre el mármol, el vestido como único colchón. Desde que tuvo valor suficiente para meterse en la cama la semana anterior, había dormido bien cada noche, cómoda y cálida. Y ni una sola vez la había tocado el rey-dios.

Era un buen acuerdo. Los sacerdotes, aparentemente satisfechos porque cumplía con sus deberes maritales, la dejaban en paz. No tenía que estar desnuda delante de nadie, y empezaba a aprender la dinámica social del palacio. Incluso había asistido a unas cuantas sesiones de la Asamblea de la Corte, aunque no se había relacionado con los Retornados.

—Receptáculo —dijo en voz baja Dedos Azules.

Ella se volvió hacia él, alzando una ceja.

Dedos Azules se agitó, incómodo.

—¿Has... has encontrado un modo de que el rey responda a tus avances?

—Te has enterado, ¿eh? —preguntó ella, mirando hacia la puerta. Su sonrisa interior se ensanchó.

—En efecto, Receptáculo —dijo Dedos Azules, dando golpecitos desde abajo a su libro de cuentas—. Solo la gente de palacio lo sabe, por supuesto.

«Bien», pensó ella. Miró hacia un lado.

Dedos Azules no parecía satisfecho.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Ya no corro peligro. Los sacerdotes pueden dejar de preocuparse por un heredero.

«Durante unos meses, al menos. Acabarán por sospechar tarde o temprano».

—Receptáculo —dijo el escriba con un ronco susurro—. ¡Cumplir con tu deber como receptáculo era el peligro!

Ella frunció el ceño y lo miró mientras él seguía dando golpecitos en su carpeta.

—Oh, dioses, oh, dioses... —susurraba para sí.

—¿Qué pasa?

—No debería decirlo.

—Entonces ¿qué sentido tiene mencionarlo? Sinceramente, Dedos Azules, eres frustrante. Me dejas confusa, y es entonces cuando puedo empezar a hacer preguntas...

—¡No! —repuso él bruscamente y miró hacia atrás, con un pequeño escalofrío—. Receptáculo, no debes hablarle a nadie de mis temores. Son una tontería, nada con lo que haya que molestar a nadie. Solo...

—¿Qué?

—No debes darle un hijo —dijo por fin—. Ese es el peligro, tanto para ti como para el propio rey-dios. Todo esto... todo lo que pasa en este palacio... no es lo que parece ser.

—Es lo que dice todo el mundo. Si no es lo que parece, entonces dime qué es.

—No hay ninguna necesidad. Y no volveré a hablar de esto. Después de esta noche, irás sola al dormitorio... obviamente ya conoces bien la pauta. Solo espera un centenar de latidos o así después de que las mujeres te saquen del vestidor.

—¡Tienes que decirme algo!

—Receptáculo, te aconsejo que por favor hables en voz baja. No sabes cuántas facciones actúan y se mueven dentro del palacio. Yo soy miembro de muchas de ellas, y una palabra errada por tu parte podría... no... conllevaría mi muerte. ¿Lo entiendes?

Ella vaciló.

—No debería poner mi vida en peligro por tu causa —dijo Dedos Azules—. Pero hay cosas en este acuerdo que no me satisfacen. Y por eso te hago esta advertencia: evita darle un hijo al rey-dios. Si quieres saber



más, lee tus historias. Sinceramente, creía que vendrías algo más preparada.

Y el hombrecito se marchó.

Siri sacudió la cabeza, luego suspiró, abrió la puerta y entró en la cámara. Cerró la puerta y miró al rey-dios, que la observaba como siempre, y se quitó el vestido, dejándose la ropa interior. Se dirigió a la cama y se sentó, esperó unos minutos antes de subirse de rodillas y empezar a dar botes y gemir. Modificó sus movimientos un par de veces, volviéndose creativa.

Cuando terminó, se arrebujó en las mantas y se tumbó a pensar. «Qué abstruso se ha mostrado Dedos Azules», pensó con frustración. Lo poco que Siri sabía de intrigas políticas le indicaba que la gente prefería ser sutil, incluso abstrusa, para prevenir verse implicada en nada.

«Lee tus historias...».

Parecía una sugerencia extraña. Si los secretos fueran tan visibles, entonces ¿por qué habrían de ser peligrosos?

Con todo, mientras pensaba, no se sentía agradecida hacia Dedos Azules. No podía echarle en cara su vacilación. Probablemente ya se había puesto en peligro más de lo que debería. Sin él, ella ni siquiera sabría que también corría riesgos.

En cierto sentido, era el único amigo que tenía en la ciudad, una persona, como ella misma, traída de otro país. Un país ensombrecido por la hermosa y osada Hallandren. Un hombre que...

Sus pensamientos se interrumpieron. Notó algo extraño. Abrió los ojos.

Alguien se alzaba sobre ella en la oscuridad.

A su pesar, Siri soltó un gritito de sorpresa. El rey-dios dio un respingo hacia atrás, tropezando. Con el corazón desbocado, ella retrocedió en la cama, subiéndose las mantas hasta el pecho... aunque, naturalmente, él la había visto desnuda tan a menudo que era un gesto ridículo.

El rey-dios estaba allí de pie, vestido de oscuro, con aspecto incierto a la luz titilante de la chimenea. Siri nunca le había preguntado a las criadas por qué vestía de negro. Cabría pensar que preferiría el blanco, el color que podía afectar de forma tan drástica con su biocroma.

Durante unos minutos, Siri permaneció arrebujada en las mantas, luego se obligó a relajarse. «Deja de ser tan tonta —se ordenó—. Él ni siquiera te ha amenazado nunca».

—No pasa nada —dijo en voz baja—. Es que me has asustado.

Él la miró. Y, con un sobresalto de sorpresa, Siri se dio cuenta de que era la primera vez que le hablaba desde su estallido de la semana anterior. Ahora que estaba de pie, podía verlo aún mejor: parecía heroico. Alto, ancho de hombros, como una estatua. Humano, pero de proporciones más dramáticas. Con cuidado, mostrando más incertidumbre de lo que había esperado de un hombre que tenía el título de rey-dios, él volvió a acercarse a la cama. Se sentó en el borde.

Entonces levantó una mano hacia ella.

«Ay, Austre —pensó la joven con súbita angustia—. ¡Ay, Dios, Señor de los Colores! ¡Ya está! ¡Por fin va a tomarme!».

No pudo controlar los temblores. Se había convencido de que estaba a salvo. No debería tener que pasar por esto. ¡No otra vez!

«¡No puedo hacerlo! ¡No puedo! Yo...».

El rey-dios sacó algo de su camisa y luego dejó deslizarse la prenda. Siri permaneció sentada, respirando de forma entrecortada, advirtiendo que él no hacía ningún nuevo avance. Se calmó y obligó a su pelo a recuperar el color. El rey-dios dejó el objeto sobre la cama, y el fulgor de la chimenea reveló que era... un libro. Siri pensó en las historias que había mencionado Dedos Azules, pero descartó la idea. Ese libro, por el título del lomo, era un libro de cuentos para niños.

El rey-dios apoyó los dedos sobre el volumen y lo abrió por la primera página, con delicadeza. El blanco pergamino se dispersaba por la fuerza de su biocroma, desparramado en un prisma de colores. Esto no distorsionaba el texto, y Siri se inclinó despacio para distinguir las palabras.

Miró al rey-dios. Su cara parecía menos envarada que de costumbre. Señaló la página con la cabeza, y luego señaló la primera palabra.

—¿Quieres que lea esto? —preguntó Siri en un susurro, consciente de los sacerdotes que podrían estar escuchando.

El rey-dios asintió.

—Pone «Cuentos para niños» —añadió ella, confusa.

Él le dio la vuelta al libro, mirándolo también. Se frotó la barbilla, pensativo.

«¿Qué está pasando?», pensó la joven. No parecía que fuera a acostarse con ella. ¿Esperaba de verdad que ella le leyera un cuento? No concebía que le pidiera algo tan infantil. Lo miró de nuevo. Él volvió a girar el libro, señalando la primera palabra. Asintió.

—¿Cuentos? —preguntó Siri.

Él señaló la palabra. Ella miró con atención, tratando de discernir algún significado oculto o un texto misterioso. Suspiró, mirándolo de nuevo.

—¿Por qué no me lo dices?

Él vaciló, ladeando la cabeza. Entonces abrió la boca. Al débil resplandor de la chimenea, Siri vio algo sorprendente.

El rey-dios de Hallandren no tenía lengua.

Había una cicatriz. Apenas podía verla entornando mucho los ojos. Algo le había ocurrido, algún terrible accidente la había hecho perderla. O se la habían quitado a propósito... ¿Por qué querría nadie quitarle la lengua al mismísimo rey?

La respuesta se le ocurrió casi de inmediato.

«Aliento biocromático —pensó, recordando una lección medio aprendida de su infancia—. Para despertar objetos, hay que dar una orden. Palabras pronunciadas con voz nítida y clara. No se permiten murmullos ni susurros, o el aliento no funcionará».

El rey-dios apartó la cabeza de pronto, sintiéndose avergonzado. Cogió el libro, lo apretó contra su pecho y se dispuso a levantarse.

—No, por favor —dijo Siri, extendiendo la mano para tocarle el brazo.

Él se detuvo. Ella retiró la mano al instante.

—No pretendía parecer asqueada —susurró ella—. No ha sido a causa de... tu boca. Ha sido porque he pensado lo que deben de haberte hecho.

El rey-dios la estudió. Tomó asiento, despacio. Se mantuvo lo bastante lejos para que no se tocaran, y ella no volvió a tender la mano. Sin embargo, cuidadosa, casi en actitud reverencial, él colocó de nuevo el libro sobre la cama. Lo abrió otra vez por la primera página, y luego la miró, con ojos suplicantes.

—No sabes leer, ¿verdad? —preguntó Siri.

Él negó con la cabeza.

—Ese es el secreto —susurró ella—, lo que asusta tanto a Dedos Azules. ¡No eres rey, eres una marioneta! Una figura simbólica. Los sacerdotes te sacan a desfilas, dado que tienes un aura biocromática tan fuerte que hace que la gente se arrodille asombrada. Sin embargo, te quitaron la lengua para que no pudieras usarla nunca, y tampoco te enseñaron a

leer, para que no aprendas demasiado o logres comunicarte con los demás.

Él apartó la mirada.

—Todo para poder controlarte.

«No me extraña que Dedos Azules esté tan asustado. Si le hacen eso a su propio dios... entonces los demás no somos nada para ellos».

Ahora tenía sentido que se hubieran mostrado tan inflexibles en no dejarla hablar ni besar al rey. Tenía sentido que la rechazaran tanto. Les preocupaba que alguien pasara tiempo a solas con el rey-dios. Alguien que pudiera descubrir la verdad.

—Lo siento —susurró.

Él sacudió la cabeza y ella lo miró a los ojos. Había en ellos una fuerza que no habría esperado de un hombre que había vivido aislado y recluido. Finalmente, el rey-dios bajó la mirada y señaló las palabras de la página. La primera palabra. La primera letra, en realidad.

—Es la letra *ce* —dijo Siri, sonriendo—. Puedo enseñártelas todas, si quieres.

Los sacerdotes tenían motivos para preocuparse.

Desde lo alto del palacio del rey-dios, Vasher contemplaba el sol ponerse sobre el bosque occidental. El ocaso vibraba entre las nubes, haciendo destellar los colores, pintando los árboles de hermosos rojos y anaranjados. Entonces el sol desapareció y los colores se apagaron.

Algunos decían que antes de que un hombre muriera, su aura biocromática destellaba con súbito brillo. Como un corazón que da su último latido, como el embate final de una ola antes de que se retire la marea. Vasher lo había visto suceder, pero no con todas las muertes. Era algo raro, como una puesta de sol perfecta.

«Dramático», advirtió *Sangre Nocturna*.

«¿La puesta de sol?», preguntó Vasher.

«Sí».

«Pero no puedes verla».

«Pero puedo sentirte viéndola. Escarlata. Como la sangre en el aire».

Vasher no respondió. La espada no podía ver. Pero con su poderosa y retorcida biocroma, podía sentir la vida y la gente. *Sangre Nocturna* había sido creada para proteger a ambas. Era extraño lo fácil y rápidamente que la protección podía causar destrucción. A veces, Vasher se preguntaba si las dos no eran realmente lo mismo. Protege a una flor, y destruye los bichos que querían alimentarse de ella. Protege a un edificio, y destruye las plantas que crecen a su alrededor.

Protege a un hombre. Vive con la destrucción que crea.

Aunque estaba oscuro, el sentido vital de Vasher era fuerte. Podía percibir levemente la hierba que crecía allá abajo y sabía a qué distancia estaba. Con más aliento, incluso habría podido sentir el liquen creciendo en las piedras del palacio. Se arrodilló, posó una mano en la pernera de su pantalón y otra en la piedra.

—Reforzadme —ordenó, resollando.

La pernera se endureció, y una sombra de color sangró en la piedra negra que tenía a su lado. El negro era un color. Nunca lo había considerado así antes de convertirse en despertador. Las borlas que colgaban de sus perneras se endurecieron, envolviéndose en torno a su tobillo. Arrodillado como estaba, también pudieron enroscarse alrededor de las suelas de sus botas.

Vasher colocó una mano en el hombro de su camisa y con la otra tocó un trozo de mármol mientras formaba una imagen en su mente.

—A mi llamada, conviértete en mis dedos y sujeta —ordenó. La camisa se estremeció y varias borlas se enroscaron en su mano. Cinco de ellas, como dedos.

Fue una orden difícil. Requirió mucho más aliento para despertar de lo que le habría gustado (su aliento restante apenas le permitía llegar a la Segunda Elevación), y la visualización de la orden había necesitado práctica para perfeccionarse. Aquellas borlas prensiles merecían la pena: habían demostrado ser muy útiles, y le repelía dedicarse a sus actividades nocturnas sin ellas.

Se irguió, advirtiendo la cicatriz de mármol gris en la superficie del palacio, por lo demás perfectamente negra. Sonrió al pensar en la indignación que sentirían los sacerdotes cuando la descubrieran.

Probó la fuerza de sus piernas, empuñando a *Sangre Nocturna*, y luego dio un cuidadoso paso hacia delante. Cayó unos tres metros. El palacio estaba construido con enormes bloques de piedra en empinada forma piramidal. Aterrizó con fuerza en el siguiente bloque, pero sus ropas despertadas absorbieron la mayor parte del impacto, actuando como un segundo conjunto de huesos externo. Se levantó, asintió para sí, y luego saltó los demás peldaños de la pirámide.

Acabó por aterrizar en la suave hierba al norte del palacio, cerca de la muralla que rodeaba todo el llano. Se agazapó y prestó atención.

«¿Husmeando, Vasher? —se burló *Sangre Nocturna*—. Eres un espía chapucero».

Vasher no respondió.

«Deberías atacar —insistió la espada—. Eres bueno en eso».

«Solo quieres demostrar lo fuerte que eres», pensó Vasher.

«Bueno, sí —respondió la espada—. Pero tienes que admitir que eres malo husmeando».

Vasher ignoró a la espada. Un hombre solitario con ropas hechas jirones y espada en mano sería sospechoso. Por eso exploraba. Había elegido una noche en que los dioses no tenían planeada ninguna gran celebración en el patio, pero todavía había pequeños grupos de sacerdotes, juglares o criados moviéndose entre palacios.

«¿Hasta qué punto estás seguro de esa información? —dijo *Sangre Nocturna*—. Además, sinceramente, no me fío de los sacerdotes».

«Él no es un sacerdote», pensó Vasher. Se movió con cuidado, arrastrándose por la oscura sombra del saliente de la muralla. Su contacto le había advertido que se mantuviera alejado de los palacios de los dioses influyentes como Encendedora o Marcaquieta. Pero también había dicho que el palacio de un dios menor, como Donseñalado o Dalapaz, no le vendría bien para sus propósitos. En cambio, Vasher buscaba el hogar de Mercestrella, una Retornada conocida por su implicación en política, pero que todavía no era influyente.

Su palacio parecía relativamente oscuro esa noche, pero seguro que había guardias. Los Retornados tenían sirvientes para dar y regalar. Y en efecto, Vasher localizó a dos hombres que guardaban la puerta que quería. Llevaban los extravagantes vestidos de los criados de la corte, amarillo y dorado según la pauta de su señora.

Los hombres no iban armados. ¿Quién atacaría el hogar de un Retornado? Estaban allí simplemente para impedir que nadie se colara y molestara a la señora mientras dormía. Estaban de pie junto a sus linternas, alertas y atentos, pero más por las apariencias que por otra cosa.

Vasher oscureció a *Sangre Nocturna* tras su capa, se apartó de las sombras y buscó ansiosamente de un lado a otro, murmurando para sí. Encorvó el cuerpo para ayudar a ocultar la enorme espada.

«Oh, por favor —dijo categóricamente *Sangre Nocturna*—. ¿El numerito del loco? Puedes recurrir a algo mejor».

«Funcionará. Esto es la Corte de los Dioses. Nada atrae más a los desequilibrados que la expectativa de conocer a las deidades».

Los dos guardias alzaron la cabeza cuando lo vieron acercarse, pero no parecieron sorprendidos. Probablemente trataban con chiflados cada día. Vasher había visto los tipos que acababan en las colas de peticiones a los Retornados.

—Eh, tú —dijo uno mientras Vasher se acercaba—. ¿Cómo has entrado aquí?

Vasher se aproximó, murmurando que quería hablar con la diosa. El segundo guardia le puso una mano en el hombro.

—Vamos, amigo. Te devolveremos a las puertas, a ver si todavía queda algún refugio que acepte gente para pernoctar.

Vasher vaciló. Amabilidad. Por algún motivo, no se la esperaba. Aquello lo hizo sentirse un poco culpable por lo que iba a hacer a continuación.

Echó el brazo a un lado, retorciendo dos veces el pulgar para que los largos dedos-borlas de la manga de su camisa empezaran a remedar los

movimientos de sus dedos de verdad. Formó un puño. Las borlas se lanzaron hacia delante, envolviéndose en el cuello del primer guardia.

El hombre dejó escapar un suave jadeo de sorpresa. Antes de que el segundo guardia pudiera reaccionar, Vasher le golpeó el estómago con la empuñadura de *Sangre Nocturna*. El guardia se tambaleó y Vasher le puso una zancadilla. Con la bota, apretó lenta pero firmemente el cuello del hombre. Se rebulló, pero las piernas de Vasher tenían la fuerza despertada.

Vasher aguantó un largo instante, los dos hombres agitándose, sin conseguir escapar a su estrangulamiento. Poco después, Vasher dejó de pisar el cuello del segundo hombre y tumbó al primer guardia en la hierba, retorció dos veces el pulgar y soltó los dedos-borlas.

«No me has utilizado mucho —se quejó *Sangre Nocturna*, dolida—. Podrías haberme empleado. Soy mejor que una camisa. Soy una espada».

Vasher la ignoró y escrutó la oscuridad para ver si lo habían localizado.

«Soy bastante mejor que una camisa. Podría haberlos matado. Mira, todavía respiran. Estúpida camisa».

«De eso se trataba. Los cadáveres causan más problemas que los hombres cuando los dejas sin sentido».

«Pues yo también podría haberlos dejado sin sentido».

Vasher sacudió la cabeza y se coló en el edificio. Los palacios de los Retornados, incluido ese, solían ser una sucesión de habitaciones peladas con puertas de colores. El clima en Hallandren era tan templado que el edificio podía estar abierto en todo momento.

No recorrió las habitaciones centrales, sino que se quedó en el pasillo de la periferia, el de los criados. Si su informador había dicho la verdad, entonces lo que quería podía hallarse en el ala noreste del edificio. Mientras caminaba, se soltó la cuerda de la cintura.

«Las correas también son ridículas —refunfuñó *Sangre Nocturna*—. Son...».

En ese momento, un grupo de cuatro sirvientes rodeó la esquina directamente delante de Vasher, que alzó la cabeza, sobresaltado pero no muy sorprendido.

El asombro de los sirvientes duró un segundo más que el suyo. Sin vacilar, Vasher lanzó la cuerda.

—Sujeta —ordenó, dándole la mayor parte de su aliento restante.



La cuerda se enroscó en el brazo de uno de los criados, aunque Vasher había apuntado al cuello. Vasher maldijo, tirando del hombre, que gritó al chocar contra la esquina. Los otros se dispusieron a echar a correr.

Vasher empuñó a *Sangre Nocturna* con la otra mano.

«¡Sí!», se alegró la espada.

Vasher no la desenvainó. Simplemente la arrojó hacia delante. La hoja resbaló por el suelo y se detuvo delante de los tres hombres. Uno de ellos la miró como hipnotizado. Extendió una mano, vacilante, los ojos muy abiertos.

Los otros dos echaron a correr, gritando que había un intruso.

«¡Maldición!», pensó Vasher. Tiró de la cuerda, derribando de nuevo al sirviente enredado. Mientras este trataba de incorporarse, se precipitó y le envolvió la cuerda en torno a las manos y el cuerpo. A su lado, el otro criado, cada vez más absorto, recogió del suelo a *Sangre Nocturna*. Soltó el cierre de la empuñadura, disponiéndose a desenvainarla.

Cuando apenas había liberado unos centímetros, un humo oscuro, como fluido, empezó a brotar de la hoja. Adoptó forma de tentáculos de humo que al punto se enroscaron en el brazo del hombre, absorbiendo el color de su piel.

Vasher dio una patada al hombre y lo obligó a soltar a *Sangre Nocturna*. Dejó al primer hombre retorciéndose y cogió al que había empuñado la espada y le golpeó la cabeza contra la pared.

Respirando entrecortadamente, recogió a *Sangre Nocturna*, cerró la vaina y echó el cierre. Luego extendió la mano y tocó la cuerda que ataba al aturdido sirviente.

—Tu aliento al mío —dijo, recuperando el aliento de la cuerda, dejando al hombre atado.

«No me has dejado matarlo», se quejó *Sangre Nocturna*, molesta.

«No —replicó Vasher—. Cadáveres, ¿recuerdas?».

«Pero dos lograron escapar de mi hechizo. Eso no está bien».

«¿Cuántas veces te he dicho que careces de poder para hechizar el corazón de los hombres puros, *Sangre Nocturna*?». Por más que se lo hubiese explicado en muchas ocasiones, la espada parecía incapaz de comprenderlo.

A continuación, corrió pasillo abajo. Solo le quedaba un poco más, pero ya había gritos de alarma y llamadas de ayuda. No tenía ningún deseo

de luchar contra un ejército de sirvientes y soldados. Se detuvo, inseguro, en el pasillo desprovisto de adornos. Advirtió, casi sin darse cuenta, que despertar la cuerda había robado el color de sus botas y su capa, las únicas prendas que no habían sido despertadas.

La ropa gris lo identificaría al instante por lo que era. Pero pensar en retroceder no le hacía ninguna gracia. Apretando los dientes con frustración, le dio un puñetazo a la pared. Se suponía que aquello tendría que haber sido mucho más fácil.

«Te dije que no servías para esto», le recordó *Sangre Nocturna* .

«Cállate», pensó Vasher, decidido a no huir. Rebuscó en una bolsita que llevaba al cinto y sacó una ardilla muerta.

«Puaj», exclamó con asco *Sangre Nocturna* .

Vasher se arrodilló, y puso la mano sobre la criatura.

—Despierta a mi aliento —ordenó—, sirve mis necesidades, vive a mi orden y mi palabra: ¡cuerda caída!

Las últimas palabras, «cuerda caída», eran la frase de seguridad. Vasher podría haber elegido cualquiera, pero escogió lo primero que le pasó por la cabeza.

Un aliento manó de su cuerpo y bajó hasta el cadáver del animalito, que empezó a retorcerse. Era un aliento que Vasher no podría recuperar nunca, pues crear un sinvida era un acto permanente. La ardilla perdió todo color, convirtiéndose en gris, pues el despertar engulló sus colores para ayudar a la transformación. La ardilla era gris en origen, así que era difícil notar la diferencia. Por eso a Vasher le gustaba utilizarlas.

—Cuerda caída —le dijo a la criatura, y sus ojos grises lo miraron. Pronunciada la frase de seguridad, Vasher ya podía imprimir una orden en su cerebro, igual que hacía cuando realizaba un despertar normal—. Haz ruido. Corretear. Muerde a la gente que no sea yo. Cuerda caída.

El segundo uso de las palabras cerraba la capacidad de impresión, para que ya no pudiera recibir más órdenes.

La ardilla saltó y echó a correr por el pasillo hacia la puerta por la que habían desaparecido los criados. Vasher se levantó y apretó el paso, esperando que esta distracción le proporcionara tiempo. De hecho, unos momentos más tarde oyó gritos procedentes de la puerta. Siguieron golpes y gritos. Los sinvidas podían ser difíciles de detener, sobre todo uno nuevo con órdenes de morder.

Vasher sonrió.

«Habríamos podido con ellos», dijo *Sangre Nocturna* , desdeñosa.

Vasher corrió al lugar indicado por su informador. El lugar estaba marcado por una tabla rota en la pared, en apariencia solo el desgaste normal del edificio. Se agachó, esperando que no le hubieran mentido. Rebuscó en el suelo hasta encontrar el cierre oculto.

Tiró, revelando una trampilla. Los palacios de los Retornados tenían en teoría una sola planta. Sonrió.

«¿Y si este túnel no tiene otra salida?», preguntó *Sangre Nocturna* mientras saltaba al agujero.

«Entonces probablemente tendrás que matar a un montón de gente», pensó Vasher. Sin embargo, de momento la información resultaba correcta, e intuía que el resto también lo sería.

Al parecer, los sacerdotes de los Tonos Iridiscentes ocultaban cosas al resto del reino. Y a sus dioses.

Amaclima, dios de las tormentas, seleccionó una de las esferas de madera del bastidor y la sopesó en la mano. Había sido construida para llenar la palma de un dios, y en el centro tenía plomo. Tallada con anillos por toda la superficie, estaba pintada de azul.

—¿Una esfera dobladora? —preguntó Bendicevidas—. Audaz movimiento.

Amaclima miró al grupito de dioses que tenía detrás. Sondeluz estaba entre ellos, bebiendo un dulce zumo de naranja con algún tipo de refuerzo alcohólico. Habían pasado varios días desde que Llarimar lo convenciera para que se levantara de la cama, pero aún no había llegado a ninguna conclusión sobre cómo actuar.

—Un movimiento audaz, ciertamente —dijo Amaclima, lanzando la esfera al aire y luego capturándola—. Dime, Sondeluz el Audaz. ¿Favoreces este tiro?

Los otros dioses se echaron a reír. Había cuatro jugando. Como de costumbre. Amaclima llevaba una túnica verde y dorada que le colgaba de un hombro hasta medio muslo, sujeta a la cintura con un fajín. El atuendo, al estilo de los vestidos antiguos de los Retornados según pinturas de siglos pasados, revelaba sus músculos esculpidos y su divina figura. Se encontraba al borde del balcón, y era su turno de tirar.

Sentado detrás estaban los otros tres. Sondeluz, a la izquierda; Bendicevidas, dios de las curaciones, en el centro. Llamadaverdadera, dios de la naturaleza, estaba sentado a la derecha, vistiendo su elaborada capa y uniforme marrón y blanco.

Los tres dioses eran variaciones sobre un mismo tema. Si Sondeluz no los hubiera conocido bien, habría tenido problemas para distinguirlos. Cada uno medía exactamente dos metros diez, con una musculatura que cualquier mortal habría envidiado. Bendicevidas tenía el pelo castaño, mientras que Amaclima lo tenía rubio y Llamadaverdadera negro, pero los tres compartían los mismos rasgos de mandíbula cuadrada, peinados perfectos y gracia innata que los identificaba como divinidades Retornadas. Solo sus vestimentas ofrecían alguna variedad.

Sondeluz sorbió su bebida.

—¿Bendigo tu tiro, Amaclima? —preguntó—. ¿No estamos compitiendo el uno contra el otro?

—Supongo —contestó el dios, haciendo oscilar la bola de madera.

—Entonces ¿por qué debería bendecirte cuando tiras contra mí?

Amaclima sonrió, echó el brazo atrás y lanzó la bola. Rebotó, rodó sobre la hierba y por fin se detuvo. Esa sección del patio había sido dividida en un enorme tablero de juego con cuerdas y estacas. Los sacerdotes y sirvientes corrían por los laterales, haciendo anotaciones y llevando la puntuación para que los dioses no tuvieran que hacerlo. El tarachin era un juego complejo, solo practicado por los ricos. Sondeluz nunca se había molestado en aprender las reglas.

Le resultaba más divertido jugar cuando no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Le tocaba tirar. Se levantó, seleccionó una de las esferas de madera del bastidor porque hacía juego con el color de su bebida. Jugueteeó con la bola naranja y luego, sin prestar atención hacia dónde, la lanzó al campo. La esfera llegó más lejos de lo que se necesitaba: Sondeluz tenía la fuerza de un cuerpo perfecto. En parte por eso el campo era tan enorme: construido a escala de los dioses, cuando estos jugaban requerían la perspectiva elevada de un balcón para ver la partida.

Se suponía que el tarachin era uno de los juegos más difíciles del mundo: requería fuerza para arrojar las esferas correctamente, sagacidad para comprender dónde colocarlas, coordinación para hacerlo con la precisión necesaria, y una gran comprensión de la estrategia para elegir la esfera adecuada y dominar el terreno de juego.

—Cuatrocientos trece puntos —anunció un criado después de que los escribas se lo comunicaran.

—Otro tiro magnífico —dijo Llamadaverdadera, irguiéndose en su hamaca—. ¿Cómo lo haces? A mí nunca se me habría ocurrido usar una esfera inversa para ese tiro.

«¿Es así como se llaman las naranjas?», pensó Sondeluz, regresando a su asiento.

—Hay que comprender el terreno y aprender a entrar en la mente de la esfera —contestó—. Pensar igual que la esfera, razonar como podría hacerlo ella.

—¿Razonar como una esfera? —dijo Bendicevidas, levantándose. Llevaba una túnica suelta con sus colores, azul y plata. Seleccionó una esfera verde del bastidor, y luego se la quedó mirando—. ¿Qué clase de razonamiento puede pergeñar una bola de madera?

—Pensamiento circular, supongo —respondió Sondeluz—. Da la casualidad de que es también mi tipo favorito. Quizá por eso soy tan bueno en este juego.

Bendicevidas frunció el ceño y abrió la boca para responder, pero la cerró, confuso por el comentario de Sondeluz. Convertirte en dios, por desgracia, no aumentaba la capacidad mental a la par de los atributos físicos. A Sondeluz no le importaba. Para él, la verdadera diversión de una partida de tarachin nunca implicaba dónde aterrizaban las esferas.

Bendicevidas efectuó su lanzamiento y luego se sentó.

—En serio, Sondeluz —dijo sonriendo—. ¡Es un cumplido, pero tenerte cerca puede ser agotador!

—Ya —contestó, y dio un sorbo a su bebida—. En eso soy parecido a un mosquito. Llamadaverdadera, ¿no es tu turno?

—Es el tuyo de nuevo —observó Amaclima—. Conseguiste el emparejamiento de la corona en tu último tiro, ¿recuerdas?

—Ah, sí, cómo podría olvidarlo —comentó Sondeluz, poniéndose en pie. Cogió otra esfera, la lanzó al césped por encima del hombro y luego se sentó.

—Quinientos siete puntos —anunció el sacerdote.

—Estás alardeando —dijo Llamadaverdadera.

Sondeluz no hizo ningún comentario. En su opinión, el hecho de que quien menos supiera del juego fuera quien solía hacerlo mejor mostraba un fallo inherente al sistema. Dudó que los otros lo interpretaran así. Los tres estaban muy consagrados a aquel deporte, y lo practicaban todas las semanas. Había tan poco que hacer con su tiempo...

Sondeluz sospechaba que seguían invitándolo solo para demostrar que podían derrotarlo. Si conociera las reglas, habría intentado perder a propósito para que dejaran de invitarlo. Con todo, le gustaba que sus victorias los molestaran, aunque, naturalmente, ellos nunca lo dejaban entrever y mostraban un perfecto decoro. Fuera como fuese, dadas las circunstancias, Sondeluz sospechaba que no podría perder ni queriendo. Era bastante difícil perder una partida cuando no tenías ni idea de lo que se hacía para ganar.

Llamadaverdadera se dispuso a tirar por fin. Siempre vestía ropas de estilo marcial, y los colores marrón y blanco le sentaban muy bien. Sondeluz sospechaba que siempre se había sentido celoso porque en vez de darle las órdenes sinvida como deber en la corte, tenía el derecho de votar sobre asuntos comerciales con otros reinos.

—Me han comentado que hablaste con la reina hace unos días, Sondeluz —dijo mientras tiraba.

—Así es. He de decir que fue extraordinariamente simpática.

Amaclima soltó una risita, pensando que el último comentario era un sarcasmo, cosa que resultó un poco molesta, pues Sondeluz lo había dicho con toda sinceridad.

—Toda la corte es un clamor —comentó Llamadaverdadera, dándose la vuelta y echando hacia atrás su capa antes de apoyarse en la balaustrada del balcón, a la espera de que calcularan los puntos de su tiro—. Podríamos decir que los idrianos han traicionado el tratado.

—La princesa equivocada —coincidió Amaclima—. Eso nos da una oportunidad.

—Sí —replicó Llamadaverdadera, divertido—, pero ¿una oportunidad para qué?

—¡Para atacar! —exclamó Bendicevidas en su áspero tono habitual. Los otros dos lo miraron con sorpresa.

—Hay muchas más cosas que ganar que eso, Bendicevidas.

—Sí —dijo Amaclima, haciendo girar abstraído el vino en su copa—. Mis planes ya están en marcha, por supuesto.

—¿Y qué planes son esos, divino hermano? —preguntó Llamadaverdadera.

Amaclima sonrió.

—No estaría bien estropear la sorpresa, ¿no?

—Eso depende —dijo Llamadaverdadera fríamente—. ¿Me impedirá exigirle a los idrianos más acceso a los pasos? Estoy dispuesto a apostar que algunas... presiones podrían hacerse a la nueva reina para ganar su favor en semejante propuesta. Dicen que es bastante ingenua.

Sondeluz sintió una leve náusea mientras los otros hablaban. Sabía cómo trazaban planes, siempre conspirando. Jugaban con sus esferas, pero el verdadero motivo de reunirse en esas lides deportivas era negociar y alcanzar acuerdos.

—Su ignorancia debe de ser fingida —dijo Bendicevidas en un raro momento de reflexión—. No la habrían enviado si fuera de verdad tan inexperta.

—Es una idriana —despreció Llamadaverdadera—. Su ciudad más importante tiene menos habitantes que un barrio pequeño de T'Telir. Os aseguro que apenas comprenden qué es la política. Están más acostumbrados a hablar con las ovejas que con los humanos.

Amaclima asintió.

—Aunque esté «bien entrenada» según sus criterios, aquí será fácil manipularla. Será cuestión de asegurarse que otros no lleguen primero. Sondeluz, ¿qué impresión sacaste? ¿Hará con rapidez lo que los dioses le digan?

—Pues no lo sé —contestó, pidiendo que le rellenaran la copa con un gesto—. Como sabéis, no me interesan mucho los juegos políticos.

Amaclima y Llamadaverdadera cruzaron una mirada de complicidad: como la mayoría de los miembros de la corte, consideraban a Sondeluz un caso perdido en lo referente a asuntos prácticos. Y por definición «práctico» significaba «aprovecharse de los demás».

—Sondeluz —dijo Bendicevidas con su voz sincera y sin tacto—, tienes que interesarte más en la política. Puede ser muy entretenida. ¡Si supieras los secretos de los que formo parte!

—Mi querido Bendicevidas —replicó Sondeluz—, por favor, créeme si te digo que no tengo ningún deseo de conocer ningún secreto de tus partes.

Bendicevidas frunció el ceño, intentando comprender la broma.

Los otros dos prosiguieron discutiendo sobre la reina mientras los sacerdotes informaban de la puntuación de la última ronda. Extrañamente, Sondeluz se sentía cada vez más preocupado. Cuando Bendicevidas se levantó para tirar de nuevo, él se incorporó también.

—Mis divinos hermanos —anunció—, de pronto me siento muy cansado. Tal vez sea algo que haya ingerido.

—No la comida que he servido, espero —dijo Llamadaverdadera. Era su palacio.

—Comida no. Las otras cosas que has servido hoy, tal vez. Debo marcharme.

—¡Pero si vas el primero! —exclamó Llamadaverdadera—. ¡Si te marchas ahora tendremos que jugar de nuevo la semana próxima!

—Tus amenazas caen sobre mí como agua, divino hermano —dijo Sondeluz, saludando respetuosamente con la cabeza a cada uno de ellos—. Me despido hasta el momento en que volváis a arrastrarme aquí para jugar este trágico juego vuestro.

Todos rieron. Sondeluz no estaba seguro de si sentirse divertido o insultado porque confundieran tan a menudo sus bromas con declaraciones serias y viceversa.



Llamó a sus sacerdotes, incluido Llarimar, en la sala tras el balcón, pero no le apetecía hablar con nadie. Atravesó el palacio de profundos rojos y blancos, todavía preocupado. Los hombres del balcón eran burdos aficionados comparados con los auténticos maestros de la política, como Encendedora. Eran tan toscos y obvios en sus planes...

Pero incluso los hombres toscos y obvios podían ser peligrosos, sobre todo para una mujer como la reina, quien obviamente tenía poca experiencia en esos menesteres.

«Ya he decidido que no puedo ayudarla», pensó mientras dejaba el palacio y salía a los jardines. A la derecha, una compleja red de cuerdas y señales marcaba el campo de tarachin. Una bola rebotó sordamente en la hierba. Sondeluz se dirigió en dirección contraria, sin esperar a que sus sacerdotes desplegaran el dosel para protegerlo del sol de la tarde.

Seguía preocupándole empeorar las cosas si trataba de ayudar. Pero estaba el asunto de los sueños. Guerra y violencia. Una y otra vez, veía la caída de T'Telir, la destrucción de aquella tierra. No podía continuar ignorando los sueños, aunque no los aceptara como proféticos.

Encendedora creía que la guerra era importante. O, al menos, que era importante prepararse para librarla. Confiaba más en ella que en ningún otro dios o diosa, pero también le preocupaba su agresividad. Ella había acudido a él, pidiéndole que formara parte de sus planes. ¿Lo había hecho, tal vez, porque sabía que sería más templado que ella? ¿Buscaba un equilibrio de forma intencionada?

Sondeluz escuchaba las peticiones, aunque no tenía ninguna intención de renunciar a su aliento y morir. Interpretaba las pinturas, aunque no creyera ver nada profético en ellas. ¿Tal vez podría ayudar a asegurar el poder en la corte? ¿Sobre todo si eso ayudaba a proteger a una joven que, sin duda, no tenía ningún otro aliado?

Llarimar le había dicho que hiciera lo mejor que pudiera. Eso parecía un horrible montón de trabajo. Por desgracia, no hacer nada empezaba a parecer más tedioso aún. A veces, cuando pisas algo hediondo, lo único que puedes hacer es pararte y tomarte la molestia de limpiarlo.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—Seguro que me termino arrepintiéndome de esto —murmuró para sí.

Y entonces fue en busca de Encendedora.

El hombre era flaco, casi esquelético, y cada uno de los moluscos que engullía hacía que Vivenna diera un respingo por dos motivos: no solo le resultaba difícil creer que alguien fuera capaz de disfrutar de una

comida tan viscosa, parecida a babosas, sino que además los mejillones pertenecían a una variedad muy rara y cara.

Y quien pagaba era ella.

La clientela vespertina del restaurante era numerosa: la gente solía comer fuera a mediodía, cuando resultaba más práctico comprar alimento que volver a casa para comer. La existencia misma de los restaurantes seguía pareciéndole extraña. ¿No tenían esos hombres esposas o sirvientes que les prepararan las comidas? ¿No se sentían incómodos comiendo en lugares públicos? Era tan... impersonal.

Denth y Tonk Fah estaban sentados junto a ella, cada uno a un lado. Y, naturalmente, se sirvieron también del plato de mejillones. Vivenna no estaba segura (había decidido no preguntar), pero tenía la impresión de que estaban crudos.

El hombre flaco que tenía enfrente engulló otro molusco. No parecía estar disfrutando mucho a pesar del caro ambiente y la comida gratis. Tenía una mueca en los labios y aunque no parecía nervioso, ella advirtió que no quitaba ojo de la entrada del restaurante.

—Bien —dijo Denth, dejando otra cáscara vacía sobre la mesa y limpiándose los dedos en el mantel, una práctica común en T'Telir—. ¿Puedes ayudarnos o no?

El hombrecito (se hacía llamar Fob) se encogió de hombros.

—Cuentas una historia descabellada, mercenario.

—Ya me conoces, Fob. ¿Cuándo te he mentido?

—Cada vez que te han pagado para que lo hicieras —replicó Fob con una mueca—. Lo que pasa es que nunca he podido pillarte.

Tonk Fah se echó a reír y cogió otro mejillón. Se deslizó de la concha cuando se lo llevaba a la boca: Vivenna tuvo que contenerse para no vomitar al oír el sonido viscoso que produjo al caer en la mesa.

—Pero tienes claro que se avecina la guerra —declaró Denth.

—Por supuesto —dijo Fob—. Pero es así desde hace décadas. ¿Qué te hace pensar que finalmente sucederá este año?

—¿Puedes permitirte ignorar que podría suceder? —replicó Denth.

Fob se rebulló un poco y siguió engullendo mejillones. Tonk Fah hizo acopio de conchas, comprobando cuántas podía equilibrar unas encima de otras. Vivenna guardaba silencio. Su pequeña participación en aquellos encuentros no le preocupaba. Observaba, aprendía y pensaba.

Fob era propietario de tierras. Talaba y despejaba bosques, y luego alquilaba la tierra a los sembradores. A menudo recurría a los sinvidas para que le ayudaran a desbrozar: trabajadores que le prestaba el gobierno. Solo había una condición en su contrato. Si estallaba la guerra, todos los alimentos producidos en sus tierras durante el período de conflicto se convertían en propiedad de los Retornados.

Era un buen trato. No sería extraño que el gobierno requisara todas las tierras productivas durante una guerra, así que en realidad no perdía nada excepto su derecho a quejarse.

Comió otro mejillón. «¿Es qué nunca se sentirá ahíto?», pensó Vivenna. Fob había conseguido comer casi el doble de repugnantes bichos que Tonk Fah.

—La cosecha no se producirá, Fob —dijo Denth—. Perderás bastante este año, si tenemos razón.

—Pero si recolectas antes de tiempo —intervino Tonk Fah, añadiendo otra concha a su montón—, podrás adelantarte a tus competidores.

Guardaron silencio, lo que les permitió escuchar el ruido de los otros comensales. Denth se volvió, al cabo, miró a Vivenna y asintió.

Ella se retiró un poco el pañuelo de la cabeza. No era el pañuelo de matrona que había traído de Idris, sino otro muy fino de seda que Denth le había procurado. Miró a Fob a los ojos, y entonces cambió su pelo a un rojo oscuro. Con el pañuelo puesto, solo los miembros de la mesa y los que observaran con atención podían ver el cambio.

Fob vaciló.

—Vuelve a hacer eso —pidió.

Ella lo cambió a rubio.

Fob se echó hacia atrás en su asiento, dejando que el mejillón cayera de su concha. Cayó sobre la mesa, cerca del que se le había caído a Tonk Fah.

—¿Eres la reina? —preguntó con sorpresa.

—No —respondió ella—. Su hermana.

—¿Qué está pasando aquí?

Denth sonrió.

—Ha venido a organizar una resistencia contra los dioses Retornados y para preparar los intereses idrianos en T'Telir con vistas a la guerra.

—No creerás que ese viejo rey de las montañas enviaría a su hija para nada, ¿no? —dijo Tonk Fah—. Guerra. Es lo único que explica esa medida.

—Tu hermana... —Fob miró a Vivenna—. Enviaron a la más joven a la corte. ¿Por qué?

—Los planes del rey son suyos, Fob —dijo Denth.

Fob pareció dudar. Transcurridos unos instantes, echó el mejillón caído en el plato de conchas y cogió otro.

—Sabía que había algo más en la llegada de la chica que la simple casualidad.

—¿Entonces harás la recolección? —preguntó Denth.

—Me lo pensaré.

Denth asintió.

—Supongo que eso basta de momento.

Le hizo una seña a Vivenna y a Tonk Fah, y los tres dejaron a Fob comiendo sus mejillones. Vivenna pagó la cuenta (que fue aún más dolorosa de lo que esperaba), y luego se reunieron con Parlin, Joyas y Clod el sinvida, que esperaban fuera. Se marcharon internándose en la multitud sin problema, tal vez porque el enorme sinvida les abría paso.

—¿Y ahora dónde? —preguntó Vivenna.

Denth la miró.

—¿No estás cansada?

Ella no les hizo caso ni a sus pies doloridos ni al agotamiento.

—Estamos trabajando por el bien de mi pueblo, Denth. Un poco de cansancio es un precio pequeño.

Él dirigió una mirada a Tonk Fah, pero el grueso mercenario se había desviado hacia un puesto del mercado, seguido de Parlin. Vivenna advirtió que Parlin había vuelto a ponerse su ridículo sombrero verde a pesar de que ella lo desaprobaba. ¿Qué pasaba con aquel hombre? No era demasiado inteligente, cierto, pero siempre había sido equilibrado.

—Joyas —llamó Denth—. Llévanos a casa de Raymar.

Joyas asintió y dio instrucciones a Clod. El grupo giró en otra dirección a través de la multitud.

—¿Solo le responde a ella? —preguntó Vivenna.

Denth se encogió de hombros.

—Tiene instrucciones básicas para hacer lo que Tonks y yo digamos, y yo sé la frase de seguridad que puedo utilizar si necesito más control.

Vivenna frunció el ceño.

—¿Frase de seguridad?

Denth la miró.

—Es una cuestión religiosa bastante peliaguda. ¿De verdad quieres que te lo explique?

Vivenna ignoró el tono divertido de su voz.

—Sigue sin gustarme la idea de que esa criatura esté con nosotros, sobre todo si no puedo controlarla.

—Todos los despertares funcionan por medio de una orden, princesa —explicó Denth—. Le infundes vida a algo y luego le das una orden. Los sinvidas son valiosos porque puedes darles órdenes *después* de crearlos, al contrario de los objetos corrientes despertados, a los que solo se les puede dar una orden por adelantado. Además, los sinvidas pueden recordar una larga lista de órdenes complicadas y por lo general no las malinterpretan. Conservan un trocito de humanidad, supongo.

Vivenna se estremeció. Eso les hacía parecer demasiado conscientes de sí mismos para su gusto.

—Sin embargo, eso significa que cualquiera puede controlar a un sinvida —continuó Denth—. No solo la persona que los crea. Así que les imprimimos frases de seguridad. Un par de palabras que te permitan darle a la criatura nuevas órdenes.

—¿Y cuál es la frase para Clod?

—Tendré que preguntarle a Joyas si puedes saberla.

Vivenna abrió la boca para quejarse, pero se lo pensó mejor. Estaba claro que a Denth no le gustaba interferir con Joyas ni con su trabajo. Vivenna tendría que mencionar el tema más tarde, cuando estuvieran en algún lugar privado. Se volvió para mirar a Clod. Iba vestido con ropas sencillas. Pantalones grises y una camisa gris, con una pelliza de cuero

incolora. Llevaba una gran espada a la cintura, no una de duelo sino una más brutal, de hoja ancha.

«Todo de gris —pensó—. ¿Acaso quieren que todo el mundo reconozca a Clod como un sinvida?». A pesar de que Denth había dicho que los sinvidas eran corrientes, mucha gente daba un rodeo para no cruzarse con la criatura. Las serpientes puede que sean corrientes en la jungla, pero eso no significa que a la gente le guste verlas.

Joyas hablaba en voz baja con el sinvida, aunque la criatura nunca respondía. Se limitaba a caminar, inhumano en el ritmo invariable de sus pasos.

—¿Siempre le habla así? —preguntó Vivenna, con un escalofrío.

—Ajá —respondió Denth.

—No parece muy sano.

Denth parecía preocupado, pero no dijo nada. Unos instantes más tarde, Tonk Fah y Parlin regresaron. A Vivenna no le hizo gracia ver que Tonk Fah llevaba un monito en el hombro. Parloteó algo y luego se pasó al otro hombro por detrás del cuello.

—¿Una nueva mascota? —preguntó Vivenna—. ¿Qué ha pasado con ese loro que tenías?

Tonk Fah pareció apurado y Denth sacudió la cabeza.

—Tonks no es muy bueno con las mascotas.

—Ese loro era muy aburrido —dijo el aludido—. Los monos son más interesantes.

Vivenna meneó la cabeza. Poco después llegaron al siguiente restaurante, bastante menos lujoso que el anterior. Joyas, Parlin y el sinvida se apostaron fuera, como de costumbre, y Vivenna y los dos mercenarios entraron.

Aquellas reuniones se estaban volviendo rutinarias. Durante el último par de horas se habían visto con una docena de personas de diversa utilidad. Algunos eran líderes clandestinos a quienes Denth creía capaces de crear un alboroto. Otros eran mercaderes, como Fob. En conjunto, Vivenna estaba impresionada por la variedad de formas encubiertas que Denth había hallado para perturbar la vida en T'Telir.

Sin embargo, en la mayoría de las reuniones se requería una muestra de los Mechones Reales de Vivenna como cebo. La mayoría de la gente comprendía al instante la importancia de que una hija de sangre real

estuviera en la ciudad, y ella se preguntó qué resultados pretendía conseguir Lemex sin una prueba tan convincente.

Denth los condujo a una mesa en un rincón, y Vivenna frunció el ceño al ver lo sucio que estaba el restaurante. La única luz era la que se filtraba por unos ventanucos en el techo, pero incluso eso bastaba para ver la mugre. A pesar del hambre que tenía, no comería nada en ese establecimiento cutre.

—¿Por qué seguimos cambiando de restaurantes? —preguntó, sentándose, no sin antes limpiar el banco con un pañuelo.

—Así es más difícil que nos espíen —respondió Denth—. Te lo advierto una vez más, princesa: esto es más peligroso de lo que parece. No dejes que una simple reunión para comer te despiste. En cualquier otra ciudad nos reuniríamos en escondrijos, garitos de juego o callejones. Es mejor no detenerse en ningún sitio.

Se sentaron, y como si no acabaran de llegar de su segundo almuerzo del día, Denth y Tonk Fah pidieron comida. Vivenna permaneció en silencio, preparándose para la reunión. El Festín de los Dioses era un día sagrado en Hallandren, aunque, por lo que había visto, los paganos habitantes de la ciudad no tenían ni idea de lo que debería ser un «día sagrado». En vez de ayudar a los monjes en los campos o atender a los necesitados, la gente se tomaba la tarde libre y se dedicaba a atiborrarse de comida, como si los dioses quisieran que se diesen al despilfarro.

Y tal vez así era. Por lo que había oído, los Retornados eran derrochadores. Tenía sentido que sus seguidores pasaran su «día sagrado» comportándose como vagos y glotones.

Su contacto llegó antes que la comida. Entró con dos guardaespaldas propios. Llevaba ropas elegantes (lo que, en T'Telir, significaba prendas brillantes), pero su barba era larga y grasienta, y le faltaban varios dientes. Sus guardaespaldas acercaron una segunda mesa a la de Vivenna, y tres sillas. El hombre tomó asiento, cuidando de mantener las distancias con Denth y Tonk Fah.

—Te veo un poco paranoico, ¿no? —comentó Denth.

El hombre se encogió de hombros.

—La cautela nunca hace daño.

—Más comida para nosotros, pues —dijo Tonk Fah cuando le sirvieron un plato lleno de trozos rebozados y fritos. El mono bajó por el brazo del mercenario y cogió unas piezas.

—Así que eres el célebre Denth —dijo el hombre.

—Lo soy. Y tú eres Grable, ¿no?

El hombre asintió.

«Uno de los jefes de ladrones menos recomendables de la ciudad —pensó Vivenna—. Un valioso aliado de la rebelión de Vahr».

—Bien —dijo Denth, y no se anduvo por las ramas—: tenemos cierto interés en que algunas carretas de suministros desaparezcan camino de la ciudad.

Vivenna miró alrededor para asegurarse de que nadie los oía desde alguna mesa cercana.

—Grable es dueño de este restaurante, princesa —susurró Tonk Fah—. No me extrañaría que al menos uno de cada dos hombres aquí presentes fuera guardaespaldas suyo.

«Magnífico», pensó ella, molesta porque no se lo hubieran dicho antes de entrar. Miró de nuevo alrededor, sintiéndose más nerviosa esta vez.

—¿Y eso? —preguntó Grable, devolviendo la atención de Vivenna a la conversación—. ¿Quieres hacer desaparecer caravanas de alimentos?

—No es tarea fácil —admitió Denth, sombrío—. No son caravanas de largo recorrido. La mayoría vienen a la ciudad desde las granjas de las afueras.

Le hizo un gesto a Vivenna, y ella sacó una bolsita con monedas. Se las tendió, y él las arrojó a una mesa contigua.

Uno de los guardaespaldas revisó su contenido.

—Por las molestias de venir hoy —dijo Denth.

Vivenna vio perderse el dinero con un calambre en el estómago. Le parecía reprobable usar fondos reales para sobornar a hombres como Grable. Aquello ni siquiera era un soborno de verdad: no era más que «dinero para gastos», como lo expresaba Denth.

—Los carros de los que estamos hablando... —continuó el mercenario.

—Espera —interrumpió Grable—. Veamos primero su pelo.

Vivenna suspiró y se dispuso a levantarse el pañuelo.

—Nada de pañuelos —dijo Grable—. Sin trucos. Los hombres de esta sala son leales.



Ella miró a Denth, que asintió. Así que cambió de color de pelo un par de veces. Grable observó con interés, rascándose la barba.

—Bonito. Muy bonito —dijo por fin—. ¿Dónde la has encontrado?

Denth frunció el ceño.

—¿A quién?

—A esta persona con suficiente sangre real para imitar a una princesa.

—No es ninguna impostora —declaró Denth, mientras Tonk Fah seguía entretenido con el plato de fritos.

—Vamos —dijo Grable, mostrando una sonrisa amplia e irregular—. Puedes decírmelo.

—Es la verdad —intervino Vivenna—. Ser de la realeza es algo más que solo sangre. Es cuestión de linaje y de la sagrada llamada de Austre. Mis hijos no tendrán los Mechones Reales a menos que yo me convierta en reina de Idris. Solo los herederos potenciales tienen capacidad para cambiar de color el pelo.

—Tonterías supersticiosas —desdeñó Grable. Se inclinó hacia delante, ignorándola, y se centró en Denth—. No me importan tus caravanas, Denth. Quiero comprarte a la chica. ¿Cuánto?

Denth guardó silencio.

—Se habla de ella por toda la ciudad —continuó Grable—. Entiendo lo que estás haciendo. Podrías manejar a un montón de gente, hacer un montón de ruido, con una persona que parezca pertenecer a la familia real. No sé dónde la has encontrado, o cómo la has entrenado tan bien, pero la quiero.

Denth se levantó con parsimonia.

—Nos marchamos —dijo. Los guardaespaldas de Grable se levantaron también.

Denth actuó.

Hubo destellos de luz reflejada y cuerpos moviéndose demasiado rápido para que la mente aturdida de Vivenna los siguiera. Entonces el movimiento se detuvo. Grable permaneció sentado en su silla. Denth se quedó de pie, la hoja de su espada asomando a través del cuello de un guardaespaldas.

Este parecía sorprendido, la mano todavía en la espada. Vivenna ni siquiera había visto a Denth desenvainar su arma. El otro

guardaespaldas se tambaleó, con la parte delantera de la pelliza manando sangre por el lugar donde, por asombroso que pareciera, Denth había conseguido atravesarlo también.

Cayó al suelo, derribando la mesa de Grable con sus estertores de muerte.

«Señor de los Colores... —pensó Vivenna—. ¡Qué rápido!».

—Vaya, eres tan bueno como dicen —comentó Grable, sin dar ninguna muestra de preocupación. En toda la sala los otros hombres se habían puesto en pie. Eran unos veinte. Tonk Fah cogió otro puñado de fritos, y le dio un codazo a Vivenna.

—Creo que nos vamos —susurró.

Denth sacó la espada del cuello del guardaespaldas, que se unió a su amigo para morir desangrado en el suelo. Denth envainó la espada sin limpiarla ni dejar de mirar a Grable.

—La gente habla de ti —dijo este—. Dicen que saliste de ninguna parte hace una década y que reuniste a un equipo con los mejores... bueno, los robaste a gente importante, o de prisiones importantes. Nadie sabe mucho de ti, aparte de que eres rápido. Algunos dicen que de un modo inhumano.

Denth señaló con la cabeza hacia la puerta. Vivenna se levantó, nerviosa, y dejó que Tonk Fah la sacara de allí. Los hombres continuaron con las manos en las espadas, pero ninguno atacó.

—Es una lástima que no podamos hacer negocios. —Suspiró Grable—. Espero que pienses en mí para futuros asuntos.

Denth se dio la vuelta y se unió a Vivenna y Tonk Fah cuando ya abandonaban el restaurante para salir a la calle soleada. Parlin y Joyas corrieron a alcanzarlos.

—¿Nos deja marchar? —preguntó Vivenna con el corazón desbocado.

—Solo quería ver mi espada —contestó Denth, todavía tenso—. Sucede a veces.

—Aparte de eso, quería robarse una princesa —añadió Tonk Fah—. O verificaba la habilidad de Denth o se quedaba contigo.

—Pero... ¡podríais haberlo matado!

Tonk Fah se echó a reír.

—¿Y echarse encima a la mitad de los ladrones, asesinos y rateros de la ciudad? No, Grable sabía que no corría ningún peligro.

Denth se volvió a mirarla.

—Lamento haberte hecho perder el tiempo... Creía que sería más útil.

Vivenna frunció el ceño, advirtiendo por primera vez la cuidadosa máscara que Denth colocaba sobre sus emociones. Siempre le había parecido descuidado, como Tonk Fah, pero ahora veía atisbos de algo más. Control. Control que estaba, por primera vez, a punto de perder.

—Bueno, no ha habido daños —dijo ella.

—A excepción de esos matones a los que ha pinchado Denth —añadió Tonk Fah, dando de comer otro bocado al mono.

—Tenemos que...

—¿Princesa? —llamó una voz entre la multitud.

Denth y Tonk Fah giraron sobre los talones. Una vez más, la espada de Denth asomó antes de que Vivenna pudiera seguirla. Esta vez, sin embargo, no golpeó. El hombre que los seguía no parecía una amenaza. Vestía ropas marrones ajadas y su rostro era correoso y bronceado. Tenía aspecto de campesino.

—Oh, princesa. —El hombre se adelantó, ignorando las espadas—. Eres tú. Había oído rumores, pero... ¡oh, estás aquí!

Denth dirigió una mirada a Tonk Fah, y este extendió una mano ante el recién llegado para evitar que se acercara demasiado a Vivenna. A ella le habría parecido una cautela innecesaria si no acabara de ver a Denth matar a dos hombres en un abrir y cerrar de ojos. El peligro del que hablaba siempre Denth empezaba a calar en su mente. Si ese hombre tenía un arma oculta y un poco de habilidad, podría matarla antes en un santiamén.

Comprender aquella situación le provocó un escalofrío.

—Princesa —dijo el hombre, hincándose de rodillas—. Soy tu siervo.

—Por favor. No me hagas destacar.

—Oh. —El hombre alzó la cabeza—. Lo siento. ¡Ha pasado tanto tiempo desde que partí de Idris! ¡Pero eres tú!

—¿Cómo sabías que estoy aquí?

—Por los idrianos de T'Telir —explicó—. Se comenta que has venido a recuperar el trono. Llevamos tanto tiempo de opresión que creí que se lo inventaban. ¡Pero es verdad! ¡Estás aquí!

Denth la miró, y luego al restaurante de Grable, del que no se habían alejado demasiado todavía. Le hizo una seña a Tonk Fah.

—Regístralo, y ya hablaremos en otra parte.

Otra parte resultó un edificio desvencijado en un barrio pobre de la ciudad, a unos quince minutos del restaurante.

A Vivenna los suburbios de T'Telir le resultaban interesantes, al menos a nivel intelectual. Incluso allí había color. La gente llevaba ropa desgastada. Brillantes tiras de tela colgaban de las ventanas, tendidas sobre cordeles, y ondeaban sobre los charcos de la calle. Colores apagados o sucios. Como un carnaval que hubiera sido arrollado por un corrimiento de tierras.

Vivenna esperó fuera del edificio con Joyas, Parlin y el idriano, mientras Denth y Tonk Fah se aseguraban de que no hubiera ninguna trampa oculta. Se abrazó, experimentando una extraña sensación de desesperación. Los ajados colores del callejón le parecían feos. Eran cosas muertas. Como pájaros hermosos que hubieran caído inmóviles al suelo, su forma intacta, pero desaparecida la magia.

Rojos estropeados, amarillos manchados, verdes rotos. En T'Telir incluso las cosas sencillas, como las patas de las sillas y los sacos, estaban pintadas de colores brillantes. ¿Cuánto debían de gastar los habitantes de la ciudad en teñidos y tintes? Si no hubiera sido por las lágrimas de Edgli, las vibrantes flores que solo crecían en el clima de T'Telir, habría sido imposible. Hallandren había creado una economía entera basada en el cultivo, la recolección y la producción de tintes a partir de esas flores especiales.

Vivenna arrugó la nariz ante el tufo de los residuos. Los olores eran ahora más fuertes para ella, igual que los colores. No es que su sentido del olfato fuera mejor, pero las cosas que olía parecían más fuertes. Se estremeció. Incluso ahora, semanas después de la infusión de aliento, no se sentía normal. Notaba a la gente en la ciudad, podía sentir a Parlin a su lado, observando con recelo los callejones cercanos. Podía sentir a Denth y a Tonk Fah dentro de la casa. Uno de ellos parecía estar inspeccionando el sótano.

Podía...

Se detuvo. No podía sentir a Joyas. Miró a su lado, pero la mujer bajita estaba allí, las manos en las caderas, murmurando para sí. Su abominación sinvida la acompañaba; Vivenna no esperaba poder sentir a la criatura. Pero ¿por qué no podía sentir a Joyas? Tuvo un súbito momento de pánico, al pensar que Joyas podía ser algún tipo de

retorcida creación sinvida. Entonces advirtió que había una explicación sencilla.

Joyas no tenía ningún aliento. Era una apagada.

Incluso sin su riqueza de aliento, Vivenna habría acabado por darse cuenta. En los ojos de Joyas había menos chispa. Era más gruñona, menos agradable. Y parecía poner nerviosos a los otros.

Además, Joyas nunca se daba cuenta de que Vivenna la miraba. Fuera cual fuese el sentido que los otros tenían y los hacía volverse si los miraba demasiado tiempo, Joyas no lo tenía. Vivenna se volvió y notó que se ruborizaba. Ver a una persona sin aliento era como espiar a alguien que se cambiaba de ropa. Como verlo desnudo.

«Pobre mujer —pensó—. ¿Cómo le habrá ocurrido?». ¿Lo había vendido? ¿O se lo habían quitado? De pronto, Vivenna se sintió incómoda. «¿Por qué debo yo tener tanto, cuando ella no tiene nada?». Era la peor clase de ostentación.

Sintió a Denth acercarse antes de que abriera la puerta, que parecía a punto de desprenderse de sus goznes.

—Es seguro —anunció. Miró a Vivenna—. No tienes que implicarte en esto si no quieres perder el tiempo, princesa. Joyas puede llevarte de regreso a la casa. Nosotros interrogaremos a este hombre y luego te informaremos.

Ella negó con la cabeza.

—No. Quiero oír lo que tenga que decir.

—Eso pensaba —dijo Denth—. Pero tendremos que cancelar nuestra próxima cita. Joyas, tú...

—Yo lo haré —se ofreció Parlin.

Denth vaciló y miró a Vivenna.

—Mirad, puede que no entienda todo lo que sucede en esta ciudad —dijo Parlin—, pero puedo entregar un mensaje sencillo. No soy idiota.

—Déjalo ir. Confío en él —repuso Vivenna.

Denth se encogió de hombros.

—Muy bien. Sigue recto por este callejón hasta que encuentres la plaza con la estatua rota de un jinete, luego gira al este y sigue esa calle hasta el final. Eso te llevará fuera del suburbio. La siguiente cita iba a ser en

un restaurante llamado El Camino del Guerrero. Lo encontrarás en el mercado de la zona oeste.

Parlin asintió y se marchó. Denth le indicó a Vivenna y a los demás que entraran. El nervioso idriano, llamado Thame, entró primero. Vivenna lo siguió, y se sorprendió al descubrir que el interior del edificio parecía más sólido de lo que indicaba el exterior. Tonk Fah encontró un taburete y lo colocó en el centro de la habitación.

—Siéntate, amigo —señaló Denth.

Nervioso, Thame ocupó el taburete.

—Bien, ahora cuéntanos cómo has sabido que la princesa iba a estar en ese restaurante hoy.

Thame miró de un lado a otro.

—Yo paseaba por la zona y...

Tonk Fah hizo crujir sus nudillos. Vivenna lo miró, advirtiéndole de pronto que el grandullón parecía más peligroso. El ocioso hombretón al que gustaba adormilarse había desaparecido. En su lugar había un matón con las mangas recogidas, mostrando unos músculos que abultaban de forma impresionante.

Thame sudaba. Clod el sinvida entró en la habitación, sus ojos inhumanos en sombras, su rostro como moldeado en cera. Un simulacro de humano.

—Yo... pues hago trabajitos para los jefes de la ciudad —dijo Thame—. Cosas pequeñas. Nada importante. Los idrianos hemos de aceptar cualquier clase de trabajo.

—He visto a idrianos en buenas posiciones en la ciudad, amigo —repuso Denth—. Mercaderes. Prestamistas.

—Esos son los afortunados, señor —dijo Thame, tragando saliva—. Tienen su propio dinero. La gente trabaja con cualquiera que tenga dinero. Si eres un hombre corriente, las cosas son distintas. La gente te mira la ropa, escucha tu acento, y buscan a otros que hagan el trabajo. Dicen que no somos de fiar. O que somos aburridos. O que robamos.

—¿Y lo hacéis? —preguntó Vivenna, casi sin darse cuenta.

Thame la miró, y luego al sucio suelo.

—A veces. Pero no al principio. Ahora solo lo hago cuando me lo pide mi jefe.

—Eso sigue sin responder a cómo supiste dónde encontrarnos, amigo —le recordó Denth, sin alterarse. Su uso de la palabra «amigo», contrastado con Tonk Fah a un lado y el sinvida al otro, hizo que Vivenna se estremeciera.

—Mi jefe habla demasiado —explicó Thame—. Sabía lo que iba a pasar en el restaurante... y vendió la información a un par de personas. Yo me enteré por casualidad.

Denth miró a Tonk Fah.

—Todo el mundo sabe que ella está en la ciudad —se apresuró a añadir Thame—. Todos hemos oído los rumores. No es ninguna coincidencia. Las cosas van mal para nosotros. Peor que nunca. La princesa ha venido a ayudarnos, ¿verdad?

—Amigo, creo que será mejor que olvides este encuentro. Comprendo que sentirás la tentación de vender información. Pero te encontraremos si lo haces. Y entonces...

—Denth, ya es suficiente —ordenó Vivenna—. Deja de asustar a este hombre.

El mercenario la miró, haciendo que Thame diera un respingo.

—Oh, por el amor de los Colores —dijo ella, avanzando y agachándose junto al taburete de su compatriota—. No te pasará nada, Thame. Has hecho bien al buscarme, y confío en que mantengas en secreto nuestro encuentro. Pero dime, si las cosas van tan mal en T'Telir, ¿por qué no regresas a Idris?

—Viajar cuesta dinero, alteza. No puedo permitírmelo... la mayoría de nosotros no puede.

—¿Hay muchos de vosotros aquí?

—Sí, alteza.

Vivenna asintió.

—Quiero reunirme con los otros.

—Princesa... —intervino Denth, pero ella lo silenció con una mirada.

—Puedo reunir a algunos —dijo Thame, vehemente, asintiendo con la cabeza—. Lo prometo. Conozco a un montón de idrianos.

—Bien. Porque he venido a ayudar. ¿Cómo contactaremos contigo?

—Pregunta por Rira. Es mi jefe.

Vivenna se levantó y señaló la puerta. Thame se marchó con paso vivo, sin necesidad de decir nada. Joyas, que vigilaba la puerta, le dejó paso a regañadientes y permitió que el hombre escapara.

La habitación quedó en silencio un momento.

—Joyas —dijo Denth—. Síguelo.

La aludida asintió sin despegar los labios y se fue.

Vivenna miró a los dos mercenarios, esperando que estuvieran enfadados con ella.

—¿Tenías que dejarlo ir tan rápido? —comentó Tonk Fah, sentándose en el suelo, como apesadumbrado. Lo que había hecho para parecer peligroso, fuera lo que fuese, había desaparecido, evaporándose más rápido que el agua sobre metal al sol.

—Ahora la has liado —dijo Denth—. Estará enfadado el resto del día.

—Ya nunca tengo ocasión de hacer el papel del malo —dijo Tonk Fah, echándose hacia atrás y mirando el techo. Su mono se acercó y se sentó encima de su prominente barriga.

—Lo superarás —contestó Vivenna, haciendo un gesto de exasperación—. ¿Por qué fuisteis tan duros con él?

Denth se encogió de hombros.

—¿Sabes qué es lo menos agradable de ser mercenario?

—Sospecho que me lo vas a decir —respondió Vivenna, cruzándose de brazos.

—Pues que la gente siempre intenta engañarte —dijo Denth, sentándose en el suelo junto a Tonk Fah—. Todos piensan que, como eres un matón a sueldo, te faltan dos dedos de frente.

Hizo una pausa, como esperando a que su compañero diera su habitual contrapunto. Sin embargo, el grueso mercenario continuó mirando el techo.

—Arsteel siempre podía ejercer de malo —dijo.

Denth suspiró, dirigiendo a Vivenna una mirada acusadora.

—Sea como sea —continuó—, no podía estar seguro de que nuestro amigo no fuera un infiltrado enviado por Grable. Podría haber fingido



ser un súbdito leal, para penetrar nuestras defensas y poder apuñalarte por la espalda. Es mejor asegurarse.

Ella se sentó en el taburete, tentada de decir que exageraba, pero... en fin, acababa de verlo matar a dos hombres en su defensa. «Les pago para esto —pensó—. Lo más aconsejable sería que les permitiera hacer su trabajo».

—Tonk Fah, podrás hacer de malo la próxima vez.

El grandullón se volvió a mirarla.

—¿Lo prometes?

—Sí.

—¿Podré gritarle a quien estemos interrogando?

—Claro.

—¿Y gruñirle?

—Supongo.

—¿Y romperle los dedos?

Ella frunció el ceño.

—Eso no.

—¿Ni siquiera los menos importantes? Quiero decir, la gente tiene cinco dedos. Los pequeños no sirven de mucho.

Vivenna vaciló, y entonces Tonk Fah y Denth se echaron a reír.

—Ay, de verdad —dijo, volviéndose—. Nunca sé cuándo pasáis de hablar en serio a ser bromistas.

—Por eso es tan divertido —contestó Tonk Fah, todavía riendo.

—¿Nos marchamos, pues? —preguntó ella, poniéndose en pie.

—Aún no —dijo Denth—. Esperemos un poco. No estoy seguro de que Grable no nos esté buscando. Es mejor no llamar la atención durante unas horas.

Ella frunció el ceño y lo miró. Tonk Fah, sorprendentemente, ya estaba roncando.

—Creí que habías dicho que Grable nos dejaría en paz. Que solo nos estaba poniendo a prueba, que quería ver lo bueno que eras.

—Es probable. Pero también me equivoco a veces. Puede que nos haya dejado ir porque le preocupaba tener mi espada demasiado cerca. Podría estar pensándose mejor. Le daremos un lapso prudencial, y luego volveremos y le preguntaremos a mis vigilantes si alguien ha estado husmeando alrededor de la casa.

—¿Vigilantes? ¿Tienes a gente vigilando nuestra casa?

—Por supuesto. Los chicos trabajan a cambio de muy pocas monedas en la ciudad. La inversión merece la pena, aunque no se trate de proteger a la princesa de un reino rival.

Ella se cruzó de brazos. No le apetecía estar sentada, así que paseó por la habitación.

—Yo no me preocuparía demasiado por Grable —dijo Denth, los ojos cerrados mientras se echaba hacia atrás para apoyarse contra la pared—. Es solo una precaución.

Ella negó con la cabeza.

—Es razonable que quiera vengarse, Denth. Mataste a dos de sus hombres.

—Los hombres también son baratos en esta ciudad, princesa.

—Dices que te estaba poniendo a prueba. Pero ¿con qué propósito? ¿Provocarte para que entraras en acción y luego dejarte marchar?

—Para ver hasta qué punto soy una amenaza —contestó Denth encogiéndose de hombros, los ojos todavía cerrados—. O, más probable, para ver si merezco la paga que suelo pedir. Pero yo no me preocuparía demasiado.

Ella suspiró y se acercó a la ventana para contemplar la calle.

—Deberías apartarte de la ventana —dijo Denth—. Solo para asegurarnos.

«Primero me dice que no me preocupe, y ahora que no me deje ver», pensó ella con frustración, y se dirigió a la puerta del sótano.

—Yo tampoco haría eso —advirtió Denth—. Las escaleras están rotas en un par de sitios. No hay mucho que ver, de todas formas. Suelo sucio. Paredes sucias. Techo sucio.

Ella volvió a suspirar y se apartó de la puerta.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, sin abrir los ojos—. No sueles estar tan nerviosa.

—No lo sé. Estar encerrada me provoca ansiedad.

—Creí que enseñaban a las princesas a ser pacientes.

«Tiene razón —pensó ella—. Eso mismo habría dicho Siri. ¿Qué me ocurre últimamente?». Se obligó a sentarse en el taburete, cruzó las manos sobre el regazo y volvió a controlar su pelo, que había empezado a rebelarse y volverse castaño claro.

—Por favor —dijo, obligándose a ser paciente—, hágame de este sitio. ¿Por qué escogisteis este edificio?

Denth abrió un ojo.

—Lo alquilamos. Está bien tener escondites seguros por toda la ciudad. Como no los usamos muy a menudo, cogemos los más baratos.

«Ya me he dado cuenta», pensó Vivenna, pero guardó silencio, reconociendo lo forzado que parecía su intento de conversación. Permaneció allí sentada, sin decir nada más, mirándose las manos y tratando de comprender qué la había puesto tan nerviosa.

No era solo la pelea. La verdad era que le preocupaba cuánto tiempo tardaban las cosas en T'Telir. Su padre habría recibido su carta hacía dos semanas, y sabría que dos de sus hijas estaban en Hallandren. Solo podía esperar que la lógica de su carta, mezclada con amenazas, le impidiera hacer ninguna locura.

Le alegraba que Denth la hubiera hecho abandonar la casa de Lemex. Si su padre enviaba agentes a recuperarla, irían a buscar a Lemex primero, igual que había hecho ella. Sin embargo, una parte cobarde en su interior deseaba que Denth no hubiera mostrado tanta previsión. Si todavía estuvieran viviendo en la casa de Lemex, tal vez la hubieran descubierto ya. Y estaría camino de vuelta a Idris.

Actuaba con mucha determinación. Y, de hecho, a veces se sentía muy decidida. Eran los momentos en que pensaba en Idris o las necesidades de su reino. Sin embargo, esos momentos, los momentos regios, eran bastante raros. El resto del tiempo, dudaba.

¿En qué se había metido? No sabía de guerras ni de subterfugios. Denth estaba detrás de todo lo que ella estaba «haciendo» para ayudar a Idris. Lo que ella había sospechado el primer día había resultado verdad: su preparación y sus estudios contaban poco, y no sabía qué hacer para salvar a Siri. Ni qué hacer con el aliento que contenía en su interior. Ni siquiera sabía, en realidad, si quería quedarse en esa ciudad loca, con un exceso de habitantes y colores.

En resumen, era una inútil. Y eso era lo único para lo que nunca la habían educado.

—¿De verdad quieres reunirte con los idrianos? —preguntó Denth. Vivenna alzó la cabeza. Fuera, oscurecía.

«¿Quiero hacerlo? —pensó—. Si mi padre tiene agentes en la ciudad, puede que acudan. Pero si hay algo que pueda hacer por esta gente...».

—Me gustaría —respondió.

Él sacudió la cabeza.

—Será difícil prepararlo, difícil mantenerlo en secreto, y difícil protegerte. Estos encuentros que estamos teniendo han sido en zonas controladas. Si te reúnes con gente corriente, eso no será posible.

Ella asintió.

—Quiero hacerlo de todas formas. Tengo que hacer algo, Denth. Algo útil. Que me vean estos contactos tuyos nos sirve de ayuda, pero tengo que hacer más. Si llega la guerra, debemos preparar a esa gente. Ayudarlos de algún modo.

Alzó la cabeza y miró por la ventana. Clod el sinvida estaba de pie en el rincón donde lo había dejado Joyas. Vivenna se estremeció y apartó la mirada.

—Quiero ayudar a mi hermana. Y quiero serle útil a mi pueblo. Pero intuyo que no estoy haciendo mucho por Idris quedándome en esta ciudad.

—Es mejor que marcharse.

—¿Por qué?

—Porque si te marchas, no habrá nadie que me pague.

Ella puso los ojos en blanco.

—No bromeaba —advirtió Denth—. Necesito que me paguen. De todas formas, hay motivos mejores para quedarse.

—¿Como cuáles?

Él se encogió de hombros.

—Depende, supongo. Mira, princesa, no soy de los que dan consejos brillantes ni profundos. Soy un mercenario. Tú me pagas, me señalas el objetivo y yo voy y apuñalo. Pero bien mirado, regresar a Idris es lo

menos útil que podrías hacer. Allí no podrás hacer nada más que quedarte cruzada de brazos y tejer ganchillo. Tu padre tiene otros herederos. Aquí puede que no seas muy efectiva, pero allí eres un cero a la izquierda.

Guardó silencio, se desperezó y se acomodó un poco más contra la pared. «Dice lo que piensa sin cortarse ni un pelo», pensó Vivenna, sacudiendo la cabeza. Con todo, aquellas palabras le parecieron un consuelo. Sonrió y se dio la vuelta.

Y encontró a Clod de pie junto al taburete.

Soltó un gritito, trastabillando y medio cayéndose. Denth se acercó con presteza, la espada desenvainada, y Tonk Fah no tardó en imitarlo.

Vivenna se puso en pie, tropezando con las faldas, y se llevó una mano al pecho, como para tranquilizar los latidos de su corazón. El sinvida permanecía en pie, mirándola.

—Ah, es eso. Lo hace a veces —dijo Denth, riendo, aunque a Vivenna le pareció una risa falsa—. Le gusta acercarse a la gente.

—Como si sintiera curiosidad —apuntó Tonk Fah.

—No pueden sentir curiosidad —dijo Denth—. No tienen ninguna emoción. Clod, vuelve a tu rincón.

El sinvida se dio la vuelta y echó a andar.

—No —dijo Vivenna, aún temblorosa—. Envíalo al sótano.

—Pero las escaleras...

—¡Al sótano! —lo cortó la princesa, el pelo tiñéndose de rojo por las puntas.

Denth suspiró.

—Clod, al sótano.

El sinvida obedeció. Mientras bajaba las escaleras, Vivenna oyó un escalón crujir levemente, pero la criatura llegó a salvo abajo, a juzgar por el sonido de sus pasos. Ella se sentó, tratando de calmar su respiración.

—Lo lamento —dijo Denth.

—No puedo sentirlo. Es inquietante. Me olvido de que está allí, y no me doy cuenta de cuándo se acerca.

Denth asintió.

—Lo sé.

—Me pasa lo mismo con Joyas —dijo ella, mirándolo—. Es una apagada.

—Sí —dijo él, sentándose—. Lo es desde niña. Sus padres vendieron su aliento a un dios.

—Necesitan un aliento a la semana para sobrevivir —añadió Tonk Fah.

—Qué terrible —dijo Vivenna. «He de mostrarme más amable con ella».

—En realidad no es tan malo. Yo también he estado sin aliento —comentó Denth.

—¿Sí?

Él asintió.

—Todo el mundo tiene rachas en que anda mal de dinero. Lo bueno que tiene el aliento es que siempre puedes comprárselo a otro.

—Nunca falta quien quiere vender —dijo Tonk Fah.

Vivenna sacudió la cabeza, temblando.

—Pero entonces hay que vivir sin él durante un tiempo. Sin alma.

Denth se echó a reír, y esta vez la risa fue auténtica.

—Oh, eso son supersticiones, princesa. No tener aliento no te cambia tanto.

—Te vuelve menos amable —contestó Vivenna—. Más irritable. Como...

—¿Joyas? —preguntó Denth, divertido—. No, ella ha sido siempre así. Estoy seguro. Sea como sea, cuando he vendido mi aliento, no me he sentido tan diferente. Hay que prestar mucha atención para darte cuenta de que falta.

Vivenna se volvió. No esperaba que comprendiera. Era fácil llamar supersticiones a sus creencias, pero ella podía decirle lo mismo a Denth. La gente veía lo que quería ver. Si él creía que sentía lo mismo sin aliento, era más fácil admitir la posibilidad de venderlo... y luego comprar otro aliento a una persona inocente. Además, ¿por qué molestarse en comprarlo si no importaba?

La conversación se apagó hasta que regresó Joyas. Entró y, una vez más, Vivenna apenas la advirtió. «Estoy empezando a confiar demasiado

en ese sentido vital», pensó molesta, y se puso en pie mientras Joyas saludaba a Denth.

—Es quien dice ser —dijo Joyas—. He preguntado, y recibí tres confirmaciones de gente en quien más o menos confío.

—Muy bien, pues —resumió Denth, desperezándose y poniéndose en pie. Despertó a Tonk Fah de una patadita—. Volvamos con cuidado a casa.

Sondeluz encontró a Encendedora en el césped del patio, detrás de su palacio. Estaba disfrutando del arte de uno de los maestros jardineros de la ciudad.

Sondeluz cruzó el césped seguido por su séquito, que sujetaba un gran parasol para protegerlo del sol y se encargaba de atender todas sus necesidades. Pasó ante cientos de macetas, jardineras, tiestos y jarrones rebosantes de diversas plantas y flores, todas dispuestas elaborada y pulcramente.

Jardines provisionales. Los dioses eran demasiado divinos para salir de la corte y visitar los jardines de la ciudad, así que había que llevarles los jardines. Tan colosal empresa requería docenas de obreros y carros llenos de plantas y material. Nada era demasiado bueno para los dioses.

Excepto, naturalmente, la libertad.

Encendedora estaba admirando el diseño de los lechos florales. Reparó en Sondeluz cuando se acercaba, pues su biocroma al avanzar hacía que las flores resplandecieran más a la luz de la tarde. La diosa llevaba un vestido sorprendentemente molesto. No tenía mangas y parecía hecho de una sola pieza de seda verde que la envolvía, cubriendo apenas las partes íntimas y poco más.

—Sondeluz, querido —dijo sonriendo—. ¿Visitando a una dama en su hogar? Qué encantador. Bueno, basta de cháchara. Retirémonos al dormitorio.

Él sonrió y le tendió un papel mientras se acercaba.

Ella vaciló y luego lo cogió. La parte delantera estaba cubierta de puntos de colores, la letra de los artesanos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—He imaginado cómo iba a comenzar nuestra conversación —respondió él—. Así que nos he ahorrado las molestias y la he escrito de antemano.

Encendedora alzó una ceja, luego leyó.

—«Para empezar, Encendedora dice algo veladamente sugerente». — Ella lo miró—. ¿Veladamente? Te he invitado al dormitorio. Yo diría que es descarado.



—Te he subestimado. Por favor, continúa.

—«Entonces Sondeluz la rechaza con una frase aguda e inteligente. Es tan increíblemente encantador y listo que ella, aturdida por su brillantez, se queda sin palabras durante varios minutos...». Oh, de verdad, Sondeluz, eres incorregible. ¿Tengo que seguir?

—Es una obra maestra. Lo mejor que he escrito nunca. Por favor, lo siguiente es importante.

Ella suspiró.

—«Encendedora hace un comentario sobre política mortalmente aburrido, pero lo compensa meneando los pechos. Después de eso, Sondeluz pide disculpas por mostrarse tan distante últimamente. Explica que hay ciertas cosas que debe resolver».

Hizo una pausa y lo miró.

—¿Eso significa que finalmente estás dispuesto a formar parte de mis planes?

Él asintió. A un lado, un grupo de jardineros acabó de retirar las flores cercanas. A continuación, se aplicaron en elaborar un diseño de pequeños árboles floridos en grandes macetas alrededor de ambos dioses.

—No creo que la reina esté implicada en un plan para apoderarse del trono —dijo Sondeluz—. Aunque he hablado muy brevemente con ella, estoy convencido.

—Entonces ¿por qué accedes a unirme a mí?

Él guardó silencio unos instantes, disfrutando de las flores.

—Porque pretendo evitar que la aplastes. Ni a ella ni al resto de nosotros.

—Mi querido Sondeluz —repuso ella, frunciendo sus brillantes labios rojos—. Te aseguro que soy inofensiva.

Él enarcó una ceja.

—Lo dudo.

—Vamos, vamos, nunca deberías señalarle a una dama que se aparta de la verdad estricta. De todas formas, me alegra que hayas venido. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Trabajo? Eso suena a... trabajo.

—Por supuesto, querido. —Y echó a andar.

Los jardineros se apresuraron a apartar los arbolitos para abrirles paso. El maestro jardinero en persona dirigía la composición como el director de una orquesta botánica. Sondeluz la siguió.

—Trabajo —dijo—. ¿Sabes cuál es mi filosofía sobre el trabajo?

—No sé por qué, tengo la impresión de que no lo apruebas.

—Oh, yo no diría eso. El trabajo, querida Encendedora, es como el abono.

—¿Huele?

Él sonrió.

—No; estaba pensando que el trabajo es como el abono: me alegro de su existencia por lo útil que resulta, pero no quiero verme atrapado en él.

—Es una lástima —dijo la diosa—. Porque acabas de acceder a hacerlo.

Él suspiró.

—Ya me parecía oler algo.

—No seas pesado —replicó ella, sonriéndole a los obreros que flanqueaban su camino con jarrones de flores—. Esto va a ser divertido.

Se volvió hacia él, los ojos chispeando.

—Anoche atacaron a Mercestrella.

—Oh, mi querida Encendedora. Ha sido algo terriblemente *trágico* .

Sondeluz alzó una ceja. Mercestrella era una mujer preciosa y voluptuosa que ofrecía un sorprendente contraste con Encendedora. Ambas eran ejemplos perfectos de la belleza femenina. Encendedora era del tipo esbelto (pero pechugona), mientras que Mercestrella era del tipo curvilíneo (y pechugona también). Esta se hallaba tumbada en un mullido diván, abanicada por grandes hojas de palmera que agitaban varios de sus criados.

Carecía del sutil sentido del estilo de Encendedora. Hacía falta tener habilidad para elegir colores brillantes que no rozaran lo chillón. Sondeluz tampoco la tenía, pero alguno de sus sirvientes sí.

Mercestrella, al parecer, no sabía que semejante habilidad existía siquiera.

«Aunque hay que admitir que el naranja y el dorado no son los colores más fáciles de llevar con dignidad», pensó.

—Mercestrella, querida —dijo afectuosamente Encendedora. Uno de los criados acercó un taburete tapizado y lo deslizó bajo la diosa cuando se sentaba al lado de la convaleciente—. Comprendo cómo debes de sentirte.

—¿Sí? ¿Puedes, de verdad? Es terrible. ¡Algún... algún bellaco se coló en mi palacio y atacó a mis sirvientes! ¡El hogar de una diosa! ¿Quién haría una cosa así?

—Seguramente un loco —la consoló Encendedora.

Sondeluz sonrió compasivo, las manos a la espalda. Una fresca brisa de la tarde barría el patio y el pabellón. Algunos jardineros de Encendedora habían traído flores y árboles, rodeando el dosel del pabellón y llenando el aire con sus perfumes mezclados.

—Ya —dijo Mercestrella—. Pero ¡los guardias de las puertas están para impedir este tipo de cosas! ¿Por qué tenemos murallas si la gente puede entrar sin más y violar nuestros hogares? Ya no me siento segura.

—Estoy segura de que los guardias serán más diligentes en el futuro —dijo Encendedora.

Sondeluz frunció el ceño y se volvió para contemplar el palacio de Mercestrella, donde los criados zumbaban como abejas en torno a un panal.

—¿Qué crees que buscaba el intruso? —preguntó, casi para sí mismo—. ¿Obras de arte, tal vez? Sin duda, hay mercaderes a los que será mucho más fácil robar.

—Puede que no sepamos lo que quieren, pero al menos sabemos algo sobre ellos —lo tranquilizó Encendedora.

—¿Ah, sí? —dijo Mercestrella, irguiéndose.

—Sí, querida. Solo alguien sin ningún respeto hacia las tradiciones, las propiedades o la religión se atrevería a irrumpir en la casa de un dios. Alguien de muy baja estofa. Un irrespetuoso. Un infiel...

—¿Un idriano? —aventuró Mercestrella.

—¿Nunca te has preguntado, querida, por qué enviaron al rey-dios la hija más joven en vez de la mayor?

Mercestrella frunció el ceño.

—¿Eso han hecho?

—Sí, querida.

—Es bastante sospechoso, ¿no?

—Algo está pasando en la Corte de los Dioses, Mercestrella —prosiguió Encendedora, inclinándose hacia delante—. Estos podrían ser tiempos peligrosos para la Corona.

—Encendedora, ¿puedo hablar contigo un momento? —interrumpió Sondeluz.

Ella lo miró, molesta. Él le sostuvo la mirada, hasta que la diosa acabó por suspirar. Le dio una palmadita a Mercestrella en la mano y se retiró del pabellón con Sondeluz, seguida por criados y sacerdotes.

—¿Qué pretendes? —dijo él en cuanto Mercestrella no pudo oírlos.

—Reclutando efectivos —replicó ella con un destello en los ojos—. Vamos a necesitar sus órdenes sinvida.

—Tal vez no. Puede que la guerra no sea necesaria.

—En todo caso, tenemos que ser cuidadosos. Solo estoy haciendo los preparativos.

—Muy bien —dijo él. Eso era inteligente—. Pero no podemos asegurar que haya sido un idriano quien irrumpió en el palacio de Mercestrella. ¿Por qué lo has dado a entender?

—¿No es mucha casualidad que alguien se cuele en uno de nuestros palacios precisamente ahora, cuando se avecina la guerra?

—No me parece descabellado.

—¿Y que el intruso escogiera por azar uno de los cuatro Retornados que poseen órdenes de acceso a los sinvidas? Si yo fuera a guerrear contra Hallandren, lo primero que haría es localizar esas órdenes. Ver si están escritas en alguna parte, o quizá intentar matar a los dioses que las detentan.

Sondeluz miró el palacio. Los argumentos de Encendedora eran atendibles, pero insuficientes. Tuvo el extraño impulso de investigar más ese asunto. Pero eso sonaba a trabajo. No podía permitirse hacer una excepción a sus hábitos, sobre todo sin quejarse mucho primero. Establecía un pobre precedente. Así que tan solo asintió, y Encendedora los condujo de vuelta al pabellón.

—Querida —dijo la diosa, sentándose junto a Mercestrella con aire ansioso. Se inclinó hacia delante—. Lo hemos hablado y he decidido confiar en ti.

Mercestrella se incorporó.

—¿Confiar en mí? ¿En qué?

—Conocimiento —susurró Encendedora—. Hay quienes tememos que los idrianos no estén contentos con sus montañas y pretendan controlar también las tierras bajas.

—Pero tendremos el refuerzo de la sangre —dijo Mercestrella—. Habrá un rey-dios con sangre real en nuestro trono.

—¿Sí? ¿Y no podría eso interpretarse también como un rey «idriano» con sangre hallandrense en el trono?

Mercestrella titubeó. Al cabo, lanzó una miradita extraña en dirección a Sondeluz.

—¿Qué opinas?

¿Por qué la gente siempre tenía que consultárselo todo? Hacía cuanto estaba en su mano por desalentarlos, pero ellos seguían actuando como si él fuera una especie de autoridad moral.

—Pienso que algún... preparativo sería aconsejable —respondió—. Aunque, por supuesto, lo mismo puede decirse de la cena.

Encendedora le dirigió una mirada molesta, aunque cuando se volvió hacia Mercestrella había adoptado de nuevo su expresión consoladora.

—Comprendemos que has tenido un día difícil —dijo—. Pero, por favor, considera nuestro ofrecimiento. Nos gustaría que te unieras a nosotros en nuestras precauciones.

—¿De qué clase de precauciones estamos hablando?

—Sencillas —respondió Encendedora—. Pensar, hablar, planear. Al final, si nos parece que tenemos pruebas suficientes, se las presentaremos al rey-dios.

Esto pareció tranquilizar a Mercestrella. Asintió.

—Sí, lo comprendo. Preparativos. Una medida inteligente.

—Descansa ahora, querida —dijo Encendedora, y se marchó del pabellón con Sondeluz.

Caminaron tranquilamente por el perfecto césped hacia el palacio de Encendedora. Sin embargo, él se sentía reacio a marcharse. Algo de la reunión lo molestaba.

—Es un encanto —dijo ella, sonriendo.

—Lo dices porque es fácil de manipular.

—Por supuesto. Me encanta la gente que hace lo que debe hacer. Sobre todo cuando lo que debe hacer es lo que yo espero.

—Al menos eres sincera.

—Para ti, querido, soy tan fácil de leer como un libro.

Él bufó.

—Tal vez un libro que no ha sido traducido al hallandrense todavía.

—Lo dices porque en realidad nunca has intentado leerme —replicó ella, sonriéndole—. Aunque he de decir que hay una cosa sobre la querida Mercestralla que sí me molesta.

—¿Qué es?

—Sus ejércitos. —Encendedora cruzó los brazos—. ¿Por qué ella, diosa de la amabilidad, tiene el mando de diez mil sinvidas? Obviamente es un claro error de juicio. Sobre todo porque yo no mando sobre tropa alguna.

—Encendedora —repuso él, divertido—, eres la diosa de la sinceridad, la comunicación, y las relaciones interpersonales. ¿Para qué demonios iban a darte el mando de ejércitos?

—Hay muchas relaciones interpersonales relacionadas con los ejércitos. Después de todo, ¿cómo llamas al hecho de que alguien golpee a otro con una espada? Eso es una relación interpersonal.

—Ajá —repuso él, volviéndose para contemplar el pabellón de Mercestralla.

—Pensaba que apreciarías mis argumentos, ya que las relaciones personales son, de hecho, una guerra. Como está claro en nuestra relación, querido Sondeluz. Nosotros... —Se interrumpió, y luego le dio un codazo en el hombro—. ¿Sondeluz? ¡Préstame atención!

—¿Sí?

Ella irguió el mentón, petulante.

—He de decir que te has pasado con tu bromita de hoy. Tal vez tenga que buscar a otro con quien jugar.

—Hmm, sí —dijo él, estudiando aún el palacio de Mercestrella—. Trágico. Por cierto, esa irrupción en los dominios de Mercestrella... ¿Fue obra de una sola persona?

—Eso parece. No es importante.

—¿Hubo heridos?

—Un par de criados —contestó Encendedora con indiferencia—. Creo que encontraron a uno muerto. Tendrías que prestarme atención a mí, no a esa...

—¿Entonces mataron a alguien?

Ella se encogió de hombros.

—Eso dicen.

Él se dio media vuelta.

—Iré a hablar un poco más con ella.

—Muy bien. Yo me quedo a disfrutar de mis jardines.

—De acuerdo —contestó Sondeluz, volviéndose ya—. Hablaré contigo más tarde.

Encendedora dejó escapar un bufido de indignación, los brazos en jarras, y lo vio alejarse. Sin embargo, Sondeluz ignoró su irritación.

Así que algunos criados habían resultado heridos. No era cosa suya involucrarse en hechos delictivos. Sin embargo, apretó el paso rumbo al pabellón de Mercestrella, seguido como siempre de sus sirvientes y sacerdotes.

Ella seguía leyendo en su diván.

—¿Sondeluz? —se sorprendió, frunciendo el ceño.

—He vuelto porque acabo de enterarme que uno de tus criados murió en el ataque.

—Ah, sí. Pobre hombre. Qué terrible circunstancia. Estoy segura de que ha encontrado sus bendiciones en el cielo.

—Cuéntame. ¿Cómo fue el asesinato?

—Es muy extraño, en realidad. Los dos guardias de la puerta estaban inconscientes. El intruso fue descubierto por cuatro criados en el pasillo de servicio. Luchó con ellos, derribó a uno, mató a otro, y dos escaparon.

—¿Cómo murió el hombre?

Mercestrella suspiró.

—La verdad es que no lo sé —contestó, agitando una mano—. Mis sacerdotes podrán decírtelo. Me temo que quedé demasiado traumatizada para prestar atención a los detalles.

—¿Podría hablar con ellos?

—Si debes hacerlo... ¿Has entendido cuán trastornada estoy? Cabría suponer que preferirías quedarte a consolarme.

—Querida, si sabes algo de mí, entonces comprenderás que dejarte sola es con diferencia el mejor consuelo que puedo ofrecerte.

Ella frunció el ceño y lo miró.

—Era una broma, querida. Por desgracia, me salen muy mal. Veloz, ¿vienes?

Llarimar, que como siempre esperaba con el resto de los sacerdotes, se acercó.

—¿Divina gracia?

—No hace falta molestar más a los demás —dijo Sondeluz—. Creo que tú y yo solos seremos suficientes para esta misión.

—Como ordenéis, divina gracia.

Y así, una vez más los sirvientes de Sondeluz quedaron apartados de su dios. Se sintieron inseguros, como un grupo de niños abandonados por sus padres.

—¿Qué sucede, divina gracia? —preguntó Llarimar en voz baja mientras se encaminaban hacia el palacio.

—Pues no tengo ni idea, pero creo que aquí pasa algo raro. Esa irrupción. La muerte de un hombre. Algo va mal.

Llarimar lo miró con una expresión extraña.

—¿Qué pasa? —preguntó Sondeluz.



—Nada, divina gracia —contestó Llarimar por fin—. Solo que es muy poco propio de vos.

—Lo sé —admitió el dios—. Sinceramente no puedo decir qué me impulsa. La curiosidad, tal vez.

—Curiosidad que supera vuestro deseo de evitar hacer... bueno, de hacer nada.

Sondeluz se encogió de hombros. Se sentía lleno de energía cuando entró en el palacio. Su letargo normal desapareció, y sentía cierta emoción. Era casi familiar. Encontró a un grupo de sacerdotes en el pasillo de los sirvientes. Se acercó y todos se volvieron a mirarlo con sorpresa.

—Ah, bien —dijo Sondeluz—. Supongo que podréis darme más detalles sobre el intruso.

—Divina gracia —dijo uno de ellos mientras los tres inclinaban la cabeza—. Os aseguro que lo tenemos todo bajo control. No hay peligro para vos ni para vuestra gente.

—Sí, sí —repuso el dios, contemplando el pasillo—. ¿Es aquí donde mataron a ese hombre?

Los sacerdotes se miraron unos a otros.

—Por allí —dijo uno de ellos, reacio, señalando un recodo.

—Bien. Acompañadme si queréis.

Sondeluz se encaminó hacia la dirección indicada. Un grupo de trabajadores retiraba las tablas del suelo, probablemente para sustituirlas. Una madera manchada de sangre, no importaba lo bien que se limpiara, no estaría bien en casa de una diosa.

—Hmm —dijo Sondeluz—. Parece un asunto feo. ¿Cómo sucedió?

—No estamos seguros, divina gracia —contestó un sacerdote—. El intruso dejó inconscientes a los guardias de la puerta, pero no les causó ningún daño grave.

—Sí, Mercestralla lo mencionó. Pero ¿luego luchó contra cuatro criados?

—Bueno, «luchar» no es la palabra adecuada —contestó con un suspiro. Aunque Sondeluz no era su dios, era un dios. Los sacerdotes estaban bajo juramento de responder a sus preguntas—. Inmovilizó a uno de ellos con una cuerda que había despertado. Entonces, mientras uno se

quedaba atrás para entorpecer al intruso, los otros dos corrieron en busca de ayuda. En ese momento, el que había sido atado estaba todavía vivo. —Miró a sus iguales—. Cuando por fin llegó la ayuda, retrasada por un animalillo sinvida que causaba confusión, encontraron al segundo hombre inconsciente todavía. El primero, atado, estaba muerto. Apuñalado en el corazón con una espada.

Sondeluz asintió y se acuclilló junto a las tablas rotas. Los criados que estaban trabajando allí inclinaron la cabeza y se retiraron. Sondeluz no estaba seguro de qué esperaba encontrar. Habían limpiado el suelo, y luego lo habían desmontado. Sin embargo, había una extraña mancha un poco más allá. Se acercó y se arrodilló, inspeccionándola con más atención. «Carente de color», constató. Alzó la cabeza y miró a los sacerdotes.

—¿Un despertador, diríais?

—Indudablemente, divina gracia.

Miró de nuevo la mancha gris. «Es imposible que un idriano hiciera esto. Ni que usara el despertar».

—¿Qué era esa criatura sinvida que habéis mencionado?

—Una ardilla, divina gracia. El intruso la utilizó como distracción.

—¿Bien hecha?

Ellos asintieron.

—Usando palabras de orden modernas, a juzgar por sus acciones —dijo uno—. Incluso tenía ícoralcohol en vez de sangre. ¡Tardamos buena parte de la noche en capturarla!

—Ya veo —comentó Sondeluz, poniéndose en pie—. ¿El intruso escapó?

—Sí, divina gracia.

—¿Qué suponéis que buscaba?

Los sacerdotes vacilaron.

—No lo sabemos con seguridad —contestó uno—. Lo espantamos antes de que pudiera alcanzar su objetivo... Uno de los nuestros lo vio huir por donde había venido. Quizá la resistencia fue demasiado para él.

—Creemos que pudo tratarse de un ladrón común, divina gracia. Que intentó colarse en la galería para robar las obras de arte.

—Es muy probable. —Sondeluz se puso en pie—. Buen trabajo.

Se volvió y recorrió el pasillo en dirección a la entrada. Se sentía extrañamente surreal.

Los sacerdotes habían mentido.

No sabía cómo lo notaba. Sin embargo, así era: lo sabía en lo más profundo, con algún instinto que no era consciente de poseer. En vez de molestarlo, por algún motivo aquellas mentiras lo emocionaron.

—Divina gracia —dijo Llarimar, alcanzándolo—. ¿Encontrasteis lo que buscabais?

—Quien entró no era idriano —repuso Sondeluz en voz baja mientras salían a la luz del sol.

Llarimar alzó una ceja.

—Ha habido casos de idrianos que vienen a Hallandren y compran aliento, divina gracia.

—¿Y has oído de alguno que utilice a un sinvida?

Llarimar guardó silencio.

—Pues no —admitió finalmente.

—Los idrianos odian a los sinvidas. Los consideran abominaciones, o una tontería de esas. Sea como sea, no tendría sentido que un idriano intentara entrar así. ¿Para qué? ¿Para asesinar a una diosa? Habría sido sustituida, y los protocolos previstos se asegurarían de que los ejércitos de sinvidas no estuvieran mucho tiempo sin alguien que los dirigiera. Las consecuencias de la represalia superarían en mucho a los beneficios.

—Entonces ¿creéis que fue un ladrón?

—Por supuesto que no. ¿Un ratero común con suficiente dinero o aliento para poder malgastar un sinvida, solo como distracción? Quien entró aquí era rico. Además, ¿por qué husmear por los pasillos de los sirvientes? Ahí no hay nada valioso. El interior del palacio contiene muchas más riquezas.

Llarimar volvió a guardar silencio. Miró a Sondeluz, y entonces una curiosa expresión asomó a su rostro.

—Es un razonamiento muy sólido, divina gracia.

—Lo sé. No es propio de mí. Tal vez necesito emborracharme.

—No podéis emborracharos por más que bebáis.

—Ah, pero desde luego me gusta intentarlo.

Regresaron a su palacio, recogiendo a los sirvientes por el camino. Llarimar parecía inquieto. Sondeluz, sin embargo, estaba lleno de excitación. «Caray, un asesinato en la Corte de los Dioses —pensó—. Ciertamente, fue solo un criado... pero se supone que soy dios de todos, no solo de la gente importante. Me pregunto cuándo fue la última vez que asesinaron a alguien en la corte. No ha pasado en mi vida, desde luego».

Los sacerdotes de Mercestralla ocultaban algo. ¿Por qué había soltado el intruso una distracción, sobre todo tan cara, si se proponía escapar sin más? Los sirvientes de los Retornados no eran soldados ni guerreros. Entonces ¿por qué había desistido con tanta facilidad?

Buenas preguntas, desde luego. Buenas preguntas que él, menos que nadie, no debería haberse molestado en plantear. Y, sin embargo, lo hacía.

Todo el camino de regreso al palacio, y durante la cena, e incluso por la noche.

Los criados de Siri la rodearon inquietos mientras ella entraba en la caótica sala. Llevaba un vestido azul y blanco con una cola de diez metros. Los sacerdotes y escribas la miraron escandalizados; algunos se pusieron en pie, para hacer una reverencia. Otros se quedaron mirándola al pasar, mientras sus sirvientas se esforzaban por sujetar la cola con dignidad.

Decidida, Siri cruzó la cámara, que era más un pasillo que una habitación. Había largas mesas alineadas contra las paredes, donde los escribas (los de Pahn Kahl de marrón, los de Hallandren con los colores del día) trabajaban en montones de papeles. Las paredes eran, naturalmente, negras. Las habitaciones de colores solo se hallaban en el centro del palacio, donde el rey-dios y Siri pasaban la mayor parte del tiempo. Separados, por supuesto.

«Aunque las cosas son un poco distintas por la noche», pensó ella sonriendo. Le parecía una gran conspiración estar enseñándole las letras. Tenían un secreto privado, un secreto que implicaba a uno de los hombres más poderosos del mundo. Eso le producía escalofríos. Debería sentirse más preocupada y, en sus momentos más reflexivos, las advertencias de Dedos Azules sí le preocupaban. Por eso había ido a las instalaciones de los escribas.

«No entiendo por qué el dormitorio está aquí —pensó—. Fuera del cuerpo principal del palacio, en la parte negra».

Fuera como fuese, la sección de los sirvientes (excluido el dormitorio del rey-dios) era el último sitio donde los escribas esperaban ser molestados por su reina. Siri advirtió que algunas de sus criadas miraban a los hombres de la sala con expresión de disculpa cuando ella llegó a las puertas del fondo. Un criado le abrió la puerta, y ella entró en la sala.

Un relajado grupo de sacerdotes hojeaba libros en aquella cámara de tamaño medio. Se miraron unos a otros. Uno dejó caer su libro al suelo, sorprendido.

—Quiero algunos libros —pidió Siri.

Los sacerdotes la miraron.

—¿Libros? —preguntó uno por fin.

—Eso he dicho —replicó Siri con firmeza—. Esta es la biblioteca del palacio, ¿no?

—Bueno, sí, Receptáculo —dijo el sacerdote, mirando a sus compañeros. Todos llevaban las túnicas de su oficio, y los colores de ese día eran violeta y plata.

—Bien, pues me gustaría llevarme algunos libros. Estoy cansada de las diversiones corrientes y dedicaré a leer parte de mi tiempo libre.

—Seguro que estos libros no son los más adecuados —intervino otro sacerdote—. Tratan de temas aburridos como la religión o las finanzas de la ciudad. Sin duda, sería preferible un libro de historias.

Siri alzó una ceja.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Podríamos hacer que un lector te lo trajera de la biblioteca de la ciudad —contestó el sacerdote, dando un paso adelante—. Solo será un momento.

La reina vaciló.

—No. Me llevaré uno de los libros de aquí.

—No, no lo harás —dijo una nueva voz desde atrás.

Siri se dio la vuelta. Treledees, sumo sacerdote del rey-dios, se alzaba tras ella, los dedos entrelazados, la mitra en la cabeza, el ceño fruncido.

—No puedes negármelo. Soy tu reina.

—Puedo y lo haré, Receptáculo. Verás, estos libros son muy valiosos, y si les sucediera algo el reino sufriría graves consecuencias. Ni siquiera nuestros sacerdotes pueden sacarlos de la sala.

—¿Qué podría sucederles en el palacio, nada menos?

—Es una regla, Receptáculo. Son propiedad de un dios. Susebron ha dejado claro que desea que los libros se queden aquí.

«Oh, conque eso ha hecho, ¿eh?». Para Treledees y los sacerdotes era muy conveniente tener un dios sin lengua. Los sacerdotes podían decir que les había ordenado esto o aquello, y él no podría desautorizarlos.

—Si es absolutamente necesario que leas esos volúmenes —continuó Treledees—, puedes hacerlo aquí.

Ella contempló la sala y pensó en los envarados sacerdotes rodeándola como un rebaño, atentos a lo que leyera. Si había algo importante en

esos volúmenes, encontrarían un modo de distraerla e impedirle encontrarlo.

—Hoy no —dijo Siri, retirándose de la abarrotada sala—. Tal vez en otra ocasión.

«Te advertí que no te dejarían coger los libros», escribió el rey-dios con su horrible ortografía.

Siri se encogió de hombros y se desplomó en la cama. Todavía iba vestida con su pesado traje de noche. Por algún motivo, poder comunicarse con el rey-dios la volvía aún más tímida. Solo se quitaba los vestidos justo antes de dormirse, cosa que últimamente hacía cada vez más tarde. Susebron estaba sentado en su sitio de costumbre, no en el colchón, como había hecho la primera noche. Seguía pareciendo igual de grande e imponente. Al menos, hasta que la miraba con rostro franco y sincero. Le hizo señas para que se volviera y escribió en una pizarra con un trozo de carbón que ella le había procurado.

«No deberías enfadar así a los sacerdotes», escribió.

Sacerdotes. Ella había birlado una copa y la había llevado a la habitación. Si la colocaba contra la pared y escuchaba, a veces podía oír débilmente hablar al otro lado. Después de sus gemidos y botes nocturnos, normalmente oía sillas moverse y una puerta cerrarse. Después de eso, en la otra habitación se hacía el silencio.

O bien los sacerdotes se marchaban cada noche cuando estaban seguros de que el hecho estaba consumado, o bien recelaban y trataban de engañarla haciéndola creer que se habían ido. Su instinto le decía lo primero, aunque se aseguraba de hablarle al rey-dios entre susurros, por si acaso.

«¿Siri? —escribió él—. ¿En qué estás pensando?».

—Tus sacerdotes —susurró ella—. ¡Me frustran! Hacen las cosas a propósito para fastidiarme.

«Son buenos hombres —escribió él—. Trabajan muy duro para mantener mi reino».

—Pues te cortaron la lengua.

El rey-dios permaneció inmóvil unos instantes. «Fue necesario —escribió—. Tengo demasiado poder».

Ella se acercó. Como de costumbre, él retrocedió, apartándose un poco. No había ninguna arrogancia en su reacción. Siri había empezado a pensar que tenía muy poca experiencia con los contactos físicos.

—Susebron —susurró—. Estos hombres no cuidan de tus mejores intereses. Te cortaron la lengua para poder hablar en tu nombre y hacer lo que les place.

«No son mis enemigos —escribió él, tozudo—. Son buenos hombres».

—¿Sí? Entonces ¿por qué les ocultas que estás aprendiendo a leer?

Él vaciló de nuevo, miró hacia abajo.

«Tanta humildad en alguien que ha gobernado Hallandren durante cincuenta años es increíble —pensó ella—. En muchos aspectos, es como un niño».

«No quiero que lo sepan —escribió él por fin—. No quiero molestarlos».

—Estoy segura —dijo ella secamente.

Él vaciló.

«¿Estás segura? ¿Significa eso que me crees?».

—No. Era sarcasmo, Susebron.

Él frunció el ceño. «No conozco esa cosa. Sarca...».

—Sarcasmo —silabeó ella—. Es... es cuando dices una cosa, pero en realidad significa lo contrario.

Él la miró con el ceño fruncido, y entonces borró furioso su pizarra y empezó a escribir de nuevo. «Eso no tiene sentido. ¿Por qué no decir lo que quieres?».

—Porque. Es como... oh, no sé. Es una forma de hacerte el listo cuando te burlas de la gente.

«¿Burlarse de la gente?», escribió él.

«¡Dios de los colores!», pensó Siri, tratando de decidir cómo explicarse. Le parecía ridículo que él no supiera nada de burlas. Y, sin embargo, había vivido toda su vida como reverenciada deidad y monarca.

—Una burla es cuando dices las cosas para mofarte. Cosas que podrían ser dañinas para alguien si las dices con furia, pero las dices de un modo afectuoso o juguetón. A veces solo lo dices para ser malo. El sarcasmo es una de las formas de burla... decimos lo contrario, pero de un modo exagerado.

«¿Cómo sabes si la persona es afectuosa, juguetona o mala?».



—No lo sé. Es la forma en que se dice, supongo.

El rey-dios parecía confuso, pero pensativo. «Eres muy normal», escribió por fin.

Siri frunció el ceño.

—Hmm. Gracias.

«¿Fue un buen sarcasmo? —escribió él—. Porque en realidad eres bastante extraña».

Ella sonrió.

—Lo intento lo mejor que puedo.

Él alzó la cabeza.

—Era otro sarcasmo —explicó Siri—. No «intento» ser extraña. Sucede sin más.

Él la miró. ¿Cómo había tenido alguna vez miedo de ese hombre? La expresión de sus ojos no era arrogancia ni falta de emoción. Era la mirada de un hombre que intentaba comprender el mundo que lo rodeaba. Era inocencia. Era seriedad.

Sin embargo, no era tonto. La velocidad con que había aprendido a escribir lo demostraba. Ciertamente, ya comprendía la versión hablada del lenguaje, y había memorizado las letras del libro años antes de conocerla. Ella solo tuvo que explicarle las reglas de ortografía y sonido para que diera el salto final.

A ella todavía le resultaba sorprendente lo rápido que él captaba las cosas. Le sonrió, y él le devolvió la sonrisa, vacilante.

—¿Por qué dices que soy extraña?

«No haces cosas como los demás. Todos se inclinan ante mí todo el tiempo. Nadie me habla. Incluso los sacerdotes, solo me dan instrucciones de vez en cuando... y no lo hacen desde hace años».

—¿Te ofende que no me incline, y que te hable como lo haría con una amiga?

Él borró su pizarra. «¿Ofenderme? ¿Por qué habría de ofenderme? ¿Lo dices con sarcasmo?».

—No. Me gusta hablar contigo.

«Entonces no comprendo».

—Todos te tienen miedo. Por lo poderoso que eres.

«Pero me quitaron la lengua para que fuera seguro».

—No es tu aliento lo que les asusta. Es tu poder sobre pueblos y ejércitos. Eres el rey-dios. Podrías ordenar matar a cualquiera del reino.

«¿Pero por qué iba yo a hacer eso? Yo no mataría a una buena persona. Deben saberlo».

Siri se recostó en la mullida cama, mientras el fuego chisporroteaba en la chimenea.

—Eso lo sé ahora —dijo—. Pero no lo sabe nadie más. No te conocen, solo saben lo poderoso que eres. Por eso te temen. Y por eso muestran su respeto hacia ti.

Él vaciló. «¿Y entonces tú no me respetas?».

—Pues claro que sí. —Suspiró ella—. Nunca he sido muy buena a la hora de seguir las reglas. De hecho, si alguien me dice lo que tengo que hacer, suelo querer hacer lo contrario.

«Eso es muy extraño. Yo creía que toda la gente hacía lo que le dicen».

—Creo que descubrirás que la mayoría no lo hace —dijo ella, sonriendo.

«Eso te meterá en problemas».

—¿Eso es lo que los sacerdotes te enseñaron?

Él negó con la cabeza. Entonces extendió la mano y cogió su libro. El libro de cuentos para niños. Lo llevaba siempre consigo, y por la forma reverente con que lo tocaba ella vio que lo valoraba muchísimo.

«Probablemente es su única posesión real —pensó—. Todo lo demás se lo quitan cada día, y lo sustituyen a la semana siguiente».

«Este libro —escribió él—. Mi madre me leía sus cuentos cuando era niño. Los memoricé todos, antes de que se la llevaran. Habla de muchos niños que no hacen lo que se les dice. A menudo los devoran monstruos».

—¿Ah, sí? —Sonrió Siri.

«No tengas miedo. Mi madre me enseñó que los monstruos no son de verdad. Pero recuerdo las lecciones que enseñaban los cuentos.

Obedecer es bueno. Hay que tratar bien a la gente. No entres en la jungla solo. No mientas. No le hagas daño a los demás».

Siri sonrió. Todo lo que él había aprendido provenía de cuentos moralistas o de los sacerdotes que le enseñaban a ser una figura simbólica. Sabiendo eso, no era difícil comprender al hombre sencillo y sincero en que se había convertido.

Sin embargo, ¿qué le había instado a desafiar ese aprendizaje y pedirle a ella que le enseñara? ¿Por qué estaba dispuesto a mantener su aprendizaje en secreto a esos hombres que le habían enseñado que debía obedecer y confiar? No era tan inocente como parecía.

—Esos cuentos —dijo ella—. Deseas tratar bien a la gente. ¿Es eso lo que te impidió tomarme cuando vine por primera vez a esta habitación?

«¿Tomarte? No comprendo».

Siri se ruborizó, y el cabello se le volvió rojo a la par.

—Quiero decir, ¿por qué te quedaste ahí sentado?

«Porque no sabía qué hacer. Sabía que teníamos que tener un hijo. Así que esperé a que sucediera. Deberíamos hacer algo más, porque no ha llegado ningún hijo».

Siri vaciló, luego parpadeó.

—¿No sabes cómo tener hijos?

«En las historias —escribió—, un hombre y una mujer pasan la noche juntos. Nosotros hemos pasado muchas noches juntos, pero no hay ningún niño».

—¿Y nadie, ninguno de tus sacerdotes, te ha explicado el proceso?

«No. ¿A qué proceso te refieres?».

Siri guardó silencio un instante. «No —pensó, sintiendo que se ruborizaba todavía más—. No puedo explicarle eso».

—Lo hablaremos en otro momento.

«Fue una experiencia muy extraña cuando entraste en la habitación la primera noche. Debo admitir que estaba muy asustado».

Siri sonrió al recordar su propio terror. Ni siquiera se le había ocurrido que él pudiera sentir lo mismo. A fin de cuentas, era el rey-dios.

—Entonces ¿nunca te han llevado con otra mujer? —preguntó, señalando la cama con un dedo.

«No. Me resultó muy interesante verte desnuda».

Ella volvió a ruborizarse, aunque su pelo al parecer había decidido quedarse rojo.

—No estamos hablando de eso ahora. Quiero saber de otras mujeres. ¿Ninguna amante? ¿Ninguna concubina?

«No».

—Sí que tienen miedo de que tengas un hijo.

«¿Por qué dices eso? Te enviaron a ti, ¿no?».

—Solo después de cincuenta años de gobierno. Y solo bajo circunstancias muy controladas, con el linaje adecuado para producir un hijo con la sangre adecuada. Dedos Azules piensa que ese niño podría ser un peligro para nosotros.

«No comprendo por qué. Es lo que quiere todo el mundo. Tiene que haber un heredero».

—¿Por qué? Sigue pareciendo que apenas tienes veinte años. Tu biocroma retrasa tu envejecimiento.

«Sin heredero, el reino corre peligro. Si me matan, no habrá nadie para gobernar».

—¿Y eso no ha sido un peligro durante los últimos cincuenta años?

Él vaciló, frunciendo el ceño. Luego borró lentamente su pizarra.

—Deben pensar que corres peligro ahora. Pero no de enfermedad... incluso yo sé que los Retornados no sufren enfermedades. De hecho, ¿envejecen?

«Creo que no», escribió el rey-dios.

—¿Cómo murieron los reyes-dioses anteriores?

«Solo ha habido cuatro. No sé cómo murieron con exactitud».

—Solo cuatro reyes en varios siglos, todos muertos en misteriosas circunstancias...

«Mi padre murió antes de que yo fuera lo bastante mayor para recordarlo. Me dijeron que dio su vida por el reino: que soltó su aliento

biocromático, como pueden hacer todos los Retornados, para curar una terrible enfermedad. Los otros Retornados solo pueden curar a una persona. Un rey-dios, sin embargo, puede curar a muchos. Es lo que me han dicho».

—Tiene que haber un registro de eso. En algún lugar de esos libros los sacerdotes lo han guardado férreamente.

«Lamento que no te dejen leerlos».

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—No había muchas posibilidades de que funcionara. Tendré que encontrar otro medio de conseguir esas historias.

«El peligro es tener un hijo —pensó ella—. Eso es lo que dijo Dedos Azules. Así que sea cual sea la amenaza para mi vida, vendrá solo después de que haya un heredero. Dedos Azules mencionó también una amenaza al rey-dios. Eso casi hace parecer que el peligro procede de los mismos sacerdotes. ¿Por qué querrían dañar a su propio dios?».

Miró a Susebron, que pasaba las páginas del libro de cuentos. Sonrió ante su expresión de concentración para descifrar el texto.

«Bien —pensó—, considerando lo que sabe del sexo, yo diría que no tenemos que preocuparnos mucho de tener un hijo en el futuro inmediato».

Naturalmente, también le preocupaba que la falta de un hijo resultara tan peligrosa como la presencia de uno.

Vivenna caminaba entre las gentes de T'Telir y le parecía que todos la reconocían.

Combatió esa sensación. Era un milagro que Thame, originario de su propia ciudad, hubiera podido localizarla. La gente que la rodeaba no tenía manera de relacionarla con los rumores que pudieran haber oído, sobre todo considerando sus ropas.

Rojos y amarillos faltos de modestia se solapaban unos encima de otros en su vestido. El atuendo fue el único que Parlin y Tonk Fah pudieron encontrar que cumpliera los recios requisitos de la modestia. El vestido, en forma de tubo, estaba hecho de tela extranjera, de Tedradel, al otro lado del mar Interior. Le llegaba casi a los tobillos, y aunque su estrechez realzaba su busto, al menos el atuendo la cubría hasta casi el cuello y era de manga larga.

Sostuvo las miradas de las mujeres que llevaban faldas cortas y sueltas y camisas sin mangas. Revelaban tanta piel que resultaba escandaloso, pero con el ardiente sol y la maldita humedad de la costa, comprendía por qué lo hacían.

Después de un mes en la ciudad, empezaba a saber moverse entre el flujo del tráfico. Todavía no estaba segura de querer salir a la calle, pero Denth había sido persuasivo.

«¿Sabes qué es lo peor que puede pasarle a un guardaespaldas? —le había preguntado él—. Dejar que maten a su protegido por un descuido. Tenemos un equipo pequeño, princesa. Podemos dividirnos y dejarte con un guardia solo o puedes venir con nosotros. Personalmente, me gustaría llevarte donde pueda echarte el ojo».

Y por eso Vivenna había ido. Vestida con uno de sus nuevos atuendos, el pelo de un incómodo y nada idriano amarillo, y suelto, agitándose tras ella. Caminaba por la plaza ajardinada como si fuera de paseo, aparentando tranquilidad. A los habitantes de T'Telir le gustaban los jardines: los tenían de todas clases a lo largo y ancho de la ciudad. De hecho, por lo que Vivenna había visto, la mayoría de la ciudad era prácticamente un jardín. Palmas y helechos crecían en todas las calles, y había flores exóticas por todas partes durante todo el año.

Cuatro calles desembocaban en la plaza, con cuatro zonas de tierra cultivada formando un diseño de cuadros. En cada una se alzaban una docena de palmeras diferentes. Los edificios que rodeaban los jardines eran más ricos que los del mercado calle arriba. Y aunque había un denso tráfico peatonal, la gente se aseguraba de ceñirse a las aceras,

pues los carruajes eran comunes. Era un distrito comercial pujante. No había tiendas. Pocas actuaciones. Tiendas de mayor calidad, y más caras.

Vivenna recorría el perímetro de los jardines. Había helechos y hierba a su derecha. Tiendas de delicada, rica y por supuesto colorida variedad se extendían por la calle a su izquierda. Tonk Fah y Parlin caminaban por allí. Parlin llevaba el mono en el hombro, y se había acostumbrado a vestir un pintoresco chaleco rojo además del sombrero verde. Vivenna no podía dejar de pensar que allí el montaraz se hallaba aún más fuera de su elemento que ella misma, pero no parecía atraer ninguna atención.

Continuó caminando. Joyas la seguía entre la multitud. Aquella mujer era buena: Vivenna apenas captaba algún atisbo ocasional de su presencia, y en todo caso porque le decían dónde mirar. Nunca llegó a ver a Denth. Estaba allí en alguna parte, demasiado sigiloso para que lo localizara. Cuando llegó al final de la calle y se dio la vuelta para regresar, vio a Clod. El sinvida se alzaba tan inmóvil como una de las estatuas de D'Denir que flanqueaban los jardines, contemplando impasible pasar a la multitud. La mayoría de la gente lo ignoraba.

Denth tenía razón. Los sinvidas no eran abundantes, pero tampoco eran desconocidos. Varios atravesaron el mercado cargando paquetes para sus dueños. Ninguno era tan alto o musculoso como Clod: los sinvidas tenían tantas formas y tamaños como las personas. Los ponían a trabajar vigilando las tiendas, actuando como porteadores, barriendo la acera. Todo a su alrededor.

Continuó caminando y atisbó brevemente a Joyas en la multitud al pasar. «¿Cómo consigue parecer tan relajada? —pensó Vivenna. Cada uno de los mercenarios parecía tan calmado como si hubieran ido a una excursión—. No pienses en el peligro», se dijo, apretando los puños. Se concentró en los jardines. La verdad era que sentía un poco de envidia hacia los habitantes de T'Telir. La gente descansaba sentada en el césped o tumbada a la sombra de los árboles, mientras sus hijos jugaban y reían. Las estatuas de D'Denir se alzaban en una solemne fila, los brazos alzados, las armas prestas, como dispuestas a defender a aquella gente. Los árboles se erguían hacia el cielo, desplegando unas ramas con extrañas protuberancias en forma de flores.

Había flores de anchos pétalos en macetones: algunas eran lágrimas de Edgli. Austre había colocado las flores donde las quería. Cortarlas y matarlas, para usarlas como adorno de una habitación o una casa, era ostentación. Pero ¿también lo era plantarlas en medio de la ciudad, donde todos eran libres para disfrutar de ellas?

Se dio la vuelta. Su biocroma continuaba sintiendo la belleza. La densidad de la vida en una zona creaba una especie de zumbido en su pecho.

«No me extraña que les guste vivir tan cerca unos de otros», pensó, advirtiéndolo como un grupo de flores formaba una escala de color, desplegándose en abanico hacia el interior de su maceta. «Y si vas a vivir así de apretujado, la única forma de ver la naturaleza sería cultivarla».

—¡Socorro! ¡Fuego!

Vivenna giró sobre los talones, como hizo la mayoría de la gente en la calle. El edificio donde habían curioseado Tonk Fah y Parlin estaba ardiendo. Vivenna no siguió mirando, pero se volvió hacia el centro de los jardines. La mayoría de la gente que había allí estaba conmocionada, contemplando el humo que se arremolinaba en el aire.

Distracción número uno.

La gente corrió a ayudar, cruzando la calle, haciendo que los carruajes se detuvieran bruscamente. En ese momento Clod avanzó, surgiendo de entre la multitud, y descargó un golpe de porra contra la pata de un caballo. Vivenna no pudo oír la pata romperse, pero sí vio como la bestia relinchaba y caía, volcando el carruaje del que tiraba. Un arcón cayó de lo alto del vehículo.

El carruaje pertenecía a un tal Nanrovah, sumo sacerdote del dios Marcaquieta. La información de Denth decía que el carruaje transportaba artículos valiosos. Aunque no fuera así, un sumo sacerdote en peligro atraería mucha atención. El arcón cayó al suelo y se rompió, desparramando monedas de oro.

Distracción número dos.

Vivenna vio a Joyas al otro lado del carruaje. La mujer miró a la princesa y asintió. Hora de irse. Mientras la gente corría hacia el fuego o hacia el oro, Vivenna se retiró. Cerca, Denth estaría saqueando una de las tiendas con una banda de ladrones. Estos se quedarían los artículos. Vivenna solo quería asegurarse de que esos artículos desaparecieran.

Joyas y Parlin se reunieron con ella mientras se marchaban. Le sorprendió lo rápido que latía su corazón. No había sucedido casi nada. Ningún peligro real. Ninguna amenaza para ella. Solo un par de «accidentes».

Pero, claro, esa era la idea.

Horas más tarde, Denth y Tonk Fah aún no habían regresado a la casa. Vivenna estaba sentada en silencio en los nuevos muebles, las manos sobre el regazo. Los muebles eran verdes.

—¿Qué hora es? —preguntó Vivenna en voz baja.



—No lo sé —replicó Joyas, que estaba de pie junto a la ventana, mirando la calle. «Paciencia —se dijo Vivenna—. No es culpa suya que sea tan brusca. Le robaron su aliento».

—¿No deberían haber vuelto ya? —preguntó con calma. Joyas se encogió de hombros.

—Tal vez. Depende de si han decidido o no ir a un escondrijo seguro a esperar que las cosas se enfríen.

—Comprendo. ¿Cuánto tiempo deberíamos esperar?

—El que haga falta. Mira, ¿crees que podrías no hablarme? Te lo agradecería de veras. —Dicho lo cual, se volvió para mirar por la ventana.

Vivenna se envaró ante aquel insulto. «Paciencia —se dijo—. Comprende su situación. Eso es lo que enseñan las Cinco Visiones».

Se levantó y se acercó a Joyas. Vacilante, le puso una mano en el hombro. La otra dio un respingo: sin aliento, le resultaba más difícil advertir cuándo se le acercaba alguien.

—No importa —dijo Vivenna—. Comprendo.

—¿Comprendes? ¿Qué es lo que comprendes?

—Te quitaron tu aliento. No tenían ningún derecho a hacerte algo tan terrible.

Vivenna sonrió comprensiva y se retiró hacia las escaleras. Joyas soltó una carcajada. Vivenna se detuvo y se dio media vuelta.

—¿Crees que me comprendes? —preguntó Joyas—. ¿Te compadeces de mí porque soy una apagada?

—Tus padres no deberían haber hecho lo que hicieron.

—Mis padres sirvieron a nuestro rey-dios. Le dieron mi aliento directamente. Es un honor más grande que el que podrías comprender.

Vivenna se quedó desconcertada por aquel comentario.

—¿Crees en los Tonos Iridiscentes?

—Pues claro que creo —respondió Joyas—. Soy de Hallandren, ¿no?

—Pero los demás...

—Tonk Fah es de Pahn Kahl. Y no sé de dónde Colores es Denth. Pero yo soy de T'Telir.

—Pero, sin duda, no adorarás a esos supuestos dioses... No después de lo que te hicieron.

—¿Qué me han hecho? Has de saber que di mi aliento voluntariamente.

—¡Eras una niña!

—Tenía once años y mis padres me dieron a elegir. Tomé la decisión adecuada. Mi padre trabajaba en la industria del tinte, pero se dañó la espalda y quedó inútil, y yo tenía cinco hermanos y hermanas. ¿Sabes lo que es ver como tus hermanos pasan hambre? Años antes, mis padres ya habían vendido su aliento para obtener dinero para montar un negocio. ¡Al vender el mío, conseguimos dinero suficiente para vivir casi un año!

—Ningún precio vale un alma. Tú...

—¡Deja de juzgarme! Que los fantasmas de Kalad te lleven, mujer. ¡Me siento orgullosa de haber vendido mi aliento! Una parte de mí vive dentro del rey-dios. Gracias a mí, él continúa viviendo. Soy parte de este reino de un modo que muy pocos comparten.

Joyas sacudió la cabeza y se dio media vuelta.

—Por eso nos molestáis tanto los idrianos. Tan altivos, tan seguros de que todo lo hacéis bien. Si tu dios te pidiera que le dieras tu aliento, o incluso el aliento de tu hijo, ¿no lo harías? Vosotros entregáis a vuestros hijos para que se conviertan en monjes, obligándolos a una vida de servidumbre, ¿no es así? Eso se considera un signo de fe. Sin embargo, cuando nosotros hacemos algo para servir a nuestros dioses, nos miráis con mala cara y nos llamáis blasfemos.

Vivenna abrió la boca, pero no fue capaz de encontrar ninguna respuesta. Enviar a los niños a convertirse en monjes era diferente.

—Nosotros nos sacrificamos por nuestros dioses —continuó Joyas, todavía mirando por la ventana—. Pero eso no significa que nos exploten. Mi familia fue bendecida por lo que hicimos. No solo hubo dinero suficiente para comprar comida, sino que mi padre se recuperó y unos años después pudo volver a abrir el negocio. Mis hermanos todavía lo dirigen.

»No tienes por qué creer en mis milagros. Puedes llamarlos accidentes o coincidencias, si quieres. Pero no te apiades de mí por mi fe. Y no presumas de ser mejor, solo porque crees en algo diferente.

Vivenna cerró la boca. Obviamente, no tenía sentido discutir. Joyas no estaba de humor para su compasión. Se dirigió hacia las escaleras y se retiró.

Unas horas más tarde, empezó a oscurecer. Vivenna se hallaba en el balcón del primer piso de la casa, contemplando la ciudad. La mayoría de los edificios de esa calle tenían balcones frontales. Ostentosos o no, desde su emplazamiento en la colina ofrecían una buena vista de T'Telir.

La ciudad resplandecía de luz. En las calles más importantes, lámparas montadas en postes flanqueaban las aceras, encendidas cada noche por empleados municipales. Muchos edificios estaban iluminados también. Semejante gasto de aceite y velas todavía la sorprendía. Sin embargo, con el mar Interior cerca, el aceite era más barato que en las tierras altas.

Vivenna no sabía cómo interpretar el estallido de Joyas. ¿Cómo podía nadie estar orgulloso porque le habían despojado de su aliento para alimentar a un avaricioso retornado? Sin embargo, la mujer había sonado sincera. Obviamente creía en esas cosas, y tenía que racionalizar sus experiencias para vivir con ellas.

Vivenna estaba confusa. Las Cinco Visiones enseñaban que debía intentar comprender a los demás. Le decían que no se sintiera superior a nadie. Sin embargo, Austre enseñaba que lo que Joyas había hecho era una abominación.

Las dos cosas parecían contradecirse. Creer que Joyas estaba equivocada la colocaba por encima de la mujer. Pero aceptar lo que decía era negar el austrismo. Alguien podría haberse reído de su dilema, pero Vivenna siempre había intentado ser devota.

Y necesitaba estricta devoción para sobrevivir en la pagana Hallandren.

Pagana. ¿No se situaba ella por encima de Hallandren al llamarla así? Pero lo era. No podía aceptar que los Retornados fueran verdaderos dioses. Parecía que creer en cualquier fe era volverse arrogante.

Tal vez se merecía las cosas que le había dicho Joyas.

Alguien se acercó. Vivenna se volvió cuando Denth abrió la puerta y salió al balcón.

—Hemos vuelto —anunció.

—Lo sé —dijo ella, contemplando la ciudad y su miríada de luces—. Os percibí entrar en el edificio hace un ratito.

Él soltó una risita.

—Había olvidado que tienes suficiente aliento, princesa. Nunca lo usas.

«Excepto para percibir cuándo hay gente cerca —pensó ella—. Pero no puedo evitarlo, ¿no?».

—Reconozco esa expresión de frustración —advirtió Denth—. ¿Todavía te preocupa que el plan no funcione lo bastante rápido?

Ella negó con la cabeza.

—No es eso, Denth.

—No debería haberte dejado tanto tiempo a solas con Joyas. Espero que no te diera demasiados mordiscos.

Vivenna no respondió. Finalmente, suspiró y se volvió hacia él.

—¿Cómo fue la misión?

—Perfectamente. Cuando dimos el golpe en la tienda, nadie nos vio. Considerando los guardias que ponen cada noche, deben de sentirse bastante estúpidos por haber sido robados a plena luz del día.

—Sigo sin comprender de qué servirá. ¿Una tienda de especias de un mercader?

—No una sola tienda —dijo Denth—. Sus tiendas. Arruinamos o robamos todos los barriles de sal de la bodega. Es uno de los tres únicos hombres que almacenan sal en gran cantidad: los demás mercaderes de especias les compran a esos tres.

—Sí, pero sal... ¿Cuál es el objetivo?

—¿Hizo mucho calor hoy?

Vivenna se encogió de hombros.

—Bastante.

—¿Qué le pasa a la carne cuando hace calor?

—Se pudre —dijo Vivenna—. Pero no tienen que usar sal para conservar la carne. Pueden usar...

—¿Hielo? —repuso Denth, riendo—. No aquí abajo, princesa. Si quieres conservar carne, la salas. Y si quieres que un ejército lleve pescado desde el mar Interior para atacar un lugar tan lejano como Idris...

Ella sonrió.

—Los ladrones que nos ayudan se llevarán la sal —dijo Denth—. A reinos lejanos, donde podrán venderla abiertamente. Para cuando estalle la guerra, la Corona tendrá verdaderos problemas para suministrar carne a sus hombres. Es solo otro pequeño golpe, pero se van acumulando.

—Gracias.

—No nos des las gracias. Solo páganos.

Ella asintió. Guardaron silencio un momento, mientras contemplaban la ciudad.

—¿Cree de verdad Joyas en los Tonos Iridiscentes? —preguntó por fin Vivenna.

—Tan apasionadamente como a Tonk Fah le gusta dormir —contestó Denth. La miró—. No se te ha ocurrido desafiarla, ¿no?

—Más o menos.

Él silbó.

—¿Y todavía estás en pie? Tendré que darle las gracias por su contención.

—¿Cómo puede creer en eso? —dijo Vivenna.

Denth se encogió de hombros.

—A mí me parece una religión bastante buena. Quiero decir, puedes ir y ver a sus dioses. Hablar con ellos, verlos brillar. No es tan difícil de comprender.

—Pero está trabajando para una idriana. Trabaja para minar la capacidad bélica de sus propios dioses. Lo que derribamos hoy era el carruaje de un sacerdote.

—Y bastante importante, por cierto. —Rio Denth—. Ah, princesa, es un poco difícil de comprender. Es la forma de pensar de los mercenarios. Nos pagan para que hagamos cosas, pero no somos nosotros los que las hacemos. Eres tú quien las hace. Solo somos tus herramientas.

—Herramientas que trabajan contra los dioses de Hallandren.

—Ese no es motivo para dejar de creer en ellos. No mezclamos el trabajo con nuestra vida privada. Tal vez sea eso lo que hace que la gente nos odie tanto. No comprenden que si matamos a un amigo en el campo de batalla, no significa que seamos crueles o indignos de

confianza. Hacemos aquello para lo que nos pagan. Igual que cualquiera.

—Es diferente —dijo Vivenna.

Denth se encogió de hombros.

—¿Crees que el refinador piensa alguna vez que el hierro que purifica puede acabar en una espada que mate a un amigo suyo?

La princesa contempló las luces de la ciudad y pensó en toda aquella gente, con todas sus diferentes creencias, sus diferentes modos de pensar, sus diferentes contradicciones. Tal vez no era la única que se esforzaba por creer dos cosas aparentemente opuestas al mismo tiempo.

—¿Y tú, Denth? —preguntó—. ¿Eres hallandrense?

—Dioses, no.

—Entonces ¿en qué crees?

—No he creído mucho. No desde hace mucho tiempo.

—¿Y tu familia? ¿En qué creían?

—Toda mi familia está muerta. Creían en una fe que casi todo el mundo ha olvidado ya. Nunca me uní a ellos.

Vivenna frunció el ceño.

—Tienes que creer en algo. Si no en una religión, en alguien. Un modo de vivir.

—Lo hice, una vez.

—¿Siempre tienes que responder de forma tan vaga?

Él la miró.

—Sí —dijo—. Excepto, tal vez, a esa pregunta.

Ella puso los ojos en blanco.

Denth se apoyó contra la barandilla.

—Las cosas en que creía, no sé si tenían sentido, ni si te interesa saber de ellas.

—Dices que solo te interesa el dinero —contestó ella—. Pero no lo creo. He visto los libros de cuentas de Lemex. No te pagaba tanto, al menos

no tanto como yo creía. Y, si hubieras querido, podrías haber atacado el carruaje de ese sacerdote para llevarte el dinero. Podrías haber robado el doble tan fácilmente como la sal.

Él no respondió.

—No sirves a ningún reino ni rey —continuó ella—. Eres mejor espadachín que un simple guardaespaldas... sospecho que mejor que casi nadie, si puedes impresionar a un jefe de los bajos fondos con tu habilidad. Podrías tener fama y premios si decidieras convertirte en duelista deportivo. Dices obedecer a tu jefe, pero das las órdenes más a menudo que las tomas... y además, ya que no te importa el dinero, eso de ser el empleado es solo una fachada.

Se detuvo.

—De hecho, la única que vez que te he visto expresar una chispa de emoción es respecto a ese hombre, Vasher. El de la espada.

Mientras ella pronunciaba el nombre, Denth se tensó.

—¿Quién eres? —preguntó Vivenna.

Denth se volvió hacia ella, la mirada dura, demostrándole, una vez más, que el hombre jovial que mostraba al mundo era una máscara. Suavidad para cubrir la piedra interior.

—Soy un mercenario.

—Muy bien, pero ¿quién eres?

—No quieras saber la respuesta a eso —dijo él. Y se marchó, dejándola a solas en el oscuro balcón de madera.

Sondeluz despertó y de inmediato se levantó. Se desperezó y sonrió.

—Precioso día —comentó.

Sus sirvientes esperaban en los lados de la habitación, mirándolo inseguros.

—¿Qué ocurre? —preguntó, extendiendo los brazos—. Venga, vamos a vestirnos.

Todos se apresuraron a atenderlo.

Llarimar entró poco después. Sondeluz a menudo se preguntaba a qué hora se despertaba, ya que cada mañana, cuando él se levantaba, Llarimar estaba siempre allí.

El sacerdote lo miró alzando una ceja.

—Se os ve muy animado esta mañana, divina gracia.

Sondeluz se encogió de hombros.

—Me ha parecido que era hora de levantarse.

—Una hora antes que de costumbre.

El dios ladeó la cabeza mientras los criados le abrochaban las cintas de la túnica.

—¿De veras?

—En efecto, divina gracia.

—Qué curioso. —Hizo un gesto a sus criados para que se retiraran.

—¿Repasamos vuestros sueños, pues? —preguntó Llarimar.

Sondeluz vaciló, una imagen destellando en su cabeza. Lluvia. Tempestad. Tormentas. Y una brillante pantera roja.

—No —respondió, y se dirigió hacia la puerta.

—Divina gracia...



—Hablaemos de los sueños en otra ocasión, Veloz. Tenemos trabajo más importante que hacer.

—¿Trabajo?

Sondeluz sonrió. Llegó a la puerta y se volvió.

—Quiero volver al palacio de Mercestralla.

—¿Para qué?

—Pues no lo sé —dijo Sondeluz alegremente.

Llarimar suspiró.

—Muy bien, divina gracia. Pero ¿podemos repasar al menos algunas obras de arte? Hay gente que ha pagado lo suyo por conseguir vuestra opinión, y algunos esperan ansiosamente oír qué opináis de sus obras.

—De acuerdo —rezongó Sondeluz—. Pero hemos de darnos prisa.

Sondeluz contempló la pintura.

Rojo sobre rojo, tonos tan sutiles que el pintor debía de tener al menos la Primera Elevación. Rojos violentos, terribles, que chocaban unos contra otros como olas... olas que solo vagamente parecían hombres, y que, sin embargo, conseguían transmitir la idea de ejércitos combatiendo mucho mejor de lo que podría haberlo hecho una escena realista.

Caos. Heridas ensangrentadas en uniformes ensangrentados y piel ensangrentada. Había mucha violencia en el rojo. Su propio color. Sondeluz sintió como si formara parte del cuadro, sintió su torbellino sacudiéndolo, desorientándolo, atrayéndolo. Las oleadas humanas señalaban a una figura en el centro. Una mujer, vagamente perfilada por un par de pinceladas, que se alzaba en la cresta de dos olas de soldados colisionando, capturada en mitad del movimiento, la cabeza echada atrás, el brazo en alto.

Empuñaba una espada negra que oscurecía el cielo rojo a su alrededor.

—*La Batalla de las Cataratas del Crepúsculo* —dijo Llarimar en voz baja, de pie junto a él en el pasillo blanco—. El último conflicto de la Multiguerra.

Sondeluz asintió. Lo sabía, de algún modo. Los rostros de muchos soldados estaban teñidos de gris. Eran sinvidas. En la Multiguerra se les había utilizado por primera vez en gran número en los campos de batalla.

—Sé que no os agradan las escenas bélicas —se excusó Llarimar—. Pero...

—Me gusta —lo cortó Sondeluz—. Me gusta mucho.

El sacerdote guardó silencio.

El dios contempló el cuadro con sus fluidos rojos, tan expresivos que comunicaban una sensación de guerra, más que solo una imagen.

—Puede que sea la mejor pintura que ha pasado por mi sala.

Los sacerdotes al otro lado de la habitación empezaron a escribir furiosamente. Llarimar solo miró alrededor, preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó Sondeluz.

—Nada.

—Veloz...

El sacerdote suspiró.

—No puedo hablar, divina gracia. No debo interferir en vuestra impresión de las pinturas.

—Últimamente varios dioses han estado formulando juicios favorables de pinturas de guerra, ¿eh? —dijo Sondeluz, contemplando la obra de arte.

Llarimar no respondió.

—Probablemente no sea nada —continuó Sondeluz—. Solo nuestra respuesta a esas discusiones en la corte, supongo.

—Probablemente.

Sondeluz sabía que para Llarimar, él no solo daba una impresión sobre una obra de arte, sino que estaba prediciendo el futuro. ¿Qué auguraba que le gustara una representación de la guerra con colores tan vibrantes y brutales? ¿Era una reacción a sus sueños? Pero la noche anterior, por fin, no había soñado con la guerra. Había soñado con una tormenta, cierto, pero no era lo mismo.

No debería haber hablado, pensó. Sin embargo, emitir opiniones sobre arte parecía lo único verdaderamente importante que hacía.

Contempló la pintura, cada figura solo un par de pinceladas triangulares. Era hermosa. ¿Podía ser hermosa la guerra? ¿Cómo podía encontrar belleza en esas caras grises, en los sinvidas que mataban a

hombres de carne y hueso? Esa batalla ni siquiera había significado nada. No había decidido el resultado de la guerra, aunque el líder de la Unidad Panh (los reinos aliados contra Hallandren) había muerto en su transcurso. La diplomacia había puesto fin a la Multiguerra, no el derramamiento de sangre.

«¿Estamos pensando en empezar de nuevo? —pensó Sondeluz, todavía transfigurado por la belleza—. ¿Lo que hago va a desembocar en la guerra? No —se contestó—. Solo me muestro cauteloso. Ayudo a Encendedora a consolidar una opción política. Mejor que dejar que las cosas pasen por mi vera». La Multiguerra había empezado porque la familia real no había tenido cuidado.

El cuadro continuaba llamándole la atención.

—¿Qué espada es esa? —preguntó.

—¿Espada?

—La negra. En la mano de la mujer.

—Yo... yo no veo ninguna espada, divina gracia —dijo Llarimar—. La verdad, tampoco veo a ninguna mujer. Para mí solo son pinceladas sin ton ni son.

—Lo has llamado la *Batalla de las Cataratas del Crepúsculo* .

—Es el título de la obra, divina gracia. Supuse que estabais tan confuso por ella como yo, así que pensé que el título os aclararía algo.

Los dos guardaron silencio. Finalmente, Sondeluz se volvió y se alejó.

—Fin de las críticas de arte por hoy. —Vaciló un instante—. No queméis esa pintura. Guardadla para mi colección.

Llarimar asintió.

Mientras salía del palacio, Sondeluz trató de animarse, y lo consiguió, aunque el recuerdo de aquella terrible y hermosa escena lo acompañó, mezclado con los recuerdos de su último sueño, aquella tempestad de vientos encontrados.

Pero ni siquiera eso pudo enturbiar su buena disposición. Algo había cambiado. Algo le emocionaba. Se había producido un asesinato en la Corte de los Dioses. No sabía por qué eso le parecía tan intrigante. En todo caso, debería parecerle trágico o inquietante. A lo largo de su vida siempre se lo habían dado todo hecho: respuesta a sus preguntas, diversión para saciar sus caprichos. Casi por accidente, se había convertido en un glotón. Solo dos cosas se le habían negado: conocimiento de su pasado y libertad para salir de la corte.

Ninguna de esas restricciones iba a cambiar pronto. Pero allí, dentro de la corte, donde existía absoluta seguridad y comodidad, algo había salido mal. Una nimiedad. Algo que la mayoría de los Retornados ignoraban y que a nadie le importaba. Nadie quería preocuparse. ¿Quién, por tanto, podía poner pegas a las preguntas de Sondeluz?

—Actuáis de modo muy extraño, divina gracia —dijo Llarimar, alcanzándolo mientras cruzaba el jardín, seguido de criados que se esforzaban por abrir un gran parasol rojo.

—Lo sé. Sin embargo, creo que podemos estar de acuerdo en que siempre he sido bastante extraño, para ser un dios.

—He de admitir que así es.

—Entonces actúo como es propio en mí. Y todo va bien en el universo.

—¿De verdad vamos a volver al palacio de Mercestrella?

—En efecto. ¿Crees que se molestará con nosotros? Eso podría ser interesante.

Llarimar suspiró.

—¿Estáis dispuesto a hablar ya de vuestros sueños?

Sondeluz no respondió de inmediato. Los sirvientes por fin abrieron el parasol y lo colocaron sobre él.

—Soñé con una tormenta —dijo entonces Sondeluz—. Yo estaba en medio de ella, sin nada a lo que agarrarme. Llovía y el viento soplaba contra mí, obligándome a retroceder. De hecho, era tan fuerte que incluso el suelo bajo mis pies parecía ondular.

La expresión de Llarimar denotaba preocupación.

«Más premoniciones de guerra —pensó el dios—. O, al menos, así lo verá él».

—¿Algo más?

—Sí. Una pantera roja. Parecía brillar y reflejar la luz, como si fuera de cristal. Esperaba en medio de la tormenta.

Llarimar lo miró.

—¿Os estáis inventando las cosas, divina gracia?

—¡No! Es lo que soñé de verdad.

El sacerdote suspiró e hizo una seña a un sacerdote menor, quien corrió a tomar su dictado. Poco después llegaron al palacio de Mercestrella, dorado y amarillo. Sondeluz se detuvo ante el edificio, advirtiéndole que nunca había visitado el palacio de otro dios sin enviar primero a un mensajero.

—¿Queréis que envíe a alguien para anunciaros, divina gracia?

Él vaciló.

—No —dijo por fin, reparando en un par de guardias en la puerta principal. Los dos hombres parecían bastante más musculosos que el criado medio y llevaban espadas. Hojas de duelo, supuso Sondeluz, aunque nunca había visto ninguna.

Se acercó a los dos hombres.

—¿Está vuestra señora?

—Me temo que no, divina gracia —respondió uno de ellos—. Fue a visitar a Madretodos para pasar la tarde.

«Madretodos», pensó Sondeluz. Otra que poseía órdenes sinvida. ¿Habría sido obra de Encendedora? Tal vez debería pasarse más tarde: echaba de menos charlar con Madretodos. Ella, por desgracia, le profesaba una aversión visceral.

—Ya —le dijo al guardia—. Bueno, no importa. Necesito examinar el pasillo donde tuvo lugar el ataque anoche.

Los guardias se miraron.

—Yo... no sé si podemos dejaros hacer eso, divina gracia.

—¡Veloz! ¿Pueden prohibírmelo?

—Solamente si tienen una orden directa de Mercestrella.

Sondeluz se volvió hacia los hombres. Reacios, ellos se hicieron a un lado.

—Tranquilos —les dijo—. Vuestra señora me pidió que me encargara. ¿Vienes, Veloz?

Llarimar lo siguió por los pasillos. Una vez más, Sondeluz sintió una extraña satisfacción. Instintos que ignoraba poseer lo impulsaban a investigar aquel extraño episodio.

La madera había sido reemplazada: su vista aguzada notó fácilmente la diferencia entre la madera nueva y la antigua. Avanzó un poco más. La

mancha donde la madera se había vuelto gris había desaparecido también, sustituida por material nuevo.

«Interesante —pensó—. Pero no inesperado. Me pregunto si hay algún parche más». Avanzó un poco más y dio con otro parche de madera nueva. Formaba un cuadrado exacto.

—¿Divina gracia? —preguntó una nueva voz.

Era el joven sacerdote con quien había hablado el día anterior. Sonrió.

—Ah, bien. Esperaba que vinieras.

—Esto es muy irregular, divina gracia.

—He oído decir que atiborrarte de higos puede curarte de eso —repuso Sondeluz—. Ahora necesito hablar con los guardias que vieron al intruso la otra noche.

—¿Pero por qué, divina gracia?

—Porque soy un excéntrico. Mándalos llamar. Necesito hablar con todos los sirvientes o guardias que hayan visto al asesino.

—Divina gracia —replicó el sacerdote, incómodo—, las autoridades de la ciudad ya se han ocupado. Han determinado que se trató de un ladrón que buscaba las obras de arte de Mercestrella, y se han comprometido a...

—Veloz —dijo Sondeluz, volviéndose—. ¿Puede este hombre ignorar mi petición?

—Solo con gran peligro para su alma, divina gracia.

El sacerdote los miró furioso a ambos, luego se dio media vuelta y envió a un criado a cumplir la exigencia de Sondeluz.

El dios se arrodilló, haciendo que varios criados susurraran alarmados. Obviamente, les parecía impropio que un dios se agachara.

Él los ignoró y examinó el cuadrado de madera nueva. Era más grande que los otros dos, y los colores encajaban mejor. Se trataba solo de un cuadrado de madera ligeramente distinto en su color a sus vecinos. Sin suficiente aliento, ni siquiera habría advertido la diferencia.

«Una trampilla —comprendió con súbita sorpresa. El sacerdote lo vigilaba de cerca—. Este parche no es tan nuevo como los otros dos. Solo es nuevo en relación con las otras tablas».

Sondeluz se arrastró, ignorando deliberadamente la trampilla. Una vez más, instintos inesperados le advirtieron que no revelara su hallazgo.

¿Por qué era tan cauto de repente? ¿Era influencia de sus agitados sueños y la imaginería de aquel cuadro? ¿O había algo más? Sentía como si estuviera sondeando profundamente en su interior, sacando una conciencia que antes nunca había necesitado.

Fuera como fuese, se apartó fingiendo no haber advertido nada, como si buscara rastros que pudieran haber quedado en la madera. Encontró un hilo, obviamente desprendido de la túnica de un criado, y lo alzó.

El sacerdote pareció relajarse un poco.

«Sabe lo de la trampilla —confirmó Sondeluz—. Y ¿también quizá lo sabía el intruso?».

Sondeluz se arrastró un poco más, incomodando a los criados hasta que los hombres que había mandado llamar llegaron. Se incorporó, dejó que un par de criados le sacudieran la túnica y se acercó a los recién llegados. El pasillo resultaba incómodo para tanta gente, así que salió de allí con todos. Una vez fuera, miró al grupo de seis hombres.

—Identificaos. Tú, el de la izquierda, ¿quién eres?

—Me llamo Gagaril.

—Lo siento.

El hombre se ruborizó.

—Me pusieron el nombre de mi padre, divina gracia.

—Vaya. Bien, ¿qué tienes que ver con todo esto?

—Soy uno de los guardias que estaban en la puerta cuando irrumpió el intruso.

—¿Estabas solo?

—No —respondió otro de los hombres—. Yo estaba con él.

—Bien. Vosotros dos, iros por allí.

Señaló el jardín con la mano. Ambos hombres se miraron y al punto obedecieron.

—¡Lo bastante lejos para que no podáis oírnos!

Los dos hombres asintieron y continuaron.

—Muy bien. —Sondeluz se volvió hacia los demás—. ¿Quiénes sois vosotros tres?

—El intruso nos atacó en el pasillo —respondió uno de ellos. Señaló a los otros dos—. A los tres. Y... a otro más. El compañero que murió.

—Terrible desgracia —dijo Sondeluz, señalando en otra dirección del jardín—. Por allá. Caminad hasta que ya no podáis oírme, luego esperad.

Los tres hombres se alejaron.

—Y ahora tú —dijo Sondeluz, las manos en las caderas, mirando al último hombre, un sacerdote menor.

—Vi huir al intruso, divina gracia —respondió—. Estaba mirando por una ventana.

—Qué oportuno —dijo el dios, señalando un tercer punto del jardín, lo bastante alejado de los demás. El hombre se marchó.

Se volvió hacia el sacerdote que estaba al mando.

—¿Dices que el intruso liberó a un animal sinvida?

—Una ardilla, divina gracia. La capturamos.

—Ve y tráemela.

—Divina gracia, es bastante salvaje y... —Se detuvo, advirtiendo la expresión de Sondeluz, y entonces llamó a un criado.

—No. Un criado no. Ve tú y tráela personalmente.

El sacerdote parecía incrédulo.

—Vamos, muévete —dijo Sondeluz, agitando una mano—. Sé que es una ofensa a tu dignidad, pero así están las cosas. En marcha.

El sacerdote se alejó gruñendo.

—Los demás esperad aquí —dijo Sondeluz a sus propios sirvientes y sacerdotes.

Ellos parecieron resignados. Empezaban a acostumbrarse a que los dejara solos.

—Vamos, Veloz —dijo Sondeluz, encaminándose hacia los dos guardias que había enviado al jardín.

Llarimar corrió para alcanzarlo, pues con sus largas zancadas Sondeluz no tardó en llegar junto a los dos hombres.



—Ahora decidme lo que visteis —pidió.

—Se nos acercó fingiendo ser un loco, divina gracia —contestó uno. Señaló a su compañero—. Lo golpeó en el estómago con el pomo de su espada.

El segundo guardia se levantó la camisa para mostrar un gran hematoma y luego ladeó la cabeza, mostrando otro en su cuello.

—Nos asfixió a ambos —dijo el primero—. A mí con esas borlas, a Fran con la bota en el cuello. Es lo último que vimos. Para cuando despertamos, se había ido.

—Os asfixió, pero no os mató. ¿Se contentó con dejaros sin sentido?

—Así es, divina gracia.

—Describidme al hombre.

—Era grande —dijo el guardia—. Tenía barba descuidada. No demasiado larga.

—No apestaba ni estaba sucio —indicó el otro—. Simplemente, no parecía darle mucha importancia a su aspecto. Llevaba el pelo largo, hasta el cuello, y no había visto un peine en mucho tiempo.

—Vestía harapos —añadió el primero—. Nada brillante, pero tampoco realmente oscuro. Solo una especie de... color neutro. Poco típico de Hallandren, ahora que lo pienso.

—¿E iba armado?

—Con la espada que me golpeó. Un arma grande. No una hoja de duelo, sino más bien una espada oriental. Recta y muy larga. La llevaba oculta bajo la capa; la habríamos visto si no la hubiera cubierto caminando de forma tan extraña.

Sondeluz asintió.

—Gracias. Quedaos aquí.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia el segundo grupo.

—Esto es muy interesante, divina gracia —dijo Llarimar—. Pero no llego a comprender qué sentido tiene.

—Es solo curiosidad.

—Disculpadme, divina gracia. Pero no sois del tipo curioso.

Sondeluz continuó caminando. Las cosas que estaba haciendo obedecían a impulsos que, a su vez, le parecían naturales. Se acercó al siguiente grupo.

—Vosotros visteis al intruso en el pasillo, ¿no?

Los hombres asintieron. Uno dirigió una mirada hacia el palacio de Mercestrella. En el césped de delante había ahora una pintoresca mezcla de sacerdotes y sirvientes, tanto de Mercestrella como del propio Sondeluz.

—Contadme qué ocurrió.

—Caminábamos por el pasillo de los sirvientes —dijo uno de ellos—. Habíamos terminado nuestro turno y nos dirigíamos a una taberna en la ciudad.

—Entonces vimos a alguien en el pasillo —dijo otro—. No era de aquí.

—Describidlo.

—Un hombre grande —dijo uno. Los otros asintieron—. Tenía ropas harapientas y barba. Aspecto sucio.

—No —corrigió otro—. La ropa era vieja, pero el hombre no estaba sucio. Solo desaliñado.

Sondeluz asintió.

—Continuad.

—Bueno, no hay mucho que decir. Nos atacó. Le lanzó una cuerda que había despertado al pobre Taff, quien quedó atado de inmediato. Rariv y yo corrimos en busca de ayuda. Lolan se quedó atrás.

Sondeluz miró al tercer hombre.

—¿Te quedaste atrás? ¿Por qué?

—Para ayudar a Taff.

«Miente. Parece demasiado nervioso».

—¿De veras? —dijo el dios, acercándose.

El hombre bajó la cabeza.

—Bueno, también estaba la espada...

—Es verdad —intervino otro—. Nos arrojó una espada. Un arma muy rara.

—¿No la desenvainó? —preguntó Sondeluz.

Los hombres negaron con la cabeza.

—Nos la arrojó por el suelo, con vaina y todo. Lolan la cogió.

—Pensé en luchar con él —dijo Lolan.

—Interesante. ¿Y vosotros dos os marchasteis?

—Sí —dijo uno de los dos hombres—. Cuando volvimos con refuerzos... después de ser perseguidos por esa maldita ardilla, encontramos a Lolan en el suelo inconsciente, y al pobre Taff... bueno, todavía estaba atado, aunque la cuerda ya no estaba despierta. Lo habían apuñalado.

—¿Lo viste morir?

—No —dijo Lolan, alzando las manos. Sondeluz advirtió que tenía una mano vendada—. El intruso me dejó inconsciente de un puñetazo en la cabeza.

—Pero tú tenías la espada.

—Era demasiado grande para usarla —dijo el hombre, agachando la cabeza.

—¿Así que os arrojó la espada, echó a correr y te dio un puñetazo en la cabeza?

El hombre asintió.

—¿Y tu mano?

El hombre vaciló, retirando la mano.

—Me la torcí. Nada importante.

—¿Y necesitas un vendaje para una mano torcida? —Sondeluz alzó una ceja—. Enséñamela.

El hombre titubeó.

—Enséñamela, o pierde tu alma, hijo mío —apremió Sondeluz con lo que esperaba fuera una adecuada voz divina.

El hombre extendió lentamente la mano. Llarimar retiró la venda.

La mano estaba completamente gris, vacía de color.

«Imposible —pensó asombrado Sondeluz—. El despertar no le hace eso a la carne viva. No puede absorber el color de alguien vivo, solo de objetos. Tablas del suelo, ropas, muebles».

El hombre retiró la mano.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el dios.

—No lo sé —respondió el hombre—. Me desperté, y estaba así.

—¿Ah, sí? ¿Y tengo que creer que no tuviste nada que ver? ¿Que no estabas confabulado con el intruso?

De repente, el hombre se hincó de rodillas y empezó a llorar.

—¡Por favor, mi señor! No toméis mi alma. No soy el mejor de los hombres. Voy a burdeles y hago trampas en el juego.

Los otros dos parecieron sobresaltarse ante aquellas palabras.

—Pero no sé nada de ese intruso —continuó Lolan—. Por favor, tenéis que creerme. Yo solo quería esa espada. ¡Esa hermosa espada negra! Quería desenvainarla, blandirla, atacar con ella al hombre. Intenté cogerla y entonces él me atacó. Pero no lo vi matar a Taff. Lo juro, nunca había visto a ese intruso antes. Tenéis que creerme.

Sondeluz vaciló.

—Te creo —dijo finalmente—. Que esto sea una advertencia. Pórtate bien. Deja de hacer trampas.

—Sí, mi señor.

Sondeluz se despidió de los hombres con un gesto, y Llarimar y él los dejaron atrás.

—Me siento como un dios de verdad —dijo Sondeluz—. ¿Has visto cómo he logrado que ese hombre se arrepintiera?

—Sorprendente, divina gracia.

—¿Qué piensas de sus testimonios? Aquí está pasando algo raro, ¿verdad?

—Sigo preguntándome por qué pensáis que sois vos quien debe investigarlo.

—No es que tenga otra cosa que hacer.

—Aparte de ser un dios.

—Sobrevalorado —dijo Sondeluz, acercándose al último hombre—. Tiene sus ventajas, pero las horas son horribles.

Llarimar bufó en voz baja mientras Sondeluz llegaba junto al último testigo, el sacerdote bajito que esperaba allí de pie, con su túnica amarilla y dorada. Era bastante más joven que los demás sacerdotes.

«¿Lo han elegido para que me mienta con la esperanza de que parezca inocente?», se preguntó Sondeluz, receloso.

—¿Cuál es tu versión?

El joven sacerdote se inclinó.

—Estaba haciendo mis deberes, pasando al santuario de archivos varias profecías pronunciadas por la Señora. Oí un lejano tumulto en el edificio. Me asomé a la ventana, pero no vi nada.

—¿Dónde estabas?

El joven señaló una ventana.

—Allí, divina gracia.

Sondeluz frunció el ceño. El sacerdote estaba en el ala opuesta del palacio donde había ocurrido todo. Sin embargo, era el lado del edificio por donde había entrado el intruso.

—¿Pudiste ver la puerta donde neutralizó a los dos guardias?

—Sí, divina gracia. Aunque no lo vi al principio. Casi dejé la ventana para ir en busca de la fuente del ruido. Sin embargo, en ese punto vi algo extraño a la luz del farol de la entrada: una figura moviéndose. Fue entonces cuando divisé a los guardias en el suelo. Pensé que eran cadáveres, y me asustó la figura en sombras que se movía entre ellos. Grité y corrí en busca de ayuda. Cuando por fin me prestaron atención, la figura ya había desaparecido.

—¿Fuiste tras sus pasos?

El hombre asintió.

—¿Y cuánto tardaste?

—Varios minutos, divina gracia.

Sondeluz asintió lentamente.

—Muy bien, pues. Gracias.

El joven sacerdote se dispuso a marcharse para reunirse con sus colegas.

—Un momento —dijo Sondeluz—. ¿Viste bien al intruso?

—No, divina gracia. Iba vestido de oscuro, con ropas normales y corrientes. Estaba demasiado lejos para verlo bien.

Sondeluz despidió al hombre. Se frotó la barbilla, pensativo, y miró a Llarimar.

—¿Y bien?

El sacerdote alzó una ceja.

—¿Qué, divina gracia?

—¿Qué piensas?

Llarimar sacudió la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé. Sin embargo, está claro que esto es importante.

Sondeluz se detuvo.

—¿Lo es?

Llarimar asintió.

—Sí, divina gracia. Por lo que ha dicho ese hombre, el que estaba herido en la mano. Ha mencionado una espada negra. La predijisteis, ¿recordáis? En la pintura de esta mañana.

—Eso no fue una predicción. Está de verdad allí, en el cuadro.

—Así funcionan las profecías, divina gracia. ¿No lo entendéis? Miráis una pintura y una imagen aparece ante vuestros ojos. Todo lo que yo veo son pinceladas aleatorias de rojo. La escena que describís, las cosas que veis, son proféticas. Sois un dios.

—¡Pero vi exactamente lo que el cuadro muestra! ¡Antes incluso de que me dijeras cuál era su título!

Llarimar asintió con sabiduría, como si eso demostrara su argumento.

—Oh, no importa. ¡Funcionarios! Fanáticos insufribles, todos vosotros. Sea como sea, estás de acuerdo conmigo en que aquí pasa algo raro.

—Sin duda, divina gracia.

—Bien. Entonces ten la amabilidad de dejar de quejarte mientras investigo.

—Lo cierto es que resulta imperativo que no os impliquéis. Predijisteis que esto ocurriría, pero sois un oráculo. No debéis interactuar con el tema de vuestras predicciones. Si os implicáis, podríais desequilibrar muchas cosas.

—Me gusta estar desequilibrado. Además, esto es muy divertido.

Como de costumbre, Llarimar no reaccionó al ver que su consejo era ignorado. Cuando empezaban a volver hacia el grupo principal, el sacerdote hizo una pregunta.

—Divina gracia, solo para saciar mi curiosidad, ¿qué pensáis del asesinato?

—Está claro. Hubo dos intrusos. El primero, el hombre grande de la espada: dejó inconscientes a los guardias, atacó a esos criados, liberó al bicho sinvida, y luego desapareció. El segundo, el que vio al sacerdote joven, llegó después del primero. Ese segundo hombre es el asesino.

Llarimar frunció el ceño.

—¿Por qué suponéis eso?

—El primer hombre tuvo cuidado de no matar. Dejó a los guardias con vida a riesgo para sí mismo, ya que podrían haber recuperado la conciencia en cualquier momento y dar la voz de alarma. No desenvainó su espada contra los criados, sino que simplemente trató de someterlos. No tenía motivos para matar a un cautivo sujeto... sobre todo puesto que ya había dejado testigos. Pero si hubo un segundo hombre... bueno, eso tendría sentido. El sirviente que murió era el que estaba consciente cuando este segundo intruso entró. Ese criado fue el único que vio al segundo intruso.

—Así que pensáis que alguien siguió al hombre de la espada, mató al único testigo y luego...

—Ambos desaparecieron. Encontré una trampilla. Pienso que debe de haber pasadizos debajo del palacio. Me parece bastante obvio. Una cosa, sin embargo, no es obvia. —Miró a Llarimar, frenando el paso antes de llegar al grupo de sacerdotes y sirvientes.

—¿Y cuál es, divina gracia?

—¡Cómo en nombre de los Colores he deducido todo esto!

—Intento comprenderlo yo también, divina gracia.

Sondeluz negó con la cabeza.

—Esto viene de antes, Veloz. Todo lo que estoy haciendo parece natural. ¿Quién era yo, antes de morir?

—No sé a qué os referís —respondió Llarimar, dándose la vuelta.

—Oh, venga ya, Veloz. Me he pasado casi toda mi vida Retornada holgazaneando, pero cuando matan a alguien, salto de la cama y no puedo resistir ponerme a husmear. ¿No te parece sospechoso?

Llarimar no lo miró.

—¡Colores! —maldijo Sondeluz—. ¿Fui alguien útil? Estaba empezando a creer que había muerto de un modo razonable... como caerme de un tocón cuando estaba borracho.

—Sabéis que moristeis de manera valiente, divina gracia.

—Pudo ser un tocón muy alto.

Llarimar sacudió la cabeza.

—Sea como sea, divina gracia, sabéis que no puedo decir nada de quién fuisteis antes.

—Bueno, esos instintos venían de alguna parte —contestó Sondeluz mientras se dirigía al grupo de sacerdotes y sirvientes.

El sacerdote principal había vuelto con una cajita de madera. Dentro algo se agitaba y arañaba frenéticamente.

—Gracias —dijo el dios, agarrando la caja y pasando de largo sin detenerse—. Te digo, Veloz, que no estoy contento.

—Parecáis bastante feliz esta mañana —repuso el sacerdote mientras se marchaban del palacio de Mercestrella. El sacerdote de la diosa quedó atrás, con una queja muriendo en los labios, mientras el séquito de Sondeluz lo seguía.

—Estaba feliz porque no sabía qué pasaba. ¿Cómo voy a ser adecuadamente indolente si sigo ansiando investigar cosas? Sinceramente, este asesinato arruinará por completo mi reputación labrada a pulso.



—Mis condolencias, divina gracia, por haber sido molestado por algo parecido a la motivación.

—Desde luego. —Suspiró Sondeluz. Tendió la caja con su furioso roedor sinvida—. Toma. ¿Crees que mis despertadores podrán anular su frase de seguridad?

—Con tiempo suficiente. Pero es un animal, divina gracia. No podrá decirnos nada directamente.

—Que lo hagan de todas formas. Mientras tanto, tengo que pensar un poco más en este caso.

Regresaron al palacio. Sin embargo, lo que ahora roía a Sondeluz era el hecho de que había usado la palabra «caso» en referencia al asesinato. Era una palabra que no había oído usar nunca en ese contexto particular. Sin embargo, instintivamente sabía que encajaba.

«No tuve que aprender a hablar de nuevo cuando retorné —pensó—, ni a caminar de nuevo ni nada por el estilo. Solo perdí mi memoria personal».

Pero no toda, al parecer.

Y eso le hizo preguntarse qué más podía lograr si lo intentaba.

«Algo les sucedió a los reyes-dioses anteriores —pensó Siri mientras caminaba por las interminables habitaciones del palacio, seguida por sus criadas—. Algo que Dedos Azules teme le sucederá a Susebron. Será peligroso tanto para el rey-dios como para mí misma».

Continuó avanzando, arrastrando una cola hecha de innumerables borlas de seda verde transparente. El vestido de ese día era casi tan fino como una telaraña: ella lo había elegido, pero luego les había pedido a sus criadas que le trajeran un calzón opaco. Era gracioso lo rápidamente que había dejado de preocuparse por qué era «ostentoso» y qué no.

Había problemas más importantes de que preocuparse. «Los sacerdotes temen que le suceda algo a Susebron. Están ansiosos porque yo les dé un heredero. Dicen que es por causa de la sucesión, pero han pasado cinco décadas sin molestarse. Estuvieron dispuestos a esperar veinte años para conseguir su esposa de Idris. Sea cual sea el peligro, no es urgente. Y, sin embargo, los sacerdotes actúan como si lo fuera».

Tal vez los sacerdotes ansiaban tanto una esposa de linaje real que habían estado dispuestos a correr el riesgo. Pero entonces no tendrían por qué haber esperado tanto tiempo. Vivenna podía haber engendrado hijos muchísimo antes.

Aunque tal vez el tratado especificara un momento y no una edad. Tal vez solo estableciera que el rey de Idris debía haber cumplido al menos los veinte antes de proporcionarle una esposa al rey-dios. Eso explicaría por qué su padre había podido enviar a Siri a cambio. Siri se maldijo por haber ignorado las lecciones sobre el tratado. En realidad no conocía su contenido. Por lo que sabía, el peligro podía estar escrito en el documento mismo.

Necesitaba más información. Por desgracia, los sacerdotes eran inamovibles, los criados silenciosos, y Dedos Azules, bueno...

Siri lo encontró atravesando una habitación mientras escribía en su libro. Corrió tras él, arrastrando su cola. Dedos Azules se volvió al verla. Abrió mucho los ojos, apretó el paso y entró en otra habitación. Siri lo llamó, moviéndose tan rápido como se lo permitía el vestido, pero cuando llegó, él ya no estaba allí.

—¡Colores! —maldijo, sintiendo que el cabello se le volvía rojo fuerte por el malestar—. ¿Sigues pensando que no trata de evitarme? —preguntó a la mayor de sus criadas.

La mujer bajó los ojos.

—Sería impropio de un sirviente de palacio evitar a su reina, Receptáculo. No debe de haberte visto.

«Claro —pensó Siri—, igual que las otras veces». Cuando lo mandaba llamar, siempre llegaba después de que ella, harta de esperar, se hubiera ido. Cuando le enviaba una carta, él respondía tan vagamente que acababa por frustrarla. No podía sacar los libros de la biblioteca del palacio, y los sacerdotes la distraían constantemente si intentaba leer allí mismo. Había pedido que le trajeran libros de la ciudad, pero le insistían en que fuese uno de ellos el que se los leyera, a fin de no «fatigar sus ojos». Siri estaba segura de que si en el libro había algo que los sacerdotes no quisieran que ella supiera, el lector simplemente se lo saltaría.

Dependía de ellos y de los escribas para todo, incluyendo información.

«Excepto...», pensó, todavía en la brillante habitación roja. Había otra fuente de información. Se volvió hacia su criada principal.

—¿Qué actividades hay hoy en el patio?

—Muchas, Receptáculo. Han venido algunos artistas y están haciendo pinturas y bocetos. Hay algunos domadores de animales que muestran exóticas criaturas del sur: creo que tienen elefantes y cebras. También hay varios mercaderes de tintes que muestran sus nuevas combinaciones de colores. Y, naturalmente, están los juglares.

—¿Qué hay de ese edificio al que fuimos antes?

—¿El anfiteatro, Receptáculo? Creo que habrá juegos por la noche. Competiciones de habilidad física.

Siri asintió.

—Prepara un palco. Quiero asistir.

Allá en su tierra, Siri había visto alguna que otra carrera. Solían ser espontáneas, ya que los monjes no aprobaban que los hombres alardearan. Austre confería talentos a todos los hombres y exhibirlos se consideraba arrogancia. Los chicos no podían ser contenidos fácilmente. Ella los había visto correr, incluso los había animado. Sin embargo, esas competiciones no se parecían en nada a lo que ahora practicaban los hombres de Hallandren.

Se disputaban media docena de encuentros distintos a la vez. Algunos hombres arrojaban grandes piedras, compitiendo a ver quién las lanzaba más lejos. Otros corrían en un amplio círculo por el interior del anfiteatro, levantando arena y sudando copiosamente con el pegajoso

calor de Hallandren. Otros lanzaban jabalinas, disparaban flechas o competían en salto.

Siri lo contemplaba todo con cierto sonrojo. Los hombres solo vestían taparrabos. Durante las semanas que llevaba en la grandiosa ciudad, nunca había visto nada tan... interesante. Una dama no debía mirar a los hombres jóvenes, le había enseñado su madre. No estaba bien. Sin embargo, ¿qué sentido tenía si no miraba? Siri no podía evitarlo, y no era solo por la piel desnuda. Esos hombres se habían entrenado intensivamente, habían dominado sus habilidades físicas hasta lograr un efecto maravilloso. Mientras miraba, vio que se daba relativamente poca recompensa a los ganadores de cada evento particular. Aquellos duelos no tenían por objetivo la victoria, sino la habilidad necesaria para participar en ellos.

En ese aspecto, esas competiciones estaban casi en sintonía con las sensibilidades de Idris; pero, al mismo tiempo, eran irónicamente opuestas.

La belleza de los juegos la distrajo más de lo que había esperado, el pelo atascado en un profundo sonrojo castaño rojizo, incluso después de acostumbrarse a la idea de que los hombres compitieran tan ligeros de ropa. Al cabo de un rato, se obligó a levantarse y abandonar el anfiteatro. Tenía trabajo que hacer.

Sus criadas se levantaron. Habían traído todo tipo de lujos. Divanes y cojines, frutas y vinos, incluso un par de hombres encargados de abanicarla. Después de unas semanas en el palacio, esas comodidades empezaban a parecerle algo corriente.

—Antes me visitó un dios y me habló —dijo Siri, escrutando el anfiteatro, donde muchos de los palcos de piedra estaban decorados con doseles de colores—. ¿Cuál era?

—Sondeluz el Audaz —respondió una de las criadas—. El dios de la valentía.

Siri asintió.

—¿Y sus colores son?

—Dorado y rojo, Receptáculo.

La reina sonrió. Su dosel indicaba que estaba allí. No era el único dios que se había presentado durante las semanas que llevaba en palacio, pero sí el único que había charlado con ella. Había sido confuso, pero al menos se había mostrado dispuesto a hablar. Siri abandonó su palco, arrastrando su hermoso vestido por la piedra. Había tenido que obligarse a dejar de sentirse culpable por estropearlos, ya que al parecer cada vestido se quemaba al día siguiente de ser usado.

Sus criadas estallaron en un frenesí de movimiento, recogiendo muebles y alimentos para seguirla. Como antes, había gente en los bancos de abajo: mercaderes lo bastante ricos para comprar una entrada o campesinos que habían ganado una lotería especial. Muchos se volvieron a mirarla pasar, y susurraron entre sí.

«Es la única forma que tienen de verme —comprendió ella—. Soy su reina».

Era una de las cosas que hacían mejor en Idris que en Hallandren. Los idrianos tenían fácil acceso a su rey y su gobierno, mientras que en Hallandren los líderes se mantenían apartados, y por tanto resultaban remotos, incluso misteriosos.

Se acercó al pabellón rojo y dorado. El dios que había visto antes estaba dentro, relajándose en un diván, bebiendo de una gran copa de hermoso cristal tallado. Tenía el mismo aspecto que antes: los rasgos masculinos cincelados que ella empezaba ya a asociar con la divinidad, el pelo negro perfectamente peinado, la piel bronceada y una actitud claramente displicente.

«Es otra cosa en la que Idris tenemos razón —pensó—. Mi pueblo puede que sea demasiado severo, pero tampoco es bueno volverse tan ocioso como algunos de estos Retornados».

Él la miró y asintió con deferencia.

—Mi reina.

—Sondeluz el Audaz —saludó ella mientras una criada le acercaba su silla—. Confío en que tu día sea agradable.

—He descubierto varios elementos perturbadores y redefinitorios de mi alma que están reestructurando lentamente la naturaleza misma de mi existencia. —Bebió un sorbo—. Aparte de eso, nada fuera de lo corriente. ¿Y tú?

—Menos revelaciones —dijo Siri, sentándose—. Más confusión. Sigo sin tener experiencia en la forma en que funcionan aquí las cosas. Esperaba que pudieras responderme algunas preguntas y darme algo de información...

—Me temo que no.

Siri vaciló y se ruborizó, cohibida.

—Lo siento. ¿He hecho algo mal? Yo...

—No, nada mal, niña —respondió Sondeluz, ensanchando su sonrisa—. El motivo por el que no puedo ayudarte es que, desgraciadamente, no sé nada. Soy un inútil. ¿No te has enterado?

—Hmm... Me temo que no.

—Deberías prestar más atención —dijo él, alzando su copa hacia ella—. Lo siento por ti.

Siri frunció el ceño, cada vez más avergonzada. El sumo sacerdote del dios, distinguido por su enorme tiara, la miró con reproche, y eso solo aumentó su sensación de malestar. «¿Por qué debo ser yo quien se avergüence? —pensó, de pronto irritada—. Sondeluz es quien me está insultando de manera velada... ¡y se está insultando también a sí mismo de manera descarada! Es como si le gustara zaherirse».

—La verdad es que he oído hablar de tu reputación, Sondeluz el Audaz —dijo entonces mirándolo, la barbilla alta—. Sin embargo, «inútil» no es el calificativo que he oído emplear respecto a vos.

—¿No?

—No. Me han dicho que eras inofensivo, aunque puedo ver que no es cierto, pues al hablar contigo mi sentido de la razón resulta dañado. Por no mencionar mi cabeza, que empieza a dolerme.

—Me temo que ambas cosas son síntomas corrientes tras tratar conmigo —dijo él, con un exagerado suspiro.

—Eso podría resolverse. Tal vez ayudaría si te abstuvieras de hablar conmigo cuando hay gente presente. Creo que en esas circunstancias me parecerías bastante amigable.

Sondeluz soltó una risita. No una risa estentórea, como la de su padre o algunos hombres de Idris, sino una risa más refinada, y parecía auténtica.

—Sabía que me gustarías, niña.

—No estoy segura de que eso sea un cumplido.

—Depende de lo en serio que te tomes a ti misma. Ven, abandona esa tonta silla y reclínate en uno de estos divanes. Disfruta de la velada.

—Dudo que eso sea adecuado.

—Soy un dios —repuso él, haciendo un gesto con la mano—. Yo defino lo que es adecuado.

—Creo que de todas formas me quedaré sentada —respondió Siri, sonriendo, e indicó a sus sirvientes que acercaran más la silla bajo el dosel para no tener que elevar la voz. También intentó no prestar atención a las competiciones, no fuera a ser que la distrajeran de nuevo.

Sondeluz sonrió. Parecía disfrutar incomodando a los demás. Pero claro, tampoco parecía importarle cómo saliese de malparado.

—Hablo en serio, Sondeluz. Necesito información.

—Y yo, querida, también he sido sincero. Soy un inútil. Sin embargo, trataré de responder a tus preguntas... siempre y cuando, claro, tú respondas a las mías.

—¿Y si no sé las respuestas?

—Entonces invéntate algo. No notaré la diferencia. La ignorancia inconsciente es preferible a la estupidez informada.

—Trataré de recordar eso.

—Hazlo y verás cuántas ventajas tiene. Adelante con tus preguntas.

—¿Qué les sucedió a los anteriores reyes-dioses?

—Murieron. Oh, no pongas esa cara. Le pasa a veces a la gente, incluso a los dioses. Por si no te has dado cuenta, somos unos inmortales de pena. Se nos olvida eso de «vivir para siempre» y de pronto nos encontramos muertos. Y por segunda vez, además. Podríamos decir que somos el doble de malos en eso de estar más vivos que la gente normal.

—¿Cómo murieron los reyes-dioses?

—Dieron su aliento. ¿No es así, Veloz?

El sumo sacerdote asintió.

—Así es, divina gracia. Su Divina Majestad Susebron IV murió para curar la plaga de disentería que asoló T'Telir hace cincuenta años.

—Espera —dijo Sondeluz—. ¿La disentería no es una enfermedad de las entrañas?

—En efecto.

El dios frunció el ceño.

—¿Pretendes decirme que nuestro rey-dios, el personaje más sagrado y divino de nuestro panteón, murió para curar unos cuantos calambres estomacales?

—Yo no lo expresaría exactamente así, divina gracia.

Sondeluz se inclinó hacia Siri.

—Se espera que yo muera algún día, ¿sabes? Que me mate para que alguna vieja dama pueda dejar de lloriquear en público. No me extraña que sea un dios tan embarazoso. Debe de tener que ver con asuntos de autoestima subconsciente.

El sumo sacerdote miró a Siri como pidiendo disculpas. Por primera vez, ella advirtió que la desaprobación del grueso sacerdote no iba dirigida a ella, sino a su dios. A ella le sonrió.

«Tal vez no todos son como Treledees», pensó, devolviendo la sonrisa.

—El sacrificio del rey-dios no fue un gesto vacío, Receptáculo —dijo el sacerdote—. Ciertamente, la diarrea quizá no sea un gran peligro para la mayoría, pero para los viejos y los muy jóvenes puede ser letal. Además, las condiciones de la epidemia fomentaban otras enfermedades, y el comercio de la ciudad, y por tanto el del reino, se había parado prácticamente. La gente en las aldeas del extrarradio se pasaba meses sin los suministros necesarios.

—Me pregunto cómo se sintieron los que fueron curados —musitó Sondeluz—, cuando despertaron y encontraron a su rey-dios muerto.

—Cabría pensar que honrados, divina gracia.

—Creo que se sentirían molestos. El rey vino a verlos, y estaban demasiado enfermos para darse cuenta. En fin, mi reina, ahí tienes. Eso ha sido información valiosa. Ahora me preocupa haber roto mi promesa de resultar inútil.

—Si te sirve de consuelo, tú no has sido de mucha ayuda. Es tu sacerdote quien parece serlo.

—Sí, lo sé. Llevo años intentando corromperlo. No parece funcionar nunca. Ni siquiera puedo conseguir que reconozca la paradoja teológica que se produce cuando intento tentarlo para que haga algo malo.

Siri vaciló y luego sonrió de buena gana.

—¿Qué pasa? —preguntó Sondeluz, y apuró el resto de su bebida. Inmediatamente fue sustituida por otra, esta vez azul.



—Hablar contigo es como nadar en un río —dijo ella—. Siempre me lleva la corriente y nunca estoy segura de cuándo podré volver a respirar.

—Ten cuidado con las rocas, Receptáculo —advirtió el sumo sacerdote—. Parecen insignificantes, pero tienen bordes afilados bajo la superficie.

—Bah —dijo Sondeluz—. Son los cocodrilos con los que hay que tener cuidado. Pueden morder. Y... ¿de qué estábamos hablando exactamente?

—De los reyes-dioses —le recordó Siri—. Cuando murió el último, ¿ya había un heredero?

—En efecto —contestó el sacerdote—. De hecho, se había casado el año anterior. El niño nació solo semanas antes de que él muriera.

Siri se reclinó en su silla, pensativa.

—¿Y el rey-dios anterior a él?

—Murió para curar a los niños de una aldea que había sido atacada por bandidos —dijo Sondeluz—. Al pueblo le encanta esa historia. El rey se conmovió tanto por su sufrimiento que se entregó a esa gente sencilla.

—¿Y se había casado el año anterior?

—No, Receptáculo —contestó el sacerdote—. Fue varios años después de su matrimonio. Aunque murió solo un mes después de que naciera su segundo hijo.

Siri alzó la cabeza.

—¿El primer hijo fue una niña?

—Sí. Una mujer sin poderes divinos. ¿Cómo lo sabías?

«¡Colores!», pensó Siri. En ambas ocasiones, justo después de que naciera el heredero. ¿Tener un hijo guardaba relación con que los reyes-dioses desearan de algún modo entregar sus vidas? ¿O era algo más siniestro? Una plaga curada o una aldea sanada eran cosas que, con un poco de propaganda creativa, podían inventarse para cubrir otra causa de la muerte.

—Me temo que no soy ningún experto en estos asuntos, Receptáculo —continuó el sumo sacerdote—. Y me temo que mi señor Sondeluz no lo es tampoco. Si le presionas, bien podría empezar a inventarse cosas.

—¡Veloz! —exclamó el dios, indignado—. Eso es difamación. Oh, por cierto, tu sombrero está ardiendo.

—Gracias —dijo Siri—. A ambos. Ha sido de mucha ayuda.

—Si pudiera sugerir... —dijo el sacerdote.

—Por favor.

—Prueba con un narrador de historias profesional, Receptáculo. Puedes mandar llamar a uno de la ciudad, y él podrá recitar relatos imaginativos. Proporcionan mucha mejor información que nosotros.

Siri asintió. «¿Por qué no son así de serviciales los sacerdotes de nuestro palacio?». Naturalmente, si estaban encubriendo el verdadero motivo por el que morían sus reyes-dioses, tenían buenas razones para evitar ayudarla. De hecho, era probable que, si pedía un narrador, le proporcionarían uno que le contaría lo que querían que oyese.

Siri frunció el ceño.

—¿Podrías... hacer eso por mí, Sondeluz?

—¿Qué?

—Mandar llamar a un narrador. Me gustaría que tú estuvieras presente, por si tengo alguna pregunta.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que sí. No oigo a ningún narrador desde hace tiempo. Hazme saber cuándo.

No era un plan perfecto. Sus sirvientas estaban escuchando y podrían informar a los sacerdotes. Sin embargo, si un narrador acudía al palacio de Sondeluz, al menos habría alguna posibilidad de que Siri oyera la verdad.

—Gracias —dijo, poniéndose en pie.

—¡Ah, ah, ah! No tan rápido —la detuvo Sondeluz, alzando un dedo.

Ella se quedó inmóvil.

Sondeluz bebió de su copa.

—¿Y bien? —preguntó ella por fin.

Él alzó de nuevo un dedo mientras seguía bebiendo y echaba la cabeza atrás, para engullir los últimos trocitos de hielo del fondo de la copa. La dejó a un lado, la boca teñida de azul.

—Qué refrescante. Idris. Maravilloso lugar. Montones de hielo. Cuesta bastante traerlo aquí, o eso he oído. Es bueno no tener que pagar nunca nada, ¿eh?

Siri alzó una ceja.

—Estoy esperando.

—Prometiste responder a mis preguntas.

—Oh —dijo ella, sentándose—. Por supuesto.

—Muy bien. ¿Conoces a algún vigilante urbano en tu casa?

Ella ladeó la cabeza.

—¿Vigilante urbano?

—Ya sabes, tipos que se encargan de hacer cumplir la ley. Policías. Comisarios. Los hombres que atrapan a los maleantes y vigilan los calabozos.

—Conozco a un par, supongo. Mi ciudad no era grande, pero era la capital. Atraía a gente que podía ser difícil en ocasiones.

—Ah, bien. Ten la amabilidad de describírmelos. No a los tipos difíciles. A los vigilantes.

Ella se encogió de hombros.

—No sé. Solían ser cuidadosos. Interrogaban a los recién llegados, patrullaban las calles buscando malhechores, ese tipo de cosas.

—¿Dirías que eran curiosos?

—Sí —dijo Siri—. Supongo. Quiero decir, tanto como cualquiera. Tal vez más.

—¿Hubo alguna vez algún asesinato en tu ciudad?

—Un par. No tendría que haberlos habido: mi padre siempre decía que esas cosas no deberían suceder en Idris. Decía que el asesinato era propio de... bueno, de Hallandren.

Sondeluz se echó a reír.

—Sí, los cometemos todo el tiempo. Por pura diversión. Dime, ¿investigaron los policías esos crímenes?

—Por supuesto.

—¿Sin que se lo pidieran?

Ella asintió.

—¿Cómo lo hicieron?

—No lo sé. Haciendo preguntas, hablando con testigos, buscando pistas. Yo no tuve relación.

—Ya —dijo Sondeluz—. Pero si hubieras sido una asesina, te habrían condenado a algo terrible, ¿no? ¿Como exiliarte a otro país?

Siri palideció. Sus cabellos se volvieron más claros.

Sondeluz soltó una risita.

—No me tomes tan en serio, majestad. Sinceramente, dejé de preguntarme si eras una asesina hace días. Ahora, si tus sirvientes y los míos nos esperan aquí, creo que puedo tener algo importante que decirte.

Siri dio un respingo cuando Sondeluz se levantó. Empezó a marcharse del pabellón, y sus sirvientes se quedaron donde estaban. Confusa pero entusiasmada, la reina se levantó también y fue tras él. Lo alcanzó un poco más allá, en el pasillo de piedra que discurría entre los diversos palcos del anfiteatro. Abajo, los atletas continuaban su exhibición.

Sondeluz la miró, sonriendo.

«Sí que son altos», pensó ella, doblando un poco el cuello. Un palmo de altura más creaba toda una diferencia. Junto a un hombre como Sondeluz, sin ser realmente alta ella tampoco, se sentía empequeñecida. «Tal vez me dirá lo que estoy buscando —pensó—. ¡El gran secreto!».

—Estás jugando a un juego peligroso, reina mía —dijo Sondeluz, apoyándose contra la balaustrada de piedra. Estaba construida para las proporciones de los Retornados, así que era demasiado alta para que ella se apoyara con comodidad.

—¿Juego?

—La política —dijo él, mirando a los atletas.

—No quiero jugar a la política.

—Si no lo haces, me temo que jugarán contigo. Yo siempre pico, no importa lo que haga. Quejarse no lo impide... aunque molesta a la gente, cosa que es satisfactoria en sí misma.

Siri frunció el ceño.

—¿Me has traído aparte para hacerme una advertencia?

—¡Colores, no! —Rio Sondeluz—. Si no has comprendido ya que esto es peligroso, es que eres demasiado obtusa para apreciar una advertencia. Solo quería darte un par de consejos. El primero es sobre tu personaje.

—¿Mi personaje?

—Sí. Tienes que trabajarlo. Elegir el personaje de una recién llegada inocente fue un buen instinto. Te viene bien. Pero tienes que refinarlo. Trabajar en ello.

—No es un personaje —repuso ella—. Estoy confundida y soy nueva en todo esto.

Sondeluz alzó un dedo.

—Ese es el truco de la política, niña. A veces, aunque no puedes disimular quién eres y cómo te sientes realmente, puedes aprovecharte de ello. La gente recela de lo que no puede comprender y predecir. Mientras te sientas como un elemento impredecible en la corte, parecerás una amenaza. Si tienes la habilidad de mostrarte como alguien que ellos comprendan, entonces empezarás a encajar.

Siri frunció el ceño.

—Tómame como ejemplo —prosiguió él—. Soy un necio inútil. Siempre lo he sido, desde que tengo memoria... que en realidad no es tanto tiempo. Sé cómo me considera la gente. Y lo potencio. Juego con eso.

—Entonces ¿es mentira?

—Por supuesto que no. Así es como soy. Sin embargo, me aseguro de que la gente nunca lo olvide. No se puede controlar todo. Pero si puedes controlar la consideración en que te tiene la gente, entonces podrás encontrar un lugar en este embrollo. Y cuando lo tengas, podrás empezar a influir en las facciones. Si quieres. Yo rara vez lo hago porque es una lata.

Siri ladeó la cabeza. Entonces sonrió.

—Eres un buen hombre, Sondeluz. Lo supe incluso cuando te burlabas de mí. No pretendes hacer ningún daño. ¿Es parte de tu personaje?

—Por supuesto —contestó sonriendo—. Pero no estoy seguro de qué es lo que convence a la gente para que confíe en mí. Lo eliminaría si pudiera. Solo sirve para que la gente espere demasiado. Tú practica un poco lo que te he dicho. Lo mejor que tiene estar encerrado en esta hermosa prisión es que puedes hacer algo bueno, puedes cambiar las cosas. He visto a otros hacerlo. Gente que respetaba. Aunque no haya muchos de esos en la corte últimamente.

—Muy bien. Lo haré.

—Estás buscando algo... Lo noto. Y tiene que ver con los sacerdotes. No hagas demasiado ruido hasta que estés lista para golpear. Súbita y sorprendente, así es como tienes que ser. No quieras parecer demasiado indefensa: la gente siempre sospecha del inocente. El truco es quedarte en la media. Tan lista como cualquiera. Así, todos asumirán que pueden derrotarte con un poco de ventaja.

Siri asintió.

—Parece filosofía idriana.

—Vinisteis de nosotros. O, tal vez, nosotros venimos de vosotros. Sea como sea, nos parecemos más de lo que nuestra apariencia sugiere. ¿Qué es la filosofía idriana de extrema sencillez excepto un medio de contraste con Hallandren? ¿Todos esos blancos que usáis? Eso os hace destacar a escala nacional. Actuáis como nosotros, actuamos como vosotros, solo hacemos lo mismo de formas opuestas.

Ella asintió lentamente.

Sondeluz sonrió.

—Oh, y una cosa más. Por favor, no dependas demasiado de mí. Lo digo en serio. No te seré de mucha ayuda. Si tus planes salen mal en el último momento y corres peligro o te inquietas... no pienses en mí. Te fallaré. Eso lo prometo desde el fondo de mi corazón con absoluta sinceridad.

—Eres un hombre muy extraño.

—Producto de mi sociedad. Y como la mayor parte del tiempo mi sociedad consiste solo en mí mismo, la culpa es de dios. Buen día, reina mía.

Tras esas palabras, regresó a su palco e hizo un gesto a sus sirvientas, que habían estado mirando preocupadas, para que finalmente se reunieran con ella.

—La reunión está concertada, mi señora —dijo Thame—. Los hombres se muestran ansiosos. Tu trabajo en T'Telir está adquiriendo cada vez más notoriedad.

Vivenna no estaba segura de qué pensar al respecto. Bebió su zumo. El tibio líquido era adictivamente sabroso, aunque añoraba un poco de hielo idriano.

Thame la miró con ansiedad. El bajo idriano era, según las investigaciones de Denth, de fiar. Su historia de haberse visto «obligado» a una vida delictiva era un poco exagerada. Cumplía una función en la sociedad hallandrense: actuaba como enlace entre los obreros idrianos y los diversos elementos criminales. Al parecer, también era un patriota convencido, a pesar de que tendía a explotar a su propia gente, sobre todo a los recién llegados a la ciudad.

—¿Cuántos asistirán a la reunión? —preguntó Vivenna, contemplando el tráfico de la calle.

—Más de cien, mi señora. Leales a nuestro rey, lo prometo. Y hombres influyentes todos ellos... para ser idrianos en T'Telir, claro está.

Cosa que, según Denth, significaba que eran hombres que tenían poder en la ciudad porque podían proporcionar trabajadores idrianos baratos y manejar la opinión de las masas idrianas sin privilegios. Eran hombres que, como Thame, vivían a expensas de los expatriados idrianos. Una extraña dualidad. Estos hombres tenían su valor entre una minoría oprimida, pero sin dicha opresión carecerían de poder.

«Como Lemex —pensó ella—, que servía a mi padre, que incluso parecía respetarlo y amarlo, pero mientras tanto robaba todo el oro que podía».

Se echó hacia atrás, vestida de blanco con una larga falda plisada que ondulaba con el viento. Dio un golpecito al borde de su copa, e inmediatamente un criado la rellenó de zumo. Thame sonrió, tomando zumo también, aunque parecía fuera de sitio en aquel caro restaurante.

—¿Cuántos crees que hay? Idrianos en la ciudad, quiero decir.

—Unos diez mil.

—¿Tantos?

—Hay problemas en las granjas. —Thame se encogió de hombros—. A veces es difícil vivir en esas montañas. Las cosechas fracasan y te

quedas sin nada. El rey es dueño de tus tierras, así que no puedes venderlas. Y hay que pagar los prestamos...

—Sí, pero se puede hacer una petición en caso de desastre.

—Ah, mi señora, pero la mayoría de estos hombres viven a varias semanas de viaje del rey. ¿Deben dejar a sus familias para hacer una petición, cuando sus seres queridos pasarán hambre durante las semanas que tarde en llegar la comida de los almacenes del rey si tienen éxito? Prefieren venir a T'Telir y buscar trabajo aquí, cargando en los muelles o recolectando flores en las plantaciones de la jungla. Es un trabajo duro pero seguro.

«Y al hacerlo así, traicionan a su pueblo».

Pero ¿quién era ella para juzgar? La Quinta Visión lo definiría como arrogancia. Sentada allí al fresco del patio de un restaurante, disfrutando de una agradable brisa y un caro zumo mientras otros hombres se esclavizaban para alimentar a sus familias. No tenía ningún derecho a despreciar sus motivaciones.

Los idrianos no deberían buscar trabajo en Hallandren. No le gustaba admitir ninguna culpa en su padre, pero su reino no era eficiente desde un punto de vista burocrático. Consistía en docenas de aldeas dispersas con pobres carreteras a menudo bloqueadas por las nieves o los desprendimientos de rocas. Además, se veía obligado a invertir cuantiosos recursos en el ejército, en previsión de un ataque de Hallandren. Tenía un trabajo difícil. ¿Era eso una buena excusa para la pobreza de su pueblo, que se veía obligado a huir de su patria? Cuanto más escuchaba y aprendía, más advertía que muchos idrianos nunca habían conocido la vida idílica que ella había vivido en su hermoso valle en las montañas.

—La reunión será dentro de tres días, mi señora —dijo Thame—. Algunos de estos hombres vacilan después de Vahr y su fracaso, pero te escucharán.

—Estaré allí.

—Gracias.

Thame se levantó, hizo una reverencia (a pesar de que ella le había pedido que no atrajera la atención sobre su persona) y se retiró.

Vivenna permaneció sentada, bebiendo su zumo. Percibió a Denth antes de que llegara.

—¿Sabes qué me interesa? —dijo él, ocupando el asiento que Thame había dejado libre.



—¿Qué?

—La gente —contestó, golpeando una copa vacía y llamando la atención del mozo—. Me interesa la gente. Sobre todo la gente que no actúa como se supone que debe actuar. La gente que me sorprende.

—Espero que no estés hablando de Thame —dijo Vivenna, alzando una ceja.

Él negó con la cabeza.

—Estoy hablando de ti, princesa. No hace mucho, no importaba qué o a quién miraras, tenías una expresión de tranquilo disgusto en los ojos. Lo has perdido. Estás empezando a encajar.

—Entonces eso es un problema, Denth. No quiero encajar. Odio Hallandren.

—Parece que ese zumo sí te gusta.

Vivenna lo apartó a un lado.

—Tienes razón. No debería beberlo.

—Si tú lo dices —replicó Denth, encogiéndose de hombros—. Ahora bien, si le preguntaras a un mercenario (cosa que, naturalmente, nadie hace nunca), podría responder que es bueno que empieces a actuar como si fueras hallandrense. Cuanto menos destaques, menos probable será que la gente te relacione con esa princesa idriana que se esconde en la ciudad. Mira a tu amigo Parlin.

—Parece un idiota con esos colores brillantes —dijo ella, mirando hacia la calle, donde Joyas y él charlaban mientras vigilaban.

—¿Sí? ¿O parece nativo de Hallandren? ¿Vacilarías si estuvieras en la jungla y lo vieras ponerse la piel de una bestia, o quizá envolverse en una capa del color de las hojas caídas?

Ella volvió a mirar. Parlin estaba apoyado en la pared de un edificio, igual que hacían los matones de la ciudad que había por todas partes.

—Los dos encajáis mejor que antes —dijo Denth—. Estáis aprendiendo.

Vivenna agachó la cabeza. Algunas cosas en su nueva vida empezaban a parecerle naturales, en efecto. Las incursiones, por ejemplo, se volvían cada vez más fáciles. También se estaba acostumbrando a moverse con las multitudes y a ser consciente de su clandestinidad. Dos meses antes se habría opuesto, indignada, a tratar con un hombre como Denth, simplemente por su profesión. Le parecía difícil reconciliarse con

algunos de estos cambios. Cada vez le costaba más comprenderse a sí misma, y decidir qué creía.

—Aunque tal vez querriás empezar a usar pantalones —dijo Denth, mirando el vestido de Vivenna.

Ella frunció el ceño y alzó la cabeza.

—Es solo una sugerencia —se excusó él, y bebió un poco de zumo—. No te gustan las faldas cortas hallandrenses, pero las únicas ropas decentes que podemos comprarte proceden del extranjero, y son caras. Eso significa que tenemos que acudir a restaurantes caros, para no destacar. Y que tienes que mostrar toda esta terrible ostentación. Los pantalones, sin embargo, son discretos y baratos.

—No son discretos.

—Al menos no enseñan las rodillas.

—No importa.

Denth se encogió de hombros.

—Solo daba mi opinión.

Vivenna apartó la mirada y suspiró.

—Agradezco el consejo, Denth. De verdad. Solo estoy... confusa por muchas cosas de mi vida últimamente.

—El mundo es un lugar confuso. Eso es lo que lo hace divertido.

—Los hombres que nos ayudan dirigen a los idrianos de la ciudad, pero al mismo tiempo los explotan. Lemex le robaba a mi padre, pero seguía trabajando por los intereses de mi país. Y aquí estoy yo, llevando un vestido de precio inasequible y bebiendo zumo caro mientras mi hermana sufre los abusos de un horrible dictador y esta ciudad hermosa y horrible se prepara para una guerra contra mi patria.

Denth se reclinó en su silla y contempló las multitudes que transitaban con sus colores hermosos y a la vez terribles.

—Las motivaciones de los hombres nunca tienen sentido. Y, sin embargo, lo tienen siempre.

—Ahora mismo, el que no tiene sentido eres tú.

Denth sonrió.

—Lo que intento decir es que no se comprende a un hombre hasta que se entiende qué le lleva a hacer lo que hace. Cada hombre es el héroe de su propia historia, princesa. Los asesinos no creen tener la culpa de lo que hacen. Los ladrones piensan que se merecen el dinero que roban. Los dictadores creen tener el derecho, por el bien de su pueblo y su nación, de hacer todo lo que se les antoje.

Guardó silencio y sacudió la cabeza.

—Creo que incluso Vasher se ve a sí mismo como un héroe. La verdad es que la mayoría de la gente que hace lo que llamaríamos «el mal», lo hace por lo que considera «buenas» razones. Solo los mercenarios tienen sentido. Nosotros hacemos aquello para lo que nos pagan. Ya está. Tal vez por eso la gente nos desprecia. Somos los únicos que no fingimos tener motivos superiores.

Hizo una pausa y la miró a los ojos.

—En cierto modo, somos los hombres más honrados que conocerás jamás.

Los dos guardaron silencio, mientras una riada de colores destellantes pasaba por la calle. Alguien se acercó a la mesa.

—Así es —dijo Tonk Fah—, pero has olvidado mencionar que, además de honrados, también somos listos. Y guapos.

—Eso no hace falta decirlo.

Vivenna se volvió. Tonk Fah había estado vigilando discretamente, dispuesto a intervenir si era necesario. Le estaban dejando tomar la iniciativa en algunos encuentros.

—Honrados, tal vez —dijo Vivenna—, pero desde luego espero que no seáis los hombres más guapos que vaya a conocer. Bien, ¿nos vamos?

—Primero acábate ese zumo tan caro —ironizó Denth.

Vivenna miró la copa. El zumo estaba muy bueno. Sintiéndose culpable, la apuró. Sería un pecado malgastarlo, pensó. Se levantó y salió del restaurante, mientras Denth, que ahora manejaba casi todo el dinero, pagaba la cuenta. En la calle, se les unió Clod, que tenía órdenes de acudir si ella gritaba pidiendo ayuda.

Ella se dio la vuelta para mirar a Tonk Fah y Denth.

—Tonks —dijo—. ¿Dónde está tu mono?

Él suspiró.

—Los monos son aburridos.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Has perdido otro?

Denth se echó a reír.

—Acostúmbrate, princesa. De todos los milagros felices del universo, uno de los más grandes es que Tonks nunca ha engendrado un hijo. Probablemente, lo perdería antes de que pasara una semana.

Ella sacudió la cabeza.

—Tal vez tenga razón. La próxima cita es en el jardín D'Denir, ¿no?

Denth asintió.

—Vamos —dijo ella, echando a andar calle abajo.

Los demás la siguieron, recogiendo a Parlin y a Joyas por el camino. Vivenna no esperó a que Clod se abriera paso entre la multitud. Cuanto menos dependiera del sinvida, mejor. Moverse por las calles no era en realidad muy difícil. Había cierto arte en ello: te movías con la multitud, en vez de intentar nadar contra ella. Poco después, con la princesa en cabeza, el grupo desembocó en la amplia extensión de hierba que era el jardín D'Denir. Como la plaza donde las calles se encontraban, el lugar era un espacio verde emplazado entre los edificios y los colores. Sin embargo, allí ninguna flor ni árbol rompía el paisaje, ni la gente bullía. Era un lugar más reverente.

Y estaba lleno de estatuas. Centenares de ellas. Se parecían mucho a los otros D'Denir de la ciudad, con sus cuerpos enormes y sus poses heroicas, muchas con ropas o atuendos de colores. Eran las estatuas más antiguas que había visto, la piedra erosionada por años de frecuentes lluvias. Constituían el último regalo de Dalapaz el Bendito. Las estatuas se habían alzado como memorial de los caídos en la Multiguerra. Un monumento y una advertencia. Eso decían las leyendas. Vivenna no podía dejar de pensar que, si la gente honrara realmente a los caídos, no vestirían a las estatuas con ropas tan ridículas.

Con todo, el lugar era más apacible que la mayoría en T'Telir. Bajó las escalinatas hasta el jardín, y deambuló entre las silenciosas figuras de piedra.

Denth la alcanzó.

—¿Recuerdas a quiénes vamos a ver?

Ella asintió.

—Falsificadores.

Él la miró.

—¿Quieres seguir adelante o no?

—Denth, durante estos meses he conocido a ladrones, asesinos y, aun peor, mercenarios. Creo que podré tratar con un par de flacos escribas.

Él sacudió la cabeza.

—Estos son los hombres que venden los documentos, no los escribas que hacen el trabajo. No conocerás a hombres más peligrosos que los falsificadores. Dentro de la burocracia hallandrense, pueden hacer que cualquier cosa parezca legal poniendo los documentos adecuados en el lugar indicado.

Vivenna asintió.

—¿Recuerdas todo lo qué tienes que encargales? —preguntó Denth.

—Pues claro que sí. Este plan concreto fue idea mía, ¿recuerdas?

—Solo comprobaba.

—Te preocupa que meta la pata, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Tú eres la jefa de este pequeño ejército, princesa. Yo solo soy el tipo que friega el suelo después. —La miró—. Detesto limpiar sangre.

—Oh, por favor —dijo ella, avivando el paso y dejándolo atrás. Pudo oírlo comentar algo con Tonk Fah.

—¿Mala metáfora? —preguntó Denth.

—No —respondió el otro—. Había sangre. Eso lo convierte en una buena metáfora.

—Creo que carece de poesía.

—Encuentra algo que rime con «sangre», pues —sugirió Tonk Fah. Vaciló—. ¿Hambre? Hmm... ¿Enjambre?

«Son cultos para ser un par de hampones», pensó ella.

No tuvo que ir muy lejos para localizar a los dos hombres. Esperaban junto al lugar acordado, una gran estatua de D'Denir con un hacha

erosionada. El grupo merendaba y charlaba, la imagen misma de la inocencia.

Vivenna redujo el paso.

—Allí están —susurró Denth—. Sentémonos junto al D'Denir frente a ellos.

Joyas, Clod y Parlin quedaron atrás mientras Tonk Fah se apartaba para vigilar el perímetro. Vivenna y Denth se acercaron a la estatua. Él tendió una manta en el suelo y se quedó de pie a un lado, como si fuera un criado.

Uno de los hombres miró a Vivenna y asintió. Los demás continuaron comiendo. La costumbre de los bajos fondos de Hallandren de trabajar a plena luz del día seguía poniendo nerviosa a Vivenna, pero suponía que tenía ventajas en vez de hacerlo de noche.

—¿Quieres encargarte de un trabajo? —le preguntó el falsificador con discreción para que solo ella pudiera oírlo. Casi parecía parte de su conversación con sus amigos.

—Sí —respondió Vivenna.

—¿Tienes dinero?

—Puedo pagar.

—¿Eres la princesa de la que habla todo el mundo?

Ella vaciló, advirtiéndole que Denth llevaba con disimulo la mano al pomo de su espada.

—Sí.

—Bien. La realeza siempre sabe apañárselas. ¿Qué deseas?

—Cartas. Quiero que parezcan correspondencia entre ciertos miembros del clero de Hallandren y el rey de Idris. Han de tener sellos oficiales y firmas convincentes.

—Difícil —dijo el hombre.

Vivenna sacó algo del bolsillo de su vestido.

—Tengo una carta escrita de puño y letra por el rey Dedelin. Tiene su sello en el lacre, y la firma al pie.

El hombre pareció intrigado, aunque ella solo podía verlo de perfil.

—Eso cambia las cosas. ¿Qué quieres que demuestren esos documentos?

—Que esos sacerdotes concretos son corruptos. Tengo una lista en esta hoja. Quiero que parezca que han estado extorsionando a Idris desde hace años, obligando a nuestro rey a pagar grandes sumas y hacer promesas extremas para impedir la guerra. Quiero que demostréis que Idris no quiere la guerra y que los sacerdotes son hipócritas.

El hombre asintió.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Puede hacerse. Estaremos en contacto. ¿Las instrucciones y explicaciones están en el dorso del papel?

—Como pedisteis.

El grupo de hombres se levantó y un criado empezó a recoger los restos de la comida. Al hacerlo, dejó volar al viento una servilleta, luego corrió a cogerla y agarró de paso el papel de Vivenna. Entonces se marcharon.

—¿Bien? —preguntó la princesa, alzando la cabeza.

—Bien —asintió Denth—. Te estás convirtiendo en una experta.

Vivenna sonrió, sentada en su manta. El siguiente encuentro era con un grupo de ladrones que habían robado, a petición de ellos, diversos artículos de las oficinas de guerra del edificio burocrático de Hallandren. Los documentos en sí eran de poca importancia, pero su ausencia causaría confusión y frustración.

La cita no tendría lugar hasta dentro de unas horas, lo que significaba que Vivenna podría pasar algún tiempo relajándose en el jardín, lejos de los colores innaturales de la ciudad. Denth pareció advertir su deseo y se sentó, apoyándose contra el lado del pedestal de la estatua. Vivenna vio que Parlin volvía a hablar con Joyas. Denth tenía razón: aunque sus ropas a ella le parecían ridículas, eso se debía a que lo veía como idriano. Mirándolo de manera más objetiva, comprendió que encajaba perfectamente con los otros jóvenes de la ciudad.

«Está bien para él —pensó—. Puede vestirse como quiera: no tiene que preocuparse por el escote ni la longitud de la falda».

Joyas se rio. Fue casi un bufido, aunque con cierta alegría. Vivenna se volvió y vio que Joyas miraba a Parlin, que tenía una sonrisa avergonzada en el rostro. Sin duda, el mozo había dicho algo equivocado, pero no sabía qué. Vivenna lo conocía lo suficiente para descifrar su expresión: solo sonreiría y seguiría adelante.

Joyas le vio la cara y volvió a reírse.

Vivenna apretó los dientes.

—Debería enviarlo de vuelta a Idris —dijo.

Denth se volvió a mirarla.

—¿Qué pasa?

—Parlin. Envié de regreso a mis demás escoltas. Tendría que haberlo enviado a él también. Aquí no cumple ninguna función.

—Es rápido adaptándose a las situaciones —dijo Denth—. Y fiable. Suficiente motivo para conservarlo.

—Es un necio. Tiene problemas para comprender la mitad de las cosas que pasan.

—No tiene la inteligencia de un sabio, cierto, pero parece saber de manera instintiva cómo encajar con el entorno. Además, no todos podemos ser genios como tú.

Ella lo miró.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no deberías dejar que tu cabello cambie de color en público, princesa.

Vivenna se sobresaltó: su pelo había cambiado de un tranquilo y calmado negro al rojo de la frustración. «¡Señor de los Colores! Antes era muy buena controlándolo. ¿Qué me está pasando?».

—No te preocupes —añadió Denth—. Joyas no tiene ningún interés en tu amigo. Te lo prometo.

Ella hizo una mueca.

—¿Por qué debería importarme Parlin?

—Oh, no sé. ¿Tal vez porque él y tú habéis estado prácticamente prometidos desde que erais niños?

—Eso es falso. ¡Me prometieron al rey-dios antes de nacer!

—Pero tu padre siempre deseó que pudieras casarte con el hijo de su mejor amigo —contestó Denth—. Al menos, eso dice Parlin. —La miró con una sonrisa pícara.



—Ese muchacho habla demasiado.

—Lo cierto es que es bastante callado. Hay que insistir para sonsacarle dos frases seguidas. Sea como sea, Joyas tiene otra relación. Así que deja de preocuparte.

—No estoy preocupada. Y no me interesa Parlin.

—Por supuesto que no.

Vivenna abrió la boca para replicar, pero advirtió que Tonk Fah se acercaba y no quería que se uniera también a la discusión. Cerró la boca cuando el grueso mercenario llegó.

—Calambre —dijo.

—¿Qué?

—Rima con sangre. Ahora puedes ser poético. Calambre de sangre. Es una bonita imagen. Mucho mejor que palangre.

—Ah, ya veo —dijo Denth—. Tonk Fah.

—¿Sí?

—Eres un idiota.

—Gracias.

Vivenna echó a caminar entre las estatuas, estudiándolas, aunque solo fuera como alternativa a tener que ver a Parlin y Joyas. Tonk Fah y Denth la siguieron a una distancia prudencial, ojo avizor. Había belleza en las estatuas. No eran como las otras que había en T'Telir, con sus pinturas chillonas, sus edificios coloridos y sus ropajes exagerados. Los D'Denir eran sólidos bloques que habían envejecido con dignidad. Los hallandrenses, naturalmente, hacían todo lo posible para afearlas con los pañuelos, sombreros y otras piezas de colores que ataban a los memoriales de piedra. Por fortuna, en ese jardín había demasiadas para decorarlas todas.

Se alzaban, como guardianes, de algún modo más sólidas que gran parte de la ciudad. La mayoría contemplaban el cielo o miraban al frente. Cada una era diferente, cada pose distinta, cada rostro único. Debían de haber tardado décadas en crearlas todas, pensó. Tal vez por eso los hallandrenses eran tan aficionados al arte.

Era un lugar repleto de contradicciones. Guerreros para representar la paz. Idrianos que se protegían y se explotaban unos a otros al mismo tiempo. Mercenarios que parecían contarse entre los mejores hombres

que Vivenna había conocido. Colores brillantes que creaban una especie de uniformidad.

Y, por encima de todo, el aliento biocromático. Era explotador y, sin embargo, las personas como Joyas consideraban que renunciar a su aliento era un privilegio. Contradicciones. La cuestión era: ¿podría ella misma, Vivenna, convertirse en otra contradicción? ¿Una persona que cedía sus creencias para que fueran conservadas?

Los alientos eran maravillosos. Era algo más que solo la belleza o la habilidad de oír cambios en el sonido y sentir intrínsecamente los distintos tonos de color. Era aún más que la habilidad de sentir la vida a su alrededor. Más que los sonidos del viento y la gente hablando, o su capacidad para sentir su camino a través de un grupo de personas y desplazarse fácilmente con los movimientos de una multitud. Era una conexión. Sentía cercano el mundo a su alrededor. Incluso las cosas inanimadas como la ropa o las ramas caídas parecían cercanas. Estaban muertas, pero parecían ansiar de nuevo vida.

Ella podría dársela. Recordaban la vida y ella podía despertar esos recuerdos. Pero ¿de qué serviría salvar a su pueblo si se perdía a sí misma?

«Denth no parece perdido —pensó—. Los otros mercenarios y él pueden separar lo que creen de lo que se ven obligados a hacer».

En su opinión, por eso pensaba que la gente tenía en baja estima a los mercenarios. Si separabas la creencia de la acción, entonces estabas en terreno peligroso.

«No —decidió—. Nada de despertar para mí».

El aliento permanecería intacto, sin decantar. Si la tentaba demasiado, lo daría todo a alguien que no tuviera ninguno.

Y se convertiría en una apagada.

«Háblame de las montañas», escribió Susebron.

Siri sonrió.

—¿Las montañas?

«Por favor», insistió él, sentado en su sillón junto a la cama. Ella yacía de costado, su enrevesado vestido era demasiado caluroso para esa noche, así que estaba sentada en ropa interior y una sábana por encima, apoyada sobre un codo para leer lo que él escribía. El fuego chisporroteaba.

—No sé qué decirte. O sea, las montañas no son sorprendentes como las maravillas que tenéis en T'Telir. Tenéis tantos colores, tanta variedad...

«Creo que las rocas que brotan del suelo y se alzan cientos de metros de altura cuentan como maravilla».

—Supongo. Era lo que más me gustaba en Idris... Sin embargo, para alguien como tú, probablemente serían bastante aburridas.

«¿Más aburridas que estar sentado en el mismo palacio todos los días, sin poder salir, sin poder hablar, dejando que me vistan y mimen?».

—De acuerdo, tú ganas.

«Háblame de ellas, por favor». Su letra se estaba volviendo muy buena. Además, cuanto más escribía, más parecía comprender. Ella deseaba poder encontrarle libros que leyera; sospechaba que los absorbería rápidamente, y se volvería tan instruido como cualquiera de los eruditos que habían intentado ser sus maestros allá en Idris.

Sin embargo, él solo contaba con Siri. Parecía apreciar lo que le daba, pero eso era probablemente solo porque no sabía lo ignorante que ella era.

«Sospecho que mis tutores se partirían de risa si supieran cuánto lamento haberlos ignorado», pensó la reina.

—Las montañas son enormes —dijo—. En realidad no se pueden comprender desde aquí, desde las tierras bajas. Es viéndolas como sabes lo insignificante que es de verdad la gente. Quiero decir, no importa cuánto trabajemos y construyamos, nunca podremos levantar nada tan alto como una montaña... Son rocas, como dijiste, pero no carecen de vida. Son verdes, tan verdes como vuestras junglas. Pero es

un verde distinto. He oído a algunos mercaderes viajeros quejarse de que las montañas te cortan la visión, pero creo que puedes ver más. Te permiten ver la superficie de la tierra a medida que se extiende hacia arriba, hacia los dominios de Austre en el cielo.

Hizo una pausa. «¿Austre?».

Siri se ruborizó, y sus cabellos enrojecieron a su vez.

—Lo siento. Probablemente no debería hablar de otros dioses delante de ti.

«¿Otros dioses? ¿Como los de la corte?».

—No. Austre es el dios idriano.

«Comprendo —escribió Susebron—. ¿Es muy apuesto?».

Siri se echó a reír.

—No, no lo entiendes. No es un Retornado, como tú o Sondeluz. Es... bueno, no sé. ¿Los sacerdotes no te explicaron las otras religiones?

«¿Otras religiones?».

—Claro. Quiero decir, no todo el mundo adora a los Retornados. Los idrianos como yo adoran a Austre, y la gente de Pahn Kahl, como Dedos Azules... bueno, no sé a qué adoran realmente, pero no es a vosotros.

«Qué extraño. Si vuestros dioses no son Retornados, entonces ¿qué son?».

—No son dioses. Es solo uno. Lo llamamos Austre. Los hallandrenses solían adorarlo también antes... —Estuvo a punto de decir antes de volverse herejes—. Antes de que llegara Dalapaz y decidieran adorar a los Retornados.

«Pero ¿quién es ese Austre?».

—No es una persona. Es más bien una fuerza. Ya sabes, el ser que vigila a toda la gente, que castiga a quienes no hacen lo que está bien y bendice a los que son dignos.

«¿Has visto a esa criatura?».

Siri se echó a reír.

—Por supuesto que no. No se puede ver a Austre.

Susebron la miró frunciendo el ceño.

—Lo sé. Debe parecerte una tontería. Pero bueno, nosotros sabemos que está ahí. Cuando veo algo hermoso en la naturaleza, cuando contemplo las montañas, con sus flores silvestres creciendo en pautas que de algún modo son mejores que las que podría haber plantado el hombre... lo sé. La belleza es real. Eso es lo que me recuerda a Austre. Además, tenemos a los retornados, incluyendo al Primer Retornado, Vo. Él tenía las Cinco Visiones antes de morir, y debían proceder de alguna parte.

«Pero ¿no creéis en el culto a los Retornados?».

Siri se encogió de hombros.

—No lo he decidido todavía. Mi pueblo predica contra ello. No les gusta la forma en que Hallandren entiende la religión.

Él permaneció en silencio durante largo rato.

«Entonces... ¿no te gusta la gente como yo?».

—¿Qué? ¡Pues claro que me gustas! ¡Eres muy dulce!

Él frunció el ceño y escribió: «No creo que se suponga que los reyes-dioses sean dulces».

—Muy bien —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. Eres terrible y poderoso. Asombroso y divino. Y dulce.

«Mucho mejor —escribió él, sonriendo—. Me gustaría mucho conocer a ese Austre».

—Te presentaré a algunos monjes alguna vez. Deberían poder ayudarte con eso.

«Ahora te estás burlando de mí».

Siri sonrió mientras él la miraba. No había dolor en sus ojos.

No parecía importarle la burla; de hecho, parecía encontrarla interesante. Le gustaba intentar captar cuándo ella hablaba en serio y cuándo no.

Él volvió a bajar la mirada. «Sin embargo, más que conocer a este dios, me gustaría ver las montañas. Parece que las quieres mucho».

—Así es —contestó Siri. Había pasado mucho tiempo sin pensar en Idris. Pero ahora que él la mencionaba, recordó la fresca y libre sensación de los prados por los que había corrido no hacía mucho tiempo. La nitidez del aire helado, algo que sospechaba no se podría encontrar nunca en Hallandren.

Las plantas de la Corte de los Dioses eran cultivadas, atendidas y recortadas a la perfección. Eran hermosas, pero los campos silvestres de su patria tenían su propia característica especial.

Susebron volvió a escribir. «Sospecho que las montañas son preciosas, como has dicho. Sin embargo, creo que lo más hermoso de ellas ya ha venido a mí».

Siri se sobresaltó y se ruborizó. Él parecía tan franco que ni siquiera se le veía cohibido o tímido por el osado piropo.

—¡Susebron! Tienes el corazón de un seductor.

«¿Seductor? Solo digo lo que veo. No hay nada tan maravilloso como tú, ni siquiera en mi propia corte. Las montañas deben de ser realmente especiales, para producir tanta belleza».

—¿Ves? Ahora has ido demasiado lejos. He visto a las diosas de tu corte. Son muchísimo más hermosas que yo.

«La belleza no es solo el aspecto que tiene una persona. Mi madre me enseñó eso. Los viajeros de mi libro de cuentos no deben considerar fea a la anciana, pues podría ser por dentro una hermosa diosa».

—Esto no es un cuento, Susebron.

«Sí que lo es. Todos esos cuentos son solo historias contadas por gente que vivió antes que nosotros. Lo que dicen sobre la humanidad es cierto. He observado y he visto cómo actúa la gente».

Borró y continuó.

«Es extraño, para mí, interpretar estas cosas, pues no veo como los hombres normales. Soy el rey-dios. A mis ojos, todo tiene la misma belleza».

Siri frunció el ceño.

—No comprendo.

«Tengo millares de alientos. Es difícil ver como ve la gente: solo a través de las historias de mi madre puedo ver su forma de ser. Todos los colores son belleza a mis ojos. Cuando los demás miran a las personas, una puede parecerles a veces más hermosa que otra. Para mí no es así. Yo solo veo el color. Los ricos y maravillosos colores que componen todas las cosas y les dan vida. No puedo concentrarme solo en el rostro, como hacen muchos. Veo la chispa de los ojos, el sonrosado de las mejillas, los tonos de la piel... incluso cada pequeña imperfección muestra algo peculiar. Todas las personas son maravillosas».

Borró.

«Y por eso, cuando hablo de belleza, debo hablar de otras cosas aparte de estos colores. Y tú eres diferente. No sé cómo describirlo».

Alzó la cabeza y de pronto Siri fue consciente de lo cerca que estaban el uno del otro. Ella, solo con su ropa interior, con la fina sábana cubriéndola. Él, alto y ancho, brillando con un alma que hacía que los colores de las sábanas se expandieran como la luz a través de un prisma. Susebron sonrió a la luz de la chimenea.

«Oh, cielos... —pensó ella—. Esto es peligroso».

Se aclaró la garganta y se incorporó, ruborizándose todavía más.

—Bien. Hmm, sí. Muy bonito. Gracias.

Él la miró. «Ojalá pudiera permitirte volver a tu casa, para ver de nuevo tus montañas. Tal vez podría explicarle esto a los sacerdotes».

Ella palideció.

—No creo que sea buena idea decirles que sabes leer.

«Podría usar la letra de los artesanos. Es muy difícil de escribir, pero me la enseñaron para que pudiera comunicarme con ellos, si lo necesitaba».

—Es igual. Decirles que quieres enviarme a casa podría dar a entender que has estado hablando conmigo.

Él dejó de escribir unos instantes.

«Tal vez eso sería buena cosa».

—Susebron, están planeando matarte.

«No tienes pruebas de eso».

—Bueno, es sospechoso, al menos. Los dos últimos reyes-dioses murieron a los pocos meses de engendrar un heredero.

«Eres demasiado desconfiada. Te digo que mis sacerdotes son buenas personas».

Ella lo miró a los ojos.

«Excepto cuando me quitaron la lengua», admitió él.

—Y al mantenerte encerrado, y no decirte nada. Mira, aunque no estén planeando matarte, saben cosas que no te dicen. Tal vez es algo que tiene que ver con la biocroma, algo que te hace morir cuando llega el heredero.

Siri frunció el ceño, y se echó hacia atrás. «¿Podría ser eso?», se preguntó de repente.

—Susebron, ¿cómo transmites tus alientos?

Él vaciló.

«No lo sé. Yo... no sé mucho al respecto».

—Yo tampoco. ¿Pueden quitártelo? ¿Dárselo a tu hijo? ¿Y si eso te mata?

«No harían eso».

—Pero tal vez sea posible. Y tal vez eso es lo que pasa. ¡Por eso tener un hijo es tan peligroso! Tienen que crear a un nuevo rey-dios y matarte para hacerlo.

Él permaneció sentado con la pizarra en el regazo, y luego sacudió la cabeza y escribió: «Soy un dios. No me dan alientos, nazco con ellos».

—No —insistió Siri—. Dedos Azules me dijo que lleváis recolectándolos siglos. Que cada rey-dios recibe dos alientos por semana, en vez de uno, para ampliar sus reservas.

«Lo cierto es que algunas semanas recibo tres o cuatro», admitió él.

—Pero solo necesitas uno a la semana para sobrevivir.

«Sí».

—¡Y no pueden dejar que esa riqueza muera contigo! Le tienen demasiado miedo para dejarte utilizarlo, pero tampoco pueden permitirse perderlo. Así, cuando nace un nuevo niño, toman el aliento del rey antiguo, matándolo, y se lo dan al nuevo.

«Pero los Retornados no pueden usar su aliento para despertar. Así que mi tesoro de alientos es inútil».

Esto la hizo dudar. Había oído eso.

—¿Se refiere eso solo al aliento con el que naces, o incluye los alientos extra que se han añadido?

«No lo sé».



—Apuesto a que podrías usar esos alientos extra si quisieras. Si no, ¿por qué quitarte la lengua? Quizá no puedas acceder y usar ese aliento que caracteriza a los Retornados, pero tienes miles y miles de alientos de sobra.

Susebron reflexionó unos instantes. Luego se levantó y se acercó a la ventana. Contempló la oscuridad más allá. Siri frunció el ceño, recogió la pizarra y cruzó la habitación. Se acercó vacilante, vestida solo con su ropa interior.

—¿Susebron?

Él continuó mirando por la ventana. Ella se puso a su lado, cuidando de no tocarlo, y se asomó también. Luces de colores chispeaban en la ciudad más allá del muro de la Corte de los Dioses. Más allá estaba la oscuridad. El mar tranquilo.

—Por favor —dijo ella, colocándole la pizarra en las manos—. ¿Qué ocurre?

Él vaciló, pero aceptó la pizarra. «Lo siento —escribió—. No quiero parecer petulante».

—¿Es porque sigo desafiando a tus sacerdotes?

«No. Tienes teorías interesantes, pero creo que solo son suposiciones. No sabes si los sacerdotes planean lo que dices. Eso no me molesta».

—¿Qué es, entonces?

Él borró la pizarra con la manga de su túnica. «No crees que los Retornados sean divinos».

—Creí que ya habíamos hablado de eso.

«Lo hemos hecho. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que este es el motivo de que me trates así. Eres diferente porque no crees en mi divinidad. ¿Es ese el único motivo por el que te encuentro interesante? Y, si no crees, eso me entristece. Porque un dios es quien soy, y lo que soy, y si no crees en ello, me hace pensar que no me comprendes».

Hizo una pausa.

«Sí. Suena petulante. Lo siento».

Ella sonrió y, vacilante, le tocó el brazo. Él se quedó inmóvil, bajó la mirada, pero no retrocedió como solía. Así que ella se apoyó contra su brazo.

—No tengo que creer en ti para comprenderte. Yo diría que es la gente que te adora quien no te comprende. No pueden acercarse a ti, ver quién eres realmente. Están demasiado concentrados en el aura y la divinidad.

Él no respondió.

—Y no soy diferente porque no crea en ti. Hay mucha gente en palacio que no cree. Dedos Azules, algunas de las criadas que visten de marrón, otros escribas. Te sirven tan reverentemente como los sacerdotes. Yo solo soy... bueno, del tipo irreverente. Tampoco le hacía caso a mi padre ni a los monjes allá en casa. Tal vez eso es lo que necesitas. Alguien que esté dispuesto a mirar más allá de tu divinidad y se preocupe por conocerte.

Él asintió lentamente. «Es un consuelo —escribió—. Aunque es muy extraño ser un dios que tiene una esposa que no cree en él».

«Esposa», pensó Siri. A veces era difícil tomar conciencia de ello.

—Bueno, creo que a todos los hombres les vendría bien tener una esposa que no esté tan arrobada con él como todo el mundo. Alguien que mantenerte humilde.

«La humildad es contraria a la deidad».

—¿Como la dulzura? —preguntó ella.

Susebron se rio. «Sí, algo así». Soltó la pizarra. Entonces, vacilante, un poco asustado, rodeó con un brazo los hombros de ella, atrayéndola mientras contemplaban por la ventana las luces de una ciudad llena de colores, incluso de noche.

Cadáveres. Cuatro. Yacían en el suelo, la sangre de un extraño tono oscuro manchando la hierba.

Era el día posterior a la visita de Vivenna al jardín de D'Denir para reunirse con los falsificadores. El sol brillaba con fuerza sobre la aturdida multitud. Los silenciosos D'Denir esperaban en filas tras ellas, soldados de piedra que no marcharían nunca. Solo ellos habían visto morir a los cuatro hombres.

La gente murmuraba comentarios, esperando a que la guardia de la ciudad terminara su inspección. Denth había traído rápidamente a Vivenna, antes de que retiraran los cadáveres. Lo había hecho a solicitud suya. Ahora deseaba no haberlo pedido nunca.

A sus ojos amplificados, los colores de la sangre sobre la hierba eran sumamente intensos. Rojo y verde. Casi era violeta en combinación. Vivenna contempló los cadáveres, experimentando una extraña

sensación de desconexión. Color. Era muy extraño ver los colores de la piel palidecida. Podía notar la diferencia, la diferencia intrínseca, entre la piel viva y la piel muerta.

Esta era diez tonos más blanca que la piel viva. La causa era la sangre que ya no fluía por las venas. Era casi como... como si la sangre fuera el color, vaciada de su recipiente: la pintura de una vida humana descuidadamente derramada, dejando el lienzo vacío.

Apartó la mirada.

—¿Lo ves? —dijo Denth, a su lado.

Ella asintió en silencio.

—Preguntaste por él. Bien, esto es lo que hace. Por eso estamos tan preocupados. Mira esas heridas.

Ella se volvió. A la creciente luz de la mañana, pudo ver algo que no había advertido antes. La piel alrededor de las heridas de espada había perdido completamente el color. Las heridas en sí tenían un oscuro reborde negro. Como si hubieran sido infectadas por una terrible enfermedad.

Se volvió hacia Denth.

—Vámonos —dijo él, alejándola de la multitud mientras los guardias empezaban por fin a dispersar a los curiosos.

—¿Quiénes eran? —preguntó ella en voz baja.

Denth miró al frente.

—Una banda de ladrones. Trabajé con ellos.

—¿Crees que puede intentarlo con nosotros?

—No estoy seguro. Probablemente podría encontrarnos si quisiera. No lo sé.

Tonk Fah se acercó mientras pasaban entre las estatuas de D'Denir.

—Joyas y Clod están en alerta —dijo—. Ninguno de nosotros lo ha visto por ninguna parte.

—¿Qué le ha pasado a la piel de esos hombres? —preguntó Vivenna.

—Es esa espada suya —gruñó Denth—. Tenemos que encontrar un modo de hacerle frente, Tonks. Tarde o temprano, acabaremos enfrentándonos a él. Lo presiento.

—¿Qué pasa con la espada? —preguntó la princesa—. ¿Y cómo absorbió el color de sus pieles?

—Tendremos que robarla, Denth —dijo Tonk Fah, frotándose la barbilla mientras Joyas y Clod los rodeaban, formando un círculo protector ahora que se unían a la riada humana de la calle.

—¿Robar la espada? —dijo Denth—. ¡No pienso ni tocarla! No; tenemos que obligarlo a usarla. Desenvainarla. No podrá mantenerla desenvainada demasiado tiempo. Después de eso, podremos acabar con él fácilmente. Yo mismo lo mataré.

—Derrotó a Arsteel —le recordó Joyas en voz baja.

Denth se detuvo.

—¡No derrotó a Arsteel! No en un duelo, al menos.

—Vasher no utilizó la espada —dijo Joyas—. No había ninguna negrura en las heridas de Arsteel.

—¡Entonces Vasher usó un truco! Una emboscada. Cómplices. Algo. Vasher no es ningún duelista.

Vivenna se dejó llevar, pensando en aquellos cadáveres. Denth y los demás habían hablado de las muertes que este Vasher estaba causando. Ella había querido verlas. Bien, ahora lo había hecho. Y se sentía perturbada. Inquieta y...

Frunció el ceño, sintiendo un leve resquemor.

Alguien con gran cantidad de aliento la estaba mirando.

«¡Eh! —dijo *Sangre Nocturna*—. ¡Es Vara Treledees! Deberíamos hablar con él. Se alegrará de verme».

Vasher se alzaba en lo alto del edificio. No le importaba que lo vieran. Rara vez lo hacía. Un flujo interminable de gente pasaba por la colorida calle. Vara Treledees (Denth, como se hacía llamar ahora) caminaba entre ellos con su equipo. La mujer, Joyas. Tonk Fah, como siempre. La ignorante princesa. Y la abominación.

«¿Está aquí Shashara? —preguntó la espada, su neblinosa voz masculina llena de excitación—. ¡Tenemos que verla! Estará preocupada por mí».

—Matamos a Shashara hace mucho tiempo, *Sangre Nocturna* —dijo Vasher—. Igual que matamos a Arsteel. «E igual que acabaremos por matar a Denth», pensó.

Como de costumbre, *Sangre Nocturna* se negó a reconocer la muerte de Shashara. «Ella me forjó, *ya sabes* —dijo—. Me forjó para destruir las cosas que eran malignas. Soy bastante bueno en ello. Creo que estaría muy orgullosa de mí. Deberíamos ir a hablar con ella. Mostrarle lo bien que hago mi trabajo».

—Lo haces bien —susurró Vasher—. Demasiado bien.

*Sangre Nocturna* empezó a tararear en voz baja, complacida por el halago. Vasher, sin embargo, se concentró en la princesa, que caminaba con su vestido exótico, destacando como un copo de nieve en el calor tropical. Tendría que hacer algo al respecto. Por su causa, muchas cosas se estaban viniendo abajo. Los planes se derrumbaban como cajas mal apiladas, creando un tumulto con su colapso. No sabía dónde la había encontrado Denth ni cómo la controlaba. Sin embargo, Vasher se sintió tentado de saltar desde lo alto del edificio y dejar que *Sangre Nocturna* se encargara de ella.

Las muertes de la noche anterior habían atraído demasiada atención. *Sangre Nocturna* tenía razón. Vasher no era bueno husmeando. Los rumores sobre él corrían por toda la ciudad. Eso era bueno y malo.

«Más tarde me ocuparé de ti —pensó, dando la espalda a la tonta muchacha y su séquito de mercenarios—. Más tarde».

—¡Sondeluz! —exclamó Encendedora, los brazos en jarras—. En nombre de los Tonos Iridiscentes, ¿qué estás haciendo?

Sondeluz la ignoró, y continuó aplicando sus manos al trozo de barro que tenía delante. Sus sirvientes y sacerdotes permanecían de pie en un amplio círculo, con expresión casi tan confundida como Encendedora, que había llegado al pabellón tan solo unos momentos antes.

La rueda de alfarero giraba. Sondeluz sostuvo el barro, tratando de mantenerlo en su sitio. La luz del sol entraba por los lados del pabellón, y la hierba perfectamente cortada bajo su mesa estaba moteada de barro. Cuando la rueda adquiría velocidad, el barro giraba, expulsando trozos y pegotes. Las manos de Sondeluz se empaparon de barro sucio y pegajoso, y no pasó mucho antes de que todo se desmoronara en la rueda y cayera al suelo.

—Caramba —dijo contemplándolo.

—¿Es que has perdido el sentido estético? —preguntó Encendedora. Llevaba uno de sus vestidos de costumbre, lo que significaba nada por los lados, muy poco en la parte superior, y apenas algo delante y atrás. Su cabello se alzaba en un intrincado dibujo de lazos y trenzas, probablemente obra de un maestro estilista que había sido invitado a la corte para solaz de algún dios.

Sondeluz se puso en pie de un salto, extendiendo las manos a los lados para que sus criados las limpiaran. Otros llegaron y quitaron los trozos de barro de su hermosa túnica. Permaneció pensativo mientras otros se llevaban la rueda de alfarero.

—¿Y bien? —preguntó Encendedora—. ¿Qué era eso?

—Acabo de descubrir que no soy muy bueno con la alfarería. De hecho, soy peor que eso. Soy patético. Ridículamente malo. Ni siquiera puedo hacer que el maldito barro se quede en la rueda.

—¿Y qué esperabas?

—No estoy seguro —dijo Sondeluz, dirigiéndose a una larga mesa al otro lado del pabellón.

La diosa, molesta por ser ignorada, lo siguió. De repente, él cogió cinco limones de la mesa y los lanzó al aire. Empezó a hacer juegos malabares.

Encendedora lo observó y, por un instante, pareció auténticamente preocupada.

—¿Sondeluz? —preguntó—. Querido, ¿todo... va bien?

—Nunca he hecho juegos malabares —dijo él, mirando los limones—. Por favor, coge esa guayaba.

Ella vaciló y luego lo hizo.

—Lánzala —dijo Sondeluz.

Ella se la arrojó. Con destreza, él la atrapó en el aire y la lanzó entre los limones.

—No sabía que podía hacer esto —dijo—. No antes de hoy. ¿Qué interpretas?

—Yo... —Ella ladeó la cabeza.

El dios se echó a reír.

—No recuerdo haberte visto nunca sin nada que decir, querida.

—Y yo no creo haber visto nunca a un dios lanzando fruta al aire.

—Es más que eso —dijo Sondeluz, inclinándose bruscamente para no perder un limón—. Hoy he descubierto que conozco un número sorprendente de términos marinos, que soy fantástico con las matemáticas, y que tengo buena mano para el dibujo. Por otro lado, no sé nada de la industria del tinte, de caballos ni de jardinería. No tengo ningún talento para esculpir, no sé hablar ningún idioma extranjero y, como has visto, soy terrible con la alfarería.

La diosa lo observó con suspicacia.

Él la miró, dejando que los limones cayeran pero capturando la guayaba en el aire. Se la arrojó a un criado, que empezó a pelarla.

—Proceden de mi vida anterior, Encendedora. Todas estas habilidades. Y yo, Sondeluz, no tengo derecho a conocerlas. Quienquiera que fuese antes de morir, sabía hacer juegos malabares, navegar y dibujar.

—Se supone que no hemos de preocuparnos por las personas que fuimos antes.

—Soy un dios —le recordó Sondeluz, aceptando un plato que contenía la guayaba pelada y luego ofreciéndole un trozo a Encendedora—. Y, por los fantasmas de Kalad, me preocupo por lo que me dé la gana.

Ella vaciló un instante, sonrió y cogió una rebanada.

—Justo cuando pensaba que te comprendía...

—No me comprendes —dijo él, animosamente—. Ni yo mismo me comprendo. Ese es el quid. ¿Vamos?

Ella asintió, y lo siguió cuando él echó a andar por el césped, los criados cargando con parasoles para protegerlos.

—No irás a decirme que nunca te lo has preguntado —dijo Sondeluz.

—Querido —replicó ella, chupando el trozo de guayaba—. Yo era una mujer *aburrida*.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque era una persona corriente! Debo de haber sido... Bueno, ¿has visto a las mujeres corrientes?

—Sus proporciones no se acercan a tus niveles, lo sé. Pero muchas son bastante atractivas.

Encendedora se estremeció.

—Por favor. ¿Para qué quieres saber cosas de tu vida normal? ¿Y si fuiste un asesino o un violador? Peor: ¿y si tenías mal sentido de la moda?

Él bufó al captar el destello malicioso de sus ojos.

—Te las das de dura. Pero veo la curiosidad. Deberías intentar algunas cosas, dejar que te expliquen un poco quién fuiste. Tuviste que tener algo especial para haber retornado.

—Hmm. —Hizo ella, sonriendo y colocándose a su lado. Él se detuvo mientras ella le pasaba un dedo por el pecho—. Bueno, si estás probando cosas nuevas, tal vez haya algo más que deberías pensar...

—No trates de cambiar de tema.

—No lo hago. Pero ¿cómo sabrás quién eras si no lo intentas? Sería un... experimento.

Sondeluz se echó a reír y retiró su mano.

—Querida, temo que me encontrarías menos que satisfactorio.

—Me sobrevaloras.



—Eso es imposible.

Ella se detuvo, ruborizándose un poco.

—Hmm... —dijo Sondeluz—. No quería decir exactamente...

—Oh, vamos. Has estropeado el momento. Estaba a punto de decir algo muy inteligente, lo sé.

Él sonrió.

—Los dos sin saber qué decir. Creo que estamos perdiendo capacidades.

—Mis capacidades están perfectamente bien, como descubrirías si me dejaras enseñártelas.

Él puso los ojos en blanco y continuó andando.

—Eres incorregible.

—Cuando todo lo demás falla, uso insinuaciones sexuales —dijo ella alegremente—. Siempre devuelve el centro de atención a donde pertenece. A mí.

—Incorregible —repitió él—. Pero dudo que tengamos tiempo para que vuelva a reprenderte. Hemos llegado.

En efecto, el palacio de Esperanzador se alzaba ante ellos. Lavanda y plata, delante tenía un pabellón preparado con tres mesas y comida. Naturalmente, Encendedora y Sondeluz habían concertado el encuentro con antelación.

Esperanzador el Justo, dios de la inocencia y la belleza, se levantó mientras se acercaban. Parecía tener unos trece años. Según la edad física aparente, era el dios más joven de la corte. Pero ellos en teoría no reconocían esas discrepancias. Después de todo, había retornado cuando su cuerpo tenía dos años, cosa que lo hacía, en años divinos, seis años mayor que Sondeluz. En un lugar donde la mayoría de los dioses no duraban veinte años y la edad media era cercana a los diez, seis años de diferencia era muy significativo.

—Sondeluz, Encendedora —dijo Esperanzador, erguido y formal—. Bienvenidos.

—Gracias, querido —respondió ella, sonriéndole.

Esperanzador asintió antes de señalar las mesas. Las tres mesitas estaban separadas, pero lo bastante juntas para que la comida fuera íntima mientras cada dios tenía su propio espacio.

—¿Cómo estás, Esperanzador? —preguntó Sondeluz, sentándose.

—Muy bien —respondió. Su voz siempre sonaba demasiado madura para su cuerpo, como un niño imitando a su padre—. Hubo un caso particularmente difícil durante las peticiones esta mañana. Una madre con un hijo que se moría de fiebres. Ya había perdido a otros tres, además de a su marido. Todo en el lapso de un año. Trágico.

—Querido —dijo Encendedora con preocupación—, no estarás considerando... transmitir tu aliento, ¿verdad?

Esperanzador se sentó.

—No lo sé, Encendedora. Soy viejo. Me siento viejo. Quizá es hora de que me marche. Soy el quinto más viejo de todos, ya sabes.

—¡Sí, pero los tiempos se vuelven cada vez más emocionantes!

—¿Emocionantes? Al contrario, se están calmando. La nueva reina está aquí, y mis fuentes en palacio dicen que está cumpliendo con brío sus deberes para engendrar un heredero. La estabilidad llegará pronto.

—¿Estabilidad? —preguntó la diosa mientras los criados servían sopa fría—. Esperanzador, me resulta difícil creer que estés tan mal informado.

—Crees que los idrianos planean usar a la nueva reina para hacerse con el trono. Sé lo que has estado haciendo, Encendedora. No estoy de acuerdo.

—¿Y los rumores que hay en la ciudad? —repuso ella—. ¿Y los agentes idrianos que están causando todo ese alboroto? ¿Y esa supuesta segunda princesa que está en alguna parte?

Sondeluz vaciló, la cuchara a medio camino de sus labios. ¿Qué era eso?

—Los idrianos de la ciudad siempre están fomentando crisis —dijo Esperanzador, agitando los dedos con gesto de desdén—. ¿Qué fue esa perturbación hace seis meses, el rebelde de las plantaciones de tintes del extrarradio? Murió en prisión, según recuerdo. Los obreros extranjeros rara vez proporcionan una clase social estable, pero no les temo.

—Nunca dijeron que tenían un agente real trabajando con ellos —indicó Encendedora—. Las cosas podían irse de las manos con mucha rapidez.

—Mis intereses en la ciudad son bastante seguros —dijo Esperanzador, entrelazando los dedos. Los sirvientes retiraron su sopa. Solo había tomado tres cucharadas—. ¿Y los tuyos?

—Para eso es esta reunión —contestó la diosa.

—Disculpadme un momento —interrumpió Sondeluz, alzando un dedo—. Pero ¿de qué estamos hablando?

—De la inquietud en la ciudad —contestó Esperanzador—. Algunos lugareños están preocupados por la perspectiva de una guerra.

—Podrían volverse peligrosos muy fácilmente —dijo Encendedora, removiendo su sopa—. Creo que deberíamos estar preparados.

—Yo lo estoy —repuso Esperanzador, observándola con su rostro demasiado juvenil. Como todos los Retornados jóvenes, el rey-dios incluido, Esperanzador continuaría envejeciendo hasta que su cuerpo alcanzara la madurez. Entonces dejaría de envejecer, casi en el cenit de la edad adulta, hasta que entregara su aliento.

Actuaba en gran parte como un adulto. Sondeluz no se había relacionado mucho con los niños, pero algunos de sus auxiliares, cuando estaban en su período de entrenamiento, eran jóvenes. Esperanzador no era como ellos. Todo decía que, como los otros jóvenes Retornados, había madurado muy rápidamente durante su primer año de vida, hasta llegar a pensar y hablar como un adulto mientras su cuerpo seguía siendo el de un niño pequeño.

Esperanzador y Encendedora siguieron hablando sobre la estabilidad de la ciudad, mencionando diversos actos de vandalismo que habían sucedido. Planes de guerra robados, almacenajes de alimentos envenenados. Sondeluz los dejó hablar. «No parece que la belleza de Encendedora lo distraiga», pensó mientras los miraba. Ella se volvió hacia el plato de fruta con movimientos sensuales. A Esperanzador no le importó, o no se dio cuenta, cuando ella se inclinó y mostró una impresionante porción de escote.

«Hay algo diferente en él —pensó Sondeluz—. Retornó cuando era un niño y actuó como tal durante muy poco tiempo. Ahora es un adulto en algunos aspectos, pero en otros sigue siendo un niño».

La transformación había hecho madurar a Esperanzador. También era más alto y físicamente más impresionante que los chicos corrientes de su edad, aunque no tuviera los rasgos cincelados y majestuosos de un dios plenamente adulto.

«Sin embargo —pensó Sondeluz mientras comía un trozo de piña—, dioses distintos tienen estilos corporales distintos. Encendedora está inhumanamente bien dotada, sobre todo para lo delgada que es. Sin embargo, Mercestrella es rellenita y curvilínea. Otras, como Madretodos, parecen físicamente viejas».

Sondeluz sabía que no merecía su poderoso físico. Entonces comprendió que una persona normal tenía que trabajar duro para conseguir un

cuerpo tan musculoso. Estar todo el día holgazaneando, comiendo y bebiendo, tendría que haberle vuelto gordo y fofo.

«Pero ha habido dioses que estaban gordos —pensó, recordando algunas de las imágenes que había visto de retornados anteriores a él—. Hubo una época en la historia de nuestra cultura en que eso se consideraba el ideal...». ¿Tenían algo que ver los aspectos de los Retornados con la manera en que la sociedad los veía? ¿Tal vez su opinión de la belleza ideal? Eso, sin duda, explicaría a Encendedora.

Algunas cosas sobrevivían a la transformación. El lenguaje, las habilidades. Y, ahora que lo pensaba, la competencia social. Considerando que los dioses se pasaban la vida encerrados en lo alto de una planicie, probablemente deberían haber estado menos adaptados de lo que estaban. Como mínimo, deberían haber sido ignorantes e ingenuos. Sin embargo, la mayoría eran consumados maquinadores, sofisticados y con una capacidad sorprendente para comprender el mundo exterior.

La memoria no sobrevivía. ¿Por qué? ¿Por qué podía Sondeluz hacer juegos malabares y comprender el significado de la palabra «bauprés», y al mismo tiempo ser incapaz de recordar quiénes habían sido sus padres? ¿Y a quién pertenecía el rostro que veía en sus sueños? ¿Por qué últimamente se veían sacudidos por tormentas y tempestades? ¿Qué era la pantera roja que había vuelto a aparecer una vez más en sus pesadillas la noche anterior?

—Encendedora —dijo Esperanzador, alzando una mano—. Basta. Antes de que continuemos, debo recalcar que tus burdos intentos de seducirme no conseguirán nada.

Ella apartó la mirada con gesto avergonzado.

Sondeluz aparcó sus reflexiones.

—Mi querido Esperanzador —dijo—. No estaba intentando seducirte. Tienes que comprenderlo: el aura de encanto de Encendedora es simplemente parte de su personalidad, parte de lo que la hace tan atractiva.

—Da igual. No caeré ante él ni ante sus paranoicos miedos y argumentos.

—Mis contactos no creen que estas cosas sean simple paranoia —arguyó ella mientras los criados retiraban los platos de fruta. Un pequeño filete de pescado frío llegó a continuación.

—¿Contactos? —preguntó Esperanzador—. ¿Y quiénes son esos «contactos» que no paras de mencionar?

—Gente dentro del palacio del rey-dios.

—Todos tenemos gente dentro del palacio —replicó Esperanzador.

—Yo no —dijo Sondeluz—. ¿Puedo tener uno de los vuestros?

Encendedora hizo un gesto de fastidio.

—Mi contacto es bastante importante. Oye cosas, sabe cosas. La guerra es inminente.

—No te creo —dijo Esperanzador, picoteando su comida—, pero eso en realidad no importa, ¿no? No has venido aquí para que te crea. Solo quieres mi ejército.

—Tus códigos —corrigió Encendedora—. Las frases de seguridad de los sinvidas. ¿Qué nos costará conseguirlas?

El dios picoteó un poco más su plato.

—¿Sabes por qué encuentro tan aburrida mi existencia?

Ella negó con la cabeza.

—Sinceramente, sigo pensando que lo tuyo es un farol.

—No lo es —respondió él—. Once años. Once años de paz. Once años creciendo para rechazar sinceramente este sistema de gobierno que tenemos. Todos asistimos a la corte de juicios de la Asamblea. Escuchamos los argumentos. Pero a la mayoría de nosotros no nos importa. En cualquier votación, solo aquellos con influencia en el campo a tratar tienen algo que decir. Durante los períodos de guerra, los que disponemos de órdenes sinvida somos importantes. El resto del tiempo, nuestra opinión apenas importa... ¿Quieres mis sinvidas? ¡Pues quédatelos! No he tenido oportunidad de utilizarlos en once años, y aventuro que pasarán otros once sin incidentes. Te daré esas órdenes, Encendedora... pero solo a cambio de tu voto. Pertenece al Consejo de Males Sociales. Tienes una votación importante prácticamente cada semana. A cambio de mis frases de seguridad, debes prometer votar en asuntos sociales lo que yo diga, a partir de ahora hasta que uno de nosotros muera.

El silencio se prolongó.

—Ah, así que ahora te lo piensas —dijo Esperanzador, sonriendo—. He oído que te quejas de tus deberes en la corte, que encuentras triviales las votaciones. Bueno, no es fácil desprenderse de la potestad del voto, ¿eh? Es toda la influencia que tienes. No es llamativo, pero sí potente. Es...

—Hecho —dijo ella bruscamente.

Esperanzador la miró.

—Mi voto es tuyo —confirmó Encendedora, mirándolo a los ojos—. Los términos son aceptables. Lo juro delante de tus sacerdotes y los míos, e incluso delante de otro dios.

«Por los Colores —pensó Sondeluz—. Sí que va en serio». Una parte de él había supuesto, todo el tiempo, que su postura hacia la guerra era un juego más. Sin embargo, la mujer que miraba fijamente a Esperanzador no estaba jugando. Creía en serio que Hallandren corría peligro, y pretendía asegurarse de que los ejércitos estuvieran unidos y preparados. Se preocupaba.

Y eso lo preocupaba a él. ¿En qué se había metido? ¿Y si había de verdad una guerra? Mientras contemplaba la interacción de los dos dioses, se estremeció por lo fácil y rápidamente que trataban el destino del pueblo de Hallandren. Para Esperanzador, su control de una cuarta parte de los ejércitos de Hallandren tendría que haber sido una obligación sagrada. Estaba dispuesto a renunciar a ello simplemente porque se había aburrido.

«¿Quién soy yo para criticar la falta de piedad de nadie? —pensó Sondeluz—. Yo, que ni siquiera creo en mi propia divinidad».

Sin embargo, en ese momento, mientras Esperanzador se preparaba para entregarle a Encendedora sus órdenes, a Sondeluz le pareció ver algo, como un fragmento recordado de memoria. Un sueño que tal vez nunca hubiera soñado.

Una habitación brillante, resplandeciente, reflejando la luz. Una habitación de acero.

Una prisión.

—Sirvientes y sacerdotes, retiraos —ordenó Esperanzador.

Ellos se marcharon y dejaron a los tres dioses a solas con sus aperitivos a medio comer, la seda del pabellón agitándose levemente con la brisa.

—La frase de seguridad —dijo el anfitrión mirando a Encendedora— es «una vela para ver».

Era el título de un famoso poema: incluso Sondeluz lo conocía. La diosa sonrió. Pronunciar esas palabras a cualquiera de los diez mil sinvidas de Esperanzador en los barracones le permitiría anular sus órdenes actuales y asumir el control sobre ellos. Sondeluz sospechaba que antes de que terminara el día Encendedora iría a los barracones (que se hallaban en la base de la corte, y se consideraban parte de ella) y

comenzaría a suministrar a los soldados de Esperanzador una nueva frase de seguridad que solo conocería ella y tal vez sus sacerdotes de mayor confianza.

—Y ahora, me retiro —dijo Esperanzador, poniéndose en pie—. Hay una votación esta tarde en la corte. Asistirás, Encendedora, y votarás a favor de los argumentos reformistas.

Y tras esas palabras, se marchó.

—Me huelo que acaban de manipularnos —dijo Sondeluz.

—Solo nos manipulan, querido, si no hay guerra. Si la hay, entonces tal vez se nos haya encomendado salvar a toda la corte... quizá al reino mismo.

—Qué altruista por nuestra parte.

—Somos así —dijo Encendedora mientras los criados regresaban—. Tan desprendidos en ocasiones que resulta doloroso. Sea como sea, eso significa que tenemos el control de los sinvidas de dos dioses.

—¿Los míos y los de Esperanzador?

—Los de Esperanzador y los de Mercestrella. Ella me confió los suyos ayer, mientras me hablaba de lo reconfortante que era que te hubieras tomado un interés personal en el incidente de su palacio. Lo hiciste muy bien, por cierto.

Sondeluz sonrió.

—No, no creo que eso la animara a entregarte sus órdenes. Yo solo manifesté curiosidad.

—¿Curiosidad por un criado asesinado?

—La verdad es que sí. La muerte de un criado me resulta bastante desconcertante, sobre todo tan cerca de nuestros palacios.

Ella alzó una ceja.

—¿Te mentiría yo? —preguntó él.

—Solo cada vez que dices que no quieres acostarte conmigo. Mentiras, mentiras descaradas.

—¿Otra vez insinuándote, querida?

—Por supuesto que no. Eso ha sido bastante descarado. De todas formas, sé que mientes respecto a esa investigación. ¿Cuál era tu verdadero propósito?

Sondeluz suspiró, sacudiendo la cabeza, y llamó a un criado para que trajera la fruta.

—No lo sé, Encendedora. Sinceramente, estoy empezando a preguntarme si no fui una especie de agente de la ley en mi vida anterior.

Ella frunció el ceño.

—Ya sabes, como guardia de la ciudad. Me desenvolví muy bien en el interrogatorio de los criados. Al menos, en mi humilde opinión.

—Que por lo demás es bastante altruista.

—Bastante —reconoció él—. Creo que esto podría explicar cómo acabé muriendo de una manera «audaz», lo que me dio mi nombre.

Encendedora hizo un gesto de desdén.

—Siempre supuse que te habían encontrado en la cama de una jovencita y que su padre te mató. Eso me parece más audaz que morir apuñalado intentando capturar a un ladronzuelo.

—Tu burla resbala en mi altruista humildad.

—Ah, claro.

—En todo caso —dijo Sondeluz, masticando otro trozo de piña—, fui comisario o investigador o algo por el estilo. Apuesto a que, si alguna vez empuño una espada, demostraría ser uno de los mejores duelistas que ha visto la ciudad.

Ella lo observó.

—Lo dices en serio.

—Serio de muerte. Serio como una ardilla muerta.

Ella vaciló, aturdida.

—Un chiste personal. —Suspiró él—. Pero sí, lo creo. Aunque hay una cosa que no logro entender.

—¿Cuál?



—Cómo encaja con todo esto lo del malabarismo con limones.

—He de preguntarlo una vez más —dijo Denth—. ¿Tenemos que pasar por todo esto?

Caminaba con Vivenna, Tonk Fah, Joyas y Clod. Parlin se había quedado atrás, a sugerencia suya. Le preocupaba el riesgo de la reunión, y no quería tener que controlar a nadie más.

—Sí, tenemos que pasar por ello —respondió Vivenna—. Son mi gente, Denth.

—¿Y? Princesa, los mercenarios son mi gente, y no me ves pasar mucho tiempo con ellos. Son un grupo apestoso y molesto.

—Y además rudos —añadió Tonk Fah.

Vivenna suspiró.

—Denth, soy su princesa. Además, tú mismo dijiste que eran influyentes.

—Sus líderes lo son. Y les encantaría reunirse contigo en territorio neutral. Venir a los suburbios no es necesario: la gente corriente no es tan importante.

Ella lo miró.

—Esa es la diferencia entre los idrianos y los hallandrenses. Nosotros le prestamos atención a nuestra gente.

Tras ellos, Joyas bufó con desprecio.

—Yo no soy hallandrense —zanjó Denth.

Vivenna tuvo que admitir que, a medida que se aproximaban a los suburbios, sentía más aprensión.

Ese suburbio parecía distinto de los demás. Más oscuro, de algún modo. Algo más que establecimientos desvencijados y calles sin reparar. En las esquinas había grupitos de hombres que la observaban con ojos recelosos. De vez en cuando atisbaba un edificio con mujeres ligeras de ropa, incluso para Hallandren, esperando en los portales. Algunas incluso les silbaron a Denth y a Tonk Fah.

Era un lugar extraño. En el resto de T'Telir, Vivenna sentía que no encajaba. Ahora se sentía rechazada, sospechosa, incluso odiada.

Se controló. En algún lugar de ese barrio había un grupo de idrianos cansados, sobrecargados de trabajo, asustados. La amenazante atmósfera le hizo sentir aún más lástima por su pueblo. No sabía si serían muy valiosos a la hora de intentar sabotear los esfuerzos bélicos de Hallandren, pero sí estaba segura de una cosa: ella quería ayudarlos. Si su pueblo había escapado de la monarquía, entonces su deber era intentar volver a recogerlos.

—¿A qué se debe esa expresión en tu rostro? —preguntó Denth.

—Me preocupo por mi gente —respondió ella, temblando mientras pasaban ante un grupo de hampones callejeros vestidos de negro con bandas rojas en el brazo, las caras manchadas y sucias—. Pasé por este suburbio cuando Parlin y yo buscábamos casa. No quise acercarme, aunque me habían dicho que los alquileres eran baratos. No puedo creer que mi pueblo esté tan oprimido que tengan que vivir aquí, rodeados de todo esto.

Denth frunció el ceño.

—¿Rodeados?

Ella asintió.

—Vivir entre prostitutas y bandidos, tener que pasar por aquí todos los días...

Él se echó a reír, sobresaltándola.

—Princesa, tu pueblo no vive *entre* prostitutas y bandidos. Tu pueblo *son* las prostitutas y los bandidos.

Vivenna se detuvo en seco.

—¿Qué dices?

Denth la miró.

—Este es el barrio idriano de la ciudad. Este suburbio se conoce como «tierras altas», por el amor de los Colores.

—Imposible —replicó ella.

—Y tan posible. Lo he visto en otras ciudades. Los inmigrantes se agrupan y crean pequeños enclaves que son convenientemente ignorados por el resto de la ciudad. Cuando se reparan las calles, lo hacen primero en otros sitios. Cuando se envían guardias de patrulla, evitan esta clase de barrios.

—Y así, el suburbio se convierte en un mundo independiente, en un gueto —apostilló Tonk Fah, que caminaba tras ella.

—Todos los que ves aquí son idrianos —aclaró Denth, indicándole que continuara andando—. Los tuyos tienen mala reputación en el resto de la ciudad, y ganada a pulso.

Vivenna sintió un frío aturridor. «No —pensó—. No, no es posible».

Desgraciadamente, pronto empezó a ver signos. Símbolos de Austre colocados, de manera poco llamativa y no casual, en los alféizares de las ventanas y en los portales. Gente vestida de gris y blanco. Recuerdos de las tierras altas en forma de gorras de pastor o capas de lana. Sin embargo, si esa gente era de Idris, entonces estaba completamente corrompida. Los colores marcaban sus ropajes, por no mencionar el aire de peligro y hostilidad que exudaban. ¿Y cómo podía ninguna idriana pensar siquiera en convertirse en prostituta?

—No comprendo, Denth. Somos un pueblo pacífico, gente de aldeas montañosas. Somos abiertos y amistosos.

—Quienes lo son no duran mucho en los suburbios —dijo él, caminando a su lado—. Cambian o son aplastados.

Vivenna se estremeció, sintiendo una punzada de odio hacia Hallandren. «Podría haber perdonado a los hallandrenses por volver pobres a los míos. Pero ¿esto? Han convertido a pastores y granjeros en hampones y ladrones. Han convertido a nuestras mujeres en prostitutas y a nuestros niños en ladronzuelos callejeros».

Sabía que no debía permitirse dejarse llevar por la ira. Sin embargo, tuvo que apretar los dientes y esforzarse para que su pelo no se volviera rojo sangre. Las imágenes despertaron algo en su interior. Algo en lo que había evitado pensar.

«Hallandren ha destruido a esta gente. Igual que me ha destruido a mí al dominar mi infancia, al obligarme a honrar la obligación de ser tomada y violada en nombre de proteger a mi país... Odio esta ciudad».

Eran pensamientos indignos. No podía permitirse odiar a Hallandren. Se lo habían dicho en muchas ocasiones. Últimamente tenía problemas para recordar por qué.

Pero consiguió mantener su odio y su cabello bajo control. Unos momentos más tarde, Thame se reunió con ellos y los condujo el resto del camino. Les habían dicho que se reunirían en un parque grande, pero Vivenna pronto vio que el término «parque» se usaba en un sentido muy amplio. Era un terreno baldío, cubierto de basuras y rodeado de feos edificios.

Su grupo se detuvo en el borde de aquel jardín terrible y esperó mientras Thame se adelantaba. La gente, como había prometido, se había congregado allí. La mayoría eran parecidos a los que Vivenna había visto antes. Hombres vestidos con colores oscuros y ominosos y con expresiones cínicas, chulescos matones callejeros, mujeres con ropajes de prostitutas, ancianos de aspecto demacrado.

Vivenna forzó una sonrisa que no le resultó sincera ni siquiera a ella. Cambió a amarillo el color de su pelo: el color de la felicidad y la emoción. La gente murmuró.

Thame regresó pronto y la llamó para que avanzara.

—Espera —dijo Vivenna—. Quería hablar con la gente antes de reunirme con los líderes.

Thame se encogió de hombros.

—Si lo deseas...

La princesa dio un paso adelante.

—Pueblo de Idris —dijo—. He venido a ofreceros consuelo y esperanza.

La gente continuó murmurando. Muy pocos parecieron prestarle atención. Ella tragó saliva.

—Sé que habéis llevado vidas difíciles. Pero os aseguro que el rey se preocupa por vosotros y quiere apoyaros. Encontraré un modo de llevaros a casa.

—¿A casa? —preguntó uno de los hombres—. ¿De vuelta a las tierras altas?

Vivenna asintió.

Varias personas bufaron y unos pocos se retiraron. Preocupada, ella los llamó.

—Esperad. ¿Queréis oírme? Traigo noticias de vuestro rey.

La gente la ignoró.

—La mayoría solo quería confirmar que eras quien se rumoreaba que eras, alteza —dijo Thame en voz baja.

Vivenna se volvió hacia la gente.

—Vuestras vidas pueden mejorar —prometió—. Me encargaré de que se os atienda.

—Nuestras vidas ya son mejores —dijo un hombre—. No hay nada para nosotros en las tierras altas. Aquí gano el doble de lo que ganaba allí.

Otros hombres asintieron, mostrando su acuerdo.

—Entonces ¿por qué venís a verme?

—Ya te lo he dicho, princesa —susurró Thame—. Son patriotas: se aferran a ser idrianos. Idrianos de ciudad. Nosotros permanecemos juntos. Tú estás aquí, y eso significa algo para ellos, no te preocupes. Puede que parezcan indiferentes, pero harán cualquier cosa por perjudicar a los hallandrenses.

«Austre, Señor de los Colores —pensó ella, cada vez más inquieta—. Esta gente ni siquiera es idriana ya». Thame los había llamado «patriotas», pero lo único que ella veía era un grupo que se mantenía unido por las presiones del desprecio hallandrense.

Se dio media vuelta, renunciando a su discurso. Aquella gente no estaba interesada en la esperanza ni el consuelo. Solo querían venganza. Ella podría utilizar eso, tal vez, pero esa idea la hacía sentirse todavía más sucia. Thame los condujo por un sendero entre los hierbajos y la basura. Casi al otro lado del «parque» había una amplia estructura, en parte cobertizo de almacenamiento y en parte pabellón de madera abierto. Vivenna vio a los líderes esperando dentro.

Había tres, cada uno con sus propios guardias. Ya le habían hablado de ellos. Los líderes vestían los ricos y vibrantes colores de T'Telir. Señores de los suburbios. Vivenna sintió un nudo en el estómago. Los tres hombres tenían al menos la Primera Elevación. Uno de ellos había conseguido la Tercera.

Joyas y Clod ocuparon sus puestos de vigilancia fuera del edificio. Ella entró y se sentó en la única silla libre. Denth y Tonk Fah se situaron detrás.

Vivenna observó a los señores de los suburbios. El de la izquierda parecía más cómodo con sus ricas ropas. Debía de ser Paxen; el «caballero idriano», lo llamaban; había conseguido su fortuna dirigiendo burdeles. El de la derecha parecía necesitar un corte de pelo que no desentonara con sus finos atuendos; debía de ser Ashu, conocido por haber fundado y dirigido las ligas de lucha subterránea donde los hombres podían ver a los idrianos pelear hasta quedar inconscientes. El del centro parecía abstraído; se le veía desaliñado, pero de una manera relajada a propósito, quizá porque iba bien con su rostro guapo y juvenil: Rira, el jefe de Thame.

Vivenna se recordó que no debería basarse en las interpretaciones fáciles de sus aspectos. Se trataba de hombres peligrosos.

El silencio era total.

—No estoy segura de qué deciros —habló Vivenna por fin—. Vine a buscar algo que no existe. Esperaba que la gente aún se preocupara por su herencia.

Rira se inclinó hacia delante, las ropas desaliñadas en notorio contraste comparadas con las de los demás.

—Eres nuestra princesa. La hija de nuestro soberano. Nos preocupamos por eso.

—Más o menos —dijo Paxen.

—En serio, princesa —continuó Rira—. Nos sentimos honrados de hablar contigo. Y curiosos por tus intenciones en nuestra ciudad. Has creado bastante revuelo.

Vivenna los miró con expresión seria. Finalmente, suspiró.

—Todos sabéis que se avecina una guerra.

Rira asintió. Ashu, sin embargo, negó con la cabeza.

—No estoy convencido de ello. Todavía no.

—Habrá guerra —dijo Vivenna bruscamente—. Os lo aseguro. Mis intenciones en esta ciudad, por tanto, son asegurarme de que vaya tan bien para Idris como sea posible.

—¿Y eso qué implicaría? —preguntó Ashu—. ¿Un miembro de la realeza en el trono de Hallandren?

¿Era eso lo que ella quería?

—Solo quiero que nuestro pueblo sobreviva.

—Una solución bastante débil —dijo Paxen, tocando la punta de su hermoso bastón—. Las guerras se libran para ganarlas, alteza. Los hallandrenses tienen a los sinvidas. Derrótalos, y crearán más. Creo que una presencia militar idriana en la ciudad sería una absoluta necesidad si quisieras la libertad de nuestra patria.

Vivenna frunció el ceño.

—¿Piensas en apoderarte de la ciudad? —preguntó Ashe—. Si es así, ¿qué obtendremos nosotros?

—Esperad —dijo Paxen—. ¿Apoderarse de la ciudad? ¿Estamos seguros de querer implicarnos de nuevo en ese tipo de cosa? ¿Qué hay del fracaso de Vahr? Todos perdimos mucho dinero en esa aventura.

—Vahr era de Pahn Kahl —repuso Ashu—. No uno de los nuestros. Estoy dispuesto a correr otro riesgo si esta vez hay implicados miembros auténticos de la realeza.

—No he dicho nada de apoderarme del reino —dijo Vivenna—. Solo quiero dar a la gente un poco de esperanza.

«Oh, al menos, eso quería...».

—¿Esperanza? —preguntó Paxen—. ¿A quién le importa la esperanza? Quiero compromisos. ¿Qué títulos se repartirán? ¿Quién conseguirá los acuerdos comerciales si Idris vence?

—Tienes una hermana —dijo Rira—. Una tercera, soltera. ¿Es negociable su mano? La sangre real podría ganar mi apoyo para tu guerra.

Vivenna sintió un nudo en el estómago.

—Caballeros —dijo con tono diplomático—, no se trata de buscar ganancias personales. Se trata de patriotismo.

—Claro, claro —contestó Rira—. Pero incluso los patriotas ganan recompensas. ¿No?

Los tres la miraron, expectantes.

Ella se levantó.

—Me marchó.

Denth, sorprendido, le puso una mano en el hombro.

—¿Estás segura? —preguntó—. Ha sido bastante difícil concertar este encuentro.

—He estado dispuesta a trabajar con hampones y ladrones, Denth —repuso ella con frialdad—. Pero ver a esta gente y saber que son mi propio pueblo es demasiado duro.

—Nos juzgas a la ligera, princesa. —Rio Rira desde atrás—. ¿Acaso no te esperabas esto?



—Esperar algo es diferente a verlo de primera mano, Rira. Os esperaba a vosotros tres. No esperaba ver lo que le ha pasado a nuestra gente.

—¿Y las Cinco Visiones? —preguntó Rira—. ¿Entras aquí, nos juzgas indignos y luego nos desprecias? No es muy idriano por tu parte.

Vivenna se volvió. Ashu ya se había puesto en pie y llamaba a sus guardaespaldas, gruñendo por la «pérdida de tiempo».

—¿Qué sabes tú de ser idriano? —replicó—. ¿Dónde está tu obediencia a Austre?

Rira rebuscó bajo su camisa y sacó un disquito blanco que tenía inscritos los nombres de sus padres. Un amuleto de obediencia austrino.

—Mi padre me trajo aquí desde las tierras altas, princesa. Murió trabajando en los campos de lágrimas de Edgli. Yo me mantuve a base de aguantar el dolor de mis manos arañadas y sangrantes. He trabajado mucho para que las cosas sean mejores para tu pueblo. Cuando Vahr habló de revolución, le di dinero para alimentar a sus seguidores.

—Compras aliento. Y conviertes a las amas de casa en prostitutas.

—Sobrevivo —dijo él—. Y me aseguro de que los demás tengan de comer. ¿Lo harás tú mejor para ellos?

Vivenna frunció el ceño.

—Yo...

Guardó silencio al oír unos gritos.

Su sentido vital la sacudió, advirtiéndola de que una multitud se acercaba. Giró sobre los talones mientras los señores de los suburbios maldecían y se ponían en pie. Fuera, atravesando el jardín, vio algo terrible. Hombretones de rostro gris y uniformes púrpura y amarillo.

Soldados sinvida. La guardia de la ciudad.

Los campesinos se dispersaron, gritando mientras los sinvidas irrumpían en el jardín, dirigidos por varios guardias vivos uniformados. Denth maldijo y empujó a Vivenna a un lado.

—¡Corre! —dijo desenvainando su espada.

—Pero...

Tonk Fah la agarró por el brazo y la sacó del edificio mientras Denth se enfrentaba a los guardias. Los señores de los suburbios y su gente se

dispersaron a toda prisa, aunque los guardias bloquearon rápidamente las salidas.

Tonk Fah maldijo y empujó a Vivenna a un pequeño callejón al otro lado del jardín.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, el corazón desbocado.

—Una redada —explicó Tonk Fah—. No debería ser demasiado peligrosa, a menos...

Las espadas sonaban, metal contra metal, y los gritos se volvieron más desesperados. Vivenna miró hacia atrás. Los hombres de los señores de los suburbios, sintiéndose atrapados, se enfrentaban a los sinvidas. Vivenna experimentó una sensación de horror al ver a aquellos terribles hombres de rostro gris debatirse entre las espadas y dagas, ignorando las heridas. Las criaturas sacaron sus armas y atacaron sin miramientos. Los hombres chillaban y gritaban, y caían ensangrentados.

Denth se dispuso a defender la entrada al callejón de Vivenna. Ella no supo dónde se había metido Joyas.

—¡Fantasmas de Kalad! —maldijo Tonk Fah, empujándola ante él mientras se retiraban—. Esos idiotas decidieron resistir. Ahora sí que tenemos problemas.

—Pero ¿cómo nos han encontrado?

—No lo sé. Ni me importa. Tal vez vengan por ti. Tal vez solo por los señores de los suburbios. Espero que no lo descubramos nunca. ¡Sigue corriendo!

Vivenna obedeció y corrió por el oscuro callejón, tratando de no tropezar con su largo vestido. Resultaba muy poco práctico para correr, y Tonk Fah seguía instándola a que avanzara, mirando hacia atrás ansiosamente. Vivenna oyó gruñidos y gritos mientras Denth luchaba en la boca del callejón.

Vivenna y Tonk Fah salieron de él para encontrarse con que un grupo de cinco sinvidas los estaba esperando. Vivenna se detuvo. Tonk Fah soltó una maldición.

Los sinvidas parecían de piedra, sus expresiones sombrías a la débil luz. Tonk Fah miró hacia atrás, comprendió que Denth no iba a llegar pronto y, resignado, alzó las manos y dejó caer la espada.

—No puedo enfrentarme solo a cinco, princesa —susurró—. Contra los sinvidas no. Tendremos que dejar que nos detengan.

Vivenna alzó lentamente las manos también.

Los sinvidas desenvainaron sus armas.

—Oh... —dijo Tonk Fah—. ¡Nos rendimos!

Las criaturas hicieron oídos sordos y atacaron.

—¡Corre! —gritó Tonk Fah, agachándose y recogiendo la espada del suelo.

Vivenna se hizo a un lado mientras varios sinvida atacaban a Tonk Fah. Se alejó lo más rápidamente que pudo. El mercenario trató de seguirla, pero tuvo que defenderse. Ella redujo el paso y miró atrás a tiempo de verlo clavar su espada en el cuello de un sinvida.

De la criatura brotó algo que no era sangre. Otras tres rodearon a Tonk Fah, aunque él consiguió blandir la espada y alcanzar a otra en una pierna. El sinvida cayó al suelo.

Dos corrieron hacia ella.

Vivenna los vio acercarse, aturdida. ¿Debería quedarse? Tratar de ayudar...

«¿Ayudar, cómo? —gritó algo en su interior, algo visceral y primario—. ¡Corre!».

Y lo hizo. Corrió, presa del terror, y se metió en el primer callejón que vio. Se dirigió al otro extremo, pero en su prisa tropezó con su falda, que se desgarró.

Cayó sobre el empedrado y soltó un grito. Oyó pasos tras ella y pidió ayuda, ignorando su codo magullado. Se puso en pie de un salto, se desembarazó de la falda rota y gritó de nuevo.

Algo oscureció el otro extremo del callejón. Una figura enorme de piel gris. Vivenna se detuvo, luego se dio media vuelta. Las otras dos criaturas entraron en el callejón tras ella. Vivenna se apretujó contra la pared, sintiéndose helada de pronto. Aturdida.

«Austre, dios de los Colores —pensó temblando—. Por favor...».

Los tres sinvidas avanzaron hacia ella, las armas desenvainadas. Vivenna miró al suelo y vio un trozo de cuerda en la basura.

Como todo lo demás, la cuerda la llamaba, como si supiera que podía volver a vivir. Vivenna no podía sentir a los sinvidas que se cernían sobre ella, pero irónicamente sí sentía la cuerda. Podía imaginarla retorciéndose entre las piernas, maniatando a las criaturas.

«Esos alientos que tienes —había dicho Denth—. Son una herramienta. Casi sin precio. Poderosísimos...».

Vivenna, solo en ropa interior, miró a los sinvidas, con sus ojos inhumanamente humanos. Su corazón latía con tanta fuerza que parecía que alguien le martilleara el pecho. Los vio acercarse.

Y vio su muerte reflejada en aquellos ojos insensibles.

Con lágrimas en el rostro, cayó de rodillas, temblando, y cogió la cuerda. Conocía el mecanismo. Sus tutores se lo habían enseñado. Necesitaba tocar la falda caída para absorber su color.

—Ven a la vida —le suplicó a la cuerda.

No sucedió nada.

Conocía el mecanismo, pero obviamente no era suficiente. Lloró, los ojos nublados.

—Por favor —suplicó—. Por favor. Sálvame.

El primer sinvida la alcanzó, el que le había cortado el paso en el fondo del callejón. Vivenna se horrorizó e intentó reptar por el sucio suelo.

La criatura saltó sobre ella.

Vivenna alzó la cabeza y se quedó perpleja al ver cómo la criatura descargaba su arma contra otro sinvida. La princesa se secó las lágrimas, y solo entonces reconoció al recién llegado.

No era Denth ni Tonk Fah. Era una criatura de piel tan gris como la de los hombres que la atacaban, y por eso no lo había reconocido al principio.

Clod.

Decapitó hábilmente a su primer oponente, blandiendo su espada de gruesa hoja. Algo viscoso brotó del cuello de la criatura descabezada mientras se desplomaba de espaldas. Muerta, al parecer, como cualquier ser humano.

Clod encaró al guardia sinvida restante. Detrás, en la boca del callejón, aparecieron dos más. Atacaron mientras Clod retrocedía y plantaba un pie a cada lado de Vivenna, la espada ante él. Goteaba un líquido viscoso y claro.

El sinvida esperó a que los otros dos se acercaran. Vivenna tembló, demasiado cansada y aturdida para huir. Alzó la mirada y vio algo casi humano en los ojos de Clod cuando este alzaba la espada contra los tres

atacantes. Era la primera emoción que veía en un sinvida, aunque podría haberla imaginado.

Determinación.

Los tres atacaron. Ella había supuesto, en su ignorancia allá en Idris, que los sinvidas eran cadáveres putrefactos o esqueletos. Los había imaginado atacando en oleadas, sin habilidad, pero con un poder oscuro e implacable.

Estaba equivocada. Aquellas criaturas se movían con soltura y coordinación, igual que un humano. Excepto que no hablaban, gritaban o gruñían. Solo hubo silencio mientras Clod repelía un ataque y luego descargaba un codazo contra el rostro de un segundo sinvida. Se movía con una fluidez que ella había visto raras veces, su habilidad igualaba al breve movimiento de deslumbrante velocidad que Denth había desplegado en el restaurante.

Clod blandió su espada e hirió al tercer sinvida en la pierna. Otro, sin embargo, le atravesó con la espada el estómago. Aquel líquido viscoso brotó por ambos lados, manchando a Vivenna. Clod ni siquiera gimió mientras descargaba su arma y se cobraba una segunda cabeza.

El guardia sinvida cayó al suelo y dejó su arma asomando en el estómago de Clod. Otro guardia retrocedió tambaleándose, la pierna manando fluido claro, y luego cayó de espaldas también al suelo. Clod se volvió hacia el último sinvida en pie, que no se retiró, pero adoptó una postura defensiva.

Clod lo abatió en cuestión de segundos, golpeándolo repetidamente con su espada antes de hacer un inesperado molinete y cercenarle la mano derecha. Siguió con un golpe en el estómago que derribó a la criatura. Con un movimiento final, clavó la hoja en el cuello de otra criatura, impidiendo que se arrastrara hacia Vivenna con un cuchillo en la mano.

El callejón recuperó la quietud. Clod se volvió hacia ella, los ojos vacíos de emoción, la mandíbula cuadrada y el rostro rectangular impassibles sobre un cuello grueso y musculoso. Empezó a retorcerse. Sacudió la cabeza, como para aclarar su visión. De su torso brotaba una horrible cantidad de fluido viscoso. Apoyó una mano en la pared y luego cayó de rodillas.

Vivenna vaciló un instante y tendió una mano hacia él. La posó sobre su brazo, frío.

Una sombra se movió en el otro lado del callejón. Vivenna alzó la cabeza, aprensiva.

—Oh, Colores —dijo Tonk Fah, corriendo hacia ellos, la ropa mojada de aquella viscosidad clara—. ¡Denth! ¡Está aquí!

Se arrodilló junto a Vivenna.

—¿Estás bien?

Ella asintió, aturdida, apenas consciente de que tenía la falda en una mano. Eso significaba que sus piernas estaban al descubierto. No le importó. Tampoco que su pelo estuviera blanco como la cal. Tan solo miraba a Clod, que seguía arrodillado ante ella, la cabeza gacha, en postura como de adoración. Su arma resbaló entre sus dedos temblorosos y resonó contra el empedrado. Sus ojos miraban al frente, vidriosos.

Tonk Fah también observó a Clod.

—Sí —dijo—. A Joyas no le va a hacer ninguna gracia. Vamos, tenemos que salir de aquí.

Él nunca estaba cuando Siri se despertaba.

Se despezó en el mullido lecho, la luz de la mañana colándose por la ventana. El día calentaba ya, e incluso su única sábana era demasiado calurosa. La apartó, pero permaneció en la cama, contemplando el techo.

Por la luz del sol, supo que era casi mediodía. Susebron y ella solían permanecer despiertos hasta tarde, charlando. Eso probablemente era bueno. Algunos podrían ver que se levantaba cada vez más tarde cada mañana, y suponer que se debía a otras actividades.

Al principio, había resultado extraño comunicarse con el rey-dios. Sin embargo, a medida que los días avanzaban, le resultaba más y más natural. Su escritura (insegura y sin práctica, pero que plasmaba pensamientos interesantes) le parecía enternecedora. Si él hablara, Siri sospechaba que su voz sería amable. Era muy tierno. Ella nunca lo hubiese imaginado.

Sonrió y volvió a hundirse en su almohada, deseando que él estuviera todavía allí cuando despertaba. Era feliz, algo que nunca habría esperado de Hallandren. Añoraba las tierras altas, y su imposibilidad de salir de la Corte de los Dioses la frustraba, sobre todo considerando la política.

Sin embargo, había otras cosas. Cosas maravillosas. Los colores brillantes, los faranduleros, la abrumadora experiencia total de T'Telir. Y estaba la oportunidad de hablar con Susebron cada noche. Su descaro había sido una fuente de vergüenza e incomodidad para su familia, pero Susebron lo encontraba fascinante, incluso seductor.

Volvió a sonreír, permitiéndose soñar. Sin embargo, la vida real empezó a interferir. Susebron corría peligro. Un peligro real y serio. Se negaba a creer que sus sacerdotes pudieran ser una amenaza o tenerle preparado algún tipo de trampa. Esa misma inocencia que lo hacía tan atractivo era también un lastre terrible.

Pero ¿qué hacer? Nadie más conocía su situación. Solo había una persona que podía ayudarle. Esa persona, por desgracia, no estaba preparada para la tarea. Ella había ignorado sus lecciones y había llegado a su destino sin ninguna preparación.

«¿Y qué?», susurró una parte de su mente.

Siri miró al techo. Le resultaba doloroso reprocharse haber ignorado sus lecciones. Había cometido un error. ¿Cuánto tiempo iba a recriminarse por algo hecho y pasado?

«Muy bien —se dijo—. Basta de excusas. Quizá no esté preparada tan bien como debía, pero ahora estoy aquí, y tengo que hacer algo. O nadie más lo hará».

Se levantó de la cama, pasándose los dedos por el largo cabello. A Susebron le gustaba largo, le parecía tan fascinante como a las criadas de Siri. Teniéndolas para cuidarlo, la longitud merecía la pena. Se cruzó de brazos, vestida solo con su ropa interior, y echó a andar. Tenía que seguirles el juego. Bueno, «juego» implicaba pequeños riesgos, y aquello no era ningún juego. Se trataba de la vida del rey-dios.

Rebuscó en su memoria, rescatando los fragmentos que pudo de sus lecciones. La política era cuestión de intercambios. Era dar lo que tenías, o lo que dabas a entender que tenías, para conseguir algo mejor a cambio. Era como ser mercader. Empezabas con ciertas mercancías, y al final del año esperabas haberlas acrecentado. O tal vez incluso haberlas cambiado por otras mejores.

«No hagas demasiado ruido hasta que estés preparada para golpear —le había aconsejado Sondeluz—. No parezcas demasiado inocente, pero tampoco demasiado lista. Quédate en un término medio».

Se detuvo junto a la cama para recoger las colchas y arrojarlas a la ardiente chimenea, como era su deber diario.

«Intercambios —pensó, viendo las sábanas arder en el gran hogar—. ¿Qué tengo para poder comerciar o intercambiar? No mucho».

Tendría que apañárselas.

Se acercó a abrir la puerta. Como de costumbre, varias criadas esperaban fuera. Las damas de Siri la rodearon, trayendo sus ropas. Otras sirvientas entraron a limpiar la habitación. Varias vestían de marrón.

Mientras sus criadas la vestían, Siri observó a una de las muchachas de marrón. En un momento dado, se acercó y le susurró:

—Tú eres de Pahn Kahl.

La muchacha asintió, sorprendida.

—Tengo que darte un mensaje para Dedos Azules —añadió Siri—. Dile que tengo información vital que debe conocer. Me gustaría negociar. Dile que podría cambiar drásticamente sus planes.



La muchacha palideció pero asintió, y Siri se retiró para continuar vistiéndose. Varias mujeres habían oído la conversación, pero era un precepto sagrado de la religión hallandrense que las criadas de un dios no repitieran lo que oían en confianza. Era de esperar que lo cumplieran. Si no, tampoco había dicho nada peligroso.

Ahora solo tenía que decidir qué «información vital» tenía, y por qué debería interesarle a Dedos Azules.

—¡Mi querida reina! —dijo Sondeluz, atreviéndose a abrazar a Siri cuando ella llegó a su palco en el anfiteatro.

Ella sonrió mientras él le indicaba que se sentara en uno de sus divanes. Siri lo hizo con cuidado: empezaban a gustarle las elaboradas túnicas de Hallandren, pero moverse cómodamente con ellas requería cierta habilidad. Mientras se sentaba, Sondeluz pidió fruta.

—Me tratas con demasiada amabilidad —dijo Siri.

—Tonterías. ¡Eres mi reina! Además, me recuerdas a alguien a quien apreciaba mucho.

—¿A quién?

—Sinceramente, no tengo ni idea —admitió él, aceptando un plato de uvas cortadas; se las tendió a Siri—. Apenas puedo recordarla. ¿Uvas?

—Dime —pidió ella, usando un palillo de madera para pinchar las uvas—, ¿por qué te llaman Sondeluz el Audaz?

—Es fácil adivinarlo —dijo él, acomodándose—. Es porque de todos los dioses soy el único lo bastante audaz para actuar como un completo idiota.

Siri alzó una ceja.

—Mi situación requiere auténtico valor —continuó él—. Verás, normalmente soy una persona bastante solemne y aburrida. De noche mi mayor deseo es sentarme y componer sermones interminablemente perifrásticos para que mis sacerdotes los lean a mis seguidores. Pero, ay, no puedo. En cambio, salgo todas las noches, abandonando la teología didáctica en favor de algo que requiere auténtico valor: pasar el tiempo con los otros dioses.

—¿Por qué requiere eso valor?

Él la miró.

—Señora mía, ¿has visto lo aburridísimos que pueden ser todos ellos?

Siri soltó una risita.

—En realidad, no —dijo—. ¿De dónde procede el nombre?

—Es un completo error. Obviamente, eres lo bastante inteligente para verlo. Nuestros nombres y títulos son asignados aleatoriamente por un monito al que le suministran grandes dosis de ginebra.

—Ahora te estás comportando como un tonto.

—¿Ahora? —Alzó una copa de vino hacia ella—. Querida, yo soy tonto siempre. ¡Por favor, ten la amabilidad de retirar esas palabras!

Siri sacudió la cabeza. Al parecer, el dios estaba en baja forma esta tarde. «Magnífico —pensó ella—. Mi marido corre riesgo de ser asesinado por fuerzas desconocidas y mis únicos aliados son un escriba que me tiene miedo y un dios que solo dice sandeces».

—Tiene que ver con la muerte —dijo Sondeluz por fin mientras los sacerdotes empezaban a entrar en el anfiteatro para la ronda de discusiones de ese día.

Ella lo miró.

—Todos los hombres mueren —explicó él—. Algunos, sin embargo, mueren de formas que ejemplifican un atributo o una emoción concreta. Muestran una chispa de algo más grande que la humanidad. Se dice que eso es lo que nos trae de vuelta.

Guardó silencio.

—¿Moriste mostrando gran valentía, pues? —preguntó Siri.

—Eso parece. No lo sé con seguridad. Algo en mis sueños sugiere que puede que insultara a una pantera muy grande. Eso parece muy valiente, ¿no crees?

—¿No sabéis cómo moristeis?

Él negó con la cabeza.

—Lo olvidamos. Despertamos sin recuerdos. Ni siquiera sé en qué trabajaba.

Siri sonrió.

—Sospecho que eras diplomático o vendedor. ¡Algo que requería que hablaras mucho, pero dijeras muy poco!

—Ya —dijo él en voz baja, algo abstraído mientras contemplaba a los sacerdotes abajo—. Sí, sin duda, eso era exactamente... —Sacudió la cabeza y luego sonrió—. ¡De todas formas, mi querida reina, he preparado una sorpresa para ti!

Siri miró nerviosa a su alrededor.

Él se echó a reír.

—No tienes nada que temer —dijo—. Mis sorpresas rara vez causan perjuicio, y nunca a reinas hermosas.

Agitó la mano, y un hombre mayor con una barba extraordinariamente larga se acercó. Siri frunció el ceño.

—Este es Hoid —lo presentó Sondeluz—, maestro narrador. Creo recordar que había algunas preguntas que deseabas hacer...

Siri rio aliviada, recordando ahora la petición que le había hecho a Sondeluz. Miró a los sacerdotes de abajo.

—Hmm, ¿no deberíamos prestar atención a los discursos?

El dios hizo un gesto de indiferencia.

—¿Prestar atención? ¡Ridículo! Eso sería demasiado responsable por nuestra parte. Somos dioses, por el amor de los Colores. Oh, bueno, yo lo soy. Tú casi lo eres. Una diosa política, como si dijéramos. De todas formas, ¿quieres de verdad escuchar a un puñado de sacerdotes envarados hablando sobre el tratamiento de los residuos?

Ella hizo una mueca.

—Ya pensaba que no. Además, ninguno de nosotros vota en este tema. Así que pasemos el tiempo sabiamente. ¡Nunca se sabe cuándo se acabará!

—¿El tiempo? —preguntó Siri—. ¡Pero si eres inmortal!

—El tiempo, no —dijo Sondeluz, alzando su plato—. Las uvas. Odio escuchar historias sin uvas.

Ella resopló, pero continuó comiendo uvas. El narrador esperó pacientemente. Al mirarlo con más atención, Siri advirtió que no era tan viejo como parecía a primera vista. La barba debía de ser un rasgo de su profesión, y aunque no parecía falsa, sospechó que estaba teñida de blanco. Era mucho más joven de lo que parecía.

Con todo, dudaba que Sondeluz hubiera llamado a alguien que no fuera el mejor. Se acomodó en su asiento, advirtiendo que había sido creado

para alguien de su tamaño. «Debo tener cuidado con mis preguntas — pensó—. No puedo preguntarle directamente por las muertes de los reyes-dioses: eso sería demasiado obvio».

—Maestro narrador —dijo—, ¿qué sabes de la historia de Hallandren?

—Mucho, mi reina —contestó inclinando la cabeza.

—Háblame de los días anteriores a la división entre Idris y Hallandren.

—Ah —dijo el hombre, rebuscando en un bolsillo. Sacó un puñado de arena y empezó a frotarla entre sus dedos, dejándola caer en un suave chorro al suelo, mientras algunos granos volaban al viento—. Su Majestad desea una de las historias profundas, de hace mucho tiempo. ¿Una historia de antes de que empezara el tiempo?

—Deseo conocer los orígenes de los reyes-dioses de Hallandren.

—Entonces comenzaremos en la lejana neblina —dijo el narrador, alzando la otra mano y dejando que la arena cayera, mezclándola con la que ya había caído de la primera mano.

Mientras Siri miraba, la oscura arena se volvió blanca, así que ladeó la cabeza, sonriendo ante la exhibición.

—El primer rey-dios de Hallandren es antiguo —empezó Hoid—. Antiguo, sí. Más viejo que reinos y ciudades, más viejo que monarcas y religiones. No más viejo que las montañas, pues estas ya estaban allí. Como los nudillos de los gigantes dormidos de abajo, formaban este valle, donde las panteras y las flores tienen su hogar.

»Entonces lo llamábamos solo de “el valle”, un lugar antes de que tuviera nombre. El pueblo de Chedesh aún dominaba el mundo. Navegaban por el mar Interior, venidos del este, y fueron quienes primero descubrieron esta extraña tierra. Sus escritos son escasos, su imperio hace mucho que fue borrado por el polvo, pero queda el recuerdo. ¿Tal vez puedes imaginar su sorpresa al llegar aquí? ¿Un lugar con playas de fina y suave arena, con abundancia de frutos y extraños bosques?

Hoid rebuscó en su túnica y sacó un puñado de hojas de helecho y las dejó caer ante él.

—Paraíso, lo llamaron —continuó—. Un paraíso oculto entre las montañas, una tierra con agradables lluvias que nunca eran frías, una tierra donde la comida crecía de manera espontánea y abundante.

Arrojó al aire el puñado de hojas, y en el centro de ellas estalló una vaharada de polvo de colores, como un diminuto fuego artificial sin

llama. Rojos y azules se mezclaron en el aire, revoloteando a su alrededor.

—Una tierra de color. Gracias a las lágrimas de Edgli, las sorprendentes hojas tan brillantes podían producir tintes que prendían en cualquier ropa.

Siri nunca había pensado en qué impresión se habría llevado de Hallandren la gente que cruzó el mar Interior. Había oído historias de los mercaderes que venían a Idris y hablaban de lugares lejanos. En otras tierras se encontraban praderas y estepas, montañas y desiertos, pero no junglas. Hallandren era única.

—El Primer Retornado nació durante esa época —dijo Hoid, lanzando al aire un puñado de plata brillante—. En un barco que recorría la costa. Los retornados pueden encontrarse ahora en todas las partes del mundo, pero el primero, el hombre a quien llamáis Vo, pero nosotros solo por su título, nació aquí, en las aguas de esta misma bahía. Él declaró las Cinco Visiones. Murió una semana más tarde.

»Los hombres de su barco fundaron un reino en estas playas, entonces llamado Hanald. Antes de su llegada, todo lo que existía en estas junglas era el pueblo de Pahn Kahl, más una simple colección de aldeas pescadoras que un auténtico reino.

El brillo de plata se apagó y Hoid empezó a espolvorear tierra marrón con la otra mano, tras sacarla del bolsillo.

—Puede que te preguntes por qué nos remontamos tan atrás. ¿No debería hablar de la Multiguerra, de la ruptura de los reinos, de los Cinco Sabios, de Kalad el Usurpador y su ejército fantasma, que algunos dicen que aún se oculta en estas junglas, esperando?

»Esos son los hechos en que nos centramos, los que los hombres conocen mejor. Sin embargo, hablar solo de ellos es ignorar la historia de los trescientos años que los preceden. ¿Habría habido una Multiguerra sin conocimiento de los Retornados? Fue un Retornado, después de todo, quien predijo la guerra e instó a Amadisputas a atacar los reinos del otro lado de las montañas.

—¿Amadisputas? —interrumpió Siri.

—Sí, majestad —respondió Hoid, y pasó a echar un polvo negro—. Amadisputas. Otro nombre para Kalad el Usurpador.

—Parece el nombre de un Retornado.

Hoid asintió.

—En efecto. Kalad era un Retornado, igual que Dalapaz, el hombre que lo derrocó y fundó Hallandren. No hemos llegado a esa parte todavía.

Todavía nos encontramos en Hanald, la avanzadilla comercial convertida en reino que fundaron los hombres de la tripulación del Primer Retornado. Fueron ellos quienes eligieron a la esposa del Primer Retornado como reina, y luego usaron las lágrimas de Edgli para crear fantásticos tintes que se vendieron por incalculables riquezas a lo largo y ancho del mundo. Este lugar pronto se convirtió en un bullicioso centro de comercio.

Sacó un puñado de pétalos de flor y empezó a dejarlos caer ante él.

—Las lágrimas de Edgli. La fuente de la riqueza de Hallandren. Tan pequeñas, tan fáciles de cultivar aquí. Además, este es el único suelo donde crecen. En otras partes del mundo, los tintes son muy difíciles de producir. Caros. Algunos sabios dicen que la Multiguerra se libró por estos pétalos, que los reinos de Kuth y Huth fueron destruidos por pequeñas gotitas de color.

El resto de pétalos cayó al suelo.

—Pero ¿solo lo dicen algunos sabios, maestro? —preguntó Sondeluz. Siri se volvió, pues casi había olvidado que estaba presente—. ¿Qué dice el resto? ¿Por qué se libró la Multiguerra en su opinión?

El narrador guardó silencio durante un instante. Y entonces sacó dos puñados y empezó a soltar polvo de media docena de colores.

—Aliento, divina gracia. La mayoría está de acuerdo en que la Multiguerra no fue solo para exprimir los pétalos, sino por un precio mucho más grande. Para exprimir a la gente.

»La familia real se interesaba cada vez más por el proceso mediante el que podía utilizarse el aliento para dar vida a los objetos. Despertar, lo llamaron entonces por primera vez. Era un arte nuevo y poco comprendido. Lo sigue siendo en muchos aspectos. El funcionamiento de las almas de los hombres, su poder para animar objetos ordinarios y dar vida a lo muerto, es algo que se descubrió hace apenas cuatro siglos. Poco tiempo, para el cómputo de los dioses.

—No como los actos de la corte —murmuró Sondeluz, mirando a los sacerdotes que todavía hablaban de los servicios sanitarios—. Estos parecen durar al menos una eternidad, según advierte este dios.

El hombre no perdió su ritmo con la interrupción.

—Aliento —dijo—. Los años que condujeron a la Multiguerra fueron los días de los Cinco Sabios y el descubrimiento de nuevas órdenes. Para algunos fue una época de gran iluminación y aprendizaje. Otros los consideran los días más tenebrosos de la humanidad, pues fue entonces cuando aprendimos mejor a explotarnos unos a otros.

Empezó a dejar caer dos puñados de polvo, uno amarillo brillante, el otro negro. Siri observaba, divertida. Parecía que el narrador procuraba no herir sus sensibilidades idrianas. ¿Qué sabía ella en realidad del aliento? Rara vez había visto a algún despertador en la corte. Incluso cuando los había, no le importaba. Los monjes predicaban contra esos seres, y ella les prestó tanta atención a ellos como a sus tutores, o sea, casi ninguna.

—Uno de los Cinco Sabios hizo un descubrimiento —continuó Hoid, dejando caer un puñado de trocitos blancos, pedacitos de papel con algo escrito—. Órdenes. Métodos. Los medios por los que podía crearse un sinvida a partir de un solo aliento.

»Esto, tal vez, te parezca poca cosa. Pero debes mirar al pasado de este reino y su fundación. Hallandren empezó con los sirvientes de un Retornado y se desarrolló con un esfuerzo mercantil expansivo. Controló una región lucrativa única, que, a través del descubrimiento y el mantenimiento de los pasos del norte, combinado con las habilidades marinas cada vez mayores, se convirtió en una joya codiciada por el resto del mundo.

Alzó una mano dejando caer trocitos de metal, que cayeron sobre el suelo de piedra con un sonido no muy distinto al de la lluvia.

—Y así llegó la guerra —prosiguió—. Los Cinco Sabios se dividieron, uniéndose a bandos distintos. Algunos reinos ganaron el uso de los sinvidas mientras que otros no lo hicieron. Algunos reinos tenían armas que los otros solo podían envidiar.

»Para responder a la cuestión del dios, mi historia dice que hubo solo otro motivo para la Multiguerra: la habilidad de crear sinvidas con tanta facilidad. Antes del descubrimiento de la orden de un solo aliento, los sinvidas requerían cincuenta alientos. Los soldados, incluso los sinvidas, son de uso limitado si solo puedes ganar uno por cada cincuenta hombres que tienes. No obstante, poder crear un sinvida con un solo aliento... uno por uno... eso duplicará tus tropas. Y la mitad de ellos no necesitará comer.

El metal dejó de caer.

—Los sinvidas no son más fuertes que los hombres —continuó Hoid—. Son igual. No son más hábiles que los hombres. Son igual. Sin embargo, ¿no tener que comer como los hombres corrientes? Esa ventaja era enorme. Mezcla eso con su habilidad para ignorar el dolor y no sentir nunca miedo... y de repente tienes un ejército prácticamente invencible. Kalad llevó esto aún más lejos, pues se dice que creó un nuevo tipo más poderoso de sinvida, ganando una ventaja aún más aterradora.

—¿Qué clase de nuevo sinvida? —preguntó Siri, curiosa.

—Nadie lo recuerda, majestad. Los registros de esos tiempos se han perdido. Algunos dicen que fueron quemados intencionadamente. Fuera cual fuese la auténtica naturaleza de los fantasmas de Kalad, eran temibles... tanto que, aunque los detalles se han perdido en el tiempo, los fantasmas viven aún en nuestras historias. Y en nuestras maldiciones.

—¿Existen todavía? —preguntó Siri, temblando levemente mientras miraba hacia las junglas que no podía ver—. ¿Qué dicen las historias? ¿Un ejército invisible, esperando a que Kalad regrese para ponerse al frente otra vez?

—Ay, yo solo puedo contar historias —respondió Hoid—. Como decía, hemos perdido muchas cosas de aquella época.

—Pero sabemos de la familia real —dijo la reina—. Se dispersaron porque no estaban de acuerdo con lo que hacía Kalad, ¿no? ¿Vieron problemas morales en el uso de los sinvidas?

El narrador vaciló.

—Bueno, sí —contestó por fin, sonriendo—. Sí que lo hicieron, majestad.

Ella alzó una ceja.

—Psst —apuntó Sondeluz, inclinándose—. Te está mintiendo.

—Divina gracia —dijo el maestro, haciendo una profunda reverencia—. Te pido perdón. ¡Hay explicaciones encontradas! Yo solo soy un narrador de historias... de todas las historias.

—¿Y qué dicen las otras historias? —preguntó Siri.

—Ninguna de ellas está de acuerdo, majestad. Tu pueblo habla de indignación religiosa y de traición por parte de Kalad el Usurpador. El pueblo de Pahn Kahl dice que la familia real hizo todo tipo de esfuerzos para conseguir poderosos sinvidas y despertadores, y que luego se sorprendieron cuando volvieron sus armas contra ellos. En Hallandren, dicen que la familia real se alineó con Kalad, lo nombró su general e ignoró la voluntad del pueblo porque buscaba la guerra y el derramamiento de sangre.

Alzó la cabeza, y entonces empezó a dejar caer dos puñados de negro carbón.

—Pero el tiempo lo quema todo tras nosotros, dejando solo ceniza y memoria. Esa memoria pasa de mente en mente, y luego llega finalmente a mis labios. Cuando todo es verdad y todo es ficción, ¿importa que algunos digan que la familia real quería crear sinvidas? Cree lo que quieras.



—Sea como sea, los Retornados se hicieron con el control de Hallandren —dijo ella.

—Sí. Y le dieron un nuevo nombre, una variación del antiguo. Sin embargo, algunos hablan todavía con pesar de la realeza que partió, llevándose la sangre del Primer Retornado a sus tierras altas.

Siri frunció el ceño.

—¿La sangre del Primer Retornado?

—Sí, naturalmente —dijo Hoid—. Fue su esposa, embarazada de su hijo, la primera en convertirse en reina de esta tierra. Tú eres su descendiente.

Ella se echó hacia atrás en el asiento. Sondeluz se volvió, curioso.

—¿No lo sabías? —preguntó sin su habitual tono burlón.

Ella negó con la cabeza.

—Si mi pueblo conoce este hecho, nunca se habla de ello.

Sondeluz pareció encontrarlo interesante. Abajo, los sacerdotes pasaban a un tema diferente, algo sobre la seguridad en la ciudad y el aumento de las patrullas en los suburbios.

Siri sonrió, advirtiendo que había una manera sutil de hacer las preguntas que realmente quería formular.

—Eso quiere decir que los reyes-dioses de Hallandren continuaron sin la sangre del Primer Retornado.

—Sí, majestad —confirmó Hoid.

—¿Y cuántos reyes-dioses ha habido?

—Cinco, majestad. Incluyendo a Su Inmortal Majestad, Lord Susebron, pero excluyendo a Dalapaz.

—¿Cinco reyes en quinientos años?

—Así es, majestad —dijo Hoid, sacando un puñado de polvo dorado y dejándolo caer ante él—. La dinastía de Hallandren se fundó al término de la Multiguerra, la primera obtuvo su vida y su aliento del propio Dalapaz, que fue adorado por vencer a los fantasmas de Kalad y poner un final pacífico a la Multiguerra. Desde ese día, cada rey-dios ha engendrado un hijo nacido muerto que luego retorna y toma su lugar.

Siri se inclinó hacia delante.

—Espera. ¿Cómo creó Dalapaz a un nuevo rey-dios?

—Ah —dijo Hoid, derramando arena con la mano izquierda—. Esa sí es una historia perdida en el tiempo. El aliento puede pasar de un hombre a otro, pero el aliento, no importa cuánto, no crea a un dios. Las leyendas dicen que Dalapaz murió concediendo su aliento a su sucesor. Después de todo, ¿no puede dar un dios su vida para bendecir a otro?

—No es exactamente un signo de estabilidad mental, en mi opinión —intervino Sondeluz, haciendo un gesto para que trajeran más uvas—. No fortaleces la confianza en nuestros predecesores, maestro. Además, aunque un dios entregue su aliento, eso no convierte en divino al receptor.

—Yo solo cuento historias, divina gracia. Puede que haya verdades, puede que haya ficciones. Todo lo que sé es que las historias existen y que debo contarlas.

«Con tanto arte como sea posible», pensó Siri, viendo como rebuscaba en otro bolsillo y sacaba un puñado de trocitos de tierra y hierba. Dejó que todo cayera lentamente entre sus dedos.

—Hablo de fundaciones, divina gracia. Dalapaz no era un Retornado corriente, pues consiguió impedir que los sinvidas se volvieran salvajes. De hecho, dispersó a los fantasmas de Kalad, que formaban el grueso principal del ejército de Hallandren. Al hacerlo, dejó sin poder a su propio pueblo. Lo hizo en un esfuerzo por traer la paz. Para entonces, claro, fue demasiado tarde para Kuth y Huth. Sin embargo, los otros reinos (Pahn Kahl, Tedradel, Gys y el propio Hallandren) habían salido del conflicto... Podemos suponer algo más de este dios de dioses que pudo conseguir tanto. Tal vez hizo algo único, como dicen los sacerdotes. Tal vez dejó alguna semilla dentro de los reyes-dioses de Hallandren que les permitía pasar su poder y divinidad de padres a hijos.

«Una herencia que les daría derecho a gobernar —pensó Siri, metiéndose una uva en la boca—. Con un dios tan sorprendente como progenitor, podrían convertirse en reyes-dioses. Y lo único que podría amenazarlos sería... la familia real de Idris, que puede al parecer remontar su linaje hasta el Primer Retornado. Otra herencia divina, un desafío para el gobierno legítimo de Hallandren».

Eso no le decía cómo habían muerto los reyes-dioses. Ni por qué algunos dioses, como el Primer Retornado, podían engendrar hijos, mientras que otros no.

—Son inmortales, ¿correcto? —preguntó.

Hoid asintió, dejando caer el resto de hierba y tierra, y pasando a un tema distinto al sacar un puñado de polvo blanco.

—En efecto, majestad. Como todos los Retornados, los reyes-dioses no envejecen. No envejecer es un don para todos los que alcanzan la Quinta Elevación.

—Pero ¿por qué ha habido cinco reyes-dioses? ¿Por qué murió el primero?

—¿Por qué fallecen los Retornados, majestad? —preguntó retóricamente Hoid.

—Porque están chalados —dijo Sondeluz.

El narrador sonrió.

—Porque se cansan. Los dioses no son como los hombres corrientes. Vuelven por nosotros, no por sí mismos, y cuando ya no pueden soportar la vida, mueren. Los reyes-dioses solo viven el tiempo que tardan en engendrar un heredero.

Siri se sobresaltó.

—¿Eso es un hecho comprobado? —preguntó, y sintió cierto resquemor por si el comentario parecía sospechoso.

—Por supuesto, majestad. Al menos, por los narradores de historias y eruditos. Cada rey-dios ha abandonado este mundo poco después de que naciera su hijo y heredero. Es natural. Una vez llegado el heredero, el rey-dios se inquieta. Todos han buscado una oportunidad para usar su aliento en beneficio del reino. Y entonces...

Alzó una mano, chasqueó los dedos e hizo brotar un chorrito de agua que se disolvió en bruma.

—Y entonces mueren —concluyó—, dejando a su pueblo bendecido y a su heredero para que gobierne.

El grupo quedó en silencio mientras la bruma se evaporaba delante de Hoid.

—No es exactamente el tema más importante del que informar a una recién casada, maestro —advirtió Sondeluz—. ¡Decirle que su marido se aburrirá de la vida en cuanto le dé un hijo!

—No pretendo ser simpático, divina gracia —respondió Hoid, inclinando la cabeza. A sus pies, los diversos polvos, arenas y metales chispeantes fueron arrastrados por una leve brisa—. Yo solo cuento historias. Esta

es conocida por la mayoría. Pensé que a su majestad le gustaría conocerla también.

—Gracias —dijo Siri en voz baja—. Me alegro de que lo hayas hecho. Dime, ¿dónde aprendiste este... método tan inusitado de contar historias?

Hoid alzó la cabeza, sonriente.

—Lo aprendí hace muchos muchos años, de un hombre que no sabía quién era, majestad. Fue en un lugar lejano donde se encuentran dos tierras y los dioses han muerto. Pero eso no tiene importancia.

Ella atribuyó la vaga explicación al deseo de Hoid de crearse un pasado adecuadamente misterioso y romántico. Le resultaba más interesante lo que había dicho de las muertes de los reyes-dioses.

«Así que hay una explicación oficial —pensó, con un nudo en el estómago—. Y es bastante buena. Teológicamente, tiene sentido que los reyes-dioses desaparezcan cuando han encontrado un heredero adecuado. Pero eso no explica como el Tesoro de Dalapaz, esa riqueza de aliento, pasa de un rey-dios a otro cuando no tienen lengua. Y no explica por qué un hombre como Susebron puede cansarse de la vida cuando parece tan entusiasmado con ella».

La historia oficial funcionaría bien para aquellos que no conocían al rey-dios. A Siri le parecía coja. Susebron nunca haría una cosa así. Ahora no.

Sin embargo... ¿cambiarían las cosas si ella le daba un hijo? ¿Se cansaría Susebron de ella tan fácilmente?

—Tal vez deberíamos desear que el viejo Susebron muera, mi reina —dijo Sondeluz como quien no quiere la cosa, picando uvas—. Sospecho que te has visto forzada a todo esto. Si él muriera, podrías incluso volver a casa. Ningún daño causado, la gente sanada, un nuevo heredero en el trono. Todo el mundo feliz o muerto.

Los sacerdotes continuaban discutiendo abajo. Hoid hizo una reverencia, esperando permiso para marcharse.

«Feliz... o muerto». El estómago le dio un vuelco a Siri.

—Disculpadme —dijo, poniéndose en pie—. Me gustaría caminar un poco. Gracias por tu historia, Hoid.

Y así, seguida de su séquito, Siri dejó rápidamente el pabellón, prefiriendo que Sondeluz no viera sus lágrimas.

Joyas trabajaba en silencio, ignorando a Vivenna, mientras suturaba otro punto. Las entrañas de Clod (intestinos, estómago y algunas otras cosas que Vivenna no quería identificar) yacían en el suelo junto a él, cuidadosamente recogidas y dispuestas para ser reparadas. En ese momento trabajaba con los intestinos, cosiendo con un hilo grueso especial y una aguja curva.

Era asqueroso, aunque no afectaba del todo a Vivenna, no después del *shock* que había vivido antes. Estaban en el escondrijo seguro. Tonk Fah había salido a explorar la casa regular para ver si Parlin estaba bien. Denth estaba en el piso de abajo, recogiendo algo.

Vivenna se había cambiado de ropa y se había puesto un vestido largo, comprado por el camino (su falda estaba sucia de barro), y estaba sentada con las piernas recogidas contra el pecho. Joyas seguía ignorándola, trabajando sobre una manta tendida en el suelo. Murmuraba para sí, todavía furiosa.

—Estúpido —mascullaba—. No puedo creer que te dejaras herir así solo por protegerla a ella.

Herir. ¿Significaba eso algo para una criatura como Clod? Estaba despierto: Vivenna veía que tenía abiertos los ojos. ¿Qué sentido tenía coser sus entrañas? ¿Sanarían? No necesitaba comer. ¿Por qué molestarse con los intestinos? Vivenna se estremeció y apartó la mirada. Se sentía, en cierto modo, como si la hubieran desgarrado a ella. Expuesta. Para que todo el mundo la viera.

Cerró los ojos. Habían pasado horas, y todavía temblaba por haberse visto atrapada en aquel callejón, pensando que moriría de un momento a otro. ¿Qué había aprendido de sí misma cuando se vio finalmente amenazada? El recato no había significado nada: se había quitado la falda para no volver a tropezar con ella. Su cabello no había significado nada: lo ignoró en cuanto llegó el peligro. Su religión, al parecer, tampoco significaba nada. Aunque no es que hubiera podido usar el aliento, pues ni siquiera había conseguido cometer blasfemia.

—Casi me dan ganas de marcharme —murmuró Joyas—. Tú y yo. Fuera.

Clod empezó a agitarse. Vivenna abrió los ojos y vio que intentaba levantarse, aunque le colgaban las tripas.

Joyas maldijo.

—Tiéndete —susurró—. Criatura maldita por los Colores. Aullido del sol. Quédate inactivo. Aullido del sol.

Vivenna vio como Clod se tendía y luego dejaba de moverse. «Puede que obedezcan órdenes —pensó—. Pero no son muy listos. Intentaba marcharse, siguiendo la orden aparente de Joyas». ¿Y qué era esa tontería que había dicho Joyas sobre el sol? ¿Era una de las frases de seguridad que había mencionado Denth?

Vivenna oyó pasos en las escaleras que conducían al sótano, y entonces la puerta se abrió y apareció Denth. Cerró la puerta, se acercó y le entregó a Joyas algo que parecía un gran odre de vino. La mujer lo cogió y volvió a su trabajo.

Él se sentó junto a Vivenna.

—Dicen que un hombre no se conoce a sí mismo hasta que se enfrenta por primera vez a la muerte —dijo con tono tranquilo—. Yo no entiendo de eso. Me parece que la persona que eres cuando estás a punto de morir no es tan importante como la persona que has sido durante tu vida. ¿Por qué deberían importar más unos instantes que toda una vida?

Vivenna no respondió.

—Todo el mundo se asusta, princesa. Incluso los hombres valientes huyen a veces la primera vez que se ven en una batalla. Por eso en los ejércitos existe la instrucción. Los que aguantan no son los más valientes, sino los mejor adiestrados. Tenemos instintos como cualquier animal. A veces se apoderan de nosotros. No pasa nada.

Ella continuó mirando cómo Joyas colocaba con cuidado los intestinos dentro del vientre de Clod. De un paquetito sacó algo similar a una tira de carne.

—Lo cierto es que lo hiciste bien —dijo Denth—. No perdiste los nervios. Encontraste la salida más rápida. He protegido a algunas personas que se quedaron quietas esperando morir a menos que las sacudieras y obligaras a correr.

—Quiero que me enseñes a despertar —susurró Vivenna.

Él se la quedó mirando, vacilante.

—Sería mejor que lo pensaras un poco, ¿no?

—Ya lo he hecho —respondió ella en voz baja, las manos sobre las rodillas, la barbilla apoyada en ellas—. Creía que era más fuerte de lo que soy. Creí que prefería morir antes de usarlo. Era mentira. En ese momento, habría hecho cualquier cosa para sobrevivir.

Denth sonrió.

—Serías una buena mercenaria.

—Está mal —dijo ella, todavía mirando al frente—. Pero no puedo seguir siendo pura. Debo entender lo que tengo. Usarlo. Si eso me condena, sea. Al menos me habrá ayudado a sobrevivir lo suficiente para destruir a los hallandrenses.

Él alzó una ceja.

—Ahora quieres destruirlos, ¿eh? ¿Se acabaron los sabotajes y retrasos?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero derrocar este reino —susurró—. Tal como dicen los señores de los suburbios. Puede corromper a esa pobre gente. Puede corromperme incluso a mí. Lo odio.

—Yo...

—No, Denth. —Su pelo se había vuelto de un rojo oscuro, y por una vez no le importó—. Lo odio de verdad. Siempre he odiado a esta gente. Me quitaron mi infancia. Tuve que prepararme para convertirme en su reina. Prepararme para casarme con su rey-dios. Todos decían que era un hereje impío. ¡Y, sin embargo, yo tenía que acostarme con él! ¡Odio a esta ciudad entera, con sus colores y sus dioses! ¡Odio el hecho de que me robara la vida, y luego me exigiera que dejara atrás todo lo que amo! Odio las calles abarrotadas, los jardines silenciosos, el comercio y el clima sofocante. Y odio sobre todo su arrogancia. Pensar que pudieron forzar a mi padre, obligarlo a firmar ese tratado hace veinte años... Han controlado mi vida. La han dominado. La han destruido. Y ahora tienen a mi hermana.

Inspiró profundamente, los dientes apretados.

—Tendrás tu venganza, princesa —susurró Denth.

Ella lo miró.

—Quiero que sufran, Denth. El ataque de hoy no tenía por objetivo sofocar un elemento rebelde. Los hallandrenses enviaron esos soldados para matar. Matar a los pobres que ellos mismos crearon. Vamos a impedir que hagan esas cosas. No me importa lo que haga falta. Estoy cansada de ser simpática y amable e ignorar la ostentación. Quiero hacer algo.

Denth asintió lentamente.

—Muy bien. Cambiaremos de estrategia, empezaremos a lanzar ataques un poco más dolorosos.

—Bien —dijo ella. Cerró los ojos, frustrada, deseando ser lo bastante fuerte para mantener todas esas emociones a raya. Pero no lo era. Las había reprimido demasiado tiempo. Ese era el problema.

—Esto no fue nunca por tu hermana, ¿verdad? —preguntó Denth—. Lo de venir aquí.

Ella negó con la cabeza, los ojos todavía cerrados.

—¿Por qué, entonces?

—Me he instruido toda la vida —susurró Vivenna—. Yo era quien iba a sacrificarse. Cuando Siri se marchó en mi lugar, me convertí en nada. Tenía que venir a recuperarlo.

—Pero acabas de decir que siempre has odiado a Hallandren —dijo él, confuso.

—Y lo odiaba. Y lo odio. Por eso tenía que venir.

Denth guardó silencio unos instantes.

—Demasiado complicado para un mercenario, supongo.

Ella abrió los ojos. No estaba segura de comprenderlo tampoco. Siempre había controlado con firmeza su odio, dejándolo manifestar solamente como desdén hacia Hallandren y sus costumbres. Ahora se enfrentó a ese odio. Lo reconoció. De algún modo, Hallandren podía ser repulsivo y atractivo al mismo tiempo. Era como si hubiera sabido que hasta venir a ver el lugar con sus propios ojos, no tendría un foco real, una comprensión real, una imagen real de qué era lo que había destruido su vida.

Ahora lo comprendía. Si sus alientos ayudaban, entonces los usaría. Igual que Lemex. Igual que aquellos señores de los suburbios. No estaba por encima de aquello. No lo había estado nunca.

Dudaba que Denth lo comprendiera. Vivenna señaló a Joyas con un gesto.

—¿Qué está haciendo?

Él se volvió.

—Colocando un nuevo músculo —dijo—. Uno de los del costado quedó desgarrado. Los músculos no funcionan bien si los coses. Hay que sustituirlo todo.



—¿Con tornillos?

Denth asintió.

—Hasta el hueso. Funciona bien. No perfectamente, pero bien. Ninguna herida puede repararse a la perfección en los sinvidas, aunque se curará un poco. Se los cose y se los llena de ícoralcohol. Si los arreglas muchas veces, el cuerpo deja de funcionar bien y hay que gastar otro aliento para mantenerlos en marcha. A esas alturas, suele ser mejor comprar otro cuerpo.

Salvada por un monstruo. Tal vez era eso lo que la había decidido a usar su aliento. Debería estar muerta, pero Clod la había salvado. Un sinvida. Le debía la vida a un ser que no debería existir. Aun peor, si miraba en su interior, sentía una traicionera piedad por aquella criatura. Incluso afecto. Considerando eso, pensaba que ya estaba condenada a tal punto que usar sus alientos no importaría.

—Luchó bien —susurró—. Mejor que los sinvidas que empleaba la guardia de la ciudad.

Denth miró a Clod.

—No todos son iguales. La mayoría de los sinvidas están hechos de lo que haya cerca. Si pagas buen dinero, puedes conseguir uno que haya sido muy hábil en vida.

Ella sintió un escalofrío al recordar aquel momento de humanidad que había visto en la cara de Clod mientras la defendía. Si una monstruosidad no muerta podía ser un héroe, entonces una princesa piadosa podía blasfemar. ¿O estaba solo intentando justificar sus acciones?

—Habilidad —susurró—. ¿La conservan?

Denth asintió.

—Algunos trazos, al menos. Considerando lo que pagamos por este tipo, debe de haber sido un buen soldado. Y por eso vale el dinero, el tiempo, y la molestia de repararlo, en vez de comprar uno nuevo.

«Lo tratan como a una cosa», pensó Vivenna. Igual que debería hacer ella. Sin embargo, cada vez más, consideraba a Clod una persona. Le había salvado la vida. No Denth, ni Tonk Fah. Clod. Le parecía que deberían mostrar más respeto hacia él.

Joyas terminó con los músculos y luego cosió la piel con hilo grueso.

—Aunque sanará, es mejor usar algo fuerte en la reparación, para que no vuelva a abrirse —explicó Denth.

Vivenna asintió.

—Y el... jugo.

—Ícoralcohol. Descubierto por los Cinco Sabios. Un material maravilloso. Mantiene muy bien a los sinvidas.

—¿Eso es lo que condujo a la Multiguerra? —susurró ella—. ¿Conseguir bien esa mezcla?

—En parte. Eso y el descubrimiento, de nuevo por uno de los Cinco Sabios, he olvidado cuál, de algunas órdenes nuevas. Si quieres de verdad ser despertadora, princesa, eso es lo que tienes que aprender. Las órdenes.

Ella asintió.

—Enséñame.

A un lado, Joyas sacó una pequeña bomba y conectó una manguerita a una pequeña válvula situada en la base del cuello de Clod. Empezó a bombear ícoralcohol, moviendo la bomba muy despacio, probablemente para no reventar las arterias.

—Bueno, hay muchas clases de órdenes —dijo Denth—. Si quieres dar vida a una cuerda, como la que intentaste usar en el callejón, una buena orden es «sujeta las cosas». Dilo con voz clara, impulsando tu aliento para que actúe. Si lo haces bien, la cuerda agarrará lo que tenga más cerca. «Protégeme» es otra buena orden, aunque puede interpretarse de formas bastante extrañas si no imaginas exactamente lo que quieres.

—¿Imaginar?

Él asintió.

—Tienes que formar la orden en tu cabeza, no solo pronunciarla. El aliento que das es parte de tu vida. Tu alma, diríais los idrianos. Cuando despiertas algo, se convierte en parte de ti. Si eres bueno y tienes práctica, las cosas que despiertas harán lo que esperas de ellas. Son parte de ti. Comprenden, igual que tus manos comprenden lo que quieres que hagan.

—Empezaré a practicar, entonces.

—Lo pillarás fácilmente —asintió él—. Eres una mujer lista, y tienes un montón de alientos.

—¿Eso sirve de algo?

Denth asintió, algo distante, como distraído por sus propios pensamientos.

—Cuanto más alientos tengas al empezar, más fácil es aprender a despertar. Es como... no sé, como si el aliento fuera más parte de ti. O tú más parte de él.

Ella reflexionó.

—Gracias —dijo por fin.

—¿Por qué? ¿Por explicarte el despertar? La mitad de los niños de las calles podrían haberlo hecho.

—No. Aunque aprecio la instrucción, el agradecimiento es por otras cosas. Por no condenarme como hipócrita. Por estar dispuesto a cambiar de planes y correr riesgos. Por protegerme hoy.

—La última vez que lo comprobé, esas eran las cosas que un buen empleado debe hacer. Al menos si ese empleado es un mercenario.

Ella sacudió la cabeza.

—Es más que eso. Eres un buen hombre, Denth.

Él la miró a los ojos, y ella pudo ver algo en ellos. Una emoción que no supo descifrar. Una vez más, pensó en la máscara que llevaba, la personalidad del risueño y jovial mercenario. Ese hombre tenía una fachada, pues si mirabas sus ojos veías mucho más.

—Un buen hombre —dijo Denth, volviéndose—. A veces. Ojalá eso fuera cierto todavía, princesa. Hace muchos años que no soy un buen hombre.

Vivenna abrió la boca para responder, pero algo la hizo vacilar. Una sombra pasó ante la ventana. Tonk Fah entró un momento después. Denth se levantó sin mirarla.

—¿Y bien? —le preguntó a su colega.

—Parece segura —respondió, mirando a Clod—. ¿Cómo está el fiambre?

—Acabo de terminar —dijo Joyas. Se agachó y le dijo algo al sinvida en voz muy baja.

Clod empezó a moverse de nuevo, se sentó y miró alrededor. Vivenna esperó mientras sus ojos la miraban, pero no parecía haber ningún reconocimiento en ellos. Tenía la misma expresión aturdida.

«Claro —pensó Vivenna, poniéndose en pie—. Al fin y al cabo, es un sinvida». Joyas había dicho algo para que empezara a funcionar de

nuevo. Probablemente era lo mismo que lo había detenido antes. Aquella extraña frase...

Aullido del sol. Vivenna tomó nota, y luego los siguió mientras salían del edificio.

Poco después llegaron a casa. Parlin acudió corriendo, expresando sus temores por su seguridad. Se acercó primero a Joyas, aunque esta no le hizo caso. Cuando Vivenna entraba en el edificio, se dirigió a ella.

—¿Vivenna? ¿Qué ha pasado?

La princesa solo negó con la cabeza.

—Hubo una pelea —dijo él, siguiéndola escaleras arriba—. Lo he oído.

—Atacaron el campamento que visitábamos —respondió ella, cansada, mientras llegaba a lo alto de la escalera—. Un escuadrón de sinvidas. Empezaron a matar gente.

—¡Señor de los Colores! ¿Joyas está bien?

Vivenna se ruborizó, se volvió en el rellano y lo miró.

—¿Por qué preguntas por ella?

Parlin se encogió de hombros.

—Creo que es guapa.

—¿Y tienes que decirlo en voz alta? —replicó la princesa, advirtiéndole que su pelo se volvía de nuevo rojo—. ¿No estás prometido a mí?

Él frunció el ceño.

—Tú estabas prometida al rey-dios, Vivenna.

—Pero sabes lo que querían nuestros padres —repuso, las manos en las caderas.

—Sí, pero bueno, cuando dejamos Idris, pensé que ambos íbamos a ser desheredados. En realidad, no hay ningún motivo para continuar la charada.

«¿Charada?».

—Quiero decir, seamos sinceros —añadió él, sonriendo—. Nunca has sido muy amable conmigo. Sé que crees que soy estúpido; quizá hasta tengas razón. Pero si te importara de verdad, pienso que no me harías

sentirme estúpido. Joyas me riñe, pero se ríe a veces de mis chistes. Tú nunca has hecho eso.

—Pero... —Vivenna descubrió que le fallaban las palabras—. Pero ¿por qué me seguiste hasta Hallandren?

Él parpadeó.

—Bueno, por Siri, naturalmente. ¿No vinimos por eso? ¿Para rescatarla? —Sonrió y se encogió de hombros—. Buenas noches, Vivenna.

Bajó las escaleras, llamando a Joyas para ver si estaba herida.

La princesa lo vio marchar.

«Es mejor persona que yo —pensó avergonzada, volviéndose hacia su cuarto—. Pero ahora mismo me cuesta preocuparme». Se lo habían quitado todo. ¿Por qué no también a Parlin? Su odio por Hallandren se hizo más firme cuando entró en la habitación.

«Ahora necesito dormir —pensó—. Tal vez después de descansar pueda decidir qué estoy haciendo en esta ciudad».

De una cosa estaba segura. Iba a aprender a despertar. La Vivenna de antes, la que tenía derecho a ir con la cabeza alta y denunciar el aliento como algo impío, ya no tenía sitio en T'Telir. La verdadera Vivenna no había venido para salvar a su hermana. Había venido porque no podía soportar no ser importante.

Aprendería. Ese sería su castigo.

Una vez en su cuarto, echó el cerrojo de la puerta y se dispuso a cerrar las cortinas.

Había una figura en el balcón, apoyada tranquilamente contra la barandilla. Lucía una barba de varios días y sus ropas oscuras estaban gastadas, hechas casi jirones. Portaba una espada negra.

Vivenna dio un respingo, los ojos muy abiertos.

—Tú —dijo él con voz furiosa—. Estás causando demasiados problemas.

Ella abrió la boca para gritar, pero las cortinas avanzaron, cubriéndole el cuello y la boca. Apretaron, ahogándola. Se envolvieron en todo su cuerpo, sujetándole los brazos a los costados.

«¡No! —pensó—. ¿Sobrevivo al ataque y los sinvidas, y luego caigo en mi propia habitación?».

Se debatió, esperando que alguien la oyera y acudiera en su ayuda. Pero no lo hizo nadie. Al menos, no antes de que cayera inconsciente.

Sondeluz vio a la joven reina marcharse de su pabellón y sintió una extraña sensación de culpa. «Qué impropio de mí», pensó, tomando un sorbo de vino. Después de las uvas, le supo un poco amargo.

Tal vez la amargura se debía a otra cosa. Le había hablado a Siri de la muerte del rey-dios con su habitual tono frívolo. En su opinión, a menudo era mejor que la gente oyera la verdad de manera brusca y, si era posible, divertida.

No esperaba esa reacción por parte de la reina. ¿Qué era para ella el rey-dios? La habían enviado para que fuera su esposa, probablemente en contra de su voluntad. Sin embargo, parecía apenada por la perspectiva de la muerte del soberano. La observó mientras huía, evaluándola.

Tan pequeña y tan joven, toda vestida de dorado y azul. «¿Joven? — pensó—. Lleva viva más tiempo que yo».

Sondeluz conservaba algunas cosas de su antigua vida, como su percepción sobre su edad. No sentía que tuviera cinco años, sino mucho mas. Esa edad debería haberle enseñado a morderse la lengua cuando hablaba de convertir a mujeres jóvenes en viudas. ¿Podría la muchacha albergar sentimientos hacia el rey-dios?

Llevaba en la ciudad solo un par de meses y él sabía, por los rumores, cómo era su vida. Obligada a cumplir con sus deberes de esposa con un hombre con quien no podía hablar y a quien no podía conocer. Un hombre que representaba todas las cosas que su cultura identificaba como profanas. Lo único que Sondeluz podía suponer, entonces, era que le preocupaba lo que pudiera sucederle a ella si su marido se suicidaba. Una preocupación legítima. La reina perdería la mayor parte de su estatus si perdía a su marido.

Sondeluz asintió para sí, y se volvió hacia los sacerdotes que seguían discutiendo. Habían acabado con el tema de los residuos y las patrullas de guardias y pasado a otros temas.

—Debemos prepararnos para la guerra —decía uno de ellos—. Los acontecimientos recientes dejan claro que no podemos coexistir con los idrianos con ninguna certeza de paz o seguridad. El conflicto se producirá, lo deseemos o no.

Sondeluz se quedó escuchando, tamborileando con un dedo el reposabrazos de su sillón.

«Durante cinco años he sido irrelevante —se dijo—. No tenía voto en ninguno de los consejos importantes. Simplemente conocía los códigos de una división de sinvidas. Me he labrado una reputación divina de ser inútil».

Abajo, el tono era aún más hostil que en las reuniones anteriores. Eso no era lo que le preocupaba. El problema era el sacerdote que lideraba el movimiento a favor de la guerra: Nanrovah, sumo sacerdote de Marcaquieta el Noble. Normalmente, Sondeluz no se habría molestado en prestar atención. Sin embargo, Nanrovah siempre había sido el más destacado en su oposición a la guerra.

¿Qué le había hecho cambiar de opinión?

Poco después Encendedora llegó al palco. A esas alturas Sondeluz había recuperado el gusto por el vino, y lo bebía pensativo. Abajo, las voces contra la guerra eran tímidas y esporádicas.

Encendedora se sentó a su lado, un crujido de ropa y una vaharada de perfume. Sondeluz no se volvió a mirarla.

—¿Cómo conseguiste a Nanrovah? —preguntó por fin.

—No fui yo —contestó Encendedora—. No sé por qué ha cambiado de opinión. Ojalá no lo hubiera hecho tan rápidamente: parece sospechoso y hace pensar a la gente que lo he manipulado. Sea como sea, aceptaré el apoyo.

—¿Tanto deseas la guerra?

—Deseo que nuestro pueblo sea consciente de la amenaza —dijo Encendedora—. ¿Crees que quiero que esto pase? ¿Que quiero enviar a nuestra gente a morir y matar?

Sondeluz la miró, juzgando su sinceridad. Tenía unos ojos tan hermosos... Rara vez se fijaba en eso, considerando el descaro con que mostraba el resto de sus atributos.

—No —respondió—. No creo que quieras una guerra.

Ella asintió bruscamente. Llevaba un vestido estilizado y corto, como siempre, pero particularmente revelador en un escote que apenas contenía sus comprimidos pechos, exigiendo atención. Sondeluz apartó la mirada.

—No resultas muy divertido hoy —dijo.

—Estoy distraído.



—Deberíamos estar contentos. Casi todos los sacerdotes se han puesto de acuerdo. Pronto se hará una llamada a las armas ante la Asamblea de los Dioses.

Sondeluz asintió. Esa asamblea, la principal de los dioses, se convocaba para deliberar solo en las situaciones más importantes. En ese caso, todos tenían voto. Si el voto era a favor de la guerra, los dioses que detentaban órdenes sinvida (dioses como Sondeluz) serían convocados para administrar y dirigir la batalla.

—¿Has cambiado las órdenes de los diez mil de Esperanzador? —preguntó.

Ella asintió.

—Ahora son míos, igual que los de Mercestrella.

«Colores —pensó él—. Entre nosotros dos, ahora tenemos el control de tres cuartas partes de los ejércitos del reino. En nombre de los Tonos Iridiscentes, ¿dónde me estoy metiendo?».

Encendedora se acomodó en su sillón, mirando el asiento más pequeño que Siri había dejado vacante.

—No obstante, estoy molesta con Madretodos.

—¿Porque es más bonita que tú o porque es más lista?

La diosa no se dignó dar una respuesta verbal; tan solo le dirigió una mirada de molestia.

—Trata de ser menos aburrida, querida —dijo él.

—Madretodos controla al último grupo de sinvidas —comentó Encendedora.

—Una extraña elección, ¿no te parece? Quiero decir, yo soy una elección lógica, suponiendo que no me conozcas, claro, pues supuestamente soy audaz. Esperanzador representa a la justicia, una buena mezcla con los soldados. Incluso Mercestrella, que representa la benevolencia, tiene sentido para ser alguien que controle a los soldados. ¿Pero Madretodos? ¿Diosa de las matronas y las familias? Darle diez mil sinvidas es suficiente para hacerme considerar mi teoría del mono borracho.

—¿El que decide los nombres y títulos de los Retornados?

—Exactamente —dijo Sondeluz—. He estado pensando en ampliar la teoría. Ahora propongo creer que Dios (o el universo, o el tiempo, o lo que creas que lo controla todo) es en realidad solo un mono borracho.

Ella se inclinó hacia delante, apretando los brazos y amenazando con desbordar sus pechos por encima del escote.

—¿Y crees que mi título fue elegido por casualidad? Diosa de la sinceridad y las relaciones personales. Parece encajar, ¿no te parece?

Él vaciló. Luego sonrió.

—Querida mía, ¿has intentado demostrar la existencia de Dios sin tu escote?

Ella sonrió.

—Te sorprendería lo que se puede conseguir con un buen meneo de tetas.

—Hmm. Nunca había pensado en el poder teológico de tus pechos, querida. Si hubiera una iglesia devota a ellos, tal vez me convertirías en creyente. De todas formas, ¿vas a decirme qué ha hecho concretamente Madretodos para molestarte?

—No quiere darme sus órdenes sinvida.

—No me sorprende. Yo apenas confío en ti, y soy tu amigo.

—Necesitamos esas frases de seguridad, Sondeluz.

—¿Por qué? Tenemos tres de las cuatro: ya dominamos los ejércitos.

—No podemos permitirnos luchas internas ni divisiones —repuso Encendedora—. Si sus diez mil se volvieran contra nuestros treinta mil, ganaríamos, pero quedaríamos muy debilitados.

Él frunció el ceño.

—Ella no haría eso.

—Es mejor asegurarse.

Sondeluz suspiró.

—Muy bien, pues. Hablaré con ella.

—Puede que no sea buena idea.

Él alzó una ceja.

—No le caes muy bien.

—Sí, lo sé —dijo Sondeluz—. Tiene muy buen gusto. No como otra gente que conozco.

Ella lo miró.

—¿Tengo que menear otra vez mis tetas?

—No, por favor. No sé si podría soportar el subsiguiente debate teológico.

—Muy bien, pues —dijo ella, sentándose de nuevo. Contempló a los sacerdotes que seguían discutiendo.

«Sí que tardan lo suyo en este debate», pensó él. Miró hacia el otro lado, donde Siri se había detenido a contemplar el anfiteatro, los brazos apoyados en el murete de piedra, demasiado alto para que lo hiciera de manera cómoda.

«Tal vez lo que la molestó no fue pensar en la muerte de su marido. Tal vez fue que la discusión derivara hacia la guerra», pensó Sondeluz.

Una guerra que el pueblo de Siri no podía ganar. Ese era otro buen motivo por el que el conflicto se hacía inevitable. Como había dado a entender Hoid, cuando un bando tenía una ventaja imbatible, el resultado era la guerra. Hallandren llevaba siglos acumulando su ejército de sinvidas, y su tamaño ya era sobrecogedor. Hallandren cada vez tenía menos que perder con un ataque. Sondeluz tendría que haberse dado cuenta antes, en vez de asumir que todo aquello se vendría abajo cuando llegara la nueva reina.

Encendedora rezongó a su lado, y Sondeluz se dio cuenta de que ella lo había visto estudiar a Siri. Miraba a la reina con claro desdén.

Sondeluz cambió de tema.

—¿Sabes algo de un complejo de túneles bajo la Corte de los Dioses?

Encendedora se volvió hacia él, encogiéndose de hombros.

—Claro. Algunos palacios tienen túneles debajo, sitios para almacenamiento y similares.

—¿Has estado en alguno de ellos?

—Por favor. ¿Por qué iba yo a arrastrarme por un túnel de almacenamiento? Solo conozco su existencia por mi suma sacerdotisa. Cuando se unió a mi servicio, me preguntó si quería que el mío conectara con el complejo principal de túneles. Le dije que no.

—¿No quieres que nadie tenga acceso a tu palacio?

—No —respondió ella, volviéndose hacia los sacerdotes de abajo—. Porque no quería soportar el estrépito de las obras. ¿Puedo tomar más vino, por favor?

Siri observó el debate durante largo rato. Se sentía un poco como había dicho Sondeluz. Como no tenía voz en los asuntos de la corte, era frustrante prestar atención. Sin embargo, quería saber. Los argumentos de los sacerdotes eran, en cierto modo, su única conexión con el mundo exterior.

Lo que oía no la animaba. A medida que pasaba el tiempo y el sol se acercaba al horizonte y los criados encendían enormes antorchas por el pasillo, Siri se sentía cada vez más acosada. Su marido iba a ser asesinado o iban a convencerlo para que se suicidara el próximo año. Su patria, a su vez, estaba a punto de ser invadida por el mismo reino que su marido gobernaba... pero él no podía hacer nada para impedirlo porque no tenía modo de comunicarse.

Luego estaba la culpa que sentía por disfrutar de todos los desafíos y problemas. En casa, tenía que llevar la contraria y ser desobediente para encontrar algún tipo de emoción. En Hallandren, solo tenía que observar, y las cosas empezaban a desplomarse unas contra otras y causar un alboroto. Había demasiado alboroto en ese momento, pero eso no le impedía sentir la emoción por su participación.

«Niña idiota —se dijo—. ¿Todo lo que amas corre peligro y estás pensando en lo emocionante que es?».

Tenía que encontrar un modo de ayudar a Susebron y librarlo del opresivo control de los sacerdotes. Entonces él quizá podría hacer algo para ayudar a su patria. Mientras seguía esa línea de razonamiento, casi pasó por alto lo que comentaron abajo. Lo hizo uno de los sacerdotes que más a favor de atacar se mostraba.

—¿No os habéis enterado del agente idriano que está causando el caos en la ciudad? —preguntó—. ¡Los idrianos se preparan para la guerra! ¡Saben que un conflicto es inevitable y por eso han empezado a actuar contra nosotros!

Siri se irguió. «¿Agentes idrianos en la ciudad?».

—Bah —dijo otro sacerdote—. Al parecer, ese infiltrado es una princesa de la familia real. Está claro que es una leyenda urbana. ¿Por qué iba a venir una princesa en secreto a T'Telir? Esos rumores son ridículos y carecen de fundamento.

Siri hizo una mueca. Eso, al menos, era cierto. Sus hermanas no eran de las que vendrían a trabajar como «agentes idrianas». Sonrió, imaginando a su tímida hermana monja, o incluso a Vivenna con sus primorosos vestidos y su rígida actitud, viniendo a T'Telir en secreto. A una parte de ella le costaba creer que Vivenna hubiera pretendido de

verdad convertirse en esposa de Susebron. ¿La inmaculada Vivenna? ¿Tener que tratar con aquella exótica corte y aquellos osados vestidos?

La estoica frialdad de Vivenna nunca habría conseguido sacar a Susebron de su máscara imperial. Su obvio rechazo la habría apartado de dioses como Sondeluz. Vivenna habría odiado llevar aquellos hermosos vestidos y nunca habría apreciado los colores y la diversidad de la ciudad. Siri tal vez no fuera ideal para el puesto, pero lentamente comprendía que su hermana tampoco era una buena elección.

Un grupo de personas se acercaba por el pasillo. Siri permaneció donde estaba, pero demasiado absorta en sus pensamientos para prestar mucha atención.

—¿Están hablado de un pariente tuyo? —preguntó una voz.

Siri se sobresaltó y se dio media vuelta. Ante ella se encontraba una diosa de pelo oscuro que llevaba un suntuoso (y revelador) vestido de rojo y plata. Como la mayoría de los dioses, era una cabeza más alta que una persona mortal, y miraba a Siri con una ceja enarcada.

—¿Di... vina Gracia? —respondió Siri, confusa.

—Están hablando de la famosa princesa camuflada —dijo la diosa, agitando una mano—. Si tiene de verdad los Mechones Reales debe de ser pariente tuya.

Siri se volvió a mirar a los sacerdotes.

—Deben de estar equivocados. Yo soy la única princesa que hay aquí.

—Las historias que cuentan de ella son bastante persuasivas.

Siri no dijo nada.

—Mi Sondeluz te ha tomado aprecio, princesa —añadió la diosa, cruzándose de brazos.

—Ha sido muy amable conmigo —contestó Siri con cuidado, tratando de presentar la imagen adecuada: la de la persona que era, pero menos amenazante. Un poco más confusa—. ¿Puedo preguntar qué diosa eres, divina gracia?

—Soy Encendedora.

—Encantada de conocerte.

—No, no lo estás. —La diosa se inclinó hacia delante, entornando los ojos—. No me gusta lo que pretendes aquí.

—¿Perdón?

Encendedora alzó un dedo.

—Es mejor hombre que ninguno de nosotros, *princesa*. No vayas a estropearlo y meterlo en tus planes.

—No sé qué quieres decir.

—No me engañas con tu falsa ingenuidad —dijo Encendedora—. Sondeluz es una buena persona... una de las últimas que quedan en esta corte. Si lo estropeas, te destruiré. ¿Entiendes?

La reina asintió, aturrullada. Entonces Encendedora giró sobre los talones y se marchó, murmurando:

—Busca la cama de otro para meterte en ella, pequeña zorra.

Siri la vio marchar, aturdida. Cuando finalmente recuperó la compostura, se ruborizó furiosamente y luego se marchó de allí.

Cuando llegó al palacio, Siri se dispuso a tomar su baño. Entró en la cámara, dejando que sus criadas la desnudaran. Se retiraron con la ropa, y luego salieron a preparar los vestidos de la noche. Eso dejó a la reina en manos de un grupo de sirvientas menores, cuyo trabajo era seguirla a la enorme bañera y lavarla.

Siri se relajó y se echó hacia atrás, dejando escapar un suspiro mientras las mujeres ponían manos a la obra. Algunas, de pie y vestidas en el agua, le alisaron el pelo y luego lo cortaron, algo que les había ordenado que hicieran todas las noches.

Durante unos momentos, Siri flotó y se permitió olvidar las amenazas a su pueblo y a su esposo. Incluso se permitió olvidar a Encendedora y su brusca incompreensión. Tan solo disfrutó del calor y los aromas del agua perfumada.

—¿Querías hablar conmigo, mi reina? —preguntó una voz.

La muchacha se sobresaltó y salpicó al sumergirse involuntariamente.

—¡Dedos Azules! —exclamó—. ¡Creí que habíamos dejado esto claro el primer día!

Él se hallaba en el borde de la bañera, ansioso como siempre, y empezó a pasearse de un lado a otro.

—Oh, por favor —dijo—. Tengo hijas que te doblan en edad. Me has mandado llamar porque querías hablar conmigo. Bien, es aquí donde hablaré. Lejos de oídos indiscretos.

Hizo una seña a varias sirvientas, que empezaron a chapotear un poco más y hablar en voz baja, creando así un ruido leve. Siri se ruborizó, el pelo corto de un rojo intenso, aunque unos rizos cortados que flotaban en el agua continuaron siendo rubios.

—¿No has superado tu timidez todavía? —preguntó Dedos Azules—. Llevas meses en Hallandren.

Siri lo miró, pero no relajó su postura contenida, aunque dejó que las criadas continuaran trabajando en su pelo y frotándole la espalda.

—¿No parecerá sospechoso que las criadas hagan tanto ruido? —preguntó.

Dedos Azules agitó una mano.

—Ya son consideradas sirvientas de segunda categoría por casi todos en palacio.

Ella comprendió lo que quería decir. Esas mujeres, al contrario de sus criadas habituales, vestían de marrón. Eran de Pahn Kahl.

—Me enviaste un mensaje antes —añadió él—. ¿Qué significa eso de que tienes información relacionada con mis planes?

Siri se mordió el labio, revisando las docenas de ideas que había considerado, y descartándolas todas. ¿Qué sabía? ¿Cómo podía hacer que Dedos Azules estuviera dispuesto a negociar?

«Me dio pistas —pensó—. Intentó asustarme para que no me acostara con el rey. Pero no tenía ningún motivo para ayudarme. Apenas me conocía. Debe de tener otros motivos para no querer que nazca un heredero».

—¿Qué ocurre cuando un nuevo rey-dios ocupa el trono? —preguntó con cuidado.

Él la miró.

—¿Así que lo has deducido, entonces?

«¿Deducir qué?».

—Pues claro —dijo él en voz alta.

Dedos Azules retorció las manos, nervioso.

—Claro, claro. Entonces ¿puedes ver por qué estoy tan nervioso? Costó mucho llegar a donde estoy. No es nada fácil que un hombre de Pahn Kahl ascienda en la teocracia de Hallandren. Cuando llegué al palacio,

me esforcé para proporcionar trabajo a mi gente. Las criadas que te lavan viven mejor que la gente de Pahn Kahl que trabaja en los campos de tintes. Todo eso se perderá. No creemos en sus dioses. ¿Por qué debemos ser tratados igual que las personas de su propia fe?

—Sigo sin comprender por qué tiene que ser así —dijo Siri.

Él agitó una mano nerviosa.

—Claro que no tiene que ser así, pero la tradición es la tradición. Los hallandrenses son muy laxos en todos los temas, menos en la religión. Cuando se elige un nuevo rey-dios, sus criados son sustituidos. No nos matarán para enviarnos a la otra vida con nuestro señor (esa horrible costumbre está en desuso desde los días anteriores a la Multiguerra), pero nos despedirán. Un nuevo rey-dios representa un nuevo comienzo.

Dejó de caminar y la miró. Ella estaba todavía desnuda bajo el agua, y se cubría torpemente lo mejor que podía.

—Pero supongo que la seguridad de mi trabajo es el menor de tus problemas —dijo Dedos Azules.

La muchacha hizo una mueca.

—No me digas que te preocupa mi seguridad por encima de tu lugar en el palacio.

—Por supuesto que no —respondió él, arrodillándose junto a la bañera y hablando en voz baja—. Pero la vida del rey-dios... bueno, eso me preocupa.

—¿Y? No he podido decidirlo todavía. ¿Renuncian los reyes-dioses a sus vidas voluntariamente cuando tienen un heredero, o son obligados?

—No estoy seguro —admitió Dedos Azules—. Mi gente cuenta historias sobre la muerte del último rey-dios. Dicen que la plaga que curó... bueno, ni siquiera estaba en la ciudad cuando tuvo lugar la «curación». Mi sospecha es que de algún modo lo coaccionaron para que le entregara sus alientos a su hijo y eso lo mató.

«No lo sabe —pensó Siri—. No es consciente de que Susebron es mudo».

—¿Con qué intimidad has servido al rey-dios?

Él se encogió de hombros.

—Con la propia de cualquier sirviente que es considerado impío. No se me permite tocarlo ni hablarle. Pero, princesa, le he servido durante toda la vida. No es mi dios, pero es algo mucho mejor. Creo que esos sacerdotes consideran a sus dioses como símbolos que ocupan un lugar. Aunque en realidad no les importa quién ocupe el puesto. Yo he servido



a su majestad toda la vida. Me contrataron en palacio cuando era un muchacho y recuerdo la infancia de Susebron. No es mi dios, pero sí mi señor. Y ahora esos sacerdotes planean matarlo.

Volvió a pasearse, retorciendo las manos.

—Pero no se puede hacer nada.

—Sí se puede —dijo ella.

Él agitó una mano.

—Te hice una advertencia y la ignoraste. Sé que has estado cumpliendo con tus deberes de esposa. Tal vez podamos encontrar algún modo de asegurarnos que ningún embarazo llegue a su fin.

Ella se ruborizó.

—¡Yo nunca haría una cosa así! Austre lo prohíbe.

—¿Incluso para salvar la vida del rey-dios? Pero lo entiendo. ¿Qué es él para ti? Tu captor y carcelero. Sí, tal vez mis advertencias fueron inútiles.

—Sí me importa, Dedos Azules. Y creo que podemos detener esto antes de que llegue al punto de preocuparnos por un heredero. He estado hablando con el rey-dios.

Dedos Azules se detuvo y la miró a los ojos.

—¿Qué has dicho?

—He estado hablando con él —confirmó Siri—. No es tan despiadado como cabría pensar. No creo que esto tenga que terminar con su muerte o con tu pueblo perdiendo su sitio en palacio.

Dedos Azules la estudió, a tal punto que ella volvió a ruborizarse y se sumergió más en el agua.

—Veo que has encontrado una posición de poder —dijo.

«Al menos, una posición que lo parece», pensó ella con tristeza.

—Si las cosas salen como quiero, me aseguraré de que atiendan a tu pueblo.

—¿Y mi parte del trato?

—Si las cosas no salen como quiero —dijo ella, tomando aire, nerviosa—, quiero que nos saques a Susebron y a mí del palacio.

Silencio.

—De acuerdo —dijo él—. Pero asegurémonos de no llegar a eso. ¿Es consciente el rey-dios del peligro que suponen sus propios sacerdotes?

—Lo es —mintió Siri—. De hecho, lo sabía antes que yo. Es quien me dijo que tenía que contactar contigo.

—¿Eso hizo? —preguntó Dedos Azules, frunciendo ligeramente el ceño.

—Sí. Me mantendré en contacto para que esto salga bien para todos. Y, hasta entonces, agradecería que me dejaras continuar con mi baño.

Él asintió lentamente y se retiró de la cámara. A Siri, sin embargo, le costó lo suyo tranquilizar sus nervios. No estaba segura de haber manejado bien la situación. Parecía haber ganado algo. Ahora solo tenía que descubrir cómo utilizarlo.

Vivenna se despertó dolorida, cansada y aterrorizada. Trató de incorporarse, pero estaba maniatada. Solo consiguió rodar hasta una posición aún más incómoda.

Se hallaba en una habitación oscura, amordazada, la cara apretada contra un suelo de madera. Todavía llevaba puesta la falda, un caro artículo extranjero de los que se quejaba Denth. Tenía las manos atadas a la espalda.

Había alguien en la habitación. Alguien con mucho aliento. Podía sentirlo. Se retorció hasta quedar de espaldas, en una postura bastante incómoda. Atisbó una silueta recortada contra el cielo estrellado, de pie en un balcón a muy poca distancia.

Era él.

Se volvió hacia ella, la cara en sombras en aquella oscura habitación, y Vivenna empezó a rebullirse de pánico. ¿Qué se proponía hacerle ese hombre? En su mente destellaron un puñado de horribles posibilidades.

Él caminó hacia ella, sus pies resonando en el suelo y haciendo temblar la madera. Se arrodilló, la cogió por los pelos y le hizo alzar la cabeza.

—Aún no he decidido si matarte o no, princesa —dijo—. Si yo fuera tú, evitaría hacer nada que me moleste.

Su voz era grave, profunda, y tenía un acento que Vivenna no pudo ubicar. Se quedó inmóvil, temblando, el pelo blanqueado. El hombre parecía estar estudiándola, el fulgor de las estrellas reflejado en sus ojos.

Ella gimió, amordazada, mientras él encendía un farol y cerraba las puertas del balcón. De su cinto, el desconocido sacó un gran cuchillo de caza. Vivenna sintió una punzada de temor, pero él simplemente se acercó y le cortó las ligaduras de las manos.

Luego lanzó el cuchillo y el arma resonó al clavarse en la madera de la pared del fondo. Trajo algo de la cama. Su gran espada de negra empuñadura.

Vivenna retrocedió, las manos libres, y se quitó la mordaza con intención de gritar. Él la apuntó con la espada envainada, deteniéndola.

—Permanecerás en silencio —ordenó bruscamente.

Ella se acurrucó en el rincón. «¿Cómo me está sucediendo esto?», pensó. ¿Por qué no había regresado a Idris hacía tiempo? Se había sentido profundamente inquieta cuando Denth mató a los rufianes del restaurante. Tendría que haber sabido entonces que estaba tratando con personas y situaciones muy peligrosas.

Había sido una necia arrogante al pensar que podía desenvolverse a sus anchas en aquella ciudad. Aquella ciudad monstruosa, abrumadora, terrible. Ella no era nada. Apenas una campesina venida de fuera. ¿Por qué había decidido implicarse en la política y los planes de aquella gente?

Vasher dio un paso al frente. Soltó el cierre de aquella negra espada, y Vivenna sintió náuseas. Un fino hilillo de humo negro empezó a brotar de la hoja.

Vasher se acercó, recortado por la luz del farol, arrastrando por el suelo la punta envainada de la espada. Entonces arrojó la espada ante Vivenna.

—Cógela —dijo.

Ella alzó la cabeza, un poco menos tensa, pero todavía acurrucada en el rincón. Notó las lágrimas en sus mejillas.

—Coge la espada, princesa.

Ella no tenía ninguna formación con las armas, pero tal vez... Echó mano a la espada, pero sintió que la náusea se volvía aún más fuerte. Gimió, la mano temblando mientras se dirigía a la extraña hoja negra.

Se retiró.

—¡Cógela! —gritó Vasher.

Ella obedeció con un grito ahogado de desesperación. Agarró el arma, sintiendo una náusea terrible. Sin darse cuenta, empezó a arrancarse la mordaza con dedos desesperados.

«Hola —dijo una voz en su cabeza—. ¿Te apetece matar a alguien hoy?».

Vivenna soltó la horrible espada y cayó de rodillas, para vomitar en el suelo. No había mucho en su estómago, pero no pudo contenerlo. Cuando terminó, se apartó a rastras y se acurrucó de nuevo contra la pared, la boca goteando bilis, sintiéndose demasiado mareada para gritar por ayuda o incluso limpiarse la cara.

Lloraba de nuevo. Esa parecía la menor de sus humillaciones. A través de ojos nublados, vio como Vasher se ponía en pie. Entonces el hombre gruñó, como sorprendido, y recogió la espada. Echó el cierre de la

vaina, enfundando el arma de nuevo, y luego arrojó una toalla sobre el vómito.

—Estamos en uno de los suburbios —dijo—. Puedes gritar si quieres, pero nadie hará nada. Excepto yo. Me enfadaré. —La miró—. Te lo advierto. No soy conocido por mi habilidad para controlar mi temperamento.

Vivenna se estremeció, todavía sintiendo retortijones de náusea. Aquel hombre tenía aún más aliento que ella. Sin embargo, cuando la secuestró, ella no había percibido a nadie en la habitación. ¿Cómo lo había escondido?

¿Y qué era aquella voz en su cabeza?

Parecían tonterías para distraerla, considerando su situación actual. Sin embargo, eso le impidió pensar qué podía hacerle aquel hombre. Qué...

Él se le acercó de nuevo y le quitó la mordaza con expresión sombría. Ella gritó por fin, tratando de alejarse, y él maldijo, le puso un pie en la espalda y la apretujó contra el suelo. Le ató de nuevo las manos antes de colocarle la mordaza. Ella gritó, la voz ahogada mientras la colocaba de espaldas. El hombre la cargó sobre su hombro y la sacó de la habitación.

—Malditos suburbios —murmuró—. Todo el mundo es demasiado pobre para permitirse sótanos.

La sentó contra la puerta de una segunda habitación mucho más pequeña y le ató las manos al pomo. Se retiró y la miró, claramente insatisfecho. Entonces se arrodilló a su lado, el rostro sin afeitar cercano al suyo, el aliento apestoso.

—Tengo trabajo que hacer —dijo—. Trabajo que tú me has obligado a hacer. No escaparás. Si lo haces, te encontraré y te mataré. ¿Entendido?

Ella asintió débilmente.

Vio como recogía su espada de la otra habitación, y luego bajaba rápidamente las escaleras. Cerró de golpe la puerta de abajo y echó la llave, dejándola sola e indefensa.

Una hora más tarde, Vivenna ya no tenía fuerzas para llorar. Yacía con las manos atadas a la puerta. Aún conservaba esperanzas de que los demás la encontraran. Denth, Tonk Fah, Joyas. Eran expertos. Podrían salvarla.

No acudió ningún rescate. Adormilada, mareada y enferma como se sentía, se dio cuenta de algo. Aquel hombre, Vasher, era alguien a quien

incluso Denth temía. Vasher había matado a uno de sus amigos unos meses antes. Era al menos tan hábil como eran ellos.

«¿Cómo han acabado todos aquí? —pensó, las muñecas despellejadas por el roce—. Parece una coincidencia muy improbable». Tal vez Vasher había seguido a Denth a la ciudad y cumplía alguna especie de retorcida rivalidad maquinando contra ellos.

«Me encontrarán y me salvarán».

Pero sabía que no lo harían, no si Vasher era tan peligroso como decían. Sabría cómo ocultarse de Denth. Si Vivenna iba a escapar, tendría que hacerlo ella sola. La idea la aterrorizaba. Extrañamente, sin embargo, los recuerdos de sus enseñanzas regresaron.

«En caso de que te secuestren no todo está perdido —la había instruido uno de sus tutores—. Hay cosas que toda princesa debería saber». Vivenna había empezado a pensar que sus clases habían sido inútiles. Ahora se sorprendió recordando sesiones que se relacionaban directamente con su situación.

«Si una persona te secuestra, tu mejor momento para escapar será al principio, cuando todavía seas fuerte. Te dejarán sin comer y te darán palizas para que estés demasiado débil para huir. No esperes que te rescaten, aunque tus amigos, sin duda, intentarán ayudarte. Nunca esperes que paguen un rescate por ti. La mayoría de los secuestros terminan en muerte».

«Lo mejor que puedes hacer por tu país es tratar de escapar. Si no tienes éxito, entonces tal vez tu captor te mate. Eso es preferible a lo que quizá tengas que soportar como cautiva. Además, si mueres, los secuestradores ya no tendrán un rehén».

Era una lección dura, pero muchas de sus lecciones habían sido así. Era mejor morir que ser cautiva y utilizada contra Idris. Los hallandrenses podrían intentar utilizarla contra su país cuando estuviera allí como reina. En ese caso, le habían dicho que su padre podría verse obligado a ordenar su asesinato.

Ese era un problema del que ya no tenía que preocuparse. Sin embargo, el consejo referido al secuestro parecía útil. La asustaba, la hacía querer esconderse en un rincón y simplemente dejar correr el tiempo esperando que Vasher encontrara un motivo para dejarla marchar. Pero cuanto más lo pensaba, más sabía que tenía que ser fuerte.

Vasher había sido extremadamente duro con ella. Quería asustarla para que no intentara escapar. Había maldecido no tener sótano, pues eso habría sido un buen lugar donde ocultarla. Cuando regresara, probablemente la trasladaría a un lugar más seguro. Sus tutores tenían razón. Su única posibilidad de escapar era ahora.

Tenía las manos fuertemente atadas. Había intentado liberarlas varias veces ya. Vasher sabía hacer nudos. Vivenna se debatió y gimió de dolor. La sangre empezó a correrle por las muñecas, pero ni siquiera esa cualidad resbaladiza fue suficiente para liberarle las manos. Empezó a llorar de nuevo, no de temor, sino de dolor y frustración.

No podía zafarse. Pero... ¿quizá podría hacer que las cuerdas se desataran solas?

«¿Por qué no dejé que Denth me entrenara con el aliento?», se reprochó.

Su tozuda rectitud le parecía ahora incluso más ridícula. Pues claro que era mejor utilizar el aliento que dejarse matar, o algo peor, a manos de Vasher. Creyó comprender a Lemex y su deseo de reunir suficiente biocroma para extender su vida. Trató de pronunciar algunas órdenes a través de la mordaza.

Fue inútil. Incluso ella sabía que las órdenes tenían que ser pronunciadas con claridad. Empezó a menear la barbilla, empujando la mordaza con la lengua. No parecía tan tensa como las ligaduras de sus muñecas. Además, estaba mojada por las lágrimas y la saliva. Insistió, moviendo los labios y los dientes. Se sorprendió cuando, finalmente, la aflojó bajo la barbilla.

Se lamió los labios, moviendo la mandíbula lastimada. «¿Y ahora qué?», pensó. Su aprensión aumentaba. Ahora sí que tenía que liberarse. Si Vasher regresaba y veía que había conseguido quitarse la mordaza, nunca le permitiría una oportunidad igual. Podía castigarla por desobedecerlo.

—Cuerdas —dijo—. ¡Desataos!

No sucedió nada.

Apretó los dientes, tratando de recordar las órdenes que le había enseñado Denth. «Sujetad y protegedme». Ninguna parecía útil en su situación. Desde luego no quería que las cuerdas le sujetaran las muñecas con más fuerza. No obstante, Denth había dicho algo más. Algo sobre imaginar lo que querías. Lo intentó, visualizando las cuerdas desatarse solas.

—Desataos —repitió.

Y, una vez más, no sucedió nada.

Echó atrás la cabeza, llena de frustración. El despertar parecía un arte impreciso, lo cual era extraño, considerando el número de reglas y restricciones que parecía tener. O tal vez solo le parecía impreciso a ella porque era muy complicado.

Cerró los ojos. «Tengo que conseguirlo —pensó—. Debo descubrir cómo funciona. Si no lo hago, me matarán».

Abrió los ojos, concentrándose en sus ataduras. Las imaginó de nuevo desatándose, pero de algún modo algo le parecía mal. Era como una niña sentada y mirando una hoja, tratando de que se moviera solo concentrándose en ella.

No era así como funcionaban sus sentidos recién hallados. Eran parte de ella. Así que, en vez de concentrarse, se relajó, dejando que su mente inconsciente hiciera el trabajo. Un poco como hacía cuando cambiaba el color de su cabello.

—Desataos —ordenó al cabo.

El aliento fluyó de ella. Fue como si estallaran burbujas bajo el agua, exhalar una parte de sí misma y sentir que fluía hacia otra cosa. Esa otra cosa se convirtió en parte de ella, un miembro incorpóreo que solo podía controlar levemente. Era más bien una sensación de la cuerda que la capacidad para moverla. Mientras el aliento la abandonaba, pudo sentir los colores del mundo atenuándose poco a poco, el viento más difícil de oír, la vida de la ciudad un poco más lejana. Las cuerdas alrededor de sus manos se sacudieron, quemándole las muñecas.

Entonces las cuerdas se desliaron y cayeron al suelo. Sus brazos quedaron libres y ella se sentó, mirándose las muñecas, sorprendida.

«Austre, Señor de los Colores, lo he logrado», pensó. No sabía si sentirse impresionada o avergonzada.

Fuera como fuese, sabía que tenía que huir. Se desató los tobillos, y luego se puso en pie, advirtiéndole que una sección de la puerta de madera había perdido el color alrededor de sus manos. Vaciló un instante, luego cogió la cuerda y corrió escaleras abajo. Descorrió el cerrojo y se asomó a la calle. Estaba oscuro y pudo ver poco.

Inspirando profundamente, salió a la noche.

Caminó sin rumbo durante un rato, intentando distanciarse del cubil de Vasher. Sabía que debía buscar un sitio donde esconderse, pero tenía miedo. Llamaba la atención con su hermoso vestido y quien la viera la recordaría. Su única esperanza real era salir de los suburbios y llegar a la ciudad propiamente dicha, donde podría encontrar el modo de reunirse con Denth y los demás.

Llevaba la cuerda guardada en la faltriquera del vestido, oculta detrás del pliegue de tejido en el costado. Se había acostumbrado tanto a tener cierta cantidad de aliento que sentir la falta de una fracción, aunque fuera tan pequeña como la que contenía la cuerda, le parecía mal. Los despertadores podían recuperar el aliento que invertían en los objetos:



se lo habían dicho. Pero no conocía las órdenes para hacerlo. Así que se llevó la cuerda, esperando que Denth pudiera ayudarla a recobrar su aliento.

Mantuvo el paso vivo, la cabeza gacha, tratando de buscar una prenda abandonada en la que pudiera envolverse para ocultar el vestido. Por fortuna, parecía que era tarde, incluso para la mayoría de los rufianes. De vez en cuando veía figuras en sombras en las aceras, y le costaba mantener la calma mientras pasaba junto a ellas.

«¡Si al menos fuera de día!», pensó. Las primeras luces del alba ya asomaban, pero seguía lo bastante oscuro para que no supiera en qué dirección iba. Los suburbios eran tan retorcidos que le parecía caminar en círculos. Los edificios se alzaban a su alrededor, bloqueando el cielo. Esa zona había sido antaño mucho más rica: las fachadas tenían grabados gastados y colores deslucidos. En una plaza había una vieja estatua rota de un hombre a caballo, quizá parte de una fuente o...

Vivenna se detuvo. Una estatua rota de un jinete. ¿Por qué eso le resultaba familiar?

«Las direcciones de Denth —recordó—. Cuando le explicó a Parlin cómo llegar al escondrijo seguro desde el restaurante». Recordaba aquella conversación semanas atrás. Le preocupaba que Parlin se perdiera.

Por primera vez en horas, experimentó una leve esperanza. Las direcciones eran sencillas. ¿Podría recordarlas? Se puso en marcha, caminando vacilante, en parte solo por instinto. Después de unos minutos, se dio cuenta de que la oscura calle parecía familiar. No había farolas en los suburbios, pero la luz del amanecer era suficiente.

Se dio la vuelta y, en efecto, vio frente a ella el escondrijo, entre dos edificios más grandes. «¡Bendito Austre!», pensó con alivio. Cruzó rápidamente la calle y entró en el edificio. La habitación principal estaba vacía. Corrió a abrir la puerta del sótano, buscando un sitio para esconderse.

Fue palpando con los dedos y, en efecto, encontró un farol con yesca y pedernal junto a la escalera. Cerró la puerta, que le resultó más recia de lo que había pensado. Eso la tranquilizó, aunque no podía cerrarla desde su lado. La dejó sin echar el cerrojo y se agachó para encender el farol.

Varios peldaños gastados y rotos conducían al sótano. Vaciló, recordando que Denth la había advertido sobre los escalones. Los bajó con cuidado, sintiéndolos crujir bajo su peso. Consiguió llegar hasta el final. Una vez abajo, arrugó la nariz ante el rancio olor. Los cuerpos de varias pequeñas piezas de caza colgaban de la pared: alguien había estado allí recientemente, lo cual era buena señal.

Rodeó las escaleras. El sótano estaba bajo la planta del piso de arriba. Descansaría allí unas horas, y si Denth no llegaba se aventuraría a salir. Entonces...

Se detuvo de pronto, el farol oscilando en su mano. Su haz inestable iluminó una figura sentada ante ella, la cabeza gacha, la cara en sombras. Tenía los brazos atados a la espalda y los tobillos amarrados a las patas de la silla.

—¿Parlin? —preguntó Vivenna, sorprendida, y corrió a su lado. Soltó el farol y se detuvo. Había sangre en el suelo—. ¡Parlin! —gritó, alzándole la cabeza.

Los ojos del muchacho miraban hacia arriba, sin ver, la cara arañada y ensangrentada. El sentido de la vida de Vivenna no podía captarlo. Sus ojos estaban muertos.

La mano de Vivenna empezó a temblar. Retrocedió, horrorizada.

—Oh, Colores —murmuró—. Colores, Colores, Colores...

Una mano cayó sobre su hombro. Ella gritó y se dio la vuelta. Una figura grande se alzaba medio oculta bajo la escalera.

—Hola, princesa —dijo Tonk Fah. Sonrió.

Vivenna retrocedió y casi estuvo a punto de chocar con el cadáver de Parlin. Empezó a jadear, la mano en el pecho. Solo entonces advirtió los cadáveres en las paredes.

No eran piezas de caza. Lo que había confundido con un faisán a la tenue luz del farol se reflejaba ahora en verde oscuro. Un loro muerto. Un mono colgaba al lado, el cuerpo abierto en canal. El cadáver más reciente era el de un gran lagarto. Todos habían sido torturados.

—Oh, Austre —murmuró.

Tonk Fah dio un paso adelante, intentando agarrarla, pero Vivenna lo esquivó. Rodeó al hombretón y corrió hacia las escaleras, pero chocó contra el pecho de alguien.

Alzó la cabeza, parpadeando.

—¿Sabes qué es lo que más odio de ser un mercenario, princesa? —preguntó Denth tranquilamente, agarrándola por el brazo—. No poder salirse de los tópicos. Todo el mundo da por sentado que no pueden fiarse de ti. Y resulta que es verdad que no pueden.

—Hacemos lo que nos pagan por hacer —dijo Tonk Fah, colocándose tras ella.

—No es exactamente el trabajo más deseable —comentó Denth, sujetándola con fuerza—. Pero el dinero es bueno. Esperaba que no tuviéramos que hacer esto. Todo iba muy bien. ¿Por qué huiste? ¿Qué te dio la alarma?

La empujó con cuidado, mientras Joyas y Clod bajaban las escaleras. Los peldaños crujieron bajo su peso.

—Me habéis mentido todo el tiempo —susurró Vivenna, las lágrimas en sus mejillas, el corazón palpitando mientras trataba de aceptar su nueva situación—. ¿Por qué?

—El secuestro es un trabajo duro —dijo él.

—Terrible —añadió Tonk Fah.

—Es mejor si tu objetivo ni siquiera sabe que ha sido secuestrado.

«Nunca me quitaban el ojo de encima —recordó ella—. Siempre cerca».

—Lemex...

—No hizo lo que necesitábamos que hiciera —apuntó Denth—. El veneno fue una muerte demasiado buena para él. Tendrías que haberte dado cuenta, princesa. Con tanto aliento como tenía...

«No murió de ninguna enfermedad —comprendió ella—. ¡Austre! —Tenía la mente embotada. Miró a Parlin—. Está muerto. Parlin está muerto. Lo han matado».

—No lo mires —dijo Denth, volviendo su cabeza para que no viera el cadáver—. Eso fue un accidente. Escúchame, princesa: no te pasará nada. No te haremos daño. Solo dínos por qué escapaste. Parlin insistió en que no sabía dónde habías ido, aunque sabíamos que habló contigo en las escaleras justo antes de que desaparecieras. ¿De verdad te fuiste sin decírselo? ¿Por qué? ¿Qué te hizo sospechar de nosotros? ¿Contactó contigo uno de los agentes de tu padre? Creí que los habíamos encontrado a todos.

Ella negó con la cabeza, aturdida.

—Esto es importante, princesa —dijo Denth—. Necesito saberlo. ¿Con quién contactaste? ¿Qué le dijiste de mí a los señores de los suburbios? —Y empezó a apretarle el brazo con más fuerza.

—No queríamos tener que romper nada —dijo Tonk Fah—. Idrianos. Os rompéis demasiado fácilmente.

Lo que antaño le habían parecido bromas jocosas le pareció ahora terrible y cruel. Tonk Fah se alzaba a su derecha. Vivenna recordó la

manera en que Denth había matado a aquellos dos guardias del restaurante. Y la manera en que habían destruido la casa de Lemex. Recordó su desdén hacia la muerte. Lo ocultaban todo bajo un velo de humor. Ahora que Denth había traído otro farol, pudo ver un par de grandes sacos bajo las escaleras: un pie asomaba de uno de ellos. La bota llevaba el blasón del ejército idriano en un lado.

Su padre había enviado soldados a rescatarla. Denth los había encontrado antes que la encontraran a ella. ¿A cuántos había matado? Cuerpos que no podría conservar mucho tiempo en ese sótano. Esos dos cadáveres debían de ser relativamente nuevos, y ahora los harían desaparecer en cualquier otro lugar.

—¿Por qué? —volvió a preguntar, atónita—. Parecáis mis amigos.

—Lo somos —dijo Denth—. Me caes bien, princesa. —Sonrió, una sonrisa auténtica, no una mueca peligrosa como la de Tonk Fah—. Si significa algo, lo siento de veras. Parlin no tenía que haber muerto: eso fue un accidente. Pero bueno, un trabajo es un trabajo. Hacemos lo que nos pagan por hacer. Te lo he explicado varias veces, estoy seguro de que lo recuerdas.

—Nunca creí... —susurró ella.

—Nunca lo hacen —dijo Tonk Fah.

Vivenna parpadeó. «Intenta escapar mientras todavía tienes fuerzas», se ordenó. Había escapado una vez. ¿No era suficiente? ¿No se merecía algo de paz? «¡Rápido!».

Movió el brazo para tocar la capa de Tonk Fah.

—Agarra...

Denth reaccionó con rapidez. Tiró de ella, le cubrió la boca y le sujetó la otra mano con fuerza. Tonk Fah se quedó boquiabierto mientras el vestido de Vivenna perdía el color, volviéndose gris, y parte de su aliento pasaba a los dedos de Denth y a la capa del propio Tonk Fah. Sin embargo, sin una orden, el aliento no podía hacer nada. Había sido desperdiciado, y Vivenna sintió que todo a su alrededor se volvía menos vívido.

Denth le soltó la boca y golpeó a Tonk Fah en la cabeza.

—Eh —dijo el grandullón, frotándose la nuca.

—Presta atención —ordenó Denth. Entonces miró a Vivenna, agarrándole el brazo con fuerza.

Un hilo de sangre se escurría entre sus dedos por la muñeca herida de Vivenna. Denth se detuvo al ver las muñecas ensangrentadas por

primera vez: el oscuro sótano las había ocultado. Alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Oh, demonios —maldijo—. No huiste de nosotros, ¿verdad?

—¿Eh? —preguntó Tonk Fah.

Vivenna no dijo nada.

—¿Qué sucedió? —preguntó Denth—. ¿Fue él ?

Ella no respondió.

Denth hizo una mueca y le retorció el brazo, haciéndola gritar.

—Muy bien. Parece que han forzado mi jugada. Tratemos primero con ese aliento tuyo, y entonces podremos tener una agradable charla, como amigos, sobre lo que te ha sucedido.

Clod se situó junto a Denth, los ojos grises mirando al frente, vacíos como siempre. Excepto... ¿podía Vivenna ver algo en ellos? ¿Se lo estaba imaginando? Sus emociones estaban tan al límite últimamente que no podía confiar en sus percepciones. Clod parecía mirarla a los ojos.

—Ahora —dijo Denth, el rostro cada vez más endurecido—. Repite conmigo. Mi vida a la tuya. Mi aliento es tuyo.

Vivenna lo miró a los ojos y susurró:

—Aullido del sol.

Denth frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

—Ataca a Denth. Aullido del sol.

—Pero... —empezó Denth. En ese momento, el puño de Clod le golpeó en la cara.

El puñetazo lo lanzó a un lado, contra Tonk Fah, quien maldijo y tropezó. Vivenna se zafó, esquivó a Clod, casi tropezando con su vestido, y empujó con el hombro a la sorprendida Joyas.

La mujer cayó. La princesa subió corriendo las escaleras.

—¿Has dejado que oyera la frase de seguridad? —gritó Denth mientras intentaba mantener a raya a Clod.

Joyas se puso en pie y siguió a Vivenna. Sin embargo, el pie de la mujer partió uno de los escalones. Vivenna llegó arriba y cerró la puerta. Echó el cerrojo.

«No aguantará mucho —pensó, sintiéndose indefensa—. Vendrán a por mí. Me perseguirán. Igual que Vasher. Dios de los Colores, ¿qué voy a hacer?».

Salió a la calle, iluminada ahora por la luz del alba que se extendía por toda la ciudad, y se internó en un callejón. Entonces echó a correr, esta vez tratando de encontrar las callejas más pequeñas, sucias y oscuras.

«No te dejaré —escribió Susebron, sentado en el suelo junto a la cama, la espalda apoyada en los almohadones—. Te lo prometo».

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Siri desde la cama—. Tal vez cuando tengas un heredero te canses de la vida y entregues tu aliento.

«Primero, ni siquiera estoy seguro de cómo tener un heredero. Te niegas a explicármelo, y no respondes a mis preguntas».

—¡Son embarazosas! —adujo Siri, sintiendo que su corto cabello se volvía rojo. Lo convirtió en amarillo en un instante.

«Segundo, no puedo entregar mi aliento, no si lo que he entendido de la biocroma es cierto. ¿Crees que me han mentido respecto al funcionamiento del aliento?».

«Cada vez se expresa mejor por escrito —pensó Siri mientras lo veía borrar—. Es una lástima que haya pasado encerrado toda la vida».

—En realidad no sé gran cosa de eso —respondió—. La biocroma no es algo que estudiemos mucho en Idris. Sospecho que la mitad de las cosas que sé son rumores y exageraciones. Por ejemplo, allá en Idris piensan que sacrificáis a la gente en altares aquí en la corte... Lo he oído una docena de veces y a gente diferente.

Él vaciló antes de continuar escribiendo. «De todas formas, discutimos sobre algo absurdo. No cambiaré. No voy a decidir suicidarme de pronto. No tienes que preocuparte».

Ella suspiró.

«Siri, he vivido cincuenta años sin información, sin conocimiento, sin poderme comunicar apenas. ¿De verdad crees que voy a matarme ahora? ¿Ahora, cuando he aprendido a escribir? ¿Cuando he descubierto a alguien con quien hablar? ¿Cuando te he descubierto a ti?».

Ella sonrió.

—Muy bien. Te creo. Pero sigo pensando que tendremos que preocuparnos de tus sacerdotes.

Él no respondió, apartando la mirada. «¿Por qué es tan condenadamente leal a ellos?», pensó Siri. Finalmente, él la miró. «¿Quieres dejar crecer tu pelo?». Ella alzó una ceja.

—¿Y de qué color lo hago?

«Rojo», escribió él.

—Vosotros los hallandrenses y vuestros colores brillantes —rezongó ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Eres consciente de que mi pueblo considera el rojo el más chillón de todos los colores?

Él vaciló. «Lo siento. No pretendía ofenderte. Yo...». Se detuvo cuando ella extendió una mano y le tocó el brazo.

—No. Mira, no estaba discutiendo. Solo estaba flirteando. Lo siento.

«¿Flirteando? —escribió él—. Mi libro de relatos no usa ese término».

—Lo sé. Ese libro está lleno de historias de niños que son devorados por árboles y otras cosas.

«Las historias son metáforas para enseñar...».

—Sí, ya lo sé —dijo ella, interrumpiéndolo de nuevo.

«Entonces ¿qué es flirtear?».

—Es... —«¡Colores! ¿Cómo me meto en estas situaciones?», se lamentó—. Es cuando una chica actúa de modo vacilante, o a veces tonto, para hacer que un hombre le preste más atención.

«¿Por qué querría que un hombre le prestase atención?».

—Bueno, es algo así. —Lo miró, inclinándose un poco hacia delante—. ¿Quieres que haga crecer mi pelo?

«Sí».

—¿De verdad quieres que lo haga?

«Por supuesto».

—Muy bien, si he de hacerlo... —dijo ella, echando la cabeza atrás y ordenando a su pelo que se convirtiera en un profundo rojo cobrizo. Brilló al pasar del amarillo al rojo, como tinta derramada en un charco de agua clara. Entonces lo hizo crecer. La habilidad era más instintiva que consciente, como flexionar un músculo. En este caso, era un



«músculo» que había usado mucho últimamente, ya que solía cortarse el pelo por las noches en vez de pasar el tiempo peinándose.

El pelo siguió creciendo hasta más allá de su cara. Siri agitó la cabeza, una última vez: el pelo la hacía sentirse más pesada, el cuello cálido por los mechones que ahora se desparramaban por sus hombros y le caían por la espalda, retorciéndose en rizos sueltos.

Susebron la miró con los ojos muy abiertos. Ella intentó una mirada seductora. El resultado, sin embargo, le pareció tan ridículo que acabó riendo. Se tendió en la cama, el pelo recién crecido repartido a su alrededor.

Susebron le dio un golpecito en la pierna. Ella lo miró, y él se levantó para sentarse a un lado de la cama, con intención de que ella pudiera ver la pizarra mientras escribía.

«Eres muy extraña».

Ella sonrió.

—Lo sé. No he nacido para ser una seductora. No puedo poner cara seria.

«Seductora —escribió él—. Conozco esa palabra. Se usa en una historia cuando la reina malvada intenta tentar al joven príncipe con algo, aunque no sé qué».

Ella sonrió de nuevo.

«Creo que estaba planeando ofrecerle comida».

—Sí —dijo Siri—. Buena interpretación, Seb. Completamente acertado.

Él vaciló. «No le estaba ofreciendo comida, ¿verdad?».

Siri le sonrió de nuevo.

Él se ruborizó. «Me siento como un idiota. Hay tantas cosas que todo el mundo comprende naturalmente... Sin embargo, yo solo tengo las historias de un libro infantil para guiarme. Lo he leído tantas veces que me resulta difícil distanciarme del niño que era cuando lo leí por primera vez, y de la forma que veía esos cuentos».

Empezó a borrar furiosamente. Siri se sentó y le colocó una mano en el brazo.

«Sé que hay cosas que me pierdo —escribió él—. Cosas que te avergüenzan, y hago mis suposiciones. No soy tonto. Sin embargo, me siento frustrado. Con tus flirteos y tus sarcasmos (ambas conductas

cuando aparentemente actúas de forma contraria a como quieres) temo que nunca te entenderé».

Miró con frustración su pizarra, con el paño para borrar en una mano, el carboncillo en la otra. El fuego chisporroteaba en la chimenea, proyectando oleadas de amarillo contra su rostro lampiño.

—Lo siento —dijo ella, acercándose para apoyar la cabeza en su antebrazo. Susebron no parecía mucho más grande que ella, ahora que estaba acostumbrada. En Idris había hombres que medían un metro noventa y Susebron era solo un poco más alto. Además, como su cuerpo era tan perfectamente proporcionado, no parecía larguirucho ni antinatural. Era normal, solo que más grande.

Él la miró y ella cerró los ojos.

—Creo que lo estás haciendo mejor de lo que crees. La mayoría de la gente allá en mi patria no me comprendía tan bien como tú.

Él empezó a escribir, y Siri abrió los ojos.

«Me cuesta trabajo creerlo».

—Es cierto —dijo ella—. No paraban de decirme que me convirtiera en otra persona.

«¿Quién?».

—Mi hermana. —Suspiró Siri—. La mujer con quien tendrías que haberte casado. Era en todo como debe ser la hija de un rey. Controlada, de buenos modales, obediente, culta.

«Parece aburrida», escribió él, sonriendo.

—Vivenna es una persona maravillosa. Siempre fue muy amable conmigo. Es solo que... bueno, creo que incluso ella consideraba que tendría que haber sido más reservada.

«No comprendo eso. Eres maravillosa. Tan llena de vida y entusiasmo. Los sacerdotes y criados de este palacio visten de colores, pero no hay ningún color en su interior. Tan solo cumplen con sus funciones, los ojos bajos, solemnes. Tú tienes color por dentro, tanto que estalla y colorea todo lo que te rodea».

Ella sonrió.

—Eso parece biocroma.

«Eres más sincera que la biocroma. Mi aliento hace las cosas más brillantes, pero no es mío. Me lo dieron. El tuyo te pertenece».

Siri sintió que su pelo pasaba del rojo oscuro a un tono dorado, y suspiró feliz, apretándose un poco más contra él.

«¿Cómo haces eso?».

—¿Hacer qué?

«Cambiar tu pelo».

—Eso ha sido inconsciente. Se vuelve rubio si me siento feliz o contenta.

«¿Eres feliz, entonces? ¿Conmigo?».

—Pues claro.

«Pero cuando hablas de las montañas, hay mucha nostalgia en tu voz».

—Las echo de menos. Pero si me marchara de aquí, te echaría de menos a ti. A veces no se puede tener todo lo que se quiere, ya que los deseos se contradicen unos a otros.

Permanecieron un rato en silencio, y él apartó su pizarra, la rodeó vacilante con un brazo y se recostó para apoyarse en la cabecera de la cama. Un tono de rubor asomó en el pelo de Siri al darse cuenta de que estaban sentados en el lecho, y que se apretujaba contra él vestida solo con ropa interior.

«Pero bueno, estamos casados, después de todo», pensó.

Lo único que arruinó el momento fueron los ocasionales gruñidos de su estómago. Después de unos minutos, Susebron cogió la pizarra.

«¿Tienes hambre?».

—No. Mi estómago es anarquista: le gusta gruñir cuando está lleno.

Él vaciló. «¿Sarcasmo?».

—Un pobre intento. No pasa nada: sobreviviré.

«¿No comiste antes de venir a mis aposentos?».

—Lo hice. Pero hacer crecer tanto pelo es agotador. Siempre me deja con hambre.

«¿Te deja con hambre cada noche? —preguntó él, escribiendo rápidamente—. ¿Y no dices nada?».

Ella se encogió de hombros.

«Te traeré comida».

—No, no podemos permitirnos quedar al descubierto.

«¿Al descubierto? Soy el rey-dios: como cuando lo deseo. Varias veces he pedido comida por la noche. Esto no será extraño». Se levantó, y caminó hacia la puerta.

—¡Espera!

Él se volvió a mirarla.

—No puedes ir así a la puerta, Susebron —susurró ella por si había alguien escuchando—. Estás completamente vestido.

Él se miró y frunció el ceño.

—Al menos haz que tus ropas parezcan un poco desordenadas —aconsejó ella.

Susebron se desabrochó los botones del cuello y se quitó el batín negro, revelando un camisón. Como todo lo blanco a su alrededor, desprendía un halo de colores de arco iris. Se alborotó el pelo oscuro y se volvió hacia ella, interrogándola con los ojos.

—Bastante bien —aprobó Siri, y se subió las sábanas hasta el cuello para cubrirse. Observó como Susebron llamaba a la puerta con los nudillos.

Se abrió de inmediato. «Es demasiado importante para abrir su propia puerta», pensó Siri.

Pidió comida llevándose una mano al estómago y señalando. Los criados, apenas visibles para Siri en el umbral, obedecieron de inmediato. Susebron se volvió mientras la puerta se cerraba y fue a sentarse junto a ella en la cama.

Unos pocos minutos después, los criados llegaron con una mesa y una silla, aquella ya con comida: pescado asado, verduras salteadas, marisco cocido.

Ella se quedó mirando asombrada. «Es imposible que hayan preparado eso tan rápido. Creo que lo tenían en la cocina, esperando, por si a su dios de pronto le entraba hambre».

Era un desperdicio y una extravagancia, pero también era maravilloso. Indicaba un estilo de vida que su pueblo allá en Idris no podía imaginar siquiera, símbolo de un incómodo desequilibrio en el mundo. Algunas personas morían de hambre; otras eran tan ricas que nunca veían las comidas que les preparaban.

Los criados colocaron la silla junto a la mesa. Siri observó cómo siguieron trayendo platos. No podían saber lo que quería el rey-dios, así que al parecer le presentaban un poco de todo. Llenaron la mesa y se retiraron cuando Susebron lo indicó.

Los aromas subyugaron a una Siri famélica. Esperó, tensa, hasta que se cerró la puerta. Entonces se abalanzó hacia la mesa. Había pensado que las comidas que le preparaban a ella eran extravagantes, pero no eran nada comparadas con este festín. Susebron señaló la silla.

—¿Tú no vas a comer? —preguntó Siri.

Él se encogió de hombros.

La reina cogió una sábana de la cama y la extendió en el suelo de piedra.

—¿Por dónde empezamos? —dijo luego, acercándose a la mesa.

Él señaló un plato de humeantes mejillones y varios panes. Ella lo cogió, junto con un plato que no parecía tener pescado (un cuenco de frutas exóticas servidas en una especie de salsa cremosa), y lo llevó a la sábana. Entonces se sentó y empezó a comer.

Susebron se sentó con cuidado en el suelo. Consiguió parecer digno incluso en ropa interior. Siri le tendió su pizarra.

«Esto es muy extraño», escribió.

—¿Qué? ¿Comer en el suelo?

Él asintió. «Cenar es todo un acontecimiento para mí. Pico algo de lo que hay en el plato, los criados lo retiran, me limpian la cara y me traen otro. Nunca termino un plato entero, aunque me guste».

Siri hizo una mueca.

—Me sorprende que no te sujeten la cuchara.

«Lo hacían cuando era más joven —escribió Susebron, ruborizándose—. Al final conseguí que me permitieran hacerlo solo. Es difícil, cuando no puedes hablar con nadie».

—Ya —dijo Siri entre bocado y bocado. Miró a Susebron, que comía a bocaditos pequeños y discretos. Sintió un poco de vergüenza por lo rápido que estaba comiendo, pero entonces decidió que no le importaba. Apartó el plato de fruta y cogió varios dulces de la mesa.

Susebron la miró darse un atracón. «Eso son delicias de Pahn Kahl — escribió—. Se comen a bocaditos pequeños, asegurándote de comer un poco de pan en medio para despejar el sabor. Son una exquisitez y...».

Se interrumpió cuando Siri cogió un pastel y se lo llevó a la boca. Ella le sonrió y continuó masticando.

Después de un momento de asombro, él volvió a escribir. «¿Te das cuenta de que en los cuentos los niños glotones acaban arrojados a precipicios?».

Siri se metió otra pasta en la boca, manchándose los dedos y la cara con azúcar en polvo, las mejillas hinchadas.

Susebron la miró, luego extendió la mano y cogió un pastel también. Lo examinó y luego se lo llevó a la boca.

Siri se echó a reír, casi escupiendo trozos de dulce en la sábana.

—Y así continúa mi corrupción del rey-dios —dijo cuando hubo recuperado el habla.

Él sonrió. «Esto es muy curioso», escribió, tomando otro dulce. Y luego otro. Y otro.

Siri lo observó, alzando una ceja.

—Puesto que eres rey-dios, cabría esperar que al menos pudieras comer dulces cuando quisieras.

«Tengo muchas reglas que los otros no tienen que seguir —escribió él mientras masticaba—. Las historias lo explicaban. Se exige mucho para ser príncipe o rey. Habría preferido nacer campesino».

Siri alzó una ceja. Tuvo la impresión de que él se sorprendería si tuviera que experimentar cosas como el hambre, la pobreza o la incomodidad. Sin embargo, lo dejó con sus ilusiones. ¿Quién era ella para dar lecciones?

«Tú eres quien tenía hambre —escribió él—. ¡Pero soy yo quien se lo está comiendo todo!».

—Obviamente no te alimentan lo suficiente —dijo Siri, probando una rebanada de pan.

Él se encogió de hombros y continuó comiendo. Ella lo miró, preguntándose si comer era diferente para él, puesto que no tenía lengua. ¿No le afectaba a su paladar? Desde luego, parecía que le gustaban los dulces. Pensar en su lengua hizo que su mente pasara a temas más sombríos. «No podemos continuar así —pensó—. Jugando

por las noches, fingiendo que el mundo no sigue adelante sin nosotros. Van a aplastarnos».

—Susebron. Creo que tenemos que encontrar un modo de revelar lo que te han estado haciendo tus sacerdotes.

Él alzó la cabeza y luego escribió: «¿A qué te refieres?».

—A que debería intentar hablar con la gente corriente. O tal vez con alguno de los otros dioses. Los sacerdotes consiguen todo su poder asociándose contigo. Si eliges comunicarte a través de otra persona, los derrocaría.

«¿Tenemos que hacer eso?».

—Piensa por un instante que sí.

«Muy bien. Pero ¿cómo podría comunicarme con alguien más? No puedo levantarme y empezar a gritar».

—No lo sé. ¿Notas, tal vez?

Él sonrió. «Hay una historia así en mi libro. Una princesa atrapada en una torre que arroja notas a las aguas del océano. El rey de los peces las encuentra».

—Dudo que al rey de los peces le preocupe nuestra situación —repuso Siri, abatida.

«Una criatura así solo es ligeramente menos fantástica que la posibilidad de que mis notas sean halladas e interpretadas correctamente. Si las arrojó por la ventana, nadie creería que las ha escrito el rey-dios».

—¿Y si se las pasaras a los criados?

Él frunció el ceño. «Asumiendo que tengas razón, y que mis sacerdotes estén actuando en mi contra, ¿no sería una tontería confiar en los criados que ellos emplean?».

—Tal vez. Podríamos probar con un criado de Pahn Kahl.

«Ninguno de ellos me asiste, pues soy el rey-dios. Además, ¿qué conseguimos con un criado o dos de nuestra parte? ¿Cómo desenmascararía eso a los sacerdotes? Nadie creería a un criado de Pahn Kahl que contradijera a los sacerdotes».

Ella sacudió la cabeza.

—Supongo que podrías intentar hacer una escena, escapar o causar una distracción.

«Cuando estoy fuera del palacio, me asiste una tropa de cientos de personas. Despertadores, soldados, guardias, sacerdotes y guerreros sinvida. ¿De verdad crees que haría una escena sin que me quitaran de en medio antes de poder comunicarme con alguien?».

—No. ¡Pero tenemos que hacer algo! Tiene que haber una salida.

«No veo ninguna. Tenemos que trabajar con los sacerdotes, no contra ellos. Quizá ellos sepan más sobre por qué mueren los reyes-dioses. Podrían contárnoslo... yo puedo hablar con ellos usando la escritura de los artesanos».

—No. Todavía no. Déjame pensar primero.

«Muy bien», escribió él, y probó otro dulce.

—Susebron, ¿y qué tal si escaparas conmigo? ¿Iríamos a Idris?

Él frunció el ceño. «Tal vez —escribió por fin—. Aunque me suena muy radical».

—¿Y si pudiera demostrar que los sacerdotes intentan matarte? ¿Y si encontrara una salida, alguien que nos sacara de palacio y de la ciudad?

Aquello obviamente inquietaba a Susebron. «Si es el único modo, entonces iré contigo. Pero no creo que lleguemos a ese extremo».

—Espero que tengas razón —dijo ella. «Pero si no la tienes —pensó—, entonces escaparemos. Correremos el riesgo con mi familia, haya guerra o no haya guerra».



En los suburbios podía parecer de noche incluso a plena luz del día.

Vivenna deambuló sin rumbo, entre zonas manchadas de basura de colores. Debía buscar un lugar donde ocultarse y quedarse allí. Sin embargo, ya no pensaba con lucidez.

Parlin estaba muerto. Había sido su amigo desde la infancia. Lo había convencido para que la acompañara en lo que ahora parecía la más estúpida de las misiones. Su muerte era culpa suya.

Denth y su equipo la habían traicionado. No. Nunca habían trabajado para ella. Ahora que lo recordaba, podía ver los signos. La manera tan conveniente en que la habían encontrado en el restaurante. Cómo la habían utilizado para conseguir el aliento de Lemex. Cómo la habían manipulado, haciéndole creer que estaba al mando. Tan solo le habían seguido la corriente.

Había sido una prisionera y no se había dado cuenta.

La traición parecía aún peor porque había llegado a confiar en ellos, e incluso a considerarlos amigos. Tendría que haber visto las señales de advertencia: la jocosa rudeza de Tonk Fah, las explicaciones de Denth de que los mercenarios no tenían lealtades. Incluso había mencionado que Joyas trabajaba contra sus propios dioses. Comparado con eso, ¿qué era traicionar a un amigo?

Se internó a trompicones en otro callejón, apoyando la mano en un edificio de ladrillo. La suciedad y el hollín le mancharon los dedos. Su pelo estaba blanco puro. Todavía no se había recuperado.

El ataque en el suburbio había sido terrible. Ser capturada por Vasher fue aterrador. Pero ver a Parlin, la sangre brotando por la nariz, las mejillas abiertas revelando la cavidad bucal...

Nunca lo olvidaría. Algo en su interior parecía haberse roto: su habilidad para preocuparse. Ahora solo estaba... aturdida.

Llegó al final del callejón y alzó la embotada cabeza. Había una pared delante. Un callejón sin salida. Se dio la vuelta para desandar el camino.

—Tú —dijo una voz.

Vivenna se volvió, sorprendida por la velocidad de su propia reacción. Su mente permanecía en estado de *shock*, pero una parte carnal de ella estaba alerta, capaz de defenderse por instinto.

Era un callejón como los que había recorrido todo el día. Se había mantenido en los suburbios, pensando que Denth esperaba que huyera a la ciudad. Él la conocía mejor que ella misma. En su mente confundida, quedarse en los suburbios abarrotados y silenciosos parecía mejor idea.

Había un hombre sentado en unas cajas tras ella, las piernas oscilando por los lados. Era bajo, moreno, y llevaba las típicas ropas de los suburbios, una mezcla de atuendos en diversas fases de desgaste.

—Vaya, vaya —dijo.

Ella permaneció callada.

—Una mujer que deambula por los suburbios nada menos que con un hermoso vestido blanco y un pelo blanco alborotado. Si todo el mundo no estuviera tan paranoico tras la redada del otro día, te habrían visto hace horas.

Aquel hombre le resultaba familiar.

—Eres idriano —susurró ella—. Estabas allí, en la multitud, cuando visité a los señores de los suburbios.

Él se encogió de hombros.

—Eso significa que sabes quién soy.

—No sé nada —respondió él—. Y aún menos las cosas que podrían traerme problemas.

—Por favor, ayúdame.

Vivenna dio un paso adelante. El hombre saltó de las cajas, con un destellante cuchillo en la mano.

—¿Ayudarte? —preguntó—. Vi esa expresión en tus ojos cuando viniste a la reunión. Nos desprecias. Eres igual que los hallandrenses.

Ella retrocedió.

—Un montón de gente te ha visto deambulando como un fantasma —prosiguió el hombre—. Pero nadie parece saber exactamente dónde encontrarte. En algunas partes han iniciado una búsqueda.

«Denth —pensó ella—. Es un milagro que haya permanecido libre tanto tiempo. Tengo que hacer algo. Dejar de deambular. Encontrar un sitio donde esconderme».

—Imagino que te encontrarán tarde o temprano —dijo el hombre—. Así que voy a actuar primero.

—Por favor —susurró Vivenna.

El hombre alzó el cuchillo.

—No te entregaré. Te mereces eso al menos. Además, no quiero atraer la atención sobre mí. Sin embargo, ese vestido... Se venderá bien, incluso estropeado como está. Podría alimentar a mi familia durante semanas con ese tejido.

Ella vaciló.

—Grita y te rajo —masculló él—. No es una amenaza. Es una inevitabilidad. Ese vestido, princesa. Estarás mejor sin él. Es lo que hace que todo el mundo se fije en ti.

Vivenna pensó en utilizar su aliento. Pero ¿y si no funcionaba? No podía concentrarse, y tenía la sensación de que no conseguiría que las órdenes funcionaran. Vaciló, pero el cuchillo acechante la convenció. Así pues, mirando al frente y sintiéndose como si fuera otra persona, empezó a desabrocharse los botones.

—No lo dejes caer al suelo —dijo el hombre—. Ya está bastante sucio.

Ella se lo quitó y tembló, vestida solo con las medias y la ropa interior. El hombre cogió el vestido y abrió la faltriquera. Frunció el ceño al arrojar a un lado la cuerda que había dentro.

—¿No hay dinero?

Ella negó con la cabeza, aturdida.

—Las medias son de seda, ¿no?

Le llegaban a medio muslo. Se inclinó, se las quitó y las entregó. El hombre las cogió y Vivenna vio un destello de avaricia (o quizá de otra cosa) en sus ojos.

—La ropa interior —pidió, blandiendo el cuchillo.

—No —respondió ella en voz baja.

Él dio un paso adelante.

Algo estalló en el interior de Vivenna.

—¡No! —gritó—. ¡No, no y no! ¡Coge tu ciudad, tus colores y tus ropas, y vete! ¡Déjame en paz! —Cayó de rodillas, llorando, y cogió puñados de

basura y lodo con los que se ensució la ropa interior—. ¡Mira! —gritó—. ¿La quieres? ¡Quítamela! ¡Véndela así! ¡Hecha un asco!

El hombre vaciló y miró alrededor. Entonces apretó el valioso vestido contra el pecho y echó a correr.

Vivenna se quedó allí arrodillada. ¿Dónde había encontrado más lágrimas? Se acurrucó, sin que le importara la basura y el barro, y lloró.

Mientras estaba encogida sobre el barro empezó a llover, una de las suaves y perezosas lloviznas de Hallandren. Las gotas besaron sus mejillas mientras delgados arroyuelos corrían por las paredes del callejón.

Tenía hambre y estaba agotada. Pero con la lluvia vino un jirón de lucidez.

Tenía que moverse. El ladrón estaba en lo cierto: el vestido era una rémora. En ropa interior se sentía desnuda, sobre todo ahora que estaba mojada, pero había visto a mujeres en los suburbios que apenas llevaban poco más. Tenía que continuar moviéndose, convertirse en otra persona sin hogar en medio de la suciedad y la mugre.

Se arrastró por un montón de basura y atisbó un trozo de tela que asomaba. Sacó un chal manchado y apestoso. O tal vez fuera una alfombra. Fuera como fuese, se lo echó por los hombros, apretándolo contra el pecho para ofrecer cierto recato. Intentó convertir su pelo en negro, sin conseguirlo.

Se sentó, demasiado apática para sentirse frustrada, y se frotó el pelo con barro y suciedad, cambiando el blanco claro por un marrón asqueroso.

«Está demasiado largo —pensó—. Tendré que hacer algo para que no destaque. Ninguna mendiga llevaría el pelo tan largo, ya que cuidarlo sería un engorro».

Al salir del callejón se detuvo. El chal se había vuelto más brillante, ahora que lo llevaba puesto. «Seré visible inmediatamente por todo el que tenga la Primera Elevación. ¡No puedo esconderme en los suburbios!».

Seguía sintiendo la pérdida del aliento que había dejado en la cuerda y la cantidad que había malgastado en la capa de Tonk. Sin embargo, todavía le quedaba mucho. Se apoyó contra la pared, casi perdiendo de nuevo el control mientras consideraba su situación.

Y entonces advirtió algo.

«Tonk Fah me sorprendió en ese sótano. No pude sentir su aliento. Igual que no pude sentir el de Vasher cuando me emboscó en mis aposentos».

La respuesta era tan fácil que resultaba ridícula. No podía sentir el aliento en la cuerda que había hecho. La recogió, atándosela al tobillo. Luego cogió el chal, y lo sujetó ante ella. Era una cosa patética, deshilachada por los bordes, su color rojo original apenas visible entre la mugre.

—Mi vida a la tuya —dijo, pronunciando las palabras que Denth había intentado sonsacarle—. Mi aliento es tuyo.

Eran las mismas palabras que Lemex había pronunciado cuando le dio su aliento.

Funcionó también con el chal. Todo su aliento escapó de su cuerpo y se trasladó al chal. No se trataba de ninguna orden: el chal no podría hacer nada, pero era de esperar que su aliento estuviera a salvo. Ella no desprendería ninguna aura.

Ninguna. Casi cayó al suelo por el impacto de haberlo perdido todo. Donde antes había sentido la ciudad a su alrededor, ahora todo permanecía callado. Era como si la hubieran silenciado. Toda la ciudad quedó muerta para sus sentidos.

O tal vez era Vivenna quien había muerto. Se levantó despacio, temblando bajo la lluvia, y se secó el agua de los ojos. Entonces se arrebujó en el depositario de su aliento, el chal, y se marchó.

Sondeluz estaba sentado en el borde de su cama, la frente cubierta de pastoso sudor, contemplando el suelo. Respiraba entrecortadamente.

Llarimar miró a un escriba menor, que dejó de escribir. Los criados se congregaban en los lados del dormitorio. A petición suya, habían despertado a Sondeluz inusitadamente temprano esa mañana.

—¿Divina gracia? —preguntó Llarimar.

«No es nada —pensó Sondeluz—. Soñé con la guerra porque últimamente pienso bastante en ella. No por una profecía. No porque sea un dios».

Parecía tan real... En el sueño era un hombre, en el campo de batalla, sin armas. Los soldados morían a su alrededor. Un amigo tras otro. Los conocía a todos, cada uno de ellos íntimo.

*«Una guerra contra Idris no sería así —pensó—. La librarían los sinvidas ».*

No quería reconocer que sus amigos del sueño no vestían colores brillantes. No veía a través de los ojos de un soldado hallandrense, sino de un idriano. Quizá por eso había habido una masacre.

«Los idrianos son los que nos amenazan. Son los rebeldes que se desgajaron, manteniendo un segundo trono dentro de las fronteras de Hallandren. Tienen que ser sometidos. Se lo merecen».

—¿Qué habéis visto, divina gracia? —preguntó de nuevo Llarimar.

Sondeluz cerró los ojos. Había otras imágenes. Las recurrentes. La brillante pantera roja. La tempestad. La cara de una mujer joven, absorbida por la oscuridad. Comida viva.

—Vi a Encendedora —dijo, mencionando solo la última parte de sus sueños—. El rostro enrojecido y ruborizado. Te vi a ti, y estabas durmiendo. Y vi al rey-dios.

—¿Al rey-dios? —preguntó Llarimar, interesado.

El dios asintió.

—Estaba llorando.

El escriba anotó las imágenes. Llarimar, por una vez, no le instó a continuar. Sondeluz se levantó, obligando a las imágenes a abandonar su mente. Sin embargo, no pudo ignorar la debilidad de su cuerpo. Aquel era día de transfusiones, y tendría que tomar un aliento o moriría.

—Voy a necesitar unas urnas —dijo Sondeluz—. Dos docenas de ellas, una por cada dios, pintadas con sus colores.

Llarimar transmitió la orden sin preguntar por qué.

—También necesitaré algunas piedrecitas —dijo Sondeluz mientras los criados lo vestían.

Llarimar asintió. Una vez estuvo vestido, Sondeluz se dispuso a abandonar la habitación para alimentarse una vez más del alma de un niño.

Sondeluz arrojó una piedrecita a una de las urnas que tenía delante. Resonó levemente.

—Bien hecho, divina gracia —felicitó Llarimar, que estaba de pie junto a su asiento.

—No es nada —dijo Sondeluz, lanzando otra piedrecita. No acertó a la urna pretendida, y un criado corrió a recogerla del suelo para depositarla en el recipiente adecuado.

—Parece que poseo un talento innato —comentó Sondeluz—. Acierto siempre. —Se sentía mucho mejor después de haber sido alimentado con aliento fresco.

—En efecto, divina gracia —dijo Llarimar—. Creo que su divina gracia la diosa Encendedora se acerca.

—Bien —comentó Sondeluz, arrojando otra piedrecita. Esta vez alcanzó el objetivo. Naturalmente, las urnas estaban a pocos palmos de su asiento—. Así podré alardear de mis habilidades tirando guijarros.

Estaba sentado en el césped del patio, donde soplaba una leve brisa, el pabellón emplazado justo dentro de las puertas de la corte. La muralla le impedía contemplar la ciudad y la vista que ofrecía era bastante deprimente.

«Si debemos permanecer encerrados aquí dentro —pensó—, al menos podrían tener la cortesía de proporcionarnos una vista decente».

—En nombre de los Tonos Iridiscentes, ¿qué estás haciendo?

Sondeluz no necesitó mirar para saber que Encendedora estaba de pie ante él, con los brazos en jarras. Tiró otra piedrecita.

—Sabes, siempre me ha parecido raro —dijo—. Cuando hacemos ese tipo de juramentos, usamos los colores. ¿Por qué no utilizar nuestros propios nombres? Supuestamente, somos dioses.

—A la mayoría de los dioses no les gusta que se usen sus nombres como juramento —respondió ella, sentándose a su lado.

—Entonces son demasiado pomposos para mi gusto —dijo Sondeluz, arrojando otra piedrecita. Falló, y un criado la recogió—. Personalmente, me resultaría muy halagador que usaran mi nombre como juramento. ¡Sondeluz el Audaz! O: ¡Por Sondeluz el Audaz! Supongo que llena demasiado la boca. ¡Tal vez deberíamos dejarlo en Sondeluz a secas!

—Chico, juro que cada día te vuelves más extraño.

—Pues lo cierto es que no. No has jurado al decir eso. A menos que estés proponiendo que juremos usando los pronombres y adjetivos posesivos.

Ella gruñó entre dientes.

Sondeluz la miró.

—No me lo merezco todavía. Apenas he empezado. Hay algo más que te molesta.

—Madretodos —dijo ella.

—¿Sigue sin darte las órdenes?

—Incluso se niega a hablar conmigo.

Él coló una piedrecita en una urna.

—Ah, si supiera la refrescante sensación de frustración que se pierde al negar relacionarse contigo...

—¡No soy tan frustrante! —dijo Encendedora—. He sido bastante amable con ella.

—Entonces imagino que ese es el problema. Somos dioses, querida, y nos cansamos rápidamente de nuestras inmortales existencias. Buscamos estados extremos de emoción: bueno o malo, no importa. En cierto modo, es el *valor absoluto* de la emoción lo que importa, no la naturaleza positiva o negativa de esa emoción.

Encendedora guardó silencio. También lo hizo él.



—Sondeluz, querido —dijo ella por fin—. Por tu nombre, ¿qué significaba eso?

—No estoy seguro del todo. Se me acaba de ocurrir. Pero puedo visualizar lo que significa en mi cabeza. Con números.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, verdaderamente preocupada.

Imágenes de guerra destellaron en la mente de Sondeluz. Su mejor amigo, un hombre a quien no conocía, muriendo con una espada en el pecho.

—No estoy seguro —respondió—. Las cosas han sido muy raras para mí últimamente.

Ella guardó un breve silencio.

—¿Quieres venir a mi palacio y retozar? Eso siempre me hace sentir mejor.

Él arrojó una piedra, sonriendo.

—Querida, eres incorregible.

—Soy la diosa de la lujuria, por tu bien. Tengo que cumplir con mi función.

—La última vez que lo comprobé, eras la diosa de la sinceridad.

—La sinceridad y las emociones sinceras, querido —repuso ella dulcemente—. Y déjame que te diga que la lujuria es la más sincera de todas las emociones. ¿Qué estás haciendo con esas tontas piedrecitas?

—Cuento.

—¿Cuentas tus locuras?

—Eso —dijo él, lanzando otra—, y el número de sacerdotes que entran por las puertas vistiendo los colores de los diferentes dioses.

Encendedora frunció el ceño. Era mediodía, y las puertas estaban siempre ocupadas con las idas y venidas de sirvientes y faranduleros. Solo muy esporádicamente se veían sacerdotes o sacerdotisas, ya que llegaban temprano para atender a sus dioses.

—Cada vez que entra un sacerdote de un dios concreto —dijo Sondeluz—, lanzo una piedrecita a la urna que representa a ese dios.

Encendedora lo vio arrojar y fallar, otra piedra. Como Sondeluz había instruido, uno de los criados recogió la piedra y la metió en la urna

adecuada. Violeta y plata. Al lado, una de las sacerdotisas de Esperanzador cruzó el jardín en dirección al palacio de su dios.

—Estoy impresionada —dijo Encendedora por fin.

—Es fácil. Ves a alguien vestido de púrpura y tiras una piedrecita a la urna de ese color.

—Sí, querido. Pero ¿por qué?

—Para llevar el cómputo de cuántos sacerdotes de cada dios entran en la corte, por supuesto. Se han reducido a un hilillo. Veloz, ¿te importa contar?

Llarimar hizo una reverencia y luego reunió a varios sacerdotes y escribas, a los que ordenó vaciar las urnas y contar el contenido de cada una.

—Mi querido Sondeluz —dijo Encendedora—, pido disculpas si te he estado ignorando últimamente. Madretodos ha sido descortésmente ajena a mis sugerencias. Si mi falta de atención ha causado que tu frágil mente se quebrante...

—Mi mente no está quebrantada, gracias —respondió él, irguiéndose en el asiento para ver contar a los criados.

—Entonces debes de estar muy aburrido. Tal vez podamos encontrar algo para entretenerte.

—Estoy bien entretenido.

Sonrió incluso antes de que los resultados del conteo concluyeran. Mercestrella tenía una de las pilas más pequeñas.

—¿Sondeluz? —preguntó Encendedora. Su actitud juguetona había desaparecido.

—Mandé llamar a mis sacerdotes temprano —dijo él, mirándola—. Y les dije que se colocaran aquí, delante de las puertas, antes incluso de que saliera el sol. Llevamos ya seis horas contando sacerdotes.

Llarimar se acercó y le tendió una lista de los dioses y el número de sacerdotes que habían entrado vistiendo sus colores. Sondeluz le echó un vistazo y asintió para sí.

—Algunos dioses tienen más de cien sacerdotes a su servicio, pero un par de ellos apenas disponen de una docena. Mercestrella es uno de estos últimos.

—¿Y qué? —preguntó Encendedora.

—Voy a enviar a mis sacerdotes a vigilar y contar al palacio de Mercestrella, para que hagan el cómputo de los sacerdotes que hay allí. Me da la impresión de que ya sé el resultado. Mercestrella no tiene menos sacerdotes que el resto de nosotros. Simplemente entran en la corte por otro sitio.

Encendedora lo miró desconcertada, pero entonces ladeó la cabeza.

—¿Los túneles?

Sondeluz asintió.

Ella se echó hacia atrás, suspirando.

—Bueno, al menos no estás loco ni aburrido. Solo estás obsesionado.

—Algo pasa en esos túneles, Encendedora. Y está relacionado con el criado que fue asesinado.

—¡Sondeluz, tenemos problemas mucho mayores de los que preocuparnos! —La diosa sacudió la cabeza, llevándose las manos a la frente como si tuviese jaqueca—. No me puedo creer que sigas enredado con esto. ¡De veras! El reino está a punto de entrar en guerra, por primera vez tu posición en la asamblea es importante, y ¿te preocupas por cómo entran los sacerdotes en la corte?

Sondeluz hizo una pausa.

—Mira —dijo finalmente—, déjame demostrarte mi argumento.

Recogió una cajita del suelo. La alzó, mostrándosela a Encendedora.

—Una caja —dijo ella, sin ningún interés—. Desde luego, un argumento muy convincente.

Él abrió la caja y mostró en la mano una pequeña ardilla gris. Estaba perfectamente inmóvil, mirando sin ver, el pelaje agitado por la brisa.

—Un roedor sinvida —dijo Encendedora—. Eso está mejor. Ya me noto extasiada.

—Quien irrumpió en el palacio de Mercestrella usó esto como distracción. ¿Sabes algo acerca de domar sinvidas, querida?

Ella se encogió de hombros.

—Yo no sabía nada tampoco —dijo Sondeluz—. No hasta que le ordené a mis sacerdotes que domaran a este. Al parecer, hacen falta semanas para tomar el control de un sinvida del que no tienes las frases de

seguridad adecuadas. Ni siquiera estoy seguro de cómo funciona el proceso: tiene algo que ver con el aliento y la tortura, al parecer.

—¿Tortura? Los sinvidas no pueden sentir.

Sondeluz hizo un gesto de indiferencia.

—Sea como sea, mis sirvientes domaron a este por mí. Cuanto más fuerte y más habilidoso es el despertador que creó al sinvida, más difícil es domarlo.

—Por eso necesitamos conseguir las frases de Madretodos —dijo Encendedora—. Si le sucediera algo, sus diez mil sinvidas serían inútiles. ¡Harían falta años para domar a tantos sinvidas!

—El rey-dios y algunas de las sacerdotisas de Madretodos tienen también los códigos.

—Oh, ¿y crees que él nos los va a dar? ¿Suponiendo que se nos permita siquiera hablarle?

—Únicamente señalo que un solo asesino no podría destruir todo nuestro ejército —repuso Sondeluz, alzando la ardilla—. Ese no es el asunto. El asunto es que quienquiera que hiciera esta ardilla tenía una buena cantidad de aliento y sabía lo que se hacía. La sangre de la criatura ha sido sustituida por ícoralcohol y las suturas son perfectas. Las órdenes que controlaban al roedor eran extremadamente fuertes. Es una maravillosa pieza de arte biocromático.

—¿Y qué?

—Pues que la soltó en el palacio de Mercestrella, creando una distracción para poder colarse en esos túneles. Alguien más siguió al intruso, y esta segunda persona mató a un hombre para impedirle revelar lo que había visto. Haya lo que haya en esos túneles, conduzcan a donde conduzcan, es lo suficientemente importante para desperdiciar aliento. Y para matar.

Encendedora sacudió la cabeza.

—Sigo sin poder creer que te preocupe todo esto.

—Dijiste que sabías de los túneles. Hice preguntar a Llarimar, y hay otros que también los conocen. Se usan para almacenar material bajo los palacios, según dicen. Distintos dioses los han construido en diversas épocas durante la historia de la corte.

»Pero —continuó, entusiasmado—, ¡también podrían ser el lugar perfecto para establecer una operación clandestina! La corte está fuera de la jurisdicción de los guardias regulares de la ciudad. ¡Cada palacio es como un pequeño país autónomo! Imagina unos cuantos de esos

sótanos para que sus túneles conecten unos con otros, cada uno hasta más allá de las murallas para poder entrar y salir en secreto...

—Sondeluz, si algo tan secreto estuviera en marcha, ¿entonces por qué iban a usar los sacerdotes esos túneles para entrar en la corte? ¿No sería un poco sospechoso? Quiero decir, si hasta tú te has dado cuenta, no sería muy difícil de descubrir.

Sondeluz vaciló y se ruborizó ligeramente.

—Por supuesto —admitió—. ¡Me esfuerzo tanto en pretender ser útil que me olvido de mí mismo! Gracias por recordarme que soy un idiota.

—Sondeluz, no pretendía...

—No; es verdad —replicó él, poniéndose en pie—. ¿Para qué molestarse? Tengo que recordar quién soy, Sondeluz, el dios que se detesta a sí mismo. La persona más inútil a quien jamás se concedió la inmortalidad. Pero respóndeme a una pregunta.

Encendedora vaciló.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué? —quiso saber él, mirándola—. ¿Por qué tengo que odiar ser dios? ¿Por qué actúo de manera tan frívola? ¿Por qué socavo mi propia autoridad? ¿Por qué?

—Siempre he dado por hecho que te divertía el contraste.

—No. Encendedora, fui así desde el primer día. Cuando desperté, me negué a creer que era un dios. Me negué a aceptar mi lugar en este panteón y esta corte. He actuado así desde entonces. Y, si puedo decirlo, me he ido haciendo un poco más listo a medida que han pasado los años, pero eso ahora no importa. En lo que debo concentrarme, el punto crucial es por qué.

—No lo sé —reconoció ella.

—Yo tampoco. Pero fuera quien fuese yo antes, está intentando salir. Sigue susurrándome que indague este misterio. Sigue advirtiéndome que no soy ningún dios. Sigue instándome a tratar con todo esto de una manera frívola. —Sacudió la cabeza—. No sé quién fui... nadie quiere decírmelo. Pero estoy empezando a tener sospechas. Fui una persona que no podía quedarse sentada y dejar que algo sin explicación se escurriera en la bruma de la memoria. Fui un hombre que odiaba los secretos. Y ahora estoy empezando a comprender cuántos secretos hay en esta corte.

La diosa pareció sorprendida.

—Bien, si me disculpas, tengo unos asuntos que atender —dijo él, y salió del pabellón seguido por sus sirvientes.

—¿Qué asuntos? —preguntó Encendedora, incorporándose.

Él se volvió para mirarla.

—Voy a ver a Madretodos. Hay algunas órdenes sin vida con las que he de tratar.

Una semana viviendo en las calles sirvió para alterar drásticamente la perspectiva que Vivenna tenía sobre la vida.

Vendió su pelo al segundo día por una insignificante suma de dinero. La comida que compró ni siquiera le llenó el estómago, y no tuvo fuerzas para volver a hacer crecer sus mechones. El corte de pelo ni siquiera tuvo la dignidad de estar bien hecho: era un trabajo a base de trasquilones, y el cabello restante habría seguido siendo blanco, de no ser porque estaba opaco y ennegrecido por la suciedad y el hollín.

Había pensado en vender su aliento, pero ni siquiera sabía adónde ir ni cómo abordar el asunto. Además, tenía la sensación de que Denth estaría vigilando en los sitios donde pudiera hacerlo. Aparte de eso, no tenía ni idea de cómo sacar los alientos de su chal, ahora que los había metido allí dentro.

Tenía que permanecer en secreto, invisible. No podía llamar la atención.

Se hallaba sentada en la acera, tendiendo la mano a los peatones, la cabeza gacha. No recibió ninguna limosna. Ignoraba cómo lo hacían los otros mendigos, pero sus exiguas ganancias parecían un tesoro sorprendente. Sabían algo que ella no sabía: cómo sentarse, cómo suplicar. Los transeúntes aprendían a evitar a los mendigos, incluso con los ojos. Los mendigos de éxito, pues, eran aquellos que conseguían atraer la atención.

Vivenna no estaba segura de querer llamar la atención. Aunque la creciente hambre había acabado por empujarla hacia las calles concurridas, temía que Denth o Vasher pudieran encontrarla.

Cuanta más hambre tenía, menos le preocupaba todo lo demás. Comer era un problema acuciante. Denth o Vasher eran un problema para después.

La riada de gente con sus vestidos de colores continuaba pasando. Vivenna los miraba sin fijarse en sus caras o cuerpos. Solo veía colores. Como una rueda, cada uno mostraba un tono diferente. «Denth no me encontrará aquí —pensó—. No verá a la princesa en la mendiga callejera».

El estómago le gruñó. Estaba aprendiendo a ignorarlo. Igual que la gente la ignoraba a ella. No se consideraba una auténtica mendiga o una hija de la calle, apenas llevaba una semana en esa situación. Pero sí estaba aprendiendo a imitarlas, y su mente se sentía aturdida últimamente. Desde que se había deshecho de su aliento.

Acercó el chal. Lo llevaba siempre consigo.

Apenas podía creer todavía lo que habían hecho Denth y los demás. Tenía buenos recuerdos de sus bromas. No podía conectar aquello con lo que había visto en el sótano. De hecho, en ocasiones se levantaba para buscarlos. Sin duda, todo se trataba de una alucinación. Sin duda, no podían ser hombres tan terribles.

«Eso es una tontería —pensó—. Tengo que concentrarme. ¿Por qué mi mente ya no funciona bien?».

¿Concentrarse en qué? No había mucho en lo que pensar. No podía volver con Denth y Parlin estaba muerto. Las autoridades de la ciudad no serían de ninguna ayuda, todo lo contrario, visto los rumores acerca de la princesa idriana que estaba causando tantos problemas. La arrestarían sin vacilar. Si habían más agentes de su padre en la ciudad, no tenía ni idea de cómo localizarlos sin exponerse a Denth. Además, había buenas posibilidades de que este hubiera encontrado a esos agentes y los hubiera matado. Había sido muy listo al mantenerla cautiva, eliminando en silencio a aquellos que podrían haberla llevado a lugar seguro. ¿Qué pensaba su padre? Seguramente la suponía perdida; todos los hombres que había enviado a recuperarla habían desaparecido misteriosamente, y Hallandren estaba cada vez más cerca de declarar la guerra.

Eran preocupaciones lejanas. Lo primero era su estómago, que gruñía. Había comedores de caridad en la ciudad, pero en el primero al que acudió divisó a Tonk Fah apoyado en una puerta al otro lado de la calle. Vivenna se dio media vuelta y se marchó rápidamente, rogando que no la hubiera visto. Por el mismo motivo, no se atrevía a abandonar la ciudad. Denth seguro que había apostado hombres en las salidas. Además, ¿dónde podría ir? No tenía suministros para un viaje de regreso a Idris.

Tal vez podría marcharse si conseguía ahorrar suficiente dinero. Eso era difícil, casi imposible. Cada vez que conseguía una moneda, se la gastaba en comida. No podía evitarlo. Nada más parecía importar.

Ya había perdido peso. Su estómago volvió a gruñir.

Así que permaneció allí sentada, sudorosa y sucia, a la sombra. Seguía vistiendo solo su ropa interior y el largo chal, aunque todo estaba tan sucio que era difícil decir dónde terminaba la ropa y empezaba la piel. Su antigua y arrogante negativa a vestir atuendos elegantes parecía ahora ridícula.

Sacudió la cabeza, tratando de despejarse. Una semana en la calle parecía una eternidad; sin embargo, sabía que solo había empezado a experimentar la vida de los pobres. ¿Cómo sobrevivían, durmiendo en callejones, mojados por la lluvia cada día, alarmados ante cada sonido, tan famélicos que se sentían tentados de coger y comer la basura



podrida que encontraban en los rincones? Vivenna lo había intentado. Incluso había conseguido comer algo.

Era lo único que había comido en dos días.

Alguien se detuvo a su lado. Ella alzó la cabeza, ansiosa, la mano tendida, hasta que vio los colores que vestía el hombre. Amarillo y azul. La guardia de la ciudad. Agarró el chal, arrebujiándose en él. Era una tontería, pues nadie sabía que contenía los alientos, pero fue un movimiento reflejo. El chal era lo único que poseía y, por poquita cosa que fuera, varios bribones callejeros habían intentado robárselo ya mientras dormía.

El guardia no intentó coger el chal. Tan solo le dio a ella un golpe con la porra.

—Anda —dijo—, muévete. No se puede mendigar en esta esquina.

No dio explicaciones. Nunca las daban. Al parecer había reglas sobre dónde podían sentarse los mendigos y dónde no, pero nadie se molestaba en darles explicaciones. Las leyes eran cosa de los señores y los dioses, no de la clase baja.

«Ya empiezo a pensar en los señores como si fueran de otra especie», se dijo con ironía.

Se puso en pie y sintió un momento de náusea y mareo. Se apoyó contra la pared del edificio y el guardia volvió a golpearla, para que se moviera.

Ella agachó la cabeza y se internó entre la multitud, aunque la mayoría se apartaban. Era irónico que le dejaran espacio ahora que no le importaba. No quería pensar en cómo olía, aunque más que el olor, era el miedo a que les robaran lo que mantenía a los peatones a distancia. No tendrían que haberse preocupado: Vivenna no tenía habilidad para cortar bolsas o sisar bolsillos, y no podía permitirse que la capturaran intentándolo.

Había dejado de preocuparse por la moralidad de robar hacía días. Antes de cambiar los callejones de los suburbios por las calles, no era tan ingenua como para creer que no robaría si le negaban comida, aunque suponía que tardaría bastante en llegar a ese estado.

Se despegó de la multitud y regresó a los suburbios idrianos. Allí la aceptaban un poco. Al menos la consideraban una de ellos. Nadie sabía que era la princesa: después de aquel primer hombre, nadie la había reconocido. Sin embargo, su acento le había ganado un sitio.

Empezó a buscar un lugar para pasar la noche. Era uno de los motivos por los que había decidido no seguir mendigando. Estaba muy cansada y quería un buen sitio para dormir. No había mucha diferencia entre los

diversos callejones, pero algunos eran más seguros, más cálidos u ofrecían mejor reparo de la lluvia que otros. Estaba aprendiendo estas cosas, además de a quién evitar enfadar.

En su caso, este grupo incluía casi a todo el mundo, incluyendo a los pillastres callejeros. Todos estaban por encima de ella en el orden establecido. Lo había aprendido el segundo día, tras conseguir unas monedas a cambio de unos mechones de su pelo, con la intención de tener una oportunidad de dejar la ciudad. Ignoraba como los pillastres habían descubierto que tenía dinero, pero recibió la primera paliza ese día.

Su callejón favorito estaba ocupado por un grupo de hombres de expresiones sombrías, haciendo algo obviamente ilegal. Vivenna se alejó en dirección a su segundo callejón favorito. Estaba ocupado por una banda de pillastres callejeros, los que le habían dado la paliza antes. Se marchó a toda prisa también.

El tercer callejón estaba vacío. Se hallaba junto a un edificio con una panadería. Los hornos no habían sido encendidos aún para el trabajo de la noche, pero proporcionarían algo de calor a través de las paredes al amanecer.

Se tendió con la espalda apoyada contra los ladrillos y se arrebujo en su chal. A pesar de la falta de almohada o mantas, se quedó dormida en un instante.

Siri disfrutaba de una comida en los jardines de la corte cuando Treledees la encontró. Ella lo ignoró, ocupada en picar de los diversos platos.

El mar, había decidido, era algo bastante extraño. ¿Qué otra cosa podía decirse de un lugar que engendraba criaturas con tentáculos viscosos y cuerpos sin hueso, y otros llenos de espinas? Tomó un bocado de algo que los locales llamaban pepino, pero que en realidad no sabía a eso.

Probó cada plato con los ojos cerrados, concentrada en el sabor. Algunos no eran tan malos como otros, pero ninguno le gustó demasiado. El pescado no la atraía.

«Tendría problemas para ser una verdadera hallandrense», pensó mientras bebía un sorbo de zumo de fruta.

Por fortuna, este estaba delicioso. La variedad y los sabores de las numerosas frutas de Hallandren era casi tan notable como la extrañeza de sus frutos marinos.

Treledees se aclaró la garganta. El sumo sacerdote del rey-dios no estaba acostumbrado a esperar.

Siri asintió a sus sirvientas, indicándoles que prepararan otra serie de platos. Susebron había estado enseñándole cómo comer con etiqueta, y quería practicar. La curiosa manera con que él comía (a bocados pequeños, sin terminar nada) era un buen modo de probar nuevos platos. Ella quería familiarizarse con Hallandren, sus costumbres, su gente, sus sabores. Había obligado a sus sirvientas a hablarle más y planeaba reunirse con más dioses. En la distancia, vio pasar a Sondeluz y lo saludó con afecto. Él parecía extrañamente preocupado: le devolvió el saludo, pero no se acercó a ella.

«Lástima —pensó—. Habría tenido una buena excusa para hacer esperar a Treledees».

El sumo sacerdote volvió a aclararse la garganta, esta vez con más exigencia. Finalmente, Siri se levantó, indicando a sus sirvientas que se quedaran atrás.

—¿Te importaría dar un paseo conmigo, excelencia? —propuso ella, animosa. Pasó de largo ante él, moviéndose lánguidamente con su hermoso vestido violeta y la finísima cola de seda que arrastraba por la hierba.

Él la alcanzó.

—Tenemos que hablar de algo.

—Ya. Hoy me has llamado varias veces.

—Pero no has acudido —dijo él.

—Me parece que la consorte del rey-dios no debería acudir corriendo cada vez que se la solicita.

Treledees frunció el ceño.

—Sin embargo —continuó ella—, por supuesto estaré disponible para el sumo sacerdote si viene a hablar conmigo.

Él la miró, alto y erguido, vestido con los colores del día del rey-dios: azul y cobre.

—No deberías enfrentarte a mí, alteza.

Siri sintió un fugaz arrebató de ansiedad, pero contuvo su pelo antes de que se volviera blanco.

—No me enfrento a ti. Simplemente establezco algunas reglas que tendrían que haber sido comprendidas desde el principio.

Treledees mostró un atisbo de sonrisa.

«¿Sonríe? —pensó ella con sorpresa—. ¿Por qué esa reacción?».

Él se detuvo.

—¿Es eso? —dijo con voz condescendiente—. Sabes muy poco de lo que presumes, alteza.

«¡Maldición! —pensó Siri—. ¿Cómo se me va de las manos tan rápidamente esta conversación?».

—Podría decirte lo mismo, excelencia. —El enorme templo negro del palacio se alzaba sobre ellos, bloques de puro ébano apilados como los juguetes de un niño gigantesco.

—¿Sí? —respondió él, mirándola—. Lo dudo.

Ella tuvo que contener otra punzada de ansiedad. Treledees volvió a sonreír.

«Vaya —pensó Siri—. Es como si me leyera las emociones. Como si pudiera ver...».

Su pelo no había cambiado de color, al menos no de forma discernible. Miró a Treledees, tratando de comprender qué iba mal. Advirtió algo interesante. Alrededor del sumo sacerdote, la hierba parecía más colorida.

«Aliento —pensó ella—. ¡Pues claro que lo tiene! Es uno de los hombres más poderosos del reino».

La gente que poseía mucho aliento veía supuestamente cambios diminutos de color. ¿Podía estar leyendo él reacciones tan leves en su cabello? ¿Por eso se había mostrado siempre tan despectivo? ¿Podía sentir su temor?

Apretó los dientes. En su juventud, Siri había ignorado los ejercicios que hacía Vivenna para tener absoluto control sobre su cabello. Siri era una persona emocional, y la gente podía leer en ella a pesar de su pelo, así que había decidido que no tenía sentido aprender a manipular los Mechones Reales.

No había imaginado una corte de dioses y hombres con el poder de la biocroma. Sus tutores habían sido más inteligentes de lo que Siri quería reconocer. Igual que los sacerdotes. Ahora que lo pensaba, era obvio que Treledees y los demás habrían estudiado los significados de todos los cambios de tono del pelo.

Tenía que recuperar el rumbo de la conversación.

—No olvides, Treledees, que eres tú quien ha venido a verme a mí. Obviamente, tengo algo de poder aquí, si puedo forzar incluso al sumo sacerdote a hacer lo que deseo.

Él la miró con frialdad. Concentrándose, ella mantuvo su cabello de un negro intenso. Negro, de confianza. Lo miró a los ojos y no dejó que el menor cambio de tono afectara a sus mechones.

Él se volvió por fin.

—He oído rumores preocupantes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Parece que ya no cumples con el débito conyugal. ¿Estás embarazada?

—No. Me bajó la regla hace unos días. Puedes preguntárselo a mis criadas.

—Entonces ¿por qué has dejado de intentarlo?

—Pero bueno —repuso ella—. ¿Están decepcionados tus espías por perderse el espectáculo nocturno?

Treledees se ruborizó levemente. La miró, y ella consiguió mantener el pelo perfectamente negro. Ni un leve atisbo de blanco o rojo. Él pareció más inseguro.

—Vosotros, los idrianos —espetó el sacerdote—, vivís en vuestras lejanas montañas, sucios e incultos, pero siempre suponiendo que sois mejores que nosotros. No me juzgues. No nos juzgues. No sabes nada.

—Sé que has estado escuchando en los aposentos del rey-dios.

—No solo escuchando —repuso Treledees—. Las primeras noches había un espía dentro de los aposentos.

Siri no pudo disimular su sonrojo. Su cabello permaneció negro, pero si Treledees tenía realmente suficiente biocroma para distinguir los cambios sutiles, habría visto una pincelada de rojo.

—Soy consciente del veneno que predicán vuestros monjes —prosiguió Treledees, dándose la vuelta—. El odio con que sois adoctrinados. ¿De verdad crees que dejaría a una mujer de Idris presentarse ante el rey-dios sola, sin vigilancia? Tuvimos que asegurarnos de que no pretendías matarlo. Todavía no estamos convencidos.

—Hablas con notable franqueza.

—Dejo en claro algunas cosas que tendría que haber establecido desde el principio. —Se detuvieron a la sombra del enorme palacio—. Aquí no eres importante, no comparada con nuestro rey-dios. Él lo es todo, y tú no eres nada. Igual que el resto de nosotros.

«Si Susebron es tan importante —pensó Siri, mirando a los ojos de Treledees—, ¿entonces por qué planeas matarlo?». Él le sostuvo la mirada. La mujer que Siri era unos pocos meses antes habría bajado la cabeza, pero cuando se sintió débil recordó a Susebron. Treledees estaba orquestando el plan para someter, controlar y al final matar a su propio rey-dios.

Y ella quería saber por qué.

—He dejado de acostarme con el rey-dios a propósito —dijo, manteniendo el cabello oscuro con cierto esfuerzo—. Sabía que llamaría tu atención.

En realidad, ella simplemente había dejado de hacer sus numeritos cada noche. La reacción de Treledees, por fortuna, demostró que los

sacerdotes se habían creído sus actuaciones. Bendijo su suerte por eso. Puede que todavía no supieran que podía comunicarse con Susebron. Tenía mucho cuidado de hablar en susurros cada noche, e incluso había empezado a comunicarse por escrito ella misma, para mantener la charada.

—Debes engendrar un heredero —dijo Treledees.

—¿O qué? ¿Por qué estás tan ansioso?

—No es de tu incumbencia. Baste decir que tengo obligaciones que no puedes comprender. Soy súbdito de los dioses y cumplo su voluntad, no la tuya.

—Pues vas a tener que ceder en esa parte si quieres tu heredero.

A Treledees no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Le miró el pelo. Y, de algún modo, ella consiguió que no mostrara ni una leve sombra de inseguridad. La miró a los ojos.

—No puedes matarme, Treledees —le recordó ella—. No si quieres un heredero real. No puedes amedrentarme ni obligarme. Solo el rey-dios podría hacer eso. Y todos ya sabemos cómo es.

—No sé a qué te refieres.

—Oh, anda ya. ¿De verdad esperabas que me acostara con él y no descubriera que no tiene lengua? ¿Que es virtualmente un niño? Dudo que pueda hacer sus necesidades sin ayuda de los criados.

Treledees se ruborizó de furia.

«Le preocupa de verdad —advirtió Siri—. O, al menos, se toma los insultos al rey-dios como afrentas personales. Es más devoto de lo que suponía».

Así que probablemente no era un asunto de dinero. Siri sospechaba que ese no era el tipo de hombre que vendía su religión. Fueran cuales fuesen los motivos de lo que sucedía en el palacio, probablemente tenía que ver con convicciones auténticas.

Revelar lo que sabía sobre Susebron era una jugada. Imaginaba que Treledees lo averiguaría de todas formas, y por eso prefería mencionar que sabía que Susebron era un necio con la mente de un niño. Dar un poco de información, pero también despistar con otra. Si ellos asumían que creía que Susebron era tonto, no sospecharían de una conspiración entre su marido y ella.

No obstante, dudaba de estar haciendo lo adecuado. Pero tenía que aprender, o Susebron moriría. Y el único modo de aprender era

arriesgarse. No tenía mucho, pero sí una cosa que los sacerdotes querían: su vientre.

Parecía que podría negociar de manera efectiva, pues Treledees contuvo su ira y mantuvo un semblante de calma. Se dio la vuelta y contempló el palacio.

—¿Sabes algo de la historia de este reino? Quiero decir, después de que se marchara tu familia.

Ella frunció el ceño, sorprendida por la pregunta. «Más de lo que probablemente crees», pensó.

—No mucho —dijo.

—Lord Dalapaz nos dejó con un desafío —respondió Treledees—. Nos dio el tesoro de nuestro rey-dios, que ahora posee un aliento biocromático único en la historia. Más de cincuenta mil alientos. Nos dijo que los guardáramos a salvo. Y nos advirtió que no los usáramos.

Siri sintió un leve escalofrío.

—No espero que comprendas lo que hemos hecho —prosiguió el sacerdote—. Pero era necesario.

—¿Necesario mantener a un hombre en cautividad? ¿Privarlo de la capacidad de hablar, convertir en un niño a un hombre adulto? ¡Ni siquiera sabía lo que tenía que hacer con una mujer!

—Fue necesario —dijo Treledees, la mandíbula firme—. Idrianos. Ni siquiera intentáis comprender. He tenido tratos con tu padre durante años, y he encontrado en él el mismo prejuicio ignorante.

«Me está picando», pensó Siri, manteniendo sus emociones bajo control, aunque con gran esfuerzo.

—Creer en Austre en vez de en vuestros dioses vivientes no es ignorancia. Después de todo, sois vosotros los que abandonasteis nuestra fe y seguisteis un camino más fácil.

—Seguimos al dios que vino a protegernos cuando vuestro Austre, un ser invisible y desconocido, nos abandonó al destructor Kalad. Dalapaz retornó a la vida con un propósito concreto: acabar con el conflicto entre los hombres, traer de nuevo la paz a Hallandren. —La miró—. Su nombre es sagrado. *Él* es quien nos dio vida, Receptáculo. Y solo nos pidió una cosa: que cuidáramos de su poder. Murió para dárnoslo, pero exigió que lo conserváramos por si tenía que retornar de nuevo y lo necesitaba. No podíamos permitir que se empleara. No podíamos dejar que se profanara. Ni siquiera por nuestro rey-dios.



Guardó silencio.

«Entonces ¿cómo le extraéis ese tesoro para transmitirlo?», pensó ella, y tuvo ganas de preguntarlo. ¿Sería revelar demasiado?

Treledees continuó.

—Ahora veo por qué tu padre te envió en lugar de tu hermana. Tendríamos que haber estudiado a todas las hijas, no solo a la primera. Tú eres más capaz de lo que nos han hecho creer.

Aquella declaración la sorprendió, pero mantuvo el cabello bajo control. Treledees suspiró, apartando la mirada.

—¿Cuáles son tus exigencias? ¿Qué hace falta para que vuelvas a tus... deberes cada noche?

—Mis criadas. Quiero sustituir a mis principales sirvientas por mujeres de Pahn Kahl.

—¿Estás descontenta con tus criadas?

—No particularmente. Simplemente pienso que tengo más cosas en común con las mujeres de Pahn Kahl. Ellas, como yo, viven exiliadas de su pueblo. Además, me gusta el color marrón que visten.

—Por supuesto —dijo Treledees, pensando que eran sus prejuicios idrianos los que motivaba aquella petición.

—Las muchachas de Hallandren pueden continuar sirviendo en las funciones que hacían las mujeres de Pahn Kahl —continuó Siri—. No tienen que dejarme por completo: de hecho, sigo queriendo hablar con algunas de ellas. Sin embargo, las mujeres que estarán siempre conmigo serán de Pahn Kahl.

—Así se hará —contestó Treledees—. ¿Volverás a tus obligaciones, pues?

—Por ahora. Eso te proporcionará unas semanas más.

Treledees frunció el ceño, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Siri le sonrió, se dio media vuelta y se marchó. Sin embargo, no se sentía satisfecha con el tono que había seguido la conversación. Había conseguido una victoria, pero al precio de enfrentarse todavía más a Treledees.

«Dudo que hubiera acabado por apreciarme, no importa cuánto lo hubiera intentado —decidió, sentándose en su pabellón—. Probablemente es mejor así».

Seguía sin saber qué iba a pasar con Susebron; al menos había confirmado que era posible manipular a los sacerdotes. Eso significaba algo, aunque pisaba terreno peligroso. Volvió a su comida, dispuesta a seguir probando otra ronda de pescado. Se esforzaba en aprender cosas de Hallandren. Esperaba que darle a los Pahn Kahl de Dedos Azules un papel más prominente a su servicio facilitara su huida. Eso esperaba.

Con un suspiro, se llevó un bocado a la boca y continuó probando la comida.

Vivenna presentó su moneda.

—¿Una pieza? —preguntó Cads—. ¿Eso es todo? ¿Una sola pieza?

Era uno de los hombres más sucios que Vivenna había visto jamás, incluso en las calles. Pero era evidente que le gustaba presumir de ropa. Era su estilo: ropa gastada y sucia de última moda. Parecía pensar que eso era gracioso. Una burla a los nobles.

Sopesó la moneda en sus mugrientos dedos.

—Una pieza —repitió.

—Por favor —susurró Vivenna. Se encontraban en la boca de un callejón, detrás de dos restaurantes. Dentro del callejón, los golfos callejeros rebuscaban en la basura. Basura fresca de dos restaurantes. Su estómago crujió.

—Me cuesta creer que esto sea todo lo que has conseguido hoy, señoritinga —dijo el hombre.

—Por favor, Cads —repitió ella—. Sabes... sabes que no mendigo bien.

Estaba empezando a llover. Otra vez.

—Deberías hacerlo mejor. Incluso los niños pueden traerme al menos dos.

Tras él, los afortunados que lo habían complacido continuaron con su festín. Olía muy bien. O tal vez era el aroma de los propios restaurantes.

—Hace días que no pruebo bocado —suplicó ella, parpadeando para espantar la lluvia.

—Entonces hazlo mejor mañana —replicó él, rechazándola.

—Mi moneda...

Cads llamó a sus matones cuando ella hizo intención de dar un paso. Vivenna retrocedió tropezando.

—Mañana trae dos —dijo Cads, metiéndose en su callejón—. Tengo que pagar a los dueños de los restaurantes, ya sabes. No puedo dejarte comer gratis.

Vivenna se quedó mirándolo. No porque pensara que podría hacerlo cambiar de opinión, sino porque le costaba aceptar aquella decisión injusta. Era su última oportunidad de conseguir comida ese día. Una sola moneda no le compraría más que un bocado en cualquier parte, pero allí, la última vez, le había permitido comer hasta saciarse.

Eso había sido una semana antes. ¿Cuánto tiempo llevaba ya en las calles? No lo recordaba. Se dio la vuelta, aturdida, y se arrebujo en su chal. Anochece. Debería mendigar un poco más.

Se estremeció, como si con aquella moneda hubiera perdido su posesión más valiosa.

No. Eso lo tenía todavía. Apretó con fuerza el chal.

¿Por qué era importante? Le costaba recordarlo.

Pensó en las tierras altas. Su hogar. Una parte de ella comprendía que no debería sentirse tan cambiada respecto a la persona que había sido. Era una princesa, ¿no? Pero se sentía tan débil que pronto ni siquiera el hambre la preocuparía demasiado. Todo era un error. Todo, fruto de un terrible error.

Se adentró en los suburbios y caminó arrastrando los pies, cuidando de mantener la cabeza gacha, la espalda encorvada, no fuera a ser que alguien la tomara con ella. Al cruzar una calle vaciló. Era allí donde esperaban las putas, protegidas de la lluvia por un alero.

Vivenna las miró, de pie con sus ropas insinuantes. Era apenas la segunda de las calles del suburbio, un lugar que no resultaba demasiado amenazador para los de fuera. Todos los rufianes sabían que no había que meterse con un hombre que fuera a visitar a las putas. A los señores de los suburbios no les gustaba que sus clientes se asustaran. Malo para el negocio, como habría dicho Denth.

Vivenna se quedó mirando. Las putas parecían bien alimentadas. No se las veía desastradas y varias reían. Podría unirse a ellas. Un pillo callejero se lo había dicho el otro día, mencionando que todavía era joven. Había querido llevarla a ver al señor del suburbio, esperando conseguir algo de dinero por reclutar a una chica bonita.

Era tentador. Comida. Calor. Una cama seca.

«Bendito Austre —pensó estremeciéndose—. ¿En qué estoy pensando? ¿Qué pasa con mi cabeza?». Le resultaba muy difícil centrarse, como si estuviera en trance todo el tiempo.

Se obligó a alejarse de aquellas mujeres. No haría eso. Todavía no.

Todavía no.

«Oh, Señor de los Colores —pensó horrorizada—. Tengo que marcharme de esta ciudad. Prefiero morir de hambre en el camino de regreso a Idris, ser capturada por Denth y torturada, que acabar en un burdel».

Sin embargo, igual que la inmoralidad de robar, la inmoralidad de vender su cuerpo le parecía más vaga ahora, cuando el hambre la acuciaba. Se dirigió al último de los callejones. La habían echado de los otros, pero este era bueno. Estaba apartado, aunque a menudo lo ocupaban los rufianes jóvenes. Su compañía le daba cierta sensación de protección, aunque sabía que por la noche la registraban en busca de monedas.

«No puedo creer lo cansada que estoy», pensó. La cabeza le daba vueltas. Se apoyó contra la pared e inspiró profundamente varias veces. Últimamente tenía mareos frecuentes.

Echó a andar de nuevo. El callejón estaba vacío, pues todo el mundo había salido en busca de unas monedas más. Cogió el mejor sitio, un montículo de piedra donde crecía un puñadito de hierba. Ni siquiera había muchos bultos en la tierra, aunque estaría mojada y llena de barro por la llovizna. No le importó.

Unas sombras oscurecieron el callejón tras ella.

Su reacción fue inmediata: echó a correr. Vivir en las calles enseñaba lecciones rápidas. Débil como estaba, su pánico le permitió un arrebató de agilidad. Entonces otra sombra se cruzó en el otro extremo del callejón, ante ella. Vivenna se detuvo y se volvió. Un grupo de matones avanzaba hacia ella.

Tras ellos se encontraba el hombre que le había robado el vestido hacía unas semanas. Parecía disgustado.

—Lo siento, princesa... —dijo—. He tardado lo mío en encontrarte. Has hecho un trabajo magnífico escondiéndote, pero la recompensa es muy jugosa.

Vivenna parpadeó. Y entonces simplemente se dejó resbalar hasta el suelo.

«No soporto más», pensó, abrazándose. Estaba exhausta, mental y emocionalmente. En cierto modo, se alegraba de que todo hubiera terminado. No sabía qué le iban a hacer aquellos hombres, pero se resignó. A quienquiera que la vendiesen no sería tan descuidado para dejarla escapar de nuevo.

Los matones la rodearon. Uno mencionó que debían llevarla a Denth. Unas ásperas manos la agarraron del brazo, arrastrándola para ponerla en pie. Ella se dejó hacer, la cabeza gacha. La llevaron a la calle principal. Oscurecía, pero no se veía a ningún pillo callejero ni mendigo.

«Tendría que haberme dado cuenta de que era una encerrona —pensó—. Todo estaba demasiado desierto».

Abrumada, ya no le quedaban fuerzas para intentar escapar, no de nuevo. Cuánta razón habían tenido sus tutores: cuando estabas débil y hambrienta, era difícil reunir energías para que te preocupara nada, incluso escapar.

Los hampones se detuvieron de golpe. Vivenna alzó la cabeza, parpadeando aturdida. Había algo en la calle mojada y oscura. Una espada negra. El arma, con la vaina plateada y todo, estaba clavada en la tierra.

Hubo un silencio. Uno de los matones arrancó la espada del suelo y soltó el cierre de la vaina. Vivenna sintió una súbita náusea, más un recuerdo que una sensación real. Retrocedió tambaleándose, horrorizada.

Los hampones, transfigurados, se congregaron en torno a su compañero. Uno de ellos intentó coger la empuñadura del arma.

El que la sostenía aún sin desenvainar la blandió y la estampó en el rostro de su compinche. Un humo negro empezó a brotar de la espada, alzándose desde la fina lasca de hoja que era visible.

Los hombres gritaron, todos tratando de hacerse con la espada. El que la empuñaba continuó blandiéndola, golpeando cada vez con más fuerza y causando más daño que antes. Los huesos crujieron y la sangre empezó a manar sobre el empedrado del suelo. Los hombres continuaron disputándose la espada, moviéndose con sorprendente velocidad. Vivenna, todavía retrocediendo, pudo verle sus ojos.

Estaban aterrorizados.

El hombre que le había robado el vestido cayó abatido de un espadazo en la espalda. Sus huesos crujieron. A esas alturas, la tela del brazo del rufián que empuñaba el arma se había desintegrado, y una negrura como de enredadera se retorció en torno a su hombro. Venas negras y latientes que abultaban en la piel. El hombre lanzó un agudo grito de desesperación.

Entonces dio la vuelta a la espada y se la clavó, con vaina y todo, en el pecho. El arma lo atravesó, aunque la vaina no parecía afilada. El pobre diablo cayó de rodillas, retorciéndose mientras las negras venas de su brazo empezaban a evaporarse. Murió así, mantenido erguido por la espada que le asomaba por la espalda y lo sostenía como el pie de un portarretratos.

Vivenna se encontró sola en una calle repleta de cadáveres. Una figura descendió desde un tejado, bajada por dos cuerdas animadas. Aterrizó

con suavidad, y las cuerdas quedaron inertes. Pasó ante Vivenna, ignorándola, y arrancó la espada, con vaina y todo, del cadáver.

El muerto cayó finalmente al suelo.

Vivenna lo miró aturdida. El hombre echó el cierre a la empuñadura del arma. Entonces ella se sentó en la calle. Ni siquiera parpadeó cuando Vasher la recogió y se la cargó al hombro.

—Su gracia no está interesada en veros —dijo la sacerdotisa, manteniendo una postura reverente.

—Bueno, no me interesa su desinterés —respondió Sondeluz—. Tal vez deberías preguntarle de nuevo, para asegurarnos.

La sacerdotisa bajó la cabeza.

—Mil perdones, divina gracia, pero ya le he preguntado catorce veces. La diosa Madretodos se está impacientando con vuestras peticiones, y me ha ordenado que no las siga atendiendo.

—¿Les habrá dado la misma orden a las otras sacerdotisas?

La mujer vaciló.

—Bueno, no, divina gracia.

—Perfecto. Llama a una de ellas y envíala a preguntarle a Madretodos si quiere verme.

La sacerdotisa suspiró. Sondeluz lo consideró una especie de victoria. Los sacerdotes de Madretodos se contaban entre los más píos y humildes de la corte. Si podía provocar su fastidio, significaba que podía hacerlo con cualquiera.

Esperó mientras la sacerdotisa iba a cumplir su petición. Madretodos podía darles órdenes e instrucciones, pero no podía decirles que ignoraran por completo a Sondeluz. Después de todo, era un dios. Mientras no les pidiera algo que Madretodos no hubiera prohibido explícitamente, tenían que obedecer.

Aunque eso molestara a su diosa.

—Estoy desarrollando una nueva habilidad —comentó Sondeluz divertido—. ¡Irritación por delegación!

Llarimar suspiró.

—¿Qué hay de lo que le dijisteis a la diosa Encendedora hace unos días, divina gracia? Parecía dar a entender que no ibais a molestar tanto a la gente.



—No dije nada de eso. Simplemente dije que iba a dar un poco más de importancia a la persona que fui. Eso no significa que piense descartar todos los progresos que he hecho en los últimos años.

—Vuestro sentido de la autoconciencia es notable, divina gracia.

—¡Lo sé! Ahora calla. La sacerdotisa vuelve.

En efecto, la mujer se acercó e hizo una reverencia ante Sondeluz.

—Mis disculpas, divina gracia. Nuestra diosa ha ordenado ahora que no se permita a ninguna sacerdotisa preguntarle si podéis entrar a verla.

—¿Les dijo que no podían preguntar si ella podía salir aquí?

—Sí, divina gracia. Y también todas las otras frases que puedan implicar que pides estar cerca de Su Gracia, o comunicaros con ella por carta, o transmitirle mensajes de cualquier forma.

—Hmm —dijo él, frotándose la barbilla—. Está mejorando. Bueno, supongo que no hay nada que hacer.

La sacerdotisa se relajó visiblemente.

—Veloz,  
emplaza mi pabellón aquí delante del palacio —ordenó Sondeluz—. Dormiré aquí esta noche.

La sacerdotisa dio un respingo.

—¿¡Que vais a hacer qué!? —exclamó Llarimar.

Sondeluz se encogió de hombros.

—No me moveré de aquí hasta que me reciba. ¡Hace más de una semana que lo intento! Si quiere ser testaruda, entonces demostraré que yo puedo serlo igualmente. —Miró a la sacerdotisa—. Tengo bastante práctica, ¿sabes? Es por ser un bufón insufrible y todo eso. Supongo que no te habrá prohibido que haya ardillas en el edificio, ¿verdad?

—¿Ardillas, divina gracia?

—Excelente —repuso Sondeluz, sentándose mientras sus sirvientes levantaban el pabellón. Sacó la ardilla sinvida de su caja y la alzó.

—Hierba almendrada —dijo en voz baja, pronunciando la nueva orden que había mandado imprimir a los suyos en la criatura sinvida. Entonces habló más fuerte, para que la sacerdotisa pudiera oírlo—. Ve al edificio, busca a la Retornada que vive allí y corre en círculos chillando como una marrana. No dejes que nadie te capture. Oh, y

estropea tantos muebles como te sea posible. —Y en voz baja repitió—: Hierba almendrada.

La ardilla saltó de su mano y salió disparada hacia el palacio. La sacerdotisa corrió tras ella, horrorizada. El animal empezó a chillar espantosamente; en absoluto parecía una ardilla. Desapareció dentro del edificio, escurriéndose entre las piernas de un sorprendido guardia.

—Qué deliciosa tarde se avecina —dijo Sondeluz, cogiendo un puñado de uvas mientras las sacerdotisas corrían detrás de la ardilla.

—No podrá cumplir todas esas órdenes, divina gracia —advirtió Llarimar—. Tiene la mente de una ardilla, a pesar del poder que el aliento le proporciona para obedecer órdenes.

Sondeluz se encogió de hombros.

—Ya veremos.

Empezó a oír exclamaciones de enfado dentro del palacio. Sonrió.

No obstante, Madretodos era testaruda, como quedaba demostrado por la completa incapacidad de Encendedora para manipularla. Mientras él estaba allí sentado, escuchando tan tranquilo a un grupo de músicos, una sacerdotisa asomaba de vez en cuando para comprobar su estado. Pasaron varias horas. Sondeluz no comió ni bebió mucho, para no tener que ir al excusado.

Ordenó a sus músicos que tocaran más fuerte. Había escogido a un grupo con mucha percusión.

Finalmente, una sacerdotisa de aspecto angustiado salió del palacio.

—Su Gracia os recibirá —dijo la mujer, haciendo una reverencia ante Sondeluz.

—Vaya —contestó Sondeluz—. ¿Tiene que ser ahora? ¿No puedo acabar de escuchar esta canción?

La sacerdotisa pareció desconcertada.

—Yo...

—Oh, entonces muy bien —dijo él, mientras se ponía en pie.

Madretodos estaba en su sala de audiencias. Sondeluz vaciló en la puerta, que, como todo en todos los palacios, estaba diseñada a escala divina. Frunció el ceño.

La gente hacía cola y Madretodos estaba sentada en un trono en la parte delantera de la sala. Era rellenita para tratarse de una diosa, y él

siempre había considerado su pelo blanco y su rostro arrugado una rareza dentro del panteón. En edad corporal, era la más vieja de los dioses.

Hacía tiempo que no la visitaba. De hecho... «La última vez que estuve aquí fue la noche antes de que Calmavidente entregara su aliento. Fue hace años, cuando compartimos la que sería su última cena».

Nunca había regresado. ¿Para qué? Solo se habían reunido a causa de Calmavidente. En la mayoría de esas ocasiones, Madretodos había sido muy clara al expresar lo que pensaba de Sondeluz. Al menos era sincera.

Eso era más de lo que podía decir de sí mismo.

Ella no lo saludó al verlo. Continuó sentada, un poco inclinada hacia delante, escuchando al hombre que en ese momento presentaba su petición. Era un tipo de mediana edad, envarado, apoyado en un bastón.

—Mis hijos pasan hambre —decía—. No puedo comprar comida. Pensé que, si mi pierna estuviera bien, podría volver a trabajar en los muelles. —Bajó la cabeza.

—Tu fe es encomiable —respondió Madretodos—. Dime, ¿cómo perdiste el uso de tu pierna?

—Un accidente de pesca, divina gracia. Vine de las tierras altas hace unos años, cuando las heladas se llevaron mis cosechas. Encontré trabajo en uno de los tormenteros, los barcos que salen durante las tempestades de primavera a capturar peces cuando los demás permanecen fondeados. Un barril me aplastó la pierna. Ahora nadie me acepta en los barcos, por mi cojera.

Madretodos asintió.

—No habría acudido a ti, pero mi esposa enferma y mi hija lloran de hambre...

La diosa adelantó una mano para posarla en el hombro del hombre.

—Comprendo tus dificultades, pero tus problemas no son tan severos como supones. Ve y habla con mi sumo sacerdote. En los muelles hay un hombre que me debe vasallaje. Tienes dos buenas manos: te pondrán a coser redes.

El hombre alzó la cabeza, la esperanza brillando en sus ojos.

—Ahora te enviaremos a tu casa con suficiente comida para cuidar de tu familia hasta que aprendas tu nuevo oficio —añadió Madretodos—. Ve con mi bendición.

El hombre se levantó, pero la emoción le pudo. Cayó de rodillas y rompió a llorar.

—Gracias —musitó—. Muchas gracias.

Los sacerdotes se acercaron y se lo llevaron. La sala quedó en silencio, y Madretodos se volvió hacia Sondeluz. Señaló a un lado con la cabeza, donde había un sacerdote sujetando un bulto peludo atado con cuerdas.

—Me han dicho que eso es tuyo —comentó.

—Ah, sí —respondió Sondeluz, ruborizándose un poco—. Lo siento mucho. Creo que se me escapó.

—¿Con una orden accidental para buscarme? ¿Y correr en círculos chillando?

—¿Funcionó? Interesante. Mi sumo sacerdote no creía que el cerebro de la ardilla fuera capaz de seguir órdenes tan complicadas.

Madretodos le dirigió una severa mirada.

—Oh —dijo Sondeluz—. Me refiero a que seguramente me entendió mal. Estúpida ardilla. Mis más profundas disculpas, honorable hermana.

La diosa suspiró, y luego señaló una puerta en un lado de la sala. Sondeluz se dirigió hacia allí y ella lo siguió, con varios sirvientes detrás. Madretodos se movía con el envaramiento de la edad. «¿Son imaginaciones mías, o parece más vieja que antes?». Eso, naturalmente, era imposible. Los Retornados no envejecían. Al menos, no los que habían alcanzado la madurez.

Una vez lejos de las miradas y los oídos de los peticionarios, Madretodos lo agarró por el brazo.

—En nombre de los Colores, ¿qué pretendes? —exclamó.

Sondeluz enarcó una ceja.

—Bueno, no querías recibirme, así que...

—¿Pretendes destruir la poca autoridad que nos queda, idiota? La gente de la ciudad comenta que los Retornados nos debilitamos, que los mejores de nosotros murieron hace años.

—Tal vez tengan razón.

Ella hizo una mueca.

—Si empiezan a creer eso, entonces perderemos nuestro acceso al aliento. ¿Has pensado en eso? ¿Has considerado lo que podría costarnos a todos tu falta de decoro, tu ligereza?

—¿Ese es entonces el motivo de tu muestra de magnanimidad? —preguntó él, mirando hacia la puerta.

—Antes, los Retornados no solo oían sin escuchar las peticiones para luego contestar que no. Se tomaban su tiempo para escuchar a cada persona que acudía a ellos, y luego los ayudaban lo mejor que podían.

—Parece demasiado trabajo, ¿no?

—Somos sus dioses. ¿Debería importarnos una pequeña molestia? —Lo miró—. Oh, claro. Claro, para ti sería un incordio que algo tan secundario como los dolores de nuestro pueblo interfieran con nuestro tiempo de ocio. No sé para qué me molesto en explicarte nada.

Se dio media vuelta para abandonar la sala.

—He venido a darte mis órdenes sinvida —dijo Sondeluz.

Madretodos se detuvo.

—Encendedora controla dos grupos de órdenes —añadió él—, lo cual le da el control de la mitad de nuestros ejércitos. Eso me preocupa. Quiero decir, confío en ella tanto como en cualquier otro retornado. Pero si estalla la guerra, entonces se convertirá en la segunda persona más poderosa del reino. Solo el rey-dios tendría más autoridad.

Madretodos lo miró con expresión indescifrable.

—Pienso que la mejor manera de contrarrestarla es que otra persona tenga dos grupos de órdenes —prosiguió Sondeluz—. Tal vez eso la haga vacilar y le impida hacer algo precipitado.

Guardaron silencio.

—Calmavidente confiaba en ti —dijo Madretodos por fin.

—Su único defecto, he de precisar —repuso Sondeluz—. Incluso las diosas los tienen, o eso parece. Siempre he pensado que un caballero no debe señalar esas cosas.

—Ella fue la mejor de todos nosotros —dijo Madretodos, mirando en dirección de sus suplicantes—. Se reunía con la gente todos los días. La amaban.

—Línea final azul —dijo Sondeluz—. Esa es mi frase de seguridad central. Por favor, acéptala. Le diré a Encendedora que me obligaste a

dártela. Se enfadará conmigo, naturalmente, pero no será la primera vez.

—Pues no. No voy a permitir que te salgas tan fácilmente de esta, Sondeluz.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no lo notas? En la ciudad está ocurriendo algo. Ese jaleo con los idrianos y sus suburbios, las discusiones cada vez más encendidas entre nuestros sacerdotes. —Sacudió la cabeza—. No voy a permitir que te libres de tu parte. Te eligieron para el puesto que detentas. Eres un dios, como el resto de nosotros, aunque te esfuerces en pretender lo contrario.

—Ya tienes mi orden, Madretodos —dijo él, encogiéndose de hombros, y se dirigió hacia la puerta de salida—. Haz lo que quieras con ella.

—Campanas verdes —dijo ella—. Esa es la mía.

El dios se detuvo.

—Ahora los dos conocemos ambas. Si lo que dijiste antes es cierto, Sondeluz, entonces es mejor que nuestras órdenes estén distribuidas.

Él giró sobre los talones.

—Me llamabas necio, y ¿ahora me confías el mando de tus soldados? He de preguntar, Madretodos, y por favor no me consideres descortés, pero en nombre de los Colores, ¿qué pasa contigo?

—Soñé que vendrías —dijo ella—. Lo vi en las pinturas hace una semana. Toda la semana he visto pautas de círculos en los cuadros, todos rojos y dorados. Tus colores.

—Mera coincidencia.

Ella bufó.

—Algún día tendrás que superar tu necio egoísmo, Sondeluz. Esto no es solo cuestión nuestra. He decidido empezar a hacer mejor las cosas. Tal vez deberías reconsiderar lo que eres y tu comportamiento.

—Ah, mi querida Madretodos. Verás, el problema en ese desafío es la presunción de que no he intentado ser otra cosa que lo que soy. Cada vez que lo hago, el resultado es desastroso.

—Bien, ahora tienes mis órdenes. Para bien o para mal.

La avejentada diosa se dio la vuelta para regresar a la sala de los suplicantes.

—Yo, para variar, tengo curiosidad por ver cómo las manejas.

Vivenna se despertó mareada, cansada, sedienta y hambrienta.

Pero viva.

Abrió los ojos con una extraña sensación: comodidad. Se hallaba en una cama blanda y confortable. Se sentó inmediatamente; la cabeza le dio vueltas.

—Yo tendría cuidado —dijo una voz—. Tu cuerpo está débil.

Ella parpadeó, centrando su atención en una figura sentada ante una mesa un poco más allá, de espaldas. Parecía estar comiendo.

Una espada negra en una vaina de plata descansaba sobre la mesa.

—Tú —susurró.

—Exacto: yo —dijo él, entre bocado y bocado.

Vivenna se miró. Ya no llevaba la ropa interior, sino un suave camisón de algodón. Y su cuerpo estaba limpio. Se llevó una mano al pelo, sintiendo que las marañas y pegotes habían desaparecido. Todavía era blanco.

Le resultó muy extraño estar limpia.

—¿Me has violado? —preguntó en voz baja.

Él bufó.

—Una mujer que ha pasado por la cama de Denth no es ninguna tentación para mí.

—Nunca me he acostado con él —replicó ella, molesta por la insolencia.

Vasher se volvió, el rostro todavía enmarcado en aquella barba hirsuta y descuidada. Sus ropas eran bastante peores que las de ella. La miró a los ojos.

—Te engañó, ¿eh?

Ella asintió.

—Idiota.



Ella volvió a asentir.

Vasher volvió a su comida.

—Pagué a la mujer que regenta este edificio para que te bañara, vistiera y que también cambiara la bacina. No te he tocado.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué... sucedió?

—¿Recuerdas la pelea en la calle?

—¿Con tu espada?

Él asintió.

—Vagamente. Me salvaste.

—Le quité a Denth una herramienta de las manos. Eso es todo lo que importa.

—Gracias, de todas formas.

Él guardó silencio unos instantes.

—No hay de qué —dijo por fin.

—Me siento mal...

—Tienes tramaria. Es una enfermedad desconocida en las tierras altas. La propagan las picaduras de insectos. Probablemente la contrajiste unas semanas antes de que te encontrara. Se ceba en los organismos debilitados.

Ella se llevó una mano a la cabeza.

—Lo has pasado mal últimamente —dijo Vasher—. De ahí el mareo, la demencia y el hambre.

—Ya.

—Te lo merecías.

Continuó comiendo. Ella no se movió durante un rato. La comida olía bien, pero al parecer la habían alimentado durante las fiebres, pues no estaba tan hambrienta como cabía esperar. Solo sentía un poco de apetito.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó.

—Una semana. Debes dormir más.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Él no respondió.

—Los alientos biocromáticos que tenías, ¿se los diste a Denth?

Ella vaciló.

—Sí —mintió.

Vasher la miró, alzando una ceja.

—Está bien —admitió Vivenna, apartando la mirada—. Los puse en el chal que llevaba.

Él se levantó y salió de la habitación. Vivenna pensó en huir, pero se levantó y empezó a comerse la comida que había en la mesa: un pescado entero y frito. Ya no le molestó comer frutos del mar.

Vasher regresó y se detuvo en la puerta a verla roer la espina del pescado. No la obligó a levantarse del asiento, sino que se sentó en la otra silla. Finalmente, le tendió el chal, lavado y limpio.

—¿Es esto? —preguntó.

Ella se detuvo, masticando todavía un trozo de pescado.

Vasher colocó el chal en la mesa junto a ella.

—¿Me lo devuelves?

Él se encogió de hombros.

—Si de verdad hay aliento almacenado dentro, no puedo recuperarlo. Solo tú puedes.

Ella lo recogió.

—No sé la orden.

Vasher alzó una ceja.

—¿Escapaste de aquellas cuerdas mías sin despertarlas?

Ella negó con la cabeza.

—Esa la adiviné.

—Tendría que haberte amordazado mejor. ¿Qué quieres decir con que la adivinaste?

—Era la primera vez que usaba el aliento.

—Ya. Pertenesces a línea real.

—¿Qué significa eso?

Él negó con la cabeza, señalando el chal.

—Tu aliento al mío —dijo—. Esa es la orden que necesitas.

Ella puso la mano sobre el chal y pronunció las palabras. Al instante, todo cambió.

El mareo cedió y a ella le pareció renacer al mundo. Vivenna jadeó, temblando con el placer del aliento restaurado. Era tan fuerte que se cayó de la silla, estremeciéndose como quien tiene un ataque de puro asombro. Podía sentir la vida. Podía sentir a Vasher creando un bolsillo de color a su alrededor, brillante y hermoso. Estaba viva de nuevo.

Se regodeó en ello durante un largo instante.

—Resulta sorprendente la primera vez —dijo Vasher—. No suele ser tan fuerte si vas recuperando el aliento cada poco tiempo. Aunque si pasan unas semanas, es como tomarlo por primera vez.

Sonriendo, ella volvió a sentarse y se limpió los labios con un intenso sabor a pescado.

—¡Ya no siento mareo!

—Es normal. Tienes suficiente aliento para al menos la Tercera Elevación, si no me equivoco. Nunca conocerás la enfermedad y apenas envejecerás. Siempre y cuando consigas conservar el aliento, claro.

Ella lo miró súbitamente asustada.

—Tranquila. No voy a obligarte a dármelo. Aunque probablemente debería. Causas más problemas de lo que vales, princesa.

Ella sonrió y se volvió hacia la comida. Ahora parecía que las últimas semanas habían sido una pesadilla. Una burbuja irreal, desconectada de su vida. ¿De verdad había sido ella quien había estado mendigando por las calles? ¿Quien había vivido y dormido bajo la lluvia y el barro? ¿De verdad había considerado prostituirse?

Lo había hecho. No podía olvidarlo ahora solo porque volvía a tener el aliento. Pero ¿había sido por causa de haberse convertido en una apagada? ¿Había influido también la enfermedad? Fuera como fuese, en su mayor parte había sido solo desesperación.

—Muy bien —dijo él, poniéndose en pie y recogiendo la espada negra—. Hora de irse.

—¿Adónde? —preguntó ella, recelosa. La última vez que había visto a ese hombre, la había atado y obligado a tocar aquella espada suya, para dejarla luego amordazada.

Él ignoró la pregunta y arrojó unas ropas sobre la mesa.

—Ponte esto.

Ella le echó un vistazo: pantalones gruesos, una túnica, un chaleco. Todo en diversos tonos de azul. La ropa interior era de colores menos brillantes.

—Pero son ropas de hombre.

—Son útiles —dijo Vasher, dirigiéndose hacia la puerta—. No voy a malgastar el dinero comprándote vestidos hermosos, princesa. Tendrás que llevar eso.

Ella abrió la boca, pero al punto la cerró, descartando la queja. Había pasado... no sabía cuánto tiempo deambulando con una ropa interior fina y casi transparente que apenas la cubría hasta medio muslo. Cogió las prendas, agradecida.

—Agradezco la ropa —dijo entonces—. Pero ¿puedo saber al menos qué pretendes hacer conmigo?

Vasher titubeó en la puerta.

—Hay un trabajo que quiero que hagas.

Ella se estremeció, pensando en los cuerpos que le había mostrado Denth, y en los hombres que Vasher había matado.

—¿Vas a matar de nuevo?

—Denth pretende algo. Voy a impedírselo.

—Él trabajaba para mí. O al menos fingía hacerlo. Todo lo que hizo fue por orden mía. Me seguía la corriente para tenerme contenta.

Vasher soltó una risotada y Vivenna se ruborizó. Su cabello, respondiendo a su estado de ánimo por primera vez desde la conmoción de ver muerto a Parlin, se volvió rojo.

Todo parecía irreal. ¿Dos semanas en las calles? Parecía haber sido mucho más tiempo. Pero ahora, de repente, estaba aseada y alimentada y volvía a ser ella misma. Una parte se debía al aliento. El hermoso y maravilloso aliento. No volvería a separarse nunca más de él.

No, no era ella misma. ¿Quién era ahora, pues? ¿Importaba?

—Te ríes de mí —dijo, volviéndose hacia Vasher—. Pero lo hice lo mejor que pude. Quería ayudar a mi gente en la guerra que se avecina. Luchar contra Hallandren.

—Hallandren no es tu enemigo.

—Lo es —replicó ella con brusquedad—. Y planea atacar a mi pueblo.

—Los sacerdotes tienen buenos motivos para actuar como lo hacen.

Vivenna bufó.

—Denth dijo que todo el mundo piensa que hace lo correcto.

—Denth es muy listo. Jugó contigo, princesa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no te ha dado por pensar? ¿Atacar las caravanas de suministros? ¿Agitar a los pobres idrianos para que se rebelen? ¿Recordarles a Vahr y sus promesas de libertad, tan frescas en sus memorias? ¿Mostrarte a los señores del hampa, para hacerles creer que Idris intentaba socavar el gobierno de Hallandren? Princesa, dices que todo el mundo piensa que hace lo correcto, que todos se engañan. —La miró a los ojos—. ¿No te has parado a pensar que tal vez eras tú quien estaba en el bando equivocado?

Ella no respondió.

—Denth no trabajaba para ti —añadió Vasher—. Ni siquiera fingía hacerlo. Alguien en esta ciudad lo contrató para que provocara una guerra entre Idris y Hallandren, y ha pasado estos últimos meses utilizándote para que así sea. Quiero comprender por qué. ¿Quién está detrás, y para qué les serviría una guerra?

Vivenna se echó hacia atrás, los ojos muy abiertos. No podía ser. Tenía que estar equivocado.

—Fuiste el peón perfecto —concluyó Vasher—. Le recordaste a la gente de los suburbios su verdadera herencia, dándole a Denth algo para incitarlos. La Corte de los Dioses está a punto de atacar tu patria, mas no porque odien a los idrianos, sino porque consideran que los insurgentes de Idris han empezado a atacarlos.

Sacudió la cabeza.

—Me resultó inconcebible que no te dieras cuenta. Supuse que trabajabas con él intencionadamente para promover la guerra. —La miró—. Subestimé tu estupidez. Vístete. No sé si tenemos tiempo suficiente para deshacer lo que has hecho, pero voy a intentarlo.

Las ropas le parecían extrañas. Los pantalones le apretaban en los muslos, haciéndola sentirse expuesta. Era raro no notar en los tobillos el bamboleo de las faldas.

Caminaba junto a Vasher en silencio, la cabeza gacha, el pelo demasiado corto para recogerlo en una trenza. No había intentado hacerlo crecer de nuevo. Eso extraería de su cuerpo una nutrición que ahora le era necesaria.

Atravesaron el suburbio idriano, y Vivenna tuvo que esforzarse por no dar un respingo a cada momento, mirando por encima del hombro para ver si alguien los seguía. ¿Era aquel un hampón que quería atracarla? ¿Era aquello un grupo de matones que pretendía vendérsela a Denth? ¿Eran aquellas sombras sinvidas de ojos grises que venían a atacar y matar? Pasaron ante una mendiga, una joven de edad indefinida con la cara sucia de hollín y ojos brillantes que los observaba. Vivenna leyó el hambre en aquellos ojos. La muchacha trataba de decidir si intentar robarles o no.

La espada que Vasher llevaba era un elemento suficientemente disuasorio. Vivenna la vio alejarse por un callejón, sintiendo una extraña sensación de conexión.

«Colores —pensó—. ¿Así era realmente yo?».

No, no había sido tan capaz como esa muchacha. Vivenna era tan ingenua que la habían secuestrado sin que lo supiera, y luego había trabajado para comenzar una guerra sin tener ni idea.

«¿No te has parado a pensar que tal vez eras tú quien estaba en el bando equivocado?».

No sabía qué creer. Denth la había engañado tan fácilmente que dudaba en aceptar todo lo que decía Vasher. Sin embargo, algo de lo que le había dicho era cierto.

Denth siempre la había llevado a encontrarse con los elementos menos recomendables de la ciudad, aquellos que, sin duda, preferirían el caos de la guerra. Atacar los suministros hallandrenses no solo haría más difícil administrar la guerra, sino también que los sacerdotes estuvieran más dispuestos a atacar mientras eran todavía fuertes. Las pérdidas también servirían para hacerlos enfadar más.

Todo tenía un sentido escalofriante, un sentido que le resultaba difícil ignorar.

—Denth me hizo creer que la guerra era inevitable —susurró mientras recorrían los suburbios—. Mi padre cree que es inevitable. Todo el mundo dice que va a suceder.

—Pues se equivocan. La guerra entre Hallandren e Idris ha estado a punto de producirse durante décadas, pero nunca ha sido inevitable. Lograr que este reino ataque requiere convencer a los Retornados, y estos normalmente están demasiado ocupados en sí mismos como para querer algo tan molesto como una guerra. Solo un gran esfuerzo, primero convencer a los sacerdotes y luego hacerlos debatir hasta que los dioses los crean, tendría éxito.

Vivenna contempló las calles sucias con su colorida basura.

—Sí que soy una inepta, ¿eh? —susurró. Vasher la miró—. Primero, mi padre envió a mi hermana a casarse con el rey-dios en vez de a mí. Yo la seguí, pero Denth me encontró el primer día que llegué aquí. Cuando finalmente escapé de él, no pude pasar un mes en las calles sin que me robaran, me golpearan y me capturaran. Y ahora tú dices que yo solita he llevado a mi pueblo al borde de la guerra.

Vasher bufó.

—No te pongas demasiadas medallas. Denth lleva trabajando en esto desde hace mucho tiempo. Por lo que he oído, corrompió al propio embajador idriano. Además, hay elementos en el gobierno de Hallandren, los que contrataron a Denth, que quieren que este conflicto estalle.

Todo era muy confuso. Lo que él decía tenía sentido, pero lo que había dicho Denth también. Vivenna necesitaba saber más.

—¿Tienes idea de quiénes son los que contrataron a Denth?

Él negó con la cabeza.

—Uno de los dioses, creo... o tal vez un grupo de ellos. O un grupo de sacerdotes, actuando por su cuenta.

Volvieron a guardar silencio.

—¿Por qué? —preguntó finalmente Vivenna.

—¿Cómo voy a saberlo? Ni siquiera sé quién está detrás de esto.

—No. No me refiero a eso. Me refiero a ti. ¿Por qué te implicas? ¿Por qué te importa?

—Porque sí.

—Pero ¿por qué?

Vasher suspiró.

—Mira, princesa, yo no soy como Denth: no tengo su habilidad con las palabras, y tampoco es que me guste la gente. No esperes que charle contigo. ¿De acuerdo?

Vivenna cerró la boca, sorprendida. «Si está tratando de manipularme, tiene una manera muy extraña de hacerlo», pensó.

Su destino era un edificio desvencijado en un cruce de calles. Mientras se acercaban, Vivenna se preguntó cuántos suburbios como ese existían. ¿Los construían sin orden ni concierto y desaliñados a propósito? ¿Habían sido antaño esas calles, como otras que había visto, parte de un barrio mejor que había caído en la decadencia?

Vasher la agarró por el brazo y la dirigió hacia una puerta a la que llamó con el pomo de su espada. La puerta se abrió y un par de ojos nerviosos se asomaron.

—Quítate de en medio —dijo Vasher, empujando la puerta y metiendo dentro a Vivenna.

Un joven retrocedió, apretujado contra la pared del pasillo, y los dejó pasar. Cerró la puerta tras ellos.

Vivenna pensó que debería estar asustada, o al menos furiosa, por aquel tratamiento. Sin embargo, después de todo por lo que había pasado, aquello no era nada. Vasher la soltó y se dirigió hacia una escalera descendente. Ella lo siguió con cuidado, pues el oscuro hueco le recordaba el sótano del escondite de Denth. Se estremeció. Abajo, por fortuna, las similitudes entre los sótanos se terminaban. Este tenía el suelo y las paredes de madera. Había una alfombra en el centro de la estancia, y un grupo de hombres sentados en ella. Un par se levantaron cuando Vasher llegó al pie de los peldaños.

—¡Vasher! —dijo uno—. Bienvenido. ¿Quieres beber algo?

—No.



Los hombres se miraron incómodos mientras Vasher arrojaba la espada a un lado. El arma golpeó el suelo con estrépito y se deslizó sobre la madera. Entonces se volvió hacia Vivenna y la empujó hacia delante.

—El pelo —dijo.

Ella vaciló. La estaba utilizando igual que había hecho Denth. Pero en vez de llevarle la contraria, obedeció y cambió el color de su cabello. Los hombres la miraron con asombro; y varios de ellos inclinaron la cabeza.

—Princesa —susurró uno.

—Diles que no quieres que vayan a la guerra —dijo Vasher.

Ella se sinceró.

—No, nunca he querido que mi pueblo luche contra Hallandren. Sería derrotado, casi con toda seguridad.

Los hombres miraron a Vasher.

—Pero ha estado trabajando con los señores de los suburbios. ¿Por qué ha cambiado de opinión?

Vasher la miró.

—¿Y bien?

¿Por qué había cambiado de opinión? ¿Lo había hecho? Todo era demasiado rápido.

—Yo... —dijo—. Lo siento. Yo... no me di cuenta. Nunca he querido la guerra. Creía que era inevitable, y por eso intenté planearla. Puede que me hayan manipulado.

Vasher asintió y luego la apartó. Se unió a los hombres sentados en la alfombra. Vivenna se quedó inmóvil. Se abrazó el cuerpo, notando el tejido desconocido de la túnica y el chaleco.

«Estos hombres son idrianos —advirtió al escuchar su acento—. Y ahora me han visto, a su princesa, vestida de hombre... Pero ¿cómo es que aún me preocupan esas cosas, después de todo lo que está pasando?».

—Muy bien —dijo Vasher, sentándose—. ¿Qué vais a hacer para detener esto?

—Un momento —respondió uno de los hombres—. ¿Esperas que cambiemos de opinión? Unas pocas palabras de la princesa, y ¿se supone que tenemos que creerla a pies juntillas?

—Si Hallandren va a la guerra, consideraos hombres muertos —replicó Vasher—. ¿Es que no lo veis? ¿Qué creéis que le sucederá a los idrianos de estos suburbios? ¿Creéis que las cosas son malas ahora? Esperad a ver lo que les ocurre a los simpatizantes del enemigo.

—Ya lo sabemos, Vasher —contestó otro—. Pero ¿qué esperas que hagamos? ¿Someternos a cómo nos tratan los hallandrenses? ¿Ceder y adorar a sus dioses indolentes?

—No me importa lo que hagáis, mientras no implique amenazar la seguridad del gobierno de Hallandren.

—Tal vez deberíamos admitir que la guerra se avecina, y luchar —dijo otro—. Tal vez los señores de los suburbios tienen razón. Tal vez lo mejor sea esperar que Idris se alce con la victoria.

—Nos odian —intervino otro, un joven de unos veinte años y ojos llenos de ira—. ¡Nos tratan peor que a las estatuas de sus calles! Para ellos somos menos que los sinvidas.

«Conozco esa ira —pensó Vivenna—. La he percibido antes. Ira hacia Hallandren».

Sin embargo, ahora las palabras del joven le sonaron huecas. La verdad era que no había percibido realmente ninguna ira por parte de la gente de Hallandren. Si acaso, había percibido indiferencia. Para ellos no era más que otro cuerpo en las calles.

Tal vez por eso los odiaba. Había trabajado toda su vida para convertirse en alguien importante para ellos: en su imaginación, había sido dominada por el monstruo que era Hallandren y su rey-dios. Y luego, al final, la ciudad y sus habitantes simplemente la habían ignorado. No les importaba. Y eso la había enfurecido.

Uno de los hombres, un tipo mayor que llevaba una gorra marrón oscura, sacudió pensativo la cabeza.

—La gente está inquieta, Vasher. La mitad de los hombres habla de asaltar la Corte de los Dioses. Las mujeres almacenan alimentos, esperando lo inevitable. Nuestros jóvenes salen en grupos secretos, buscando en las junglas el legendario ejército de Kalad.

—¿Creen en ese viejo mito? —preguntó Vasher.

El hombre se encogió de hombros.

—Ofrece esperanza. Un ejército escondido, tan poderoso que casi acabó con la Multiguerra.

—Crear en mitos no es lo que me asusta —dijo otro hombre—. Es que nuestros jóvenes ni siquiera piensan en usar a los sinvidas como soldados. Fantasmas de Kalad. ¡Bah! —Escupió a un lado.

—Lo que significa es que estamos desesperados —repuso uno de los hombres mayores—. La gente está furiosa. No podemos detener los tumultos. No después de esa matanza de hace unas semanas.

Vasher golpeó el suelo con el puño.

—¡Eso es lo que quieren! ¿Acaso no podéis ver, idiotas, que estáis dando a vuestros enemigos una excusa perfecta? Esos sinvida que atacaron los suburbios no habían recibido órdenes del gobierno. ¡Alguien coló en el grupo a unos cuantos sinvidas manipulados, con órdenes de matar, para que así las cosas se pusieran feas!

«¿Qué?», se asombró Vivenna.

—La teocracia de Hallandren es una estructura complicada y repleta de tonterías e inercias burocráticas —prosiguió Vasher—. ¡Nunca se mueve a menos que alguien la empuje! Si tenemos tumultos en las calles, será justo lo que la fracción a favor de la guerra necesite.

«Yo podría ayudarle», pensó Vivenna, observando las reacciones de los idrianos. Los conocía instintivamente de un modo que Vasher no alcanzaba, estaba claro. Sus argumentos eran buenos, pero los abordaba de forma equivocada. Necesitaba credibilidad.

Ella podría ayudar. Pero ¿debía hacerlo?

Ya no sabía qué pensar. Si Vasher tenía razón, Denth la había manejado como a una marioneta. Sabía que eso era verdad, pero ¿cómo podía estar segura de que Vasher no estaba haciendo lo mismo?

¿Quería una guerra? No, por supuesto que no. Y menos una a la que a Idris le costaría sobrevivir, por no hablar ya de vencer. Vivenna había trabajado mucho para socavar la capacidad de Hallandren de librar la guerra. ¿Por qué no había considerado impedirla?

«Bueno, en realidad sí lo consideré —recordó—. Ese era mi plan original cuando estaba en Idris. Una vez convertida en esposa del rey-dios, me proponía convencerlo para que no hiciera la guerra».

Había renunciado a ese plan. No; había sido manipulada para que renunciara. Bien por el sentido de lo inevitable de su padre o por la sutileza de Denth, o por ambas cosas: ya no importaba. Su instinto inicial había sido impedir el conflicto. Era la mejor manera de proteger

a Idris; y era, se daba cuenta ahora, también la mejor manera de proteger a Siri. Prácticamente había renunciado a salvar a su hermana, concentrándose en cambio en su propio odio y su arrogancia.

Detener la guerra no protegería a Siri de los abusos del rey-dios. Pero probablemente impediría que fuera utilizada como peón o rehén. Podría salvarle la vida.

Eso era suficiente para Vivenna.

—Es demasiado tarde —dijo uno de los hombres.

—No —intervino la princesa—. Por favor.

Los hombres del círculo se volvieron a mirarla. Ella se acercó y se arrodilló ante ellos.

—Por favor, no digáis esas cosas.

—Pero, princesa —repuso uno—, ¿qué podemos hacer? Los señores de los suburbios agitan a la gente. No tenemos ningún poder comparados con ellos.

—Debéis tener alguna influencia. Parecéis hombres sabios.

—Somos padres de familia y trabajadores —dijo otro—. No tenemos riquezas.

—Pero la gente os escucha, ¿no?

—Algunos.

—Entonces decidles que hay más opciones —insistió Vivenna, ladeando la cabeza—. Decidles que sean más fuertes de lo que yo fui. Los idrianos de los suburbios... he visto su fuerza. Si les decís que han sido utilizados, tal vez puedan evitar seguir siendo manipulados.

Los hombres guardaron silencio.

—No sé si todo lo que dice este hombre es cierto —añadió ella, señalando a Vasher—. Pero sé que Idris no ganará esta guerra. Debemos hacer todo lo posible para impedir el conflicto, no para animarlo.

Notó una lágrima en su mejilla, y que el pelo se le volvía blanco.

—Ya veis. Yo... ya no tengo el control que debería tener una princesa devota de Austre. Soy una desgracia para vosotros, pero, por favor, no dejéis que mi fracaso os condene. Los hallandrenses no nos odian. Apenas reparan en nosotros. Sé que eso es frustrante, pero si hacéis que

se fijen en vosotros con algaradas y destrozos, solo se llenarán de odio hacia nuestra patria.

—Entonces ¿debemos bajar los brazos? —preguntó el joven—. ¿Dejar que nos pisoteen? ¿Qué importa si lo hacen intencionadamente o no? Seguirán oprimiéndonos.

—No —dijo Vivenna—. Tiene que haber un modo mejor. Una idriana es su reina ahora. Tal vez, si les damos tiempo, superen sus prejuicios. ¡Debemos concentrar nuestras energías en impedir que nos ataquen!

—Tus palabras tienen sentido, princesa —dijo el hombre mayor, el que llevaba la gorra—. Pero a los que vivimos en Hallandren nos cuesta mucho seguir preocupándonos por Idris. Nos falló incluso antes de que nos marcháramos, y ahora no podemos volver.

—Somos idrianos —terció otro hombre—. Pero... bueno, nuestras familias aquí son más importantes.

Un mes antes, Vivenna se habría sentido ofendida. Su experiencia en las calles, sin embargo, le había enseñado un poco lo que podía hacerle la desesperación a una persona. ¿Qué era Idris para ellos si sus familias pasaban hambre? No podía recriminarles su actitud.

—¿Crees que les irá mejor si Idris es conquistada? —intervino Vasher—. Si hay guerra, os tratarán aun peor que ahora.

—Hay otras opciones —dijo Vivenna—. Conozco vuestra situación. Si vuelvo con mi padre y se lo explico, tal vez podamos encontrar un modo de que regreséis a Idris.

—¿Regresar? ¡Mi familia lleva ya cincuenta años en Hallandren!

—Sí, pero mientras el rey de Idris viva, tienes un aliado —dijo Vivenna—. Podemos trabajar con diplomacia para que mejoren las cosas para vosotros.

—El rey no se preocupa por nosotros —dijo otro tristemente.

—Yo sí —respondió Vivenna.

Y era cierto. Le parecía extraño, pero una parte de ella sentía más relación con los idrianos de la ciudad que con los que había dejado en su país. Ahora comprendía.

—Debemos encontrar un modo de llamar la atención sobre vuestro sufrimiento sin provocar también el odio. Lo encontraremos. Como decía, mi hermana está casada con el rey-dios. Tal vez, por medio de ella, se le pueda convencer para que mejore los suburbios. No porque

tenga miedo de la violencia que pueda causar nuestra gente, sino por la piedad que sienta por su situación.

Continuó arrodillada, avergonzada ante aquellos hombres. Avergonzada de estar llorando, de ser vista con esta ropa y con el pelo corto y trasquilado. Avergonzada de haberles fallado por completo.

«¿Cómo pude equivocarme tanto? —pensó—. Yo, que se suponía que estaba tan preparada, tan al control. ¿Cómo pude estar tan furiosa que ignoré las necesidades de mi pueblo solo porque quería hacérselo pagar a los hallandrenses?».

—Es sincera —dijo por fin uno de los hombres—. Eso se lo concedo.

—No sé —contestó otro—. Sigo pensando que es demasiado tarde.

—Si ese es el caso —dijo Vivenna, mirando al suelo—, ¿qué tenéis que perder? Pensad en las vidas que podéis salvar. Lo prometo. Idris no os volverá a olvidar. Si hacéis la paz con Hallandren, me aseguraré de que seáis considerados héroes en nuestra patria.

—Héroes, ¿eh? —dijo uno de ellos—. Sería bonito ser considerados héroes, y no los que dejaron las tierras altas para vivir en la desvergonzada Hallandren.

—Por favor —susurró Vivenna.

—Veré qué puedo hacer —contestó uno de los hombres, poniéndose en pie.

Otros expresaron su acuerdo. Se levantaron también, y le estrecharon la mano a Vasher. Vivenna se quedó de rodillas cuando se marcharon.

Vasher se sentó frente a ella.

—Gracias —dijo.

—No lo hice por ti —susurró ella.

—Levántate y vámonos, pues tengo que reunirme con alguien más.

—Pero yo... —Se sentó en la alfombra, tratando de comprender—. ¿Por qué tengo que obedecer y hacer lo que me dices? ¿Cómo sé que no me estás utilizando, mintiéndome, como hizo Denth?

—No lo sabes —admitió Vasher, recuperando la espada del rincón—. Tendrás que hacer lo que yo digo.

—¿Soy tu prisionera, pues?

Él la miró. Entonces se acercó y se agachó.

—Mira, los dos estamos de acuerdo en que la guerra es mala para Idris. No voy a llevarte a redadas ni hacerte conocer a los señores de los suburbios. Todo lo que tienes que hacer es decirle a la gente que no quieres una guerra.

—¿Y si no quiero hacer eso? ¿Me obligarás?

Él la observó un momento, luego maldijo entre dientes y se puso en pie. Sacó una bolsa de algo y se la arrojó. Tintineó cuando le golpeó el pecho y luego cayó al suelo.

—Vete —dijo él—. Vuelve a Idris. Me las apañaré sin ti.

Ella continuó sentada, mirándolo. Vasher empezó a marcharse.

—Denth me utilizó —susurró ella, casi sin darse cuenta—. Y lo peor es que aún pienso que debió tratarse de alguna clase de malentendido. Siento que es de verdad mi amigo, y que debo acudir a él y averiguar por qué hizo lo que hizo. Tal vez todos estamos confundidos. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en las rodillas—. Pero entonces recuerdo las cosas que le vi hacer. Mi amigo Parlin está muerto. Y también los soldados enviados por mi padre. Estoy muy confundida.

La habitación quedó en silencio.

—No eres la primera a la que engaña, princesa —dijo Vasher finalmente—. Denth es un tipo sutil. Un hombre como él puede ser malo hasta la médula, pero si es carismático y divertido, la gente lo escucha. Incluso lo aprecia.

Ella alzó la cabeza, despejando las lágrimas con un parpadeo.

—Yo no soy así —siguió él—. Tengo problemas para expresarme. Me frustró y le grito a la gente. Eso no me vuelve muy popular. Pero te prometo que no te mentiré. —La miró a los ojos—. Quiero detener esta guerra. Es todo lo que me importa ahora mismo. Puedes creerme.

Ella no estaba segura. Sin embargo, quería creerlo. «Idiota —pensó—. Vas a dejarte engañar otra vez».

No había demostrado ser muy buena juzgando a la gente. De todas formas, no recogió la bolsa de monedas.

—Estoy dispuesta a ayudar. Siempre y cuando no implique nada más que informar a los demás que deseo impedir que Idris sufra daño.

—Con eso bastará.

Ella vaciló.

—¿De verdad crees que podemos hacerlo? ¿Detener la guerra?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez. Siempre suponiendo que pueda contenerme de darles una paliza a todos esos idrianos por actuar como idiotas.

«Un pacifista con problemas para controlar su temperamento —pensó ella con ironía—. Menuda combinación. Más o menos como una devota princesa idriana que tiene suficiente aliento biocromático para poblar una aldea pequeña».

—Hay más sitios como este —dijo Vasher—. Quiero que la gente te vea.

—Muy bien —contestó ella, tratando de no mirar la espada mientras se levantaba. Incluso ahora, aquella arma lograba hacerla sentir enferma.

Vasher asintió.

—No habrá mucha gente en cada reunión. No tengo los contactos de Denth, y no soy amigo de gente importante. Los que conozco son obreros. Tendremos que ir a visitar las tinas de tintes, tal vez incluso alguno de los campos.

—Comprendo.

Sin más comentario, Vasher recogió su bolsa de dinero, y luego la condujo hasta la esquina. «Vuelta a empezar —pensó ella—. Solo puedo esperar que esta vez me encuentre en el bando adecuado».



Siri contemplaba a Susebron con afecto mientras él comía su tercer postre. La cena estaba esparcida por la mesa y el suelo, algunos platos ya vacíos, otros apenas probados. Aquella primera noche en que Susebron ordenó la comida había iniciado una tradición. Ahora pedían comida cada noche, aunque solo después de que Siri hiciera su numerito para los sacerdotes que escuchaban al otro lado. A Susebron le parecía muy divertido, aunque ella advertía la curiosidad en sus ojos mientras la miraba.

Él había demostrado ser bastante goloso ahora que los sacerdotes censores y su sentido de la etiqueta estaban ausentes.

—Deberías andar con cuidado —advirtió ella mientras él se terminaba otro pastel—. Si comes demasiados, engordarás.

Él echó mano de la pizarrita. «No, no engordaré».

—Sí que lo harás —contestó ella, sonriendo—. Es lo que suele pasar.

«No a los dioses. Mi madre me lo explicó. Algunos hombres se vuelven fornidos si hacen mucho ejercicio y otros engordan si comen mucho. Eso no les ocurre a los Retornados. Siempre estamos igual».

Siri no podía discutirlo. ¿Qué sabía de los Retornados?

«¿Es así la comida en Idris?», escribió Susebron.

Ella sonrió. Él siempre mostraba mucha curiosidad hacia su patria. Podía sentir un ansia en él, el deseo de ser libre de ese palacio y ver el exterior. Sin embargo, no quería ser desobediente, aunque las reglas fueran duras.

—Tengo que seguir corrompiéndote un poco más.

Él vaciló. «¿Qué tiene eso que ver con la comida?».

—Nada. Pero es verdad de todas formas. Eres demasiado buena persona, Susebron.

«¿Sarcasmo? Espero que lo sea».

—Solo a medias —dijo ella, tendiéndose boca abajo y observándolo al otro lado de su pícnic improvisado.

«¿Semisarcasmo? ¿Es algo nuevo?».

—No. A veces hay verdad en el sarcasmo. En realidad no quiero corromperte, pero creo que eres demasiado obediente. Tienes que ser un poco más intrépido. Impulsivo e independiente.

«Es difícil ser impulsivo cuando estás encerrado en un palacio rodeado de cientos de sirvientes».

—Buen argumento.

«Sin embargo, he estado pensando en las cosas que dijiste. Por favor, no te enfades conmigo».

Siri irguió la cabeza, advirtiendo el rubor en su expresión.

—Muy bien. ¿Qué has hecho?

«Hablar con mis sacerdotes. Usando la escritura de los artesanos».

Ella sintió un momento de pánico.

—¿Les hablaste de nosotros?

«No, no —escribió él rápidamente—. Les dije que me preocupaba tener un hijo. Pregunté por qué murió mi padre justo después de tenerme».

Siri frunció el ceño. Una parte de ella deseaba que él le hubiera dejado manejar esas negociaciones. Sin embargo, no dijo nada. No quería tenerlo tan presionado como hacían los sacerdotes. Era su vida la que estaba siendo amenazada: se merecía la oportunidad de trabajar también en el problema.

—Bien —dijo.

«¿No estás enfadada?».

Ella se encogió de hombros.

—¡Te estaba animando a que seas más impulsivo! Ahora no puedo quejarme. ¿Qué te dijeron?

Susebron borró antes de continuar. «Me dijeron que no me preocupara. Dijeron que todo saldría bien. Así que volví a preguntarles, y de nuevo me dieron una respuesta vaga».

Siri asintió lentamente.

«Me duele escribir esto, pero empiezo a pensar que tienes razón. He advertido que mis guardias y despertadores no se separan de mí últimamente. Incluso dejamos de ir ayer a la Asamblea de la Corte».

—Eso es mala señal. No he tenido mucha suerte a la hora de averiguar lo que va a pasar. He mandado llamar a tres cuentacuentos, pero ninguno tenía más información que la que me dio Hoid.

«¿Sigues pensando que todo es por el aliento que tengo?».

Ella asintió.

—¿Recuerdas lo que te dije de mi conversación con Treledees? Habló de ese aliento tuyo con reverencia. Para él, es algo que debe pasar de generación en generación, como un tapiz familiar.

«En una de las historias para niños de mi libro hay una espada mágica. Un chico la recibe de su abuelo, y resulta que la espada era una reliquia, el símbolo de la corona en la tierra».

—¿Qué quieres decir?

«Tal vez toda la monarquía de Hallandren no sea más que una forma de guardar el aliento. La única forma segura de pasar el aliento entre individuos y generaciones es usar a la gente como anfitriones. Así crearon una dinastía de reyes-dioses que pudieran conservar el tesoro y pasarlo de padres a hijos».

Ella asintió lentamente.

—Eso significaría que el rey-dios es un receptáculo mayor que yo. Una vaina para una espada.

«Exactamente. Tenían que hacer reyes a mi familia por cuánto aliento había en ese tesoro. Y tenían que dárselo a un Retornado... de lo contrario el rey y sus dioses podrían haber competido por el poder».

—Tal vez. Parece horriblemente conveniente que el rey-dios siempre engendre un hijo nacido muerto que luego retorna...

Se interrumpió. Susebron también se dio cuenta.

«A menos que el próximo rey-dios no sea realmente el hijo del actual», escribió, la mano temblando levemente.

—¡Austre! ¡Dios de los Colores! Eso es. En algún lugar del reino, un bebé murió y retornó. ¡Por eso es tan urgente que me quede embarazada! Ya tienen al próximo rey-dios, ahora solo necesitan continuar con la farsa. Me casan contigo, esperan un niño lo antes posible, y luego cambian el bebé por el retornado.

«Entonces me matan a mí y de algún modo me quitan el aliento. Y se lo dan a ese niño, para que pueda convertirse en el próximo rey-dios».

—Espera. ¿Retornan los niños?

«Sí».

—Pero ¿cómo retorna un niño de un modo que sea heroico o virtuoso, o algo por el estilo?

Susebron vaciló, y ella comprendió que no tenía respuesta. Niños retornados. Entre su propia gente, no creían que una persona fuera elegida para retornar porque ejemplificara alguna virtud. Eso era una creencia de Hallandren. A ella le parecía una laguna en su teología, pero no quería insistir en el asunto. Susebron ya estaba preocupado porque no creía en su divinidad.

Siri se echó hacia atrás.

—Eso no importa. La verdadera pregunta es más importante. Si los reyes-dioses son solo vehículos para contener aliento, entonces ¿por qué se molestan en cambiarlos? ¿Por qué no dejan que un hombre contenga el aliento?

«No lo sé. No parece tener sentido, ¿no? Tal vez les preocupa mantener tanto tiempo cautivo a un solo rey-dios. ¿Quizá sea porque los niños son más fáciles de controlar?».

—Si ese es el caso, querrían cambiarlo más a menudo. Algunos de esos reyes-dioses duraron siglos. Naturalmente, puede que tenga que ver con lo rebelde que consideren que es su rey.

«¡Yo hago todo lo que tengo que hacer! Acabas de quejarte de que soy demasiado obediente».

—Comparado conmigo, lo eres. Tal vez desde su punto de vista seas un salvaje. Después de todo, ocultaste ese libro que te dio tu madre, y luego aprendiste a escribir. Tal vez te conocen lo bastante bien para darse cuenta de que no ibas a continuar siendo dócil. Así que ahora que tienen una oportunidad para sustituirte, pretenden aprovecharla.

«Tal vez», escribió él.

Siri revisó de nuevo sus conclusiones. Examinándolas de una manera crítica, podía ver que no eran más que especulaciones. Sin embargo, todo el mundo decía que los otros Retornados no podían tener hijos, así que, ¿por qué iba a ser diferente el rey-dios? Podía tratarse solo de un modo de oscurecer el hecho de que traían a una nueva persona para ser rey-dios cuando encontraban a una.

Eso no respondía a la pregunta más importante: ¿qué iban a hacerle a Susebron para extraerle sus alientos?

Susebron se recostó para contemplar el oscuro techo. Siri lo miró, advirtiéndole la expresión de tristeza en sus ojos.

—¿Qué pasa?

Él simplemente negó con la cabeza.

—¿Por favor? ¿Qué pasa?

Él se sentó un instante, luego agachó la cabeza y empezó a escribir. «Si lo que dices es verdad, entonces la mujer que me crio no era mi madre. Yo habría nacido de cualquiera, en el campo. Los sacerdotes me trajeron cuando regresé, y me criaron en el palacio como “hijo” del rey-dios que acababan de matar».

Verlo dolorido acongojó a Siri. Rodeó la manta del suelo, se sentó a su lado y lo abrazó y apoyó la cabeza en su brazo.

«Ella es la única persona que me ha mostrado auténtica amabilidad en la vida —escribió Susebron—. Los sacerdotes me reverencian y me cuidan... o al menos supuse que eso hacían. Sin embargo, nunca me han querido de verdad. Solo mi madre me quiso. Y ahora no estoy seguro de saber siquiera quién es».

—Si ella te crio, es tu madre. No importa quién te pariera.

Él no respondió.

—Tal vez era tu verdadera madre. Si iban a traerte al palacio en secreto, bien podrían haber traído a tu madre también. ¿Quién mejor para cuidarte?

Él asintió y entonces escribió en la pizarra con una mano, mientras rodeaba con la otra la cintura de Siri. «Tal vez tengas razón. Aunque ahora me parece sospechoso que muriera como lo hizo. Era una de las pocas personas que podía decirme la verdad».

Eso pareció entristecerlo aún más, y Siri lo atrajo y apoyó la cabeza sobre su pecho.

«Por favor, háblame de tu familia».

—Mi padre a menudo se sentía frustrado conmigo. Pero me amaba. Me ama. Solo quería que hiciera lo que consideraba que estaba bien. Y... en fin, cuanto más tiempo paso en Hallandren, más desearía haberle hecho caso, o al menos un poquito... Ridger es mi hermano mayor. Siempre estaba metiéndose en líos. Era el heredero, y yo lo malcrié por

completo, al menos hasta que fue lo bastante mayor para comprender sus deberes. Es un poco como tú. Muy cariñoso, siempre intentando hacer lo que está bien. Pero no comía tantos dulces.

Susebron sonrió y le apretó el hombro.

—Luego está Fafen. En realidad no la conozco muy bien. Ingresó en un monasterio cuando yo era todavía muy joven... y me alegro. En Idris se considera un deber proporcionar al menos un hijo a los monasterios. Ellos son los que cultivan la comida para los necesitados y cuidan de las cosas de la ciudad. Recortar setos, lavar, pintar. Todo lo que sea útil.

Él extendió la mano. «Un poco como ser rey. Vivir para servir a los demás».

—Claro. Solo que no los encierran y pueden dejar de hacerlo, si quieren. Sea como sea, me alegro de que fuera Fafen y no yo. Me habría vuelto loca con la vida monástica. Tienen que ser piadosos todo el tiempo, y se supone que son los menos ostentosos de la ciudad.

«No es algo que venga bien con tu pelo».

—Está claro que no.

«Aunque últimamente ha dejado de cambiar de color tan a menudo», escribió él, frunciendo levemente el ceño.

—He aprendido a controlarlo mejor —dijo Siri con una mueca—. La gente puede leerme demasiado fácilmente por su culpa. Mira. —Lo cambió de negro a amarillo, y él sonrió, pasando los dedos por sus largos mechones—. Después de Fafen, está la mayor, Vivenna. Es con quien se supone que tendrías que haberte casado. Dedicó toda su vida preparándose para mudarse a Hallandren.

«Debe de odiarme. Crecer sabiendo que tendría que dejar su familia y vivir con un hombre al que no conocía».

—Tonterías. Vivenna lo anhelaba. No creo que pueda sentir odio. Siempre era tranquila, meticulosa y perfecta.

Susebron frunció el ceño.

—Parezco amargada, ¿verdad? —Suspiró Siri—. No lo pretendía. Quiero de verdad a Vivenna. Siempre estaba allí, vigilándome, pero me parecía que hacía demasiados esfuerzos para encubrirme. Mi hermana mayor, sacándome de los líos, reprendiéndome tranquilamente, y luego encargándose de que no me aplicaran el merecido castigo. —Vaciló—. Probablemente ahora estarán todos en casa, muy preocupados por mí.

«Pareces preocupada por ellos».

—Lo estoy. He estado escuchando a los sacerdotes discutir en la corte. No tiene buena pinta, Seb. Hay un montón de idrianos en la ciudad y se están volviendo muy intrépidos. La guardia se vio obligada a enviar tropas a uno de los suburbios hace unas semanas. Eso no ayuda a reducir las tensiones entre nuestros países.

Susebron la rodeó de nuevo con el brazo, atrayéndola. Era agradable estar apretujada contra él. Muy agradable.

Después de unos minutos, retiró el brazo y escribió de nuevo, tras borrar primero torpemente.

«Estaba equivocado, ¿sabes?».

—¿Sobre qué?

«Sobre las cosas que dije antes. Escribí que mi madre era la única persona que me ha mostrado jamás amor y amabilidad. Eso no es cierto. Hay otra».

Dejó de escribir y la miró. Entonces escribió de nuevo. «Tú no tenías por qué mostrarme amabilidad. Podías haberme odiado por apartarte de tu familia y tu patria. En cambio, me has enseñado a leer, eres mi amiga. Me amas».

La miró. Ella le devolvió la mirada. Entonces, vacilante, Susebron se inclinó y la besó.

«Oh, cielos...», pensó Siri, mientras una docena de objeciones asomaban a su mente. Le resultó difícil moverse, resistirse, hacer nada.

Aparte de devolverle el beso.

Se sintió acalorada. Sabía que tenían que parar, no fuera a ser que los sacerdotes obtuvieran exactamente lo que estaban esperando. Ella comprendía todas estas cosas. Sin embargo, las objeciones empezaron a parecer cada vez menos racionales mientras lo besaba y su respiración se hacía más entrecortada.

Él se detuvo, inseguro de qué hacer a continuación. Siri lo miró, jadeando, y lo atrajo para besarlo de nuevo, sintiendo que su cabello se volvía de un rojo intenso y apasionado.

En ese punto, dejó de preocuparse de nada más. Susebron no sabía qué hacer. Pero ella sí. «Voy demasiado deprisa —pensó mientras se quitaba la ropa interior—. Necesito mejorar controlando mis impulsos... En otra ocasión».

Esa noche, Sondeluz soñó con T'Telir en llamas. Con el rey-dios muerto y soldados en las calles. Con los sinvidas matando a gente ataviada con colores diversos.

Y con una espada negra.



Vivenna engulló su comida. La carne seca sabía mucho a pescado, pero había aprendido que respirando por la boca podía ignorar gran parte del sabor. Comió hasta el último bocado, y luego se quitó el regusto con unos tragos de agua hervida.

Estaba sola en la habitación. Era una cámara pequeña construida en un ala del edificio, cerca de los suburbios. Vasher había pagado unas monedas para pasar allí el día, aunque no estaba allí en este momento. Había salido a ocuparse de algo.

Se reclinó y cerró los ojos. Estaba tan agotada que le costaba trabajo dormir. El hecho de que la habitación fuera tan pequeña no ayudaba. Ni siquiera podía estirarse del todo.

Vasher no exageraba cuando dijo que su trabajo sería riguroso. Parada tras parada, ella había hablado con los idrianos, consolándolos, suplicándoles que no empujaran a Hallandren a la guerra. No hubo restaurantes como los hubo con Denth. Ninguna cena con hombres vestidos con ropajes elegantes y acompañados por guardias. Solo un grupo tras otro de agotados hombres y mujeres de clase trabajadora. Muchos no eran rebeldes y en gran número ni siquiera vivían en los suburbios. Pero formaban parte de la comunidad idriana en T'Telir, y podían influir en el sentir de su familia y amigos.

A Vivenna le agradaban. Simpatizaba con ellos. Se sentía mucho mejor con su nuevo empeño que con su tarea con Denth, y hasta donde podía decir, Vasher estaba siendo sincero con ella.

Había decidido confiar en su instinto. Esa era su decisión, y significaba ayudar a Vasher, por ahora.

Él no le había preguntado si quería continuar. Simplemente la llevaba de un sitio a otro, esperando que lo siguiera. Y eso hacía, reuniéndose con gente y suplicando su perdón, a pesar de lo agotador que era desde un punto de vista emocional. Vivenna no estaba segura de poder reparar lo que había hecho, pero estaba dispuesta a intentarlo. Esa determinación parecía haberle granjeado cierto respeto por parte de Vasher. Un respeto conseguido con mucha más reticencia que el respeto de Denth.

«Denth me engañó todo el tiempo». Todavía le resultaba duro recordar ese hecho. Una parte de ella no quería hacerlo. Se inclinó hacia delante, mirando la pared vacía de la estrecha habitación. Se estremeció. Menos mal que se había esforzado tanto últimamente. Eso le impedía pensar en algunas cosas.

Cosas inquietantes.

¿Quién era ella? ¿Cómo se definía a sí misma ahora que todo lo que había visto, y todo lo que había intentado, se había desmoronado? Ya no podía seguir siendo Vivenna, la princesa confiada. Esa persona estaba muerta, relegada en aquel sótano con el cadáver ensangrentado de Parlin. Su confianza había sido producto de su ingenuidad.

Ahora sabía cuán fácilmente habían jugado con ella. Sabía el coste de la ignorancia, y había atisbado las feas verdades de la pobreza auténtica.

Sin embargo, tampoco podía ser esa mujer, la mendiga de las calles, la ladrona, la mujerzuela maltratada. Esa no era ella. Sentía como si todas aquellas semanas hubieran sido un sueño provocado por la tensión del aislamiento y el trauma de la traición, impulsado por haberse convertido en una apagada y haber sido asolada por la enfermedad. Fingir que esa era la auténtica Vivenna sería una parodia de aquellos que vivían de verdad en las calles. La gente entre la que se había ocultado y había tratado de imitar.

¿Dónde la dejaba eso? ¿Era la silenciosa princesa penitente que se arrodillaba con la cabeza gacha, suplicándole a los campesinos? También esto era en parte una actuación. Lo sentía de verdad. Sin embargo, estaba utilizando su orgullo herido como herramienta. Esa no era ella.

¿Quién era, pues?

Se levantó, sintiéndose agobiada en aquella diminuta habitación, y abrió la puerta. El barrio no llegaba a ser un suburbio, pero tampoco era rico. Era simplemente un lugar donde vivía gente normal. Había suficientes colores en la calle para que resultara agradable, pero los edificios eran pequeños y albergaban a varias familias cada uno.

Deambuló por la calle, cuidando de no alejarse demasiado de la habitación alquilada. Admiró las flores y los árboles.

¿Quién era ella realmente? ¿Qué quedaba si quitabas a la princesa y el odio a Hallandren? Era decidida. Esa parte le gustaba. Se había obligado a convertirse en la mujer que hacía falta para poder casarse con el rey-dios. Había trabajado duro, sacrificándose, para llegar a su objetivo.

También era una hipócrita. Ahora sabía lo que era ser verdaderamente humilde. Comparado con eso, su antigua vida parecía más arrogante y descarada que ninguna falda o camisa de colores.

Creía en Austre, eso sí. Amaba las enseñanzas de las Cinco Visiones. Humildad. Sacrificio. Atender los problemas de los otros antes que los tuyos propios. Sin embargo, estaba empezando a pensar que, como

muchos otros, había llevado su fe demasiado lejos, dejando que su deseo por parecer humilde se convirtiera en una forma de orgullo. Ahora veía que cuando su fe se preocupaba por la ropa en vez de por la gente, era porque había tomado un sesgo equivocado.

Quería aprender a despertar. ¿Por qué? ¿Qué decía eso de ella? ¿Que estaba dispuesta a aceptar una herramienta que su religión rechazaba, solo porque la hacía más poderosa?

No, no era eso. Al menos, esperaba que no lo fuera.

Al repasar su vida reciente, se sentía frustrada por su frecuente impotencia. Y eso sí parecía parte de quien era realmente. La mujer que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de no ser impotente. Por eso había estudiado tanto con sus tutores allá en Idris. Por eso quería aprender a despertar. Quería tanta información como fuera posible, y estar preparada para los problemas que pudiera encontrarse.

Quería ser una mujer capacitada. Eso podía parecer arrogante, pero era la verdad. Quería aprender todo lo que pudiera para sobrevivir en el mundo. Lo más humillante de su estancia en T'Telir había sido su ignorancia. No cometería de nuevo ese error.

Asintió para sí.

«Es hora de practicar, entonces», pensó, regresando a la habitación. Dentro, sacó un trozo de cuerda, la que Vasher había empleado para amarrarla, lo primero que había despertado. Ya había recuperado el aliento de ella.

Volvió a salir, sujetando la cuerda entre los dedos, retorciéndola, pensando. «Las órdenes que Denth me enseñó eran frases simples. Sujeta. Protégeme». Había dado a entender que la intención era importante. Cuando ella despertó sus ataduras, las había hecho moverse como parte de su cuerpo. Era algo más que solo la orden. La orden daba la vida, pero la intención, las instrucciones de su mente, producían la concentración y la acción.

Se detuvo junto a un gran árbol con finas ramas cargadas de flores que se curvaban hacia el suelo. Se colocó junto a una rama y tocó la corteza del tronco para usar su color. Acercó la cuerda a la rama.

—Sujeta —ordenó, dejando escapar por reflejo parte de su aliento. Sintió un instante de pánico cuando su sentido del mundo se oscureció.

Sin embargo, en vez de extraer color del árbol, el despertar arrancó el color de su túnica. La prenda se volvió gris, y la cuerda se movió, enroscándose como una serpiente alrededor de la rama. La madera crujió cuando la cuerda apretó. Sin embargo, el otro extremo de la cuerda se retorció en una extraña pauta, rebulléndose.

Vivenna se quedó mirando, el ceño fruncido, hasta que comprendió lo que estaba pasando. La cuerda se enroscaba en su brazo, tratando de sujetarlo también.

—Alto —dijo.

La cuerda continuó apretando.

—Tu aliento al mío —ordenó.

La cuerda dejó de retorcerse y su aliento regresó. Se zafó de la cuerda. «Muy bien —pensó—. “Sujeta” funciona, pero no es muy específico. Se enrosca alrededor de mis dedos además de alrededor de lo que quiero que ate. ¿Y si pruebo otra cosa?».

—Sujeta esa rama —ordenó. De nuevo, el aliento la abandonó. Más cantidad esta vez. Sus pantalones se vaciaron de color, y el extremo de la cuerda se retorció, envolviéndose en la rama. El resto permaneció inmóvil.

Vivenna sonrió con satisfacción. «Cuanto más complicada es la orden, más aliento requiere».

Recuperó su aliento. Como había explicado Vasher, hacerlo no sacudía sus sentidos, pues era una mera vuelta a un estado normal para ella. Si hubiera pasado varios días sin aliento, recuperar su poder la habría abrumado. Era como dar un primer bocado a algo muy sabroso.

Se miró las ropas, ahora completamente grises. Por curiosidad, trató de despertar de nuevo la cuerda. No sucedió nada. Cogió un palo, y entonces despertó la cuerda. Esta vez funcionó, y el palo perdió su color, aunque requirió mucho más aliento. Tal vez era porque el palo no tenía mucho color. El tronco del árbol no quedaba afectado por el color tampoco. Al parecer, no se podía extraer el color de algo vivo.

Descartó la rama y cogió unos pañuelos de colores que Vasher tenía en la habitación. Regresó junto al árbol. «¿Y ahora qué?», pensó. ¿Podría introducir el aliento en la cuerda ahora, y luego ordenarle que sujetara algo más tarde? ¿Cómo podría formular esa frase?

—Sujeta las cosas que te diga que sujetes —ordenó.

No sucedió nada.

—Sujeta la rama cuando te lo diga.

Una vez más, nada.

—Sujeta lo que yo diga.

Nada.

Una voz sonó desde atrás.

—Dile: «Sujeta cuando te lance».

Vivenna dio un respingo, girándose. Vasher estaba junto a ella, empuñando a *Sangre Nocturna*, la punta hacia abajo. Llevaba el talego colgado del hombro.

Vivenna, ruborizada, miró de nuevo la cuerda.

—Sujeta cuando te lance —ordenó, usando un pañuelo para aprovechar el color. Su aliento la abandonó, pero la cuerda continuó flácida. Así que la arrojó a un lado, golpeando una de las ramas que colgaban del árbol.

La cuerda se retorció, envolviendo las ramas y sujetándolas con fuerza.

—Qué útil —dijo Vivenna.

Vasher alzó una ceja.

—Tal vez. Pero es peligroso.

—¿Por qué?

—Recupera la cuerda.

Vivenna vaciló, advirtiendo que la cuerda se había enroscado en unas ramas demasiado altas, fuera de su alcance. Saltó, intentando cogerla.

—Yo prefiero usar una cuerda más larga —dijo Vasher, cogiendo a *Sangre Nocturna* por la hoja y usando la cruz de la empuñadura para atraer las ramas—. Si te quedas siempre con un extremo, entonces no tendrás que preocuparte de que te la quiten. Además, puedes despertar cuando lo necesites, en vez de dejar un puñado de aliento envuelto en una cuerda que puedes necesitar o no.

Vivenna asintió, recuperando su aliento de la cuerda.

—Vamos —dijo él, y se encaminó hacia la habitación—. Ya has dado suficiente espectáculo por hoy.

Vivenna lo siguió, y advirtió que en la calle varias personas se habían parado a mirarla.

—¿Cómo se han dado cuenta? No es que fuera tan claro lo que estaba haciendo.

Vasher bufó.

—¿Y cuánta gente en T'Telir va por ahí con ropa gris?

Vivenna se ruborizó mientras lo seguía a la estrecha habitación. Él soltó su morral y dejó a *Sangre Nocturna* apoyada en una pared. Vivenna miró la espada. Todavía no estaba segura de cómo interpretarla. Experimentaba un poco de náuseas cada vez que la miraba, y el recuerdo de lo violentamente enferma que se sentía cuando la tocaba seguía fresco.

Además, estaba aquella voz en su cabeza. ¿De verdad la había oído? Vasher, como de costumbre, no había dicho nada cuando le preguntó al respecto, ignorando sus preguntas.

—¿No eres idriana? —preguntó Vasher, llamando su atención mientras se sentaba.

—La última vez que lo comprobé, lo era.

—Pareces extrañamente fascinada con el despertar para ser una seguidora de Austre —habló con los ojos cerrados, mientras apoyaba la cabeza contra la puerta.

—No soy muy buena idriana —repuso ella, sentándose—. Ya no. Bien puedo aprender a utilizar lo que tengo.

Vasher asintió.

—Muy bien. Nunca he comprendido por qué el austrismo dio de pronto la espalda al despertar.

—¿De pronto?

Él asintió, los ojos todavía cerrados.

—No era así antes de la Multiguerra.

—¿De veras?

—Claro.

A menudo hablaba de esa forma, mencionando cosas que a ella le parecían inverosímiles, pero diciéndolas como si supiera exactamente de qué estaba hablando. Ninguna conjetura. Ninguna vacilación. Como si lo supiera todo. Ella comprendía por qué a veces a Vasher le resultaba difícil congeniar con la gente.

—Muy bien —dijo él, abriendo los ojos—. ¿Te comiste todo el calamar?

Ella asintió.

—¿Eso es lo que era?

—Sí —contestó él, abriendo su morral y sacando otro trozo de carne seca. La alzó—. ¿Quieres más?

Ella se sintió asqueada.

—No, gracias.

Él se detuvo al ver la expresión de sus ojos.

—¿Qué? ¿Te he dado una pieza mala?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué, entonces?

—No es nada.

Él alzó una ceja.

—Ya digo que no es nada. —Vivenna apartó la mirada—. Es que no me gusta mucho el pescado.

—¿No? Pues llevo dándote pescado cinco días seguidos.

Ella asintió en silencio.

—Te lo comes siempre.

—Dependo de tu comida. No voy a quejarme de lo que me das.

Él frunció el ceño, dio un mordisco al calamar y empezó a masticar. Todavía vestía sus ropas desgarradas, casi harapientas, pero Vivenna llevaba con él lo suficiente para saber que las mantenía limpias. Obviamente tenía recursos para comprar ropas nuevas, pero prefería llevar las viejas. También llevaba la misma barba descuidada. Nunca parecía crecer, pero ella nunca lo había visto recortarla o afeitarla. ¿Cómo conseguía mantenerla en la medida justa? ¿Era intencionado?

—No eres lo que me esperaba —dijo él.

—Lo habría sido. Hace unas semanas.

—Lo dudo —dijo él, y dio un bocado al calamar—. Ese espíritu tenaz que tienes no viene de unas pocas semanas en las calles. Tampoco el sentido de martirio.

Ella lo miró a los ojos.

—Quiero que me enseñes más cosas del despertar.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué quieres saber?

—No sé. Denth me enseñó unas cuantas órdenes, pero fue el mismo día que me hiciste cautiva.

Vasher asintió. Permanecieron en silencio unos minutos.

—¿Y bien? —preguntó ella por fin—. ¿Vas a decir algo?

—Estoy pensando.

Ella alzó una ceja.

Él hizo una mueca.

—El despertar es algo que llevo practicando desde hace mucho, mucho tiempo. Siempre tengo problemas para explicarlo. No me metas prisa.

—Muy bien. Tómate tu tiempo.

Él la fulminó con la mirada.

—Tampoco seas condescendiente conmigo.

—No es eso: estoy siendo amable.

—Bien, la próxima vez, sé amable con menos condescendencia en la voz.

«¿Condescendencia? —pensó ella—. ¡No estaba siendo condescendiente!». Lo miró allí sentado, comiendo su calamar seco. Cuanto más tiempo pasaba con él, menos miedo le daba, pero la frustraba más. «Es un hombre peligroso —se recordó—. Ha dejado cadáveres por toda la ciudad, usando esa espada suya para hacer que la gente se mate entre sí».

Vivenna había pensado en huir de él en varias ocasiones, pero al final había decidido que sería una tontería hacerlo. No encontraba ningún defecto en sus esfuerzos por detener la guerra, y recordaba su solemne promesa en el sótano aquel primer día. Lo creía. Con reservas.

Solo pretendía tener los ojos un poco más abiertos a partir de ahora.



—Muy bien —dijo—. Supongo que es para bien. Me estoy cansando de ir contigo con esa aura brillante tuya que ni siquiera sabes usar.

—Te escucho.

—Bueno, creo que deberíamos empezar con la teoría. Hay cuatro tipos de entidades biocromáticas. La primera y más espectacular son los Retornados. Los llaman dioses aquí en Hallandren, pero yo prefiero llamarlos manifestaciones biocromáticas espontáneas en un anfitrión difunto. Lo que tienen de extraño es que son la única entidad biocromática que se produce de modo natural, lo cual es teóricamente la explicación de por qué no pueden usar su investidura biocromática. Naturalmente, lo cierto es que todo ser vivo nace con cierta investidura biocromática. Esto también podía explicar por qué los del tipo uno conservan la conciencia de sí mismos.

Vivenna parpadeó. No era eso lo que esperaba.

—Tú estás más interesada en las entidades del tipo dos y del tipo tres —continuó Vasher—. El tipo dos son manifestaciones sin mente en un anfitrión difunto. Son fáciles de hacer, incluso con órdenes torpes. Esto es la ley del paralelismo biocromático: cuanto más cerca esté un anfitrión de una forma viva, más fácil es despertar. La biocroma es el poder de la vida, y por eso busca pautas de vida. Eso, sin embargo, nos lleva a la otra ley: la de la comparabilidad. Dice que la cantidad de aliento requerido para despertar algo no es necesariamente indicativa de su poder una vez despertado. Un trozo de tela cuadrado y un trozo de tela en forma de persona necesitarán cantidades muy distintas de aliento para despertar, pero esencialmente serán lo mismo cuando hayan sido investidos.

»La explicación es sencilla. Algunas personas piensan que despertar es como verter agua en una taza. Viertes hasta que la taza está llena, y entonces el objeto cobra vida. Es una analogía falsa. En cambio, piensa en despertar como llamar a una puerta. Llamas y llamas. Algunas puertas son más fáciles de abrir que otras, pero una vez abiertas, todas hacen lo mismo. —La miró—. ¿Comprendido?

—Hmm... —dijo ella. Se había pasado su juventud formándose con sus tutores, pero aquello la superaba—. Es un poco denso.

—Bueno, ¿quieres aprender o no?

«Me has preguntado si comprendía —pensó ella—. Y he respondido». Sin embargo, no expresó sus objeciones en voz alta. Era mejor que él siguiera hablando.

—Las entidades biocromáticas del segundo tipo son lo que la gente en Hallandren llama sinvidas —continuó él—. Son diferentes de las entidades del tipo uno en varios aspectos. Los sinvidas pueden ser creados a voluntad, y requieren solo unos pocos alientos para despertar,

dependiendo de las órdenes empleadas. Pierden su propio color cuando son investidos. No presentan aura cuando son despertados, pero el aliento los sostiene, impidiendo que necesiten comer. Pueden morir, y necesitan una solución especial de alcohol para seguir funcionando después de los primeros años. Debido a su anfitrión orgánico, los alientos se aferran al cuerpo y no pueden ser retirados una vez investidos.

—Sé un poco de ellos —dijo Vivenna—. Denth y su equipo tienen un sinvida.

Vasher guardó silencio.

—Sí —contestó por fin—. Lo sé.

Vivenna frunció el ceño, advirtiendo una extraña expresión en sus ojos. Guardaron silencio durante unos breves instantes.

—Estabas hablando de los sinvidas y sus órdenes —instó ella.

Vasher asintió.

—Necesitan una orden para despertar, igual que todo lo demás. Incluso tu religión habla de las órdenes: dice que Austre es el único que ordena volver a los Retornados.

Ella asintió.

—Comprender la teoría de las órdenes es difícil. Mira a los sinvidas, por ejemplo. Hemos tardado siglos en descubrir las formas más eficaces de llevar a un cuerpo a un estado sinvida. Incluso ahora, no estamos seguros de comprender cómo funciona en su mayor parte.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho —respondió Vasher, encogiéndose de hombros—. En realidad no sabemos bien lo que estamos haciendo.

—Pero pareces tan técnico y preciso en tus descripciones...

—Hemos descubierto algunas cosas. Pero los despertadores no llevan tanto tiempo en activo. Cuanto más se aprende de la biocroma, más cuenta te das de que hay más cosas que no sabemos de las que sabemos. ¿Por qué son tan importantes las órdenes específicas, y por qué tienen que pronunciarse en tu lengua materna? ¿Qué devuelve a la vida a las entidades del tipo uno, los Retornados, en primer lugar? ¿Por qué son los sinvidas tan obtusos de mente, mientras los Retornados son plenamente conscientes?

Vivenna asintió.

—Crear las entidades biocromáticas del tercer tipo es lo que tradicionalmente llamamos «despertar» —continuó Vasher—. Es cuando creas una manifestación biocromática en un huésped orgánico no vivo. La tela es lo que mejor funciona, aunque los palos, juncos y otras plantas pueden ser utilizados.

—¿Y los huesos?

—Son extraños. Para despertarlos hacen falta muchos más alientos que con carne de cadáver, y no son tan flexibles como la tela. Con todo, el aliento se adhiere a ellos bastante fácilmente, ya que una vez estuvieron vivos y mantienen la forma de un ser vivo.

—¿Así que las historias idrianas que hablan de ejércitos esqueléticos no son meras invenciones?

Él se echó a reír.

—Oh, lo son. Si quisieras despertar a un esqueleto, tendrías que unir todos los huesos en sus lugares correctos. Es mucho trabajo para algo que requerirá cincuenta alientos o más. Los cadáveres intactos son mucho más económicos, aunque el aliento se adhiere tan bien a ellos que es imposible recuperarlo. De todas formas, he visto hacer cosas muy interesantes con esqueletos que han sido despertados.

»Como decía, las entidades del tercer tipo, los objetos corrientes despertados, son distintos. La biocroma no se adhiere bien a ellos. El resultado es que requieren bastante investidura, más de cien alientos, para despertarlas. El beneficio de esto, naturalmente, es que el aliento puede ser recuperado. Esto ha permitido hacer experimentos, y nos ha reportado una comprensión mayor de las técnicas del despertar.

—¿Te refieres a las órdenes?

—En efecto. Como has visto, las órdenes más básicas funcionan con facilidad. Si la orden es algo que el objeto pueda hacer y la formulas de manera sencilla, funcionará.

—Intenté algunas órdenes sencillas con la cuerda, pero no funcionaron.

—Puede que te parecieran sencillas, pero no lo eran. Las órdenes sencillas solo tienen un par de palabras. Agarra algo. Sujeta algo. Muévete arriba. Muévete abajo. Enróscate aquí. Incluso algunas órdenes de dos palabras o menos pueden ser complicadas, y requieren visualizarlas, o más bien, imaginación. Bien, usar la mente para...

—Comprendo esa parte —dijo ella—. Como flexionar un músculo.

Él asintió.

—La orden «protégeme», aunque sea una sola palabra, es enormemente complicada. Igual que otras, como agarra algo. Hay que darle al objeto el impulso adecuado. Esta zona es donde realmente empiezas a comprender lo poco que sabemos. Probablemente hay miles de órdenes que no conocemos. Cuantas más palabras se añaden, más complicado se vuelve el componente mental, y por eso descubrir una nueva orden puede requerir años de estudio.

—Como el descubrimiento de una nueva orden para crear sinvidas —dijo ella, pensativa—. Hace trescientos años, los que tenían la orden de un solo aliento podían hacer sus sinvidas mucho más fácilmente que los que no. Esa disparidad inició la Multiguerra.

—Sí —contestó Vasher—. O, al menos, eso fue parte de lo que causó la guerra. En realidad no es importante. Lo que hay que comprender es que todavía estamos en pañales en lo referente al despertar. No ayuda que mucha gente que aprende órdenes nuevas y valiosas no las comparta nunca, y probablemente muera con el conocimiento.

Vivenna asintió, advirtiéndole como la lección se volvía más relajada y animada a medida que entraba en materia. Su experiencia la sorprendió.

«Está sentado en el suelo —pensó—, comiéndose un trozo de calamar seco, sin haberse afeitado en semanas y vestido con ropas que parecen jirones. Y, sin embargo, habla como un erudito en una conferencia. Lleva una espada que rezuma humo negro y hace que la gente se mate entre sí, pero se esfuerza por detener una guerra. ¿Quién es este hombre?».

Miró a *Sangre Nocturna*, apoyada en la pared. Tal vez era la discusión de los aspectos técnicos de la biocroma, o tal vez era simplemente su creciente recelo. Estaba empezando a comprender qué era lo que no encajaba con la espada.

—¿Qué es una entidad biocromática de tipo cuatro? —preguntó, mirando de nuevo a Vasher.

Él permaneció en silencio.

—El tipo uno es un cuerpo humano con conciencia de sí mismo —continuó Vivenna—. El tipo dos es un cuerpo humano sin conciencia. El tipo tres es un objeto despertado como una cuerda... un objeto sin conciencia. ¿Hay un modo de crear un objeto despertado *con* conciencia? ¿Como un Retornado, pero dentro de algo que no sea un cuerpo humano?

Vasher se levantó.

—Ya hemos hablado suficiente por hoy.

—No has respondido a mi pregunta.

—Y no voy a hacerlo. Y te aconsejo que no vuelvas a preguntar.  
¿Comprendido?

La miró, y ella sintió un escalofrío ante su brusquedad.

—Muy bien —dijo, aunque no apartó la mirada.

Vasher masculló algo entre dientes mientras hurgaba en su enorme talego hasta encontrar lo que buscaba.

—Toma. Te he traído algo.

Lanzó al suelo un objeto alargado, envuelto en tela. Vivenna se levantó y se acercó para retirar la tela. Dentro había una fina y bien pulida espada de duelos.

—No sé usar estas armas —dijo.

—Entonces aprende. Si sabes cómo luchar, será mucho menos molesto tenerte cerca. No tendré que sacarte de líos todo el tiempo.

Ella se ruborizó.

—Una sola vez.

—Volverá a suceder.

Ella cogió vacilante la espada envainada, sorprendida por su ligereza.

—Vamos... —dijo Vasher—. Tenemos que visitar a otro grupo.

Sondeluz trataba de no pensar en sus sueños. No pensar en T'Telir devorada por las llamas, en la gente muriendo, en el mundo acabando para siempre.

Se encontraba en la primera planta de su palacio, contemplando la Corte de los Dioses. La primera planta era básicamente un techo sostenido por columnas. El viento le revolvía el pelo. El sol estaba a punto de ponerse. Ya estaban disponiendo las antorchas sobre el césped. Todo era perfecto. Los palacios dispuestos en círculo, iluminados por antorchas y faroles en consonancia con los colores del edificio contiguo.

Algunos palacios estaban a oscuras: los edificios no albergaban ningún dios en ese momento.

«¿Qué sucedería si hubiera demasiados Retornados antes de que nos suicidemos? —pensó ociosamente—. ¿Construirían más palacios?». Por lo que sabía, siempre había habido suficiente espacio.

En la zona destacada del patio se alzaba el palacio del rey-dios, alto y negro. Obviamente había sido construido para que dominara a las extravagantes mansiones de los otros, y proyectaba una sombra ancha e irregular sobre la muralla del fondo.

Perfecto. Todo demasiado perfecto. Las antorchas estaban colocadas de forma que solo podían verse desde lo alto de un edificio. La hierba se mantenía bien cuidada, y los enormes tapices de los muros eran a menudo sustituidos para que no mostraran desgaste, manchas o deterioro.

La gente se desvivía por sus dioses. ¿Por qué? A veces le sorprendía. ¿Pero qué cabía pensar de otras creencias, las que no tenían dioses visibles, solo imágenes incorpóreas o deseos? Sin duda, esos «dioses» hacían aún menos por su pueblo que la corte de Hallandren, aunque seguían adorándolos.

Sondeluz sacudió la cabeza. El encuentro con Madretodos le había recordado días en los que hacía mucho que no pensaba. Calmavidente. Ella había sido su mentora cuando retornó. Encendedora sentía celos de sus recuerdos de ella, pero no comprendía la verdad. Ni él podía explicarla, en realidad. Calmavidente era mucho más parecida a una divinidad que cualquiera de los otros Retornados que Sondeluz había conocido. Se había preocupado por sus seguidores tanto como Madretodos intentaba hacer ahora, pero en Calmavidente se trataba de verdadera preocupación. No ayudaba a la gente porque temiera que

dejaran de adorarla, y no tenía ninguna arrogancia por ninguna supuesta superioridad.

Verdadera amabilidad. Verdadero amor. Verdadera compasión.

Sin embargo, incluso Calmavidente se había sentido inadecuada. A menudo decía que se consideraba culpable por no cumplir las expectativas de la gente. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo podía hacerlo nadie? En el fondo, Sondeluz sospechaba que esto había sido lo que la impulsó a atender a una petición. Solo había una manera, para ella, de ser la diosa que todo el mundo exigía que fuera. Y era entregar su vida.

«Nos empujan a esto —pensó—. Crean todo este lujo y esplendor, nos ofrecen todo lo que deseamos, y luego sutilmente nos empujan. Sé dios. Profetiza. Mantén nuestra ilusión por nosotros. Y muere. Muere para que podamos seguir creyendo».

Normalmente se mantenía alejado del tejado. Prefería estar allí abajo, donde la perspectiva limitada le hacía más fácil ignorar la perspectiva mayor. Era más sencillo concentrarse en cosas simples, como resultaba su vida en ese momento.

—¿Divina gracia? —llamó en voz baja Llarimar, acercándose.

Sondeluz no respondió.

—¿Os encontráis bien, divina gracia?

—Ningún hombre debería ser tan importante —dijo el dios.

—¿Divina gracia? —preguntó Llarimar, deteniéndose a su lado.

—Surte efectos extraños. No fuimos hechos para esto.

—Sois un dios, divina gracia. Fuisteis hecho para esto.

—No. No soy ningún dios.

—Disculpadme, pero en realidad no podéis elegir. Nosotros os adoramos, y eso os convierte en nuestro dios. —Llarimar hablaba con su habitual seriedad. ¿Es que ese hombre no se irritaba nunca?

—No me ayudas.

—Pido disculpas, divina gracia. Pero tal vez deberíais dejar de discutir sobre las mismas cosas de siempre. —Sondeluz sacudió la cabeza—. Hoy hay algo distinto. No estoy seguro de qué hacer.

—¿Os referís a las órdenes de Madretodos?

El dios asintió.

—Creí que lo tenía claro, Veloz. No puedo seguir el ritmo de todas las cosas que planea Encendedora... Nunca he sido bueno con los detalles.

Llarimar no respondió.

—Iba a renunciar —continuó Sondeluz—. Madretodos estaba haciendo un trabajo fantástico manteniendo su postura. Pensé que, si le entregaba mis órdenes, sabría qué hacer. Ella comprendería si es mejor apoyar a Encendedora u oponerse a ella.

—Podríais dejarla hacer. También le disteis vuestras órdenes.

—Lo sé.

Guardaron silencio.

«Así que se reduce a esto —pensó Sondeluz—. El primero de nosotros que cambie esas órdenes tomará el control de los veinte mil sinvidas. El otro quedará fuera».

¿Qué elegir? ¿Quedarse sentado y dejar pasar la historia, o intervenir y crear un caos?

«Sea quien sea —pensó—, sea lo que sea que haya ahí fuera y me enviara de vuelta, ¿por qué no pudiste dejarme en paz? Ya he vivido una vida. Ya he tomado mis decisiones. ¿Por qué tuviste que enviarme de vuelta?».

Lo había intentado todo y, sin embargo, la gente seguía acudiendo a él. Sabía con seguridad que era uno de los Retornados más populares, visitado por peticionarios que le ofrecían más obras de arte que a casi ninguno de los otros. «En serio —pensó—, ¿qué le pasa a esta gente?». ¿Tanta necesidad tenían de adorar a algo que lo elegían a él en vez de preocuparse de que su religión pudiera ser falsa?

Madretodos decía que algunos pensaban así. Le preocupaba la falta de fe que percibía entre la gente corriente. Sondeluz no estaba seguro de ello. Conocía las historias: los dioses que vivían más eran los más débiles porque el sistema animaba a los mejores a sacrificarse rápidamente. Sin embargo, seguía recibiendo el mismo número de peticionarios que cuando empezó. Además, se elegían demasiados pocos dioses en conjunto para que la estadística fuera válida.

¿O se estaba distrayendo con detalles irrelevantes? Se apoyó en la balaustrada, contemplando el jardín y sus brillantes pabellones.

Este podía ser el momento culminante para él. Finalmente, podría demostrar que era un derrochador indolente. Era perfecto. Si no hacía



nada, entonces Madretodos se vería obligada a hacerse con los ejércitos y resistirse a Encendedora.

¿Era eso lo que quería? Madretodos se mantenía aislada de los otros dioses. No asistía a muchas asambleas de la corte y no escuchaba los debates. Encendedora estaba implicada al máximo. Conocía bien a todos los dioses. Comprendía los problemas, y era muy lista. De todos los dioses, solo ella había empezado a dar pasos para asegurar sus ejércitos.

«Siri no constituye ninguna amenaza», pensó Sondeluz. Pero ¿y si había alguien manipulándola? ¿Tendría Madretodos la inteligencia política para comprender el peligro? Sin su preocupada guía y consejo, ¿se encargaría Encendedora de que Siri no fuera aplastada?

Si Sondeluz se retiraba, habría un precio. La culpa sería suya, por renunciar.

—¿Quién era ella, Llarimar? —preguntó en voz baja—. La joven de mis sueños. ¿Mi esposa?

El sumo sacerdote no respondió.

—Necesito saberlo —dijo Sondeluz, volviéndose—. Esta vez, necesito saberlo de verdad.

—Yo... —Llarimar frunció el ceño, y apartó la mirada—. No —musitó—. No era vuestra esposa.

—¿Mi amante?

El otro negó con la cabeza.

—Pero ¿era importante para mí?

—Mucho.

—¿Y sigue viva?

Llarimar vaciló, pero acabó por asentir.

«Sigue viva», pensó Sondeluz.

Si la ciudad caía, entonces ella correría peligro. Todos los que adoraban a Sondeluz, todos los que contaban con él, correrían peligro.

T'Telir no podía caer. Aunque hubiera guerra, la lucha no llegaría aquí. Hallandren no corría peligro. Era el reino más poderoso del mundo.

¿Y qué pasaba con sus sueños?

Solo le habían dado un verdadero deber en el gobierno. Tomar el mando de diez mil sinvidas. Decidir cuándo había que emplearlos. Y cuándo no.

«Sigue viva...».

Se dio media vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

El Enclave Sinvida era técnicamente parte de la Corte de los Dioses. El enorme edificio se alzaba en la base del llano del patio, conectado por un largo pasillo cubierto.

Sondeluz bajó las escalinatas seguido por su séquito. Pasaron ante varios puestos de guardia, aunque no estaba seguro de qué falta hacían en un pasillo que nacía en la corte. Solo había visitado el enclave un par de veces, durante sus primeras semanas como retornado, cuando se le pidió que diera la frase de seguridad a sus diez mil soldados.

«Tal vez debería haber venido más a menudo», pensó. Pero ¿para qué? Los criados se ocupaban de los sinvidas, asegurándose de que su ícoralcohol estuviera fresco, que hicieran ejercicio, y que... hicieran todo lo que fuera que hacían los sinvidas.

Llarimar y varios sacerdotes jadeaban por la larga y veloz caminata cuando llegaron al pie de las escaleras. Sondeluz, naturalmente, no tuvo ningún problema, ya que estaba en perfecto estado físico. Había algunas cosas sobre la divinidad de las que nunca se quejaba. Un par de guardias abrieron las puertas del complejo. Era gigantesco, naturalmente: tenía cabida para cuarenta mil sinvidas. Había cuatro grandes zonas de almacenamiento para los diferentes grupos, una pista para que corrieran, una sala llena de piedras y bloques de metal para que los levantaran y mantuvieran los músculos fuertes, y una enfermería donde se probaba y reponía su ícoralcohol.

Atravesaron varios pasadizos serpenteantes, diseñados para confundir a intrusos que pudieran atacar a los sinvidas, y luego llegaron a un puesto de guardia situado junto a una gran puerta abierta. Sondeluz pasó ante los guardias humanos vivos y contempló a los sinvidas.

Se había olvidado de que los mantenían a oscuras.

Llarimar indicó a un par de sacerdotes que alzaran las lámparas. La puerta daba a una plataforma elevada. El suelo del almacén se extendía debajo, lleno de filas de silenciosos guardias a la espera. Tenían puestas sus armaduras y llevaban sus armas envainadas.

—Hay huecos en las filas —observó Sondeluz.

—Algunos se estarán ejercitando —respondió Llarimar—. He enviado a un criado a recogerlos.

Sondeluz asintió. Los sinvidas estaban de pie, con los ojos abiertos. No se movían ni tosían. Al contemplarlos, Sondeluz recordó de pronto por qué nunca sentía deseos de inspeccionar sus tropas. Eran simplemente demasiado enervantes.

—Todo el mundo fuera —ordenó Sondeluz.

—¿Divina gracia? ¿No queréis que se queden algunos sacerdotes?

El dios negó con la cabeza.

—No. Me ocuparé de esto yo solo.

Llarimar vaciló, pero asintió e hizo lo que le ordenaban.

En opinión de Sondeluz, no había una buena manera de conservar las frases de control. Dejarlas en manos de un solo dios era arriesgarse a perder la frase a raíz de un asesinato. Sin embargo, cuanta más gente conociera las frases, más probable era que el secreto se obtuviera por medio de sobornos o torturas.

El único factor mitigador era el rey-dios. Al parecer, con su poderosa biocroma, podía domar a los sinvidas más rápidamente. Con todo, tomar el control de diez mil soldados requeriría semanas, incluso al rey-dios.

La opción quedaba en manos de los Retornados individuales. Podían permitir que algunos sacerdotes oyeran la frase de mando para que, si algo le sucedía al dios, el sacerdote pudiera transmitir la frase al siguiente retornado. Si el dios decidía no comunicar la frase a sus sacerdotes, entonces su carga se hacía aún mayor. Años antes, a Sondeluz esa opción le había parecido una tontería, y había incluido a Llarimar y otros sacerdotes en el secreto.

Esta vez le parecía aconsejable guardarse la frase para sí. Si tenía oportunidad, se la susurraría al rey-dios. Pero solo a él.

—Línea final azul —dijo—. Os doy una nueva frase de mando. —Vaciló—. Pantera roja. Pantera roja. Dad un paso a la derecha de la sala.

Un grupo de sinvidas de delante, los que podían oír su voz, se dirigieron a un lado. Sondeluz suspiró, cerrando los ojos. Una parte de él tenía la esperanza de que Madretodos hubiera llegado primero, que ya hubiera cambiado la frase de mando.

Pero no lo había hecho. Abrió los ojos y bajó los escalones hasta la planta del almacén. Volvió a hablar, cambiando la frase para otro grupo. Podía hacer unos veinte o treinta seguidos: recordaba que el proceso había durado horas la última vez.

Continuó. Dejaría a los sinvidas con sus instrucciones básicas para obedecer a los sirvientes cuando les pidieran a las criaturas que ejercitaran o fueran a la enfermería. Les imprimiría una orden menor que pudiera ser utilizada para moverlos y hacerlos marchar a localizaciones específicas, como cuando fueron dispuestos en formación ante la ciudad para recibir a Siri, y otra para hacerlos acompañar a los guardias de la ciudad como fuerza de complemento.

Sin embargo, solo habría una persona que conociese la orden definitiva. Una persona que podía hacerlos ir a la guerra. Cuando terminara en esa sala, continuaría, para tomar el control de los diez mil soldados de Madretodos.

Atraería ambos ejércitos. Y, al hacerlo, ocuparía su puesto en el mismo corazón del destino de dos reinos.

Susebron no salía ya por las mañanas.

Siri yacía en la cama junto a él, ligeramente acurrucada, su piel contra la suya. Él dormía apaciblemente, su pecho subía y bajaba, las sábanas blancas desprendiendo prismas de colores a su alrededor ya que reaccionaban inevitablemente a su presencia. Unos meses atrás, ¿quién habría imaginado dónde se encontraría Siri? No solo casada con el rey-dios de Hallandren, sino enamorada de él también.

Todavía le parecía sorprendente. Él era la figura seglar y religiosa más importante de toda la zona del mar Interior. Era la base de la adoración de los Tonos Iridiscentes de Hallandren. Una criatura temida y odiada por la mayoría de los habitantes de Idris.

Y estaba durmiendo tranquilamente a su lado. Un dios del color y la belleza, su cuerpo tan perfectamente esculpido como una estatua. ¿Y qué era Siri? No era perfecta, de eso estaba segura. Sin embargo, de algún modo, ella le había traído algo que necesitaba. Una pizca de espontaneidad. Un soplo del exterior, no domado por sus sacerdotes y su reputación.

Suspiró, apoyando la cabeza en su pecho. Habría un precio que pagar por su felicidad de las últimas noches. «Qué tontos somos —pensó—. Solo tenemos que evitar una cosa: darles un hijo a los sacerdotes, y no hemos tomado precauciones. Nos encaminamos directos hacia el desastre».

Le costaba reprocharse con demasiada firmeza. Sospechaba que su farsa no habría engañado a los sacerdotes mucho más tiempo. Recelarían, o al menos se sentirían frustrados, si ella seguía sin engendrar un heredero. Podía imaginarlos entrometiéndose si seguían retrasándolo.

Fuera lo que fuese que Susebron y ella hicieran para cambiar los acontecimientos, tendrían que hacerlo rápidamente.

Él se agitó a su lado, y ella se volvió para mirarlo a la cara cuando abrió los ojos. Susebron la contempló durante unos minutos, acariciándole el pelo. Era sorprendente lo rápido que se habían sentido cómodos en su intimidad.

Él echó mano a su pizarrita. «Te amo».

Ella sonrió. Siempre era lo primero que escribía por las mañanas.

—Y yo a ti —respondió.

«Sin embargo, probablemente tenemos problemas, ¿verdad?».

—Sí.

«¿Cuánto tiempo? Hasta que quede claro que engendrarás un hijo, quiero decir».

—No estoy segura. No tengo mucha experiencia con esto, obviamente. Sé que algunas mujeres allá en Idris se quejaban de no poder tener hijos tan rápido como querían, así que tal vez no suceda siempre de manera inmediata. Conozco a otras mujeres que parieron hijos casi nueve meses exactos después de la noche de bodas.

Susebron parecía pensativo.

«Dentro de un año a partir de ahora, podría ser madre», pensó Siri. La idea le parecía abrumadora. Hasta hacía muy poco, no se había considerado realmente una persona adulta. «Pero, según lo que nos han dicho, todo hijo que engendre del rey-dios nacerá muerto». Aunque eso fuera mentira, su hijo correría peligro. Siri seguía sospechando que los sacerdotes lo quitarían de en medio, para sustituirlo por un Retornado. Con toda probabilidad, entonces también la harían desaparecer a ella.

«Dedos Azules intentó advertirme. Habló de peligro, no solo para Susebron, sino para mí», pensó.

Susebron escribió: «He tomado una decisión».

Siri alzó una ceja.

«Quiero que la gente y los otros dioses me conozcan. Quiero tomar el control de mi reino por mí mismo».

—Creí que habíamos decidido que eso sería demasiado peligroso.

«Lo será. Pero empiezo a pensar que es un riesgo que debemos correr».

—¿Y tus objeciones de antes? No puedes gritar la verdad, y es probable que los guardias te lleven rápidamente si intentas algo parecido a escapar.

«Sí, pero tú tienes bastantes menos guardias, y puedes gritar».

Siri dudó.

—Sí, pero ¿me creería alguien? ¿Qué pensarían si empezara a gritar que el rey-dios es prisionero de sus propios sacerdotes?

Susebron ladeó la cabeza.

—Créeme: pensarían que estoy loca.

«¿Y si te ganaras la confianza del retornado del que sueles hablar? Sondeluz el Audaz».

Siri pareció pensativa.

«Podrías acudir a él —escribió Susebron—. Cuéntale la verdad. Tal vez te lleve con otros Retornados que crea que puedan hacerte caso. Los sacerdotes no podrán hacernos callar».

Siri permaneció junto a él, la cabeza apoyada en su pecho.

—Parece posible, Seb, pero ¿por qué no huir? Mis sirvientes son todas de Pahn Kahl. Dedos Azules ha dicho que intentará ayudarnos a escapar si se lo pido. Podemos huir a Idris.

«Si huimos, las tropas de Hallandren nos seguirán, Siri. No estaríamos a salvo en Idris».

—Entonces podríamos ir a otra parte.

Él negó con la cabeza.

«Siri, he estado escuchando las discusiones en la corte. Pronto habrá una guerra entre nuestros reinos. Si huimos, estaremos abandonando a Idris a la invasión».

—La invasión se producirá también si nos quedamos.

«No si tomo el control de mi trono. El pueblo de Hallandren y los dioses están obligados a obedecerme. No habrá ninguna guerra si saben que yo lo desapruebo».

Borró, y luego continuó escribiendo, más rápido.

«Le he dicho a los sacerdotes que no deseo ir a la guerra, y ellos parecieron comprensivos. Sin embargo, no han hecho nada».

—Probablemente están preocupados. Si te dejan empezar a hacer política, entonces puede que empieces a pensar que no los necesitas.

«Tendrían razón —escribió él, sonriendo—. Tengo que convertirme en líder de mi pueblo, Siri. Es el único modo de proteger tus hermosas montañas y la familia a la que tanto amas».

Ella guardó silencio, sin poner más objeciones. Hacer lo que él decía sería seguirles la corriente a los sacerdotes. Jugárselo todo a una carta.

Si fallaban, sin duda, deducirían que Siri y Susebron podían comunicarse. Eso indicaría el final de su etapa juntos.

Susebron advirtió su preocupación. «Es peligroso, pero es la mejor opción. Huir sería igual de arriesgado, y nos dejaría en peores circunstancias. En Idris, nos considerarían el motivo del ataque de los ejércitos de Hallandren. Otros países serían aún más peligrosos».

Siri asintió lentamente. En otro país, no tendrían dinero y serían presa fácil para pedir rescate. Escaparían de los sacerdotes solo para acabar cautivos y ser utilizados en contra de Hallandren. El Reino de la Iridiscencia seguía siendo muy rechazado a causa de la Multiguerra.

—Nos harían cautivos, como dices —reconoció—. Además, si estuviéramos en otro país, dudo que pudieran darte un aliento cada semana. Sin ellos, morirías.

Él pareció vacilar.

—¿Qué ocurre?

«No moriría sin aliento —escribió Susebron—. Pero eso no es un argumento a favor de la huida».

—¿Quieres decir que las historias de que los Retornados necesitan aliento para vivir son mentira?

«En absoluto. Necesitamos aliento... pero te olvidas que yo contengo la riqueza de aliento transmitida por generaciones en mi familia. Se lo escuché decir a mis sacerdotes una vez. Si fuera necesario trasladarme, podría sobrevivir con los alientos extra que contengo. Son muchos más que el aliento que me convierte en un Retornado. Mi cuerpo se alimentaría de esos alientos extra, absorbiendo uno por semana».

Siri se sentó, pensativa. Eso parecía implicar algo respecto al aliento que no lograba dilucidar del todo. Por desgracia, no tenía ninguna experiencia a la que referirse.

—Muy bien —dijo—. Entonces podríamos ocultarnos si hiciera falta.

«He dicho que no es un argumento a favor de la huida. Mi tesoro de alientos podría mantenerme vivo, pero también me convertiría en un objetivo muy valioso. Todo el mundo querrá esos alientos: aunque no fuera el rey-dios, correría peligro».

Eso era cierto. Siri asintió.

—Muy bien. Si vamos a intentar descubrir lo que han hecho los sacerdotes, será mejor que lo hagamos pronto. Si nuestro signos de



estar embarazada, apuesto a que los sacerdotes no tardarán ni dos segundos en secuestrarme.

Susebron asintió.

«Habrá una asamblea general en la corte dentro de un par de días. He oído decir a mis sacerdotes que será una reunión importante: es raro que todos los dioses sean convocados para votar. Esa reunión decidirá si atacaremos Idris o no».

Siri asintió, nerviosa.

—Podría sentarme con Sondeluz y pedirle ayuda. Si acudimos a otros dioses, delante de las multitudes, tal vez puedan exigir saber si estoy mintiendo o no.

«Y yo abriré la boca y revelaré que no tengo lengua. Entonces veamos qué hacen los sacerdotes. Se verán obligados a inclinarse ante la voluntad de su propio panteón».

Siri asintió.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a intentarlo.

Vasher la encontró practicando de nuevo.

Espiaba por la ventana, tras haber descendido del tejado con una cuerda despertada que lo sujetaba por la cintura. En la habitación, Vivenna despertaba repetidamente un trozo de tela, sin reparar en la presencia de Vasher. Le ordenó a la tela que serpenteara por la habitación, se enroscara en una copa y la trajera de vuelta sin derramar su contenido.

«Está aprendiendo muy rápido», pensó Vasher. Dar las órdenes era sencillo, pero proporcionar el impulso mental adecuado era difícil. Era como aprender a controlar un segundo cuerpo. Vivenna era rápida. Sí, poseía una gran cantidad de alientos. Eso lo hacía más sencillo, pero el verdadero Despertar Instintivo, la capacidad de despertar objetos sin entrenamiento ni práctica, era un don que solo concedía la Sexta Elevación. Vivenna estaba lejos de ese nivel. Aprendía más rápido de lo normal, aunque se frustraba por lo a menudo que hacía mal las cosas.

Cometió un error mientras él la miraba. La tela serpenteó por la habitación, pero se metió dentro de la copa en vez de enroscarse en ella. Se estremeció, hizo caer la copa y finalmente regresó, dejando un rastro húmedo. Vivenna maldijo y se acercó para volver a llenar la copa. No reparó en Vasher. A él no le sorprendió: ahora mismo era un apagado, con todo su exceso de aliento almacenado en su camisa.

Ella sustituyó la copa y él se izó cuando regresaba. Naturalmente, el mecanismo de cómo Vasher se movía con las cuerdas era más complicado de lo que parecía. Su orden incorporaba hacer que la cuerda respondiera a golpecitos con su dedo. Despertar era distinto a crear un sinvida: estos tenían cerebros y podían interpretar órdenes y peticiones. La cuerda no tenía nada de eso: solo podía actuar siguiendo sus instrucciones originales.

Con unos golpecitos, él volvió a bajar. Vivenna estaba de espaldas y cogió otro trapo de colores para usarlo como combustible cuando despertara su cuerda atrapacopas.

«Me gusta —dijo *Sangre Nocturna*—. Me alegro de que no la matáramos».

Vasher no respondió.

«Es muy bonita, ¿no te parece?», preguntó la espada.

«Tú no entiendes de eso», replicó Vasher.

«Sí que entiendo».

Vasher sacudió la cabeza. Bonita o no, la muchacha no tendría que haber venido nunca a Hallandren. Le había dado a Denth una herramienta perfecta. «Naturalmente —admitió con amargura—, Denth tal vez no necesitaba esa herramienta». Hallandren e Idris estaban a punto de destruirse. Vasher había permanecido lejos demasiado tiempo. Lo sabía. También sabía que era imposible haber vuelto antes.

Dentro de la habitación, Vivenna consiguió que la cuerda le trajera la copa, y se la bebió con una expresión satisfecha que Vasher apenas pudo ver. Hizo que la cuerda lo bajara al suelo. Le ordenó que se soltara de arriba y luego, cuando se enroscó en su brazo, recuperó su aliento y subió los escalones que conducían a la habitación.

Vivenna se dio la vuelta al oír entrar a Vasher. Soltó la cuerda y guardó a toda prisa el trapo en su bolsillo. «Tonta. ¿Qué importa que me vea practicando? —pensó, ruborizándose—. No es que tenga nada que esconder». Pero practicar ante él resultaba embarazoso. Eran tan severo, tan inflexible con los defectos. No le gustaba que la viera fracasar.

—¿Y bien? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Tanto la casa que empleabais como el refugio de los suburbios están vacíos —contestó—. Denth es demasiado listo para dejarse pillar. Debió de deducir que revelarías su localización.

Vivenna apretó los dientes, frustrada, y se apoyó contra la pared. Como las otras habitaciones en que se habían alojado, aquella era sumamente simple. Sus únicas posesiones eran un par de petates y las mudas de ropa, que Vasher llevaba en su morral.

Denth vivía con mucho más lujo. Podía permitírselo: ahora tenía todo el dinero de Lemex. «Fue listo —pensó ella—. Me dio el dinero y me hizo creer que estaba al mando. Supo todo el tiempo que el oro no dejaba de estar en sus manos, igual que yo».

—Esperaba vigilarlo —dijo—. Tal vez adelantarnos a lo que esté planeando.

Vasher se encogió de hombros.

—No funcionó. No tiene sentido lamentarse por eso. Vamos. Creo que puedo lograr que nos reunamos con algunos obreros idrianos en uno de los huertos, si llegamos durante la pausa del almuerzo.

Vivenna frunció el ceño mientras él se volvía.

—Vasher, no podemos seguir haciendo esto.

—¿Esto?

—Cuando estaba con Denth, nos reuníamos con jefes del hampa y políticos. Tú y yo solo nos reunimos con campesinos.

—¡Son buenas personas!

—Sé que lo son —dijo Vivenna rápidamente—. Pero ¿crees de verdad que sirve para algo? Comparado con lo que probablemente estará haciendo Denth, quiero decir.

Él frunció el ceño, pero en vez de discutir con ella, solo descargó un puñetazo contra la pared.

—Lo sé —admitió—. He intentado otras cosas, pero casi todo lo que hago parece ir un paso por detrás de Denth. Puedo matar a sus bandas de ladrones, pero tiene más de las que puedo encontrar. He intentado descubrir quién maquina a favor de la guerra, incluso he seguido pistas en la Corte de los Dioses, pero todo el mundo se muestra cada vez más reservado. Dan por hecho que la guerra es inevitable, y no quieren que se les vea en la parte perdedora del debate.

—¿Y los sacerdotes? ¿No son los que llevan los temas ante los dioses? Si podemos conseguir más sacerdotes que argumenten en contra de la guerra, tal vez podamos detenerla.

—Los sacerdotes son volátiles —respondió Vasher, sacudiendo la cabeza—. La mayoría de los que argumentaron contra la guerra han cedido. Incluso Nanrovah ha cambiado de bando.

—¿Nanrovah?

—El sumo sacerdote de Marcaquieta —explicó Vasher—. Lo consideraba de convicciones firmes: incluso se reunió conmigo varias veces para hablar de su oposición a la guerra. Ahora se niega a verme y ha cambiado de bando. Mentiroso incoloro.

Vivenna frunció el ceño, recordando.

—Vasher —dijo—. Le hicimos algo.

—¿Qué dices?

—Denth y su equipo. Ayudamos a una banda de ladrones a robarle a un mercader de sal. Usamos un par de distracciones para cubrir el robo. Le prendimos fuego a un edificio cercano y volcamos un carruaje que

pasaba por el jardín. El carruaje pertenecía a un sumo sacerdote. Creo que se llamaba Nanrovah.

Vasher maldijo en voz baja.

—¿Crees que podría estar relacionado? —preguntó ella.

—Tal vez. ¿Sabes qué ladrones cometieron el robo?

Ella negó con la cabeza.

—Volveré —dijo él—. Espera aquí.

Eso hizo. Esperó durante horas. Trató de practicar el despertar, pero ya había pasado casi todo el día trabajando en eso. Estaba agotada mentalmente y le resultaba difícil concentrarse. Acabó asomada a la ventana, molesta. Denth siempre la había dejado acompañarlo cuando salía a buscar información.

«Eso fue solo porque quería mantenerme cerca», pensó. Ahora que lo recordaba, había un montón de cosas que Denth le había ocultado. Vasher no se molestaba en tranquilizarla.

Sin embargo, cuando ella le preguntaba, no era parco con la información. Sus respuestas eran a regañadientes, pero solía contestar. Ella seguía repasando aquella conversación sobre el despertar. No tanto por lo que había dicho él, sino por el modo en que lo había dicho.

Se había equivocado con Vasher. De eso estaba casi segura. Tenía que dejar de juzgar a la gente. Pero ¿era eso posible? ¿No se basaba la interacción, en parte, en los juicios? El trasfondo y las actitudes de una persona influían en cómo se le respondía.

La clave, entonces, radicaba en dejar de juzgar. Había considerado amigo a Denth, pero no tendría que haberlo ignorado cuando decía que los mercenarios no tenían amigos.

La puerta se abrió. Vivenna dio un respingo y se llevó la mano al pecho.

Vasher entró.

—Empieza por echar mano de esa espada cuando te sobresaltes —dijo—. No hay ningún motivo para que te agarres la camisa, a menos que pienses desgarrártela.

Vivenna se ruborizó, el pelo convertido en rojo. La espada que él le había dado yacía a un lado de la habitación: no habían tenido muchas oportunidades de practicar, y ella apenas sabía empuñarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella mientras él cerraba la puerta. Ya estaba oscuro fuera, y la ciudad empezaba a chispear de luces.

—El robo fue una tapadera. El verdadero golpe era el carruaje. Denth les prometió a los ladrones algo valioso si cometían un robo y provocaban un incendio, pero ambas cosas eran distracciones para conseguir el carruaje.

—¿Para qué?

—No estoy seguro.

—¿Por dinero? Cuando Tonk Fah golpeó al caballo, un cofre cayó desde lo alto. Estaba lleno de oro.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Vasher.

—Yo me marché con los demás. Creí que el carro era una distracción, y tenía que quitarme de en medio.

—¿Y Denth?

—No estaba allí, ahora que lo pienso. Los demás me dijeron que se encontraba reunido con otros ladrones.

Vasher asintió. Se acercó a su morral y sacó varias prendas de vestir. Se quitó la camisa, revelando un torso musculoso y bastante velludo. Vivenna parpadeó sorprendida, luego se ruborizó. Probablemente tendría que haberse vuelto, pero la curiosidad era demasiado fuerte.

Él no se quitó los pantalones, menos mal, sino que solo se cambió de camisa. Las mangas de esta estaban cortadas en forma de lazos largos cerca de las muñecas.

—A mi llamada —dijo—, convertíos en mis dedos y agarrad lo que debo.

Las borlas de las mangas se agitaron.

—Espera —dijo Vivenna—. ¿Qué ha sido eso? ¿Una orden?

—Demasiado complicada para ti —contestó él, arrodillándose para deshacer el dobladillo de los pantalones. Ella vio que también ahí había sobrantes de tela—. Convertíos en mis piernas y dadme fuerzas —ordenó.

Las borlas-piernas se cruzaron sobre sus pies, tensándose. Vivenna no discutió que las órdenes fueran «demasiado complicadas». Simplemente las memorizó.

Finalmente, Vasher se echó por encima su raída capa, rota en algunas partes.

—Protégeme —ordenó, y ella vio que gran parte de su aliento restante iba a la capa. Se envolvió la cuerda a la cintura: era fina, para tratarse de una cuerda, pero fuerte, y ella sabía que su propósito no era sujetarle los pantalones.

Finalmente, recogió a *Sangre Nocturna* .

—¿Vienes?

—¿Adónde?

—Vamos a capturar a algunos de esos ladrones. A preguntarles qué quería Denth exactamente de ese carruaje.

Vivenna sintió una punzada de temor.

—¿Por qué me invitas? ¿No será más difícil para ti?

—Depende —contestó él—. Si nos metemos en una pelea y tú andas por medio, entonces será más difícil. Si nos metemos en una pelea y la mitad de ellos te ataca a ti y no a mí, hará más fáciles las cosas.

—Suponiendo que no me defiendas.

—Es una acertada suposición —manifestó él, mirándola a los ojos—. Si quieres venir, no te lo impediré. Pero no esperes que te proteja. Y, hagas lo que hagas, no intentes seguirme por tu cuenta.

—No lo haré.

Vasher se encogió de hombros.

—Me ha parecido que debía hacerte la invitación. Aquí no eres ninguna prisionera, princesa. Puedes hacer lo que quieras. Pero no me estorbes, ¿vale?

—Comprendo —dijo ella, sintiendo un escalofrío mientras tomaba la decisión—. Y voy a ir.

Él no intentó disuadirla. Simplemente señaló la espada.

—Llévala.

Ella asintió y se la sujetó al cinto.

—Desenváinala.

Ella obedeció, y él corrigió su forma de blandirla.

—¿De qué servirá agarrarla bien? —preguntó ella—. Sigo sin saber cómo utilizarla.

—Parece una pose amenazadora y puede conseguir que alguien que te ataque dude. Pueden vacilar un par de segundos en una pelea, y eso podría significar mucho.

Ella asintió nerviosa, y volvió a guardar la espada en su vaina. Cogió varios trozos de cuerda.

—Sujeta cuando te lance —le dijo a la más corta, y se la guardó en el bolsillo.

Vasher la miró.

—Mejor perder aliento a que te maten —dijo ella.

—Pocos despertadores estarían de acuerdo contigo —advirtió él—. Para la mayoría, la idea de perder aliento es más aterradora que la perspectiva de la muerte.

—Bueno, yo no soy como la mayoría de los despertadores. Una parte de mí sigue considerando blasfemo todo el proceso.

Él asintió.

—Pon el resto de tu aliento en otra parte —dijo, abriendo la puerta—. No podemos permitirnos llamar la atención.

Ella sonrió, hizo lo que le decía y puso su aliento en su camisa con una orden básica y no activa. En realidad era lo mismo que dar una orden murmurada. Esas órdenes podían extraer el aliento, pero lo dejaban incapaz de actuar.

En cuanto colocó el aliento, regresó el aturdimiento. Todo parecía muerto a su alrededor.

—Vamos —dijo Vasher, saliendo a la oscuridad.

La noche en T'Telir era muy distinta de la noche en Idris. Allí era posible ver tantas estrellas en el cielo que parecía que hubieran arrojado al aire un cubo de arena blanca. Aquí había farolas, tabernas, restaurantes y casas de entretenimiento. El resultado era una ciudad llena de luces, un poco como si las estrellas hubieran bajado a inspeccionar la grandiosa T'Telir. Sin embargo, a Vivenna le entristecía las pocas estrellas de verdad que veía en el cielo.



Nada de eso implicaba que los lugares adonde iban fueran brillantes en modo alguno. Vasher la condujo a través de las calles, y rápidamente se convirtió en poco más que una sombra. Dejaron atrás lugares con farolas y ventanas iluminadas, dirigiéndose a un suburbio desconocido. Era uno de aquellos en los que ella había temido entrar, incluso cuando malvivía en la calle. La noche pareció hacerse aún más oscura cuando entraron y recorrieron uno de los serpenteantes y oscuros callejones que hacían las veces de calles en esos lugares. Permanecieron en silencio. Vivenna sabía que no debía hablar para no llamar la atención.

Al cabo de un rato, Vasher se detuvo. Señaló un edificio: de una sola planta, techo plano, y ancho. Se alzaba solo, en una depresión, con varias chabolas que cubrían el promontorio de detrás. Vasher le indicó que esperara, y entonces introdujo el resto de su aliento en su cuerda y se arrastró hacia la loma.

Vivenna esperó, nerviosa, acucillada junto a una chabola ruinosa que parecía construida con ladrillos viejos. «¿Por qué he venido? —pensó—. No me ordenó que lo hiciera: solo dijo que podía hacerlo. Bien podría haberme quedado en la habitación».

Pero estaba cansada de que le sucedieran cosas sin que tuviera ninguna intervención. Había sido ella quien señaló que tal vez había alguna conexión entre el sacerdote y el plan de Denth. Quería seguir la pista hasta el final. Hacer algo.

Fue fácil pensarlo en la habitación. No ayudaba a sus nervios que, acechando a la izquierda de la chabola hubiera una estatua de D'Denir. Había algunas de ellas en los suburbios de las tierras altas, aunque la mayoría estaban desfiguradas o rotas.

Sin su sentido vital, no notaba nada. Se sentía casi como si se hubiera quedado ciega. La ausencia del aliento traía recuerdos de noches durmiendo en un frío callejón lodoso. Tundas recibidas a manos de pillastres callejeros que tenían la mitad de su tamaño y el doble de su habilidad. Hambre. Terrible, omnipresente, deprimente y agotadora hambre.

Una pisada crujió y una sombra acechó. Vivenna casi dejó escapar un jadeo de temor, pero consiguió controlarse al reconocer a *Sangre Nocturna*.

—Dos guardias —dijo Vasher—. Ambos silenciados.

—¿Valdrán para responder a nuestras preguntas?

En la oscuridad, Vasher sacudió la cabeza.

—Son prácticamente chiquillos. Necesitamos a alguien más importante. Tendremos que entrar. Eso, o sentarnos a vigilar durante días para determinar quién está al mando, y luego cogerlo cuando esté solo.

—Eso nos llevaría demasiado tiempo.

—Estoy de acuerdo, pero no puedo usar la espada. Cuando *Sangre Nocturna* acaba con un grupo, nunca queda nadie para interrogar.

Vivenna se estremeció.

—Vamos —susurró él.

Lo siguió silenciosamente en dirección a la puerta principal. Vasher la agarró por el brazo y negó con la cabeza. Ella lo siguió hasta un lado, sin advertir apenas los dos cuerpos inconscientes arrojados a una zanja. En la parte trasera del edificio Vasher empezó a palpar el suelo. Tras unos instantes sin éxito, maldijo en voz baja y se sacó algo del bolsillo. Un puñado de paja.

En pocos segundos, había construido tres hombrecillos con paja e hilo, y luego usó el aliento recuperado de su capa para animarlos. Le dio a cada uno la misma orden.

—Encontrad túneles.

Vivenna observó, fascinada, cómo los hombrecillos correteaban por el suelo. Vasher continuó buscando también. «Al parecer la experiencia y la habilidad para usar imágenes mentales son los aspectos más importantes del despertar —pensó—. Vasher lleva haciendo esto mucho tiempo, y la forma en que habló antes, como un erudito, indica que ha estudiado el despertar muy en serio».

Uno de los hombrecillos de paja empezó a dar saltos arriba y abajo. Los otros dos corrieron a su encuentro y empezaron a saltar también. Vasher se acercó a ellos, igual que Vivenna, que observó cómo él descubría una trampilla oculta bajo una gruesa capa de tierra. La alzó un poco y metió la mano debajo. Sacó varias campanitas, al parecer colocadas allí para que sonaran si la puerta se abría del todo.

—Ningún grupo como este tiene un escondite sin una salida secreta —dijo Vasher—. Normalmente un par de ellas. Siempre con trampa.

Vivenna vio cómo recuperaba el aliento de los hombrecillos de paja, dándole las gracias a ambos. Frunció el ceño al oír las curiosas palabras. Eran solo paja. ¿Por qué agradecersele?

Vasher devolvió el aliento a su capa con una orden de protección, y luego bajó por la trampilla. Vivenna lo siguió, pisando con cuidado, saltándose un escalón cuando Vasher se lo indicó. Abajo había un túnel

burdamente abierto, o esa sensación le produjo la oscura cámara de tierra.

Vasher avanzó: ella lo notaba por el silencioso roce de sus ropas. Lo siguió y sintió curiosidad al ver luz delante. También pudo oír voces. Hombres hablando, y riendo.

Pronto distinguió la silueta de Vasher; se acercó a él y ambos se asomaron a la salida del túnel, que daba a una habitación con suelo de tierra. Un fuego ardía en el centro, y el humo se retorció y escapaba por un agujero en el techo. La planta superior, el edificio en sí, era probablemente solo una fachada, pues la cámara allí abajo parecía muy habitable. Había piezas de tela, petates, ollas y sartenes. Todo tan sucio como los hombres que estaban reunidos alrededor del fuego, riendo.

Vasher le indicó que se hiciera a un lado. Había otro túnel a pocos palmos de donde estaban. El corazón de Vivenna dio un vuelco cuando Vasher entró a rastras en la habitación y se dirigió al segundo túnel. Miró el fuego. Los hombres estaban muy concentrados en su bebida y los cegaba el resplandor. No parecieron reparar en Vasher.

Vivenna inspiró profundamente y luego se encaminó hacia las sombras de la habitación, sintiéndose expuesta con el fuego a la espalda. Vasher, sin embargo, no fue muy lejos antes de pararse. Ella casi chocó con él. Se quedó allí plantado unos instantes; finalmente, Vasher le dio un golpecito en la espalda, intentando que se moviera a un lado para ver lo que veía él. Vasher se apartó, permitiéndole ver lo que tenía delante.

Ese túnel terminaba bruscamente: no era un túnel sino un hueco. Al fondo había una jaula, casi de un metro de altura. Dentro había una niña.

Vivenna se quedó boquiabierta, empujó a Vasher para abrirse paso y se acercó a la jaula. «Lo que había de valor en el carruaje —pensó, haciendo la conexión— no era el oro. Era la hija del sacerdote. La perfecta moneda de cambio si quieres chantajear a alguien para que cambie de postura en la corte».

Mientras Vivenna se arrodillaba, la niña se encogió en la jaula, lloriqueando en voz baja, temblorosa. La jaula apestaba a excrementos humanos y la niña estaba cubierta de mugre... todo excepto sus mejillas, limpias por las lágrimas.

Vivenna miró a Vasher. Sus ojos estaban en sombras, ya que se encontraba de espaldas al fuego, pero pudo ver que apretaba los dientes. Notó la tensión en sus músculos. Volvió la cabeza a un lado, medio iluminando su rostro al resplandor.

En ese único ojo iluminado, Vivenna vio furia.

—¡Eh! —exclamó uno de los ladrones.

—Saca a la niña —dijo Vasher en un ronco susurro.

—¿Cómo has entrado aquí? —chilló otro hombre.

Vasher la miró a los ojos y Vivenna se sintió encoger. Asintió y Vasher se dio media vuelta, un puño cerrado, la otra mano aferrando a *Sangre Nocturna*. Avanzó despacio, cauteloso, mientras se aproximaba a los hombres, susurrando su capa. Vivenna quería hacer lo que le había pedido, pero le resultaba difícil dejar de mirarlo.

Los hombres desenvainaron sus espadas. Vasher se movió de pronto.

*Sangre Nocturna*, todavía envainada, golpeó a un hombre en el pecho, y Vivenna oyó cómo le partía los huesos. Otro hombre atacó, y Vasher giró extendiendo una mano. Las borlas de su manga se movieron por su cuenta, envolviéndose en la espada del ladrón, capturándola. El impulso de Vasher le arrancó el arma de las manos, y la arrojó a un lado después de que las borlas la liberaran.

La espada golpeó el suelo de tierra. Vasher agarró la cara del ladrón. Las borlas se enroscaron en la cabeza del hombre como tentáculos de pulpo. Vasher lo empujó y lo hizo caer al suelo, inclinándose para aumentar su impulso, mientras golpeaba con la envainada *Sangre Nocturna* las piernas de otro hombre y lo derribaba. Un tercero intentó descargar un mandoble por detrás, y Vivenna gritó. La capa de Vasher, sin embargo, se agitó de pronto y cogió al sorprendido hombre por los brazos.

Vasher se volvió, el rostro enfurecido, y blandió *Sangre Nocturna* hacia su atacante. Vivenna dio un respingo al oír los huesos rotos. Dejó de mirar la pelea mientras los gritos continuaban. Con dedos temblorosos, trató de abrir la jaula.

Estaba cerrada con llave. Extrajo algo de aliento de una cuerda y luego intentó despertar el candado, pero no sucedió nada.

«Metal —pensó—. No ha estado vivo, así que no puede ser despertado».

Soltó un hilo de su camisa, tratando de ignorar los alaridos de dolor que oía detrás. Vasher empezó a gritar mientras luchaba, perdiendo toda semejanza con un asesino frío y profesional. Era un hombre enfurecido.

Vivenna alzó el hilo.

—Abre —ordenó.

El hilo se agitó un poco, pero cuando lo metió en el candado, no sucedió nada.

Vivenna retiró el aliento, inspiró dos o tres veces para calmarse y cerró los ojos.

«Tengo que decir bien la intención. Tengo que entrar dentro, retorcer el cerrojo para soltarlo».

—Retuerce —dijo, al tiempo que sentía cómo la dejaba el aliento. Metió el hilo en el cerrojo. Lo hizo girar y oyó un chasquido. La puerta se abrió. Los sonidos de lucha cesaron, aunque los hombres continuaron gimiendo.

Vivenna recuperó su aliento y metió la mano en la jaula. La niña gimió, llorando y escondiendo la cara.

—Soy una amiga —la tranquilizó Vivenna—. He venido a ayudarte.

Pero la niña se sacudió y gritó cuando la tocó. Frustrada, la princesa se volvió hacia Vasher.

Estaba junto al fuego, la cabeza gacha, rodeado de cuerpos tendidos. Sostenía a *Sangre Nocturna* en una mano, la punta envainada apoyada contra el suelo. Por algún motivo, parecía más grande que hacía unos momentos. Más alto, más ancho de hombros, más amenazador.

La otra mano de Vasher cubría el pomo de *Sangre Nocturna*. El cierre de la vaina estaba suelto, y de la hoja manaba humo negro, una parte hacia el suelo, otra flotando hacia el techo. Como si titubeara.

El brazo de Vasher temblaba.

«Desenváiname... —parecía decir una voz dentro de la cabeza de Vivenna—. Mátales...».

Algunos hombres se retorcían todavía en el suelo. Vasher empezó a extraer la hoja. Era completamente negra y parecía absorber la luz del fuego.

«Esto no es bueno», pensó Vivenna.

—¡Vasher! —gritó—. ¡Vasher, la niña no quiere venir conmigo!

Él se detuvo y la miró, los ojos vidriosos.

—Los has derrotado, Vasher. No hace falta desenvainar la espada.

«Sí... sí, hace falta...».

Vasher parpadeó y por fin la vio. Volvió a envainar a *Sangre Nocturna*, sacudió la cabeza y fue hacia Vivenna. Le dio una patada a un cuerpo al pasar, arrancando un gemido.

—Monstruos incoloros —susurró, asomándose a la jaula. Ya no parecía más grande, y ella decidió que lo que había visto debía de haber sido una ilusión óptica. Introdujo las manos en la jaula. Y, extrañamente, la niña acudió a él de inmediato, se agarró a su pecho y lloró. Vivenna se quedó sorprendida. Vasher cogió a la niña en brazos, con lágrimas también él en los ojos.

—¿La conoces? —preguntó Vivenna.

Él negó con la cabeza.

—Conozco a Nanrovah, y sé que tenía hijos pequeños, pero nunca he visto a ninguno de ellos.

—Entonces ¿cómo? ¿Por qué acude a ti?

Él no respondió.

—Vamos —dijo—. Pueden venir más hombres.

Parecía que casi deseaba que eso sucediera. Se volvió hacia el túnel de salida, y Vivenna lo siguió.

Se dirigieron a uno de los barrios ricos de T'Telir. Vasher no habló mucho mientras caminaban, y la niña se mostró aún más silenciosa. A Vivenna le preocupaba el estado mental de la pequeña. Obviamente había pasado un par de meses muy duros.

Pasaron de las chabolas a las casas de vecindad y luego a mansiones en calles adornadas con árboles y farolas encendidos. Vasher se detuvo y soltó a la chiquilla.

—Niña —dijo—, voy a decirte unas palabras. Quiero que las repitas. Repítelas, y lo digo en serio.

La niña lo miró con expresión ausente y asintió levemente con un gesto de cabeza.

Vasher miró a Vivenna.

—Apártate.

Ella abrió la boca para objetar, pero se lo pensó mejor. Se retiró unos pasos. Por fortuna, Vasher estaba junto a una farola encendida, y ella podía verlo bien. Le habló a la niña pequeña, y la pequeña le contestó.

Después de abrir la jaula, Vivenna había recuperado el aliento del hilo. No lo había almacenado en ninguna parte. Y, con la conciencia extra que tenía, le pareció ver algo. El aura biocromática de la niña, la normal que tenía todo el mundo, fluctuó ligeramente.

Fue débil. Sin embargo, gracias a la Primera Elevación, Vivenna pudo haber jurado que la veía.

«Pero Denth me dijo que era todo o nada —pensó—. Tienes que dar todo el aliento que contienen. Y desde luego no puedes dar parte de un aliento». Sin embargo, tal como había quedado demostrado, Denth era un mentiroso.

Vasher se incorporó, y volvió a coger a la niña en brazos. Vivenna se acercó y le sorprendió oírla hablar.

—¿Dónde está papi? —preguntó.

Vasher no respondió.

—Estoy sucia —añadió la niña, mirándose—. A mami no le gusta que esté sucia. Mi vestido también está sucio.

Vasher echó a andar. Vivenna lo alcanzó rápidamente.

—¿Vamos a casa? —preguntó la niña—. ¿Dónde hemos estado? Es tarde. No debería estar en la calle. ¿Quién es esa mujer?

«No recuerda —se dijo Vivenna—. No recuerda dónde ha estado... probablemente no recuerda nada de toda la experiencia».

Vivenna miró de nuevo a Vasher, que caminaba con su barba descuidada, los ojos al frente, cogiendo a la niña con una mano. Y *Sangre Nocturna* en la otra. Se dirigió al portón de una mansión y lo abrió de una patada. Entró en el jardín y Vivenna lo siguió, nerviosa.

Dos perros guardianes empezaron a ladrar. Aullaron y gruñeron, acercándose. Vivenna dio un respingo. Sin embargo, en cuanto vieron a Vasher, se tranquilizaron y empezaron a menear la cola, y uno de ellos trató de lamerle las manos.

«En nombre de los Colores, ¿qué está pasando aquí?».

Algunas personas empezaban a congregarse delante de la mansión, portando faroles y tratando de ver cuál era la causa de los ladridos. Uno vio a Vasher, le dijo algo a los demás, y todos se marcharon. Cuando Vivenna y Vasher llegaron al porche, un hombre había aparecido en la puerta. Llevaba un camisón blanco y lo protegían un par de soldados. Se adelantaron para bloquearle el paso a Vasher, pero

el del camisón se coló entre ellos, exclamando emocionado. Lloró al coger a la niña de manos de Vasher.

—Gracias —susurró—. Gracias.

Vivenna permaneció en silencio, en segundo plano. Los perros continuaron lamiendo las manos de Vasher, aunque evitaban a *Sangre Nocturna*.

El hombre abrazó a la niña hasta que por fin la entregó a una mujer que acababa de salir: la madre de la pequeña, supuso Vivenna. La mujer soltó un grito de alegría y cogió a la niña.

—¿Por qué la has devuelto? —dijo el hombre, mirando a Vasher.

—Los que se la llevaron han sido castigados —respondió con voz tranquila—. Es todo lo que debería importar ahora.

El hombre entornó los ojos.

—¿Te conozco, forastero?

—Nos hemos visto. Te pedí que argumentaras en contra de la guerra.

—¡Es verdad! No tenías que animarme. Pero cuando se llevaron a Misel... tuve que guardar silencio sobre lo sucedido, tuve que cambiar mis argumentos, o la matarían.

Vasher se dio media vuelta y echó a andar por el sendero.

—Coge a tu hija y ponla a salvo —dijo, volviéndose—. Y asegúrate de que este reino no emplee a sus sinvidas para una matanza.

El hombre asintió, todavía sollozando.

—Sí, sí. Por supuesto. Gracias. Muchas gracias.

Vasher continuó andando. Vivenna corrió tras él, mirando a los perros.

—¿Cómo has conseguido que dejaran de ladrar?

Él no respondió.

Vivenna se volvió para contemplar la mansión.

—Te has redimido —dijo él en voz baja, al atravesar las oscuras puertas.

—¿Qué?



—Secuestrar a la niña es algo que Denth habría hecho aunque no hubieras venido a T'Telir. Yo no la habría encontrado nunca. Denth trabaja con muchas bandas de ladrones, y me pareció que el robo tenía por único motivo interrumpir los suministros. Como todos los demás, ignoré el carruaje. —Se detuvo para mirar a Vivenna—. Le has salvado la vida a la niña.

—Por casualidad —contestó ella. No podía verse el pelo en la oscuridad, pero notó que enrojecía.

—Da igual.

Vivenna sonrió, pues el cumplido la afectaba intensamente.

—Gracias.

—Lamento haber perdido la calma —dijo él—. Allá en el cubil. Se supone que un guerrero debe estar tranquilo. Cuando combates o libras un duelo, no puedes dejar que la ira te domine. Por eso nunca he sido un buen duelista.

—Hiciste el trabajo —respondió ella—, y Denth ha perdido otro peón. —Salieron a la calle—. Aunque —añadió—, ojalá no hubiera visto esta lujosa mansión. No mejora mi opinión sobre los sacerdotes de Hallandren.

Vasher sacudió la cabeza.

—El padre de Nanrovah fue uno de los mercaderes más ricos de la ciudad. El hijo se dedicó a servir a los dioses por gratitud. No cobra por su servicio.

Vivenna vaciló.

—Oh.

Vasher se encogió de hombros.

—Siempre es fácil echar la culpa a los sacerdotes. Son chivos expiatorios muy convenientes: después de todo, cualquiera que tenga una creencia fuerte distinta a la de uno, es tachado de loco fanático o mentiroso manipulador.

Vivenna volvió a ruborizarse.

Él se detuvo y se volvió hacia ella.

—Lo siento —dijo—. No pretendía decirlo de esa forma. —Se dio media vuelta y siguió caminando—. Ya te dije que no soy bueno en esto.

—No importa. Me estoy acostumbrando.

Él asintió en la oscuridad, como distraído.

«Es un buen hombre —pensó Vivenna—. O, al menos, un hombre que intenta ser bueno». Una parte de ella se sintió como una tonta por hacer un nuevo juicio de valor.

Sin embargo, sabía que no podía vivir ni interactuar con nadie sin hacer algunos juicios. Así que juzgaba a Vasher. No es que hubiera juzgado a Denth, que había dicho cosas divertidas y le había mostrado lo que ella esperaba ver. Juzgaba a Vasher por lo que le veía hacer: llorar por una niña cautiva; devolverle esa niña a su padre, su única recompensa una oportunidad para hacer un burdo gesto por la paz; vivir sin apenas dinero; empeñarse en impedir una guerra.

Era duro, brutal, y tenía un temperamento terrible. Pero era un buen hombre. Y, caminando junto a él, ella se sintió a salvo por primera vez en semanas.

—Y así cada uno tenemos veinte mil —dijo Encendedora, caminando junto a Sondeluz por el sendero de piedra que rodeaba el anfiteatro.

—Sí —respondió él.

Sus sacerdotes, ayudantes y sirvientes los seguían como un santo rebaño, aunque los dioses habían rechazado palanquines o quitasoles. Caminaban solos, el uno al lado del otro. Sondeluz de rojo y dorado. Encendedora, por una vez, con una túnica que la cubría decentemente.

«Es sorprendente lo atractiva que está vestida así, cuando se toma su tiempo para respetarse a sí misma», pensó él. No estaba seguro de por qué no le gustaban sus provocadores atuendos. Tal vez había sido un mojigato en su vida anterior.

O tal vez lo era ahora. Sonrió tristemente para sí. «¿Cómo puedo echarle la culpa a mi antiguo yo? Ese hombre está muerto. No fue él quien se implicó en la política del reino».

El anfiteatro se estaba llenando y, curiosamente, todos los dioses estaban presentes. Solo Amaclima llegaba tarde, pero era a menudo impredecible.

«Se avecinan acontecimientos importantes —pensó Sondeluz—. Llevan años preparándose. ¿Por qué debería estar yo en el centro?».

Sus sueños de la noche anterior habían sido muy extraños. Finalmente, ninguna visión de guerra. Solo la luna. Y unos pasadizos extraños y retorcidos. Como... túneles.

Muchos dioses asintieron respetuosos cuando pasó ante sus pabellones; aunque, cierto, unos cuantos torcieron el gesto, y unos pocos lo ignoraron. «Qué extraño sistema de gobierno —pensó—. Inmortales que solo duran una década o dos... y que nunca han visto el mundo exterior. Y, sin embargo, la gente confía en nosotros».

—Creo que deberíamos compartir las órdenes de mando, Sondeluz —dijo Encendedora—. Para que cada uno tenga las cuatro, por si acaso.

Él no respondió.

Ella se apartó, mirando a la gente con sus coloridos ropajes, sentados en los bancos y asientos.

—Vaya, vaya, cuánto público —dijo—. Y tan pocos me prestan atención. Bastante grosero por su parte, ¿no te parece?

Sondeluz se encogió de hombros.

—Oh, muy bien. Tal vez están solo... ¿qué sería? ¿Aturdidos, anonadados o atontados?

Él sonrió débilmente, recordando su conversación de unos meses antes. El día en que todo empezó. Encendedora lo miró, con ansia en los ojos.

—Ciertamente —dijo Sondeluz—. O tal vez solo te ignoran. Para hacerte un cumplido.

Ella sonrió.

—¿Y cómo, exactamente, ignorarme me hace un cumplido?

—Consigue que te indignes. Y todos sabemos que es así cuando estás en mejor forma.

—¿Te gusta mi forma, entonces?

—Tiene sus usos. Lamentablemente, no puedo hacerte un cumplido ignorándote como hacen los otros. Verás, solo ignorándote verdadera y sinceramente tendrías el cumplido pretendido. Y yo soy incapaz de ignorarte. Pido disculpas.

—Ya veo. Me siento halagada. Creo. Pareces muy bueno ignorando algunas cosas. Tu propia divinidad. Los buenos modales. Mis argucias femeninas.

—No se puede decir que emplees argucias, querida. Un hombre que recurre a las argucias es el que lucha con una daga pequeña cuidadosamente escondida para situaciones de emergencia. Tú eres más bien como el tipo que aplasta a su oponente con un bloque de piedra. De todas formas, tengo otro método de tratar contigo, un método que te resultará bastante halagador.

—Lo dudo.

—Deberías tener más fe en mí —dijo él con un suave gesto con la mano—. Soy un dios. En mi divina sabiduría, me he dado cuenta de que la única forma de hacerle justicia a alguien como tú, Encendedora, es ser mucho más atractivo, inteligente e interesante que tú.

Ella bufó.

—Bien, pues entonces me siento insultada por tu presencia.

—Eso ha dolido —dijo Sondeluz.

—¿Vas a explicar por qué consideras que competir conmigo es la forma más sincera de halagarme?

—Pues claro que sí. Querida mía, ¿me has visto alguna vez hacer una declaración inflamadoramente ridícula sin proporcionar una explicación igualmente ridícula que la sustente?

—Por supuesto que no —reconoció ella—. Eres exhaustivo en tu lógica inventada y autorreferencial.

—Soy bastante excepcional en ese aspecto.

—Indudablemente.

—Como decía —alzó un dedo—, al ser mucho más sorprendente que tú, incito a la gente a ignorarte a ti y a prestarme atención a mí. Eso, a su vez, te incita a mostrar tu habitual personalidad encantadora, con tus pequeños berrinches y tu exacerbada sensualidad, para llamar la atención sobre ti. Y, como explicaba, es entonces cuando resultas más majestuosa. Por tanto, el único modo de asegurarnos de que recibas la atención que mereces es apartar de ti toda la atención. Es bastante difícil. Espero que agradezcas todo el trabajo que hago para resultar tan encantador.

—Déjame asegurarte que lo aprecio. De hecho, lo aprecio tanto que me gustaría concederte un respiro. Puedes dar marcha atrás. Soportaré la horrible carga de ser la más maravillosa de los dioses.

—No podría permitirlo.

—Pero si tú eres demasiado maravilloso, querido, destruirás por completo tu imagen.

—Esa imagen se está volviendo un poco cansina, de todas formas. Llevo tiempo buscando ser el más perezoso de los dioses, pero me doy cuenta de que la tarea me supera. Los demás son mucho más deliciosamente inútiles que yo. Solo fingen no ser conscientes de ello.

—¡Sondeluz! ¡Podría decirse que pareces celoso!

—También podría decirse que mis pies huelen a guayaba. Solo que el hecho de que pueda decirse no significa que sea relevante.

Ella se echó a reír.

—Estás en tu salsa.

—¿De verdad? Creí que estábamos en T'Telir. ¿Cuándo nos mudamos?

Ella alzó un dedo.

—Ese chiste ha sido malo.

—Tal vez era solo una finta.

—¿Una finta?

—Sí, un chiste malo adrede para distraerte de la broma real.

—¿Que es cuál?

Sondeluz vaciló, contemplando el anfiteatro.

—La broma que nos han gastado a todos —dijo bajando la voz—. La broma que los demás del panteón me han gastado al darme tanta influencia sobre lo que puede hacer nuestro reino.

Encendedora lo miró con ceño, advirtiendo la creciente amargura en su voz. Se detuvieron en el paseo y ella lo miró, de espaldas al ruedo. Sondeluz fingió una sonrisa, pero se borró al instante. No podían seguir como antes. No entre los pesados asuntos que había entre ambos.

—Nuestros hermanos y hermanas no son tan malos como das a entender —susurró ella.

—Solo un grupo de idiotas redomados me daría el control de sus ejércitos.

—Confían en ti.

—Son perezosos —dijo Sondeluz—. Quieren que sean otros los que tomen las decisiones difíciles. Eso es lo que potencia este sistema. Todos estamos encerrados aquí, pasando el tiempo con ocio y placer. ¿Y se supone que uno debe saber qué es lo mejor para su país? —Sacudió la cabeza—. Tenemos más miedo del mundo exterior de lo que estamos dispuestos a admitir. Todo lo que tenemos aquí son obras de arte y sueños. Por eso tú y yo acabamos con las riendas de esos ejércitos. Nadie más quiere ser quien envíe a nuestras tropas a morir y matar. Todos quieren estar implicados, pero nadie quiere ser responsable.

Guardó silencio. Ella lo miró, una diosa de formas perfectas. Mucho más fuerte que los demás, pero lo ocultaba bajo su propio velo de trivialidad.

—Una cosa de lo que has dicho es cierta —dijo en voz baja.

—¿Cuál?

—Eres maravilloso, Sondeluz.

Él se quedó mirándole los ojos. Ojos verdes, grandes y hermosos.

—No vas a darme tus frases de mando, ¿verdad? —preguntó ella.

Sondeluz negó con la cabeza.

—Te metí en esto —dijo Encendedora—. Siempre decías que eras inútil, pero todos sabemos que eres uno de los pocos que revisa cada cuadro, escultura y tapiz de su galería. El que oye cada poema y cada canción. El que escucha con más atención las súplicas de sus peticionarios.

—Sois todos unos necios. No hay nada en mí que respetar.

—No. Tú eres quien nos hace reír, aunque nos insultes al mismo tiempo. ¿No ves lo que provoca eso? ¿No ves cómo inadvertidamente te sitúas por encima de todos los demás? No lo hiciste adrede, Sondeluz, y gracias a eso funciona tan bien. En una ciudad de frivolidad, tú eres el único que ha mostrado una dosis de sabiduría. En mi opinión, por eso tienes los ejércitos.

Él no respondió.

—Sabía que te opondrías a mí. Pero pensé que tal vez podría influirte de todas formas.

—Puedes hacerlo —contestó él—. Como has dicho, estoy implicado en esto por ti.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo decidir qué sentimiento hacia ti es más fuerte, Sondeluz. Mi amor o mi frustración.

Él le cogió la mano y la besó.

—Acepto ambos, Encendedora. Con honor.

Y tras eso, se dio media vuelta y se dirigió a su palco. Amaclima había llegado ya; solo faltaban el rey-dios y su esposa. Sondeluz se sentó, preguntándose dónde estaba Siri. Solía llegar al coliseo mucho antes de la hora de inicio.

Le resultó difícil concentrar su atención en la joven reina. Encendedora todavía estaba en el pasillo donde la había dejado, mirándolo.

Finalmente, se dirigió a su propio pabellón.

Siri recorría los pasillos de palacio, rodeada de sirvientas de uniforme marrón, con una docena de preocupaciones en la cabeza.

«Primero, ir a ver a Sondeluz —se dijo, repasando el plan—. No será raro que me sienta con él: a menudo pasamos juntos el tiempo en estas cosas. Luego espero a que llegue Susebron. Entonces le pregunto a Sondeluz si podemos hablar en privado, sin nuestros sirvientes ni sus sacerdotes. Le explico lo que he descubierto sobre el Rey Dios. Le cuento cómo retienen cautivo a Susebron. Y espero a su reacción».

Su mayor temor era que Sondeluz lo supiera ya. ¿Podría formar parte de toda la conspiración? Confiaba en él tanto como confiaba en cualquiera, pero sus nervios tenían costumbre de cuestionarlo todo y a todos.

Atravesó sala tras sala, cada una decorada con su propio color distintivo. Ya no advertía lo brillantes que eran.

«Suponiendo que Sondeluz esté de acuerdo en ayudarnos, espero a la pausa —pensó—. Cuando los sacerdotes dejen el ruedo, Sondeluz va y habla con otros dioses. Estos van a sus sacerdotes y les instruyen para que empiecen una discusión en el ruedo sobre por qué el rey-dios no les habla nunca. Obligan a los sacerdotes del rey-dios a que le permitan hacer su propia defensa».

No le gustaba depender de los sacerdotes, ni siquiera de aquellos ajenos al culto de Susebron, pero esta parecía la mejor manera. Además, si los sacerdotes de los diversos dioses no hacían como se les instruía, Sondeluz y los demás se darían cuenta de que estaban siendo controlados por sus propios servidores. Fuera como fuese, Siri comprendía que se estaba metiendo en terrenos muy peligrosos.

«Ya empecé en territorio peligroso —recordó mientras dejaba las salas formales del palacio y entraba en el oscuro pasillo al exterior—. El hombre a quien amo está amenazado de muerte, y me quitarán cualquier hijo que engendre». Tenía que actuar o dejar que los sacerdotes continuaran controlándola. Susebron y ella estaban de acuerdo. El mejor plan era...

Siri redujo el paso. Al fondo del pasillo, delante de las puertas que daban al patio, había un grupito de sacerdotes con varios soldados sin vida, recortados contra la luz de la tarde. Los sacerdotes se volvieron hacia ella, y uno señaló.

«¡Colores! —maldijo Siri, dándose media vuelta. Otro grupo de sacerdotes se acercaba por el pasillo de atrás—. ¡No! ¡Ahora no!».

Los dos grupos se cernieron sobre ella, que pensó en echar a correr, pero ¿adónde? Hacerlo con su largo vestido, abrirse paso entre



sirvientes y sinvidas, era inútil. Alzó la barbilla, mirando a los sacerdotes con arrogancia, y mantuvo su cabello bajo control.

—¿Qué significa esto? —exigió.

—Lo sentimos muchísimo, Receptáculo —dijo el sacerdote jefe—. Pero se ha decidido que no deberías agotarte en tu estado.

—¿Mi estado? —repuso ella gélidamente—. ¿Qué tontería es esta?

—El niño, Receptáculo. No podemos arriesgarnos a que corra peligro. Hay muchos que intentarían hacerte daño si supieran lo que llevas dentro.

Siri se sorprendió. «¿Niño? ¿Cómo pueden saber que Susebron y yo hemos empezado a...?».

Pero no. Si estuviera embarazada, ella lo sabría. Sin embargo, en teoría llevaba acostándose con el rey-dios varios meses. Era tiempo suficiente para que empezara a notarse un embarazo. A la gente de la ciudad le parecería normal.

«¡Idiota de mí! —se reprochó, llena de súbito pánico—. Si ya han encontrado un sustituto para el rey-dios, yo no hago falta para darles un hijo. ¡Solo tienen que hacer creer a todo el mundo que estoy embarazada!».

—No hay ningún niño —dijo—. Solo estabais esperando... solo teníais que perder el tiempo hasta tener una excusa para encerrarme.

—Por favor, Receptáculo —dijo uno de los sacerdotes, indicando a un sinvida que la cogiera del brazo.

Ella no se resistió; se obligó a conservar la calma, mirando al sacerdote a los ojos.

Él apartó la mirada.

—Esto será lo mejor —dijo—. Es por nuestro propio bien.

—Estoy segura —replicó ella, y permitió que la condujeran de vuelta a sus aposentos.

Vivenna se sentó entre el público, esperando y observando. Una parte de ella sabía que era una tontería salir al descubierto de manera tan descarada. Sin embargo, esa parte, la cauta princesa idriana, cada vez se volvía más silenciosa.

La gente de Denth la había encontrado cuando se ocultaba en los suburbios. Probablemente estaría más segura entre las multitudes con Vasher que en las callejas, sobre todo considerando lo bien que era

capaz de mezclarse ahora. No se había dado cuenta de lo natural que podía sentirse al ir con pantalones y túnica de colores brillantes, pues todos la ignoraban.

Vasher apareció en la balaustrada sobre los bancos. Ella se levantó cautelosamente de su asiento (alguien lo ocupó de inmediato) y se dirigió a él. Los sacerdotes ya habían empezado sus discusiones abajo. Nanrovah, recuperada su hija, había empezado anunciando que se retractaba de su postura anterior. Ahora mismo lideraba la discusión en contra de la guerra.

Tenía muy poco apoyo.

Vivenna se reunió con Vasher en la balaustrada, y él le abrió sitio a codazos y sin pedir disculpas. No llevaba a *Sangre Nocturna* : ella había insistido y había dejado la espada junto con la suya propia. Vivenna no estaba segura de cómo había conseguido entrar con el arma la última vez que había ido a la corte, pero lo último que querían era llamar la atención.

—¿Y bien? —preguntó en voz baja.

Él negó con la cabeza.

—Si Denth está aquí, no he podido encontrarlo.

—No me extraña, el público es muy numeroso. —Había gente por todas partes: centenares de personas en la balaustrada solamente—. ¿De dónde ha salido todo el mundo? Hay más gente que en anteriores asambleas.

Vasher se encogió de hombros.

—La gente que tiene garantizada una única visita a la corte puede guardar su entrada hasta que decida usarla. Mucha gente las emplea para la asamblea general, en vez de para las reuniones menores. Es su única oportunidad de ver a todos los dioses juntos.

Vivenna se volvió a contemplar la multitud. Sospechaba que todo eso tenía que ver con los rumores que había oído. La gente pensaba que esta sesión sería donde el Panteón de los Retornados declarararía por fin la guerra a Idris.

—Nanrovah argumenta bien —dijo, aunque le era difícil oírlo a causa del murmullo de la multitud; los Retornados al parecer disponían de mensajeros que les transmitían lo que se hablaba. Se preguntó por qué no ordenaban simplemente a la gente que se callase. Pero eso no parecía ser costumbre de Hallandren. Les gustaba el caos. O, al menos, les gustaba sentarse y charlar mientras ante sus ojos tenían lugar acontecimientos importantes.

—No están haciendo caso a Nanrovah —dijo Vasher—. Ha cambiado de opinión dos veces sobre el mismo tema. Carece de credibilidad.

—Entonces, debería explicar por qué ha cambiado de opinión.

—Podría hacerlo, pero no creo que lo haga. Si la gente supiera que secuestraron a su hija, se sentirían más atemorizados y decidirían que detrás estaban instigadores idrianos, no importa lo que él diga. Además, está ese tozudo orgullo hallandrense. Los sacerdotes son particularmente malos. Argumenta que se llevaron a su hija, y que se vio presionado para cambiar de política...

—Creí que te gustaban los sacerdotes.

—Algunos. Otros no —respondió él. Miró entonces hacia el pedestal del rey-dios. Susebron no había llegado todavía, pero habían empezado sin él.

Siri tampoco estaba allí. Eso molestó a Vivenna, ya que esperaba comprobar cómo estaba su hermana, aunque solo fuera de lejos.

«Te ayudaré, Siri. Esta vez de verdad. Y el primer paso será detener esta guerra».

Vasher se volvió hacia el ruedo, apoyado en la balaustrada, ansioso.

—¿Qué te pasa? —preguntó Vivenna.

Él se encogió de hombros.

Ella hizo un gesto de desesperación.

—Dímelo.

—Es que no me gusta dejar sola a *Sangre Nocturna* tanto tiempo —contestó él.

—¿Qué podría pasarle? La dejamos encerrada en el armario.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Desde luego —suspiró ella—. Pero ¿es que no sabes que mostrar en público una espada negra de cinco palmos sería bastante sospechoso? Y te recuerdo que tampoco ayuda mucho que esa espada exhale humo y pueda hablar en la cabeza de la gente.

—No me importa ser sospechoso.

—A mí sí.

Vasher hizo una mueca y ella pensó que iba a seguir discutiendo, pero al final solo asintió.

—Tienes razón, por supuesto —dijo—. Es que nunca he sido bueno no llamando la atención. Denth solía reírse de mí por eso.

Vivenna frunció el ceño.

—¿Erais amigos?

Él se dio la vuelta sin contestar.

«¡Fantasmas de Kalad! —despotricó ella, frustrada—. Un día de estos alguien en esta ciudad tres veces maldita por los Colores me contará toda la verdad. Y entonces probablemente me moriré de la sorpresa».

—Voy a ver si puedo averiguar por qué tarda tanto el rey-dios —dijo Vasher, apartándose de la balaustrada—. Volveré pronto.

Ella asintió y se echó hacia atrás, deseando no haber renunciado a su asiento. Antes, se habría sentido agobiada por tanta gente a su alrededor, pero se había acostumbrado a las atestadas calles de los mercados, y por eso verse rodeada de gente no le resultaba tan intimidatorio como antes. Además, estaba su aliento. Había almacenado un poco en la camisa, pero conservaba una porción: necesitaba tener al menos la Primera Elevación para atravesar las puertas y entrar en la corte sin problema.

Su aliento le permitía sentir la vida como una persona corriente sentía el aire: siempre allí, fresco contra la piel. Tener tanta gente cerca la hacía sentirse un poco embriagada. Tanta vida, tantas esperanzas y deseos. Tanto aliento. Cerró los ojos, absorbiéndolo, escuchando las voces de los sacerdotes alzarse por encima de la multitud.

Percibió a Vasher acercarse antes de que llegara. No solo tenía gran cantidad de aliento, sino que la estaba mirando, y ella sintió la leve familiaridad de esa mirada. Se dio la vuelta, detectándolo entre la multitud. Destacaba más que ella, con sus ropas oscuras y raídas.

—Enhorabuena —dijo él, cogiéndola del brazo.

—¿Por qué?

—Pronto serás tía.

—¿Qué estás...? —Se interrumpió, alelada—. ¿Siri?

—Tu hermana está embarazada. Los sacerdotes harán el anuncio esta misma noche. Al parecer, el rey-dios se ha quedado en el palacio para celebrarlo.

Vivenna se quedó allí aturdida. «Siri embarazada». Siri, que a sus ojos seguía siendo una niña, embarazada de aquella cosa que habitaba el palacio. Y, sin embargo, ¿no luchaba ella misma por mantener a ese ser en el trono?

«No —pensó—. No he perdonado a Hallandren, aunque esté aprendiendo a no odiarlo. No puedo permitir que Idris sea atacada y destruida».

Sintió pánico.

De repente, todos sus planes parecieron carentes de sentido. ¿Qué le harían los hallandrenses cuando tuvieran su heredero?

—Tenemos que sacarla de aquí —dijo—. Vasher, tenemos que rescatarla.

Él no dijo nada.

—Por favor. Es mi hermana. Creí que la protegería al impedir esta guerra, pero si tu corazonada es cierta, entonces el propio rey-dios es uno de los que quieren invadir Idris. Siri no estará a salvo con él.

—Muy bien. Haré lo que pueda.

Vivenna asintió, volviéndose hacia el ruedo. Los sacerdotes se retiraban.

—¿Adónde van?

—A ver a sus dioses. A buscar la Voluntad del Panteón en votación formal.

—¿Sobre la guerra? —inquirió ella, sintiendo un escalofrío.

Vasher asintió.

—Es el momento de ello.

Sondeluz esperaba bajo su dosel, con un par de sirvientes abanicándolo, una copa de zumo frío en la mano y apetitosos bocados repartidos a su vera.

«Encendedora me ha metido en este embrollo —pensó—. Y todo porque le preocupaba que tomaran Hallandren por sorpresa».

Los sacerdotes consultaban con sus dioses. Veía a varios de ellos arrodillados ante sus Retornados, las cabezas inclinadas. Así funcionaba el gobierno de Hallandren. Los sacerdotes debatían sus opiniones y luego consultaban la voluntad de los dioses. Eso se convertía a su vez en

la Voluntad del Panteón. Y en la Voluntad de la propia Hallandren. Solo el rey-dios podía vetar una decisión del panteón en pleno.

Y había decidido no asistir a esta reunión.

«¿Tan pagado de sí mismo se siente por haber engendrado un hijo que no puede molestarse siquiera por el futuro de su pueblo? —pensó Sondeluz, enfadado—. Esperaba que fuera mejor persona».

Llarimar se acercó. Aunque había estado abajo con los otros sacerdotes, no había ofrecido ningún argumento a la corte. Llarimar solía guardar sus pensamientos para sí.

El sumo sacerdote se arrodilló ante él.

—Por favor, favorecednos con vuestra voluntad, Sondeluz mi dios.

Él no respondió. Alzó la mirada, contemplando al otro lado del anfiteatro el lugar donde se alzaba el dosel de Encendedora, verde a la luz de la tarde.

—Oh, Dios —rogó Llarimar—. Por favor, dadme el conocimiento que busco. ¿Debemos ir a la guerra contra nuestros parientes, los idrianos? ¿Son rebeldes que deben ser aplastados?

Los sacerdotes regresaban ya de sus súplicas. Cada uno enarbolaba un estandarte que señalaba la voluntad de su dios o diosa. Verde para una respuesta favorable. Rojo para un rechazo a la petición. En este caso, el verde significaba la guerra. Hasta ahora, cinco de las siete banderas eran verdes.

—¿Divina gracia? —preguntó Llarimar, alzando la cabeza.

Sondeluz se levantó. «Votan, pero ¿de qué sirven sus votos? —pensó, saliendo de debajo del dosel—. No tienen ninguna autoridad. Solo dos votos cuentan realmente».

Más verde. Las banderas ondearon mientras los sacerdotes recorrían los pasillos. El anfiteatro rebosaba de gente. Podían ver lo inevitable. Sondeluz advirtió que Llarimar lo seguía. El pobre debía de sentirse frustrado. ¿Por qué no lo demostraba nunca?

Se acercó al pabellón de Encendedora. Casi todos los sacerdotes habían recibido sus respuestas, y la mayoría portaba banderas verdes. La suma sacerdotisa de Encendedora estaba todavía arrodillada ante ella. La diosa, naturalmente, esperaba el efecto dramático del momento.

Sondeluz se detuvo ante el dosel. Encendedora estaba reclinada dentro, observándolo con calma, aunque él percibió su ansiedad. La conocía demasiado bien.

—¿Vas a hacer pública tu voluntad? —preguntó ella.

Él se volvió a mirar el centro del coso.

—Si me resisto, esta declaración será para nada —dijo—. Los dioses pueden gritar «guerra» hasta que se vuelvan azules, pero yo controlo los ejércitos. Si no les cedo mis sinvidas, entonces Hallandren no ganará ninguna guerra.

—¿Desafiarías la Voluntad del Panteón?

—Es mi derecho. Cualquiera de ellos tiene el mismo derecho.

—Pero tú tienes a los sinvidas.

—Eso no significa que tenga que hacer lo que me han dicho.

Hubo un momento de silencio antes de que Encendedora despidiera a su sacerdotisa. La mujer se puso en pie, alzó una bandera verde y corrió a reunirse con los demás. Esto provocó un clamor. El pueblo debía de saber que los manejos políticos de Encendedora la habían dejado en un puesto de poder. No estaba mal, para ser una persona que había empezado sin mando alguno.

«Con su control de tantas tropas, será una parte integral de la planificación, la diplomacia y la ejecución de la guerra. Encendedora podría acabar siendo una de los Retornados más poderosos en la historia del reino. Igual que yo».

Se quedó pensativo. No le había contado a Llarimar sus sueños de la última noche. Se los había guardado para sí. Aquellos sueños de túneles retorcidos y de una luna creciente, alzándose apenas sobre el horizonte. ¿Era posible que significaran algo?

No podía decidir sobre nada.

—Tengo que pensarlo un poco más —dijo por fin, dando media vuelta para marcharse.

—Pero bueno —refunfuñó Encendedora—. ¿Y la votación?

El dios negó con la cabeza.

—¡Sondeluz! —exclamó ella mientras él se marchaba—. ¡Sondeluz, no puedes dejarnos así colgados!

Él se encogió de hombros y se volvió a mirarla.

—La verdad es que sí puedo. —Sonrió—. Yo soy así de frustrante.

Y tras eso, salió del anfiteatro y volvió a su palacio sin emitir su voto.



«Me alegra que volvieras por mí —dijo *Sangre Nocturna*—. Me aburría en ese armario».

Vasher no respondió mientras saltaba la muralla que rodeaba la Corte de los Dioses. Era tarde y todo estaba oscuro y silencioso, aunque aún se podía distinguir el brillo de varias luces encendidas. Una de ellas pertenecía a Sondeluz el Audaz.

«No me gusta la oscuridad», dijo la espada.

«¿Te refieres a oscuridad como la de ahora?».

«No. A la del armario».

«Ni siquiera puedes ver».

«Una persona sabe cuándo está a oscuras. Incluso cuando no puede ver».

Vasher no supo qué responder. Se detuvo en lo alto de la muralla, contemplando el palacio de Sondeluz. Rojo y dorado. Colores audaces, en efecto.

«No deberías ignorarme —prosiguió *Sangre Nocturna* con sus quejas—. No me gusta».

Vasher se arrodilló, estudiando el palacio. Nunca había conocido en persona al llamado Sondeluz, pero había oído rumores: el más procaz de los dioses, el más condescendiente y burlón. Y esa era la persona que tenía en sus manos el destino de dos reinos.

Había un modo fácil de influir en ese destino.

«Vamos a matarlo, ¿verdad?», dijo *Sangre Nocturna* con voz ansiosa.

Vasher siguió mirando el palacio.

«Deberíamos matarlo —insistió la espada—. Vamos. Deberíamos hacerlo. De verdad, hagámoslo».

«¿Por qué te importa? —susurró Vasher—. No lo conoces».

«Es malo», sentenció *Sangre Nocturna*.

Vasher bufó.

«Ni siquiera sabes lo que es eso».

Por una vez, la espada no respondió.

Ese era el quid de la cuestión, el tema que había dominado la mayor parte de la vida de Vasher. Mil alientos. Eso era lo que hacía falta para despertar a un objeto de acero y darle conciencia de sí mismo. Ni siquiera Shashara había comprendido completamente el proceso, aunque fue la primera que lo diseñó.

Era necesaria una persona que hubiera alcanzado la Novena Elevación para despertar piedra o acero. Incluso así, este proceso no debería haber funcionado. Tendría que haber creado un objeto despertado sin más mente que las borlas de su capa.

*Sangre Nocturna* no debería estar viva. Y, sin embargo, lo estaba. Shashara siempre había sido la más talentosa de todos ellos, mucho más capaz que el propio Vasher, que empleaba trucos, como incrustar huesos en acero o piedra, para hacer sus creaciones. Shashara había sido impulsada por el conocimiento recibido de Yesteel y el desarrollo del ícoralcohol. Había estudiado, experimentado y practicado. Y lo había logrado. Había aprendido a forjar el aliento de mil personas en una pieza de acero, despertarla y darle una orden. Esa única orden adquiriría un inmenso poder, proporcionando una base para la personalidad del objeto despertado.

Con *Sangre Nocturna*, Vasher y ella habían pasado mucho tiempo pensando, y luego habían elegido una orden simple pero elegante: «Destruye el mal». Pareció una elección perfecta y lógica. Solo había un problema, algo que ninguno de ellos había previsto.

¿Cómo se suponía que un objeto de acero, un objeto tan alejado de la vida que la experiencia de vivir le resultaría extraña y ajena, podía comprender lo que era el mal?

«Lo estoy entendiendo —dijo *Sangre Nocturna*—. He practicado un montón».

La pobre espada no tenía la culpa. Era un arma terrible y destructora, y había sido creada para destruir. Seguía sin comprender la vida ni lo que esta significaba. Solo conocía su orden, y trataba de cumplirla a rajatabla.

«Ese hombre de ahí abajo —dijo—, el dios del palacio. Tiene el poder para iniciar esta guerra. Tú no quieres que la guerra tenga lugar. Por eso es malo».

«¿Por qué eso lo convierte en malo?».

«Porque hará lo que tú no quieres que haga».

«Eso no lo sabemos con seguridad. Además, ¿quién dice que mi juicio es el mejor?».

«Lo es. Vamos a matarlo. Me dijiste que la guerra es mala. Él empezará una guerra. Es malo. Vamos a matarlo. Vamos».

La espada empezaba a excitarse. Vasher podía percibirlo: el peligro en su hoja, el retorcido poder de los alientos que habían sido extraídos de anfitriones vivos e introducidos en algo innatural. Podía imaginarlos surgir, negros y corrompidos, retorciéndose al viento. Empujándolo hacia Sondeluz. Impulsándolo a matar.

«No», dijo Vasher.

*Sangre Nocturna* suspiró. «Me encerraste en un armario —le recordó—. Deberías pedir disculpas».

«No voy a pedir disculpas por no matar a alguien».

«Lánzame ahí dentro —propuso la espada—. Si es malo, se matará él solo».

Esto hizo dudar a Vasher. «Vaya», pensó. La espada parecía hacerse más sutil cada año, aunque Vasher sabía que solo estaba imaginando cosas, proyectando. Los objetos despertados no cambiaban ni crecían, simplemente eran lo que eran.

Pero era una buena idea.

«Tal vez más tarde», dijo por fin, apartándose del edificio.

«Tienes miedo».

«Tú no sabes lo que es el miedo».

«Lo sé. No te gusta matar Retornados. Les tienes miedo».

La espada se equivocaba, naturalmente. Pero, vista desde fuera, Vasher suponía que su vacilación parecía miedo. Había pasado mucho tiempo sin tratar con los Retornados. Demasiados recuerdos. Demasiado dolor.

Se dirigió al palacio del rey-dios. La estructura era antigua, mucho más que los palacios que la rodeaban. En tiempos, ese palacio asomaba a la bahía. No había ninguna ciudad. No había colores. Solo aquella torre alta y negra. A Vasher le divertía que se hubiera convertido en el hogar del rey-dios de los Tonos Iridiscentes.

Se colgó a *Sangre Nocturna* a la espalda y saltó de la muralla hacia el palacio. Las borlas despertadas alrededor de sus piernas le dieron fuerza extra, permitiéndole saltar unos seis metros. Cayó contra el lado del edificio, los lisos bloques de ónice le rasguñaron la piel. Retorció los dedos, y las borlas de sus mangas se aferraron al saliente que tenía encima, aupándolo.

Exhaló aliento y el cinturón, que le tocaba la piel, como siempre, despertó. El color se borró del pañuelo atado a su pierna, bajo sus pantalones.

—Escala, luego agarra, luego ízame —ordenó. Tres órdenes en un despertar, una tarea difícil para algunos. Para él, sin embargo, se había vuelto tan sencilla como parpadear.

El cinturón se desató, revelando ser mucho más largo de lo que parecía. Los siete metros y medio de cuerda serpentearon por el lado del edificio, hasta enroscarse en una ventana. Segundos más tarde, la cuerda aupó a Vasher al aire. Si estaban bien creados, los objetos despertados podían tener más fuerza que los músculos normales. Vasher había visto una vez un grupo de cuerdas no mucho más gruesas que la suya levantar y lanzar piedras contra fortificaciones enemigas.

Soltó la presa de sus borlas y luego desenvainó a *Sangre Nocturna*, mientras la cuerda lo depositaba dentro del edificio. Se arrodilló en silencio, escrutando la oscuridad. La habitación estaba vacía. Con cuidado, recuperó su aliento, se envolvió la cuerda en el brazo y sostuvo un cabo suelto. Echó a andar.

«¿A quién vamos a matar?», preguntó *Sangre Nocturna*.

«No siempre es cosa de matar», respondió Vasher.

«Vivenna. ¿Está aquí?».

La espada intentaba interpretar de nuevo sus pensamientos. Tenía problemas con las cosas que no estaban plenamente formadas en la mente de Vasher. La mayoría de los pensamientos que pasan por la cabeza de un hombre son fugaces y momentáneos. Destellos de imagen, sonido u olor. Se hacen conexiones, luego se pierden, se vuelven a recuperar. A *Sangre Nocturna* le costaba interpretar ese tipo de cosas.

Vivenna. La fuente de un montón de problemas. El trabajo de Vasher en la ciudad era mucho más fácil cuando creía que ella trabajaba voluntariamente con Denth. Entonces, al menos, podía echarle la culpa.

«¿Dónde está? ¿Está aquí? No le gusto, pero ella me gusta a mí».

Vasher vaciló en el oscuro pasillo.

«¿Te gusta?».

«Sí. Es agradable. Y bonita».

Agradable y bonita... palabras que *Sangre Nocturna* en realidad no entendía. Simplemente, había aprendido a usarlas. Con todo, la espada tenía opciones, y rara vez mentía. Debía gustarle Vivenna, aunque no pudiera explicar por qué.

«Me recuerda a los Retornados».

«Ah —pensó Vasher—. Claro. Tiene sentido».

Continuó avanzando.

«¿Qué?», dijo *Sangre Nocturna* .

«Desciende de un Retornado —pensó él—. Se nota en el pelo. Hay un poco de Retornada en ella».

*Sangre Nocturna* no respondió, pero Vasher pudo percibir cómo pensaba.

Se detuvo en una intersección. Estaba seguro de saber dónde estarían los aposentos del rey-dios. Sin embargo, gran parte del interior resultaba distinto de lo previsto. La fortaleza era austera, construida con extraños quiebros y giros para confundir al intruso. Además, los comedores abiertos o las salas de guarnición habían sido divididos en muchas habitaciones pequeñas, decoradas con vivos colores al estilo de la clase alta de Hallandren.

¿Dónde estaría la esposa del rey-dios? Si estaba embarazada, se hallaría al cuidado de los sirvientes. En uno de los complejos de cámaras más grandes, supuso, en un piso superior. Se dirigió a unas escaleras. Por fortuna, era lo suficientemente tarde para que hubiera poca gente despierta.

«La hermana —dijo la espada—. Vas por ella, ¿verdad? ¡Vas a rescatar a la hermana de Vivenna!».

Vasher asintió silenciosamente, subió con cuidado las escaleras, contando con que su biocroma le permitiera saber si se acercaba alguien. Aunque la mayor parte de su aliento estaba almacenado en sus ropas, tenía lo suficiente para despertar la cuerda y mantenerse alerta.

«¡A ti también te gusta Vivenna!».

«Tonterías».

«Entonces ¿por qué?».

«Su hermana es la clave de todo esto. Me di cuenta hoy. En cuanto llegó la reina empezaron los verdaderos movimientos para comenzar la guerra».

*Sangre Nocturna* guardó silencio. Ese tipo de salto lógico era demasiado completo para la espada. «Ya veo», dijo, y Vasher sonrió ante la confusión que percibió en su voz.

«Como mínimo, es una rehén que le viene muy bien a los hallandrenses. Los sacerdotes del rey-dios, o quienquiera que esté detrás de esto, pueden amenazar la vida de la chica si la guerra les va mal. Es una herramienta excelente».

«Y por eso pretendes quitársela», concluyó la espada.

Vasher asintió. Llegó a lo alto de las escaleras y se internó en un pasillo. Caminó hasta que sintió a alguien cerca: una doncella que se acercaba.

Despertó su cuerda, se ocultó en las sombras de un recoveco y esperó. Cuando la criada pasó, la cuerda salió disparada, se enroscó en su cintura y la arrastró hacia la oscuridad. Vasher le tapó la boca con una mano reforzada antes de que pudiera gritar.

Ella se rebulló, pero la cuerda la sujetó con fuerza. Vasher sintió un pequeño retortijón de culpa mientras se alzaba sobre ella y veía cómo sus ojos se llenaban de lágrimas de terror. Echó mano a *Sangre Nocturna* y la desenvainó un poco. La chica inmediatamente pareció enfermar. Buena señal.

—Necesito saber dónde está la reina —dijo Vasher, acercando a *Sangre Nocturna* de modo que la empuñadura rozó la mejilla de la doncella—. Vas a decírmelo.

La sostuvo, viéndola temblar, sintiéndose descontento consigo mismo. Finalmente, relajó las borlas, pero no retiró la espada de la mejilla. Ella empezó a vomitar, y Vasher la atrajo hacia un lado.

—Dímelo —susurró.

—La esquina sur —susurró la muchacha, temblando—. En esta planta.

Vasher la ató con la cuerda, la amordazó y recuperó su aliento. Envainó a *Sangre Nocturna* y corrió pasillo adelante.

«¿No quieres matar a un dios que planea llevar sus ejércitos a la guerra, pero casi ahogas a una muchacha?». Era una valoración complicada para la espada. Sin embargo, carecía de la acusación que un humano habría puesto en las palabras. Para *Sangre Nocturna* era solo una pregunta.

«Yo tampoco entiendo mi moralidad —pensó Vasher—. Te sugiero que evites confundirte también».

Encontró fácilmente el lugar. Estaba protegido por una partida de hombres de aspecto brutal que parecían bastante fuera de lugar en aquellos hermosos pasillos.

Vasher se detuvo. «Aquí está pasando algo raro».

«¿Qué quieres decir?».

No pretendía dirigirse a la espada, pero ese era el problema de tener un objeto que podía leer la mente. Cualquier pensamiento que Vasher formara en su cabeza *Sangre Nocturna* creía que iba dirigido a ella. Después de todo, en opinión de la espada, *todo* tendría que dirigirse a ella.

Guardias en la puerta. Soldados, no sirvientes. Así que la habían hecho prisionera. ¿Estaba embarazada de verdad? ¿Los sacerdotes pretendían asegurar su poder?

Sería imposible matar a tantos hombres sin hacer ruido. Lo mejor que podía esperar era eliminarlos rápido. Tal vez estaban lo bastante lejos del resto del palacio para que nadie pudiera oír una breve refriega.

Esperó unos minutos, apretando los dientes. Finalmente, se acercó y arrojó a *Sangre Nocturna* entre los hombres. Su plan era dejarlos luchar unos contra otros, y él se encargaría de los que cayeran bajo el hechizo de la espada.

*Sangre Nocturna* resonó contra las losas del suelo. Los ojos de todos los hombres se volvieron hacia ella. Y, en ese momento, algo agarró a Vasher por el hombro y tiró de él hacia atrás.

Maldijo, girando, y se dispuso a plantarle cara a quien fuera. Una cuerda despertada. Los hombres empezaron a pelear entre sí. Vasher gruñó, sacó el cuchillo de su bota y cortó la cuerda. Alguien lo empujó cuando se liberaba, y acabó lanzado contra la pared.

Agarró a su atacante por el rostro con una de las borlas de su brazo, y luego hizo girar al hombre y lo estampó contra la pared. Otra figura lo atacó por detrás, pero la capa despertada de Vasher lo impidió, haciéndolo caer.

—Agarra otras cosas que no sea yo —ordenó Vasher rápidamente, agarrando la capa de uno de los caídos y despertándola.

La capa se sacudió, derribando a otro hombre, a quien Vasher fulminó con un golpe de daga. Le dio una patada a otro hombre, lanzándolo hacia atrás, abriéndose hueco.

Vasher saltó hacia *Sangre Nocturna* , pero tres figuras más salieron de las habitaciones de alrededor, impidiéndole el paso. Eran la misma clase de hombretones brutales que peleaban ahora por la espada. Había matones por todas partes. Docenas. Vasher descargó una patada, rompiendo una pierna, pero un hombre logró arrancarle la capa. Otros se le echaron encima. Y entonces, otra cuerda despertada se sacudió, amarrando sus piernas.

Vasher intentó recurrir al aliento.

—Tu aliento al... —empezó, tratando de extraer algo de aliento para atacar, pero tres hombres le sujetaron la mano y se la apartaron. En cuestión de segundos quedó envuelto en la cuerda despertada. Su capa seguía luchando contra tres hombres que se esforzaban por cortarla, pero Vasher estaba inmovilizado.

Alguien salió de la habitación a su izquierda.

—Denth —gruñó Vasher, debatiéndose.

—Mi buen amigo —dijo el mercenario, haciendo un gesto con la cabeza a uno de sus lacayos, el conocido como Tonk Fah, para que se dirigiera a los aposentos de la reina, al fondo del pasillo. Luego se agachó junto a Vasher—. Me alegro de verte.

Vasher escupió en el suelo.

—Tan elocuente como de costumbre, ya veo. —Suspiró Denth—. ¿Sabes qué es lo mejor que tienes, Vasher? Eres sólido. Predecible. Supongo que yo también lo soy, en cierto modo. Es difícil vivir como lo hacemos sin caer en rutinas, ¿no?

Vasher no respondió, aunque se debatió un poco más mientras los hombres lo amordazaban. Advirtió con satisfacción que había eliminado a una buena docena de oponentes antes de que consiguieran detenerlo.

Denth miró a los caídos.

—Mercenarios —comentó—. Ningún riesgo es demasiado grande, siempre que la paga sea buena —se burló. Entonces se agachó, y su jovialidad desapareció cuando miró a Vasher a los ojos—. Y tú siempre has sido mi paga, Vasher. Te lo debo. Por Shashara. Llevamos dos semanas esperando, escondidos en el palacio, sabiendo que al final la buena princesa Vivenna te enviaría a salvar a su hermana.

Tonk Fah regresó con un bulto envuelto en una manta. *Sangre Nocturna* .

Denth la miró.



—Tira eso bien lejos —dijo con una mueca.

—No sé —respondió Tonk Fah—. Creo que deberíamos conservarla. Podría ser muy útil...

El ansia empezó a asomar en sus ojos, el deseo de desenvainar la espada, de usarla. Ella estaba hecha para destruir el mal. En el fondo, solo para destruir.

Denth se levantó y le arrebató el bulto. Golpeó a Tonk Fah en la cabeza.

—¡Ay!

Denth resopló.

—Deja de quejarte: acabo de salvarte la vida. Ve a ver cómo está la reina y limpia este desaguisado. Yo me encargaré de la espada.

—Siempre te vuelves desagradable en presencia de Vasher —gruñó Tonk Fah, marchándose.

Denth envolvió a *Sangre Nocturna* con firmeza. Vasher lo miró, esperando ver el ansia aparecer en sus ojos. Por desgracia, Denth tenía una voluntad demasiado fuerte para ser dominado por la espada. Tenía casi tanta historia con ella como Vasher.

—Llevaos todas sus ropas despertadas —ordenó a sus hombres—. Luego colgadlo en esa habitación de allí. Él y yo vamos a tener una larga charla por lo que le hizo a mi hermana.

Sondeluz estaba en una sala de su palacio, rodeado de lujos, con una copa de vino en la mano. A pesar de la hora, los criados entraban y salían, acumulando muebles, cuadros, jarrones y pequeñas esculturas. Todo lo que pudiera ser trasladado.

Las riquezas se amontonaban. Sondeluz se tumbó en su diván, ignorando los platos vacíos de comida y las copas rotas, que se negaba a dejar que retiraran sus criados.

Un par de sirvientes entraron, llevando un diván rojo y dorado. Lo colocaron junto a la pared del fondo. Sondeluz los vio dejarlo allí y apuró el resto del vino. Dejó caer la copa vacía al suelo, junto a las demás, y extendió la mano para coger otra llena. Un sirviente se la proporcionó, como siempre.

No estaba borracho. No podía emborracharse.

—¿No te parece a veces que está pasando algo? ¿Algo mucho más grande que tú? ¿Como un cuadro del que solo puedes ver una esquinita, no importa cuánto te esfuerces?

—Todos los días, divina gracia —respondió Llarimar. Estaba sentado en un taburete junto al diván de Sondeluz. Como siempre, veía las cosas con calma, aunque el dios notó su desaprobación cuando otros sirvientes apilaron varias figuras de mármol en el rincón.

—¿Cómo te las arreglas con eso? —preguntó.

—Tengo la fe, divina gracia, de que alguien comprenda el todo.

—Espero que no sea yo.

—Sois parte de ello. Pero es mucho mayor que vos.

Sondeluz frunció el ceño, viendo entrar a más criados. Pronto la habitación estaría tan llena de riquezas que sus sirvientes no podrían entrar ni salir.

—Es raro, ¿verdad? —dijo, señalando la pila de cuadros—. Puestos así, ninguno parece ya hermoso. Cuando los amontonas, solo parecen basura.

Llarimar alzó una ceja.

—El valor de las cosas está en cómo se las trata, divina gracia. Si veis estos artículos como basura, entonces lo son, no importa lo que otro pague por ellos.

—Es una enseñanza, ¿no?

Llarimar se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo, soy sacerdote. Tenemos cierta tendencia a predicar.

Sondeluz bufó y luego hizo un gesto hacia los criados.

—Es suficiente —dijo—. Podéis marcharos.

Los sirvientes, resignados ya a ser despedidos, se fueron sin rechistar. Sondeluz y Llarimar no tardaron en quedarse a solas, rodeados de pilas y más pilas de riquezas, todas ellas sustraídas de otras partes del palacio y almacenadas en esta habitación.

Llarimar contempló los montones.

—¿Qué sentido tiene todo esto, divina gracia?

—Esto es lo que significo para ellos —contestó Sondeluz, y bebió más vino—. La gente renuncia a sus riquezas por mí. Sacrifican el aliento de sus almas para mantenerme vivo. Sospecho que muchos incluso morirían por mí.

Llarimar asintió en silencio.

—Y todo lo que se espera que yo haga es decidir su destino por ellos. ¿Vamos a la guerra o seguimos en paz? ¿Qué piensas tú?

—Podría argumentar a favor de ambos bandos, divina gracia. Sería fácil sentarse aquí y condenar la guerra por mero principio. La guerra es algo terrible, terrible. Sin embargo, pocos grandes logros históricos han sucedido sin el desgraciado acto de la acción militar. Incluso la Multiguerra, que causó tanta destrucción, puede ser considerada la base del moderno poderío de Hallandren en la región del mar Interior.

Sondeluz asintió.

—¿Pero atacar a nuestros hermanos? —continuó Llarimar—. A pesar de las provocaciones, no puedo dejar de pensar que invadirlos es demasiado extremo. ¿Cuánta muerte, cuánto sufrimiento estamos dispuestos a causar simplemente para demostrar que no nos dejaremos avasallar?

—¿Y qué decidirías tú?

—Afortunadamente, no tengo que hacerlo.

—¿Y si te vieras obligado?

Llarimar guardó silencio un instante. Entonces, con cuidado, se quitó la gran mitra de la cabeza, revelando su escaso pelo negro pegado al cráneo por el sudor. Dejó a un lado el tocado ceremonial.

—Os hablo como amigo, Sondeluz, no como vuestro sacerdote —dijo en voz baja—. El sacerdote no puede influir en su dios por miedo a perturbar el futuro.

Sondeluz asintió.

—Y como amigo, sinceramente tengo problemas para decidir qué haría. No debatí en el anfiteatro.

—Rara vez lo haces.

—Estoy preocupado —dijo Llarimar, secándose la frente con un pañuelo y sacudiendo la cabeza—. Creo que no podemos ignorar la amenaza a nuestra religión. La cuestión es que Idris es una facción rebelde dentro de nuestras fronteras. Los hemos ignorado durante años, soportando su control casi tiránico de los pasos del norte.

—Entonces ¿estás a favor de atacar?

Llarimar vaciló antes de negar con la cabeza.

—No. No creo que ni siquiera la rebelión de Idris pueda justificar la matanza que sería necesaria para recuperar esos pasos.

—Magnífico —dijo Sondeluz—. Así que crees que deberíamos ir a la guerra, pero no atacar.

—Pues sí. Declaramos la guerra, hacemos una exhibición de fuerza y los asustamos para que reconozcan su precaria situación. Si luego mantenemos conversaciones de paz, apuesto a que podríamos lograr tratados más favorables para el uso de los pasos. Ellos renuncian formalmente a su aspiración a nuestro trono, nosotros reconocemos su soberanía independiente. ¿No tendríamos ambos lo que queremos?

Sondeluz permaneció pensativo.

—No lo sé. Es una solución muy razonable, pero no creo que los que exigen la guerra la acepten. Me parece que se nos escapa algo, Veloz. ¿Por qué ahora? ¿Por qué las tensiones son tan fuertes después de la boda, que debería habernos unificado?

—No lo sé, divina gracia.

El dios sonrió, levantándose.

—Muy bien —dijo mirando a su sumo sacerdote—. Vamos a averiguarlo, pues.

Siri se habría sentido molesta si no hubiera estado tan asustada. Se encontraba sola en el dormitorio negro. Le extrañaba que Susebron no estuviera allí.

Había esperado que tal vez le permitieran ir con ella cuando cayera la noche. Pero, naturalmente, no llegó. Fuera lo que fuese que planeaban los sacerdotes, no requería que estuviera embarazada de verdad. No ahora que habían jugado sus cartas y la habían encerrado.

La puerta crujió y ella se sentó en la cama, revivida la esperanza. Pero era solo el guardia que volvía a comprobar su estado. Era uno de los burdos soldados que la vigilaban desde hacía unas horas. «¿Por qué han puesto a estos hombres? —se preguntó mientras el guardia cerraba la puerta—. ¿Qué le ha pasado a los sinvidas y los sacerdotes que me vigilaban antes?».

Se tendió en la cama y se quedó mirando el dosel, todavía vestida con su hermoso atuendo. Recordó la primera semana en palacio, cuando la habían mantenido encerrada durante la «celebración de la boda». Entonces ya había resultado bastante difícil, y sabía cuándo terminaría. Ahora ni siquiera tenía la seguridad de sobrevivir a los siguientes días.

«No —pensó—. Me mantendrán viva el tiempo suficiente para que mi “bebé” nazca. Soy su seguro. Si algo sale mal, seguirán necesitándome como trofeo».

Eso resultaba un triste consuelo. La idea de pasarse seis meses encerrada en el palacio, sin poder ver a nadie para que no se dieran cuenta de que no estaba embarazada, era tan aterradora que le entraban ganas de gritar.

¿Pero qué podía hacer?

«Confiar en Susebron. Le enseñé a leer, y le di la determinación que necesitaba para librarse de sus sacerdotes. Eso tendrá que ser suficiente».

—Divina gracia —dijo Llarimar—, ¿estáis seguro de que queréis hacer esto?

Sondeluz se agazapó, asomándose entre los matorrales para observar el palacio de Mercestrella. La mayoría de las ventanas estaban oscuras. Eso lo favorecía. Sin embargo, aún había guardias patrullando el palacio. Mercestrella tenía miedo de que volviera a colarse alguien.

Y hacía bien.

En la distancia, vio la luna que empezaba a alzarse en el cielo nocturno. Su posición era casi igual a la que había visto en su sueño la noche anterior, el mismo sueño donde había visto los túneles. ¿Eran esas cosas realmente símbolos? ¿Señales del futuro?

Seguía resistiéndose a esa idea. La verdad era que no quería creer que era un dios. Eso implicaba demasiadas cosas. Pero no podía ignorar las imágenes, aunque fueran producto de su subconsciente. Tenía que entrar en esos pasadizos bajo la Corte de los Dioses. Tenía que ver si, por fin, había algo profético en lo que había visto.

Medir el momento parecía importante. La luna que salía... solo un grado más.

Dejó de mirar el cielo: una patrulla de guardia se acercaba.

—¿Divina gracia? —preguntó Llarimar, cada vez más nervioso. El grueso sumo sacerdote se arrodilló en la hierba junto a Sondeluz.

—Tendría que haber traído una espada.

—No sabéis usarlas, divina gracia.

—Eso no lo sabemos.

—Divina gracia, esto es una locura. Volvamos a vuestro palacio. Si tenemos que ver esos túneles, podemos contratar a alguien de la ciudad para que se cuele.

—Eso requeriría demasiado tiempo. —La patrulla pasó junto a los muros del palacio, alejándose—. ¿Estás preparado?

—No.

—Entonces espera aquí —dijo Sondeluz, y echó a correr hacia el palacio.

Un momento después se oyó una exclamación susurrada por parte de Llarimar.

—¡Fantasmas de Kalad!

Los matorrales se agitaron levemente cuando el sacerdote lo siguió.

«Vaya, creo que nunca antes lo había escuchado maldecir», pensó Sondeluz, divertido. No miró atrás: solo siguió corriendo hacia una ventana. Como en la mayoría de los palacios de los Retornados, las puertas y ventanas estaban siempre abiertas. El clima tropical obligaba

a esa costumbre. Sondeluz llegó al edificio, jubiloso. Se coló por la ventana y luego extendió una mano para ayudar a Llarimar cuando llegó. El grueso sacerdote rezongaba y sudaba, pero Sondeluz consiguió auparlo para que entrara en la habitación.

Descansaron unos instantes, Llarimar con la cabeza apoyada en la pared, jadeando en busca de aire.

—Tienes que hacer ejercicio de manera más regular, Veloz —aconsejó Sondeluz, arrastrándose hacia la puerta para asomarse al pasillo del otro lado.

Llarimar no respondió. Tan solo se quedó allí sentado, resoplando y sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba pasando.

—Me pregunto por qué aquel intruso no entró por la ventana —comentó Sondeluz. Entonces advirtió que los guardias del pasillo interior veían fácilmente esa habitación concreta. «Ah —pensó—. Muy bien. Hora del plan de contingencia».

Se levantó y se dirigió al pasillo. Llarimar lo siguió, y entonces dio un respingo al ver a los guardias. Estos mostraron sorpresa.

—Hola —saludó el dios, y se internó en el pasillo.

—¡Espera! —dijo uno de los guardias—. ¡Alto!

Sondeluz se volvió hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Te atreves a darle órdenes a un dios?

Los guardias se detuvieron y se miraron. Uno echó a correr en la dirección opuesta.

—¡Van a alertar a los demás! —dijo Llarimar—. Nos capturarán.

—Entonces debemos movernos con rapidez —contestó Sondeluz, echando a correr también. Sonrió al oír a Llarimar jadear tras él. Enseguida llegaron a la trampilla.

Sondeluz se arrodilló y palpó el suelo hasta encontrar el cierre oculto. Abrió triunfal la trampilla, y señaló abajo. Llarimar sacudió resignado la cabeza, y luego bajó los peldaños hacia la oscuridad. Sondeluz cogió una lámpara de la pared y lo siguió. El guardia restante, incapaz de interferir con un dios, simplemente se quedó mirando con preocupación.

El fondo no estaba muy lejos. Sondeluz encontró a un cansado Llarimar sentado en una caja en una especie de pequeña bodega de almacenamiento.

—Enhorabuena, divina gracia —dijo Llarimar—. Hemos encontrado el escondite secreto de la harina.

Sondeluz bufó y empezó a recorrer la cámara, tanteando las paredes.

—Hay algo vivo —dijo, señalando una pared—. En esa dirección. Lo noto con mi sentido vital.

Llarimar alzó una ceja y se puso en pie. Retiraron unas cajas y descubrieron un pequeño túnel abierto en la pared. Sondeluz sonrió y se introdujo a cuatro patas, empujando la lámpara.

—No estoy seguro de caber —dijo Llarimar.

—Cabrás si quieres —respondió Sondeluz, la voz apagada por el estrecho espacio. Oyó otro suspiro de Llarimar, seguido por un roce mientras el grueso sacerdote entraba en el agujero.

Poco después, Sondeluz llegó a la abertura de un túnel mucho mayor, iluminado por varios faroles que colgaban de una pared. Se levantó, sintiéndose satisfecho de sí mismo mientras Llarimar terminaba de pasar.

—Buena jugada —dijo Sondeluz, tirando de una palanca y haciendo que una reja cayera sobre la abertura—. ¡Ahora les costará lo suyo seguirnos!

—Y a nosotros nos costará escapar.

—¿Escapar? —desdeñó Sondeluz, alzando el farol para inspeccionar el túnel—. ¿Para qué querríamos hacer eso?

—Perdonadme, divina gracia. Pero me parece que os estáis divirtiendo demasiado con esta experiencia.

—Bueno, me llaman Sondeluz el Audaz. Me alegra estar haciendo honores a mi apodo. Y ahora, calla. Puedo percibir vida cerca.

El túnel era obviamente artificial, y a Sondeluz le recordaba a la idea que tenía de un pozo minero. Igual que la imagen de sus sueños. Los túneles tenían varias ramas, y la vida que sentía estaba justo delante. Sondeluz no se dirigió hacia allí, sino que giró a la izquierda, hacia un túnel que descendía. Lo siguió durante unos minutos para juzgar su trayectoria probable.

—¿Has descubierto ya lo que es? —preguntó volviéndose hacia Llarimar, que había cogido un farol, ya que ese túnel estaba a oscuras.

—Los barracones de los sinvidas. Si este túnel sigue así, llevará directamente hasta ellos.



Sondeluz asintió.

—¿Por qué necesitan un túnel secreto hasta los barracones? Los dioses pueden ir donde quieran.

Llarimar sacudió la cabeza, y continuaron avanzando por el túnel. Poco después encontraron una trampilla en el techo que, al empujarla, dio paso a uno de los oscuros almacenes de sinvidas. Sondeluz se estremeció al ver las interminables filas de piernas, apenas iluminadas por su lámpara. Bajó la cabeza, cerró la trampilla y siguieron adelante.

—Lleva a una plaza —dijo en voz baja.

—Apuesto a que con puertas a cada uno de los barracones de sinvidas —contestó Llarimar. Extendió la mano y cogió un trozo de tierra de la pared y la aplastó entre sus dedos—. Este túnel es más reciente que el de arriba.

Sondeluz asintió.

—Tendríamos que seguir moviéndonos. Esos guardias del palacio de Mercestrella saben que estamos aquí abajo. No sé a quién se lo dirán, pero prefiero terminar de explorar antes de que nos capturen.

Llarimar se estremeció ante esas palabras. Subieron el empinado túnel hasta el principal, justo debajo del palacio. Sondeluz seguía percibiendo vida en un túnel lateral, pero decidió explorar la otra rama. Pronto quedó claro que se dividía y serpenteaba numerosas veces.

—Túneles a otros palacios —dedujo, golpeando una viga de madera del techo—. Antiguos... mucho más antiguos que los túneles a los barracones.

Llarimar asintió.

—Muy bien, pues —dijo Sondeluz—. Es hora de averiguar adónde lleva el túnel principal.

Se dirigió hacia ese túnel y Llarimar lo siguió. Sondeluz cerró los ojos, tratando de determinar a qué distancia estaba la vida. Era débil. Casi más allá de su habilidad para percibir. Si todo lo demás en esa catacumba no fueran rocas y tierra, ni siquiera habría advertido la vida. Continuaron recorriendo el túnel.

Le parecía que sabía moverse con sorprendente sigilo. ¿Acaso tenía experiencias que no recordaba haciendo este tipo de cosas? Desde luego, era mejor que Llarimar. Naturalmente, un pedrusco arrastrado probablemente haría menos ruido que Llarimar, considerando sus sonoros resoplidos.

El túnel continuó recto durante un trecho, sin ramificaciones. Sondeluz alzó la mirada, tratando de calcular qué tenían encima. «¿El palacio del rey-dios?», aventuró. No podía estar seguro: era difícil juzgar la dirección y la distancia bajo tierra.

Se sentía entusiasmado. Jubiloso. Aquello era algo que ningún dios hacía. Merodear de noche, recorrer túneles ocultos, buscar pistas y secretos. «Qué extraño —pensó—. Nos dan todo lo que creen que podemos querer: nos atiborran de sensaciones y experiencias. Y, sin embargo, los sentimientos reales, miedo, ansiedad, emoción, nos son completamente ajenos».

Sonrió. En la distancia se oían voces. Apagó el farol y se arrastró con sigilo, indicando a Llarimar que se quedara atrás.

—Lo tengo arriba —decía una voz masculina—. Vino por la hermana de la princesa, como dije que haría.

—Entonces tienes lo que querías —respondió otra voz—. Le prestas demasiada atención a ese tipo.

—No subestimes a Vasher. Ha conseguido más en su vida que un centenar de hombres, y ha hecho mucho más por el bien del pueblo de lo que jamás serás capaz de apreciar.

Silencio.

—¿No piensas matarlo? —preguntó la segunda voz.

—Sí.

—Eres extraño, Denth. Sin embargo, tu objetivo está cumplido.

—Tu pueblo no tiene todavía la guerra.

—La tendremos.

Sondeluz se acurrucó junto a un montoncillo de escombros. Veía luz delante, pero no distinguía gran cosa aparte de sombras en movimiento. Su suerte parecía haberlo acompañado para que pudiera oír esa conversación. ¿Era eso la prueba de que sus sueños eran, en efecto, premonitorios? ¿O se trataba solo de una coincidencia? Era muy tarde, y todos los que estuvieran despiertos probablemente se dedicaban a actividades clandestinas.

—Tengo un trabajo para ti —dijo la segunda voz—. Hay alguien a quien necesito que interrogues.

—Lástima —respondió Denth, alejándose—. Tengo un viejo amigo a quien torturar. Solo me he desviado para deshacerme de esta monstruosidad de espada.

—¡Denth! ¡Vuelve aquí!

—No me has contratado, hombrecito. Si quieres que haga algo, ve a buscar a tu jefe. Hasta entonces, ya sabes dónde encontrarme.

Silencio. Algo se movió detrás de Sondeluz. Se volvió y apenas pudo distinguir a Llarimar, que se acercaba a rastras. El dios le indicó que retrocediera y luego se reunió con él.

—¿Qué ocurre? —susurró el sacerdote.

—Voces, ahí delante —respondió Sondeluz, también entre susurros, el túnel oscuro alrededor de ambos—. Hablando de la guerra.

—¿Quiénes eran?

—No lo sé. Pero voy a averiguarlo. Espera aquí mientras yo...

Lo interrumpió un fuerte grito. Sondeluz dio un respingo. El sonido procedía del mismo lugar donde había oído las voces, y parecía...

—¡Soltadme! —chilló Encendedora—. ¿Qué creéis que estáis haciendo? ¡Soy una diosa!

Sondeluz se levantó bruscamente. Una voz le respondió algo a Encendedora, pero Sondeluz no discernió las palabras.

—¡Soltadme! —gritó nuevamente Encendedora—. ¡Yo...! —Se interrumpió bruscamente y dejó escapar un grito de dolor.

El corazón de Sondeluz latía con fuerza. Avanzó un paso.

—¡Divina gracia! —dijo Llarimar, poniéndose en pie—. ¡Deberíamos ir por ayuda!

—Nosotros somos la ayuda —respondió Sondeluz. Inspiró profundamente y entonces, sorprendiéndose a sí mismo, echó a correr por el túnel.

Se acercó rápidamente a la luz, rodeó una esquina y llegó a una sección del túnel labrada en roca. En cuestión de segundos, estuvo corriendo por un liso suelo de piedra e irrumpió en lo que parecía un calabozo.

Encendedora estaba atada a una silla. Un grupo de hombres ataviados con las túnicas de los sacerdotes del rey-dios la rodeaba junto con varios soldados uniformados. El labio de Encendedora sangraba, y ella

lloraba a través de la mordaza que le sellaba la boca. Llevaba puesto un hermoso camisón, pero estaba sucio y arrugado.

Los hombres alzaron sorprendidos la cabeza, extrañados al ver a alguien surgir detrás de ellos. Sondeluz aprovechó el momento y golpeó con el hombro al soldado que tenía más cerca. Lo envió contra la pared, pues el tamaño y el peso de Sondeluz le ayudaron a derribarlo con facilidad. Se agachó y desenvainó la espada del soldado caído.

—¡Ajá! —exclamó, apuntando a los hombres que tenía delante—. ¿Quién será el primero?

Los soldados lo miraron, aturridos.

—¡Serás tú! —dijo Sondeluz, abalanzándose sobre el guardia más cercano.

Falló por más de tres palmos, tropezó y perdió el equilibrio por el salto. El guardia finalmente comprendió lo que ocurría y desenvainó su espada. Los sacerdotes se apretujaron contra la pared. Encendedora, llorosa, parpadeó sorprendida.

Un soldado atacó a Sondeluz, que alzó torpemente su espada, tratando de bloquear el golpe. El guardia a sus pies se lanzó contra sus piernas, derribándolo al suelo. Entonces uno de los guardias que estaban de pie le clavó la espada en el muslo.

De la pierna manó sangre tan roja como la de cualquier mortal. De repente, Sondeluz conoció el dolor. Dolor literalmente más grande que ningún otro que hubiera conocido en su corta vida.

Gritó.

A través de las lágrimas, vio a Llarimar golpear heroicamente a un guardia por detrás, pero su intento fue casi tan torpe como el de Sondeluz. Los soldados los rodearon, y uno de ellos apuntó con su espada ensangrentada a la garganta del dios.

«Qué curioso —pensó Sondeluz, apretando los dientes para soportar el dolor—. No es así como imaginé que saldrían las cosas».

Vivenna esperó a Vasher, pero él no regresó.

Recorría la pequeña habitación del escondite, la sexta que habitaban ya. Nunca pasaban más de unos pocos días en cada localización. Carente de adornos, solo tenía sus petates, el talego de Vasher y una solitaria vela oscilante.

Vasher la habría reñido por malgastar la vela. Para tratarse de un hombre que tenía en alientos la fortuna de un rey, era sorprendentemente frugal.

Continuó paseándose, aunque probablemente debería irse a dormir. Vasher sabía cuidar de sí mismo. Parecía que la única en la ciudad que no era capaz de hacerlo era ella.

Sin embargo, él le había dicho que iba a hacer una rápida misión de exploración. Aunque era una persona solitaria, al parecer comprendía el deseo de la princesa de formar parte de las cosas, así que normalmente le decía adónde iba y cuándo esperaba volver.

Nunca había esperado despierta a que Denth volviera de una misión nocturna, y llevaba trabajando con Vasher una fracción del tiempo que había pasado con los mercenarios. ¿Por qué se preocupaba tanto?

Aunque se había considerado amiga de Denth, en realidad nunca se había preocupado por él. Era divertido y encantador, pero distante. Vasher era... bueno, era quien era. No había engaño en él. No llevaba ninguna falsa máscara. Solo había conocido a una persona así: su hermana, la que engendraría el hijo del rey-dios.

«¡Señor de los Colores! —pensó, caminando de un lado a otro—. ¿Cómo han acabado así las cosas?».

Siri despertó sobresaltada. Se oían gritos ante su habitación. Se levantó rápidamente, se acercó a la puerta y prestó atención. Oyó sonidos de lucha. Si iba a huir, tal vez ahora era el momento. Movié el pomo, esperando que la puerta estuviera cerrada con llave. No lo estaba.

Maldijo. Había escuchado una pelea antes: gritos y hombres muriendo. Y ahora otra vez. «¿Tal vez alguien está intentando rescatarme? —pensó esperanzada—. Pero ¿quién?».

La puerta se estremeció de pronto, y ella dio un salto atrás mientras se abría. Treledees, sumo sacerdote del rey-dios, apareció en el umbral.

—Rápido, niña —la llamó—. Tienes que venir conmigo.

Siri buscó desesperadamente un modo de huir. Se apartó del sacerdote, que maldijo en voz baja, indicando a un par de soldados de la guardia de la ciudad que entraran y la agarraran. Siri gritó pidiendo ayuda.

—¡Silencio, necia! —dijo Treledees—. Estamos intentando ayudarte.

Sus mentiras le sonaron huecas, y se debatió mientras los soldados la sacaban de la habitación. Fuera, el suelo estaba cubierto de cadáveres, algunos con uniformes de guardias, otros con armaduras indefinibles, y otros de piel gris.

Oyó lucha al fondo del pasillo, y gritó en esa dirección mientras los soldados se la llevaban a rastras.

Viejo Veterano, lo llamaban. Los que lo llamaban algo, claro está.

Estaba sentado en su pequeña barca, cruzando lentamente las oscuras aguas de la bahía. Pesca nocturna. Durante el día había que pagar una tarifa para pescar en aguas de T'Telir. Bueno, técnicamente, durante la noche se suponía que también había que hacerlo.

Pero lo que tenía la noche era que nadie podía verte. Viejo Veterano rio para sí, lanzando su red por la borda. Las aguas emitían su característico sonido contra la quilla. Oscuridad. Le gustaba la oscuridad.

De vez en cuando tenía trabajos mejores. Recoger los cadáveres que le entregaba algún señor de los suburbios, y lanzarlos al fondo de la bahía con un saco de rocas atado a los pies. Probablemente había cientos de muertos allá abajo, mecidos por la corriente con los pies pegados al suelo. Una fiesta de esqueletos bailando. Bailando, bailando, bailando.

Pero no había cadáveres esa noche. Eso significaba peces. Peces gratis, pues no tenía que pagar tarifas. Y los peces gratis eran buenos peces.

«No... —le dijo una voz—. Un poquito más a la derecha».

El mar le hablaba a veces. Lo instaba a un lado u otro. Siguió la dirección indicada. Salía a navegar casi todas las noches. Las aguas lo conocían bien a esas alturas.

«Bien. Lanza la red».

Así lo hizo. Esa zona de la bahía no era demasiado profunda. Podía arrastrar la red tras la barca y capturar los peces pequeños que venían a alimentarse a los bajíos. No eran los mejores peces, pero el cielo no aconsejaba alejarse demasiado de la costa. ¿Se avecinaba una tormenta?

La red tropezó con algo. Viejo Veterano gruñó, tirando de ella. A veces se enganchaba en los corales o los vertidos. Era algo pesado. Muy pesado. Izó la red sobre la borda y abrió la pantalla de su farol, arriesgándose a producir un poco de luz.

Enmarañada en la red, en el fondo de la barca, había una espada. Plateada y de mango negro.

«Te lo agradezco —dijo la voz, ahora de forma más clara—. Odio el agua. Se está tan húmedo y pegajoso ahí abajo».

Transfigurado, Viejo Veterano alargó el brazo y cogió el arma. La sopesó.

«Supongo que querrás que vaya a destruir algún mal, ¿no? —dijo la voz—. No sé muy bien lo que significa ser honrado. Confío en que decidas».

Viejo Veterano sonrió.

«Oh, muy bien —dijo la espada—. Puedes admirarme un poco más, si quieres. Pero después tenemos que regresar a la orilla».

Vasher despertó aturdido.

Estaba atado por las muñecas a un gancho en el techo de una habitación de piedra. La cuerda que habían utilizado para atarlo era la misma que él había empleado para amarrar a la doncella. Había perdido completamente el color.

De hecho, todo a su alrededor era de un gris uniforme. Lo habían desnudado a excepción de sus calzones blancos. Gimió, sintiendo los brazos entumecidos por estar colgado de las muñecas.

No lo habían amordazado, pero no le quedaba aliento: había usado los restos en la pelea, para despertar la capa del soldado caído. Gimió.

Un farol ardía en el rincón. Había una figura de pie al lado.

—Y así regresamos ambos —dijo Denth tranquilamente.

Vasher no respondió.

—Sigo debiéndote la muerte de Arsteel —dijo Denth—. Quiero saber cómo lo mataste.

—En un duelo —respondió Vasher con voz rota.

—No lo derrotaste en un duelo —repuso Denth, dando un paso adelante—. Lo sé.

—Entonces tal vez lo sorprendí y lo apuñalé por la espalda. Es lo que se merecía.

Denth le dio un bofetón, haciendo que se balanceara en el gancho.

—¡Arsteel era un buen hombre!

—Una vez lo fue —dijo Vasher, saboreando la sangre—. Una vez, todos fuimos buenos, Denth. Una vez.

—¿Crees que tu pequeña incursión aquí arreglará lo que has hecho?

—Es mejor que volverse mercenario —replicó Vasher—. Trabajar para quien pague.

—Soy lo que tú hiciste de mí.

—Esa chica confiaba en ti.

Denth se volvió, los ojos en la sombra, pues la luz no llegaba a su rostro.

—Tenía que hacerlo.

—Ella te apreciaba. Y encima mataste a su amigo.

—Las cosas se me fueron un poco de las manos.

—Siempre ocurre, contigo —espetó Vasher.

Denth alzó una ceja con expresión divertida.

—¿Me acusas, Vasher? ¿A mí? ¿Cuándo fue la última vez que yo inicié una guerra y maté a miles de soldados? Tú eres quien traicionó a su mejor amigo y mató a la mujer que lo amaba.

Vasher no respondió. ¿Qué podía decir? ¿Que Shashara tenía que morir? Ya había sido bastante malo que ella le hubiera revelado la orden para hacer sinvidas con un solo aliento. ¿Y si la forma de despertar acero, como *Sangre Nocturna*, hubiera formado parte de la Multiguerra? ¿Monstruos no muertos masacrando a gente con espadas despertadas sedientas de sangre?

Nada de eso le importaba a un hombre que había visto a su hermana asesinada por la mano de Vasher. Además, Vasher sabía que tenía poca credibilidad. Había creado sus propios monstruos para combatir en esa guerra. No acero despertado como *Sangre Nocturna*, pero bastante letal por derecho propio.



—Iba a dejarte en manos de Tonk Fah —dijo Denth—. Le gusta hacer daño. Es una debilidad que tiene. Todos tenemos debilidades. Bajo mi dirección, ha podido canalizarla en los animales.

Denth se volvió hacia él, blandiendo un cuchillo.

—Siempre me he preguntado por qué le parece tan divertido infligir dolor.

Amanecía. Vivenna apartó la manta, incapaz de dormir. Se vistió frustrada, sin estar segura de por qué. Vasher probablemente estaría bien. Seguro que de parranda en alguna parte.

«Claro —pensó con ironía—, de parranda. Parece algo típico de él».

Nunca antes había estado fuera toda la noche. Algo había salido mal. Mientras se ajustaba el cinturón contempló el morral de Vasher y la muda de ropa que contenía. «Todo lo que he hecho desde que salí de Idris ha fracasado miserablemente —pensó mientras seguía vistiéndose—. He fracasado como revolucionaria, he fracasado como mendiga y también como hermana. ¿Qué se supone que debería hacer ahora? ¿Encontrar a Vasher? Ni siquiera sé por dónde empezar».

Apartó la mirada. Fracaso. No era algo a lo que estuviera acostumbrada allá en Idris. Todo lo que había hecho allí acabó bien.

«Tal vez de eso se trata —pensó, sentándose—. Mi odio hacia Hallandren. Mi insistencia en salvar a Siri, en ocupar su puesto». Cuando su padre había elegido a Siri en vez de a ella, fue la primera vez en su vida que sintió que no era lo bastante buena. Por eso había venido a T'Telir, decidida a demostrar que no era ninguna inepta. El problema era otra persona. Cualquiera, menos ella, Vivenna.

Pero Hallandren le había demostrado repetidamente que sí era una inepta. Y ahora que había fracasado tantas veces, le resultaba difícil actuar. Al decidir actuar, podía fracasar... y eso era tan aterrador que parecía preferible no hacer nada.

Aquello fue la suprema arrogancia por su parte. Inclino la cabeza. Una última gota de hipocresía para adornar su cabello real.

«¿Quieres ser competente? —se dijo—. ¿Quieres aprender a estar al mando de lo que te rodea, en vez de ser empujada a un lado y a otro? Entonces tendrás que aprender a tratar con el fracaso».

Era aterrador, pero sabía que era cierto. Se levantó y se acercó al talego de Vasher. Sacó una camisa arrugada y un par de calzas. Ambas tenían borlas colgando de las mangas.

Se las puso, junto con la capa de repuesto de Vasher. Olía como él, y estaba cortada, como la otra, con la forma vaga de un hombre. Vivenna comprendía, al menos, uno de los motivos por los que sus ropas parecían tan ajadas.

Sacó un par de pañuelos de colores.

—Protégeme —le ordenó a la capa, imaginando que repelía a la gente que intentaba atacarla. Colocó una mano en la manga de la camisa.

—A mi llamada —ordenó—, convertíos en mis dedos y agarrar lo que debo.

Solo había oído a Vasher pronunciar la orden un par de veces, y todavía no estaba segura de cómo visualizar lo que quería que hiciera la camisa. Imaginó las borlas cerrándose en torno a sus manos como las había visto hacer para Vasher.

Despertó las calzas, ordenándoles que reforzaran sus piernas. Las borlas de las perneras empezaron a retorcerse, y Vivenna alzó los pies por turnos, dejando que las borlas los envolvieran del todo. Se sintió más firme, las calzas tensas contra su piel.

Finalmente, se ató la espada que Vasher le había dado. Seguía sin saber cómo usarla, aunque podía empuñarla. Le pareció adecuado llevarla.

Se marchó.

Sondeluz rara vez había visto llorar a una diosa.

—No tenía que salir así —dijo Encendedora, ajena a las lágrimas que le corrían por las mejillas—. Lo tenía todo bajo control.

El calabozo bajo el palacio del rey-dios era estrecho. En ambas paredes había jaulas como las que se utilizan para los animales. Eran lo bastante grandes para albergar a un dios. Sondeluz no sabía si se trataba solo de una coincidencia.

Encendedora lloró.

—Creí que tenía de mi parte a los sacerdotes del rey-dios. Estábamos trabajando juntos.

«Algo no encaja en todo esto», pensó Sondeluz, contemplando al grupo de sacerdotes que charlaban ansiosamente a un lado. Llarimar estaba dentro de su propia jaula, la que estaba situada junto a la de Sondeluz, la cabeza gacha.

Sondeluz miró a Encendedora.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando con ellos?

—Desde el principio. Yo tenía que hacerme con las frases de mando. ¡Elaboramos juntos el plan!

—¿Por qué te han traicionado?

Ella sacudió la cabeza y bajó la mirada.

—Dijeron que no cumplí con mi parte. Que les estaba ocultando cosas.

—¿Y es verdad?

Ella apartó la mirada, los ojos anegados en lágrimas. Se la veía muy rara dentro de aquella jaula. Una mujer hermosa de proporciones divinas, vestida con una delicada túnica de seda, sentada en el suelo y rodeada de barrotes. Llorando.

«Tenemos que salir de aquí», pensó Sondeluz. Se arrastró hasta los barrotes que separaban su jaula de la de Llarimar, ignorando el dolor de su muslo.

—¡Veloz! —susurró—. ¡Veloz!

Llarimar alzó la cabeza. Parecía aturdido.

—¿Qué se usa para abrir una cerradura?

Llarimar parpadeó.

—¿Qué?

—Para abrir una cerradura —repitió Sondeluz, señalando—. Tal vez descubra que sé cómo hacerlo, si coloco mis manos en la posición adecuada. Aún no he comprendido cómo mi habilidad con la espada es tan pobre. Pero, sin duda, podré hacer esto. Con que solo logre recordar cómo se hace.

Llarimar se lo quedó mirando.

—Tal vez yo... —añadió Sondeluz.

—Basta ya —susurró Llarimar.

Sondeluz vaciló.

—¿Qué te ocurre?

Llarimar se puso en pie y espetó:

—Eras un escriba, Sondeluz. Un maldito *escriba*. No soldado, ni detective, ni ladrón. ¡Eras el contable de un prestamista local!

«¿Qué?», pensó Sondeluz.

—¡Y entonces eras tan idiota como lo eres ahora! —exclamó Llarimar—. ¡Nunca te da por pensar en lo que vas a hacer antes de decidirte a hacerlo! ¿Por qué no puedes pararte, de vez en cuando, y preguntarte si te comportas como un auténtico imbécil o no? Te daré una pista: ¡habitualmente lo eres!

Sondeluz se apartó de los barrotes, sorprendido. Llarimar. Llarimar estaba gritando.

—Y contigo siempre acabo metido en problemas —añadió el sacerdote, volviéndose—. No ha cambiado nada. ¡Tú te conviertes en dios y yo termino en prisión!

El grueso sacerdote se desmoronó, respirando entre jadeos, sacudiendo la cabeza con frustración. Encendedora los miraba. Y también los sacerdotes.

«Algo me resulta raro en ellos, pero ¿qué?», pensó Sondeluz, tratando de aclarar sus pensamientos y emociones mientras el grupo de sacerdotes se acercaba.

—Sondeluz —dijo uno de ellos, agachándose junto a su jaula—. Necesitamos tus frases de mando.

El dios bufó.

—Lamento decirte que las he olvidado. Probablemente conoces mi reputación de ser tonto. Quiero decir, ¿qué clase de necio entraría aquí alegremente para dejarse capturar? —Les sonrió.

El sacerdote suspiró e hizo un gesto a los demás. Abrieron la jaula de Encendedora y la sacaron. Ella gritó y se revolvió. Sondeluz sonrió al ver los problemas que les causaba. Sin embargo, eran seis sacerdotes y consiguieron arrastrarla.

Entonces uno sacó un cuchillo y le cercenó la garganta.

La sorpresa golpeó a Sondeluz como un martillo. Se quedó quieto, los ojos muy abiertos, viendo horrorizado cómo la sangre brotaba de la garganta de Encendedora, manchando su hermoso camisón. Más preocupante era la expresión de pánico en sus ojos. Aquellos ojos tan hermosos.

—¡No! —gritó Sondeluz, golpeando los barrotes y extendiendo inútilmente los brazos hacia ella. Tensó sus músculos divinos, apretujándose contra el acero mientras su cuerpo empezaba a temblar. Fue inútil. Ni siquiera un cuerpo perfecto podía abrirse paso a través del acero—. ¡Bastardos! —chilló—. ¡Hijos de puta malditos por los Colores!

Se debatió, golpeando los barrotes con una mano mientras los ojos de Encendedora empezaban a apagarse.

Y entonces su biocroma se consumió. Como una hoguera ardiente que se reduce a una simple lucecita, se apagó.

—No... —gimió Sondeluz, resbalando hasta quedar arrodillado, aturdido.

El sacerdote lo miró.

—Así que te importaba. Lamento que hayamos tenido que hacer esto. —Se inclinó, solemne—. Sin embargo, Sondeluz, decidimos que teníamos que matarla para que comprendieras que vamos en serio. Conozco tu reputación, y sé que sueles tomarte las cosas a la ligera. Es una buena cualidad en muchas situaciones, pero no en esta. Te hemos demostrado que estamos dispuestos a matar. Si no haces lo que te pedimos, otros morirán.

—Cabrón...

—Necesito tus frases de mando —insistió el sacerdote—. Es importante. Más importante de lo que puedes comprender.

—Pues sácamelas a golpes —gruñó Sondeluz, sintiendo que la ira superaba lentamente su sorpresa.

—No es posible —el sacerdote negó con la cabeza—. Somos nuevos en todo esto. No sabemos muy bien cómo torturar, y nos haría falta mucho tiempo para que hablaras. Los que sí están versados en torturas no son muy cooperadores ahora mismo. Nunca pagues a un mercenario hasta que el trabajo esté hecho.

El sacerdote hizo una seña, y los otros dejaron el cadáver de Encendedora en el suelo. Se acercaron a la jaula de Llarimar.

—¡No! —gritó Sondeluz.

—Hablamos en serio, Sondeluz. Muy, muy en serio. Sabemos cuánto aprecias a tu sumo sacerdote. Ahora sabes que lo mataremos si no nos das lo que pedimos.

—¿Por qué? ¿De qué va todo esto? ¡El rey-dios al que sirves podría ordenarnos que hiciéramos actuar a los ejércitos si lo quisiera! Le haríamos caso. ¿Por qué te interesan tanto esas frases de mando?

Los sacerdotes sacaron a Llarimar de su jaula y lo obligaron a ponerse de rodillas. Uno le colocó un cuchillo en la garganta.

—¡Pantera roja! —chilló Sondeluz, sollozando—. Esa es la frase de mando. Por favor, soltadlo.

El sacerdote asintió a los otros, y metieron de nuevo a Llarimar en su jaula. Dejaron en el suelo el cadáver de Encendedora, boca abajo, sobre su sangre.

—Espero que no nos hayas mentido, Sondeluz —le advirtió el sacerdote principal—. No estamos jugando. Sería muy malo que descubriéramos que has intentado engañarnos. —Sacudió la cabeza—. No somos crueles, pero trabajamos por algo muy importante. No nos pongas a prueba.

Y se marchó. Sondeluz apenas lo advirtió. Seguía mirando a Encendedora, tratando de convencerse de que era una alucinación, o que ella estaba fingiendo, o que algo cambiaría para hacerle comprender que todo era una broma de mal gusto.

—Por favor —susurró—. Por favor, no...

—¿Qué se dice en las calles, Tuft? —preguntó Vivenna, acercándose a un mendigo.

El hombre hizo una mueca, extendiendo su taza a los pocos que pasaban tan temprano por su lado. Tuft era uno de los primeros en llegar por las mañanas.

—¿Y a mí qué me importa? —respondió.

—Vamos. Me echaste a patadas de este sitio en tres ocasiones distintas. Creo que me debes algo.

—No le debo nada a nadie —refunfuñó él, mirando a los transeúntes con su único ojo. El otro ojo era una cuenca vacía. No llevaba parche—. Sobre todo, no te debo nada a ti. Fuiste una farsante todo el tiempo. No eras una mendiga de verdad.

—Yo... No fui ninguna farsante, Tuft. Solo pensé que debería saber cómo es.

—¿Qué?

—Vivir entre vosotros. Pensé que vuestra vida no podía ser fácil. Pero no podía saberlo de verdad hasta que lo probara por mí misma. Así que decidí vivir en la calle durante un tiempo.

—Menuda tontería.

—Te equivocas. Los tontos son esos que pasan de largo sin pensar siquiera cómo es vivir como vosotros. Tal vez si lo supieran os darían algo.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un brillante pañuelo. Lo metió en la taza.

—No tengo dinero, pero sé que puedes vender esto.

Él gruñó, mirándolo.

—¿Qué quieres saber de lo que pasa en las calles?

—Disturbios. Cosas extrañas o inusuales. Relacionadas tal vez con los despertadores.

—Ve a los suburbios del Tercer Muelle —dijo Tuft—. Husmea en los edificios alrededor del embarcadero. Tal vez encuentres allí lo que estás buscando.

La luz se colaba por la ventana.

«¿Ya es de día?», pensó Vasher, cabizbajo, todavía colgando de las muñecas.

Sabía lo que cabía esperar de la tortura. No era nuevo en esos menesteres. Sabía cómo gritar, cómo dar al torturador lo que quería. Sabía cómo no gastar sus fuerzas resistiendo demasiado.

También sabía que probablemente nada de eso serviría. ¿Cómo estaría después de una semana de tortura? La sangre le corría por el pecho, manchando su calzón. Una docena de dolores menores le picoteaban la piel, cortes bañados en zumo de limón.

Denth estaba de espaldas a él, los cuchillos ensangrentados en el suelo a su alrededor.

Vasher alzó la cabeza, forzando una sonrisa.

—No es tan divertido como esperabas, ¿verdad, Denth?

El mercenario no se volvió.

«Todavía hay un buen hombre en algún lugar de su interior —pensó Vasher—. Incluso después de todos estos años. Ha sido acosado, golpeado y herido aun peor que yo».

—Torturarme no la traerá de vuelta —dijo Vasher.

Denth se volvió, la mirada sombría.

—No. No lo hará.

Cogió otro cuchillo.

Los sacerdotes empujaron a Siri por los pasadizos del palacio. A veces dejaban atrás cadáveres en los salones oscuros, y ella oía todavía lucha en algunas partes.

«¿Qué está pasando?». Alguien atacaba el palacio. Pero ¿quién?

Por un momento deseó que fuera su pueblo: los soldados de su padre, que venían a salvarla. Pero quienes se enfrentaban a los sacerdotes utilizaban soldados sinvida: eso no tenía relación con Idris.



Era alguien más. Una tercera fuerza. Y querían liberarla de la tenaza de los sacerdotes. Con suerte, sus llamadas de ayuda serían escuchadas. Treledees y sus hombres la guiaban rápidamente por el palacio, atravesando las salas de colores en su prisa por llegar a algún sitio.

Las mangas blancas del vestido de Siri empezaron a desprender color. Alzó la cabeza esperanzada cuando entraron en la última sala. El rey-dios estaba allí, rodeado por un grupo de soldados y sacerdotes.

—¡Susebron! —exclamó ella, debatiéndose contra sus captores.

Él dio un paso hacia ella, pero un guardia lo sujetó por el brazo, haciéndolo retroceder. «Lo ha tocado —se asombró Siri—. Toda apariencia de respeto ha desaparecido. Ya no hace falta fingir».

El rey-dios se miró el brazo, frunciendo el ceño. Trató de zafarse, pero otro soldado avanzó para ayudar a sujetarlo. Susebron miró al segundo hombre, y luego a Siri, confundido.

—Yo tampoco comprendo —dijo ella.

Treledees entró en la sala.

—Benditos los Colores —dijo—. Habéis llegado. Rápido, tenemos que irnos. Este lugar no es seguro.

—Treledees —dijo Siri—, ¿qué está sucediendo?

Él la ignoró.

—Soy tu reina. ¡Responde a mi pregunta!

Él se volvió con expresión de fastidio.

—Un grupo de sinvidas ha atacado el palacio, Receptáculo. Están intentando llegar al rey-dios.

—Eso ya lo he deducido, sacerdote. ¿Quiénes son?

—No lo sabemos —contestó Treledees, volviéndose. Al hacerlo, un grito lejano llegó de fuera de la sala. Lo siguió un estrépito de lucha.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo Treledees a uno de sus sacerdotes. Había una docena presentes, además de media docena de soldados—. El palacio tiene demasiadas puertas y pasadizos. Sería demasiado fácil rodearnos.

—Vamos por la salida trasera —propuso otro sacerdote.

—Si podemos llegar hasta allí. ¿Dónde está ese escuadrón de refuerzos que pedí?

—No vendrán, divina gracia —dijo una nueva voz. Siri se volvió para ver a Dedos Azules, con aspecto abatido, entrar por la puerta del fondo con un par de soldados heridos—. El enemigo ha tomado el ala este y se dirige hacia aquí.

Treledees masculló una maldición.

—¡Tenemos que llevar a su majestad a lugar seguro! —dijo Dedos Azules.

—Soy consciente de ello —replicó Treledees.

—Si el ala este ha caído —dijo el otro sacerdote—, no podremos salir por ahí.

Siri observaba, tratando de atraer la atención de Dedos Azules. Él la miró a los ojos y luego asintió subrepticamente, sonriendo.

—Podemos escapar por los túneles —dijo.

Los ruidos de lucha se acercaban. A Siri le pareció que su sala estaba virtualmente rodeada por combates.

—Tal vez —dijo Treledees mientras uno de los sacerdotes corría a asomarse a la puerta. Los soldados que habían venido con Dedos Azules descansaban junto a la pared, sangrando. Uno de ellos parecía haber dejado de respirar.

—Debemos irnos —instó Dedos Azules.

Treledees no dijo nada. Se acercó a uno de los soldados caídos y recogió su espada.

—Muy bien —dijo—. Grenden, coge la mitad de los soldados y ve con Dedos Azules. Lleva a su majestad a lugar seguro. —Miró al viejo escriba—. Intenta llegar a los muelles.

—Sí, excelencia —dijo Dedos Azules, aliviado.

Los sacerdotes liberaron al rey-dios, que corrió hacia Siri y la abrazó. Ella le devolvió el abrazo, tensa, tratando de controlar sus emociones.

Ir con Dedos Azules daba ciertas garantías: la expresión de sus ojos indicaba que tenía un plan para salvarla a ella y al rey-dios, para alejarlos de los sacerdotes. Sin embargo... algo le parecía mal.

Un sacerdote reunió a tres soldados y se dirigieron al otro lado de la sala. Llamaron a Siri y al rey-dios. Los otros sacerdotes se unieron a Treledees, tras coger armas de los guardias muertos, sus expresiones sombrías.

Dedos Azules tiró del brazo de Siri.

—Ven, mi reina —susurró—. Te hice una promesa antes. Vamos a sacarte de este lío.

—¿Y los sacerdotes?

Treledees la fulminó con la mirada.

—Niña necia. ¡Vete! Los atacantes se dirigen hacia aquí. Dejaremos que nos vean y luego los llevaremos a otra dirección. Ellos darán por sentado que sabemos dónde está el rey-dios.

Los sacerdotes que lo acompañaban no parecían sentir muchas esperanzas. Si eran capturados, los masacrarían.

—¡Vamos! —susurró Dedos Azules.

Susebron la miró, asustado. Ella dejó lentamente que el escriba los empujara a ambos a un lado, donde unos sirvientes vestidos de marrón se habían unido a los solitarios sacerdotes y los tres soldados. Algo le susurró en la mente. Algo que Sondeluz le había dicho.

«No hagas demasiado ruido hasta que estés lista para golpear. Súbita y sorprendente, así es como tienes que ser. No quieras aparecer demasiado indefensa: la gente siempre sospecha del inocente. El truco es quedarse en la media».

Era un buen consejo. Un consejo que probablemente conocía también otra gente. Siri miró a Dedos Azules, que caminaba junto a ella, instándola a continuar. Nervioso, como siempre.

«Varios grupos han estado combatiendo para tomar el control de mi habitación —pensó—. Unos eran fieles a los sacerdotes. Otros, los sinvidas, fieles a alguien. A ese misterioso tercer grupo».

Alguien en T'Telir había estado empujando el reino hacia la guerra. Pero ¿quién tendría algo que ganar de semejante desastre? ¿Hallandren, que invertiría enormes recursos para aplastar a los rebeldes, librando una batalla que ganarían, pero probablemente a un precio enorme? No tenía sentido.

¿Quién ganaría más si Hallandren e Idris iban a la guerra?

—¡Espera! —dijo Siri. Las cosas encajaban de pronto.

—¿Receptáculo? —preguntó Dedos Azules.

Susebron le puso una mano en el hombro, mirándola confundido. «¿Por qué iban a sacrificarse los sacerdotes si estuvieran planeando matar a Susebron? ¿Por qué nos dejarían ir sin más, permitiéndonos huir, si la seguridad del rey-dios no fuera su principal preocupación?».

Miró a Dedos Azules a los ojos, y vio que se ponía más nervioso. Su rostro palideció, y ella lo supo.

—¿Cómo te sientes, Dedos Azules? —preguntó Siri—. Eres de Pahn Kahl, pero todo el mundo da por hecho que tu gente es de Hallandren. Los de Pahn Kahl estuvieron aquí primero, en esta tierra, pero os la arrebataron. Ahora sois solo otra provincia, parte del reino de vuestros conquistadores.

»Queréis ser libres, pero no tenéis ejército propio. Y aquí estáis, incapaces de luchar y de liberaros. Considerados de segunda clase. Sin embargo, si vuestros opresores fueran a la guerra, eso os daría una oportunidad. Una oportunidad para liberaros...

Él la miró a los ojos y echó a correr, huyendo de la sala.

—¡En nombre de todos los Colores! ¿Qué...? —exclamó Treledees.

Siri lo ignoró y miró al rey-dios.

—Tuviste razón todo el tiempo —le dijo—. Tendríamos que haber confiado en tus sacerdotes.

—Receptáculo, ¿qué pasa? —inquirió Treledees, acercándose.

—No podemos ir por ahí —dijo Siri—. Dedos Azules nos conducía a una trampa.

El sumo sacerdote abrió la boca para responder, pero ella lo miró severamente y volvió su pelo rojo, el color de la ira. Dedos Azules la había traicionado. La única persona en la que creía poder confiar.

—Iremos a las puertas delanteras, entonces —dijo Treledees, echando un vistazo a su penoso grupo de sacerdotes y soldados heridos—. Y trataremos de abrírnos paso.

A Vivenna le resultó sencillo encontrar el sitio que había mencionado el mendigo. El edificio, una casa de vecindad en los suburbios, estaba rodeado de mirones, a pesar de la hora tan temprana. La gente susurraba, hablando de espíritus y muerte y fantasmas del mar. Vivenna se detuvo en el perímetro, tratando de ver qué atraía su atención.

Los muelles quedaban a su izquierda, donde el mar olía a salitre. Los suburbios de los muelles, donde muchos estibadores bebían y vivían, eran una pequeña sección de edificios amontonados entre astilleros y almacenes. ¿Por qué habría ido Vasher allí? Planeaba visitar la Corte de los Dioses. Por lo que ella pudo discernir, habían asesinado a alguien en el edificio ante el cual se había formado la multitud.

La gente susurraba sobre espectros y fantasmas de Kalad. Vivenna sacudió la cabeza. Eso no era lo que estaba buscando. Tendría que...

«¿Vivenna?». La voz era débil, pero ella pudo oírla. Y reconocerla.

—¿*Sangre Nocturna*? —susurró.

«Vivenna. Ven por mí».

Ella se estremeció. Quiso darse media vuelta y echar a correr, pues incluso pensar en la espada resultaba nauseabundo. Sin embargo, Vasher la llevaba consigo. Así pues, estaba en el lugar adecuado.

Los mirones hablaban de un asesinato. ¿Era Vasher la víctima?

Preocupada, Vivenna se abrió paso entre la gente, ignorando los gritos de que se quedara atrás. Subió las escaleras, cruzando puerta tras puerta. En su prisa, casi pasó por alto el humo negro que brotaba por debajo de una de ellas.

Se detuvo. Entonces, inspirando profundamente, la abrió y entró.

La habitación era un desastre, el suelo cubierto de basura, los muebles desvencijados y gastados. En el suelo yacían cuatro cadáveres. *Sangre Nocturna* estaba clavada en el pecho de uno de ellos, un viejo de rostro correoso que yacía de lado, los ojos inertes muy abiertos.

«¡Vivenna! —dijo la espada, jubilosa—. Me has encontrado. Qué emoción. Intenté que me llevaran a la Corte de los Dioses, pero no salió bien. El viejo me desenvainó un poquito. Está bien, ¿no?».

Ella cayó de rodillas, asqueada.

«¿Vivenna? Lo hice bien, ¿no? Vara Treledees me arrojó al océano, pero conseguí salir. Estoy muy satisfecha. Deberías decirme que lo hice bien».

Ella no respondió.

«Oh. Y Vasher está herido, creo. Deberíamos ir a buscarlo».

Ella alzó la cabeza.

—¿Dónde? —preguntó, sin saber a ciencia cierta si la espada podría siquiera oírla.

«En el palacio del rey-dios. Fue a rescatar a tu hermana. Creo que le gustas, aunque dice que no. Dice que eres un incordio».

Vivenna parpadeó.

—¿Siri? ¿Fuisteis en busca de Siri?

«Sí, pero Vara Treledees nos detuvo».

—¿Quién es ese? —preguntó Vivenna, frunciendo el ceño.

«Tú lo llamas Denth. Es el hermano de Shashara. Me pregunto si ella está aquí también. No comprendo por qué me arrojó al agua. Creía que le gustaba».

—Vasher... —dijo ella, poniéndose en pie, sintiéndose mareada por la influencia de la espada. Vasher había caído ante Denth. Se estremeció, recordando la ira en la voz de Denth cuando hablaba de Vasher. Apretó los dientes y cogió una manta sucia del burdo lecho y envolvió con ella a *Sangre Nocturna* para no tener que tocarla.

«Puaj —dijo la espada—. No hagas eso. Hice que el viejo me limpiara después de sacarme del agua».

Vivenna la ignoró y consiguió levantarla sintiendo solo una leve náusea. Entonces se marchó en dirección a la Corte de los Dioses.

Sondeluz estaba sentado, contemplando las piedras que tenía delante. Un hilillo de sangre de Encendedora corría por una grieta en la roca.

—¿Divina gracia? —preguntó Llarimar. Se acercó a los barrotes entre las jaulas.

Sondeluz no respondió.

—Lo siento. No tendría que haber gritado.

—¿De qué sirve ser dios? —susurró Sondeluz.

Silencio. Los faroles fluctuaban a cada lado de la pequeña cámara. Nadie se había llevado el cadáver de Encendedora, aunque habían dejado a un par de sacerdotes y sinvidas para vigilar a Sondeluz. Todavía lo necesitaban, por si había mentido respecto a las frases de mando.

No lo había hecho.

—¿Qué? —preguntó Llarimar por fin.

—¿De qué sirve? No somos dioses. Los dioses no mueren así. Un rasguño de nada. Ni siquiera tan ancho como mi palma.

—Lo siento. Era una buena mujer, incluso entre los dioses.

—No era una diosa. Ninguno de nosotros lo somos. Esos sueños son mentiras, si me condujeron a esto. Siempre he sabido la verdad, pero nadie presta atención a lo que digo. ¿No deberían escuchar a quien adoran? ¿Sobre todo si les estás diciendo que no te adoren?

—Yo... —Llarimar parecía confundido.

—Tendrían que haberlo visto... —susurró Sondeluz—. ¡Tendrían que haber visto lo que soy de verdad! Un idiota. No un dios, sino un escriba. ¡Un pequeño escriba tonto a quien se le permitió jugar a dios durante unos años! Un cobarde.

—No eres ningún cobarde.

—No fui capaz de salvarla. No pude hacer nada. Tan solo me quedé inmóvil y grité. Tal vez si hubiera sido más valiente, me habría unido a ella y habría tomado el mando de los ejércitos. Pero vacilé. Y ahora está muerta.

Silencio.

—Fuiste escriba —dijo Llarimar en voz baja en medio del aire húmedo—. Y uno de los mejores hombres que he conocido. Eras mi hermano.

Sondeluz alzó la cabeza.

Llarimar miró entre los barrotes, contemplando los faroles que colgaban del pelado muro de piedra.

—Yo era sacerdote, incluso entonces. Trabajaba en el palacio de Alasamables el Sincero. Vi como mentía para jugar a la política. Cuanto más permanecía en su palacio, más flaqueaba mi fe.

Guardó silencio un momento, luego alzó la cabeza.

—Y entonces falleciste. Intentando rescatar a mi hija. Esa es la muchacha que ves en tus visiones, Sondeluz. La descripción es perfecta. Era tu sobrina favorita. Lo sería todavía, supongo, si tú no hubieras... —Sacudió la cabeza—. Cuando te encontramos muerto, perdí la esperanza. Iba a dimitir de mi puesto. Me arrodillé ante tu cuerpo, llorando. Y entonces, los Colores empezaron a brillar. Levantaste la cabeza, tu cuerpo cambió, se hizo más grande, los músculos más fuertes... Lo supe en ese momento. Supe que, si un hombre como tú era

elegido para retornar, un hombre que había muerto para salvar a otra persona, entonces los Tonos Iridiscentes eran verdaderos. Las visiones eran verdaderas. Y los dioses también. Me devolviste la fe, Stennimar.

Miró a Sondeluz a los ojos.

—Eres un dios. Para mí, al menos. No importa lo fácilmente que se te pueda matar, cuánto aliento tengas o cuál sea tu aspecto. Tiene que ver con lo que eres y lo que significas.



—Hay combate en las puertas delanteras, excelencia —dijo un soldado ensangrentado—. Los insurgentes luchan entre sí allí. Tal vez... tal vez podamos pasar.

Siri sintió una punzada de alivio. Por fin algo salía bien.

Treledees se volvió hacia ella.

—Si podemos llegar a la ciudad, la gente apoyará a su rey-dios. Deberíamos estar a salvo allí.

—¿De dónde han sacado tantos sinvida? —preguntó Siri.

Treledees sacudió la cabeza. Se habían detenido en una sala casi al final del palacio, desesperados e inseguros. Atravesar las fortificaciones Pahn Kahl de la Corte de los Dioses iba a resultar difícil.

Siri miró a Susebron. Sus sacerdotes lo trataban como a un niño: le ofrecían respeto, pero ni se les ocurría consultar su opinión. Por su parte, él permanecía de pie, la mano apoyada en su hombro. Ella veía pensamientos e ideas detrás de sus ojos, pero no tenía nada con que escribir para comunicárselo.

—Receptáculo —dijo Treledees—. Tienes que saber una cosa.

Ella lo miró.

—Dudo en mencionar esto, ya que no eres sacerdote. Pero... si tú sobrevives y nosotros no...

—Habla —ordenó ella.

—No puedes engendrar un hijo del rey-dios. Como todos los Retornados, es incapaz de tener hijos. Aún no hemos descubierto cómo consiguió el Primer Retornado tener un hijo hace tantísimos años. De hecho...

—Ni siquiera creéis que lo hiciera —repuso ella—. Creéis que el linaje real es una invención.

«Pues claro que los sacerdotes discuten que el linaje real venga del Primer Retornado —pensó—. No querrían dar ninguna credibilidad a la reclamación de Idris al trono».

Treledees se ruborizó.

—Lo que importa es lo que la gente cree. De cualquier forma, nosotros... tenemos un niño.

—Ya —repuso Siri—. Un niño retornado al que vais a convertir en el próximo rey-dios.

Él la miró, sorprendido.

—¿Lo sabes?

—Planeáis matarlo, ¿no? —susurró ella—. ¡Quitarle el aliento a Susebron y dejarlo para que muera!

—¡Colores, no! —dijo Treledees mostrando un gesto de incredulidad—. ¿Cómo... cómo puedes pensar eso? ¡No, nunca haríamos una cosa así! Receptáculo, el rey-dios solo tiene que entregar el tesoro de aliento que contiene, invistiéndolo en el siguiente rey-dios, y luego puede vivir el resto de su vida, tanto como desee, en paz. Cambiamos de reyes-dioses cada vez que retorna un niño. Es nuestra señal de que el vigente rey-dios ha cumplido con su deber, y debe permitírsele vivir el resto de su vida sin soportar sus terribles cargas.

Ella lo miró, escéptica.

—Eso es una tontería, Treledees. Si el rey-dios entrega su aliento, morirá.

—No; hay un modo.

—Se supone que eso es imposible.

—En absoluto. Piénsalo. El rey-dios tiene dos fuentes de aliento. Una es innata, su aliento divino, lo que lo convierte en retornado. La otra es el aliento que se le entrega como el Tesoro de Dalaz, cincuenta mil alientos. Esos puede usarlos como haría cualquier despertador, siempre que tenga cuidado con las órdenes que utiliza. También podría sobrevivir fácilmente como retornado sin eso. Cualquier dios podría hacer lo mismo, si ganaran aliento más allá del aliento semanal que los mantiene. Los consumirían al ritmo de uno por semana, por supuesto, pero podrían acumularlos y usar los extras mientras tanto.

—Pero les impedís saberlo —dijo Siri.

—No de manera específica —contestó el sacerdote, desviando la mirada—. ¿Por qué debían los Retornados preocuparse por el despertar? Tienen todo lo que necesitan.

—Excepto conocimiento. Los mantenéis en la ignorancia. No me sorprende que les hayáis cortado la lengua a todos para ocultar vuestros preciosos secretos.

Treledees la miró con expresión dura.

—Sigues juzgándonos. Hacemos lo que hacemos porque es lo que tenemos que hacer, Receptáculo. El poder que él detenta con ese Tesoro, cincuenta mil alientos, podría destruir reinos. Es un arma demasiado grande: se nos encargó como única misión divina mantenerlo a salvo y no permitir que se utilizara. Si el ejército de Kalad regresa alguna vez de donde fue exiliado, nosotros...

Escucharon ruido en la habitación de al lado. Treledees se volvió, preocupado, y la presión de Susebron sobre el hombro de Siri aumentó.

Ella urgió al sacerdote.

—Treledees, necesito saberlo. ¿Cómo? ¿Cómo puede Susebron entregar su aliento? ¡No puede pronunciar ninguna orden!

—Yo...

Treledees fue interrumpido por un grupo de sinvidas que irrumpieron por una puerta. Le gritó que huyera, pero otro grupo de criaturas llegó por el otro lado. Siri maldijo, agarró a Susebron de la mano, tiró de él hacia otra puerta. La abrió.

Dedos Azules estaba al otro lado. La miró a los ojos, el rostro sombrío. Los sinvidas lo acompañaban.

Siri sintió una punzada de terror y retrocedió. Los sonidos de lucha llegaban de detrás, pero estaba demasiado concentrada en los sinvidas que avanzaban hacia ellos. El rey-dios dejó escapar un aullido de ira, sin lengua y sin palabras.

Y entonces los sacerdotes aparecieron. Se arrojaron contra los sinvidas, tratando de repelerlos, intentando desesperadamente proteger a su rey-dios. Siri se agarró a su marido en la habitación rojiza, viendo cómo los sacerdotes eran masacrados por aquellos guerreros de caras grises carentes de emociones. Un sacerdote tras otro se interpuso en su camino, algunos con armas, otros simplemente agitando los brazos en un intento sin esperanza.

Vio a Treledees apretar los dientes, el terror en los ojos mientras echaba a correr, intentando derribar a un sinvida. Murió como los otros. Sus secretos murieron con él.

Los sinvidas pasaron por encima de los cadáveres. Susebron empujó a Siri tras él, los brazos temblando mientras retrocedían contra una pared, enfrentados a los ensangrentados monstruos. Los sinvidas finalmente se detuvieron, y Dedos Azules se abrió paso hasta ella.

—Y ahora, Receptáculo, creo que íbamos a alguna parte.

—Lo siento, señorita —dijo el guardia, mientras alzaba una mano—. El acceso a la Corte de los Dioses está prohibido.

Vivenna apretó los dientes.

—Esto es inaceptable —replicó—. ¡Tengo que presentarme ante la diosa Madretodos de inmediato! ¿Es que no ves cuántos alientos tengo? ¡No soy alguien a quien puedas rechazar!

Los guardias permanecieron firmes. Había dos docenas en las puertas, deteniendo a todos los que querían entrar. Vivenna se dio media vuelta. Fuera lo que fuese que Vasher había hecho la noche anterior, al parecer había causado bastante revuelo. La gente se apiñaba ante las puertas, exigiendo respuestas, preguntando si algo iba mal. Vivenna se abrió paso entre ellos, alejándose de las puertas.

«Ve por el lado —aconsejó la espada—. Vasher nunca pregunta si puede entrar. Simplemente, entra».

Vivenna miró hacia el lado de la llanura. Había un breve saliente rocoso que rodeaba la muralla externa. Con los guardias tan distraídos con la gente que quería entrar...

Se dirigió hacia allí. Todavía era temprano, y el sol aún no había rebasado la cima de las montañas orientales. Había guardias arriba en la muralla, podía notarlos con su sentido vital, pero estaba por debajo de su ángulo de visión, ya que miraban a lo lejos. Tal vez podría burlarlos.

Esperó a que pasara una patrulla y luego despertó uno de los tapices que colgaban de la muralla.

—Levántame —dijo, dejando caer un pañuelo sin color. El tapiz se retorció en el aire, envolviéndose a su alrededor, la parte superior sujeta todavía a la muralla. Como un musculoso brazo, la elevó, se retorció y la depositó en lo alto. Vivenna miró alrededor, recuperando su aliento. A un lado, a cierta distancia, varios soldados la señalaban.

«No eres mejor que Vasher —le recriminó *Sangre Nocturna*—. ¡No sabéis ser sibilinos! Yesteel se sentiría muy decepcionado con vosotros».

Vivenna maldijo, despertó de nuevo el tapiz e hizo que la bajara al patio. Recuperó su aliento, y luego echó a correr en dirección a los jardines. Había poca gente, pero eso solo la hacía destacar aún más.

«El palacio —dijo la espada—. Ve allí».

Allí era adonde iba a ir. Sin embargo, cuanto más tiempo empuñaba la espada, más comprendía que decía lo que se le ocurría a su mente de

acero, fueran o no relevantes sus comentarios. Era como un niño, que habla o hace preguntas sin inhibición.

La fachada del palacio estaba bien protegida por un grupo de hombres de paisano.

«Él está ahí dentro —dijo *Sangre Nocturna*—. Puedo sentirlo. Segunda planta. Donde estuvimos antes».

Vivenna vio en su mente una imagen de la sala. Frunció el ceño. «Muy útil —pensó—, para ser un arma maligna de destrucción».

«Yo no soy maligna —respondió *Sangre Nocturna*, no con tono defensivo, sino simplemente informativo. Como recordándole algo que ella hubiera olvidado—. Yo destruyo el mal. Creo que tal vez deberíamos destruir a esos hombres de ahí delante. Parecen malos. Deberías desenvainarme».

Por algún motivo, ella dudó que eso fuera una buena idea.

«Vamos», la instó la espada.

Los soldados la señalaban. Vivenna miró hacia atrás, y vio a más soldados cruzando el césped a la carrera. «Austre, perdóname», pensó. Entonces, rechinando los dientes, lanzó a *Sangre Nocturna*, con manta y todo hacia los guardias delante del edificio.

Ellos se detuvieron. Como un solo hombre, miraron la espada que salía de la manta, la vaina plateada brillando sobre la hierba.

«Bueno, supongo que esto también funciona», comentó *Sangre Nocturna*, la voz ahora lejana.

Uno de los soldados la recogió. Vivenna pasó corriendo de largo, ignorando a los soldados, que empezaron a pelearse, hechizados por el arma.

«No puedo ir por ahí», pensó, mirando la entrada principal, pues no quería arriesgarse a abrirse paso entre hombres enzarzados en combate. Así que corrió hacia un lado del enorme palacio. Los niveles inferiores estaban hechos de bloques de piedra negra, como escalones, que daban al palacio su aspecto piramidal. Encima de estos se alzaba una fortaleza más tradicional, con muros altos. Había ventanas, pero casi inalcanzables.

Agitó los dedos, haciendo que las borlas de sus mangas se abrieran y se cerraran. Entonces dio un salto, sus calzas despertadas impulsándola unos metros de más. Extendió los brazos e hizo que las borlas se agarraran al filo de uno de los grandes bloques negros. Las borlas

aguantaron, asiendo la piedra con dedos de un palmo de largo. Con dificultad, Vivenna se aupó sobre el bloque.

Los hombres gritaban y gemían debajo, y les dirigió una mirada. El guardia que había cogido a *Sangre Nocturna* luchaba contra los otros, envuelto en un pequeño reguero de humo negro. El hombre retrocedió hasta entrar en el palacio, seguido por los demás.

«Tanto peor para ellos», dijo *Sangre Nocturna*.

Vivenna se dio media vuelta, sintiéndose levemente culpable por entregar la espada a aquellos hombres. Saltó y se aupó al siguiente bloque, continuando su camino mientras llegaban los soldados que la habían visto desde las murallas. Llevaban los colores de la guardia de la ciudad y, aunque un par de ellos se enzarzaron en la lucha de *Sangre Nocturna*, la mayoría la ignoraron.

Vivenna continuó subiendo.

«A la derecha —indicó *Sangre Nocturna* desde lejos—. Esa ventana de la segunda planta. Dos más allá. Él está ahí dentro...».

Mientras la voz se apagaba, Vivenna miró la ventana indicada. Todavía le quedaban varios bloques por escalar, y luego llegar de algún modo a una ventana que estaba un piso por encima de una pared cortada a pico. Había algunos elementos decorativos que podrían servirle de asidero, pero la mareaba solo pensar en tener que escalarlos.

Una flecha rebotó en la piedra junto a ella, haciéndole dar un respingo. Abajo había varios guardias con arcos.

«¡Colores!», pensó, aupándose al siguiente bloque. Oyó silbar algo tras ella y se encogió, sintiéndose como si hubiera sido alcanzada, pero no sucedió nada. Se aupó sobre el bloque y se dio la vuelta.

Apenas pudo ver un extremo de su capa, que sostenía una flecha. Dio un respingo, agradecida de haberla despertado. La capa soltó la flecha y volvió a la normalidad.

«Qué útil», pensó ella, escalando el último bloque. Llegó a lo alto con los brazos doloridos. Por fortuna, sus dedos despertados aún la agarraban tan bien como siempre. Inspiró profundamente y empezó a escalar la pared de la negra fortaleza, utilizando los adornos como asideros.

Y decidió, por su propia cordura, que sería mejor no mirar hacia abajo.

Sondeluz miraba al frente. Demasiada información. Demasiadas cosas sucediendo. El asesinato de Encendedora, luego la revelación de Llarimar, la traición de los sacerdotes del rey-dios, todo en tan rápida sucesión.

Estaba sentado en su celda, abrazándose, las túnicas rojas y doradas sucias por haberse arrastrado por el túnel. Le dolía el muslo por la herida de la espada, aunque la herida no era mala y apenas sangraba ya. Ignoró el dolor. Era insignificante comparado con el otro dolor, el interior.

Los sacerdotes hablaban en voz baja al otro lado de la sala. Extrañamente, al mirarlos, algo le llamó la atención. Dejó que su mente se entretuviera con la comprensión, y finalmente captó lo que le molestaba de ellos. Tenía que ver con el color: no el color de sus ropajes, sino el de sus rostros. Era ligeramente desviado. En un solo hombre, esa desviación habría sido fácil de ignorar. Pero en todos juntos marcaba una pauta.

Ninguna persona normal se habría dado cuenta. Para un hombre con sus sentidos ampliados, resultó obvio una vez supo qué buscar.

Esos hombres no eran de Hallandren.

«Cualquiera puede ponerse una túnica —advirtió—, pero eso no significa que sea sacerdote». De hecho, a juzgar por los rostros, esos hombres debían de ser de Pahn Kahl.

Y entonces todo tuvo sentido para él: los habían engañado.

—Dedos Azules —exigió Siri—. Háblame. ¿Qué vais a hacer con nosotros?

El laberinto del palacio del rey-dios era complejo, y a veces le resultaba difícil incluso a ella orientarse. Habían bajado por una escalera, pero ahora subían por otra distinta.

El escriba no respondió. Caminaba con su nerviosismo acostumbrado, retorciéndose las manos. El combate en los pasillos parecía haber menguado. De hecho, cuando dejaron la escalera, el nuevo pasillo parecía terriblemente silencioso.

Siri caminaba con la nerviosa mano de Susebron alrededor de su cintura. No sabía qué estaba pensando él: no habían podido detenerse lo suficiente para que escribiera nada. Le dirigió una sonrisa de ánimo, pero ella sabía que todo tenía que resultarle tan aterrador como a ella. Probablemente aún más.

—No puedes hacer esto, Dedos Azules —dijo, dirigiéndose al pequeño hombre calvo.

—Es el único modo de ser libres —replicó Dedos Azules, sin volverse.

—¡Pero no podéis! ¡Los idrianos son inocentes!

Él sacudió la cabeza.

—¿A cuántos de mi pueblo sacrificarías si eso significara la libertad del tuyo?

—¡A ninguno!

—Me gustaría verte decir eso si nuestras posiciones estuvieran cambiadas —repuso él, siempre sin mirarla a los ojos—. Yo... lamento tu dolor. Pero tu pueblo no es inocente. Son igual que los hallandrenses. En la Multiguerra nos arrollasteis, nos convertisteis en vuestros obreros y esclavos. Solo al final, cuando la familia real huyó, se separaron Idris y Hallandren.

—Por favor —rogó Siri.

De pronto, Susebron le dio un puñetazo a un sinvida.

El rey-dios rugió, debatiéndose mientras daba una patada a otro. Entonces aparecieron docenas. Él la miró, agitando una mano, indicándole que huyera. Siri no pretendía dejarlo. En cambio, trató de agarrar a Dedos Azules, pero un sinvida fue demasiado rápido. La cogió del brazo, sujetándola con firmeza. Un par de hombres ataviados con las túnicas del clero de Susebron salieron de una escalera ante ellos, portando faroles. Siri, al mirar con atención, reconoció que eran gente de Pahn Kahl. Eran más bajos y el color de su piel era ligeramente desvaído.

«He sido una idiota», se dijo.

Dedos Azules había jugado muy bien sus cartas. Había abierto una brecha entre los sacerdotes y ella desde el principio. La mayoría de sus temores y preocupaciones se las había inculcado él, y todo había quedado reforzado por la arrogancia de los sacerdotes. Todo formaba parte del plan del escriba para usarla algún día para conseguir la libertad de su pueblo.

—Tenemos la frase de seguridad de Sondeluz —le comunicó a Dedos Azules uno de los recién llegados—. Lo hemos comprobado y funciona. La hemos cambiado por una nueva. El resto de los sinvidas son nuestros.

Siri se volvió. Los sinvidas habían derribado a Susebron, que gritaba, aunque solo conseguía emitir gemidos. Ella se debatió, intentando zafarse del sinvida que la sujetaba y ayudarlo. Rompió a llorar.

Dedos Azules asintió a sus cómplices. Parecía fatigado.

—Muy bien. Dad la orden. Que los sinvidas marchen sobre Idris.



—Así se hará —dijo el hombre, colocando una mano sobre el hombro del escriba.

Este asintió, con aspecto meditabundo, mientras los otros se marchaban.

—¿Por qué estás tan triste ahora? —espetó Siri.

Dedos Azules se volvió hacia ella.

—Mis amigos son ahora los únicos que conocen las frases de mando del ejército de sinvidas de Hallandren. Cuando esos sinvidas marchen hacia Idris, con órdenes de destruir todo lo que encuentren, mis amigos se matarán con veneno. No habrá nadie que pueda detener a esas criaturas.

«Austre... —pensó Siri, aturdida—. Dios de los Colores...».

—Llevad al rey-dios abajo —ordenó Dedos Azules, señalando a varios sinvida—. Retenedlo hasta que sea la hora.

Mientras empujaban a Susebron hacia la escalera, un escriba de Pahn Kahl se unió a ellos, vestido con los hábitos falsos de sacerdote. Siri intentó alcanzarlo. Susebron continuaba debatiéndose, pero los sinvidas eran demasiado fuertes. Ella oyó sus gritos inarticulados resonar por la escalera.

—¿Qué vais a hacer con él? —preguntó, las lágrimas resbalando por sus mejillas.

Dedos Azules sonrió, pero una vez más no quiso mirarla a los ojos.

—Habrá muchos en el gobierno de Hallandren que considerarán el ataque de los sinvidas un error político, y pueden intentar detener la guerra. A menos que Hallandren se comprometa con esta lucha, nuestro sacrificio será inútil.

—No comprendo.

—Cogeremos los cuerpos de Sondeluz y Encendedora, los dos dioses que tienen las frases de mando, y los dejaremos en los barracones de los sinvidas, rodeados de idrianos muertos que cogimos de la ciudad. Entonces dejaremos el cadáver del rey-dios para que lo encuentren en las mazmorras del palacio. Los que investiguen supondrán que asesinos idrianos lo mataron: hemos contratado a suficientes mercenarios en los suburbios idrianos para que no resulte difícil de creer. Mis escribas que sobrevivan a esta noche confirmarán la historia.

Siri parpadeó, disipando las lágrimas. «Todo el mundo creará que Encendedora y Sondeluz enviaron los ejércitos en venganza por la muerte del rey-dios. Y con el rey muerto, el pueblo se sentirá furioso».

—Ojalá no te hubieras implicado en todo esto —dijo Dedos Azules, indicando a sus captores sinvida que avanzaran—. Habría sido más fácil para ti si no te hubieras quedado embarazada.

—¡No lo estoy! —exclamó ella.

—La gente cree que lo estás —dijo Dedos Azules con un suspiro mientras se dirigían a la escalera—. Y eso es suficiente. Tenemos que derribar este gobierno e irritar lo suficiente a los idrianos para que quieran destruir a los hallandrenses. Creo que tu pueblo saldrá mejor de esta guerra de lo que dice todo el mundo, sobre todo si los sinvidas marchan sin liderazgo. Tu pueblo los emboscará, asegurándose de que no sea una guerra fácil para ningún bando.

La miró.

—Pero para que esta guerra salga bien, los idrianos tienen que *querer* luchar. De lo contrario, huirán y desaparecerán en las montañas. Ambos bandos tienen que odiarse mutuamente, arrastrar a la batalla a tantos aliados como sea posible, para que todo el mundo esté demasiado distraído...

«¿Y qué mejor forma de lograr que Idris esté dispuesta a luchar que matarme? —pensó Siri con horror—. Ambos bandos verán la muerte de mi supuesto hijo como un acto de guerra. Esto no será simplemente una lucha por el dominio. Será una guerra de odio total. La lucha podría durar décadas... Y nadie se dará cuenta de que nuestro verdadero enemigo, el que lo empezó todo, es la pacífica y tranquila provincia situada al sur de Hallandren».

Vivenna colgaba ante la ventana, respirando entrecortadamente, sudando a mares. Se había asomado al interior. Denth estaba allí dentro, igual que Tonk Fah. Vasher pendía de un gancho en el techo. Estaba cubierto de sangre y no tenía ningún aliento, pero parecía estar vivo.

«¿Puedo detener a Denth y a Tonk Fah?», pensó. Tenía cansados los brazos. En el bolsillo llevaba un par de cuerdas que podía despertar. ¿Y si las arrojaba y fallaba? Había visto pelear a Denth. Era muy rápido. Tendría que sorprenderlo. Y si fallaba, moriría.

«¿Qué estoy haciendo? —pensó—. ¿Colgada de una pared y casi a punto de desafiar a dos mercenarios profesionales?».

Su pasado reciente le daba fuerzas para aplacar su miedo. Podían matarla, pero al menos sería un final rápido. Había sobrevivido a traiciones, la muerte de un querido amigo, y una época enloquecida por la enfermedad, el hambre y el terror de vivir en las calles. Había sido aplastada, obligada a admitir que había traicionado a su pueblo. No había mucho más que pudieran hacerle ya.

Por algún motivo, esos pensamientos le dieron fuerza. Sorprendida por su propia determinación, recuperó el aliento de su capa y sus calzas. Despertó un par de cuerdas, diciéndoles que agarraran cuando las lanzara. Elevó una silenciosa plegaria a Austre, y luego entró en la habitación atravesando la ventana.

Vasher gemía. Tonk Fah dormitaba en un rincón. Denth, empuñando un cuchillo ensangrentado, alzó la cabeza mientras ella aterrizaba. La expresión de sorpresa total de su rostro valió, en sí misma, casi por todo lo que ella había pasado. Le arrojó la cuerda y lanzó la otra a Tonk Fah.

Denth reaccionó cortando la cuerda en el aire con su daga. Los trozos se retorcieron y agitaron, pero no eran lo bastante largos para agarrar nada. El que Vivenna le lanzó a Tonk Fah, sin embargo, lo alcanzó. El grueso mercenario soltó un grito, despertando cuando la cuerda se enroscó en su cara y su cuello.

Vivenna se detuvo ante el cuerpo bamboleante de Vasher. Denth había desenvainado su espada en un gesto sumamente rápido. Ella tragó saliva y desenvainó su propia espada, sujetándola como Vasher le había enseñado. Denth se detuvo brevemente, sorprendido.

Eso fue suficiente. Blandió la espada, pero no hacia Denth, sino hacia la cuerda que sujetaba a Vasher al techo. Vasher cayó con un gruñido, y Denth atacó, clavándole la punta de la espada en el hombro.

Vivenna cayó, jadeando de dolor.

Denth dio un paso atrás.

—Bien, princesa —dijo—. No te esperaba por aquí.

Tonk Fah jadeaba, con la cuerda al cuello, ahogado. Se debatía para liberarse con poco éxito.

En otro momento, el dolor en el hombro habría sido debilitador. Pero después de las tundas recibidas en la calle, le resultaba casi familiar. Miró a Denth a los ojos.

—¿Se supone que esto es un intento de rescate? —preguntó él—. Porque, sinceramente, no me impresiona demasiado.

Tonk Fah tropezó con su taburete al debatirse. Denth lo miró y luego a Vivenna. Hubo un momento de silencio, a excepción de los movimientos cada vez más débiles de Tonk Fah. Finalmente, Denth maldijo y saltó para cortar la cuerda del cuello de su amigo.

—¿Estás bien? —le preguntó Vasher a Vivenna. A ella le sorprendió lo compuesta que sonó su voz, a pesar de su cuerpo ensangrentado.

Asintió.

—Van a enviar a los sinvidas contra tu patria —dijo él—. Hemos estado equivocados todo el tiempo. No sé quién está detrás de esto, pero creo que están ganando la lucha por el palacio.

Denth cortó por fin la cuerda.

—Tienes que escapar —dijo Vasher, librándose de sus ataduras—. Vuelve con tu pueblo, diles que no combatan a los sinvidas. Tienen que huir a través de los pasos del norte, esconderse en las montañas. No luchéis ni atraigáis otros reinos a la guerra.

Vivenna miró a Denth, que abofeteaba a Tonk Fah para que recuperara la conciencia. Entonces cerró los ojos.

—Tu aliento al mío —dijo, recuperando el aliento de las borlas de sus manos, añadiéndolo a la gran cantidad que aún tenía de antes. Extendió la mano y tocó a Vasher.

—Vivenna...

—Mi vida a la tuya —dijo ella—. Mi aliento es tuyo.

Su mundo se volvió oscuro. A su lado, Vasher jadeó, y empezó a convulsionarse al recibir el aliento. Denth se incorporó rápidamente.

—Adelante, Vasher —susurró Vivenna—. Lo harás mucho mejor que yo.

—Mujer testaruda —dijo él mientras superaba las convulsiones. Extendió la mano, como para devolverle el aliento, pero reparó en Denth.

El mercenario sonrió, alzando su espada. Vivenna se llevó una mano al hombro para detener la hemorragia, y empezó a dirigirse hacia la ventana, aunque, sin aliento, no estaba segura de qué pretendía hacer allí.

Vasher se incorporó, cogiendo la espada de Vivenna. Solo llevaba los calzones ensangrentados, pero su pose era firme. Envolvió en torno a su cintura la cuerda de la que había estado colgando, formando su característico cinturón.

«¿Cómo lo hace? —se preguntó ella—. ¿De dónde saca las fuerzas?».

—Tendría que haberte hecho más daño —dijo Denth—. Me tomé mi tiempo. Lo saboreé demasiado.

Vasher bufó, atándose el cinturón. Denth parecía esperar, previendo algo.

—Siempre me ha parecido gracioso que sangremos como los hombres corrientes —dijo Denth—. Es posible que seamos más fuertes y vivamos mucho más tiempo, pero morimos igual.

—Quizá no —respondió Vasher, alzando la espada de Vivenna—. Otros hombres mueren con más honor que nosotros, Denth.

Este sonrió. Vivenna pudo ver la emoción en sus ojos. «Siempre dijo que era imposible que Vasher pudiera haber derrotado a su amigo Arsteel en duelo —pensó—. Quiere luchar contra Vasher. Quiere demostrarse a sí mismo que Vasher no es tan bueno como él».

Las espadas entraron en acción. Y tras un rápido intercambio, Vivenna lo vio claro: Denth era claramente superior. Tal vez se debía a las heridas de Vasher. Tal vez era la creciente ira que veía en los ojos de Vasher lo que lastraba su habilidad para conservar la calma y concentración durante el combate. Tal vez era que, en realidad, no era tan bueno como Denth. Como fuese, mientras observaba, Vivenna comprendió que Vasher iba a perder.

«¡No he hecho todo esto para que murieses!», pensó, poniéndose en pie para intentar ayudar.

Una mano cayó sobre su hombro, empujándola hacia el suelo.

—Quietecita —dijo Tonk Fah, alzándose sobre ella—. Buen truco con la cuerda, por cierto. Muy astuto. Yo conozco también unos cuantos truquitos con cuerdas. ¿Sabías, por ejemplo, que puede usarse una cuerda para quemar la carne de una persona? —Sonrió, luego se inclinó—. Humor mercenario, ya ves.

La capa resbaló ligeramente sobre su hombro, cayendo contra la mejilla de Vivenna.

«No puede ser —pensó ella—. Escapé de él. Traté de despertar su capa, pero usé una mala orden. ¿Puede ser tan estúpido de seguir llevándola?».

Sonrió, mirando por encima del hombro. Vasher había retrocedido hacia la ventana y sudaba copiosamente, las gotas ensangrentadas regando el suelo. Denth lo obligó a retroceder de nuevo, y Vasher se subió a la mesa contra la pared del fondo, buscando terreno elevado.

Vivenna miró a Tonk Fah, cuya capa seguía rozándole la mejilla.

—Tu aliento al mío —dijo.

Sintió un súbito y agradable estallido de aliento.

—¿Eh? —dijo Tonk Fah.

—Nada —respondió ella—. Solo... ¡ataca y agarra a Denth!

Dada la orden, hecha la visualización, la capa empezó a temblar. La camisa de Tonk Fah perdió el color y el hombretón abrió sorprendido los ojos. La capa de pronto saltó al aire, empujando a Tonk Fah a un lado y haciéndole apartarse de ella.

«Por eso yo soy princesa y tú eres solo un mercenario», pensó Vivenna con satisfacción.

Tonk Fah gritó. Denth se volvió para ver qué pasaba, pero el grandullón y descoordinado Pahn Kahl chocó contra él, la capa agitándose.

Denth cayó hacia atrás, alcanzando a Vasher por sorpresa mientras chocaban. Tonk Fah gruñó. Denth maldijo.

Y Vasher salió de espaldas por la ventana.

Vivenna parpadeó sorprendida. No era exactamente eso lo que pretendía. Denth cortó la capa, empujando a un lado a Tonk Fah.

Todo quedó en silencio durante un momento.

—¡Ve por nuestro escuadrón de sinvidas! —exclamó Denth—. ¡Ahora!

—¿Crees que vivirá? —preguntó Tonk Fah.

—Acaba de caer por la ventana de un segundo piso hacia una muerte segura. ¡Pues claro que vivirá! ¡Envía al escuadrón a las puertas principales para detenerlo!

Denth miró a Vivenna.

—Princesa, eres más problemática de lo que vales.

—Eso le ha dado por decir a la gente —contestó ella con un suspiro, llevándose la mano ensangrentada al hombro, demasiado agotada para sentir el miedo que probablemente debería sentir.

Vasher caía hacia los bloques de piedra de abajo. Vio cómo se alejaba de la ventana. «Casi —pensó con frustración—. ¡Estaba a punto de derrotarlo!».

El viento silbaba. Gritó frustrado, soltando la cuerda de su cintura, el aliento de Vivenna una fuerza viva en su interior.

—Agarra —ordenó, lanzando la cuerda y extrayendo color de sus calzones manchados de sangre.

Se volvieron grises, y la cuerda se envolvió en un saliente de piedra en la pared del palacio. Se tensó y él corrió de lado por los bloques de ébano, refrenando la caída.

—¡Tu aliento a mí! —gritó mientras el impulso se reducía. La cuerda se soltó cuando aterrizó en el primer bloque—. ¡Conviértete en mi pierna y dale fuerza! —ordenó, extrayendo color de la sangre de su pecho.

La cuerda se retorció, envolviéndose en su pierna y su pie mientras brincaba. Vasher aterrizó en el siguiente bloque, un pie encogido. Con la cuerda enrollada, sus extraños e inhumanos músculos soportaron el grueso del golpe.

Cuatro saltos y llegó al suelo. Un grupo de soldados deambulaba entre algunos cadáveres en la puerta principal, con aspecto confuso. Vasher corrió hacia ellos, sangre transparente e incolora cayó de su piel cuando recuperó el aliento de la cuerda.

Recogió la espada de un soldado caído. Los hombres ante las puertas se dieron la vuelta y prepararon sus armas. Vasher no tenía tiempo, ni paciencia, para amabilidades. Golpeó, abatiendo a los hombres con rápida eficacia. No era tan bueno como Denth, pero había practicado durante mucho mucho tiempo.

Por desgracia, había muchos hombres. Tal vez demasiados para pelear. Vasher maldijo, girando entre ellos, y abatió a otro. Se agachó, golpeó con la mano la cintura de un soldado caído, tocando la camisa y los pantalones, y enroscando el dedo en la ropa interior de colores.

—Lucha por mí, como si fueras yo —ordenó, volviendo gris la ropa interior del hombre.

Se volvió, bloqueando un mandoble. Otro llegó por el lado, y otro más. No podía bloquearlos todos.

Una espada destelló en el aire, deteniendo un arma que habría alcanzado a Vasher. La camisa y los pantalones del muerto, después de haberse soltado, empuñaban una hoja. Golpearon, como controlados por una persona invisible dentro, bloqueando y atacando con habilidad. Vasher se colocó espalda contra espalda con el ente despertado. Cuando tuvo oportunidad, hizo otro, apurando su aliento restante.

Lucharon como trío, Vasher y sus dos grupos de ropas despertadas. Los guardias maldijeron. Vasher los estudió, planeando un ataque. En ese momento, una tropa compuesta por unos cincuenta sinvidas apareció en la esquina y cargó directamente hacia él.

—¡Colores! —maldijo Vasher. Rugió de ira, golpeó y abatió a otro soldado—. ¡Colores, Colores, Colores!

«No deberías maldecir —dijo una voz en su cabeza—. Shashara me dijo que estaba mal».

Vasher se volvió. Una fina línea de humo negro surgía por debajo de las puertas cerradas del palacio.

«¿No vas a darme las gracias? —preguntó *Sangre Nocturna*—. He venido a salvarte».

Uno de los entes de ropa cayó, la pernera cortada por el astuto golpe de un soldado. Vasher retrocedió, recuperando el aliento del segundo grupo de prendas, y luego pisó con el pie descalzo la ropa caída, recuperando el aliento de ella también. Los soldados retrocedieron, cautelosos, más que contentos de dejar que los sinvidas se encargaran de él.

Y en ese momento de indecisión, Vasher corrió hacia las puertas del palacio. Cargó con el hombro, las abrió y resbaló en la entrada.



Numerosos hombres yacían muertos en el suelo. *Sangre Nocturna* asomaba del pecho de uno de ellos, la empuñadura apuntando al cielo. Vasher vaciló brevemente. Podía oír a los sinvidas corriendo tras él.

Avanzó y agarró la empuñadura de *Sangre Nocturna* para liberar la espada, dejando la vaina clavada en el cuerpo.

La hoja chorreó líquido negro al blandirla. El líquido se disolvió poco antes de tocar paredes o suelo, como agua en un horno.

El humo se retorció, parte brotando de la hoja, parte cayendo al suelo, goteando como sangre negra.

«¡Destruye! —resonó la voz de *Sangre Nocturna* en su cabeza—. ¡El mal debe ser destruido!».

El dolor corrió por el brazo de Vasher, quien sintió que su aliento era absorbido por la hoja y daba fuerza a su ansia. Desenvainar el arma tenía un coste terrible. En ese momento, ni siquiera le importaba. Se volvió hacia los sinvidas y, enfurecido, atacó.

Cada criatura a la que golpeaba con la hoja destellaba y se convertía en humo. Un solo arañazo y los cuerpos se disolvían como papel consumido por un fuego invisible, dejando atrás solo una mancha oscura en el aire. Vasher giraba entre ellos, golpeando con furia, matando un sinvida tras otro. El humo negro se arremolinaba a su alrededor, y el brazo se retorcía de dolor mientras tentáculos como venas subían desde la empuñadura hasta su antebrazo, como negras arterias que se marcaran en su piel, alimentándose de su aliento.

En cuestión de minutos, el aliento que Vivenna le había dado quedó reducido a la mitad. Sin embargo, en esos momentos, destruyó a los cincuenta sinvidas. Los soldados de fuera titubearon, observando la escena. Vasher se irguió entre densos penachos de humo del color del ébano que se elevaban con languidez por los aires, todo cuanto quedaba de las cincuenta criaturas que acababa de aniquilar.

Los soldados huyeron.

Vasher gritó, cargando hacia un lado de la habitación. Clavó a *Sangre Nocturna* en la pared. La piedra se disolvió tan fácilmente como la carne, evaporándose ante él. Vasher atravesó el humo negro que se disipaba y entró en la siguiente habitación. No se molestó con las escaleras. Simplemente saltó a una mesa y clavó la espada en el techo.

Un círculo de tres metros se abrió. Humo oscuro, como bruma, cayó a su alrededor como vetas de pintura. Despertó de nuevo su cuerda y la lanzó hacia arriba, usándola para auparse al siguiente piso. Un momento después, repitió la operación para subir a la segunda planta.

Se dio media vuelta, atravesando paredes, gritando mientras corría al encuentro de Denth. El dolor en su brazo era agudísimo, y su aliento se consumía a un ritmo alarmante. Cuando se agotara, *Sangre Nocturna* lo mataría.

Todo se volvía borroso. Atravesó una última pared y encontró la sala donde lo habían torturado.

Estaba vacía.

Gritó, el brazo temblando.

«Destruye el mal...», dijo *Sangre Nocturna* en su mente, toda alegría, toda familiaridad desaparecida de su tono. Resonaba como una orden. Un ser horrible e inhumano. Cuanto más empuñaba Vasher la espada, más rápido apuraba su aliento.

Jadeando, arrojó la espada a un lado y cayó de rodillas. La espada se deslizó por el suelo, abriendo una brecha que se disolvió en humo, pero chocó contra una pared y se detuvo. De la hoja brotaba humo.

Vasher se arrodilló, el brazo retorciéndose. Las venas negras de su piel se evaporaron lentamente. Apenas le quedaba aliento para alcanzar la Primera Elevación. Unos segundos más, y *Sangre Nocturna* habría absorbido el resto. Sacudió la cabeza, tratando de despejar su visión.

Algo cayó al suelo ante él. Una espada de duelos. Vasher alzó la cabeza.

—Levántate —dijo Denth, mirándolo con odio—. Vamos a terminar lo que empezamos.

Dedos Azules condujo a Siri, sujeta por varios sinvida, a la tercera planta del palacio. La última planta. Entraron en una sala lujosamente decorada con ricos colores, incluso para Hallandren. Los guardias sinvida que allí había los dejaron pasar, inclinando la cabeza ante Dedos Azules.

«Todos los sinvidas de la ciudad están controlados por Dedos Azules y sus escribas —pensó Siri—. Y antes los escribas tenían gran poder sobre la burocracia y el funcionamiento del reino. ¿No se dieron cuenta los hallandrenses de que se estaban condenando al relegar a la gente de Pahn Kahl a puestos tan inferiores y, sin embargo, tan importantes?».

—Mi pueblo no caerá en esta trampa —dijo Siri mientras la empujaban hacia la habitación—. No lucharán contra Hallandren. Se retirarán por los pasos. Se refugiarán en los valles de montaña o en uno de los reinos exteriores.

En la habitación había un negro bloque de piedra en forma de altar. Siri frunció el ceño. Un grupo de sinvidas entró en la sala, llevando los cadáveres de varios sacerdotes. Vio el cuerpo de Treledees entre ellos.

«¿Qué significa esto?», pensó.

Dedos Azules se volvió hacia ella.

—Nos aseguraremos de que estén furiosos —dijo—. Confía en mí. Cuando esto acabe, princesa, Idris luchará hasta que Hallandren o ella misma quede destruida.

Arrojaron a alguien a la celda situada junto a la de Sondeluz. Con ojos cansados, despreocupado, echó un vistazo. Otro retornado. ¿A cuál de los dioses habían hecho cautivo ahora?

«El rey-dios —pensó—. Interesante».

Inclinó de nuevo la cabeza. ¿Qué importaba? Le había fallado a Encendedora. Les había fallado a todos. Los ejércitos sinvida probablemente marchaban ya hacia Idris. Hallandren e Idris lucharían y los de Pahn Kahl tendrían su venganza. Había tardado trescientos años en producirse.

Vasher se levantó con dificultad. Empuñó con mano débil la espada de duelos, mirando a Denth, todavía aturdido por haber usado a *Sangre Nocturna*.

El pasillo negro vacío estaba ahora abierto alrededor de ellos. Vasher había destruido varias paredes. Era sorprendente que el techo no hubiera caído.

El suelo estaba cubierto de cadáveres, resultado de las luchas cuando los hombres de Denth tomaron el palacio.

—Te dejaré morir fácilmente —dijo Denth, alzando su espada—. Solo dime la verdad. Nunca venciste a Arsteel en duelo, ¿verdad?

Vasher levantó también su espada. Los cortes, el dolor en el brazo, el agotamiento por llevar despierto tanto tiempo... todo le estaba pasando factura. La adrenalina solo podía llevarlo hasta un punto, y ni siquiera su cuerpo podía soportar tanto. No respondió.

—Como quieras —dijo Denth, y atacó.

Vasher retrocedió, obligado a defenderse. Denth siempre había sido mejor espadachín. Vasher era mejor investigando, pero ¿de qué le había servido? Descubrimientos que habían causado la Multiguerra, un ejército de monstruos que había matado a mucha gente.

Luchó. Luchó bien, lo sabía, considerando lo cansado que estaba. Pero sirvió de poco. Denth le atravesó el hombro izquierdo: su lugar favorito para la primera estocada. Eso hacía que su oponente siguiera luchando, herido, y le procuraba diversión.

—Nunca derrotaste a Arsteel —susurró malévolamente.

—Vais a matarme en el altar —dijo Siri, en medio de aquella extraña sala, retenida por los sinvidas. A su alrededor, otros sinvidas colocaban cadáveres en el suelo. Sacerdotes—. No tiene sentido, Dedos Azules. No sigues su religión. ¿Por qué haces esto?

El escriba se hallaba a un lado, empuñando un cuchillo. Ella vio la vergüenza en sus ojos.

—Dedos Azules —dijo, obligando a su voz a permanecer serena, a su pelo a seguir negro—. Dedos Azules, no tienes que hacer esto.

Él finalmente la miró.

—Después de lo que ya he hecho, ¿crees que una muerte más significa algo para mí?

—Después de todo lo que has hecho, ¿crees de verdad que una muerte más importará para tu causa?

Él miró el altar.

—Sí —respondió—. Sabes cómo murmuran los idrianos acerca de las cosas que suceden en la Corte de los Dioses. Tu pueblo odia y recela de los sacerdotes de Hallandren: hablan de asesinatos cometidos en oscuros altares en los recovecos de los palacios. Bien, vamos a dejar que un grupo de esos mercenarios idrianos vea esto, cuando hayas muerto. Les mostraremos que llegamos demasiado tarde para salvarte, que los retorcidos sacerdotes ya te habían matado en uno de sus profanos altares. Les enseñaremos a los sacerdotes que matamos intentando salvarte.

»Los idrianos de la ciudad se rebelarán. Están a punto de hacerlo de todas formas: tenemos que darte las gracias por eso. La ciudad se hundirá en el caos, y habrá una matanza como no se ha visto desde la Multiguerra cuando los hallandrenses maten a los campesinos idrianos para mantener el orden. Los idrianos supervivientes regresarán a su tierra para contar la historia. Harán saber a todos que los hallandrenses solo querían a una princesa de sangre real para poder sacrificarla a su rey-dios. Es exagerado y estúpido pensar que los hallandrenses harían realmente una cosa así, pero a veces las historias más descabelladas son las que más se creen, y los idrianos aceptarán esta. Sabes que lo harán.

Era verdad. Siri había oído historias similares desde la infancia. Hallandren era un sitio remoto para su pueblo: amenazante, extraño. Se debatió, aún más preocupada.

Dedos Azules volvió a mirarla.

—Lo siento de verdad.

«No soy nada —pensó Sondeluz—. ¿Por qué no pude salvarla? ¿Por qué no pude protegerla?».

Lloraba de nuevo. Extrañamente, alguien más lo hacía. El hombre enjaulado cerca de él. El rey-dios. Susebron gemía de frustración, golpeando los barrotes de su jaula. Sin embargo, no hablaba ni insultaba a sus captores.

«¿Por qué será que no dice nada?», pensó Sondeluz.

Unos hombres se aproximaron a la celda del rey-dios. Hombres de Pahn Kahl, armados. Sus expresiones eran sombrías.

«Eres un dios», las palabras de Llarimar todavía lo desafiaban. El sumo sacerdote yacía en su propia jaula, a la izquierda de Sondeluz, los ojos cerrados contra los terrores que los rodeaban.

«Eres un dios. Para mí, al menos».

Sondeluz sacudió la cabeza. «No. ¡No soy nada! No soy un dios. Ni siquiera soy un buen hombre».

«Lo eres para mí...».

El agua salpicó contra él. Sondeluz sacudió la cabeza, aturdido. Sonaron truenos lejanos en su mente. Nadie más pareció darse cuenta.

Oscurecía.

«¿Qué pasa?».

Estaba en un barco que cabeceaba en un mar oscuro. Sondeluz se encontraba en cubierta, tratando de mantener el equilibrio en las resbaladizas tablas. Una parte de él sabía que se trataba solamente de una alucinación, que seguía en aquella jaula, pero todo parecía real. Muy real.

Las olas rugían, el cielo negro era desgarrado por los relámpagos, y el movimiento del barco hizo que chocara de bruces contra el tabique del camarote del capitán. La luz de un farol montado en una viga fluctuaba incierta. Parecía extremadamente débil comparada con los relámpagos, tan violentos y furiosos.

Sondeluz parpadeó. Su cara se apretujaba contra algo pintado en la madera. Una pantera roja, brillando a la luz del farol y la lluvia.

«El nombre del barco —recordó—. *La Pantera Roja* ».

No era Sondeluz. O lo era, pero se trataba de una versión más pequeña y regordeta de sí mismo. Un hombre acostumbrado a ser escriba. A trabajar largas horas contando monedas. Comprobando libros de cuentas.

Buscar dinero perdido. Eso era lo que había hecho. La gente lo contrataba para descubrir dónde los habían estafado o si un contrato no había sido pagado correctamente. Su trabajo era investigar en los libros, buscando quiebros aritméticos ocultos o confusos. Un detective. Pero no del tipo que había imaginado.

Las olas golpeaban el barco repetidamente. Llarimar, unos años más joven, gritó pidiendo ayuda desde la proa. Los marineros corrieron en su auxilio. El barco no le pertenecía a Llarimar, ni siquiera a Sondeluz. Lo habían contratado para una sencilla excursión de placer. Navegar era una afición de Llarimar.

La tormenta había llegado de repente. Sondeluz se puso en pie de un salto y apenas consiguió mantener el equilibrio mientras avanzaba, agarrado a la amura. Las olas azotaban la cubierta, y los marineros luchaban para impedir que el barco naufragara. Habían perdido las

velas y solo quedaban jirones. La madera crujía a su alrededor. El agua negra y oscura se revolvía en el océano a su derecha.

Llarimar le gritó a Sondeluz que asegurara los barriles. Sondeluz asintió, agarró una cuerda y ató un extremo a un pescante. Una ola golpeó y lo hizo resbalar. Estuvo a punto de caer por la borda.

Se detuvo, agarrando la cuerda, mirando las aterradoras profundidades del enloquecido mar. Se soltó y ató la cuerda con un amplio nudo. Era algo natural para él. Llarimar lo había llevado a muchos viajes.

Llarimar volvió a pedir ayuda. Y, de repente, una joven salió del camarote y corrió por la cubierta. Llevaba unas cuerdas con las que pretendía asistirlos.

—¡Tatara! —llamó una mujer desde el camarote. Había terror en su voz.

Sondeluz alzó la cabeza. Reconoció a la muchacha. Extendió el brazo, la cuerda envuelta en sus manos. Le gritó que volviera abajo, pero su voz se perdió entre los truenos.

Ella se volvió para mirarlo.

La siguiente ola la arrojó al océano.

Llarimar soltó un grito de desesperación. Sondeluz se quedó mirando, aturdido. La profunda negrura reclamaba a su sobrina. La envolvía. La engullía.

Un caos tan inmenso, tan horrible. El mar durante una tormenta nocturna. Se sintió inútil, el corazón acongojado mientras veía como la corriente arrastraba a la joven. Vio destellos de su pelo dorado en el agua. Una débil salpicadura de color pasando ante el costado del barco. Pronto desaparecería.

Los hombres maldijeron. Llarimar gritó. Una mujer lloraba. Sondeluz se quedó mirando las borboteantes profundidades, donde alternaban la espuma y la negrura. La terrible, terrible negrura.

Todavía tenía la cuerda en la mano.

Sin pensarlo, saltó por la borda y se lanzó a la oscuridad. El agua helada lo recibió, pero él salió a flote, debatiéndose y pataleando en medio de la tempestad. Apenas sabía nadar. Algo pasó junto a él.

Lo agarró. El pie de la muchacha. Envolvió la cuerda en su tobillo, consiguiendo de algún modo tensar el nudo a pesar del agua enfurecida. En cuanto lo hizo, la corriente lo arrastró. Lo hundió. Se volvió hacia arriba, hacia donde los relámpagos iluminaban la superficie. Esa luz se alejó mientras se hundía.

Hacia abajo. Hacia la negra oscuridad.

Reclamado por el vacío.

Parpadeó, las olas y los truenos se alejaban. Estaba sentado en su jaula. El vacío lo había tomado, pero algo lo había devuelto. Había retornado.

Porque había visto guerra y destrucción.

El rey-dios chillaba de temor. Sondeluz vio como los falsos sacerdotes agarraban a Susebron, y entonces pudo ver la boca del rey-dios. «No tiene lengua —advirtió—. Claro: para impedirle que emplee su biocroma. Ahora lo entiendo».

Se volvió hacia un lado. El cuerpo de Encendedora yacía ensangrentado. Lo había visto en una visión. En las vagas sombras de la memoria matutina había creído que en realidad se ruborizaba, pero ahora recordaba. Miró hacia el otro lado. Llarimar, los ojos cerrados como si durmiera... esa imagen también había aparecido en su sueño. Sondeluz advirtió que el sacerdote los había cerrado mientras lloraba.

El rey-dios en prisión. Sondeluz también había visto eso. Pero, por encima de todo, recordaba haber estado de pie al otro lado de una brillante y colorida ola de luz, contemplando el mundo desde el otro lado. Y haber visto como todo lo que amaba se disolvía en la destrucción de la guerra. Una guerra más grande que ninguna otra que el mundo hubiera visto, una guerra incluso más letal que la Multiguerra.

Recordó el otro lado. Y recordó una voz, tranquila y reconfortante, ofreciéndole una oportunidad.

Para retornar.

«Por los Colores... —pensó irguiéndose mientras los sacerdotes obligaban al rey-dios a arrodillarse—. Soy un dios».

Sondeluz avanzó, acercándose a los barrotes de su jaula. Vio dolor y lágrimas en el rostro del rey-dios y de algún modo las comprendió. Aquel hombre amaba a Siri. Sondeluz había visto lo mismo en los ojos de la reina. De algún modo, ella había acabado queriendo al hombre que la sojuzgaba.

—Eres mi rey —susurró—. Y señor de los dioses.

Los hombres de Pahn Kahl obligaron al rey-dios a tenderse boca abajo sobre las piedras. Uno de los sacerdotes alzó una espada. El rey-dios tendió una mano hacia Sondeluz.

«He visto el vacío —pensó él—. Y regresé».



Y entonces tendió su propia mano a través de los barrotes y agarró la del rey-dios. Un falso sacerdote alzó la cabeza, alarmado.

Sondeluz lo miró a los ojos, y entonces sonrió y contempló al rey-dios.

—Mi vida a la tuya —dijo Sondeluz—. Mi aliento es tuyo.

Denth descargó un mandoble e hirió a Vasher en la pierna.

Vasher se tambaleó y cayó sobre una rodilla. Denth volvió a golpear, y Vasher apenas consiguió repelerlo.

Denth retrocedió, sacudiendo la cabeza.

—Eres patético, Vasher. Ahí estás arrodillado, a punto de morir. Y todavía sigues pensando que eres mejor que el resto de nosotros. ¿Me juzgas por haberme convertido en mercenario? ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Apoderarme de reinos? ¿Gobernarlos e iniciar guerras, como hiciste tú?

Vasher agachó la cabeza. Denth rugió y se abalanzó blandiendo la espada. Vasher trató de defenderse, pero estaba demasiado débil. Denth apartó a un lado el arma de Vasher y le dio una patada en el estómago, lanzándolo contra la pared.

Vasher se desplomó, la espada perdida. Echó mano al cuchillo que un soldado caído tenía en el cinturón, pero Denth fue más rápido y le pisó la mano.

—¿Crees que debería volver a ser como antes? —le espetó—. ¿El hombre feliz y amistoso que todo el mundo amaba?

—Eras una buena persona —susurró Vasher.

—Ese hombre vio e hizo cosas terribles. Lo he intentado, Vasher. He intentado dar marcha atrás. Pero la oscuridad... está dentro. No puedo escapar de ella. Mi risa es falsa. No puedo olvidar.

—Puedo conseguir que lo hagas. Conozco las órdenes.

Denth se detuvo.

—Lo prometo. Te lo quitaré todo, si lo deseas.

Denth vaciló, el pie sobre el brazo de Vasher, la espada baja. Entonces, finalmente, negó con la cabeza.

—No. No me lo merezco. Ninguno de nosotros se lo merece. Adiós, Vasher.

Levantó la espada para golpear. Y Vasher alzó el brazo, tocándole la pierna.

—Mi vida a la tuya, mi aliento es tuyo.

Denth se detuvo y se tambaleó. Cincuenta alientos huyeron del pecho de Vasher e irrumpieron en el cuerpo de Denth. No eran bienvenidos, pero no pudo rechazarlos. Cincuenta alientos. No muchos.

Pero suficientes para hacer que se estremeciera de placer. Suficientes para hacerle perder el control solo por un segundo y caer de rodillas. Y, en ese segundo, Vasher se levantó, liberando la daga del cadáver que tenía al lado, y segó con ella la garganta de Denth.

El mercenario cayó hacia atrás, los ojos muy abiertos, el cuello sangrando. Se estremeció entre el placer de ganar nuevos alientos incluso mientras la vida lo abandonaba.

—Nadie se lo espera nunca —susurró Vasher—. El aliento vale una fortuna. Introducirlo en alguien y luego matarlo, es perder más riquezas de las que la mayoría de los hombres conocerán jamás. Nunca se lo esperan.

Denth se estremeció, sangrando, y perdió el control. Su pelo de pronto se volvió rojo oscuro, luego rubio, luego de un rojo furioso.

Finalmente, blanco de terror. Dejó de moverse, la vida se le escapaba, los alientos nuevos y viejos desvaneciéndose.

—Querías saber cómo maté a Arsteel —dijo Vasher, escupiendo sangre a un lado—. Ahora ya lo sabes.

Dedos Azules cogió un cuchillo.

—Lo menos que puedo hacer —decidió— es matarte yo mismo, en vez de que lo hagan los sinvidas. Prometo que seré muy rápido. Haremos que parezca un ritual pagano, y te ahorraremos la necesidad de morir de forma dolorosa.

Se volvió hacia los sinvidas que la retenían.

—Atadla al altar.

Siri se debatió contra las criaturas que la sujetaban, pero fue inútil.

Eran enormemente fuertes y ella tenía las manos atadas.

—¡Dedos Azules! —exclamó mirándolo a los ojos—. No moriré atada a una piedra como una doncella indefensa. Si me quieres muerta, ten la decencia de dejarme morir de pie.

Dedos Azules vaciló, pero la autoridad de aquella voz pareció hacerle sentirse avergonzado. Alzó una mano, deteniendo a los sinvidas que la arrastraban al altar.

—Muy bien —dijo—. Sujetadla con fuerza.

—¿Te das cuenta de la maravillosa oportunidad que desperdicias al matarme? —preguntó ella mientras él se aproximaba—. La esposa del rey-dios sería un rehén excelente. Eres tonto si me matas, y...

Él la ignoró esta vez. Empuñó el cuchillo y lo colocó contra su pecho, buscando el lugar donde clavarlo. Siri empezó a sentirse aturdida. Iba a morir. Iba a morir de verdad.

Y la guerra estallaría.

—Por favor —susurró.

Dedos Azules la miró, vaciló, luego apretó los dientes y echó atrás la daga.

El edificio empezó a temblar.

Dedos Azules miró alarmado a un lado, donde varios escribas sacudían la cabeza, confundidos.

—¿Un terremoto? —preguntó uno de ellos.

El suelo empezó a volverse blanco. El color se movió como una ola de luz al cruzar la tierra cuando el sol se eleva sobre las montañas. Las paredes, el techo, el suelo... toda la piedra negra se desvaneció. Los sacerdotes se apartaron, asustados. Uno de ellos saltó a una alfombra para no tocar las extrañas piedras blancas.

Dedos Azules miró a Siri, confuso. El suelo continuó temblando, pero él alzó la daga de todas formas, sujetándola con aquellos dedos que siempre estaban manchados de tinta. Y, extrañamente, ella vio que el blanco de sus ojos se difuminaba y liberaba un arco iris de colores.

Toda la sala estalló de color, las piedras blancas zumbaron y se rompieron, como luz a través de un prisma. Las puertas explotaron. Una masa retorcida de telas de colores la atravesó, como los incontables tentáculos de un leviatán marino enfurecido. Giraban y se enroscaban, y Siri reconoció tapices, alfombras y sedas de los adornos del palacio.

Las telas despertadas acorralaron a los sinvidas, enroscándose alrededor de ellos, lanzándolos al aire. Los sacerdotes gritaron al verse atrapados y una larga y fina tela violeta chasqueó y se enroscó en el brazo de Dedos Azules.

Todo onduló, restallando, y Siri pudo ver por fin a una figura que caminaba en el centro. Un hombre de proporciones épicas. Negros los cabellos, pálido el rostro, joven en apariencia pero de gran edad. Dedos Azules pugnó por clavar su cuchillo en el pecho de Siri, pero el rey-dios alzó una mano.

—¡Te detendrás! —dijo Susebron con voz clara.

Dedos Azules se detuvo, mirando asombrado al rey-dios. La daga resbaló de sus dedos y una alfombra despertada se retorció a su alrededor, apartándolo de Siri.

Ella se quedó allí de pie, anonadada, mientras las telas de Susebron lo elevaban y lo acercaban a ella, y un par de pequeños pañuelos de seda se estiraron, envolviéndose en las cuerdas que sujetaban sus manos y soltándolas con facilidad.

Liberada, ella se agarró a él y dejó que la cogiera en sus brazos, llorando.

La puerta del armario se abrió, dejando entrar la luz de un farol. Vivenna, atada y amordazada, vio la silueta de Vasher. Arrastraba consigo a *Sangre Nocturna*, cubierta, como de costumbre, con su vaina plateada.

Con aspecto exhausto, él se arrodilló y le quitó la mordaza.

—Ya era hora —rezongó ella.

Él sonrió débilmente.

—Ya no me queda aliento. Fue muy difícil localizarte.

—¿Dónde ha ido todo? —preguntó ella mientras le soltaba las ligaduras de las manos.

—*Sangre Nocturna* devoró la mayor parte.

«No lo creo —dijo *Sangre Nocturna* alegremente—. Yo... en realidad no puedo recordar lo que sucedió. ¡Pero aniquilamos mucha maldad!».

—¿La desenvainaste? —preguntó Vivenna mientras Vasher le desataba los pies.

Él asintió.

Ella se frotó las manos.

—¿Y Denth?

—Muerto. Ni rastro de Tonk Fah ni de la mujer, Joyas. Creo que cogieron su dinero y huyeron.

—Entonces se ha acabado.

Vasher asintió, se sentó y apoyó la cabeza contra la pared.

—Y perdimos.

Ella frunció el ceño, e hizo una mueca por el dolor que le provocaba su hombro herido.

—¿Qué quieres decir?

—Denth estaba a sueldo de los escribas de Pahn Kahl del palacio. Querían iniciar una guerra entre Idris y Hallandren con el objeto de debilitar a ambos reinos y permitir que Pahn Kahl obtuviera su independencia.

—¿Y? Denth está muerto.

—Y también los escribas que tenían las frases de mando de los ejércitos sinvida —dijo Vasher—. Y ya han enviado a las tropas. Los sinvidas salieron de la ciudad hace más de una hora, en dirección a Idris.

Vivenna guardó silencio.

—Toda esta lucha, todo el asunto con Denth, era secundario —añadió Vasher, haciendo chocar su cabeza contra la pared—. Nos distrajo. No pude llegar a los sinvidas a tiempo. La guerra ha comenzado. No hay forma de detenerla.

Susebron condujo a Siri hasta las profundidades del palacio. Ella caminaba junto a él, envuelta en su abrazo, con un centenar de cuerdas de tela girando alrededor.

Incluso después de haber despertado tantas cosas, él tenía suficiente aliento para hacer que cada color ante el que pasaban brillara. Naturalmente, eso no funcionaba con muchas de las piedras que encontraban. Aunque grandes trozos del edificio seguían siendo negros, al menos la mitad se había vuelto blanco.

No solo el gris del despertar normal. Se habían vuelto blanco hueso. Y, al ser blancos, ahora reaccionaban a su increíble biocroma, dispersándose en colores. «Como en un círculo, de algún modo —pensó ella—. Colorido, luego blanco, luego vuelta al color».

La condujo a una cámara concreta, y ella vio lo que él le había contado ya. Escribas aplastados por las alfombras que había despertado, barrotes arrancados de sus molduras, paredes derribadas. Un lazo salió disparado de Susebron, y le dio la vuelta a un cadáver para que ella no tuviera que ver su herida. Siri no prestaba mucha atención. En medio de los escombros había un par de cadáveres más. Uno era Encendedora, boca abajo, ensangrentada. El otro era Sondeluz, su cuerpo vacío de color. Como si fuera un sinvida.

Tenía los ojos cerrados y parecía dormir, como en paz. Había un hombre sentado junto a él, el sumo sacerdote de Sondeluz, sosteniendo su cabeza en el regazo. El sacerdote los miró. Sonrió, aunque ella vio lágrimas en sus ojos.

—No comprendo —dijo ella, mirando a Susebron.

—Sondeluz dio su vida para salvarme —respondió el rey-dios—. De algún modo, supo que me habían quitado la lengua.

—Los Retornados pueden curar a una sola persona —dijo el sacerdote, mirando a su dios—. Es su deber decidir a quién y cuándo. Algunos dicen que vuelven para eso. Para dar vida a una persona que la necesita.

—Nunca llegué a conocerlo —dijo Susebron.

—Era muy buena persona —apuntó Siri.

—Me doy cuenta. Aunque nunca hablé con él, fue lo suficientemente noble para morir a fin de que yo pudiera vivir.

El sacerdote sonrió.

—Lo sorprendente es que Sondeluz lo hizo dos veces.

«Me dijo que no podría depender de él al final —pensó Siri, sonriendo levemente, aunque apenada al mismo tiempo—. Supongo que mintió en eso. Muy propio de él».

—Vamos —dijo Susebron—. Tenemos que reunir al resto de mis sacerdotes. Hay que encontrar un modo de impedir que nuestros ejércitos destruyan a tu pueblo.

—Tiene que haber un modo, Vasher —dijo Vivenna. Se arrodilló junto a él.

Él trató de dominar su furia, su ira consigo mismo. Había venido a la ciudad para impedir una guerra. Una vez más, llegaba demasiado tarde.

—Cuarenta mil sinvidas —dijo, dando un puñetazo contra el suelo—. No puedo detener a tantos. Ni siquiera con *Sangre Nocturna* y los alientos de todos los habitantes de la ciudad. Aunque pudiera contener su avance, tarde o temprano uno de ellos me mataría con un golpe de suerte.

—Tiene que haber un modo —insistió Vivenna.

—Yo pensaba lo mismo antes —dijo él, llevándose las manos a la cabeza—. Quise detenerla. Pero cuando me di cuenta de lo que pasaba, había llegado ya demasiado lejos. Había tomado vida propia.

—¿De qué estás hablando?

—La Multiguerra —susurró Vasher.

Silencio.

—¿Quién eres?

Él cerró los ojos.

«Lo llamaban Talaxin», dijo *Sangre Nocturna* .

—Talaxin —repitió Vivenna, divertida—. *Sangre Nocturna* , ese es uno de los Cinco Sabios. Él... —Se calló—. Vivió hace más de trescientos años —dijo por fin.

—La biocroma puede mantener vivo a un hombre mucho tiempo —suspiró Vasher, abriendo los ojos. Ella no discutió.

«También lo llamaban otras cosas», informó la espada.

—Si de verdad eres uno de ellos, entonces sabrás cómo detener a los sinvidas.

—Claro —dijo Vasher amargamente—. Con otros sinvida.

—¿De esa forma?

—La más fácil. Aparte de eso, podemos perseguirlos y apresarlos uno a uno, luego domarlos y sustituir sus frases de orden. Pero, aunque tuvieras la Octava Elevación que permite romper las órdenes de manera instintiva, cambiar a tantos requeriría semanas. —Sacudió la cabeza—. Podríamos tener un ejército en lucha para entonces, pero ellos son nuestro ejército. Las fuerzas de Hallandren no son lo bastante grandes para combatir a los sinvidas solas, y no podrían llegar a Idris con la suficiente velocidad. Los sinvidas lo harán con días de diferencia. Los sinvidas no duermen, no comen, y pueden marchar sin cansarse.

—Se les acabará el ícoralcohol —dijo Vivenna.

—No es como la comida, Vivenna. Es como la sangre. Necesitan un nuevo suministro si se cortan y la pierden o si se corrompe. Unos pocos probablemente dejarán de funcionar sin mantenimiento, pero solo un número pequeño.

Ella guardó silencio.

—Bien, entonces despertemos a un ejército propio para que luchen contra ellos —dijo por fin.

Él sonrió débilmente. Se sentía mareado. Se había vendado las heridas, las peores al menos, pero no podría luchar más de momento. Vivenna no ofrecía mucho mejor aspecto, con aquella mancha ensangrentada en el hombro.



—¿Despertar a un ejército propio? —dijo Vasher—. Primero, ¿de dónde sacaríamos el aliento? Usé todo el tuyo. Aunque encontráramos mis ropas, que aún tienen un poco, solo serán un par de cientos. Hace falta uno por sinvida. Nos superarían enormemente en número.

—El rey-dios —dijo ella.

—No puedo usar su aliento. Le quitaron la lengua cuando era niño.

—¿Y no puedes recuperarlo de ninguna forma?

Vasher se encogió de hombros.

—La Décima Elevación permite dar órdenes mentales, sin hablar, pero hacen falta meses de entrenamiento para aprender a hacerlo... aunque tengas a alguien que te enseñe. Creo que sus sacerdotes deben saber cómo, para poder transferir la riqueza de aliento de un rey a otro, pero dudo que lo hayan entrenado todavía. Uno de sus deberes es impedir que use sus alientos.

—Sigue siendo nuestra mejor opción.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo usarás su poder? ¿Creando sinvidas? ¿Te olvidas que necesitamos encontrar cuarenta mil cadáveres?

Ella suspiró y se apoyó en la pared.

«¿Vasher? —terció *Sangre Nocturna* en su mente—. ¿No dejaste un ejército aquí la última vez?».

Él no respondió. Vivenna, sin embargo, abrió los ojos. Al parecer *Sangre Nocturna* había decidido incluirla en sus pensamientos ahora.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada —replicó Vasher.

«No, no lo es —dijo *Sangre Nocturna*—. Lo recuerdo. Hablaste con ese sacerdote, le dijiste que cuidara de tus alientos, por si volvías a necesitarlos. Y le diste tu ejército. Dijiste que era un regalo para la ciudad. ¿No te acuerdas? Si fue ayer mismo».

—¿Ayer? —preguntó Vivenna.

«Cuando la Multiguerra cesó —precisó *Sangre Nocturna*—. ¿Cuándo fue eso?».

—No entiende el tiempo —aclaró Vasher—. No hagas caso.

—No —respondió Vivenna, estudiándolo—. Sabe algo. —Pensó un momento, y entonces abrió los ojos de par en par—. El ejército de Kalad. Sus fantasmas. ¡Tú sabes dónde están!

Él vaciló, luego asintió, reacio.

—¿Dónde?

—Aquí, en la ciudad.

—¡Tenemos que usarlos!

Vasher la miró.

—Me estás pidiendo que le dé a Hallandren una herramienta, Vivenna. Una herramienta terrible. Algo peor que lo que tienen ahora.

—¿Y si ese ejército suyo masacra a mi pueblo? —preguntó Vivenna—. ¿Podría eso de lo que hablas darles más poder?

—Sí.

Ella guardó silencio.

—Hazlo —dijo por fin.

Él la miró.

—Por favor, Vasher.

Él volvió a cerrar los ojos, recordando la destrucción que había causado. Las guerras que había iniciado. Todo por culpa de las cosas que había aprendido a crear.

—¿Le darías ese poder a tus enemigos?

—No son mis enemigos —dijo ella—. Aunque los odie.

Él la miró un momento, luego se levantó.

—Vamos a buscar al rey-dios. Si vive todavía, entonces veremos.

—Mi señor, mi señora —dijo el sacerdote, haciendo una reverencia con la cabeza gacha ante ellos—. Oímos rumores de un plan para atacar el palacio. Por eso os encerramos. ¡Queríamos protegeros!

Siri miró al hombre y luego a Susebron. El rey-dios se frotó la barbilla, pensativo. Los dos reconocían a ese hombre como uno de los sacerdotes

y no como un impostor. Solo habían podido determinarlo con certeza apenas en un puñado de ellos.

Encarcelaron a los otros, mandando llamar a la guardia de la ciudad tras empezar a limpiar los destrozos del palacio. La brisa hacía revolotear el pelo de Siri (rojo, para mostrar su disgusto) mientras esperaban en lo alto del palacio.

—¡Allí, mi señor! —señaló un guardia.

Susebron se volvió, acercándose al borde del palacio. La mayor parte de su séquito de telas retorcidas ya no ondeaba a su alrededor, pero esperaban a cumplir su voluntad amontonadas en el tejado. Siri se reunió con él y, en la distancia, pudo distinguir una mancha de algo que parecía humo.

—El ejército sinvida —dijo el guardia—. Nuestros exploradores han confirmado que marcha hacia Idris. Casi todo el mundo en la ciudad los ha visto atravesar las puertas.

—¿Y ese humo? —preguntó Siri.

—El polvo que levantan a su paso, mi señora —respondió el guardia—. Son muchos soldados.

Ella miró a Susebron, que frunció el ceño.

—Podría detenerlos. —Su voz era más fuerte de lo que esperaba. Más grave.

—¿Mi señor? —preguntó el guardia.

—Con todo este aliento —dijo Susebron—. Podría atacarlos, usar estas telas para maniatarlos.

—Mi señor —vaciló el guardia—. Son cuarenta mil. Cortarían las telas, os superarían.

Susebron parecía decidido.

—Tengo que intentarlo.

—No —dijo Siri, apoyando una mano en su pecho.

—Tu pueblo...

—Enviaremos mensajeros explicando nuestro pesar. Mi pueblo puede retirarse, emboscar a los sinvidas. Podemos enviar tropas en su ayuda.

—No tenemos muchos soldados —dijo él—. Y no llegarán allí con mucha rapidez. ¿Podría tu pueblo escapar de verdad?

«No —pensó ella con el corazón encogido—. Pero eso no lo sabes, y eres lo bastante inocente para creer que podrán escapar».

Su pueblo podría sobrevivir en conjunto, pero muchos morirían. Sin embargo, que Susebron se hiciera matar combatiendo a aquellas criaturas no serviría de mucho. Tenía un poder sorprendente, pero luchar contra tantos sinvida estaba muy por encima de la magnitud de lo que pudiera hacer.

Él vio la expresión en su rostro y la interpretó correctamente.

—No crees que puedan escapar —dijo—. Solo intentas protegerme.

«Es sorprendente lo bien que me comprende ya».

—¡Mi señor! —exclamó una voz desde atrás.

Susebron se dio media vuelta. Habían subido a lo alto del palacio para ver a los sinvidas, pero también porque tanto Siri como él estaban cansados de estar encerrados entre cuatro paredes. Querían estar al aire libre, donde fuera más difícil acercarse a ellos sin ser vistos.

Un guardia salió de las escaleras y se aproximó, espada en mano. Hizo una reverencia.

—Mi señor. Hay alguien que quiere veros.

—No deseo ver a nadie —respondió Susebron—. ¿De quién se trata?

«Es increíble lo bien que habla —pensó Siri—. Nunca ha tenido lengua. ¿Qué hizo el aliento de Sondeluz? Curó algo más que su cuerpo. Le dio la capacidad de usar la lengua regenerada».

—Mi señor. La visitante tiene los Mechones Reales.

—¿Qué? —exclamó Siri, sorprendida.

El guardia se volvió y, para pasmo de Siri, Vivenna apareció en el tejado del palacio. O le pareció que era Vivenna. Llevaba pantalones y una túnica, y una espada sujeta a la cintura, y parecía tener una herida ensangrentada en el hombro. Vivenna vio a su hermana y sonrió, y sus cabellos se volvieron amarillos de alegría.

«¿Los cabellos de Vivenna cambiando de color? —pensó Siri—. No puede ser ella».

Pero lo era. La princesa se echó a reír y cruzó corriendo el tejado. Unos guardias la detuvieron, pero Siri indicó que la dejaran pasar. Corrió a abrazar a Siri.

—¿Vivenna?

Ella sonrió con tristeza.

—Sí, en su mayor parte —dijo. Miró a Susebron—. Lo siento —añadió en voz baja—. Vine a la ciudad para intentar rescatarte.

—Muy amable por tu parte —contestó Siri—. Pero no necesito que me rescaten.

Su hermana frunció más profundamente el ceño.

—¿Quién es esta mujer, Siri? —preguntó Susebron.

—Mi hermana mayor.

—Ah. —Susebron inclinó la cabeza cordialmente—. Siri me ha hablado mucho de ti, princesa Vivenna. Ojalá nos hubiéramos conocido en mejores circunstancias.

Vivenna se quedó mirándolo asombrada.

—En realidad no es tan malo como dicen. —Sonrió Siri—. La mayor parte del tiempo.

—Eso es sarcasmo —apuntó Susebron—. Es muy aficionada.

Vivenna se volvió hacia su hermana.

—Están atacando a nuestra patria.

—Lo sé. Estamos trabajando en eso. Estoy preparando mensajeros para enviarlos a nuestro padre.

—Tengo un modo mejor. Pero tendrás que confiar en mí.

—Naturalmente.

—Tengo un amigo que necesita hablar con el rey-dios. Donde los guardias no puedan oírlos.

Siri vaciló. «Tonta de mí —pensó—. Es Vivenna. Puedo confiar en ella».

También creyó que podía confiar en Dedos Azules. Vivenna la miró con expresión curiosa.

—Si puede ayudar a salvar a Idris —dijo Susebron—, lo haré. ¿Quién es esa persona?

Momentos después, Vivenna esperaba en silencio en el tejado del palacio con el rey-dios de Hallandren. Siri se mantenía a cierta distancia, contemplando el polvo levantado por los sinvidas perderse a lo lejos. Todos aguardaron mientras los soldados cacheaban a Vasher. Este tenía los brazos levantados, rodeado de recelosos guardias. Sabiamente, había dejado a *Sangre Nocturna* abajo y no llevaba armas encima. Ni siquiera contenía aliento.

—Tu hermana es una mujer sorprendente —dijo el rey-dios.

Vivenna lo miró. Ese era el hombre con quien iba a casarse. La terrible criatura a quien tendría que haberse entregado. Nunca había pensado que acabaría así, charlando amablemente con él.

Tampoco había esperado que le cayera bien.

Era un juicio rápido. Ya no se reprendía a sí misma por hacerlos, aunque había aprendido a dejarlos abiertos para revisión. Veía amabilidad en el cariño que él sentía hacia Siri. ¿Cómo un hombre así había acabado siendo rey-dios de la terrible Hallandren?

—Sí. Lo es.

—La amo —dijo Susebron—. Quería que lo supieras.

Lentamente, Vivenna asintió, y se volvió a mirar a Siri. «Ha cambiado mucho —pensó—. ¿Cuándo se ha vuelto tan regia, con ese porte tan dominante y esa habilidad para mantener negros los cabellos?». Su hermana pequeña, que ya no era tan pequeña, parecía llevar bien aquel suntuoso vestido. Le sentaba bien. Qué extraño.

Al otro lado del tejado, los guardias llevaron a Vasher tras una pantalla para que se cambiase. Obviamente, querían asegurarse de que ninguna de sus prendas hubiera sido despertada. Salió unos momentos más tarde llevando una especie de toalla de cintura para abajo, pero nada más. Su pecho estaba magullado y lleno de cortes, y a Vivenna le pareció vergonzoso que lo sometieran a semejante humillación.

Él la soportó, y escoltado cruzó el tejado. Al hacerlo, Siri lo observó con atención. Vivenna había hablado brevemente con su hermana, pero había advertido que Siri ya no se enorgullecía por no ser importante. Había cambiado, en efecto.

Vasher llegó y Susebron despidió a los guardias. A sus espaldas, las selvas se extendían hacia el norte, hacia Idris. Vasher miró a Vivenna, y ella temió que iba a decirle que se marchara. Sin embargo, él simplemente se dio la vuelta, resignado.

—¿Quién eres? —preguntó Susebron.

—El responsable de que te cortaran la lengua —respondió Vasher.

El rey-dios alzó una ceja.

Vasher cerró los ojos. No habló, no usó el aliento ni dio ninguna orden. Sin embargo, de pronto, empezó a brillar. No como brillaría una linterna, no como brillaría el sol, sino con un aura que volvió más brillantes los colores. Vivenna se sobresaltó mientras Vasher aumentaba de tamaño. Abrió los ojos y se ajustó la toalla en torno a la cintura, haciendo sitio a su crecimiento. Su pecho se volvió más firme, los músculos se hincharon, y la barba de varios días desapareció, dejándolo bien afeitado.

Su pelo se volvió dorado. Todavía tenía cortes en todo el cuerpo, pero parecían insignificantes. Se le veía... divino. El rey-dios observó con interés. Ahora se hallaba ante un dios semejante a él, un hombre de su propia estatura.

—No me importa si me crees o no —dijo Vasher, y su voz sonó más noble—. Pero quiero que sepas que hace mucho tiempo dejé algo aquí. Un tesoro de poder que prometí recuperar algún día. Di instrucciones para su cuidado, y la orden de que no se utilizara. Los sacerdotes, al parecer, lo han cumplido a rajatabla.

Susebron, sorprendentemente, hincó una rodilla en tierra.

—Mi señor. ¿Dónde has estado?

—Pagando por lo que he hecho. O intentándolo. Eso no tiene importancia. Levántate.

«¿Qué está pasando?», pensó Vivenna. Siri parecía igualmente confundida, y ambas cruzaron una mirada.

Susebron se irguió, aunque mantuvo una postura reverente.

—Tienes un grupo de sinvida rebeldes —dijo Vasher—. Has perdido el control sobre ellos.

—Lo siento, mi señor.

Vasher lo miró. Luego miró a Vivenna. Ella asintió.

—Confío en él.

—No es cuestión de confianza —dijo Vasher, volviéndose hacia Susebron—. Sea como sea, voy a entregarte algo.

—¿Qué es?

—Mi ejército.

Susebron frunció el ceño.

—Pero, mi señor, nuestros sinvidas acaban de marchar para atacar a Idris.

—No. Ese ejército no. Voy a darte el que dejé atrás hace trescientos años. La gente los llama los fantasmas de Kalad. Son la fuerza con que logré que Hallandren detuviera su guerra.

—¿Te refieres a la Multiguerra, mi señor? Lo hiciste por medio de negociaciones.

Vasher hizo una mueca.

—No sabes mucho sobre la guerra, ¿verdad?

El rey-dios vaciló, luego negó con la cabeza.

—Pues no.

—Bien, aprende. Porque te entrego el mando de mi ejército. Úsalo para proteger, no para atacar. Úsalo solo en una emergencia.

El rey-dios asintió, aturdido.

Vasher lo miró y luego suspiró.

—Quede mi pecado oculto.

—¿Cómo? —preguntó Susebron.

—Es la frase de mando —aclaró Vasher—. La que podrás usar para dar nuevas órdenes a las estatuas de D'Denir que dejé en tu ciudad.

—¡Pero, mi señor, la piedra no puede ser despertada!

—La piedra no ha sido despertada. Hay huesos humanos dentro de esas estatuas. Son sinvida.

Huesos humanos. Vivenna sintió un escalofrío. Él le había dicho que despertar huesos solía ser una mala elección porque era difícil que mantuvieran la forma humana durante el proceso. Pero ¿y si esos



huesos estaban recubiertos de piedra? ¿Piedra que mantenía su forma, piedra que podía protegerlos del daño, haciendo casi imposible que se lastimaran o rompieran? Los objetos despertados podían ser más fuertes que los músculos humanos. Si podía crearse un sinvida a partir de huesos, y hacerlo lo bastante fuerte para mover un cuerpo de roca que lo rodeaba... tendrías soldados como nunca habían existido.

«¡Colores!», pensó.

—Hay unos miles de D'Denir originales en la ciudad —dijo Vasher—, y la mayoría deberían funcionar todavía, aunque estén quietos. Los creé para que duraran.

—Pero no tienen ícoralcohol —intervino Vivenna—. ¡Ni siquiera tienen venas!

Vasher la miró. Era él. La misma cara, las mismas expresiones. No había cambiado de forma para tomar otro aspecto. Tan solo parecía una versión *Retornada* de sí mismo. ¿Qué estaba pasando?

—No siempre disponemos de ícoralcohol —respondió Vasher—. Eso hace que despertar sea más fácil y más barato, pero no es la única manera. Y, en la mente de muchos, creo que se ha convertido en un lastre.

Miró de nuevo al rey-dios.

—Deberías poder darles una nueva frase de seguridad, y luego ordenarles que detengan al otro ejército. Creo que descubrirás que mis fantasmas son muy... efectivos. Las armas son virtualmente inútiles contra la piedra.

Susebron volvió a asentir.

—Ahora son tu responsabilidad —dijo Vasher, dándose media vuelta—. Dales mejor uso que yo.

## Epílogo

Al día siguiente, un ejército de mil soldados de piedra salió de la ciudad, corriendo tras los sinvidas que habían partido el día antes.

Desde fuera de la ciudad, Vivenna los veía marchar apoyada contra la muralla.

«¿Cuántas veces he estado bajo la mirada de esos D'Denir, sin saber que estaban vivos, solo esperando que les dieran de nuevo una orden?», pensó. Todo el mundo decía que Dalapaz había dejado las estatuas como regalo para el pueblo, un símbolo para recordarles que no librarán más guerras. A ella siempre le había parecido extraño. ¿Un montón de estatuas de soldados como regalo para recordar que la guerra era terrible?

Y, sin embargo, eso eran. El regalo que había puesto fin a la Multiguerra.

Se volvió hacia Vasher. También él estaba apoyado en la muralla, con *Sangre Nocturna* en una mano. Su cuerpo había revertido a su forma mortal, con el pelo alborotado y todo.

—¿Qué fue lo primero que me enseñaste sobre el despertar? —preguntó ella.

—¿Que no sabemos mucho? ¿Que hay cientos, quizá miles de órdenes que no hemos descubierto todavía?

—Exacto —dijo ella, volviéndose para contemplar cómo las estatuas despertadas se perdían en la distancia—. Creo que tenías razón.

—¿Crees?

Ella sonrió.

—¿Podrán de verdad detener al otro ejército?

—Probablemente —contestó él, encogiéndose de hombros—. Serán lo bastante rápidos para alcanzarlos: los sinvidas de carne no pueden marchar tan velozmente como los que tienen pies de piedra. He visto a esos seres antes. Son difíciles de batir.

Ella asintió.

—Entonces mi pueblo estará a salvo.

—A menos que ese rey-dios decida usar las estatuas sinvida para conquistarlos.

Ella bufó.

—¿No te ha dicho nadie que eres un cascarrabias, Vasher?

«Por fin —terció *Sangre Nocturna*—. ¡Alguien está de acuerdo conmigo!».

Vasher hizo una mueca.

—No soy ningún cascarrabias. Solo se me dan mal las palabras.

Ella sonrió.

—Bueno, pues ya está —declaró él, recogiendo el morral—. Ya nos veremos.

Dicho lo cual, echó a andar hacia el camino que salía de la ciudad.

Vivenna le dio alcance y se situó a su par.

—¿Qué te propones? —preguntó Vasher.

—Acompañarte.

—Eres una princesa. Quédate con esa muchacha que gobierna Hallandren o vuelve a Idris y que te proclamen la heroína que los salvó. Así tendrás una vida feliz.

—No. No lo creo. Aunque mi padre me acepte de vuelta, dudo que pueda volver a vivir en un cómodo palacio o una ciudad tranquila.

—Pensarás diferente después de una temporada en los caminos. Es una vida difícil.

—Lo sé —dijo ella—. Pero... bueno, todo lo que he sido, todo lo que me educaron para ser, era una mentira envuelta en odio. No quiero volver a eso. No soy esa persona. No quiero serlo.

—¿Quién eres, pues?

—No lo sé —respondió ella, haciendo un gesto hacia el horizonte—. Pero creo que allí encontraré la respuesta.

Caminaron en silencio durante un rato.

—Tu familia se preocupará por ti —dijo Vasher finalmente.

—Lo superarán.

Él acabó por encogerse de hombros.

—Muy bien. En realidad no me importa.

Ella sonrió. «Es verdad. No quiero regresar», pensó. La princesa Vivenna estaba muerta. Había muerto en las calles de T'Telir. Vivenna la despertadora no tenía ningún deseo de traerla de vuelta.

—Bueno, no soy capaz de averiguarlo —dijo mientras se internaban en el camino que conducía a la selva—. ¿Quién eres? ¿Kalad, el que inició la guerra, o Dalapaz, que la terminó?

Él no respondió de inmediato.

—Es extraño —dijo por fin— lo que la historia le enseña a un hombre. Supongo que la gente no pudo comprender por qué cambié de pronto. Por qué dejé de luchar y por qué traje a los fantasmas para recuperar el control de mi propio reino. Así que decidieron que debía ser dos personas. Un hombre puede confundirse respecto a su identidad cuando suceden cosas así.

Ella asintió con un gruñido.

—Pero sigues siendo un Retornado.

—Claro que lo soy.

—¿Dónde conseguiste el aliento? ¿El aliento por semana que necesitas para sobrevivir?

—Los llevé conmigo, además del que me convierte en retornado. En muchos aspectos, los Retornados no son lo que la gente cree. No tienen automáticamente cientos o miles de alientos.

—Pero...

—Pertenecen a la Quinta Elevación —dijo Vasher, interrumpiéndola—. Pero no debido al número de alientos, sino a su calidad. Los Retornados tienen un único y poderoso aliento. Un aliento que los lleva hasta la Quinta Elevación. Podríamos decir que es un aliento divino. Pero sus cuerpos se alimentan de aliento, como...

—La espada.

Vasher asintió.

—*Sangre Nocturna* solo lo necesita cuando es desenvainada. Los Retornados se alimentan de aliento una vez por semana. Así que, si no

les das uno, lo que hacen en esencia es comerse a sí mismos, devorando su único aliento. Sin embargo, si les das aliento extra, además del divino, se alimentarán de ellos cada semana.

—De modo que los dioses de Hallandren podrían ser alimentados más de una vez —dijo Vivenna—. Podrían tener un acopio de alientos, un almacén para mantenerlos con vida si no se les proporciona otro.

Vasher asintió.

—Pero eso no los haría depender tanto de su religión.

—Es una forma cínica de verlo.

Él se encogió de hombros.

—Así que vas a quemar un aliento a la semana —dijo ella—. ¿Para reducir nuestro acopio?

Él asintió.

—Tenía miles de alientos. Los consumí todos.

—¿Miles? Pero harían falta años y años para...

Se calló. Vasher llevaba vivo más de trescientos años. Si absorbía cincuenta alientos al año, eran miles de alientos.

—Eres un tipo caro de mantener —advirtió—. ¿Cómo logras no parecer un Retornado? ¿Y por qué no mueres cuando entregas tus alientos?

—Esos son mis secretos —dijo él, sin mirarla—. Aunque ya deberías haber deducido que los Retornados pueden cambiar de forma.

Ella alzó una ceja.

—Llevas sangre Retornada. El linaje real. ¿De dónde crees que viene la habilidad de cambiar el color de tu pelo?

—¿Significa eso que podría cambiar más que mi pelo?

—Tal vez. Lleva tiempo aprenderlo. Pero date alguna vez una vuelta por la Corte de los Dioses de Hallandren. Descubrirás que los dioses parecen exactamente lo que creen que son. Los viejos parecen viejos, los heroicos se vuelven fuertes, las que piensan que una diosa hermosa debe estar bien dotada se vuelven innaturalmente voluptuosas. Todo se basa en cómo se perciben a sí mismos.

«¿Y así es como tú te percibes, Vasher? —pensó ella, curiosa—. ¿Como un hombre tosco, duro y desaliñado?».

Pero se abstuvo de mencionarlo; tan solo siguió caminando, percibiendo la selva a su alrededor con su sentido vital. Habían recuperado la capa, la camisa y los pantalones de Vasher, los que Denth le había quitado. En las prendas había suficiente aliento para compartirlo entre ambos y llegar cada uno a la Segunda Elevación. No era tanto como a lo que ella estaba acostumbrada, pero resultaba mejor que nada.

—¿Adónde vamos, por cierto?

—¿Has oído hablar de Kuth y Huth?

—Claro —respondió ella—. Fueron tus principales rivales en la Multiguerra.

—Alguien está intentando restaurarlos. Una especie de tirano. Al parecer ha reclutado a un antiguo amigo mío.

—¿Otro?

Él se encogió de hombros.

—Éramos cinco. Denth, Shashara, Arsteel, Yesteel y yo. Parece que Yesteel ha vuelto a salir a la superficie.

—¿Es pariente de Arsteel? —dedujo Vivenna.

—Su hermano.

—Magnífico.

—Lo sé. Es quien descubrió cómo crear ícoralcohol. He oído rumores de que ha desarrollado una nueva fórmula. Más potente.

—Todavía mejor.

Caminaron en silencio un rato más.

«Me aburro —dijo *Sangre Nocturna*—. Prestadme atención. ¿Por qué no me habla nadie?».

—Porque molestas —replicó Vasher.

La espada rezongó.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —preguntó Vivenna por fin.

—¿Mi verdadero nombre?

—Sí. Te llaman de muchas formas. Dalapaz. Kalad. Vasher. Talaxin. ¿Ese es tu verdadero nombre, el del sabio?

Él negó con la cabeza.

—No.

—Bueno, pues entonces ¿cuál es?

—No lo sé. No puedo recordar la época antes de retornar.

—Oh.

—Cuando regresé, sin embargo, me dieron un nombre. El Culto de los Retornados, los que fundaron los Tonos Iridiscentes de Hallandren, me encontraron y me mantuvieron vivo con alientos. Ellos me dieron un nombre. No me gustó mucho. No me parecía adecuado.

—¿Y bien? —preguntó ella—. ¿Qué nombre era?

—Rompeguerras el Pacífico —admitió él.

Vivenna alzó una ceja.

—Lo que no soy capaz de comprender —dijo Vasher— es si fue algo profético, o si estoy intentando que se cumpla.

—¿Importa?

Él continuó caminando en silencio durante un rato.

—No —dijo por fin—. No, supongo que no. Aunque me gustaría saber si hay algo de espiritual en los retornos o si todo esto no es más que una casualidad de proporciones cósmicas.

—Lo más probable es que nunca lleguemos a averiguarlo.

—Lo más probable —le concedió él.

Silencio.

—Tendrían que haberte llamado Amaverrugas el Feo —dijo ella.

—Muy maduro por tu parte. ¿De verdad crees que ese tipo de comentarios son adecuados para una princesa?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—No me preocupa —dijo—. Ni me tendrá que preocupar nunca más.

## **TABLA DE ELEVACIONES**

<b>Número de Elevación</b>	<b>Alientos aproximados necesarios para llegar a esta Elevación</b>	<b>Efectos de la Elevación</b>
<b>Primera</b>	<b>50</b>	<b>Reconocimiento de aura</b>
<b>Segunda</b>	<b>200</b>	<b>Tono perfecto</b>
<b>Tercera</b>	<b>600</b>	<b>Reconocimiento perfecto de color</b>
<b>Cuarta</b>	<b>1.000</b>	<b>Reconocimiento perfecto de vida</b>
<b>Quinta</b>	<b>2.000</b>	<b>No envejecimiento</b>
<b>Sexta</b>	<b>3.500</b>	<b>Despertar instintivo</b>
<b>Séptima</b>	<b>5.000</b>	<b>Reconocimiento de aliento investido</b>
<b>Octava</b>	<b>10.000</b>	<b>Ruptura de órdenes</b>
<b>Novena</b>	<b>20.000</b>	<b>Despertar superior, orden audible</b>
<b>Décima</b>	<b>50.000</b>	<b>Distorsión del color</b> <b>Invocación perfecta ????</b>

### **NOTA UNO:**

Superar la Sexta Elevación es increíblemente raro, y por eso poca gente comprende los poderes de la Séptima Elevación y superiores. Se ha investigado muy poco al respecto. Las únicas personas conocidas que han llegado a la Octava Elevación y superiores son los reyes-dioses de Hallandren.

### **NOTA DOS:**

Los Retornados parecen conseguir la Quinta Elevación gracias a su aliento. Se piensa que no reciben dos mil alientos cuando retornan, sino



que reciben un único aliento poderoso, que trae consigo los poderes de las primeras cinco Elevaciones.

NOTA TRES:

Los números de las tablas ofrecidas son solo aproximaciones, ya que se sabe muy poco de las Elevaciones superiores. De hecho, incluso en los niveles inferiores puede que sean necesarios menos o más alientos para conseguir una Elevación dada, dependiendo de las circunstancias y la fuerza del aliento.

NOTA CUATRO:

Cada aliento adicional concede algunas cosas, no importa qué Elevación haya alcanzado un despertador. Cuando más aliento se tiene, más resistente a la enfermedad y la vejez es una persona, y más fácil resulta distinguir colores, pueden aprender a despertar de forma más natural, y más fuerte es su sentido vital.

## **Poderes de elevación**

**Reconocimiento de aura :** La Primera Elevación concede a la persona la capacidad de ver intuitivamente las auras de otros. Esto les permite juzgar cuántos alientos tiene esa persona y la riqueza general de ese aliento. Las personas que no poseen esta Elevación tienen más dificultad para juzgar directamente las auras, y deben fiarse en cambio en cómo cambia la intensidad de los colores alrededor de una persona cuando entran en el aura. Sin al menos la Quinta Elevación es imposible al ojo desnudo percibir a un despertador que tenga menos de treinta alientos.

**Tono perfecto :** La Segunda Elevación concede el tono perfecto a aquellos que la consiguen.

**Perfecto reconocimiento del color :** Aunque cada aliento ganado permite una mayor apreciación de los colores, hasta que se alcanza la Tercera Elevación no se puede determinar de forma instantánea e intuitiva los tonos exactos de color y sus armonías tonales.

**Perfecto sentido vital :** En la Cuarta Elevación, el sentido vital del despertador llega a su fuerza máxima.

**No envejecimiento :** En la Quinta Elevación, la resistencia del despertador a envejecer y enfermar llega a su máxima fuerza. Estas personas son inmunes a la mayoría de las toxinas, incluyendo los efectos del alcohol, y la mayoría de los males físicos (dolores de cabeza, enfermedades, fallos orgánicos). La persona deja de envejecer, y se convierte en funcionalmente inmortal.

**Despertar intuitivo :** Todas las personas de la Sexta Elevación y superiores comprenden inmediatamente y pueden usar órdenes de despertar básicas sin entrenamiento ni práctica. Las órdenes más difíciles les resultan más fáciles de dominar y descubrir.

**Reconocimiento de aliento :** Las pocas personas que han alcanzado la Séptima Elevación ganan la habilidad de reconocer las auras de los objetos, y pueden decir cuándo algo ha sido investido con aliento a través del despertar.

**Ruptura de órdenes :** Cualquier persona con la Octava Elevación o superior gana la habilidad de anular las órdenes en otros objetos investidos, incluyendo los sinvidas. Esto requiere concentración y deja agotado al despertador.

**Despertar superior :** Se dice que las personas de la Novena Elevación son capaces de despertar piedra y acero, aunque hacerlo requiere

grandes inversiones de aliento y órdenes especializadas. Esta habilidad no se ha estudiado ni confirmado.

**Orden audible** : Las personas de la Novena Elevación ganan también la habilidad de despertar objetos que no tocan físicamente, pero que están dentro del alcance de su voz.

**Distorsión del color** : En la Décima Elevación, el despertador gana la habilidad natural e intrínseca de diseminar la luz en torno a los objetos blancos, creando colores a partir de ellos como si fueran un prisma.

**Invocación perfecta** : Los despertadores de la Décima Elevación pueden extraer más color de los objetos que usan para impulsar su arte. Esto deja los objetos blancos, en vez de grises.

**Otros** : Hay rumores de otros poderes concedidos por la Décima Elevación que quienes la han alcanzado no comprenden o desconocen.



BRANDON SANDERSON. Nacido el 19 de diciembre de 1975, creció en Lincoln (Nebraska, EE. UU.) y ahora vive en Provo (Utah, EE. UU.) junto a su esposa Emily (se casaron en 2006) con la que tiene dos hijos.

Estudiante de Bioquímica, trabajó como profesor de esta materia para la *Brigham Young University*. Como era, y sigue siendo, creyente de la iglesia de Los Santos de los Últimos Días (*LDS: Lost Days Saints*, los conocidos «mormones»), entre 1995 y 1997 aparcó por un tiempo sus estudios y estuvo los preceptivos años como «misionero» en Corea. Fue a su retorno de este país cuando se especializó en lengua y literatura inglesa, licenciándose en esta especialidad, otra vez por la *Brigham Young University*, donde en 2005 cursó y obtuvo un máster en literatura creativa. Actualmente imparte clases de literatura creativa en esta Universidad, compaginándolo con su propia labor como escritor.

Su primera novela publicada, *Elantris* (publicada en 2005), fue recibida por el público y la crítica como una interesantísima renovación en el tan trillado género de la fantasía.

Tras el éxito de *Elantris*, Brandon Sanderson publicó una trilogía genéricamente titulada *Nacidos de la Bruma* («Mistborn»), formada por *El Imperio Final* (*The Final Empire*, 2006), *El Pozo de la Ascensión* (*The Well of Ascension*, 2007) y *El Héroe de las Eras* (*The Hero of Ages*, 2008), de la que se puede decir que es una amena reflexión de estrategia política y religiosa en el marco de una aventura épica con luchas

espectaculares gracias a una misteriosa capacidad conocida como «alomancia».

En Diciembre de 2007 Brandon fue elegido por Harriet McDougal Rigney como el continuador de *A Memory of Light* , el volumen final de la famosa serie «La rueda del tiempo» que el fallecido Robert Jordan no pudo terminar. Finalmente Sanderson, con el beneplácito de la viuda de Jordan, lo ha convertido en una trilogía, *La tormenta* (*The Gathering Storm* , 2009), *Torres de Medianoche* (*Towers of Midnight*, 2010) y *Un recuerdo de luz* (*A Memory of Light* , 2013).

Desde entonces a publicado varias novelas más con un gran éxito de publico y crítica, siendo considerado a día de hoy como el más destacado autor de novelas de género fantástico.

